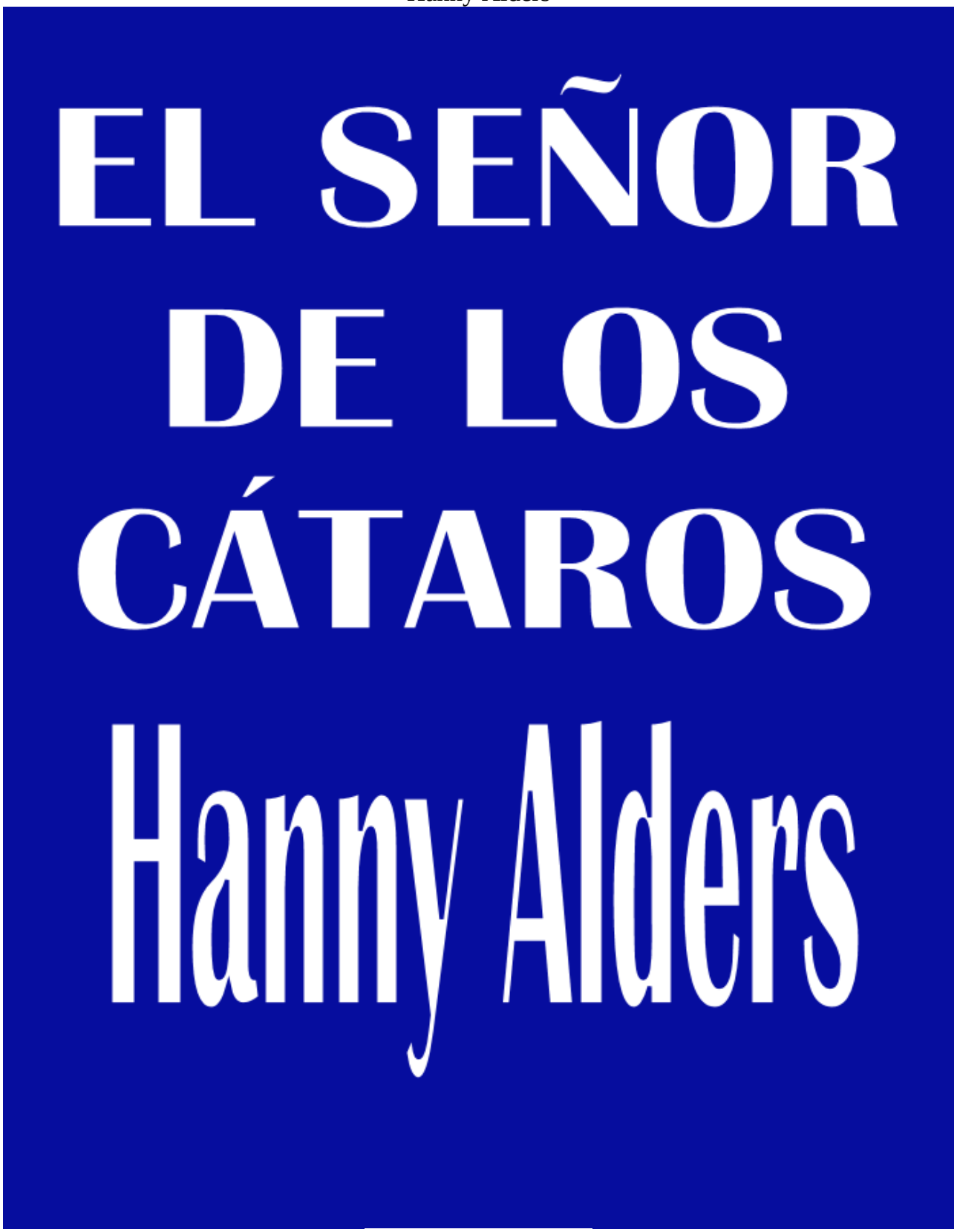
LIBRO dot.com

EL SEÑOR DE LOS CÁTAROS
Hanny Alders



LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

ABADÍA DE ABBECOURT, CERCA DE POISSY

Invierno de 1207

...redime su alma de los castigos del infierno y de la perdición. Rescátala de las fauces del león, para que no la devore el abismo y para que no caiga en las tinieblas. Que san Miguel, adalid de los ángeles, la guíe hacia la sagrada luz.

El agua bendita salpicó de manchas oscuras del, por lo demás, inmaculado sudario. Dos gotas como perlas se posaron sobre las pálidas mejillas. Parecía llorar. Amaury de Poissy se inclinó y las secó con un beso. Notó que la piel de ella, hinchada a causa del prolongado esfuerzo durante el parto, estaba fría y tersa. Al incorporarse, Amaury se encontró con la mirada de enojo del sacerdote, que balanceaba el incensario sobre el cuerpo estirado. El espeso humo le dio náuseas. Se preguntó si la tapa encajaría, pues el vientre con el niño muerto sobresalía del borde del ataúd.

Tenía catorce años, uno menos que él. Demasiado joven para morir.

Mientras la llevaba hacia la tumba, junto con sus hermanos y los escuderos de éstos, el nudo que tenía en la garganta le impedía respirar. Habían conseguido cerrar la tapa y él apenas sentía su peso, quizá por el hecho de ser más bajo que los demás. Lentamente, mientras repartían más oraciones, más incienso y más agua bendita, fueron descolgando el ataúd en la tumba. Dejó vagar la mirada a su alrededor, hacia el sepulcro de su padre, que había fundado la abadía, y hacia los sepulcros de otros miembros de la familia. El único que no yacía aquí era su hermano mayor, Gasce, que había caído en Tierra Santa. Finalmente cogió la bolsa que colgaba de su cinto y contó veinte monedas que fue depositando en las manos del canónigo, en aras del reposo eterno de su esposa. Para ser el cuarto hijo sin recursos, se trataba de un importe generoso. Un artesano cualificado estaría satisfecho con un sueldo como éste.

- ¿Por qué? - Las primeras palabras que pronunció Amaury cuando hubieron abandonado la abadía salieron con un sollozo de indignación.

Todo había ido tan rápido que tan sólo ahora empezaba a darse cuenta de lo sucedido. Roberto, que desde la muerte de Gasce era el mayor, se encogió de hombros.

- Si conociéramos los designios de Dios, la vida sería menos insegura, - dijo.

- Nunca tendríamos que haberle dado una mujer que se llamaba Eva, - oyó decir a su segundo hermano, Guillermo, que cabalgaba a su otro costado - . No podía salir bien.

- ¿Por qué? - preguntó Amaury.

- Eva era la madre del pecado, - dijo Guillermo - . Todas sus hijas cargan con él. Y ella también.

Al pronunciar estas últimas palabras señaló con el pulgar por encima de su hombro hacia la abadía que había dejado a sus espaldas.

- Eso no tiene sentido. La Eva del paraíso no murió al dar a luz, - replicó Amaury.

- Algo habrá hecho para disgustar a Dios. En cualquier caso, tenemos su dote, aunque no sea mucho. Cuando hayas dejado el luto te buscaremos un mejor partido.

- Nunca le hizo daño a nadie, - protestó el joven viudo fulminando al caballero con la mirada.

- ¿Y tú qué?

- En cualquier caso, antes de tomar a otra por esposa tendríais que limpiar todos tus pecados, - admitió Roberto - . Una peregrinación tampoco me vendría mal a mi.

Se refería a su propia esposa que aún no le había dado hijos.

- Tierra Santa, - sugirió Guillermo, pensando que en tal caso sus posibilidades aumentarían considerablemente.

Si después de Gasce también Roberto perecía en la lucha contra los infieles, él se convertiría en el primogénito y en el primer heredero. Su entusiasmo era demasiado evidente.

- El rey de Jerusalén ha firmado un armisticio. Por lo pronto no habrá ninguna Cruzada, - le respondió Roberto con sequedad.

Mientras cabalgaban en silencio, Amaury se devanaba los sesos sobre lo que él o Eva podían haber hecho para merecer semejante castigo. Decían que había sufrido sobremanera. Parte de ese dolor lo sentía él en su interior. Ni siquiera quería pensar en la posibilidad de volver a casarse. Tenía que mantenerse ocupado con asuntos que pertenecían al mundo de los hombres, como luchar. A fin de cuentas, para eso lo habían educado. Una Cruzada, eso le atraía.

SAINT - GILLES 18 de junio de 1209

Malditos sean siempre y en todas partes; malditos sean día y noche y a todas horas malditos sean cuando duermen y cuando están despiertos; malditos sean cuando comen y cuando beben malditos sean cuando callan y cuando hablan.

Malditos sean de pies a cabeza.

Que sus ojos se cieguen; que sus oídos ensordezcan; que su boca enmudezca; que su lengua se quede pegada al paladar; que sus manos no puedan ya tocar nada más y que sus pies no puedan ya andar.

Malditos sean todos sus miembros; malditos sean cuando están de pie, cuando yacen y cuando están sentados.

Que sean enterrados con los perros y los burros, que los lobos rapaces devoren sus cadáveres."

El texto de los ritos de excomunión retumbaba en el cerebro del joven cruzado. Los habían leído en voz alta en las iglesias, mucho antes de que el Papa hiciera un llamamiento a la cristiandad para que emprendiera una Cruzada contra los herejes.

¿Qué aspecto tendría un hereje? ¿Acaso alguien que adoraba al demonio tenía también algo demoníaco? Los mártires, monjes y ermitaños, los hombres que dedicaban su vida a Dios, ésos tenían algo noble, casi algo santo, como si en vida ya los iluminara la luz celestial. ¿Era posible que en el caso contrario se percibiera el ardor del infierno? El papa había dicho que los herejes eran peores que los sarracenos. Pero al menos uno podía reconocer a los sarracenos, eran como unos salvajes de piel oscura. ¿Cómo se reconocía a un hereje? Porque, por supuesto, no te daban tiempo para hacer preguntas. ¿Y si te equivocabas y matabas por error a un cristiano? ¿Te condenarías para siempre? ¿Y serviría entonces de algo la indulgencia que se podía conseguir con esta Cruzada?

Amaury de Poissy mantenía la mirada fija en las espaldas de sus hermanos que estaban delante de él. Por un lado le llenaba de orgullo que a pesar de su juventud le hubieran permitido tomar la cruz y viajar hacia el sur con el ejército que debía erradicar la herejía. Pero a medida que se acercaba a los límites del condado de Tolosa, sentía aumentar su temor e inseguridad.

- Esta es una guerra santa, - le había dicho Roberto - , por encargo de la Iglesia, bendecida por la Iglesia y a las órdenes de la Iglesia. Se supone que tales cuestiones no han de preocuparte en absoluto.

Roberto era grande y fuerte, y siempre sabía la respuesta correcta. Por supuesto, Roberto tenía razón. Las anchas espaldas de su hermano mayor, como un escudo protector entre él y el resto del mundo, lo tranquilizaban.

- Recibimos órdenes y obedecemos, - había añadido Guillermo, y también le había explicado que los sacerdotes herejes no estaban tonsurados, sino que llevaban el pelo largo y la barba desaliñada. Y que se podía reconocer a los herejes, pues se comportaban como bestias, por ejemplo practicando la sodomía. Eso era por lo menos algo.

En realidad, todo en la vida de Amaury venía determinado por sus hermanos. Por ejemplo, sin ellos nunca habría sido elegido para esta importante tarea. Era un gran honor que le hubieran designado para escoltar al legado papal Milon en su viaje a Saint - Gilles. Milon, el secretario personal del papa Inocencio III, había ascendido hasta su actual posición tan sólo porque el conde de Tolosa desconfiaba tanto de los demás legados que se negaba a negociar con ellos. Lo cual no quitaba que también este legado suplente había de ser considerado como si fuera el santo padre en persona. Durante el camino hacia Saint - Gilles, el clérigo había sido recibido por doquier con grandes muestras de respeto y humildad. Los caballeros que lo acompañaban habían participado de estos honores. Eso hizo que por primera vez en su joven vida, y a pesar de su inseguridad, Amaury se sintiera importante.

Se puso de puntillas y estirando el cuello intentó ver, por encima de las cabezas de los nobles, los caballeros y los clérigos, lo que sucedía a la entrada de la iglesia. Allí, debajo de las bóvedas del zaguán central donde las esculturas inacabadas brillaban a la luz del sol, debía de hallarse ahora el conde Raimundo de Tolosa delante del legado, rodeado de obispos y arzobispos. Podía oír la voz de Milon, y también que sus palabras eran traducidas por otro. Sólo de vez en cuando un viento cálido transportaba algunos retazos que podía entender.

- Juro que obedeceré todas las órdenes del papa... Dicen que he apoyado a los herejes..., que soy sospechoso de estar implicado en la muerte de Pedro de Castelnau... Si violo estos artículos, quiero volver a ser excomulgado... y exonerar a todos mis vasallos de la lealtad, las obligaciones y los servicios que me deben...

Una sonora maldición lanzada por Simón de Poissy, primo de los tres hermanos que se hallaba junto a Amaury, impidió que se oyera el resto.

- ¡Esa sabandija miente más que habla! - gruñó el caballero entre dientes.

Mientras tanto, el legado había vuelto a tomar la palabra. Amaury oyó que hablaba de los judíos, a quienes había que negar el acceso a todos los cargos públicos y privados; de los mercenarios de Aragón al servicio del conde, que habían robado bienes de la Iglesia, y de los herejes y la Cruzada. Al igual que su señor, dieciséis vasallos del conde Raimundo juraron en voz alta que obedecerían a la Iglesia y que lucharían contra los herejes y sus protectores.

De súbito, la comitiva de obispos y arzobispos se puso en movimiento. Rodeados del bajo clero se disponían a dirigirse solemnemente hacia el altar mayor, llevando delante las santas reliquias de la iglesia. Por un momento, las vestiduras magníficamente bordadas se hicieron de lado, por lo que Amaury pudo entrever al conde. Con los pies descalzos y el torso desnudo, el noble permanecía sumiso ante el legado, que acababa de coger la estola de sus propios hombros para colocársela alrededor del cuello desnudo. Alguien entregó al legado un flagelo con el cual empezó a azotar al conde Raimundo mientras le conducía hacia la iglesia.

El espectáculo provocó sentimientos encontrados en el joven cruzado, en un momento en que hubiera sido más oportuno sentirse victorioso. Lo que había esperado ver

en Saint - Gilles era un conde de Tolosa rayano en lo demoníaco. Un canalla infiel, un saqueador de monasterios e iglesias, un profanador de reliquias, un astuto zorro al que traían sin cuidado las amonestaciones de los arzobispos e incluso del papa. Sin embargo, lo que veía era un hombre bien educado, de rasgos suaves, que soportaba con paciencia la humillación a que era sometido. En Saint - Gilles había oído decir que al conde lo apodaban el "Conciliador", por su gran tolerancia y su disposición a hacer las paces con sus enemigos. No parecía en absoluto un hereje, fuera lo que fuera eso. El cuerpo de este noble, que debía de tener unos cincuenta años, era musculoso, como correspondía a un hombre acostumbrado a manejar las armas, ya fuera en un torneo o en un combate real, mas también delataba que llevaba una buena vida y que gozaba de todos los placeres que se podía permitir. Su sobretodo, que colgaba doblado sobre el cinto de su espada, era de buena seda y llevaba bordado en oro su escudo. En resumidas cuentas, tenía el mismo aspecto que cualquier otro noble ilustre. Tampoco le faltaba orgullo. A pesar de la deshonra que le estaban infligiendo, se mostraba orgulloso y seguro de sí mismo, como si su rango le exigiera superar todo este trance sin perder la dignidad. Sólo sus oscuros ojos parecían apagados e impenetrables.

Para lo que era habitual en Occitania, Raimundo de Tolosa era un buen católico y seguramente no había tenido nada que ver con el vil asesinato del legado papal Pedro de Castelnau, pero este crimen había tenido lugar en territorio suyo y por consiguiente él era el responsable. Además, por lo visto el asesino había actuado a raíz de una amenaza proferida por el conde en una explosión de cólera. Era como si lo hubiera hecho por orden del noble, aunque más tarde éste se hubiera distanciado expresamente e intentado encontrar al culpable y castigarlo debidamente. Ello no quitaba que la muerte de Pedro de Castelnau encendiese la chispa que hizo estallar el prolongado conflicto entre la Iglesia y Tolosa en torno a la herejía. Se intensificó el anatema lanzado anteriormente contra él, sus tierras y sus posesiones fueron declaradas fuera de la ley. Por fin cundió el llamamiento que, desde su subida al trono hacía diez años, el Papa Inocencio había dirigido repetidas veces a toda la cristiandad para emprender una Cruzada contra el sur hereje.

Dado que sus tierras y su pueblo estaban a punto de caer en manos del primero que consiguiera conquistarlos, con el beneplácito de su señor el rey de Francia y del propio papa, el conde hizo un último intento por contener la ira de sus señores con un gesto de buena voluntad. El ejército de los cruzados, que contaba con miles de caballeros, peones y mercenarios armados, se había acercado peligrosamente a sus lindes. Tenía que ganar tiempo para evitar una devastadora invasión de sus tierras y sus súbditos, entre los cuales había muchos herejes, aunque para ello tuviese que ponerse aparentemente contra ellos y unirse a la Cruzada.

El muro de vestiduras había vuelto a cerrarse en torno al conde, y Roberto de Poissy hizo señas a sus acompañantes para que le siguieran a fin de ser testigos de la ceremonia de absolución. Amaury despertó de un sobresalto de sus cavilaciones cuando una manaza le agarró por el brazo. Se encontró con la cara de su primo Simón, quien con un brusco movimiento de la cabeza le indicó que tenía que acompañarlos. Se sumó apresuradamente a sus hermanos antes de que la multitud lo separara de ellos.

Dentro de la iglesia hacía casi tanto calor como fuera. Amaury siguió las solemnidades sudando debajo de su armadura. La muchedumbre que antes se había congregado delante de la iglesia ya había logrado entrar. El joven caballero estaba tan sofocado que no tardó en perder todo interés por la ceremonia y sólo anhelaba que llegara el momento en que pudiera abandonar el edificio. Estaban tan apretujados que la mayoría ni siquiera podía arrodillarse ni unir las manos.

Por fin llegó el momento liberador en que se absolvió al conde Raimundo y se levantó el anatema. Después, todos quisieron salir a la vez de la iglesia y ello provocó una aglomeración para la cual no estaban preparadas las salidas. En el altar, el legado y el conde comprendieron que tampoco ellos podrían abandonar la iglesia y se hicieron guiar por un par de monaguillos a través de la cripta hacia el exterior. Por un momento se produjo una situación embarazosa. El rodeo por las gélidas bóvedas les obligó a pasar delante del sepulcro del asesinado Pedro de Castelnau. Milon, el legado papal, aprovechó la oportunidad para recordar una vez más al conde Raimundo sus promesas. Se detuvo ante la tumba para rendir al muerto un prolijo homenaje del cual todo el grupo fue testigo forzoso.

Sobre sus cabezas, el forcejeo y el griterío habían llegado a un punto culminante. Hasta las bóvedas del sagrado recinto, en lugar de oraciones, se elevaban juramentos que las imágenes santas recibían con el ceño fruncido. Después de forcejear duramente, los tres hermanos Poissy y su primo consiguieron salir al exterior. Amaury se levantó el yelmo y respiró aliviado. El sol abrasador del mediodía quemaba su rostro mojado por el sudor, pero cualquier cosa era mejor que estar encerrado dentro.

- ¿Significa esto que la Cruzada ha acabado? - preguntó con voz ronca debido al esfuerzo.

Tres rostros acalorados se volvieron casi al mismo tiempo hacia él. Roberto miró primero a su hermano menor Guillermo, después a su primo Simón y a continuación los tres se rieron del más joven vástago de la familia Poissy.

- Anda, Guillermo, cuéntale que no hemos venido aquí para aceptar por las buenas que tenemos que regresar, - dijo el mayor con indiferencia - . Mientras tanto busquemos algo de beber.

Amaury miró expectante al otro, que se encogió de hombros irritado.

- Pues claro que la Cruzada no ha acabado, - resopló Guillermo mientras seguían a los otros dos Poissy - , todavía hemos de empezar.

- Pero la Iglesia ha absuelto al conde de Tolosa; sus tierras, sus súbditos y él mismo gozan ahora de la protección de la Santa Sede. ¿Cómo podríamos atacarle a él y a sus vasallos?

- ¡Pues claro que no le atacaremos, tú mismo has visto cómo la Iglesia lo ha neutralizado! Tiene que participar en la Cruzada y perseguir la herejía. Por lo pronto, eso lo mantendrá ocupado, su condado está plagado de esos asquerosos herejes. Nosotros nos limitaremos a echarle una mano antes de que olvide cuál es su deber. Y luego están los condados de Béziers, Carcasona y qué sé yo cuántos más, donde la fe está amenazada y donde abunda esa chusma descreída que practica la sodomía y el incesto. - Guillermo se iba acalorando a medida que hablaba - . Bougres! - escupió. Era el juramento que los cruzados solían utilizar para referirse a los herejes.

- Pero es un feudo del rey de Aragón.

- Ése no ha movido ni un dedo para luchar contra la herejía.

- No se le puede exigir que delate a sus propios vasallos, ¿no? Por cierto, ¿qué crees que hará el rey de Aragón cuando conquistemos sus ciudades, echemos a sus vasallos a la calle y ocupemos su lugar? Pues eso es lo que nos ha prometido la Iglesia. ¿Qué hay de sus derechos? ¿Acaso no es deber del rey, como señor feudal, protegerlos, al igual que el del conde de Tolosa, por cierto? Comprendo sus dudas.

- ¿Protegerlos? ¡Los herejes no tienen derechos!

- ¿Qué pesa más, un deber feudal o...?

- Haz el favor de ahorrarme preguntas tan estúpidas. Si Roberto cree necesario que comprendas todo lo que hemos de hacer, que te lo explique él mismo. Acabas de oírlo: el

conde de Tolosa es un sacrílego, un traidor, un embustero y un asesino, y su condado está lleno de individuos como él. Me importa un rábano que las ciudades y los castillos que vamos a conquistar sean suyos o de otra persona. Y no creas que será llegar y besar el santo.

Amaury sonrió de oreja a oreja.

¿Sabes qué es lo que no entiendo, Guillermo? - preguntó mientras el otro repiqueteaba impaciente con los dedos contra la empuñadura de su espada.

- ¿Qué?

- Que tú no tengas ni una sola pregunta. En realidad eres como un perro de caza.

¿Por qué?

- Te limitas a correr ciegamente detrás de la jauría. Yo quiero saber adónde vamos, con quién, cuándo y sobre todo por qué.

- No hace falta que sepas nada. Dios nos guía. Eso es suficiente.

- Un perro de caza, que sigue a la jauría con la lengua fuera, - repitió riendo su hermano menor - , y cuando por fin atrapes a la presa, te la quitarán de las manos. Ve con cuidado.

- ¡Muérete! - le respondió Guillermo sentidamente.

El rostro de Simón, con su negra barba, pasó delante de su visera.

- Escucha bien, mocoso, un señor se debe primero a la Iglesia, luego a su soberano y sólo después a su pueblo. El conde de Tolosa, a quien tú defiendes con tanto fervor, ha robado bienes de la Iglesia, ha destituido a sacerdotes de su cargo, ha convertido iglesias en burgos, sus mercenarios han asesinado a monjes y los han expulsado de sus monasterios y hace años que es amigo y protector de los herejes.

- No lo defiendo. Yo...

Su primo ni siquiera lo escuchaba.

- Un servidor del diablo. ¡Así es como lo ha llamado el papa! - siguió rabiando Simón y acto seguido gritó con fervor - : ¡Adelante, soldados de Cristo, vengad esta ofensa contra Dios y salvad esta tierra de la pestilencia herética!

Entonces fue Guillermo quien rió maliciosamente.

¿Crees que es suficiente o acaso tienes dudas sobre si has de luchar con nosotros? Ya sabes que lo ha dicho el abad: quien no responda al llamamiento para unirse a esta Cruzada, ¡que no beba vino nunca más, no coma nunca más, ni lleve ropa y que sea enterrado como un perro!

Ante estas palabras sobraba cualquier discusión.

Y además... - añadió Guillermo - , te convendría ser un poco más humilde. ¡Después de la metedura de pata con Eva tienes que portarte bien!

Amaury se puso rojo de ira. Cerró los puños y estaba a punto de saltar sobre Guillermo cuando Roberto se mezcló en la disputa. Al tiempo que hacía un gesto tranquilizador hacia los otros dos, rodeó los delicados hombros de su hermano menor con su brazo encorazado.

- Has de tener cuidado con lo que dices. No sería la primera vez que alguien acaba pasando el resto de sus días encerrado en un calabozo por sus palabras. Regresa a nuestro cuartel. Allí corres menos peligro de meterte en dificultades. Nosotros iremos a divertirnos a la ciudad.

BÉZJERS 22 de julio de 1209

¡Esos estúpidos han rechazado el ultimátum!

Roberto de Poissy apartó el toldo con una amplia brazada. No se sentó, sino que permaneció en el umbral de la tienda de campaña como dispuesto a marcharse de nuevo en cualquier momento. En su rostro se leía claramente lo mucho que le sorprendían las noticias que el mismo traía.

- ¿Rechazado? ¡Pero si hemos ofrecido la libre retirada a todos los habitantes católicos! - exclamó Amaury.

- Sólo el obispo, que tuvo que transmitir el mensaje, ha sido sensato. Y un puñado de católicos que le han acompañado. El resto se prepara para defender la ciudad.

- ¡Estupendo! - exclamó Guillermo - . Por lo que a mí respecta podemos asaltar Béziers, estoy listo.

Amaury no compartía el entusiasmo de sus hermanos. Su sorpresa hizo sitio a las dudas que le consumían desde hacía semanas:

- Cuando ataquemos la ciudad, ¿cómo sabremos quiénes entre ellos son herejes? ¿Cómo los encontraremos entre los ciudadanos inocentes?

- Sus sacerdotes llevan mantos y hábitos negros, - dijo Roberto.

¿Y los demás?

A ésos los reconocerás enseguida, - dijo Simón - . Son unos farsantes ofos que no temen ni a Dios ni a los mandamientos y que no respetan ninguna ley. Putean a ciegas y sus mujeres son aún peores. Adoran al diablo en conciliábulos nocturnos. Luego preparan pócimas mágicas, adoran a un gato y le besan el culo, pues el demonio se les aparece con esta forma. Semejante gentuza ha de ser fácil de distinguir de los ciudadanos temerosos de Dios.

- Pero, evidentemente, todo eso no lo harán cuando estemos nosotros delante, - replicó Amaury - , por eso sigo preguntándome: ¿cómo los reconoceremos?

- ¡Todo el que prefiera quedarse entre las murallas para proteger a esos perros asquerosos merece morir! - estalló Guillermo - . Eso suponiendo que haya católicos. Esa ciudad es un nido de adoradores del diablo y siervos de Satanás. ¡Una gran madriguera satánica, eso es lo que es!

- Se les ha brindado la oportunidad de salvar el pellejo. Si se niegan a entregar a los herejes, serán arrasados por el ejército de los cruzados. ¿Es que todos están ciegos? Basta con mirar por encima de las murallas para comprobar nuestra superioridad.

Mientras hablaba, Simón buscaba involuntariamente la empuñadura de su espada.

- ¿Cuándo atacaremos la ciudad? - preguntó.

- Por lo pronto nos preparamos para un asedio. Los soldados aún han de reponerse de la marcha hasta aquí.

- Era Roberto quien le había respondido.

Ellos apenas habían tenido descanso. El 2 de julio, cerca de Valence, se habían unido de nuevo al ejército, de eso hacía tres semanas. En un principio, las tropas habían mantenido un ritmo aceptable, mas al cruzar el Ródano en Beaucaire ya no pudieron seguir transportando el material pesado por el río, y empezaron a avanzar con mucha más lentitud. Las últimas etapas bajo el sol de julio fueron muy agotadoras, sobre todo para los soldados de a pie y para los animales de tiro y de carga. Fue una verdadera suerte que la amenaza de la llegada de los cruzados asustara tanto a algunos señores del sur que éstos entregaron sus posesiones sin resistencia y se unieron al estandarte de los cruzados. La marcha desde Montpellier, que habían atacado el día anterior al alba, había durado todo el día y los últimos soldados sólo pudieron asentar sus reales al caer la noche.

Roberto se dio la vuelta y contempló las murallas de Béziers que se alzaban a poca distancia de su campamento en la colina sobre la cual se había construido la ciudad.

- ¿Cuántas personas deben vivir allí, y cuántas han buscado refugio entre sus murallas? ¿Diez mil, veinte mil? - reflexionó en voz alta - . ¿Cuántos de ellos son fieles a la Santa Iglesia de Roma? En cualquier caso, todos son igual de obstinados: se niegan a entregar a los herejes, ni siquiera quieren abandonarlos y huir de la ciudad, prefieren reventar con ellos.

- No te preocupes, hermanito, aún tendrás que esperar para ver a un hereje. Este podría ser un asedio muy largo.

En aquel momento, sus cavilaciones fueron interrumpidas por un escudero del duque de Borgoña, que vino a buscarle para acudir de inmediato a un consejo de guerra. Roberto volvió apresuradamente a la tienda del conde de Nevers, de donde había venido minutos antes. Amaury le vio partir en compañía de varios avezados guerreros con los que se había encontrado a menudo en los numerosos torneos en que solían cosechar grandes aplausos. Sentía un profundo respeto por algunos de ellos. Como Simón de Montfort, un intrépido combatiente que se había distinguido sobremanera en Tierra Santa, pero que también había demostrado ser un abanderado de los ideales caballerescos y que unía unos principios inquebrantables con una conducta intachable y una devoción ejemplar. Sus propiedades se hallaban al suroeste de París, esto es, sus propiedades francesas, pues era conde de Leicester, pero sólo de nombre, porque el rey de Inglaterra había confiscado su herencia en ultramar. Junto a Montfort se hallaban como siempre Roberto Mauvoisin, su viejo compañero de lucha en Tierra Santa, y Bouchard de Marly, un primo de la esposa de Montfort que desde hacía años era su mejor amigo, aunque también un buen amigo de los Poissy. Sus propiedades lindaban con el territorio de caza del rey que administraban los Poissy. El hermano mayor de Amaury, Roberto, estaba casado con la hermana de Bouchard, Beatriz.

Todos los hombres que rodeaban a Montfort pertenecían a la baja nobleza, pero eran suficientemente importantes como para formar parte de la delegación de caballeros del norte de Francia capitaneados por el duque de Borgoña. Incluso eran consultados por Arnaud Amaury, el abad del Cister, que ocupaba el mando supremo del ejército de los cruzados.

Amaury recorrió con la mirada las tiendas que el conde Raimundo de Tolosa había levantado con su modesto séquito, y que se hallaban algo apartadas, al borde del campamento militar, como si en realidad no formaran parte de él. Había visto cabalgar al conde alguna vez y no se le había escapado que ahora lucía una cruz en su túnica. La bandera de Tolosa ondeaba orgullosa encima de la cúpula de su tienda de campaña. Seguramente, el conde no participaría en el consejo de guerra, pensó. Hasta ahora sólo le habían permitido mirar desde las gradas y quizá fuera este papel el que más le agradaba.

El joven caballero regresó a la sombra sofocante de la tienda de campaña que compartía con sus hermanos y su primo, y reanudó la comida que se había visto interrumpida por la llegada de Roberto.

- ¿Un consejo de guerra, tan pronto después de haber rechazado el ultimátum? ¿No se habían tratado ya todos los asuntos, no teníamos que prepararnos para un asedio prolongado? - No se lo preguntaba a nadie en especial y nadie le contestó. Simón masticaba un pedazo de pan y Guillermo vertía vino en su garganta siempre sedienta - . ¿No hemos de ordenar a nuestros soldados que se armen?

- No te pongas nervioso, - gruñó Guillermo mientras se secaba los labios con el dorso de la mano.

- Sólo se hará algo cuando llegue la orden del alto mando: del abad del Cister y de nadie más, - añadió Simón - , así que a comer y callar.

Amaury ya no tenía hambre. Sus nervios y sus dudas se tensaban como un nudo cada vez más apretado en su estómago y le quitaban el apetito. Durante unos instantes se movió inquieto en el catre que también hacía las veces de asiento. Después se puso en pie y salió de la tienda.

- Todavía es demasiado joven, lo vengo diciendo desde el principio, - oyó la voz de Guillermo a sus espaldas, y la respuesta de Simón, atenuada por la lona:

- Lo hemos traído aquí con nosotros para poder repartirnos entre los cuatro el botín de guerra. De esta manera nos llevaremos más.

- ¿Botín? Eso no parece interesarle. Sólo habla de su deber como cristiano y sobre la indulgencia plenaria que logrará después como cruzado. Es evidente que se siente culpable por el fracaso con Eva. Y ahora tiene miedo de perder la indulgencia si en el ardor de la batalla mata por error a otro católico. ¿De qué se preocupa?

Se oyó una risa desdeñosa.

Amaury suspiró y deambuló por el vivaque de los Poissy y sus soldados. Pasó delante de los sargentos, los palafreneros y los escuderos, después delante de los arqueros y los ballesteros, que estaban sentados al sol frente a su tienda con el torso desnudo y que revisaban sus armas. Por último pasó delante de los mozos de cuadra, los caballos, los peones, los herreros y carpinteros. Tampoco ellos parecían tener prisa por prepararse para un asalto. Ni siquiera habían descargado los carros que transportaban las herramientas y el material para construir los arietes, las escalas y las torres de asalto. Los únicos ajetreados eran los mozos encargados del servicio doméstico.

No lejos de allí ondeaba el estandarte de Simón de Montfort, un león rampante dorado sobre un campo rojo. Su tienda se hallaba sobre una pequeña colina, desde la cual podía divisar los alrededores por encima del resto del campamento. En torno a ella estaban distribuidos los campamentos de sus compañeros de lucha, todos ellos nobles de Ile - de - France como los Poissy. Amaury escaló la posición elevada y respondió al saludo de algunos caballeros conocidos. Después se volvió y miró en dirección a la ciudad, que descollaba sobre el campamento de los cruzados como una tarta amarilla rosada, rodeado de una ancha corona de pequeñas torres de espuma blanca. Su mirada recorrió las murallas y después las orillas del Orbe, a los pies de la meseta, que también se podía divisar desde aquí, hasta el lugar donde el puente con sus arcos atravesaba el río. De repente abrió los ojos de par en par. Miró tenso a la otra orilla. Algo empezó a moverse de súbito al otro lado del puente, donde las puertas cerradas impedían el acceso a la codiciada ciudad. Por un momento no pudo distinguir qué sucedía, mas poco después vio cómo las puertas escupían una oleada de peones y lanceros, que se abalanzaban con gran griterío y estrépito sobre el enemigo, protegidos gracias a una lluvia de flechas disparadas por un pequeño ejército de arqueros que, de forma igualmente inesperada, se habían encaramado a la muralla.

"Un ataque", comprendió Amaury súbitamente. Se quedó petrificado, el corazón le palpitaba en la garganta. Nunca antes había visto nada parecido. Era todo un espectáculo ver cómo la masa, impelida por los jinetes que la seguían, se clavaba como una cuña en el cordón que habían colocado los cruzados en torno a la ciudad.

- ¡Un ataque! - gritó en falsete, cuando por fin volvió en si.

En ese mismo momento se armó un tremendo alboroto alrededor y empezaron a sonar las primeras órdenes por el campamento. Tropezando y chocando con todo, regresó corriendo a su propio campamento para avisar a los demás. El lugar se había convertido en un verdadero hervidero de animales y personas. Los mozos de cuadra lanzaban juramentos contra los caballos que tenían que ensillar a toda prisa para sus amos. Los peones y los arqueros maldecían y tropezaban unos con otros cuando intentaban recoger sus armas, y los

caballeros llamaban a gritos a los criados que debían ayudarles a ponerse las cotas de malla. Amaury se dio cuenta de que tampoco él estaba preparado para luchar, pues iba desarmado y llevaba únicamente su túnica, sin ninguna protección.

- ¡Insensatos! ¡Idiotas! ¿A quién se le ocurre atacar ahora? - Con un golpe furioso, Guillermo se colocó el yelmo en la cabeza, con lo que el resto de su arrebato quedó reducido a un murmullo atenuado.

- ¿Es que no has oído la orden, chaval? ¡A las armas! ¡Antes de que abran una brecha en el cerco! - ladró Simón impacientemente a su joven primo quien, aún fascinado por el espectáculo en la lejanía, se había quedado de pie delante de la tienda de campaña intentando ver lo que acaecía allí. La ciudad parecía volver a tragarse al río humano con tanta rapidez como lo había escupido - . Se retiran, - dijo asombrado, pero nadie lo entendió en medio del jaleo. Con la cabeza medio girada en dirección a las puertas de la ciudad, dejaba que su escudero le pusiera la cota de mallas. Justo cuando se ceñía la espada, entró Roberto.

- Los mercenarios ya han entrado en la ciudad, - dijo sin apenas aliento - . Han conseguido entrar detrás de los peones, por lo que ya no han podido cerrar la puerta.

- ¡Dios santo! Mira que si esa chusma se nos adelanta. ¡Si no nos apresuramos se largarán con todo el botín! - Simón se montó al caballo - . Esta es una ciudad rica. ¡Podéis estar seguros de que algo sacaremos de ella!

Con ayuda del escudero, Roberto se puso a toda prisa su armadura y también se subió a su caballo. Amaury cabalgaba a su lado.

- Éste será tu bautismo de fuego, hermanito. Y puedo tranquilizarte. No eras el único que se preocupaba de si mataba por equivocación a un buen católico. De ahí que se celebrara un consejo de guerra. El abad del Cister tuvo que tomar una decisión apresurada cuando llegaron las noticias sobre el ataque y oímos que los mercenarios lo iniciaban por cuenta propia. Nuestras órdenes son claras: toda ciudad o burgo que no se entregue al ejército de cruzados ha de ser tomada. Quien se resista es enemigo de la Iglesia y lo pasaremos a cuchillo. Así que si no podéis distinguir a los herejes de los católicos, dijo, matadlos a todos. Dios ya reconocerá a los suyos.

Amaury sintió un escalofrío, pero cuando vio que Roberto se santiguaba y luego desenvainaba la espada y besaba la empuñadura, siguió su ejemplo.

- ¡Por Dios y el rey! - exclamó Roberto.

- ¡Y por Poissy! - añadió Guillermo.

Los cuatro Poissy repitieron su grito de guerra como si saliera de una sola boca. Las callejuelas estaban llenas de gente que huía a uno y otro lado y por doquier había objetos, ropa y fragmentos de enseres dejados atrás por el pánico, entre ellos también animales de corral y domésticos que buscaban refugio. Los mercenarios, armados tan sólo con cuchillos y garrotes, ya habían provocado una verdadera carnicería y los cruzados no se quedaron atrás. Agitando los brazos a diestro y siniestro junto a los flancos de sus corceles, derribaban a golpes de espada a quien estuviera a su alcance. Pronto fue imposible seguir avanzando a caballo. Sus cascos pisaban los cadáveres y los miembros cortados resbalaban en los charcos de sangre en los que flotaban órganos. En todas partes había sangre, y su olor nauseabundo que lo impregnaba todo. Y el hedor, sobre todo el hedor, que se intensificaba a medida que el sol ardiente llevaba a cabo su labor destructora.

La hoja de la espada de Amaury seguía inmaculada. Con los ojos abiertos de par en par cabalgaba inexpresivo entre sus hermanos, sosteniendo el arma en su mano temblorosa, demasiado sorprendido para hacer algo. No tenía miedo. ¿A quién podía temer en su envoltorio de hierro? ¿A los indefensos ciudadanos cubiertos tan sólo con ropas de lino y de

seda que ni siquiera iban armados? Habría sido más fácil ante un montón de soldados armados hasta los dientes, o incluso toda una guarnición. Pero no aquello. Estaba horrorizado por lo desigual de la lucha. Incluso se había bajado el yelmo ardiente, pues hacia ya un buen rato que los arqueros habían sido derrotados por los mercenarios que él había visto atravesar el foso y trepar por las murallas.

Seguía maquinalmente a los demás, con la mirada perdida. Al frente cabalgaba Simón de Montfort, por supuesto flanqueado por Bouchard de Marly y Roberto Mauvoisin, y detrás de él sus caballeros que bloqueaban la calle de pared a pared para que nadie pudiera escapar con vida. Delante de los caballeros avanzaban los soldados de a pie, que sacaban a todos los que se ocultaban en las casas o en otros escondites. Si alguien lograba salvarse de sus lanzas, era atravesado por las espadas de los caballeros. De esta manera parecía que la lucha empezaba a adquirir cierta estructura. El duque de Borgoña había conseguido que sus hombres formaran de manera que todos los ciudadanos fueran empujados hacia un punto central. Pero el conde de Nevers, que desde que el ejército saliera de Francia había mantenido relaciones tensas con el duque de Borgoña, contrariaba como de costumbre los planes de éste y ahuyentaba a la atemorizada población precisamente en dirección a las puertas de la ciudad para ensartar con la espada a todo el que aún estuviera con vida. Los mercenarios hacían caso omiso a cualquier orden. Irrumpían en muchas casas, asesinaban, violaban y saqueaban, y después intentaban abandonar la ciudad para poner a buen recaudo su botín. Cargados de riquezas eran detenidos a su vez por los cruzados, que reclamaban el botín y les arrebataban los objetos de valor.

Cuando el caos había llegado a su apogeo, la batida de Montfort y sus hombres se quedó atascada. Se encontraban delante de la catedral de Saint - Nazaire, en la cual se había refugiado un gran número de ciudadanos. El siniestro tañido del toque de difuntos tapaba el bullicio en la calle y retumbaba a muchas leguas a la redonda. Los mercenarios, que nunca habían demostrado excesivo respeto por los santuarios, ya habían destrozado las puertas de la iglesia e invadido el edificio. Los cruzados tampoco tenían demasiados escrúpulos.

- ¡Los herejes han profanado la casa del Señor! ¡La han convertido en la iglesia de Satanás! - gritaba el arzobispo de Sens, quien armado acaudillaba sus propias tropas - . ¡Muerte a los que han ensuciado el santuario de Dios! ¡Cumplid vuestro sagrado deber y que la venganza de Dios sea la vuestra y os dé fuerzas! Algunos caballeros tenían tanta prisa que entraron en la iglesia a caballo. Pero Simón de Montfort retuvo a los nobles que lo seguían y a sus soldados con un ademán

- En la casa del Señor se entra con humildad, con la cabeza descubierta y a pie, - gruñó.

La mayoría de los caballeros echaron pie a tierra, colgaron el yelmo de la silla de montar y se abalanzaron sobre las puertas destrozadas.

- Demuestra de lo que eres capaz, hermanito; hasta ahora no has hecho gran cosa. ¿Crees que ganarás la indulgencia sólo mirando? - se burló Guillermo mientras los cuatro Poissy entraban.

Viniendo de la intensa luz del sol, al principio no pudieron distinguir nada en la fría penumbra de la iglesia, pero los empujones de los que los seguían les obligaron a penetrar más en el recinto y los gritos y chillidos de la gente atemorizada les indicaron el camino. Los mercenarios se les habían adelantado nuevamente y habían provocado una terrible masacre. Delante del altar yacían los clérigos asesinados en sus sotanas empapadas de sangre. Amaury resbaló en el líquido viscoso, aterrizó en medio de un charco y consiguió incorporarse justo antes de ser pisoteado por la multitud. Después echó a correr a ciegas con los demás, detrás de los ciudadanos, que intentaban esconderse en todos los rincones, en las

capillas, en la cripta, en la sacristía, en los claustros. Había perdido de vista a sus hermanos, tampoco veía por ninguna parte a Simón, y sus propios soldados se habían dispersado en todas direcciones y sembraban la muerte, impelidos por una locura asesina.

Finalmente se detuvo en una estancia mal iluminada y sin salida. Miró alrededor, blandiendo la espada para defenderse. Frente a él había un grupo de personas agazapadas en un rincón, que con los rostros crispados por el miedo le miraban como si fuera el mismísimo demonio. Uno de ellos, un hombre delgado vestido con una túnica negra que le llegaba hasta los tobillos, con el rostro curtido, una barba larga y una melena hasta los hombros, avanzó tranquilamente hacia él.

- Venga, - dijo, como si quisiera alentar al cruzado - , libérame de este sufrimiento terrenal. Atraviésame con tu espada y libera mi alma de este cuerpo demoníaco. ¡Envíame al reino que creó el señor de la Luz!

Extendió los brazos y ofreció su pecho desprotegido al enemigo. Amaury lo miró con incredulidad. Detrás del hombre oyó que una mujer sollozaba.

- ¡Defendeos! - le dijo.

- Nosotros no llevamos armas, pertenecen al mal. ¿Crees que puedes matar a mujeres, niños, viejos y enfermos en nombre del buen Dios? Y eso os llevará al cielo, ¿es eso lo que os promete Roma? ¿Crees que morirás como un héroe defendiendo la gloria de Dios con la espada? - Sacudió la cabeza compasivamente - . Lo llamáis guerra santa. Si dejas la vida en esta guerra demencial, tu muerte será inútil y sólo te servirá para ser devuelto al reino del demonio.

- ¡Calla, blasfemo! - gritó Amaury.

Mas el otro siguió hablando sin inmutarse:

- He oído gritar a vuestro obispo que sois el instrumento de la venganza de Dios. La venganza no puede nacer de lo bueno, la venganza pertenece al mundo del mal y al demonio. Has de saber que no es nuestra Iglesia la que sirve a Satanás. Es la Iglesia romana, la prostituta de Babilonia, la que acumula poder y riqueza, el vil metal, ¡la creación del dios de las tinieblas! ¡Es la Iglesia de Roma la que adora al diablo!

Amaury tuvo la sensación de que alguien lo sacudía con fuerza. Las palabras despertaron en él más belicosidad que Guillermo con todas sus indirectas. Se sintió invadido por una profunda náusea.

"¡Un hereje! - gritó mentalmente - . ¡Un hereje desvergonzado que a la hora de su muerte intenta aún confundirme con sus falsos razonamientos y persuadirme para que abrace su diabólica doctrina! " ¡Si se demoraba un poco más, quién sabe si ese hombre conseguiría paralizarle el brazo con sus blasfemias y conjuros demoníacos! En un reflejo llevó su codo hacia atrás. Con un fuerte grito extendió el brazo y hundió la espada en la carne blanda debajo de la caja torácica, un golpe que sabía conllevaría pronto la muerte.

La mujer emitió un grito ahogado. Por un momento hubo silencio, después ella salió de la oscuridad y se arrodilló junto al cuerpo desplomado que todavía se estremecía y que luego se quedó quieto. La mujer era muy joven, en realidad aún era una muchacha, no debía de ser mucho mayor que él. Sólo entonces vio que las sombras detrás de ella eran niños. La muchacha cerró los ojos del muerto.

- Ha cruzado la puerta hacia la luz, - susurró a los demás.

Alzó el rostro y posó su mirada curiosamente tranquila en el caballero - .

- Bravo, - dijo suavemente - . Has matado a un Buen Cristiano.

En su voz no había atisbo de reproche.

- ¿Un buen cristiano? - balbuceó Amaury.

Por un momento se preguntó si había entendido bien, pero no, en las últimas semanas había oído hablar suficiente en ese dialecto meridional como para no equivocarse ahora.

- Un Bon Homme, - asintió ella.

Él tragó saliva.

- ¿Está muerto?

- La muerte no es nada, la muerte es una invención del demonio.

Y acto seguido y para mayor asombro de Amaury, empezó a rezar el padrenuestro y los niños que se encontraban detrás de ella la acompañaron.

Amaury sintió que su mano estaba floja y demasiado débil para sostener el peso de la espada. Le costó limpiar la hoja y envainar el arma. Por un instante reinó un silencio mortal, o por lo menos eso le pareció a él, pues en el mismo momento en que se dio cuenta de que las campanas habían enmudecido, se percató de nuevo del bullicio que había por doquier, en todos los rincones de la iglesia y en los edificios anexos. En su cabeza se libraba también una intensa lucha. Dudaba y miraba atemorizado hacia la entrada que se hallaba a su espalda.

- ¡Oh, Dios, perdóname! - rezó en silencio, antes de inclinarse sobre ellos y hacer un gesto apremiante - .

- ¡Tumbaos, no hagáis ruido, haced como si estuvierais muertos!

Quizá le obedecieron porque ya no los amenazaba con el arma. Pasó sus manos unas cuantas veces por el charco de sangre junto al cuerpo del hombre y salpicó las gotas sobre los demás. Después se secó las manos con su ropa.

- ¡Vaya hermanito! ¿Todo esto es obra tuya? - oyó detrás de él.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo. Se volvió con demasiada rapidez, pensó, claramente sobresaltado, demasiado evidente. Con tal de que no...

- ¡Ah, mira! Si sólo son niños. - Guillermo dio unas patadas contra algunos de los cuerpos que no ofrecieron resistencia ni emitieron sonido alguno. Rió burlonamente - . ¡Pero si has realizado un acto heroico!

Roberto entró jadeando en la pequeña estancia. Echó un vistazo a su alrededor.

- ¡Dios todopoderoso! ¿Lo has matado tú? - Escupió sobre la túnica negra del muerto - . Un perfecto, ¿o acaso no lo sabías?

Amaury no reaccionó y Guillermo miró asombrado a uno y otro lado y luego al cuerpo en el suelo.

- Esos son los más peligrosos. - Roberto se incorporó y olfateó - . ¿Oléis eso?

- Fuego.

- ¿Dónde está Simón?

- Ya es un milagro que nos hayamos encontrado, - dijo Guillermo - . Tenemos que irnos de aquí antes de que todo sea pasto de las llamas.

Se oyeron gritos de alarma. Alguien corría gritando que los mercenarios habían prendido fuego a la iglesia, para vengarse de los caballeros que les habían arrebatado el botín.

Amaury empezó a sudar al pensar en que alguno de los niños pudiera toser por causa del humo.

- Un momento, mi bota..., hay algo atascado, - masculló - . Por Dios, id a buscar a Simón, ya saldré yo.

- La iglesia está ardiendo y él se preocupa por sus botas. ¡Venga, hermanito, a ver si luego se te chamusca la pelusa de la barbilla!

Por lo visto Guillermo no tenía ganas de que el fuego le alcanzara, ya había desaparecido y Roberto con él.

- ¿Cómo os voy a sacar de aquí? - preguntó Amaury a la muchacha.

- Esperaremos hasta que haya suficiente humo para protegernos, conozco una ruta de escape, - contestó ella.

Ahora, su voz temblaba, pero mantenía con decisión a los niños de pie y se apostó junto a la puerta para ver si el camino estaba despejado - . ¡Por favor, vete!

Él se demoró un instante, sin saber si podía dejarlos así. Quería decir algo, pero no sabía qué. Mientras tanto, el fuego se extendía a toda velocidad y ya había pasado al claustro y a las casas que había junto a la iglesia. Enormes columnas de humo se arremolinaban a lo largo de las bóvedas, y llamas de varios metros lamían las imágenes de los santos. Los que todavía se encontraban dentro de la iglesia sólo pensaban en una cosa: salvar cuanto antes el pellejo. Amaury echó a correr sin mirar atrás, tropezando y trepando por encima de los montones de cadáveres y siguió corriendo hasta atravesar las puertas de la ciudad. Allí cayó de rodillas sobre la tierra pisoteada y tosió a pleno pulmón.

Cuando el sol empezó a caer, la rica ciudad comercial de Béziers ya no era más que una escombrera humeante, en la cual había que dado reducida a cenizas no sólo gran parte de la población, sino también, para disgusto de los cruzados, la mayor parte del botín de guerra. En un informe extremadamente escueto, el abad Arnaud Amaury escribió al papa:

"Fue una victoria inesperada y milagrosa. Sin respetar el sexo ni la edad, los nuestros pasaron a cuchillo a casi veinte mil. La ciudad ha sido pasto de las llamas y ya no queda nada de ella."

CARCASONA 15 de agosto de 1209

A lomos de su caballo, Amaury miraba satisfecho a la muchedumbre. Estaba contento del modo en que habían evolucionado las cosas desde los espantosos sucesos de Béziers. Los primeros pueblos y burgos habían sido abandonados apresuradamente por los habitantes, que dejaron atrás todos sus bienes y víveres, y fueron conquistados sin resistencia. Después empezó a aplicarse cada vez más la política de tierra quemada y de ahí ya no había nada que sacar.

Amaury había saboreado por fin la guerra de verdad: Carcasona había caído, un rico botín que proporcionaba suficientes reservas, así como una importante cantidad de sal que podría venderse a buen precio. El asedio se había ejecutado como Dios manda y sólo había durado dos semanas. Los cruzados habían empezado por conquistar el suburbio amurallado situado en la parte norte de Carcasona. Bastó una simple carga para que el barrio cayera en manos del ejército francés. Después lo habían incendiado. A continuación, los cruzados se habían arrellanado en la parte oeste de la ciudad, donde bloquearon el acceso al agua del Aude, por lo cual a partir de aquel momento los ciudadanos dependían de los pozos que se hallaban dentro de los muros y que en los meses de verano se secaban. Unos días más tarde, el ejército de los cruzados atacó el suburbio sur.

Después de los sucesos de aquel día, Amaury seguía sintiendo una profunda admiración y respeto por Simón de Montfort. El noble ya se había distinguido por su valor durante la primera carga, pero lo que había hecho durante el segundo ataque lo elevaba por encima de los demás caballeros cruzados. En un principio, el ataque amenazaba fracasar a causa de la intensa resistencia de los habitantes. Los mercenarios y los soldados de a pie, que formaban la vanguardia, habían descendido con escalas hasta el lecho seco del foso, donde hubieron de soportar una lluvia de flechas lanzadas por los ciudadanos, que además los apedreaban, por lo cual no tenían la más mínima posibilidad de escalar la muralla o debilitarla. Finalmente emprendieron despavoridos la retirada de forma tan desordenada que

hubo aún más heridos. Mientras el resto miraba desde una prudente distancia, uno de los caballeros heridos se quedó tumbado en el foso, con una pierna rota e incapaz de escalar la escarpada pendiente. En aquel momento fue Simón de Montfort quien, desafiando todos los peligros, se adentró en la hondonada para poner a salvo al herido con ayuda de su escudero.

Finalmente, los zapadores, protegidos por un techo de escudos, consiguieron ahuecar la muralla hasta socavarla. Los jefes espirituales de los cruzados pusieron sus balistas en posición de ataque para destrozar con enormes piedras la parte superior de la muralla. Los arqueros, que ya no podían encontrar protección en el adarve, tuvieron que interrumpir la defensa y los soldados de a pie pudieron entrar en la ciudad después de cruzar el foso y atravesar el túnel. Después se cercó la ciudadela propiamente dicha, dentro de la cual se hallaba el castillo del vizconde. Desanimado al ver que no llegaba la ayuda que esperaba de su señor, el rey de Aragón, y amenazado con la misma suerte que había corrido Béziers, después de una semana, el joven vizconde Ramón Roger Trencavel se entregó voluntariamente al enemigo como rehén, a condición de que la población pudiera abandonar incólume la ciudad.

El éxodo de los ciudadanos se organizó bien. Algo habían aprendido los cruzados del catastrófico ataque de Béziers. Algunos caballeros habían sido destacados en la ciudad para reunir y vigilar el botín de guerra, mientras otros, entre ellos Amaury, controlaban que los ciudadanos no se llevaran consigo sus bienes.

El abad Arnaud Amaury había establecido que los ciudadanos tenían que abandonar la ciudad "desnudos", dejando atrás todos sus bienes, sus armas, su dinero y su ganado. Sus pecados serían su único equipaje, había dicho. En consecuencia, se condujo a todos los ciudadanos hasta una puerta de salida tan estrecha que sólo podían pasar de uno en uno, las mujeres en blusa, los hombres en calzones. Con suma habilidad, los soldados se encargaban de desplumar a quienquiera que intentara llevarse algo a escondidas.

Amaury buscaba entre la muchedumbre un rostro fino, enmarcado por una cabellera castaña, con ojos profundos y graves. Se preguntaba si ella habría conseguido huir de Béziers. Sabía que, en su mayoría, los pocos que habían logrado escapar de aquel infierno se habían refugiado en Carcasona. ¿Había logrado poner a salvo a los niños? Todavía recordaba palabra por palabra lo que le había dicho y también las cosas de las que había hablado el perfecto, ¡ ese adorador del demonio al que ella había llamado buen cristiano! Aquellas palabras le habían estremecido profundamente, no sólo porque eran una peligrosa blasfemia herética, sino sobre todo por la desfachatez de expresar abiertamente semejantes calumnias delante de un cruzado, que a fin de cuentas era el brazo armado de Dios. A pesar de ello se sentía culpable. Una y otra vez veía la imagen del perfecto que le ofrecía con los brazos abiertos su cuerpo indefenso. Una y otra vez oía el nauseabundo ruido de la espada que se hundía en la carne blanda. En realidad era extraño que fuera precisamente eso lo que más recordaba y que por ello la terrible carnicería perpetrada aquel día hubiera quedado relegada a un segundo plano. Apretó los ojos y empezó a sacudir con fuerza la cabeza, como queriendo ahuyentar sus pensamientos. Había intentado contárselo a otros, a sabiendas de lo peligroso que era. No a sus hermanos o a Simón, pues se burlarían de él abiertamente. Había hablado con uno de los muchos frailes que acompañaban al ejército. Después de lanzarle la previsible parrafada de " la - primera - vez - es - siempre - difícil - mas - uno - se acostumbra", le había cantado las cuarenta. ¿Cómo osaba tener dudas o sentirse culpable ante una orden que había dado personalmente el venerable abad cisterciense y legado papal Arnaud Amaury? A partir de aquel momento, el fraile había ido a verle cada día para recordarle la indulgencia que produciría la Cruzada y para conminarle

a no faltar a su deber. Dado que ahora ya no se atrevía a confesar que había dejado escapar a la muchacha y a los niños, cargaba con ese secreto como un lastre en su conciencia.

Amaury abrió los ojos y volvió a buscar entre los rostros desconocidos de la muchedumbre. La mayoría de los casi veinte mil habitantes ya había cruzado la puerta, pero seguía habiendo mucha gente que esperaba. ¿Por qué quería verla otra vez? ¿Por curiosidad? ¿Para calmar su conciencia? Se habría sentido mucho más culpable si no la hubiera dejado escapar, de eso estaba seguro. ¿Seria capaz de reconocerla si la viera aquí, a la intensa luz del sol? La imagen que conservaba de ella era bastante vaga. La habitación estaba a oscuras. Más que su aspecto, le habían impresionado su tranquilidad y su actitud confiada, tan alejada de su propia torpeza e inseguridad. Sí, le gustaría volver a encontrarse con ese ser enigmático, aunque había de admitir que era una idea tan irresistible como disparatada.

El cortejo desfilaba lentamente ante sus ojos. Los niños lloraban. Los viejos, cansados de estar tanto tiempo de pie, eran ayudados por otros. Muchos estaban enfermos a consecuencia de la falta de agua y demás privaciones de las últimas dos semanas. Todos apestaban y las moscas pululaban alrededor. No había muchos hombres jóvenes. Los soldados de a pie repartían golpes, empujones y gritos para que la multitud se pusiera en fila. La corriente humana se fue reduciendo gradualmente. Aquella noche, pensó Amaury, sería la primera desde hacía meses que dormiría en una cama, bajo un techo de verdad. ¿En la cama de quién? En aquel momento eso le traía sin cuidado y además, seguramente, nunca llegaría a averiguarlo. Y si la encontrara aquí, ¿qué haría él entonces? ¿Se le acercaría, hablaría con ella, mientras todos podían verlos y oírlos? ¿O se quedaría otra vez con la boca abierta y sin saber qué decir? ¿Y si pudiera convencerla de que estaba equivocada, si pudiera convertirla a la fe verdadera? En su fantasía se imaginó que la conducía ante el obispo de Sens, que ella renegaba de la herejía y que la Iglesia la acogía en su seno. Un suspiro escapó de sus labios y por un instante esbozó una sonrisa. ¿Dónde dormiría ella aquella noche?

- ¿Soñando, hermanito? ¿Acaso no has oído la orden? - Guillermo espoleó impaciente el flanco del caballo de Amaury que se sobresaltó más que su jinete.

Algunos ciudadanos tuvieron que apartarse apresuradamente ante los saltos del espantadizo animal - . Y claro está, es a mí a quien mandan otra vez para que te llame al orden. ¿Qué demonios sigues haciendo en este lugar? ¿No te parece que estás poniendo demasiado empeño al quedarte aquí hasta que el último hombre haya abandonado la ciudad?

Amaury se encogió de hombros y sin decir nada fijó la mirada en los ciudadanos que aún esperaban delante la puerta.

- ¿Acaso buscas a alguien?

Negó con la cabeza. Guillermo condujo a su hermano hasta el patio del castillo del vizconde, donde el abad Arnaud Amaury, subido a un pedestal de mármol, se dirigía a los cruzados que se habían congregado en torno a él. Después de buscar un tiempo encontró a sus parientes.

- Esta es la última vez que traigo a la oveja perdida. Sospecho que se estaba despidiendo personalmente de cada ciudadano.

- Este chico se comporta de una forma extraña desde Béziers, - admitió Simón.

- Si quieres saber mi opinión, nunca ha sido normal. ¡Por el amor de Dios, Roberto, mándalo a casa!

- ¡Calla, Guillermo!

Las rimbombantes frases finales del discurso de Arnaud Amaury resonaban por encima de la multitud de caballeros:

- Así pues, ya veis los milagros que el Rey de los cielos realiza para vosotros, pues nada se os resiste.

- ¿Qué ha dicho? - susurró Amaury.

- Eso me gustaría también saber a mí. Gracias a tu ausencia, - y al decirlo Guillermo se golpeó la frente elocuentemente - , me lo he perdido.

- Muchas palabras altisonantes para celebrar este "glorioso día de victoria", - respondió Simón - . Lo principal es que han hecho prisionero al vizconde Ramón Roger Trencavel. Sus posesiones han sido confiscadas. Carcasona y todas las demás poblaciones y castillos conquistados tendrán un nuevo señor. Ha llegado el momento de la cosecha, amigos.

- ¿Prisionero? Pero si se ha entregado voluntariamente como rehén y ha mantenido su palabra. Nosotros también hemos de mantener la nuestra y liberarlo, de lo contrario seremos traidores.

- Trencavel es vizconde de Béziers y Carcasona y señor de Albi y Razés. Después del conde de Tolosa es el hombre más poderoso aquí en el sur. Es joven y valiente y lo ha perdido todo. Si lo liberamos habremos creado un líder de la resistencia. - Era Roberto quien se inmiscuía en la conversación.

- Y por lo tanto lo encerraremos en sus propios calabozos y allí se quedará por lo pronto, - se rió Simón.

- Hemos prohibido el saqueo de la ciudad y ordenado que vuestros caballeros vigilen el botín de guerra, - se oyó decir al abad cisterciense - . Todos estos bienes pertenecen a la Iglesia y han de sernos entregados. Más adelante los regalaremos a un señor honorable, que mantendrá estas tierras a entera satisfacción de Dios.

Cerró la reunión con una oración.

- ¡Mierda! - exclamó Simon.

El reparto del botín resultó ser más complicado de lo esperado. Para empezar, el conde de Nevers se negó a aceptar el vizcondado de Carcasona que le ofrecía Arnaud Amaury. Declaró que había cumplido sus cuarenta días de servicio militar y que iba siendo hora de que regresara a sus posesiones en Francia. Además, no había venido para hacerse con un feudo que pertenecía en primer lugar al rey de Francia. Si había algo que repartir, ese derecho correspondía, según él, al rey de Francia y no a la Iglesia. Se había sumado a la Cruzada porque era su deber como cristiano. Ahora ya lo había cumplido y sus sirvientes ya estaban preparando el viaje de vuelta.

Entonces, Arnaud Amaury ofreció el título al duque de Borgoña. Por una vez éste estuvo de acuerdo con el conde de Nevers. También él rechazó la oferta del abad cisterciense. Después de una breve deliberación se decidió regalar el título a Simón de Montfort, que en las últimas semanas había demostrado profusamente su valor y su dedicación. Montfort, un ejemplo de humildad, se negó rotundamente a aceptarlo. Se sentía indigno e incapaz de aceptar tal honor. Mas, tras recordarle sutilmente la obediencia que Montfort debía como cruzado al legado papal, Arnaud Amaury le ordenó sin rodeos que aceptara el título. Simón de Montfort tuvo que ceder ante tanta demostración de poder eclesiástico. Su humildad cedió ante su ambición y aceptó el título de vizconde de Béziers y Carcasona, a condición de que pudiera contar con la ayuda de todos los guerreros presentes, en caso de que sus hombres corrieran peligro. Después convocó a sus leales. Unos treinta señores, procedentes en su mayoría de Ile - de - France, se hallaban reunidos en el castillo de Carcasona cuando hizo su entrada Simón de Montfort. La figura alargada y

musculosa, de anchos hombros y cabello ondulado, se movía con la agilidad del animal depredador entre sus caballeros armados y se dio la vuelta para encararse a ellos. Su cabellera rubia se repetía en el león rampante bordado en oro en la pechera de su túnica y confería una nota amenazante a su persona. Aparentaba bastantes menos años que los más de cuarenta y cinco que tenía. Con su aguda mirada estudió los rostros vueltos hacia él.

- Hombres, - dijo con una voz fuerte y sonora - , el santo padre me ha honrado con un título que provocará la envidia de muchos, pero también me ha encargado una tarea que nadie envidiará. Los títulos que puedo añadir a mi nombre a partir de hoy conllevan una gran responsabilidad. Las propiedades de Trencavel abarcan un extenso territorio.

Se dirigió hacia una de las ventanas, que eran más grandes que las que conocían los señores del norte en sus propios castillos. Su cabellera brillante y el oro y púrpura de su túnica llameaban formando un amplio haz de luz.

- Hemos ocupado diversos pueblos y ciudades, Béziers, Carcasona, y cerca de doscientos castillos. Es muy poco comparado con el territorio que todavía queda por conquistar: la zona de Albi y el territorio que se encuentra al sur de donde estamos: el Razés. Es imposible hacerlo antes de que llegue el invierno y el mal tiempo dificulte una expedición militar. - Señaló al exterior, del cual los demás sólo podían ver un cielo despejado - . Los enemigos nos rodean por todos lados, un país montañoso, agreste e inhóspito recubierto de bosques tenebrosos en los que se esconden los faidits. Sin duda, estos desterrados que hemos expulsado de sus castillos y que hemos proscrito estarán empeñados en recuperar cuanto antes sus propiedades, que nosotros hemos de conservar para la Iglesia. Se esconden en Corbiéres y en la Montaña Negra, y puedo garantizaros una cosa: ¡ninguno de vosotros desea morir allí y en manos de esos perros heréticos!

Hizo una pausa para mirarlos de hito en hito. Después alzó de repente su voz:

- ¡Qué lástima! Algunos cruzados han enfundado la espada de Cristo. ¡Han hecho el equipaje y han ensillado sus caballos!

Resolló despectivamente y los caballeros emitieron un murmullo de aprobación. Era evidente a quiénes se refería. No sólo al conde de Nevers, sino también a Raimundo de Tolosa, quien consideraba que había cumplido con creces sus obligaciones sirviendo en el ejército de cruzados y se preparaba para regresar a casa.

- Eso significa que estoy solo, con un puñado de soldados. Y, en el mejor de los casos, ello equivale a un suicidio, salvo que pueda contar con vosotros. No dudéis en alargar por tiempo indefinido vuestra cuarentena. Sois soldados de Cristo, sois el instrumento de Dios, tenéis una tarea sagrada. Sé lo que os pido..., sabéis que por vosotros iría hasta el infierno.

Simón de Montfort no tuvo que decir nada más. Sus viejos compañeros de guerra, Roberto Mauvoisin y Bouchard de Marly, fueron los primeros en prometerle su apoyo. Los demás, cautivados por la personalidad de Montfort, los siguieron y sin un atisbo de duda también los señores de Poissy prometieron permanecer en el sur por tiempo indefinido. Después, el noble, al borde del llanto debido a la emoción, se dirigió a cada uno de ellos para abrazarlos. Amaury sintió cómo le apretaba contra su pecho con unos brazos tan musculosos que casi doblaban a los suyos. El gesto le llenó de orgullo y afecto. Juró que seguiría siempre a Montfort, allí donde fuera, aunque fuera el infierno.

- Os diré cuál es mi estrategia provisional, - prosiguió Montfort - . He pedido al duque de Borgoña que retrase por un tiempo su partida, hasta que hayamos reforzado nuestras posiciones y hayamos puesto pie en los dominios de Trencavel que quedan aún por conquistar. Me ha prometido quedarse más o menos un mes. Esto significa que nos prepararemos para una ofensiva fulminante durante la cual tendremos que conquistar las

principales ciudades y los castillos estratégicos. El conde de Borgoña me ha aconsejado que empiece atacando Alzonne y Montreal y luego Fanjeaux, una encrucijada importante. Una vanguardia de mercenarios aragoneses ya está en camino para preparar el asedio. Después Preixan, un punto estratégico entre Carcasona y Limoux...

- ¡Eso es territorio del conde de Foix! - susurró Amaury.

No osaba criticar en voz alta a Montfort, pero el guerrero lo había oído y frunció el ceño.

- ¿También él es un hereje? - preguntó Amaury con cuidado, a pesar del empellón en la espalda que le dio Guillermo.

- El conde de Foix protege a los herejes. Nuestra tarea consiste en reprimir la herejía allí donde la encontremos. ¡Se cuidará mucho de estorbarnos, salvo que quiera compartir la suerte de Trencavel!

Algunos caballeros rieron de buena gana. Después, Montfort mencionó otros lugares y prosiguió:

- Por último, están los señores de Cabaret en la Montaña Negra, un nido de herejes. ¡Señores, éste promete ser un otoño caliente!

Pidió al clérigo presente en la sala que dirigiera el rezo para rogar la bendición de las conquistas que se proponía. Los hombres se arrodillaron. Una vez que el clérigo hubo acabado de rezar, Montfort retomó la palabra.

- Pondré al santo padre al corriente de la situación. Sin duda, los legados le pintarán todo del color de rosa, para convencerle del éxito de su misión. Nosotros le contaremos la verdad. Mi fiel amigo Roberto Mauvoisin hará las veces de embajador y llevará personalmente una carta a Roma para estar seguros de que nuestras súplicas de ayuda lleguen al santo padre. Pronto nos faltarán víveres, soldados y dinero. Ahora ya hemos de pagar doble soldada para que los soldados se queden aquí.

Los presentes emitieron un murmullo de aprobación. Los caballeros habían pagado la expedición con dinero de su propio bolsillo y a algunos ya no les quedaba nada. Otros tenían aún justo lo suficiente para pagar el viaje de regreso. A pesar de ello, no querían dejar a su jefe en la estacada.

- Lo único que os puedo ofrecer como indemnización es la tierra conquistada, y no es una oferta muy atractiva.

Guardó silencio por unos instantes para que pudieran reflexionar. La perspectiva no era en efecto muy alentadora. La población enemiga los consideraba unos intrusos que se abalanzaban como lobos hambrientos sobre sus posesiones. Por lo pronto no debían hacerse demasiadas ilusiones sobre los beneficios, y además había que entregar una parte a la Iglesia. Su nuevo feudo sería una propiedad precaria que habría de defender con uñas y dientes contra una posible resistencia.

- Os adjudicaré los castillos y las poblaciones que ahora son feudo mío. La defensa de estos dominios será a partir de ahora responsabilidad vuestra. En los burgos que hemos encontrado abandonados es preciso estacionar de inmediato guarniciones compuestas de una parte de vuestros soldados para que mantengan el orden y la paz. Vosotros me acompañaréis con el resto de los soldados en mis expediciones militares. A Bouchard de Marly le regalo Saissac...

A continuación siguió una larga enumeración en la que se concedía a algunos de los señores presentes el título de vasallos del nuevo señor, en muchos casos de un feudo que aún tenía que conquistarse en el transcurso de las siguientes semanas. Amaury esperó con el corazón palpitando fuertemente a que nombrara a sus hermanos.

- El castillo de Alaric a Guillermo y Amaury de Poissy...

El joven caballero esbozó una amplia sonrisa y se creció de orgullo, pero Guillermo volvió de un tirón la cabeza y le lanzó una mirada de pocos amigos.

- ¡Envíale con Nevers de vuelta a Francia! - susurró en el oído de Roberto - . ¡Puedo encargarme yo solo de Alaric!

Recordó el fuerte que desde su posición elevada atalayaba como un centinela el. valle del Aude, un punto estratégicamente importante.

- ¡No se protesta contra las decisiones de Montfort! - le espetó Roberto.

Se daba cuenta de lo difícil que sería mantener las posiciones con el ejército fuertemente diezmado, sobre todo una vez que, después de la ofensiva de otoño, se hubieran añadido más ciudades y castillos. En una situación tan insegura cada hombre contaba, también Amaury.

En cualquier caso, a él y a Simón les había tocado poca cosa. Eso no preocupaba a Roberto. Hasta entonces, Montfort siempre le había consultado antes de tomar una decisión. Seguramente tenía otros planes para él y con el tiempo sería recompensado con generosidad.

- ¡Demonio! - exclamó Simón.

CASTRES Principios de septiembre de 1209

Los dos herejes estaban arrodillados con la cabeza agachada a los pies de Simón de Montfort. No lo hacían por respeto, sino obligados por los soldados que los habían arrestado después de que los denunciaran sus conciudadanos.

- Un perfecto, - constató Montfort - . ¿Y el otro?

En la pequeña escolta, con la cual había cabalgado a toda prisa hacia Castres después de que una delegación le comunicara que los habitantes de la ciudad estaban dispuestos a entregarse y a reconocerlo como su soberano, no había ningún clérigo. Por ello había hecho llamar a un sacerdote del lugar para que contestara a sus preguntas a través de su correo, que hablaba los dialectos del sur.

- Un seguidor de la herejía, señor, un "simple creyente", como se llama a sí mismo, que ha prometido convertirse en perfecto y que está pasando un periodo de pruebas. Un novicio, lo llamaríamos nosotros.

Montfort observaba al clérigo a través de la rendija que formaban sus párpados apretados. No se fiaba de nadie en este país dejado de la mano de Dios, tampoco de los sacerdotes. Los había que eran amigos de los herejes. Los había que los protegían e incluso los había que habían abrazado su doctrina. En cualquier caso, los ciudadanos de Castres habían comprendido que se esperaba algo más de ellos aparte del tributo feudal a su nuevo señor: tenían que entregar a los herejes. Asintió y posó una mirada llena de aversión sobre los prisioneros.

- Que vengan mis hombres, - ordenó.

Con su largo cuerpo descollando sobre ellos, observó desde lo alto las figuras encogidas que se encontraban a escasa distancia de sus pies calzados en medias de malla. Cuando hubo llegado el último de los caballeros que le acompañaban en la expedición, dijo sin apartar los ojos de los prisioneros:

- He aquí el estiércol del diablo por el cual arriesgáis vuestras vidas. Sabéis lo que les pasa a los herejes. ¿Qué queréis que hagamos con éstos?

Algunos tenían ya decidido su juicio, entre los demás se entabló una acalorada discusión. Montfort abandonó su sitio y se acercó a sus compañeros de guerra. Posó su mirada sobre el joven Poissy, que se mantenía en segundo plano y apenas intervenía en la

discusión sobre la suerte de los herejes. Colocó su mano sobre el hombro de Amaury, lo atrajo hacia el lugar que él mismo había ocupado antes y pidió la atención de sus hombres.

- Roberto me ha contado que en Béziers nuestro benjamín mató con sus propias manos a un perfecto. ¿Qué hemos de hacer, Amaury?

El joven caballero sintió que todos los ojos se posaban de súbito sobre él. ¿Era posible que su actuación en Béziers hubiera causado realmente tanta impresión en el comandante, o acaso la simpatía con la que pronunció su nombre se debía tan sólo al hecho de que su propio hijo se llamaba también Amaury? En la sala reinaba el silencio y él mantenía la mirada clavada en las cabezas inclinadas. La túnica negra que tenía tan cerca otorgó a sus recuerdos una desagradable claridad. Había oído historias de cómo en tiempos pasados, en su patria, la muchedumbre furiosa había atacado y asesinado a unos herejes. También sabía que la Iglesia quería evitar este tipo de tribunales populares, y por ello juzgaba a los culpables ante un tribunal episcopal y después de su condena los entregaba al gobernante del lugar para que se ejecutara la sentencia. Hacía apenas cincuenta años, un grupo de doce herejes flamencos habían sido condenados a la hoguera en Colonia. Después volvieron a encenderse hogueras en Vézelay y en Arras. De eso hacía mucho y él nunca había presenciado ninguna.

- Quizá lo mejor sea llevarlos a Carcasona para que el obispo pueda juzgarlos en un tribunal eclesiástico, - respondió.

- ¡Tonterías! Estamos en guerra y no hay tiempo para tribunales. La decisión la toma un consejo de guerra y yo lo he convocado aquí. Estas víboras que se ocultan en este país que ahora es mío y que dispersan su ponzoña han de ser castigadas duramente, para que sirva de escarmiento y para desalentar a otros. ¿Acaso no conocemos el juicio de la Iglesia? Muerte en la hoguera, donde los herejes sufren temporalmente en las llamas palpables para luego sufrir eternamente en las llamas del infierno. ¿No es ésta la única respuesta correcta, Amaury?

El joven caballero no dudaba de la sabiduría del noble. Tragó saliva.

La..., la hoguera, - balbuceó.

Montfort gruñó y Amaury no logró adivinar si se trataba de un gruñido de aprobación o de desdén. ¿Acaso consideraba el comandante que su respuesta había sido demasiado titubeante? Después, Montfort dirigió una mirada interrogante a cada uno de los presentes. Todos sin excepción asintieron aprobatoriamente.

- ¡Que sea la hoguera! - exclamó Montfort y apoyó su mano sobre el hombro de Amaury con tal fuerza que casi lo clavó en el suelo.

Con un breve ademán indicó al intérprete que explicara a los prisioneros lo que se había decidido sobre ellos. Por lo visto, el perfecto ya lo había comprendido. Apenas escuchaba, pero alzó la cabeza y miró a Amaury a la cara con ojos escrutadores, penetrantes como los de un halcón. El novicio miró nervioso a Montfort, luego al sacerdote, y otra vez al primero.

- ¡Señor! - dijo con voz entrecortada - , me arrepiento de mi error, ¡juro que seré fiel a la fe católica!

- ¿Qué dice este miserable? - preguntó Montfort.

Mientras el sacerdote repetía las palabras y el correo las traducía, el novicio agachó la cabeza hasta tocar las baldosas y alargó la mano hacia los pies del noble, que dio un paso atrás.

- ¡Os prometo que renegaré de la fe falsa y que volveré al seno de la Iglesia de Roma! - Levantó la cabeza hacia Montfort y luego miró suplicante a Amaury. Las lágrimas caían sobre sus mejillas. El perfecto se volvió hacia él con una mirada llena de compasión y

perdón, mas el novicio no osó mirarle a los ojos. En lugar de ello mantuvo alzada la vista hacia Amaury. Alargó el brazo y con la mano agarró el tobillo del joven caballero, que no se atrevió a moverse - . Señor, tened piedad de un simple trabajador. No soy más que un siervo de Dios que nunca ha hecho daño a nadie, - se lamentó.

- Si quiere abjurar de la herejía, no puede ser condenado a la hoguera, ¿no? - preguntó titubeante Amaury al sacerdote.

Mientras el intérprete hablaba y el sacerdote asentía, Amaury vio de soslayo que un ceño de disgusto unía las cejas de Montfort.

- Es un hereje. ¡Merece morir! - exclamó Guillermo.

Su grito fue recibido por Montfort con una sonrisa de aprobación. Otro se sumó a él:

- ¡Él mismo ha admitido que es un hereje! De nuevo se desencadenó una intensa disputa en la cual las opiniones estaban más divididas que antes.

- Si quiere abjurar de la herejía y obedecer a la Iglesia de Roma, ha de dársele una oportunidad de regresar al buen camino.

- Sólo demuestra arrepentimiento porque tiene miedo de morir en la hoguera.

Se oyeron unas risas escarnecedoras procedentes del grupito de caballeros que rodeaban a Guillermo.

- Si está dispuesto a hacer lo que dice, no se le puede condenar, - opinó otro.

- Lo promete más por miedo a la muerte que porque desee volver a la fe católica.

- ¡Teme más a la hoguera que a Dios!

- Su culpabilidad está fuera de toda duda. Ha quedado demostrado que es un hereje y a los herejes hay que quemarlos.

- Hemos venido a estas tierras para exterminar a los enemigos de Cristo, no para concederles nuestro perdón, - se oyó decir a Bouchard de Marly.

- Pero está dispuesto a abjurar de la herejía. Por lo tanto, está dispuesto a jurar y esto significa que no es un hereje, pues es sabido que los herejes no quieren prestar juramento, - adujo Roberto - . Su fe se lo prohíbe. Preguntad al perfecto.

El perfecto sacudió piadosamente la cabeza y permaneció en silencio, mientras el novicio estrechaba cada vez más el tobillo de Amaury y empezaba a alargar la otra mano para coger el dobladillo de su manto.

- ¡Señor, tened piedad de un pobre mortal! Prometo hacer todo lo que la Iglesia desee de mí. ¡Lo juro por todos los santos!

- Su arrepentimiento es sincero. ¿No deberíais concederle el perdón? - preguntó Amaury directamente al eclesiástico. El hombre alzó los ojos al cielo y no dijo nada.

- No te dejes engañar, - gruñó Bouchard de Marly - , utiliza su conversión sólo como tabla de salvación.

- ¡Basta ya! - Montfort dio una patada contra la mano extendida y después, con su zapato recubierto de hierro, pisó el brazo del novicio que soltó el tobillo de Amaury y, con un rostro desencajado por el dolor, pidió perdón. El noble no movió el pie - . ¡Basta de debate! Estos dos culpables han sido condenados a la hoguera. Uno porque es un hereje empedernido, el otro porque ha abrazado la fe falsa. Incluso es un novicio y por tanto está a punto de convertirse en perfecto. Si realmente se arrepiente, lo cual dudo, el fuego le servirá de castigo por sus pecados y lo purificará. Si las promesas que ha hecho aquí son falsas, entonces es un farsante y la muerte en la hoguera es el justo castigo por su traición. Lleváoslo y preparad la hoguera.

Amaury lanzó un suspiro de alivio. Por fin había conseguido apartar su mirada de los dos prisioneros y ahora observaba con profundo respeto a su comandante, colmado de

admiración por sus sabias palabras. Mientras seguía a los demás para salir, vio que Guillermo se colocaba a su lado.

- Has sido estúpido, hermanito, realmente estúpido. Montfort te concede el honor de dictar sentencia durante un consejo de guerra, una oportunidad que sólo se te presenta una vez en la vida, y tú te pones a dudar. ¡Y pensar que él te lo servía en bandeja! ¡Y para colmo lo contradices! No lo olvidará fácilmente. Dios mío, ¿cómo lo consigues? - Enfatizó sus palabras con un gesto teatral alzando ambos brazos al cielo. Para su sorpresa, Amaury lo agarró con un puño que era más fuerte de lo que había pensado.

- ¡Yo no era el único en tener objeciones! ¿Por qué me tratas siempre como si todavía fuera un crío?

- Porque lo eres: ingenuo y demasiado joven.

- Eso no es cierto y tú lo sabes. - Se colocó frente a su hermano y le cerró el paso, impidiendo así que los caballeros que venían detrás pudieran seguir su camino hacia el espectáculo que les esperaba afuera - . ¿Me detestas tanto porque eres demasiado estúpido para captar mis ideas? Reflexiono más que tú sobre las cosas.

- Tendrías que pensar menos y actuar más, - resopló Guillermo con desdén.

- ¡¿Actuar?! - Amaury se arremangó furioso y mostró a su hermano unas feas cicatrices - . Quemaduras, de Béziers. - Colocó el dedo sobre una herida mal curada que le cruzaba la mejilla - . Carcasona. - Con ambas manos señaló un moratón en el fémur - . Y este hematoma, de Preixan.

Guillermo hizo caso omiso de sus palabras.

- Sólo rasguños, eso no te convertirá en un hombre, - dijo riéndose desdeñosamente. En sus ojos apareció una mirada de odio que, a pesar de todas sus burlas, Amaury nunca antes había visto.

Estaban muy cerca el uno del otro, como dos machos cabríos batiéndose con las cabezas. A Amaury le irritó más que nunca que Guillermo le ganara en estatura.

- ¿Qué, entonces?

- Pregúntaselo a Montfort, ¡cagón!

Amaury lanzó el puño hacia arriba, pero Guillermo esquivó con igual rapidez el golpe certero y le agarró el brazo como una empulguera. Acercó su boca al oído de Amaury y susurró:

- ¿O acaso crees que nadie se dio cuenta de que dejaste escapar al grupo de herejes de la iglesia de Béziers? Alguien vio huir de la ciudad a esa chusma después de que supuestamente los hubieras matado.

El joven caballero palideció. Sintió que toda la rabia y la fuerza abandonaban su cuerpo y miró consternado a su hermano.

- Por supuesto, yo he mantenido la boca cerrada. Por miedo a que tu infamia me manchara también a mí. Pero te he observado y no te perderé de vista ni un instante.

Amaury quería decir algo. Balbuceó algunas palabras que pretendían ser una excusa.

- ¡Eran criaturas! - exclamó por fin. Lo que quería añadir quedó tapado por las órdenes que llegaban hasta ellos desde fuera y por las protestas de los demás caballeros que empezaban a perder la paciencia.

- Si se presenta la ocasión de librarme de ti, no lo dudaré, - susurró Guillermo - . Andando, hermanito. Has dictado la sentencia y por consiguiente has de ser testigo de ella cuando sea ejecutada.

Llegaron justo a tiempo para ver cómo los dos herejes eran atados espalda contra espalda a una estaca alrededor de la cual habían erigido la pira. El sacerdote preguntó al novicio en qué fe deseaba morir.

- Reniego de la doctrina hereje. Quiero morir en la fe de la santa Iglesia romana, y ruego a Dios que este fuego me purifique, - lloró el penitente.

- ¡Las falsas plegarias no son escuchadas, sucio hereje! - oyó Amaury que decía desdeñosamente Guillermo a su espalda.

Mientras el sacerdote proseguía con su perorata, el fuego empezó a llamear. El novicio gritaba y chillaba, el perfecto rezaba en silencio, con una mueca de dolor en su demacrado rostro. Amaury sabía que su hermano tenía puestos los ojos en él, mientras que él no apartaba la vista del fuego y sentía el trasudor correr por su frente. De súbito, el novicio se soltó, liberado como por arte de magia de sus ataduras. Empezó a cruzar las llamas dando saltos atemorizados como si bailara para salir de la hoguera, mientras las lágrimas corrían por sus mejillas. Sin aliento y sin dejar de saltar sobre sus pies medio quemados, alzó sus manos al cielo y exclamó:

- ¡Santa madre de Dios, sois mi salvación! - Después se desmayó.

El sacerdote esbozó una sonrisa.

- ¡Un milagro! - exclamó.

Los cruzados repitieron su grito y se hincaron de rodillas.

LOMBERS Finales de septiembre de 1209

La invasión relámpago de Simón de Montfort empezaba a salirle cara. Ciertamente había logrado sin mayores dificultades ocupar una gran parte de los dominios de Trencavel e instalar sus guarniciones en ellos, mas no podía hacer nada contra la firme oposición de los señores de Cabaret, que en el corazón de la Montaña Negra controlaban un verdadero bastión herético. En realidad debería haber atacado al mismo tiempo los tres castillos y el pueblo bien fortificado. Mas, al no disponer de suficientes soldados, había tenido que renunciar después de un único ataque en el que sufrió muchas bajas. Acto seguido, el duque de Borgoña había puesto tierra por medio, dejando atrás a Montfort y al puñado de leales con unas tropas aún más diezmadas. A pesar de ello, prosiguió su marcha hacia Pamiers. El hecho de que esta ciudad fuera propiedad del conde de Foix, con quien había firmado un pacto de no agresión, no le impidió en absoluto firmar un contrato con el abad de Pamiers, que poseía la otra mitad del señorío. Destituyó al conde, se proclamó sustituto suyo y recibió el apoyo de todos y cada uno de los nobles que lo seguían. En Pamiers, Roberto y Simón de Poissy firmaron en calidad de testigos la escritura en la cual se fijaba la cesión del señorío.

Montfort no habría provocado de tal forma al conde si la ciudad no ocupara una posición sumamente importante desde el punto de vista estratégico: la invasión de Pamiers hundía una cuña entre los territorios del conde de Tolosa y el de Foix, los gobernantes a quienes más temía Montfort. Con el mismo propósito había tomado Mirepoix, camino de Pamiers, tras lo cual ocupó Saverdun. Ambas poblaciones se encontraban también en los dominios del conde de Eoix. Dado que, a partir de entonces, Simón de Montfort controlaba en gran medida todo el territorio al sur de Carcasona y dominaba la frontera con el ducado de Foix, regresó a Fanjeaux para avanzar hacia el vizcondado de Albi a fin de someter también al último de los cuatro vizcondados de Trencavel.

A finales de septiembre, el comandante se encontraba con lo que quedaba de sus exhaustas tropas ante las murallas de Lombers, a la que había prometido perdonar, puesto que una delegación de la ciudad ya había acudido a Castres para ofrecerle su sometimiento. Ahora que por fin había llegado el momento de rendir tributo a su nuevo señor, los caballeros de la ciudad le recibieron con todos los honores en el castillo y le propusieron

que pasara la noche en él. La ceremonia de vasallaje podía esperar hasta la mañana siguiente, cuando hubiera descansado del viaje y todo estuviera listo.

Amaury estiró sus doloridos miembros y dio buena cuenta de la cena que los anfitriones ofrecieron a los nobles en su campamento. Bebió un buen trago de vino y miró los rostros de sus acompañantes, que también estaban pálidos del cansancio. No obstante, Roberto mantenía una animada conversación con Bouchard de Marly.

El grupo, al que se habían unido tres caballeros de Lombers, se había congregado en la tienda de campaña de Montfort, que era suficientemente grande para una reunión de este tipo.

Mientras Amaury recorría la mesa con la mirada, se trasladó mentalmente hasta el castillo de los Poissy, donde los mismos hombres se reunían a menudo, cansados de los festines y torneos, y donde disfrutaban del vino y de los cánticos. En realidad, estaba contento de que el conde de Nevers y el duque de Borgoña se hubiesen marchado con su séquito. Ahora volvían a estar entre ellos, los viejos amigos y camaradas de guerra de Montfort, que los apoyaba en las buenas y en las malas, y que nunca se separarían de su lado. El único ausente era el propio Montfort, que había sido acogido con suma consideración en el castillo donde ahora seguramente estaría cenando.

Incluso Guillermo estaba de buen humor y por un momento había olvidado la manía que le había cogido a su hermano menor. Se recostó, alzó su copa y exclamó:

- Lo que más me gusta de este país es el vino. ¡Lo único que falta ahora son mujeres y una buena canción! Los tres caballeros que hacían de anfitriones no reaccionaron. Por lo visto no estaban de humor para organizar una verdadera fiesta, aunque dejaban que el vino corriera abundantemente. Bouchard de Marly interrumpió su conversación con Roberto y se puso en pie.

- Para servirle, Sir Guillermo, - dijo haciendo una reverencia exagerada, como si fuera un vulgar juglar - , pero mi músico ha bebido demasiado. - Sacudió a Simón, que se había tumbado sobre la mesa, borracho perdido. Amaury rió. Todos sabían que Simón era incapaz de tocar un instrumento, incluso estando sobrio.

- Bouchard, ¡canta algo, hombre! - dijo Roberto en tono jovial.

- Sólo si Roger canta.

Roger des Andelys, un guerrero temible cuyos dominios a orillas del Eure también se hallaban cerca de los de Montfort y que por consiguiente se apuntaba a menudo a las fiestas, se levantó del banco de madera y cogió a Bouchard por el hombro. Eran los únicos poetas entre los nobles del grupo, y en casa, en Francia, amenizaban a menudo las fiestas de sus amigos con sus canciones.

- ¿Qué será, camarada, tus versos o los míos?

- ¡Ambos! - propuso Roberto y también sus acompañantes insistieron ruidosamente.

- Vale, vale, - los acalló Roger, y luego susurró algo al oído de Bouchard. Este asintió y casi al unísono entonaron la primera canción.

Los demás no tardaron en animarse y cantaron con ellos algunas frases. Mientras tanto, los caballeros de Lombers los escuchaban en silencio e intercambiaban con el ceño fruncido miradas de complicidad, pero sonreían a los nobles franceses como si apreciaran sobremanera sus obras poéticas. Llamaron a sus criados para que sirvieran más vino. Durante la tercera canción, Roberto se inclinó detrás de su vecino hacia Amaury.

- No bebas más, hermanito, - dijo en voz baja - . Nuestros anfitriones son demasiado generosos. No lo hagas notar, pero mantén la cabeza en su sitio y los ojos y oídos bien abiertos. Medio Poissy está como una cuba, eso ya es suficiente.

Amaury sintió que un escalofrío le recorría la espalda. Alzó su copa mirando a Roberto e hizo un esfuerzo para poner cara de despreocupación y participar de la alegría, como si de repente todos los ojos hostiles estuvieran puestos en él. Escuchando a medias a Bouchard de Marly y a Roger des Andelys empezó a preguntarse si también ellos estaban en el juego.

Era una noche de un negro profundo. La tormenta de otoño sacudía los árboles y el viento aullaba entre las tiendas del campamento militar. A pesar de su cansancio, Amaury no conseguía conciliar el sueño. Intentaba encontrar una posición en la que relajar sus doloridos miembros, le irritaban los ronquidos de Simón y Guillermo, y envidiaba a Montfort que dormía en una cómoda cama del castillo. Roberto hacía guardia, turnándose con otros dos caballeros. Entre las guardias dormía breve y profundamente.

Al alba, Montfort envió a su escudero para que preguntara a sus anfitriones si lo tenían ya todo listo para la ceremonia de vasallaje. La respuesta fue negativa. No habían llegado aún todos los nobles que debían rendir tributo al nuevo señor, y además quedaban algunos detalles por discutir. Montfort aceptó la respuesta, oyó misa y después se retiró al aposento que habían puesto a su disposición. La noticia también llegó al campamento. La mayoría de los caballeros aprovechó el retraso para dormir la mona y Amaury sacó la conclusión de que la advertencia de la noche anterior había sido una falsa alarma. Más tarde, aquella misma mañana, llegó otro mensajero procedente de la ciudad. Poco después, Bouchard de Marly asomaba la cabeza por el toldo.

- Montfort pide la medicina para su dolor de estómago, - susurró el noble y de un empujón hizo entrar a un pinche en la tienda de campaña. Amaury miró desconcertado a Bouchard. Montfort era una de esas personas a las que nunca les dolía nada.

- ¿Dolor de estómago? - repitió. Sin embargo, Roberto se levantó de un salto y atrajo hacia si al criado.

- Amaury, ponte la ropa de este joven. Te irás con este caballero para preparar la medicina de Montfort.

- ¿Es que padece del estómago?

- ¡Pues claro que no!

- Y yo que lo había elegido porque creía que era tan listo... - titubeó Bouchard. Roberto lo miró sacudiendo la cabeza y se encogió de hombros a modo de disculpa.

- Normalmente suele ser más agudo. Será el vino de anoche. - Y dirigiéndose a Amaury - : En cuanto estés a solas con Montfort, él te dirá lo que has de hacer.

Amaury se levantó indeciso del catre.

- Pero si yo no sé nada de medicinas, - protestó.

Mirando desconfiado a uno y a otro empezó a preguntarse si no se trataría de una trampa. ¿Tenía que entrar él solo en la ciudad enemiga, sin su atuendo de caballero cruzado y con las ropas de un insignificante criado? Empezó a vestirse lentamente. Las ásperas prendas eran incómodas y los zapatos, aún peores. Mientras tanto, su cerebro trabajaba febrilmente. ¿Era cosa de Guillermo? Desde el incidente en Castres, su amenaza había pendido continuamente sobre su cabeza como una espada de Damocles. ¿Acaso había llegado el momento de tenderle una trampa? Pero no, Guillermo todavía dormía profundamente. ¿Qué sabía Roberto de eso? ¿Y Bouchard? ¿Acaso también Montfort...? Desde aquel día venía observando atentamente a sus hermanos y también a su primo Simón, pero nada hacía sospechar que Guillermo hubiera informado a los demás. Al contrario, parecía que Roberto y Bouchard precisamente le encomendaban esta misión porque confiaban plenamente en él. Rechazó estas ideas, se puso la gorra del pinche y tomó sus

utensilios de cocina. Roberto lo inspeccionó de pies a cabeza. Con esa pinta nadie reconocería al caballero que era.

Poco después, Amaury atravesaba las puertas de la ciudad corriendo detrás del mensajero.

- Seguro que el señor Montfort bebió demasiado anoche. En estos casos siempre le duele el estómago. No aguanta bien la bebida, - dijo en deficiente occitano. El mensajero le sonrió y asintió.

- Según me han dicho, todos empinaron el codo.

- Hubo que cargar a algunos hasta su tienda de campaña, - dijo Amaury burlonamente. Recordaba la manera en que habían metido a Guillermo y Simón en la tienda como dos sacos de harina. Cuando se despertaran tendrían un terrible dolor de cabeza.

- El remedio es peor que la enfermedad. Es un verdadero mejunje, - le confió al otro - . ¡Se lo he tenido que preparar tantas veces! - Empezaba a cogerle gusto a su papel.

Después de un breve paseo entró en el aposento del señor. Montfort se paseaba a un lado y otro de la estancia con una cara que presagiaba tormenta.

- Gracias a Dios. Ponte enseguida manos a la obra, ¡mis intestinos están ardiendo! - gruñó.

Amaury empezó a sacar sus cacharros como quien no ha hecho otra cosa en su vida. Metió algunas hierbas en un cuenco y empezó a machacarlas finamente con el mortero. Después cogió una vasija y añadió parte de su contenido a la mezcla anterior, tras lo cual volvió a remover y a machacar.

- ¡No tan fuerte, que mi cabeza está a punto de estallar! - refunfuñó Montfort.

Amaury hizo un guiño al mensajero.

- Y encima dolor de cabeza. Era de suponer.

En cuanto se hubo marchado el mensajero, Montfort se acercó a Amaury y levantó un poco su gorro.

- Amaury, ¿no? Ya sabía que te enviarían a ti. Tú comprendes un poco su lengua y eres tan joven que nadie sospechará de ti, - murmuró - . Aún están deliberando, llevan así toda la mañana. Tengo que saber por qué duran tanto las conversaciones. Ve a la cocina y pide que te den lo que te falta y mientras tanto mantén los oídos y los ojos bien abiertos.

Amaury contempló la mezcla verde que había en el cuenco y después volvió a mirar a su comandante. No entendía de hierbas.

- Me trae sin cuidado lo que prepares. Necesito un espía y no un brebaje, - dijo Montfort con impaciencia.

Sin duda era el vino de la noche anterior lo que le impedía pensar con más rapidez, pensó Amaury.

- ¿Has visto algo de la ciudad o te han traído directamente hasta aquí? - quiso saber Montfort.

- Directamente.

- Cuando hayas oído lo suficiente, inventa algún pretexto para poder husmear por la ciudad. Procura descubrir qué medidas de defensa han tomado y cuáles son los puntos débiles.

Amaury abandonó apresuradamente la estancia y deambuló en busca de la cocina. De este modo se hizo una idea bastante clara del castillo. En la sala de armas retumbaban unas voces apenas audibles debido a los gruesos muros. Descendió hasta los recintos abovedados donde el jefe de cocina y su personal estaban trabajando en dos largas mesas, una para la carne, la otra para la verdura. En una pila nadaba un pez. En otro rincón

desplumaban y limpiaban las aves. Encima de los fogones había ollas y sartenes colocadas sobre trípodes. Una escalera subía hasta una pequeña estancia, una especie de despensa donde se guardaban las cosas de valor como el salero, las especias, los candelabros y los utensilios de mesa, pero también las jofainas para limpiarse las manos. Justo encima, la puerta que conducía a la sala de armas estaba abierta.

Amaury se acercó al primer criado que encontró y le pidió en francés agua hirviendo y tomillo y menta, las únicas hierbas que se le ocurrieron en aquel momento. Sabía que el tomillo era una hierba aromática que se esparcía sobre el suelo de los castillos, y que también era el símbolo del valor y de la fuerza. El mismo llevaba aún alrededor del cuello el pañuelo en el cual, por esta razón, Eva había bordado una ramita de tomillo. No tenía ni idea de si se podía preparar algo con él. De la menta sabía por propia experiencia que aliviaba el dolor de las picaduras de insectos y de las mordeduras de serpientes. El criado no comprendía lo que le decía y fue a buscar a otro. El caballero repitió su solicitud, les explicó que se trataba del dolor de estómago de su señor al tiempo que se frotaba el vientre con la mano. Fueron en busca de un tercer criado. Después de que se hubieran entrometido todos, se acercó el jefe de cocina para ver cuál era el problema. Amaury le señaló la despensa, donde las vasijas y las hierbas estaban dispuestas en fila sobre un estante.

- Hierbas, para el dolor de estómago de mi señor, el señor Simón de Montfort, - dijo con insistencia.

El jefe de cocina metió la nariz en el cuenco y olfateó el brebaje verde. Se irguió de nuevo y se dio unos golpecitos sobre el estómago.

- Estomagada? - preguntó y después negó rotundamente con la cabeza - . Angélica con semilla de cilantro, pulverizada o tomada en infusión, es el mejor remedio para un estómago enfermo.

No tardó en darse cuenta de que el extranjero no apreciaba sus explicaciones. Por ello lo cogió del codo y lo condujo hasta la despensa a la que sólo él tenía acceso. Abrió un pote y se lo dejó oler a Amaury. Un penetrante olor a almizcle invadió sus sentidos. Entonces le tocó a él negar vehementemente con la cabeza.

- En Francia utilizamos sólo la menta, - dijo - , y el tomillo. Y mi señor confía únicamente en la medicina que le preparo yo. - A sabiendas de que el otro no entendía sus palabras, entró en la despensa y señaló los potes y las hierbas - . ¿Puedo?

Sin esperar respuesta abrió el pote más cercano y olió el contenido. El jefe de cocina lo miraba al tiempo que hacía gestos desesperados, mas no le impidió abrir el siguiente pote. Mientras tanto, Amaury abría las orejas para captar algo del murmullo procedente de la sala de armas. Una vez que hubo estudiado a fondo la primera fila de potes, el jefe de cocina empezó a impacientarse. Cogió uno de ellos y se lo plantó a Amaury debajo de la nariz.

- Mejorana, también es un buen remedio contra el dolor de estómago.

Pero el criado francés se mantenía en sus trece. Al cabo de un rato logró calmar al encargado de la despensa entregándole un frasco con aceite de menta e indicando mediante expresivos gestos que ésa era una de las hierbas que buscaba. Para sorpresa suya, esta elección contó con la aprobación del experto, quien después lo dejó solo porque lo necesitaban en la cocina. El tomillo, que encontró mucho más tarde, no fue del agrado del jefe de cocina.

- Frigola? - Negó con la cabeza, se golpeó el pecho, tosió y declaró - : Per la tos.

Ni siquiera el propio Amaury sabía qué ingredientes había escogido para preparar la mezcla en el cuenco. Ordenó que la hirvieran durante un buen rato y que después la colaran, mientras él se encargaba de hacer sus compras en la ciudad. Al regresar le llevó la medicina

a su comandante. Por fortuna, Simón de Montfort no tenía intención de probarla. Apartó el cuenco, atrajo a Amaury hacia si y susurró:

- ¿Y bien?

- Están preparando un ataque. Quieren tendernos una emboscada en cuanto nuestros caballeros se encuentren dentro de las muralías para asistir a la ceremonia. Esperan la llegada de los soldados que han de atacar a nuestras tropas por detrás.

- ¡Perros bastardos! Vuelve enseguida al campamento y que todos se preparen para atacar la ciudad.

- ¿Y vos?

- Yo me quedo aquí para no levantar sospechas. No tienen que darse cuenta de que hemos olido algo de su complot. Esta tarde, después de la nona, abandonaré la ciudad. Sólo entonces los amenazaremos abiertamente con un ataque.

- ¿Y si os retienen o algo peor?

- ¡Ja! - Su risa sonó provocativa - . Si no aparezco a la hora convenida, dadme por perdido y atacad de inmediato la ciudad.

- Si os sucede algo, arrasaremos la ciudad, no quedará ni una sola piedra sobre otra, - le aseguró Amaury emocionado.

Por la tarde, Montfort declaró a sus anfitriones que se sentía mejor y puesto que seguían deliberando, pensaba aprovechar el retraso para ir a la iglesia y decir una oración de gracias. Asistió a la nona y después salió como si nada de la ciudad. En cuanto los caballeros de Lobers descubrieron que el comandante ya no se hallaba entre sus murallas, se apresuraron a perseguirlo. Lo encontraron con sus tropas armadas hasta los dientes delante de las puertas de la ciudad. Les exigió la rendición inmediata. De lo contrario, tomaría la ciudad a mano armada y, después de Béziers y Carcasona, ya podían imaginarse cuáles serían las consecuencias. La intimidación fue suficiente para que los señores de Lombers se dieran por vencidos y se apresuraran a rendir tributo y jurar fidelidad a su nuevo señor.

Al día siguiente, cuando partió con sus soldados hacia Albi, Montfort dejó en Lombers como muestra de su triunfo un contingente de soldados bajo el mando de algunos caballeros, y un cuenco con un brebaje marrón verdoso y maloliente.

CARCASONA 11 de noviembre de 1209

- ¡Lo habéis matado!

Amaury se volvió contra su hermano mayor con una voz llena de aversión e indignación.

- Estaba enfermo. Ha fallecido de muerte natural.

- Me niego a creerlo. Trencavel era demasiado joven y fuerte para eso.

- Cualquiera puede morir a causa de una diarrea sanguinolenta, por muy joven o fuerte que sea.

- Entonces es que habéis dejado que se consuma hasta convertirlo en una presa fácil para la enfermedad.

- ¿De qué te preocupas? A nosotros nos conviene más un Trencavel muerto que un Trencavel vivo, - intervino Simón de Poissy.

- Por eso precisamente. ¡Esto apesta por todas partes! ¿Quién de nosotros ha sido el encargado de realizar la faena?

Roberto hizo un gesto de rechazo con ambas manos.

- Calma, hermanito, nosotros no sabemos nada. Por el amor de Dios, reprime un tanto tus acusaciones. Si no te moderas un poco, podría acabar costándote la cabeza, y la nuestra.

Pero Amaury no podía parar.

- Es una acción vil y traidora. ¡Somos caballeros cruzados, y no asesinos alevosos! - Lanzó estas palabras con toda la vehemencia que llevaba dentro y miró a sus hermanos con unos ojos que echaban fuego.

La noticia de la muerte de Ramón Roger Trencavel había llegado hasta sus oídos cuando permanecía en el castillo de Alaric y sin perder ni un minuto había emprendido rumbo hacia Carcasona. Por el camino había captado rumores. Se afirmaba que el noble había sido víctima de un vil asesinato. Una vez en la ciudad se había dirigido a la torre que ocupaban su hermano y su primo, y antes de haberse repuesto del viaje la había emprendido contra los dos Poissy como si hubieran estado personalmente implicados en la muerte de Trencavel. Detrás de su indignación se escondía la simpatía que había sentido por el joven vizconde de Carcasona. No era el único cruzado al que habían impresionado el encanto del joven noble y el valor que había demostrado durante el asedio de su ciudad al entregarse desarmado al enemigo a cambio de que sus súbditos pudieran abandonar la ciudad libremente. Sin embargo, su voluntad de sacrificio había sido premiada con la traición de los cruzados, que lo habían encerrado en sus propios calabozos. Allí habían dejado que se pudriera durante casi tres meses hasta que encontró la muerte.

- ¡Esto atenta contra mi honor como caballero y contra mi conciencia como cristiano!

- ¡Y ahora me harás el favor de escucharme, renacuajo! - Simón lo agarró por la camisa y lo acercó tanto hacia si que Amaury pudo oler lo que había comido - . Trencavel ha muerto de diarrea. ¡Eso es todo! ¡En su cuerpo no puede encontrarse ningún rastro de violencia y antes de su muerte recibió los últimos sacramentos del obispo!

- Eso sí lo creo. Pero ¿cómo sabes tú todo eso? ¿Fue con veneno?

Sintió que las manos de Simón se cerraban alrededor de su cuello y le cortaban la respiración. Roberto se abalanzó sobre ellos intentando calmar a los dos caballeros acalorados. Simón aflojó la presión.

- Empiezo a creer que Guillermo tiene razón, - dijo jadeando - , no eres más que un pelma y un agitador que por casualidad ha sido héroe en dos ocasiones. Puedes darte por satisfecho de que Montfort te aprecie tanto, pues de lo contrario...

- En efecto, no deberías sacar conclusiones tan precipitadas, - intervino Roberto - . Estás formulando acusaciones que no puedes demostrar. Eso es peligroso.

- En esta maldita guerra están sucediendo cosas que no concuerdan con nuestra sagrada tarea. Las matanzas en Béziers, la traición frente a Trencavel en Carcasona, la ejecución de un hereje arrepentido en Castres, la violación del tratado con el conde de Foix, y ahora el asesinato de Trencavel. ¿Qué valor tiene ya la palabra de un caballero? ¡Casi empiezo a avergonzarme de llevar la cruz en el pecho!

Simón lanzó un puñetazo que alcanzó a Amaury de pleno en la cara. El joven caballero cayó abatido hacia atrás. Por un momento, el mundo se convirtió en un agujero negro en el que revoloteaban innumerables estrellas.

Después se limpió la sangre del labio partido e intentó incorporarse con dificultad. Se pasó la lengua por los dientes, pero por fortuna todo estaba aún en su sitio. Pensó que había tenido suerte de que Guillermo se hubiera quedado en el castillo de Alaric. Si hubiera estado aquí, quizá se habría ido de la lengua por rencor. Encima de su cabeza oyó que Roberto la emprendía con Simón, y luego oyó la réplica del otro:

- ¡No permitiré que un mocoso me hable así! ¿Acaso la rata de Foix no violó también el tratado? ¿Acaso no intentó atacar de noche Fanjeaux? ¿Cuánta sangre se derramó hasta conseguir reducirlo a él y su chusma? ¿No tuvimos que luchar por cada callejón y por cada calle? ¡Él no estuvo allí! ¡Guillermo y yo tuvimos que luchar por nuestras vidas! ¡No comprendo por qué guardas continuamente las espaldas de este chico!

- Es mi hermano. - Roberto se agachó para ayudar a Amaury a levantarse - . Vuestros nervios os están jugando una mala pasada. Intentemos no andar a la greña. ¡Recuerda que la sangre de los Poissy corre por tus venas, Simón!

- Parece que todavía no comprende lo que es la guerra. Una decisión equivocada puede costarte la vida. No podemos andarnos con remilgos.

- No te envanezcas tanto. Alégrate de que uno de nosotros mantenga la cabeza fría. ¡Si yo no hubiera estado aquí, os habríais matado, en lugar de matar al enemigo! Amaury reflexiona más sobre las cosas y a veces eso no está mal. ¡Salvo ahora! - Al pronunciar estas últimas palabras miró reprobatoriamente a Amaury - . No se criticarán las decisiones de Montfort, ¿está claro? Su mano dura es totalmente necesaria. Es lógico que aquí no sientan devoción por nosotros. A fin de cuentas, hemos venido para erradicar la herejía, tu tumor que prolifera debajo de la piel del cristianismo y que sólo puede curarse cortando por lo sano. Si te escucháramos y tuviéramos compasión con los enemigos que nos rodean por todas partes, nuestros cadáveres acabarían pudriéndose en uno u otro barranco. Y a propósito, ¿por qué has cabalgado hasta aquí desde Alaric? ¿Nos traes noticias?

- Allí no sucede nada, - dijo Amaury - . Nada salvo las eternas vejaciones de Guillermo.

Quería añadir algo, pero cambió de idea al ver el ceño fruncido de Simón. Roberto se encogió de hombros.

- Alégrate de que no pase nada. Nos encontramos en una posición crítica que tú por lo visto subestimas. Nuestro ejército está muy debilitado. Nuestros caballeros están diseminados por las zonas ocupadas, nuestros soldados están dispersados en guarniciones que han de vigilar todas las ciudades y pueblos que hemos conquistado. No queda ningún ejército para ejecutar un ataque si es necesario. Lo único que podemos hacer es intentar retener lo que tenemos hasta que lleguen los refuerzos que Montfort ha pedido al papa. Mientras tanto, los señores occitanos traman un contraataque, incitan al pueblo para que se subleve contra nosotros. Ya casi ha llegado el invierno, nos encontramos con un tiempo desapacible en un país que no conocemos. En cualquier momento puede estallar una revuelta. ¡Y tú sientes simpatía por Trencavel!

- ¡No tenía por qué haber muerto! - estalló Amaury de nuevo.

- Más vale así. Ahora Montfort es su sucesor indiscutible, nadie puede ya poner en duda sus derechos. Se firmará una escritura por la que su viuda se distanciará de todos los derechos que ella y sus descendientes puedan hacer valer sobre las posesiones de Trencavel.

- ¿Y cómo crees que reaccionarán sus vasallos a su muerte? ¿No es ésta precisamente la señal para una revuelta?

- Ahora mi hermanito vuelve a usar la cabeza. Por eso precisamente es por lo que mandé avisaros, no para salir de estampía hacia Carcasona y llorar la muerte de Trencavel, ¡sino para estar alerta!

Afuera se oyó un redoble de tambor. Justo después sonó el toque de difuntos.

- Ven conmigo y convéncete, - dijo Roberto.

Los dos Poissy le siguieron afuera, donde se congregaban los ciudadanos que tras la caída de Carcasona habían obtenido permiso para regresar a su ciudad y reanudar sus actividades. Venían para rendir los últimos honores a su señor. El joven vizconde estaba de

cuerpo presente en el patio del castillo, la cara descubierta para que todos se convencieran de que era él y de que realmente había fallecido. Estaba llamativamente flaco. Sin embargo, sus rasgos parecían relajados, debió de haberse deslizado sin dolor y lentamente en el sueño eterno. Amaury no pudo evitar un profundo sentimiento de culpa al posar sus ojos en el muerto. Se avergonzaba ante los ciudadanos que no escondían su dolor delante de los invasores y que gemían a gritos junto al féretro de su señor. Sin duda, a partir de aquel momento lo adorarían como un héroe y mártir. Veinticuatro años de edad, pensó Amaury, la misma edad que Guillermo...

Había estado allí de pie apenas lo suficiente para asimilarlo todo cuando los gemidos de los presentes fueron interrumpidos por el ruido de órdenes y soldados en marcha. Montfort apareció en el patio, rodeado de un cordón de guardias personales y seguido por su escudero y unos cuantos leales, y se dirigió con paso largo y ligero hacia el féretro. Su rostro era tan imperturbable como siempre, su melena dorada ondulada llegaba hasta los hombros de su armadura. A los pies del féretro detuvo el paso y miró largo tiempo al muerto. Después se dirigió hacia los ciudadanos que estaban de duelo.

- La muerte del señor Ramón Roger Trencavel nos cubre de luto. Será enterrado con los honores dignos de un hombre grande y noble. Que Dios acoja su alma.

Su voz sonaba incluso emocionada. Con movimientos pausados se despojó de sus guantes, se hincó de rodillas y juntó las manos para rezar por el reposo del alma del joven noble que él había aniquilado. Su séquito y los pocos nobles franceses que habían permanecido en Carcasona también se arrodillaron y siguieron a su jefe en el rezo.

- ¿Realmente creéis que van a tragárselo? - escupió Amaury.

Roberto le dio un empellón en los riñones.

- ¡Reza, maldita sea! - le siseó Simón al otro lado. Amaury levantó fugazmente los ojos y constató que los presentes respondían al homenaje de los invasores con una mirada cargada de desprecio y desconfianza. Sólo cuando Montfort se puso en pie y vio que tenía lágrimas en los ojos, empezó a dudar. ¿Era fingida su tristeza, era quizá arrepentimiento o lloraba realmente por la muerte de Trencavel? Se sonrojó al pensar que había acusado en falso al adalid del ejército de los cruzados, que había demostrado defender con su propia vida la de los demás.

En silencio y acongojado se retiró para regresar antes del anochecer a Alaric.

ALARIC Finales de noviembre de 1209

Aquel año, el invierno empezó temprano en las tierras occitanas. Arriba en las montañas, las tormentas de nieve azotaban las rocas desnudas y también en los valles soplaba un viento cortante que traía consigo unas veces granizo y otras nieve. En Montpellier, la viuda de Trencavel firmó la escritura por la que transmitía los derechos y las posesiones de su difunto esposo a Simón de Montfort y a sus descendientes. Bajo el ojo vigilante del comendador de los caballeros templarios de Montpellier, Roberto y Simón de Poissy colocaron su mano sobre el libro del evangelio y juraron que se constituían en garantes de la indemnización que Montfort había prometido a la joven viuda: una pensión anual y el reembolso de su dote en cuatro plazos distribuidos durante el siguiente año. Acto seguido y temblando de frío delante de la capilla de los templarios, la vizcondesa se distanció públicamente de todos sus derechos, todavía aturdida por el dolor que le había causado la pérdida de su esposo. Antes de la llegada de los cruzados había puesto a salvo con el conde de Foix al único descendiente que había tenido, su hijo Raimundo de dos años

de edad, quien ya no poseería ni una brizna de hierba de los inmensos dominios que una vez fueron su herencia.

La tinta apenas había tenido tiempo de secarse sobre el pergamino cuando se anunció el primer signo de resistencia en la persona del nuevo señor feudal de Simón de Montfort: el rey Pedro II de Aragón. El soberano se negó a recibir el tributo de Montfort. En el campamento de los cruzados se susurraba que el rey apoyaba en secreto a los señores del sur que se resistían al ejército de los cruzados y que los alentaba a no someterse a Montfort. En efecto, de repente se desató la lucha en diversos lugares, como si la negativa del rey a reconocer a Montfort como vasallo fuera una señal para iniciar abiertamente la resistencia.

El primero en tomar las armas fue un señor occitano que en una temprana fase se había unido a Montfort y que gozaba de la confianza de éste. De repente se rebeló contra el señor francés y ocupó el castillo de Puisserguier. Allí hizo prisioneros a los dos caballeros franceses y a la guarnición que vigilaban el fuerte, mas les prometió que les perdonaría la vida. Profundamente agraviado por el escollo que el rey de Aragón había puesto en su camino, Montfort marchó con su ejército a un ritmo frenético desde Montpellier hacia Puisserguier para sitiar la ciudad. Pero los rebeldes consiguieron huir del castillo por la noche, después de haber tirado a los cincuenta soldados de la guarnición en el foso del castillo, de haberlos cubierto con paja y desechos y haberles prendido fuego. Cuando resultó que el combustible estaba demasiado húmedo para encenderse, apedrearon a los desgraciados soldados. Montfort llegó justo a tiempo para liberarlos de su apurada situación. Sin embargo, los dos caballeros que los rebeldes se habían llevado consigo como prisioneros salieron peor parados. Les habían arrancado los ojos y cortado la nariz, las orejas y el labio superior, tras lo cual los habían dejado desnudos en el camino de Carcasona. Sólo uno de ellos sobrevivió a este calvario y llegó a la ciudad del brazo de un mendigo que se compadeció de él.

Mientras tanto, al norte de Carcasona había ocurrido otro drama. Bouchard de Marly se había puesto en camino con un pequeño ejército con la intención de emprender una correría en el territorio de los obstinados señores de Cabaret. Sin embargo, sus movimientos fueron seguidos por espías que anunciaron la llegada de Bouchard a su señor. Se tendió una emboscada a los invasores que costó la vida a la mayoría de ellos. Bouchard de Marly fue hecho prisionero y trasladado a Cabaret.

Ignorantes de esta catástrofe que se desarrollaba al otro lado del Aude, Amaury y Guillermo de Poissy, con una guarnición integrada por unos veinte soldados, vigilaban su nuevo señorío, el castillo de Alaric, uno de los burgos que formaban un anillo de puestos avanzados alrededor de Carcasona. El helado viento del norte azotaba las torres. Los centinelas se movían cautelosos sobre las galerías y tenían que agarrarse a las almenas para no resbalar sobre las piedras heladas. Después de realizar su ronda de inspección, Guillermo había regresado a la torre donde se alojaba para calentarse junto al hogar. Como de costumbre, empezó a dar buena cuenta de la reserva de vino.

Amaury eludía la compañía de su hermano y deambulaba intranquilo por el castillo. Entablaba alguna que otra conversación, hacía alguna que otra pregunta y se preparaba para realizar su patrulla diaria, una tarea que le había asignado Guillermo. Cada vez que se preparaba para salir, le invadía un profundo desasosiego. Se sentía protegido si permanecía en lo alto de la montaña y dentro de las murallas del castillo, mas en cuanto dejaba tras sí las murallas de Alaric, se sentía espiado desde las colinas circundantes por un enemigo invisible que se mantenía oculto en los bosques y que seguía cada paso que él daba. Entonces tenía la sensación de que podía ser asaltado en cualquier momento por un depredador que estaba al acecho en su guarida. Pues allí, detrás de las montañas, se extendía

un terreno desconocido, donde los hostiles señores occitanos tramaban sus planes en castillos que habían sido construidos como nidos de águilas encima de inmensos peñascos. Conocía sus nombres y los de sus castillos, sabía qué zonas controlaban, pero nunca los había visto, así como tampoco había conocido nunca sus legendarios burgos. Sabía que lo odiaban porque él era uno de los que habían invadido su país y que según ellos habían asesinado a su vizconde.

Amaury cogió las riendas del caballo que le tendía el mozo de cuadra y montó para salir por las puertas al frente de su patrulla. El fuerte viento penetró a través de su manto en cuanto dejó de estar protegido por las murallas del castillo. Afuera se extendía un paisaje montañoso, gris y desolado bajo la débil luz del sol. El joven caballero fijó la mirada en la lejanía. Nada se movía salvo las copas desnudas de los árboles que el viento sacudía, y las nubes que pasaban por encima de la montaña. Después dio la señal para que sus hombres avanzaran, y lentamente los caballos, los jinetes y los soldados de a pie se fueron alejando del bastión protegido, con las crines y los mantos ondeando en el viento.

Era asombroso cómo habían cambiado los papeles, pensó Amaury mientras dejaba que su caballo buscara con cuidado el camino sobre la escarpada senda que los llevaba colina abajo en la ladera norte de la montaña hacia la llanura del ancho valle del río. Roberto le había advertido a este respecto. Las pequeñas guarniciones francesas que vigilaban los castillos conquistados se habían encerrado dentro de sus propias murallas. Si los señores del sur se unieran para combatir juntos, los sitiadores de ayer se convertirían en los asediados de mañana. Montfort no tenía en ninguna parte suficientes soldados para liberar una fortaleza sitiada.

La cuestión era si los señores occitanos estaban unidos o si llegarían a estarlo algún día. Por lo que había podido deducir de las conversaciones con caballeros sometidos, todo apuntaba a lo contrario. En esta sociedad decadente, donde todos hablaban de pretz y paratge, que venía a ser algo así como la gloria en el campo de batalla y en el amor, siempre existían viejas rencillas o recientes ofensas que impedían actuar de forma unánime contra el invasor.

Sus reflexiones se vieron interrumpidas por un sargento que detuvo su caballo y señaló hacia la lejanía. Allí donde hacía tan sólo unos días se extendían los campos, ahora se veían las nubes reflejadas en el agua. El Aude se había desbordado debido a las fuertes lluvias de las últimas semanas y había inundado grandes extensiones de tierra en el valle. En su última expedición, Amaury ya había advertido que el nivel del agua era especialmente alto.

- Ahora los vados habrán quedado inservibles. En cualquier caso no tenemos nada que temer del norte, - constató - . Si nosotros no podemos cruzar el río, tampoco puede hacerlo el enemigo.

Al principio no le había agradado nada la idea de tener que realizar estas patrullas diarias, y menos aún tener que salir cada día a una hora determinada. Si de él hubiera dependido, habría salido de tarde en tarde con unos cuantos hombres, sin soldados de a pie para poder moverse con rapidez. Sin embargo, Guillermo se había empeñado en mantener las reglas que se aplicaban en su patria, Francia. Consideraba que la seguridad del castillo era primordial y además esta regularidad se ajustaba mejor a su propio horario. Amaury había protestado aduciendo que de este modo era como si él y sus hombres pidieran a gritos que les tendieran una emboscada. Pero Guillermo había acallado sus objeciones con una mirada significativa que Amaury entendía a la perfección. Desde entonces, el joven Poissy cabalgaba cada día a la misma hora. Una vez fuera de las murallas, procuraba evitar al máximo una pauta fija.

Aquel día había optado por dar un amplio rodeo que iba hacia el este a lo largo del Aude, pasando por los barrancos que seguían la vertiente oriental de las montañas, para explorar los caminos que conducían al sur. Por fin, siguiendo una senda que ascendía lentamente y desde el suroeste regresaría por la tarde a Alaric. Volvió grupas y guió a sus sargentos en dirección noreste, observando todo lo que le parecía un poco sospechoso. En muchas leguas a la redonda no se distinguía nada más que la tierra ancha y vacía, los árboles y las ovejas. Los hombres se fueron abriendo camino con dificultad por el viento penetrante hasta que hubieron rodeado la montaña y pudieron ponerse al abrigo del viento en el barranco. Avanzaron lentamente sobre la senda apenas transitable hasta que las laderas de la montaña empezaron a alejarse y en la lejanía vieron aparecer el valle que cruzaba serpenteante el camino principal hacia el sur. Con una mano aterida, Amaury tiró de las riendas hasta que el caballo se detuvo. Con la otra mano se protegió los ojos del sol bajo para mirar hacia la lejanía, donde las nubes colgaban entre las colinas e impedían la vista. El camino parecía más oscuro y más ancho que de costumbre. Cuanto más miraba, más se parecía a una serpiente que se deslizaba lentamente.

¿Deslizarse? De repente se le cortó la respiración. Se volvió hacia los otros jinetes para comprobar si habían visto lo mismo que él. Los que se hallaban detrás de Amaury no reaccionaron y tampoco los peones parecían sospechar nada. Sólo el sargento que se encontraba a su lado se restregaba los ojos que le lloraban a causa del viento y la luz del sol.

- ¡Que Dios nos asista, es todo un ejército! - exclamó Amaury.

El sargento se inclinó junto a su montura para sonarse la nariz y se burló de un peón que tuvo que dar un paso hacia atrás para no ser el blanco. Después siguió la mirada de Amaury.

- ¿Son los nuestros? A esta distancia no puedo distinguir las banderas.

- En tal caso tendría que ser Montfort, pero que yo sepa está en Montpellier. Además, en estos momentos no puede tener tantos hombres.

- Quizá sean las tropas de apoyo.

Amaury negó con la cabeza.

- Roberto Mauvoisin ni siquiera ha vuelto de Roma. Además, las tropas de apoyo no vienen por ese lado. Son faidits, no cabe duda.

Oyó la maldición que lanzó el sargento, así como la reacción de los demás a su espalda mientras pensaba febrilmente. ¿Tenía que seguir avanzando y arriesgarse a caer en manos de una posible vanguardia del enemigo o debía volver sobre sus pasos? Pero el camino que había seguido era mucho más largo que el que le quedaba si continuaba avanzando. Si había una vanguardia, ésta llegaría a Alaric antes que él.

- ¡Dividíos! - ordenó - . Que los peones se pongan a salvo.

- ¡¿Qué?!

- Son demasiado lentos. Salvar el castillo es lo principal.

No había tiempo para malgastarlo discutiendo. Señaló a un par de hombres e hizo un rápido gesto hacia el camino que se hallaba detrás de ellos.

- Volved a galope tendido a Alaric y dad la alarma. Y vosotros: a Carcasona a buscar ayuda. - Después se dirigió a los peones - : Tú, tú y tú, id por los caminos de cabras a través de las montañas a Alaric. Si los jinetes no llegan, quizá vosotros tengáis una posibilidad. - Y a los demás soldados - : Evitad los caminos. Avanzad lo más cerca posible del río. Los jinetes no se atreverán a meterse en terreno pantanoso. Si no conseguís llegar a Alaric, id a Carcasona.

Señaló en dirección al sargento que se hallaba a su lado.

- Nosotros iremos por ese lado e intentaremos llegar al castillo antes que el enemigo. Si vosotros no llegáis a tiempo, quizá nosotros sí.

Los jinetes se alejaron al galope y los peones volvieron a adentrarse en el barranco, en dirección al valle del río, en busca de sendas estrechas que fueran inaccesibles para los jinetes. Con el viento en la espalda, Amaury y su sargento avanzaban lo más rápido que Podían llevarlos sus caballos, rogando no ser vistos por exploradores del ejército que se acercaba y que se hallaba aún demasiado lejos. Todo fue bien hasta que llegaron al lugar donde el estrecho paso entre las montañas se abría hacia el ancho valle en el lado sur. El sargento quería avanzar a galope, ansioso de llegar cuanto antes al burgo. De súbito tiró tan fuerte de las riendas de su caballo, que éste casi se sentó sobre sus patas traseras. Era demasiado tarde. Una vanguardia de unos treinta jinetes bloqueaba el camino hacia Alaric y por los gritos y las órdenes parecía que los habían visto.

- ¡Media vuelta! - gritó Amaury.

Antes de que sus caballos hubieran vuelto grupas, las flechas ya zumbaban a su alrededor. Una docena de jinetes se movía con aterradora velocidad en su dirección. El joven caballero oyó un grito ahogado a su espalda. Lanzó un vistazo por encima del hombro y vio que el sargento caía de la silla. No pudo ver dónde le habían dado ni si la herida era mortal. El caballo le adelantó y siguió galopando delante de él sin su jinete. Después tuvo que reducir la velocidad para guiar a su caballo alrededor de las rocas que bloqueaban el camino. A mitad del pasadizo decidió que su intento de escapar era cobarde e inútil. Ciertamente, los arqueros estaban demasiado lejos para alcanzarle, pero los jinetes le pisaban los talones. Era preferible iniciar un combate, antes de que descubrieran a los peones que seguían escalando con dificultad por el camino a través de las montañas. ¿Podría entretenerlos lo suficiente como para dar a los demás una oportunidad de llegar a Alaric? Tenía que dar la impresión de que no estaba solo, atraerlos para que le siguieran un poco más y ganar tiempo.

- ¡Por aquí! ¡A las armas! - gritó con todas sus fuerzas, gesticulando como si detrás de las rocas se escondiera toda una compañía.

Funcionó. Detrás de él, dos jinetes frenaron sus caballos. Se oyeron órdenes y en el camino entre las montañas aparecieron más jinetes. Pero cuando llegó a la parte más estrecha del desfiladero no pudo mantener por más tiempo el engaño. Se detuvo y esperó a los jinetes enemigos blandiendo la espada. Éstos redujeron la velocidad y desenfundaron sus armas.

- ¡Por Dios y por el rey, y por los Poissy! - gritó Amaury mientras se abalanzaba sobre ellos.

Su voz seguía teniendo la desagradable costumbre de sonar en falsete y por ello su grito no resultó nada heroico. De todas formas, antes de que pudiera hacer algo contra los diez hombres que le atacaban, yacía en el suelo con la lanza de un caballero occitano contra el cuello. Ni siquiera estaba herido.

- Deja que ese cerdo francés viva, - oyó decir a alguien encima de él - , puede proporcionarnos un buen rescate.

El asedio de los rebeldes occitanos cogió por sorpresa a los defensores del castillo de Alaric. Los jinetes que Amaury había enviado por la ruta norte también habían caído en manos del enemigo, y todos perecieron. Los peones estaban aún escondidos en los alrededores. Sólo los dos sargentos que habían cabalgado hacia Carcasona llegaron a su destino. Sin embargo, la guarnición de la ciudad no podía ofrecer ayuda porque Montfort había agrupado a todas las tropas junto a Puisserguier. Unos mensajeros salieron apresuradamente hacia allí para avisar al comandante. Mientras tanto, Guillermo de Poissy

resistía valientemente con su guarnición. Había conseguido repeler el primer ataque, aunque con fuertes pérdidas. Ahora reinaba la calma en torno al castillo y dentro de sus murallas. Todos se preparaban para un segundo ataque.

Amaury no sabía nada de todo esto. Estaba atado en una tienda militar en el campamento que los occitanos habían montado en la ladera fuera del alcance del burgo, y sólo podía adivinar lo que sucedía por los ruidos que oía alrededor. Por lo visto no se hallaba cerca de los comandantes, pues no lograba oír conversaciones que le dieran más pistas. De vez en cuando, un criado que no le decía nada y que no contestaba a ninguna de sus preguntas le traía algo de beber y apenas algo de comer. Se sentía mareado del hambre y tenía muchísimo frío.

Después de dos días, un noble con armadura se asomó por la entrada de la tienda.

- Así que enviaste a dos a Carcasona, - oyó que le decía con su voz áspera.

¿Cómo podía saberlo? ¿Acaso sus sargentos habían llegado a su destino? ¿Procedía la noticia de espías de la ciudad? Estaba seguro de que los había. ¿O habían interceptado a sus hombres? ¿Estaría Montfort ya al corriente? Quizá el comandante hubiera abandonado ya Montpellier y se dirigiera hacia aquí con sus tropas. En tal caso tendría que dar un rodeo pasando por Carcasona, pues el agua y las inundaciones le impedirían cruzar el Aude. Esto significaba que perdería unos días muy valiosos. Amaury mantuvo la mirada fija al frente y se encogió de hombros.

- ¿Quién eres en realidad? - le preguntó el noble.

El prisionero no contestó. El noble estudió el escudo con las tres merletas que aparecía en la túnica de Amaury.

- ¿No serás uno de los caballeros que se han apoderado de Alaric?

No obtuvo ninguna respuesta.

- No, para eso estás demasiado verde.

Una mirada asesina.

- Mi sirviente me ha dicho que hablas nuestra lengua, así que no hace falta que simules no entenderme.

- Vai tefarfotre!

El rostro del noble se endureció por un momento, después se echó a reír.

- Lo primero que aprenden son siempre reniegos. - Dio media vuelta y abandonó la tienda de campaña.

Típico, pensó Amaury, que ni siquiera se enfade con semejante insulto. En realidad esas palabras equivalían a: "vete al diablo", pero en lengua occitana significaban literalmente: "vete a que te jodan", un insulto certero para un pueblo que estaba tan corrompido. A fin de cuentas, los herejes injuriaban el sacramento del matrimonio y le habían contado que todos llevaban una vida disoluta. En cualquier caso, el insulto había bastado para poner fin al interrogatorio.

Entre tanto, los mensajeros de Carcasona habían comunicado la noticia del asedio a Montfort, que acababa de reconquistar Puisserguier a los occitanos apóstatas con la ayuda de Roberto y Simón de Poissy. Los guerreros desmontaron su campamento a toda prisa y se pusieron en camino con sus soldados. Recibieron una desagradable sorpresa al ver que el Aude se había desbordado y emprendieron el largo camino de vuelta a Carcasona para cruzar el río por el puente. Mientras tanto, en el campamento occitano temían que el comandante francés se presentara pronto y, de súbito, les entró prisa.

Amaury de Poissy se despertó de un sueño intranquilo. Se fue espabilando poco a poco, con la misma lentitud con la que su sangre helada y espesa circulaba por sus venas. Todavía era de noche. Estaba entumecido y empezó a moverse con torpeza. Por fortuna, no

tenía helados los dedos de los pies, y aún podía mover las manos que le habían atado a la espalda. Tan sólo entonces se dio cuenta de por qué se había despertado. Fuera de la tienda imperaba una actividad inusual para esas horas de la noche. En el frío helado oyó las órdenes, y el choque y tintineo de las armas, los arneses y los arreos. Van a atacar el castillo al alba, pensó. ¡Dios, qué tonto había sido al caer en manos de los faidits! Sabía lo pequeña que era la guarnición y lo poco que podían hacer. Además, más valía no contar con la ayuda de los campesinos y los artesanos que permanecían dentro de las murallas. Éstos tomarían partido por los faidits y preferirían abrir las puertas para dejar entrar al enemigo. Los cruzados estaban encerrados como ratas en una trampa. Pensó en Guillermo, que ahora estaba solo, sin la ayuda de Roberto y Simón. ¡Ojalá llegara Montfort con su ejército!

De súbito se apoderó de él el temor de no volver a ver con vida a su hermano. Unió las manos atadas a la espalda e intentó rezar, pero los ruidos que llegaban de fuera le distraían.

No sabía cuánto tiempo había estado allí sentado. Al rayar el alba llegaron hasta él ruidos lejanos que parecían de un combate. ¡Ojalá pudiera hacer algo! Desesperado miró fijamente el vaho de su aliento que por un momento flotó en el aire, para luego posarse como una fina capa de escarcha sobre su manta.

La tienda se abrió de golpe y de forma tan inesperada que Amaury se quedó paralizado del susto. Dos soldados lo levantaron. El noble del día anterior permanecía en la entrada e hizo una señal de impaciencia.

- ¡Venid conmigo, Poissy! No voy a derramar ni una sola gota de sangre más de la necesaria.

Así que sabían quién era, pero ¿qué más daba? Temblando de miedo y de frío los siguió mientras tropezaba sobre los pies entumecidos.

Tuvo que andar un buen trecho. Su sangre empezó de nuevo a circular y gracias a ello entró en calor. Cruzaron el campamento occitano y luego avanzaron a lo largo de las filas de soldados dispuestos para el ataque. Caballeros, sargentos, arqueros, peones, todos parecían seguir cada paso que daba, como si fuera una atracción. Le recordó al día en que Trencavel se había arriesgado a entrar en el campamento de los cruzados para ofrecerse como rehén. Pero aquél por lo menos llevaba su cota de malla. Se sentía casi desnudo, sin su armadura, en medio de tanto cuero y hierro.

- Bien, - dijo el noble occitano - , ahora veremos quién de nosotros tiene carne demoníaca.

Habían dejado atrás las primeras filas del ejército y el lugar donde se hallaban estaba casi al alcance de las flechas de los arqueros apostados en la muralla del castillo. Un ciudadano se había unido a ellos para hacer de intérprete, quizá fuera un mercader huido de Carcasona.

- ¡Guillermo de Poissy! - gritó el noble con todas sus fuerzas. En el adarve no se oyó ningún ruido. En el gris amanecer se podían vislumbrar vagamente los movimientos de los soldados. Poco después, una figura oscura se separó de las almenas. A ambos lados de la figura, los arqueros apuntaban al enemigo. Amaury entornó los ojos para ver mejor. Era su hermano.

- ¡Soy Guillermo de Poissy! - dijo orgullosa la voz desde lo alto de la muralla.

- ¡Te proponemos un intercambio!

- ¡No hacemos intercambios con los herejes!

El sonido tardó algo en llegar hasta ellos. El noble resopló con desdén.

- ¡Tenemos a tu hermano Amaury!

La figura pareció inclinarse un poco hacia adelante.

- ¿Por qué debería creeros? Acercaos un poco, no le reconozco.

El noble se protegió con el escudo, que casi cubría todo su cuerpo. Empujó a Amaury delante de sí, hasta el límite donde se acababa su seguridad, por lo que éste se sintió como una diana. El intérprete los seguía, manipulando torpemente el escudo que le habían dado.

- ¡Entregaos y os perdonaremos vuestra vida y la de vuestro hermano!

Ahora se hallaban sobre un talud de tierra y piedras, al borde de la ancha zanja que los separaba de las murallas del castillo. Estaban tan cerca que Amaury pudo distinguir el rostro de Guillermo. No presagiaba nada bueno.

- ¡Si me queréis, tendréis que luchar!

- ¡Vos me importáis un comino! ¡Os ofrecemos la libertad a cambio de que nos entreguéis el castillo!

- ¡Ja!

- ¡Utilicemos nuestro cerebro como nobles, Poissy! Estáis en franca minoría, no tenéis ninguna posibilidad. Os ofrezco una retirada honorable. ¡Evitad que se vierta más sangre, vuestra y nuestra, y entregaos!

- ¡Nunca!

- Coihon! - exclamó el noble occitano. El intérprete no lo tradujo - . ¿Cómo echasteis de su ciudad a los ciudadanos de Carcasona? Desnudos, con sus pecados como único equipaje, ¿no era así?

El noble desenfundó su daga. Amaury oyó que algo se desgarraba y poco después sintió que su túnica se deslizaba. Se quedó en camisa. A su espalda oyó las risas de los soldados. El viento helado le escocía la piel. Debido al frío ni siquiera sentía la punta de la daga que le punzaba la piel.

- ¡Esta es mi última oferta, Poissy! ¡O me entregáis el castillo o él muere!

- ¡Habría preferido cortarle yo mismo su miserable cuello! ¡Os voy a ayudar!

Algo voló por el aire y se estrelló contra el suelo cerca de sus pies: era la daga de Guillermo. El noble enfundó su propia arma y se agachó para recoger la otra. Cuando se erguía se volvió hacia Amaury, que retrocedió dando sacudidas. La monotonía de las últimas semanas en Alaric casi le había hecho olvidar la amenaza que Guillermo había expresado en Castres contra él. Había esperado una represalia personal, o una u otra mala jugada por la que Roberto se viera obligado a enviarle de nuevo a Poissy. Nunca hubiera pensado que el odio de Guillermo fuera tan intenso que lo sacrificaría sin dudarlo un instante en beneficio de su propia seguridad. ¡Ni siquiera quería negociar!

- Vuestro hermano no merece vuestra sangre, - dijo el faidit.

A pesar de ello cogió al indefenso joven y le puso la daga al cuello. Nada cambió en la actitud del caballero en el adarve. En el mismo momento, se oyó un enorme bullicio en la lejanía. En las murallas del castillo se originó una gran confusión, los hombres corrían de un lado a otro, y los arqueros lanzaron sobre el enemigo una lluvia de flechas que sólo alcanzó al negociador y su rehén. El intérprete puso pies en polvorosa. El noble occitano pudo protegerse gracias a su escudo, detrás del cual también se escondió Amaury. El suelo tembló cuando los peones y los jinetes empezaron a moverse al mismo tiempo. Amaury intentó liberarse, pero el noble lo sujetó fuertemente.

- Sólo me habéis utilizado como maniobra de distracción, - gritó por encima del estrépito - para así poder atacar mientras tanto por otro lado. ¡Dejad por lo menos que luche por mi vida!

Por respuesta obtuvo una risa burlona y hostil.

- ¿Con qué? - le preguntó el otro.

Eso era cierto, estaba desarmado y además en paños menores.

- Dadme la daga de mi hermano. ¡Yo mismo ajustaré cuentas con él!

- Creéis sin duda que somos idiotas, - le dijo el otro al oído - . Habéis invadido nuestras tierras como lobos hambrientos. Lobo que atrapas, lobo que no sueltas.

Relajó un poco la mano con que lo agarraba, pero antes de que pudiera escabullirse, el noble le hundió la daga en la espalda, por lo que cayó de rodillas lanzando un grito de dolor. Una patada contra los riñones lo lanzó por encima del borde del talud y con un golpe sordo cayó de cabeza contra una piedra en la zanja al pie de la muralla. Permaneció allí inconsciente mientras por encima de su cabeza seguía la batalla.

Cuando poco más tarde recuperó el conocimiento, pudo oír por encima del ruido el chirriar del rastrillo que estaban abriendo. Alguien debió ayudar desde dentro a entrar al enemigo, ¿o acaso la guarnición ya se daba por vencida? En realidad, ¿cuánto tiempo llevaba aquí tumbado? Alborotados y alegres, los sitiados salían por la puerta. Amaury intentó incorporarse, aunque sus muñecas atadas y la herida en la espalda le dificultaban los movimientos. Junto a él sonó un estruendo. Se volvió y vio el rostro retorcido de dolor de uno de sus soldados. La herida abierta en su garganta parecía mirarle fijamente. El siguiente en caer, con el ruido de huesos rotos, fue el cuerpo de un arquero al que conocía bien. Nunca habían tenido la intención de salvar a Guillermo o a sus hombres, pensó. Lo único que pretendían era limitar sus propias pérdidas. Gimiendo de dolor, el joven caballero apartó la vista de los cuerpos arrugados.

Poco después cayó otro muerto de la muralla. El cuerpo sin vida no le golpeó por los pelos. A ambos lados de la puerta se amontonaban los cuerpos, algunos aún con vida. A pesar de la herida en su espalda, Amaury consiguió pasar el torso y las piernas por debajo de las manos, hasta tener las manos atadas ante sí. Intentó agarrarse a la muralla, pero no conseguía trepar. Cada vez volvía a resbalar sin fuerzas hasta que finalmente se sintió tan agotado y tan aturdido por el dolor que hubo de interrumpir sus intentos. Había dejado de contar los muertos que se acumulaban a su alrededor. No podía quedar mucho de la guarnición. Su respiración era entrecortada y el dolor le atravesaba el torso. El olor a orina y a excrementos humanos, y sobre todo a sangre, tapaba todo lo demás. Encima de él, en el adarve, sonó un grito de victoria. Lentamente se incorporó e intentó distinguir con la mirada borrosa las siluetas que se dibujaban contra el cielo cada vez más claro. Estaba demasiado mareado para poder ver cómo arrojaban otro cuerpo sin vida y se dio cuenta demasiado tarde de que caía justo a su lado. De todas formas no habría tenido fuerzas para esquivarlo. El golpe exprimió el último resto de aire de sus pulmones. Jadeando intentó desasirse de la masa que le cubría y le rodeaba. Consiguió sacar la pierna derecha. La otra pierna y una parte del cuerpo casi cedieron bajo el peso. Con sus últimas fuerzas consiguió por fin liberarse. Todo el cuerpo le dolía. No sabía si se había roto algo. Se incorporó jadeando, apoyándose sobre las manos. Su cabeza se tambaleaba sobre los hombros. Intentaba encontrar la dirección en el mundo que giraba como un poseso a su alrededor. Cuando la materia por fin se detuvo y él consiguió posar sus ojos en el cadáver que yacía a su lado, miró de lleno en el rostro de Guillermo. Una mueca arrugaba las mejillas agarrotadas y los ojos abiertos de par en par le miraban triunfantemente, ¿o sólo se lo parecía? Muy lejos oyó unas voces que gritaban que todavía había un vivo en la zanja. Algo bajó silbando, se oyó un golpe. El siguiente proyectil le dio en la cabeza. Con un grito apagado cayó hacia atrás y cedió a la tentación de hundirse en la tierra rocosa y congelada, que de repente parecía tan suave y tibia como Una cómoda cama.

Aquella misma tarde, Simón de Montfort llegó con sus tropas a Carcasona. Decidió seguir avanzando hacia Alaric ante la insistencia de Roberto de Poissy y a pesar de la

avanzada hora, para ver qué podían hacer. No llegaron muy lejos. El castillo todavía no estaba a la vista cuando un peón de los Poissy les salió al encuentro y les comunicó que Alaric había caído. El enemigo había asesinado a toda la guarnición y a los dos Poissy. Él mismo había visto los dos cadáveres al pie de la muralla.

CABARET Mediados de diciembre de 1209

Estaba solo y perdido en un mundo que era a la vez nuevo y viejo, en el que todo le resultaba extraño y sin embargo conocido. No sabía de dónde venía, ni tampoco adónde ir. Empujado por el hambre y el frío llegó a una gran ciudad, pero los soldados apostados en la puerta lo echaron, pues no supo contestar a sus preguntas. Cruzó un ancho río y avanzó en dirección a las montañas recubiertas de bosques que había a lo lejos, intuyendo que le ofrecerían protección. Algunas personas le dirigían la palabra, mas él no comprendía de qué le hablaban. Entonces lo miraban como si no estuviera bien de la cabeza, y se burlaban de él y lo insultaban. Otros se compadecían de él y le daban algo de comer. Un día era tanta su hambre que robó una gallina y le retorció el cuello. Más, al no saber qué hacer después con ella, la tiró.

También había algo raro en su ropa. Era como si llevara puestas todo tipo de prendas unas encima de otras. La mayoría le iban demasiado holgadas, estaban desgarradas y tenían manchas de sangre en lugares donde él no podía encontrarse heridas en el cuerpo. En cualquier caso le servían para protegerse del frío. Al principio, los transeúntes le preguntaban que de dónde había sacado aquellas botas tan bonitas y que si las había robado. Al examinarlas más de cerca vio que en efecto se trataba de unas buenas botas de cuero suave. Parecían casi nuevas, como si no hubiera andado mucho con ellas, aunque en la parte interior de la caña estaban desgastadas y allí olían a sudor de caballo. Ahora ya estaban sucias y deterioradas, por lo que ya nadie le molestaba al respecto. Un dolor punzante en la espalda le dificultaba los movimientos, y tenía el vientre y los muslos recubiertos de enormes moratones, como si hubiese chocado contra algo. Por ello le costaba andar y se cansaba rápidamente. Entonces tenía que sentarse de nuevo al borde del camino para recuperar el aliento.

Tampoco tenía noción alguna del tiempo y por consiguiente no sabía cuánto hacía que andaba. Era incapaz de precisar si llevaba algunos días o ya varias semanas caminando. Lo que no perdía de vista eran las laderas pobladas de árboles del norte. De alguna manera parecía importante que intentara alcanzarlas.

Finalmente llegó el día en que, a paso lento, trepó por el camino que conducía a una fortaleza cuyo nombre desconocía. Mantenía la vista fija en las torres de tres castillos que, junto con un pueblo, se hallaban en la cima de una montaña.

- ¡Eh, tú! - La punta de una lanza zumbó hacia abajo y le cortó el camino - . ¿Qué vienes a hacer aquí?

Miró al centinela con ojos vidriosos.

- Tengo que estar aquí.

- ¿Por qué? ¿Qué se te ha perdido aquí?

- Busco..., busco a mis amigos. - Algo iluminó su mirada apagada - . Sí, tengo amigos..., los busco.

El centinela observó con desconfianza al joven tan extrañamente ataviado.

- Ya tenemos suficientes vagabundos y mendigos. ¡Lárgate!

Algo pareció romperse en sus entrañas. Si no le franqueaban el paso, ¿adónde iría entonces? Volvió la vista hacia el largo camino por el que había venido. El final de camino estaba aquí, sencillamente no podía seguir, ni tampoco regresar.

- ¡Tengo que estar aquí! - La desesperación se reflejaba en sus ojos - . ¡Apártate y déjame pasar!

El tono repentinamente autoritario del extranjero no fue del agrado del centinela y menos aún la lengua en que se expresaba. Era ciertamente la lengua del sur, pero la hablaba con un marcado acento. Quizá fuera un mercenario extraviado o un refugiado. Incluso era probable que estuviera tratando con un espía del enemigo. A fin de cuentas, el castillo encerraba en sus calabozos a un noble del cual se decía que era amigo íntimo del odiado Simón de Montfort. ¿Quién sabía lo que era capaz de tramar éste para liberarlo?

- ¿Eres un soldado? - le preguntó. El otro movió la cabeza, pero su gesto afirmativo no resultó muy convincente - . ¿Dónde has luchado y con quién?

- Estoy herido.

- ¿Con quién has luchado? ¿Eres un mercenario?

Volvió a asentir tímidamente. El centinela agarró con rudeza al extranjero por el hombro y le dio la vuelta.

- ¡No sé quiénes te han mandado, pero puedes contarles que en Cabaret no necesitamos fisgones!

Para enfatizar sus palabras y de paso encarrilarlo en la dirección correcta, le punzó la espalda con la punta de la lanza. Para su sorpresa, el extranjero se encogió como si le hubiese herido, dio media vuelta chillando de dolor y cólera y se abalanzó sobre él como un poseso. Un firme golpe con el asta de la lanza, que alcanzó al joven en la cabeza, acabó pronto con su cólera.

El zumbido y el hormigueo que sentía en la cabeza y los círculos negros que bailaban ante sus ojos se fueron desvaneciendo poco a poco. En su lugar apareció un rostro delgado, rodeado de una larga melena. Debajo de la cabeza se balanceaba una barba trenzada que formaba una serpiente. Una túnica negra oscureció el mundo, la serpiente fue descendiendo y se enroscó alrededor de su cuello estrangulándole lentamente. Presa del pánico, intentó incorporarse. Sin fuerzas agitó brazos y piernas hasta que se tornaron demasiado pesados y tuvo que dejarlos caer, entonces todo su cuerpo empezó a temblar.

- Tranquilo, estás en buenas manos, - le dijo una voz de mujer.

¿Por qué no podía verla, por qué le castañeteaban los dientes, por qué le temblaban tanto las piernas que no podía pararlas, y por qué sudaba tanto?

- Está muy mal, - oyó decir a la mujer - , la herida se ha infectado, está muy desnutrido y totalmente agotado.

- ¿No se salvará? - preguntó otra.

No hubo respuesta, al menos audible. Alguien se inclinó sobre él. Sólo pudo vislumbrar una figura borrosa y sintió una mano fría sobre su frente.

- No estás bien. ¿Eres devoto del Verdadero Cristianismo?

El asintió.

- ¿Deseas, ahora que todavía eres consciente, recibir el consolamentum?

Le costaba entender sus palabras. ¿De qué estaba hablando? Consolamentum... tenía algo que ver con la palabra consuelo. Asintió de nuevo y repitió la palabra pero ni siquiera pudo oír su propia voz.

- Llamaremos a un Bon Homme, - dijo la mujer acariciándole suavemente la mejilla. La sombra inclinada sobre él se alejó - . ¿Ves cómo es uno de los nuestros? - le oyó decir a cierta distancia.

La otra mujer se movió en torno a él y le refrescó la cabeza y el cuello con un paño húmedo. El se sumergió en un estado semiconsciente hasta que volvió a sentir sobre él una sombra que le hablaba. Esta vez era un hombre.

- Me has mandado llamar para recibir el consolamentum. ¿Cómo te llamas?

El enfermo abrió la boca, pero de ella no salió ninguna respuesta. El hombre se le acercó más y escuchó con atención. Después se incorporó y sacudió la cabeza.

- Los Bons Hommes están aquí. Salúdalos, - le susurró la mujer al oído. Él balbuceó unas cuantas palabras que por lo visto no eran las adecuadas - . Está muy confuso debido a la fiebre, - dijo la mujer - . Repite conmigo: Benedicite, Buenos Cristianos, dadme la bendición de Dios y la vuestra, rogad a Dios por nosotros.

Repitió sus palabras.

- Recibe la bendición de Dios y la nuestra - respondió el hombre. A su espalda sonó la voz de un segundo hombre al que no podía ver.

Este ritual se repitió dos veces. A la tercera, la mujer añadió unas palabras que él hubo de repetir:

- Señor, rogad a Dios para que libere a este pecador de una mala muerte y le guíe hacia un buen fin.

- Rogaremos a Dios, - contestaron los dos hombres, y añadieron - : Que Él te convierta en un Buen Cristiano y te guíe hacia un buen fin.

Juntos rezaron el padrenuestro.

- ¿Puede arrodillarse? - preguntó el primer Buen Cristiano a la enfermera.

Ella negó con la cabeza.

- Entonces tendremos que hacerlo así. - Se dirigió de nuevo al joven que yacía en la cama - . ¿Estás seguro de que quieres recibir el consolamentum? ¿Has sido un buen creyente?

Él asintió con gran convencimiento. Trajeron un cuenco en el que ambos hombres limpiaron sus manos, tras lo cual le limpiaron las suyas.

- Cuando compareces ante la Iglesia de Dios, compareces ante el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo. Pues la Iglesia significa la reunión y allí donde están los verdaderos cristianos, allí encontrarás al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo.

De nuevo tuvo que repetir las palabras con las que había saludado a los Buenos Cristianos. Depositaron algo sobre su pecho. Le levantaron las manos y las cerraron en torno a un objeto. Era un libro.

- Así como has recibido en tus manos el libro donde están escritos los preceptos, los consejos y las advertencias de Cristo, así recibirás también la ley de Cristo en las obras de tu alma, para observarlas durante toda tu vida.

Le costaba centrar su atención en las palabras. Sus pensamientos amenazaban continuamente con sumirse en un inmenso vacío.

- por eso estás aquí, para recibir la santa oración que Cristo dio a sus discípulos.

- De nuevo rezaron el padrenuestro, pero había algo en el texto que no cuadraba. Sin embargo, él no tenía suficiente lucidez para determinar qué era.

- Te concedemos el derecho de poder rezar esta santa oración, toda tu vida, de día y de noche, solo o acompañado. No comerás ni beberás sin antes haber rezado. Y si olvidaras llevarlo a cabo, deberás hacer penitencia.

- Esta vez tenía que contestar:

- Lo recibo de Dios, de vos y de la Iglesia.

Volvieron a rezar el padrenuestro.

- Pide perdón por tus pecados, - prosiguió el Buen Cristiano - , a Dios, a la Iglesia y a todos los aquí presentes.

- El obedeció mecánicamente.

- Que el santo Padre, que es justo y misericordioso y que tiene el poder de perdonar los pecados en el cielo y en la tierra, te perdone todos tus pecados en este mundo y que se apiade de ti en el otro.

- El peso del libro sobre su pecho le dificultaba cada vez más la respiración. El otro hombre y las dos mujeres se arrodillaron junto a la cama y pidieron también que les fueran perdonados sus pecados.

- Has de comprender, - prosiguió el Buen Cristiano - , que tienes que amar verdaderamente a Dios, con dulzura, humildad, piedad, castidad y con todas las demás virtudes, pues está escrito que la castidad acerca al hombre a Dios, pero que la perversidad lo aleja de El. También has de comprender que es menester ser tan fiel y recto en los asuntos espirituales como en los terrenales, pues si no fueras sincero en los asuntos terrenales, no creemos que pudieras serlo en los espirituales; en tal caso no creemos que pudieras ser salvado.

- El joven enfermo masculló algunas palabras de asentimiento.

- Además has de prometer ante Dios que no matarás, que no cederás ante los deseos carnales, y que no tendrás de otra forma relaciones con el otro sexo, que no robarás, ni harás ningún juramento, al menos por voluntad propia, que jamás comerás consciente y deliberadamente queso, leche o huevos, así como tampoco carne de aves, reptiles u otros animales prohibidos por la Iglesia de Dios.

- Lo prometo.

- Por la justicia de Cristo también padecerás hambre y sed, ignominia, persecución y la muerte; y lo soportarás todo por amor a Dios y por la salvación de tu alma.

- Le quitaron el libro de las manos y el hombre le preguntó si quería ser bautizado.

- Ya estoy bautizado, - susurró él.

- El bautizo en la Iglesia católica no vale para nada. La Iglesia católica bautiza a niños de pecho en agua putrefacta. Con eso no se pueden limpiar los pecados. Además, se les bautiza cuando todavía no pueden tener conocimiento del Bien y del Mal, cuando aún no tienen uso de razón. Eso no sirve de nada en absoluto. Más aún, es incluso pernicioso, pues hace llorar a los niños. Ahora serás bautizado con el fuego del Espíritu Santo, el bautizo como lo recibieron los apóstoles de Cristo. ¿Quieres conservar este bautizo por el resto de tu vida con el corazón y la conciencia limpios, y no romper este compromiso bajo ningún concepto?

- Una vez hubo dado su respuesta afirmativa, sintió que en lugar del agua bendita colocaban el libro sobre su cabeza. El hombre murmuró unas breves plegarias, ayudado por las dos mujeres.

- Santo Padre, - dijo después el Buen Cristiano - , recibe a tu siervo en Tu justicia y concédele Tu piedad y Tu Espíritu Santo.

- Retiraron el libro.

- Has avanzado mucho en el camino hacia el Bien y tu alma está a punto de despertarse. Aún no estás listo, pues para estarlo habrás de cumplir estas promesas en otra vida, pero ahora te rodea el Espíritu Santo. Ahora puedes morir en paz, seguro de que regresarás en un cuerpo adecuado para ser el de un Buen Cristiano.

- La situación le parecía irreal, como si él estuviera de más. No tuvo mucho tiempo para reflexionar al respecto. La ceremonia le había cansado tanto que casi enseguida se sumergió con un suspiro en una profunda oscuridad inaccesible a sus sentidos. Ni siquiera

notó que, a modo de abrazo, los Bons Hommes lo cogían por los hombros, apretaban sus mejillas contra las suyas y luego lo besaban en la boca.

CABARET Enero de 1210

- Puedes trabajar en las minas. - La mujer que había cuidado de él durante tres semanas asintió satisfecha - . La herida se está curando muy bien y ya has recuperado bastante las fuerzas. He pedido que te traigan ropa.

- No creo que lo haya hecho nunca.

- Quizá su cuerpo estuviera curado, pero su cerebro parecía una ciénaga de arenas movedizas que se lo había tragado todo y de la que nunca volvería a salir nada. Por fortuna, conseguía retener las impresiones nuevas.

- Tendrás que trabajar en el campo, en una tejeduría o en las minas. Aquí nadie recibe su pan por las buenas, ni siquiera un Bon Homme. Además, el aire libre te hará bien y, quién sabe, quizá consigas desarrollar unos músculos decentes, - dijo pellizcándole maliciosamente en el brazo.

Después de su largo reposo en cama, su cuerpo de joven desgarbado se había consumido aun mas. El la miró indeciso. Ahora estaba seguro de que nunca había trabajado en el campo, ni en una mina.

- ¿Qué sacan de las minas?

- Plomo, hierro, cobre, plata. No sé dónde puedes ser más útil. Y además, ahora que estás curado, hemos de llamar a los Buenos Cristianos. Querrán saber si piensas cumplir la promesa que hiciste y entonces decidirán cuándo podrás recibir el bautizo del diácono o del obispo y luego...

- La mujer enmudeció al ver la sorpresa en el rostro del joven y fue a sentarse junto a él en el borde de la cama.

- ¿Tienen que bautizarme otra vez? - balbuceó atónito.

- Has prometido convertirte en un Buen Cristiano. Has prometido prescindir de todo lo que les está prohibido a los Buenos Cristianos y has recibido la oración. Primero tienes que demostrar que lo cumplirás. Te pondrán en manos de un Bon Homme que te educará y que te iniciará en las escrituras de los apóstoles. Dios sabrá de dónde vienes, porque, en cualquier caso, tú apenas te acuerdas de nada. Después deberás confirmar tu promesa ante el diácono o un eclesiástico superior de nuestra Iglesia. Sólo entonces serás un Bon Homme.

- Él asintió maquinalmente.

- Es una vida dura, la de los Buenos Cristianos, y por lo que veo tú no estás acostumbrado a una vida dura. Además aún eres muy joven. Ni siquiera yo estoy preparada para dar este paso, y ya soy tan vieja que podría ser tu madre. - Le cogió las manos y deslizó los dedos por sus palmas - . No tienes manos de trabajador. ¿Has manejado - armas? Necesitamos buenos soldados. Cuando haya pasado el invierno, los invasores del norte se atreverán a salir de sus fortalezas y nos invadirán de nuevo. Pero los Bons Hommes no luchan.

- No sé lo que he hecho ni lo que ha sucedido.

- Te atacaron por detrás, tenías heridas en la espalda y en la cabeza. ¿Fuiste herido durante el asedio de los cruzados? ¿O procedes de una familia de comerciantes y fuiste atacado por ladrones o por soldados saqueadores?

- Irritado, se encogió de hombros y apretó los labios. El vacío en su memoria lo desconcertaba. Siempre había pensado que todo iría mejor tan pronto estuviera curado. Era

como si aquello que bloqueaba el acceso a su pasado le impidiera también ver el futuro. La mujer alargó la mano y le acarició suavemente el hombro. Había sido tan buena y tan solícita con él que incluso sintió la tentación de abrazarla, de dejar reposar la cabeza en su pecho y de llorar. En lugar de ello esbozó una sonrisa tímida.

- Preferiría quedarme aquí y aprender a cuidar y a curar a los enfermos y a los heridos. Allá fuera hay un mundo extraño y lleno de personas desconocidas en el que me siento inseguro.

- Un velo de tristeza se posó en el rostro de la mujer.

- Pero, al menos, los de allí fuera viven, aquí dentro mueren. Es terrible ver cuánto dolor cuesta a veces dejar esta túnica de Satanás. A fin de cuentas, la mayoría de los hombres mueren para luego quedar de nuevo atrapados en la carne del demonio y recorrer innumerables veces el calvario de esta existencia terrenal.

- Por un momento le pareció que algo se iluminaba en su memoria, era como si un pájaro hubiera salido volando de un matorral impenetrable y se hubiera mostrado por un instante tan breve que no pudo reconocer su plumaje, para luego volver a desaparecer. No había oído las últimas palabras de la mujer.

- ¿Carne del demonio? ¿Qué quieres decir?

- El cuerpo, por supuesto, la creación del dios de las tinieblas en la que está prisionera nuestra alma.

- La miró sin comprender, pero no osó preguntarle más porque las palabras de ella chocaban con sus propios pensamientos.

- Has tenido suerte, - prosiguió la mujer - . Has tenido una segunda oportunidad en esta vida. No te preocupes, llegará un momento en que recuperarás todos tus recuerdos. Confío en que no se demore demasiado. Venga, sal de la cama.

- Mientras ella seguía cuidando a los demás enfermos, él se echó la sábana sobre los hombros y se entretuvo trajinando por la habitación. Los últimos días la había ayudado con su trabajo y eso le había gustado, aunque sólo fuera porque alejaba el aburrimiento. Le traía cántaros, vaciaba orinales y cuencos de agua sucia, y la ayudaba a mover o levantar a los enfermos. Estaba ocupado dándole la papilla a un viejo cuando se abrió la puerta y entró alguien con un bulto de ropa a cuestas.

- ¡Ah, aquí está tu ropa! - exclamó la enfermera - . No la dejes ahí con esa carga, ¡ayúdala!

- Se apresuró hacia la puerta y cogió una parte del montón de ropa detrás del cual se escondía la mujer. Era ropa interior simple de lino grueso y una túnica de estameña. Mientras se preguntaba por que había confiado en que le darían prendas de colores y de tejidos que eran demasiado caros para un simple trabajador, su mirada pasó de la ropa que tenía en sus manos al rostro que había delante de él. El cabello de ella tenía el tono cálido de las avellanas maduras, y la profundidad de los ojos oscuros en el fino rostro era insondable. La miró conmocionado mientras sus dedos se hundían compulsivamente en la pila de ropa como las garras de un depredador. Retrocedió unos pasos. Lo que más le extrañaba era que su aparición hubiera provocado la misma reacción en ella, sólo que ella recuperó antes el habla.

- ¿Qué haces tú aquí? - le preguntó ásperamente.

Al otro lado de la pequeña estancia, la enfermera se incorporó lentamente de la cama sobre la que se había inclinado.

- Lo trajeron aquí hace tres semanas, estaba herido. ¿Lo conoces?

- Creo que... sí, o en realidad..., no.

- Por un instante, sólo un instante, apareció otra vez la imagen que lo había perseguido continuamente en sus sueños febriles: una figura negra, de rostro delgado, envuelta en llamas. Sólo que ahora parecía más real y más cercana que nunca antes.

- ¡Huye! - gritó involuntariamente, sin él mismo comprender qué quería decir con ello.

- Ya he huido, al fin y al cabo estoy aquí en Cabaret. Los demás también están a salvo, - susurró la chica como si se tratara de un secreto entre ambos. Lanzó una mirada asustadiza hacia la mujer que los contemplaba desde la distancia. Después dejó el resto de la ropa en el suelo y se apresuró a salir.

- ¡Espera! - La mujer corrió tras ella e intentó retenerla - . Lo conoces ¿sí o no?

- En realidad creo que no, - dijo ella titubeando, y después con seguridad pero también con cautela - : Creo que no tengo nada más que decir.

Movió la mano hacia la puerta, que en aquel instante se abrió. Entró un hombre pequeño y nervudo, vestido de negro con una melena que le llegaba hasta los hombros y una barba larga. Le seguía Otro, que era casi una réplica suya, aunque un poco más joven y alto. La mujer y la chica se hincaron de rodillas, inclinaron la cabeza y los saludaron tres veces con las palabras:

- Benedicite, Buenos Cristianos, dadnos la bendición de Dios y la vuestra, rogad a Dios por nosotros.

- El joven recordó vagamente lo que le había sucedido al principio de su convalecencia y siguió el ejemplo de las mujeres.

- Recibid la bendición de Dios y la nuestra.

- Señor, rezad a Dios para que libere a este pecador de una muerte mala y lo guíe hacia un buen fin.

- Rogaremos a Dios. Que Él te convierta en un Buen Cristiano y te guíe hacia un buen fin.

- Los tres se pusieron en pie y el primer Bon Homme tomó la palabra.

- Colomba me ha dicho que aquí hay un enfermo curado que recibió el consolamentum. ¿Eres tú?

El joven asintió.

- Me han dicho que puedo empezar a trabajar.

- Eso está bien. Hemos venido para hablar de...

- Ya me han bautizado en dos ocasiones, - dijo él apresurado - . No creo que pueda resistir tanta agua bendita y tanto fuego.

- El *consolamentum* es irreversible. El bautizo de un Buen Cristiano no puede anularse. Tu alma ha sido adormecida por las falsas tentaciones del diablo y ha dormitado durante siglos, mas el bautizo con el fuego del Espíritu Santo la ha despertado.

- Pero... - - buscando en sus recuerdos más recientes, intentó encontrar las palabras adecuadas - ... ¿acaso no es cierto que sólo pueden ser bautizadas las personas que conocen la diferencia entre el Bien y el Mal? Cuando me bautizasteis era tan ignorante como un recién nacido. Y me dijeron que a ésos no los bautizáis. Sólo ahora empiezo a darme cuenta poco a poco de lo que sucede a mí alrededor.

- No podemos dejar pasar esta oportunidad. No podemos permitir que tu alma vuelva a dormirse. ¿Acaso no pediste tú mismo el *consolamentum?* ¿Acaso no contestaste conscientemente a nuestras preguntas cuando recibiste el *consolamentum?*

- Él asintió resignado.

- No queremos que regreses a la vida que llevabas antes. Esto significaría que volverías a caer en el Mal. Has recibido el bautismo para poder elegir el buen camino en

una próxima vida. Esa próxima vida ha empezado ahora gracias a tu inesperada curación. Del mismo modo en que solicitaste recibir el bautizo en tu lecho de muerte, ahora has de elegir voluntariamente este modo de vida. El bautizo te autoriza a dirigirte directamente a Dios rezando por la liberación del Mal. Elige el camino hacia el reino de la Luz, ahora que se te ofrece la oportunidad. Deja que tu alma regrese a su patria celestial. Comprendemos que no hayas elegido este camino por vocación y que aún no estés preparado. Por ello se te pondrá a prueba durante un tiempo, quizá año y medio o más. Después te convertirás en un Buen Cristiano y te esperaremos con los brazos abiertos para ayudarte en todo lo que podamos. Pues no es un camino fácil, lo sabemos muy bien.

- El joven entornó los ojos y miró desconfiado a la pareja.

- No sé lo que era antes, pero en cualquier caso no era un monje. No tengo intención de meterme en un monasterio. Prefiero las minas.

- La enfermera y la chica se miraron asustadas. Los dos hombres permanecieron imperturbables. Se hizo un silencio embarazoso hasta que el primer Bon Homme volvió a dirigirse al joven con un gesto preocupado.

- También hemos convertido a monjes, - dijo disculpándose - . ¿De dónde eres?

- Todavía está confuso, no sabe qué le ha sucedido, - se apresuró a explicar la enfermera - . Tenía una enorme herida en la cabeza y por ello ha perdido la memoria, pero por lo visto ella lo conoce.

- ¿Es eso cierto?

- La muchacha empezó a negar enérgicamente con la cabeza.

- No creo que... No sé cómo se llama.

- Colomba, no olvides el compromiso que has contraído. Para quien ha aceptado el hábito, una mentira es infinitamente peor que para un creyente normal. Incluso una simple mentira es el Mal en su totalidad y en toda su intensidad, un pecado irremediable que anula de golpe el bautizo. Un solo pecado, por pequeño que sea, hace imposible tu salvación. Entonces vuelves a estar a merced del demonio.

- Colomba se volvió primero hacia el Bon Homme y lo miró con cara de culpable, y después dirigió su mirada al joven como pidiéndole perdón. Sólo ahora se dio cuenta él de que la muchacha iba vestida de negro.

- No conozco su nombre, ésa es la verdad. Lo vi en Béziers.

- ¡Béziers! Incluso en la ciénaga de su cerebro confuso que todo lo absorbía, ese nombre significaba algo terrible. Como un relámpago vio pasar algunas imágenes caóticas, gente gritando, y de nuevo el rostro delgado y las llamas.

- ¿Qué hacía allí?

- Aunque la muchacha pareciera haber recobrado la serenidad, en su cabeza se libraba una batalla. ¿Qué hacía aquí? ¿Acaso ponía en peligro a los suyos si les ocultaba que era un cruzado? ¿Podía asumir ella sola esa responsabilidad? Al fin y al cabo, en Béziers él había matado a un Bon Homme y quién sabe a cuántas personas más. Y no obstante, la había dejado escapar con los niños. ¿Era cierto lo que decía la enfermera o se trataba de un espía que sólo fingía haber perdido la memoria? Parecía tan inocente con esa camisa blanca y esa mirada aturdida en los ojos. ¿Qué sería de él si el señor de Cabaret, un apasionado defensor de la verdadera fe, se enteraba de que un cruzado había buscado refugio bajo su techo? ¿Y qué pasaría si descubrían su presencia aquí en la boca del lobo los dos desterrados de Fanjeaux, los caballeros Pedro Mir y Pedro de Saint - Michel, hijos de una Bonne Dame que habían jurado vengarse de los intrusos que les habían arrebatado sus bienes y los de su madre? Enderezó la espalda, miró al Bon Homme a los ojos y le preguntó:

- Señor, ¿puede un Buen Cristiano exigir que se conteste a sus preguntas amenazando con el pecado de la mentira? ¿Acaso no nos está prohibido también a nosotros, que hemos convertido la no violencia en nuestro deber, atacar a otros con palabras? ¿Puedo por ello negarme a contestar a vuestra pregunta sin cometer un pecado?

- El Bon Homme la observó pensativo durante un rato antes de decir.

- Sí, puedes negarte, pero con ello seguramente provocarás más desconfianza que si contestas a mi pregunta. Las consecuencias son responsabilidad tuya. Si desconozco la verdad, no puedo decidir si actúas con sensatez.

¿Qué podía decir ella? En su mente intentó formular una respuesta capaz de salvar al infeliz de las manos del señor de Cabaret:

- "No lo conozco, pero vestía como un caballero y un noble, llevaba la cruz cosida en su manto igual que todos los demás. Estaba presente cuando nos refugiamos en la iglesia de Béziers y no pudimos encontrar ninguna salida. El Bon Homme que me acompañaba intentó razonar con él y al no conseguirlo le pidió que lo matara. Tras acceder a esta petición, me salvó a mí y a los niños que estaban conmigo de los demás cruzados sanguinarios y nos brindó la oportunidad de escapar".

- Pero ¿había sucedido realmente así? El Bon Homme había pedido al joven caballero que lo matara. Más bien, lo había desafiado. A ella le había faltado el valor para hacer lo mismo. Al recibir el bautizo, se había comprometido junto a los demás creyentes a no temer a la muerte y a no huir de ella cuando se presentara, pero había huido. ¿Acaso había hundido su espada en el cuerpo del Buen Cristiano a sabiendas de que así lo rescataba del ciclo casi infinito de reencarnaciones? Los cruzados habían llegado al país para erradicar lo que ellos llamaban herejía: el Verdadero Cristianismo. No mataban con la intención de ayudar a los Buenos Cristianos a huir antes del mundo del Mal. Eso lo había leído ella en su cara cuando lo vio matar al Bon Homme en Béziers. ¿Cómo podía afirmar otra cosa delante del Bon Homme que ahora esperaba una respuesta? ¿Acaso debía contarle sólo lo de su huida y callar el resto? Eso sí sería una mentira.

Tenía que contarlo todo o nada, pensó. Si ella lo contaba todo, él acabaría, en el mejor de los casos, en los calabozos de Cabaret, junto al otro cruzado, Bouchard de Marly, apenas el único que había sobrevivido a la emboscada que le habían tendido los hermanos Pedro Mir y Pedro de Saint - Michel y sus jinetes. Pero callar y no contar nada de lo sucedido equivalía a hacerse plenamente responsable de los actos del joven caballero. Si resultaba que sus intenciones eran perversas y que por ello ponía en peligro a Cabaret, ella sería la culpable. Miró al joven que estaba allí como si la cosa no fuera con él. ¿Era verdad que no recordaba nada? La expresión ingenua en su rostro era casi enternecedora. Colomba tenía en sus manos el destino de aquel joven que parecía confiar plenamente en ella.

- Sólo puedo decir que creo que es una buena persona, - dijo - . ¿No sería un crimen abandonarlo a su suerte en este estado? Podría caer fácilmente en las manos equivocadas.

- El Bon Homme dio su consentimiento con ciertas reservas.

- Haré que lo lleven a las minas de Salsigne, donde los nuestros lo vigilarán y protegerán hasta que se haya reencontrado a si mismo. Mientras tanto, deberá recibir de nuevo el consolamentum, pero en este caso hemos de ser extremadamente cautelosos y sólo iniciarlo en el conocimiento del Verdadero Cristianismo cuando sepamos quién es y qué es.

CABARET Marzo de 1210

El trabajo en las minas era pesado. Los primeros días estaba tan cansado que por las noches apenas podía comer y no lograba conciliar el sueño. Después se fue acostumbrando

y poco a poco fue cobrando fuerzas. Su cuerpo de muchacho espigado incluso empezó a desarrollar músculos.

Colomba consideraba su deber vigilarle y de vez en cuando visitaba el pueblo minero, siempre acompañada de la Bonne Dame que era su guardiana. En su monótona existencia en las minas, las visitas de Colomba eran para él una agradable variación que anhelaba cada vez más.

Los contactos con los demás mineros eran muy escasos o muy superficiales. Colomba le había avisado de que su acento le delataría. por ello había insistido en que hablara lo menos posible hasta que dominara mejor la lengua.

A veces sucedía que, de súbito, un objeto, un acto o una palabra determinada evocaban en él un recuerdo vago. No eran más que retazos inconexos sobre los que no osaba hablar con nadie. Sin embargo, cada vez sabía con mayor certeza que había ido a parar a un sitio que no tenía nada que ver con su vida anterior. Su instinto le decía que la pérdida de la memoria le protegía de una u otra manera. Por ello, se cuidaba mucho de hablar sobre lo poco que empezaba a recordar paulatinamente.

El Bon Homme que le habían asignado como guardián tampoco le inspiraba demasiada confianza. Más bien tenía la sensación de que éste le vigilaba como un carcelero. El hombre no se apartaba nunca de su lado y le llamaba la atención cada vez que estaba a punto de dar un paso en falso. Día tras día trabajaba junto a él en las minas e intentaba convencerle de lo que él llamaba la verdadera fe. Sólo con Colomba podía mantener una conversación de verdad, pues confiaba plenamente en ella. Colomba era el único eslabón entre él y esa parte de su vida que quedaba a sus espaldas. A veces, ella lograba despistar a su guardiana. En esos escasos momentos, Colomba le contaba que era un caballero y dónde lo había conocido. Al principio esto lo asustó, pues por sus relatos comprendió que en realidad era un enemigo de quienes ahora le ofrecían cobijo. Había matado a los compatriotas y a los correligionarios de estas personas, e incluso a un hombre santo o sacerdote, que él había llamado un perfecto, pero que aquí se llamaba un Buen Cristiano o un Bon Homme. Ese asfixiante sentimiento de culpa fue desapareciendo lentamente para dejar sitio a recuerdos que se presentaban de forma totalmente involuntaria y que no despertaban en él emoción alguna. Más tarde, Colomba empezó a contarle lo que había sucedido en el país desde la llegada del ejército de los cruzados. Cada vez que mencionaba el nombre de un lugar que había sido conquistado por los cruzados y le explicaba lo que había acaecido allí, él veía desfilar imágenes como si hubiese sido un mero espectador de todos esos sucesos.

En otoño habían sitiado Cabaret, le explicó Colomba, y era probable que el propio Amaury hubiera participado en el asedio. La fortaleza con los tres castillos no había caído entonces, en gran parte por su situación inexpugnable, pero también gracias a la ayuda de los muchos proscritos que habían buscado refugio junto a los señores Jordán y Pedro Roger de Cabaret. De entre todos estos faidits que se habían reunido alrededor del estandarte de Cabaret, los más temidos eran los hermanos Pedro Mir y Pedro de Saint - Michel de Fanjeaux. Eso no era de extrañar, pues su madre era una Bonne Dame que se había visto obligada a esconderse poco antes de la caída de Fanjeaux y la esposa de Pedro de Saint - Michel había tenido que refugiarse en Montségur, un viejo burgo en lo alto de las montañas que ahora estaban reformando y ampliando para dar cobijo a los numerosos refugiados. Así pues, comprendió que se encontraba en medio de los más encarnizados adversarios de la Cruzada.

Por fortuna, le dijo Colomba, gracias a los contraataques y las rebeliones que tuvieron lugar durante el otoño y el invierno, fue posible reconquistar cuarenta poblaciones que habían caído en manos de los franceses. Pero esta situación cambiaría pronto.

- Según las últimas noticias, ha llegado un nuevo ejército de cruzados para reforzar las tropas de Simón de Montfort, - le explicó - , al parecer, la condesa de Montfort también ha viajado hasta aquí. El señor de Montfort debe de tener gran confianza en sí mismo, si cree que este es un lugar seguro para las mujeres.

Era la primera vez que mencionaba el nombre del noble francés. El joven sentado delante de ella esbozó una amplia sonrisa.

- Simón de Montfort, le conozco. ¡No hay dos como él en el mundo!

De súbito se vio de nuevo a sí mismo ante el gran comandante que lo alababa por los servicios prestados. Sus ojos resplandecían pero los de ella se entornaron.

- ¡¿Has luchado con él?! - Miró asustada a su alrededor, pero por fortuna su guardiana estaba ocupada en otros asuntos.

- Sería dichoso si tuviera la mitad de su valor, - declaró Amauri, de buenas a primeras.

Ella le lanzó una mirada llena de aversión, dio media vuelta y se alejó sin decir nada. Él se quedó mirándola perplejo. Por fin oía un nombre que significaba algo para él, que tenía un rostro, y por fin se acordaba del hombre al que había admirado, al que había considerado como su gran ejemplo, ¡y ahora ella no quería ni oírle! Salió corriendo detrás de Colomba. Cuando la hubo alcanzado, ella siguió andando con pasos cortos y furiosos. El caminaba a su lado.

- Está bien, lo admito, han sucedido cosas terribles. ¿Acaso los vuestros no han matado a nadie? Yo he combatido en el otro bando pero también ellos luchaban para defender su fe. ¿Cuál es la diferencia?

- Lo dices como si te enorgullecieras.

- ¿Es que un hombre no puede estar orgulloso de sus hazañas de guerra?

- Los nuestros luchan por la libertad de creer lo que quieran. Vosotros lucháis para quitarnos esa libertad.

Por un momento no supo qué replicar. Podría haber dicho que su fe estaba amenazada por la expansión de la herejía, mas prefería no usar esa palabra y además en su memoria no lograba encontrar hechos que lo demostraran.

- Las guerras nacen por la codicia y la sed de poder, las peores tentaciones del demonio - le oyó decir - . Vuestros obispos y sacerdotes predican el odio y la venganza. Nosotros no pedimos a nadie que luche por nosotros, preferimos morir. Luchar es de bárbaros.

- Es un arte que exige muchos conocimientos y mucha práctica - protestó él.

- ¿Un arte? Como mucho es un oficio. Quizá pueda decirse que, para un caballero, conquistar un burgo es más o menos lo mismo que tallar la madera para un ebanista o confeccionar un manto para un sastre.

- La milicia es más digna que el oficio de un artesano, por ello se llama arte de la guerra.

Ella se detuvo bruscamente.

- ¿Cómo que más digno? Vosotros no hacéis nada, sólo destruís.

- Es una tarea digna y un deber noble. Tiene que ver con el honor y la conciencia. Es una aspiración más alta que el trabajo manual. Y además hay diferencias de categoría. Hay señores y caballeros, campesinos y criados. - Por si acaso, de momento no incluyó a los clérigos - . Sin nuestra protección no podéis vivir.

- O sea, ¿que nuestro trabajo es inferior? Sin nuestro pan no tendríais nada que comer, sin la ropa que confeccionamos os pasearíais en cueros.

Él se echó a reír, pero a ella no le hacía ninguna gracia.

- Si todo el mundo pensara como nosotros, ni siquiera necesitaríamos protección. Ya no habría luchas. Vosotros habéis asesinado, mutilado, violado, robado y encima tú estás orgulloso de ello. ¿Te parece eso noble?

O sea, que la gloria militar apestaba. Todo aquello era muy desconcertante. Sabía que había luchado por una causa noble. Ahora, de súbito, resultaba que tenía que avergonzarse de lo que había hecho.

- No existen diferencias de clases - le dijo ella indignada mientras seguía avanzando y tomaba el camino en dirección a Cabaret, que se hallaba a tres millas de distancia - . Tu alma es igual que la mía, la mía es igual que la de cualquier mendigo y la del mendigo es igual que la de un rey o de vuestro papa.

- Todos somos iguales ante Dios, - admitió él - . Pero en este mundo hay diferencias. Con la sangre de mis antepasados he heredado sus virtudes nobles. Por ello esa sangre me otorga el derecho a mandar a mis subordinados y a dar órdenes. Sin esa jerarquía reinarían el caos y la anarquía.

- Eso es porque creéis en un dios maligno, un dios que somete y castiga, un dios vengador. Él os ha susurrado la palabra mágica "poder". Y ahora intentáis imitarle y jugáis a ser Dios. Tienes razón, hay una diferencia: quien tiene poder y lo utiliza para someter a otros, tiene un alma mala. Cuanto más caiga un hombre en esa tentación, más largo será el camino de su alma hacia la redención. Las almas más impuras habitan en los cuerpos de condes y reyes, de arzobispos, cardenales y papas. ¡Ésos son los cortesanos de Satanás!

Él se santiguó, asustado por sus vehementes palabras, mientras Colomba seguía el movimiento de sus manos sobre la túnica de estameña con una mirada llena de horror.

- ¡Estás ensuciando la túnica de un Bon Homme con la señal del demonio! ¡No olvides quién eres ahora! - siseó.

- Podéis bautizarme y ponerme una túnica negra, pero soy y seguiré siendo otro.

El rostro de Colomba estaba desencajado por la cólera y la decepción. Aceleró el paso. ¿Cómo podía haber creído nunca que sería capaz de convertirlo? Aún le faltaba mucho por aprender antes de poder convencer a otro con sus palabras. Pero tenía que proseguir en su intento de salvarlo. Pues desde que estaba curado y su cuerpo se fortalecía, parecía como si el mal lo dominara cada vez más.

- La diferencia entre señores y criados es una invención del demonio, - prosiguió ella - , igual que todo este mundo malo. Esa sangre, de la que tanto te enorgulleces, es una invención del demonio, tanto como tu cuerpo. En la cárcel de carne y sangre, el diablo tiene prisionero un trocito de tu espíritu celestial que ha sido creado por el buen Dios. ¿Cómo puedes creer que has heredado las virtudes de tus antepasados a través de la sangre? La sangre no lleva nada espiritual, es tu alma terrenal. La ves, pero no está aquí, es una ilusión creada por el demonio. Todo lo que ves, lo que sientes, ha sido ideado por el demonio, un mundo falso en el cual todo es efímero. El maligno no puede crear nada bueno ni eterno, aunque sí engaño y violencia, sufrimiento y muerte, que han sido inventados por el demonio.

¿Significaba eso que las montañas, los valles, los ríos, las flores, los pájaros, toda la creación no había sido obra de Dios sino del demonio?

- ¡No sabes lo que dices! - exclamó él.

Colomba hablaba igual que el Bon Homme que le llamaba "hermano" y que lo seguía como una sombra. También habían venido otros Buenos Cristianos a predicar, y

hablaban tan bien que a él ni siquiera se le ocurría nada que replicar. Ella no podía evitarlo, se lo habían inculcado ellos. ¿No era terrible que los herejes utilizaran a una muchacha tan joven y tan inocente para difundir sus mentiras? Pero su torrente de palabras era imparable y ella seguía hablando incansable, al ritmo de su paso apresurado.

- El otro mundo, el invisible, la patria celestial del alma, es eterno, ha sido creado por el buen Dios. ¿Cómo podéis afirmar que Él ha creado este mundo? Es como pretender que el buen Dios ha sembrado el Mal en su propia creación. En tal caso, el Mal procedería de Él mismo, que es todo bondad. ¿Acaso no ves que es imposible?

- ¿Y si resulta que lo ha hecho para purificar al hombre, para que pague por sus pecados?

- ¡Mentiras! ¡Todo mentiras de la Iglesia romana que ha traicionado la doctrina original de los apóstoles! Al buen Dios no se le ocurriría hacer pagar a los hombres. Dios es bueno, Dios es omnipotente, ¿estás de acuerdo conmigo?

- Sí, por supuesto.

- ¿Cómo puede entonces, con toda su bondad y su omnipotencia, crear un mundo en el que prolifera el Mal y que él no puede controlar? ¿Acaso Dios puede crear una piedra que Él mismo no pueda levantar?

De nuevo se quedó boquiabierto.

- ¡Te han envenenado con blasfemias! - gritó.

Quería agarrarla del brazo, hubiera querido sacudirla, pero ella retrocedió y echó a correr.

- Sabes que no puedes tocarme. Puede que todavía no sea una Bonne Dame, pero procuro mantener mis promesas. Es más de lo que puedo decir de ti.

- ¡Dos dioses! Es la peor de las herejías, ¿acaso no lo sabes? dijo jadeando - . ¡Por qué si no empieza el credo con las palabras "creo en un solo Dios"! - Sus palabras le salían inconscientemente de la boca como si recitara una lección de memoria.

- ¡Mentiras de vuestra Iglesia de Satanás! ¡No! ¡No me toques!

La alcanzó de dos zancadas y la agarró por la túnica negra. Ella tropezó y cayó, su pie resbaló por la empinada pendiente junto al camino, pero antes de que pudiera seguir cayendo, él la cogió y la levantó. Mientras sujetaba su cuerpo con las manos se sorprendió de lo delicada que era. Nunca antes la había tenido tan cerca. Olía bien. Ella intentó soltarse protestando con fuerza y antes de que él se diera cuenta de lo que pasaba, le dio una bofetada en plena cara. Demasiado sorprendido para reaccionar, retrocedió tambaleándose unos pasos hasta recuperar el equilibrio.

- ¡Pequeña bruja! - exclamó.

Su explosión de cólera no dio para más. Frente a él, Colomba se había quedado petrificada. Se miraba horrorizada la mano derecha al tiempo que la mantenía lo más alejada posible de su cuerpo.

- ¡Dios mío, mira lo que me has hecho hacer! - Los ojos se le llenaron de lágrimas.

- Apenas lo he notado.

- Amaury no lo dijo para tranquilizarla, pues estaba demasiado furioso, sino que su orgullo le impedía demostrarle que la bofetada lo había cogido por sorpresa y que quizá le había afectado más de lo que quería admitir.

- No entiendes nada, - dijo ella sollozando con indignación - . He recurrido a la violencia. En lugar de convertirte, me dejo arrastrar por el Mal. Ahora todo habrá sido inútil, tendré que empezar de nuevo. Y yo sólo quería ayudarte.

- ¿Ayudarme? ¡Ofendiendo a Dios y a mi Iglesia, negándome mi linaje y mis derechos, la sangre de mi padre, mis hermanos...!

Se calló bruscamente. Era como si la explosión de cólera hubiera desencadenado en su cerebro un proceso que todos los cuidados y la ayuda prestada no habían sido capaces de iniciar. ¿Hermanos? Le vinieron a la cabeza algunos nombres. "Tu hermano no es digno de tu sangre", oyó que alguien decía en su memoria. Todas las vivencias del año anterior lo arrollaron como una ola gigantesca.

- Deseaba tanto que también tú te liberaras, - sollozaba Colomba.

Él ni siquiera la oía. Era como si alguien le hubiese dado un fuerte golpe en la cabeza, volviendo a colocarlo todo en su sitio y desterrando la apatía que aturdía sus sentimientos.

- ¡Oh, Dios! - Escondió la cara entre las manos - . ¡Oh, Dios, Guillermo! - gimió.

En aquel mismo instante le asaltaron todo tipo de preguntas. ¿Cuánto tiempo llevo aquí? ¿Cuánto tiempo hace que cayó Alaric? ¿Dónde están ahora Roberto y Simón? ¿Qué les ha sucedido entre tanto? ¿Habrán encontrado y enterrado el cuerpo de Guillermo? ¿Saben que todavía estoy vivo? ¿O acaso creen que yo también perecí? No, Alaric sigue ocupada por los del sur, allí no pueden entrar. Eso lo tranquilizó un poco.

Lentamente bajó las manos. Con los ojos escudriñó la lejanía. Sabía que allí, detrás de la siguiente montaña, estaba Carcasona como una oscura topera en la llanura nevada. Cuando regresara, ¿cómo debía explicar su larga ausencia? ¿Qué había sucedido entre tanto? Si Montfort lo interrogaba y si él se confesaba - ¡Dios, cuánto tiempo hacía que no se había confesado! - , tendría que contar que le habían administrado el consolamentum, ¡el bautizo de los herejes! Sería castigado por el obispo de Carcasona en presencia de todos. ¡Lo encerrarían o quizá algo peor! Miró a Colomba, que ya se había calmado un poco, pero que seguía demasiado ocupada consigo misma como para haber notado lo que le sucedía a él. Tendría que explicar dónde había estado y quién le había cuidado. Nunca los traicionaría. Él no estaba con los del sur, pero tampoco con los del norte. Estaba aprisionado entre dos mundos. Su antiguo mundo ya no lo aceptaría como era ahora. En el nuevo no se sentía a gusto. Sus puños se cerraron alrededor de los pliegues de la túnica negra que no le correspondía. Habría querido arrancársela allí mismo. ¿Qué harían Roberto y Simón si le vieran vestido de esta guisa? ¿Y Montfort?

- O sea, ¿que ahora tu bautizo es nulo porque me has pegado? - le preguntó en un intento por situarse en el presente.

- No, qué va, sólo tengo que hacer penitencia por haber dado un paso en falso, - dijo ella resignada.

- Lo siento por ti. Sois buena gente, a pesar de vuestras creencias.

- ¿Qué quieres decir ahora con eso?

- Nunca podré aceptar tu fe. No es culpa tuya, no hace falta que te lo reproches. Simplemente somos demasiado diferentes. Regresaré contigo a Cabaret, no puedo seguir aquí.

- ¿No puedes...? ¿Por qué...?

- No me preguntes nada, de todas formas no podría contestarte, Y si tienes que hacer penitencia, hazla por esto.

Le cogió la mano que se dejó caer, pequeña y delicada, en la suya y la atrajo hacia sí. Antes de que ella pudiera desviar la cara, ya la había besado. No en la boca como había besado otrora a Eva, sino en la frente. Fue un impulso que le asustó tanto como a ella, que estaba tan aturdida que ni siquiera protestó. Luego la soltó. Siguieron andando en silencio hasta que el camino empezó a descender y encima de sus cabezas aparecieron los tres castillos de Cabaret. A poca distancia del pueblo, Colomba lo detuvo.

- Aquí no estás a salvo, - dijo - . Por favor, regresa.

- No estoy a salvo en ninguna parte. Pero con vosotros no puedo quedarme bajo ningún concepto. Soy un peligro para todos vosotros.

- No si te conviertes en uno de los nuestros.

- Eso no puede ser. He venido aquí para luchar por Dios, para defender la fe de la que vosotros renegáis, ¡que condenáis por demoníaca! He venido aquí para que, con mi sangre, me sean perdonados mis pecados. Vosotros decís que Aquel que creó el mundo es un dios maligno. Vosotros decís que Su hijo no murió en la cruz para liberarnos de nuestros pecados. ¡Por Él estaba yo dispuesto a morir como un héroe! - Sacudió lentamente la cabeza - . Por eso no puedo quedarme.

- Morir como un héroe no sirve de nada. - Ya no estaba enfadada. Lo miraba muy seria, como la primera vez en Béziers - . Uno no puede purificarse de todo el mal que hay en su interior, del pecado, como lo llamáis vosotros, derramando su sangre o la de otros. Sólo puede escapar del mal alejándose de él.

- Lo que dices significa que todos los santos mártires murieron inútilmente. Que Cristo murió inútilmente. Casi no puedo decirlo.

- Cristo estuvo aquí para recordarnos que tenemos una patria celestial cuya existencia habíamos olvidado. Estuvo aquí para enseñarnos cómo podemos regresar a ese reino, y no para liberarnos de nuestros pecados padeciendo en la cruz. Nos trajo el bautismo con el Espíritu Santo. Tu alma, esa pequeña chispa de luz celestial, está encerrada en la carne que ha creado el demonio. Sólo siguiendo el camino de los Buenos Cristianos puedes separarte de ese cuerpo. Deja que los Buenos Cristianos te impongan las manos y te devuelvan el Espíritu Santo, para que pueda reunirse con tu alma celestial. ¡Sólo entonces te habrás liberado!

Él volvió a santiguarse, horrorizado por sus palabras. Le habían impuesto las manos, le habían administrado el consolamentum, un terrible error, y encima querían volver a hacerlo, ¡como si no bastara con un bautizo herético!

- Nunca nos comprenderemos, Colomba, por mucho que te agradezca todo lo que has hecho por mi.

- Lo que pasa es que no quieres comprender, - rectificó ella.

Durante unos instantes se miraron en silencio.

- Si algún día me necesitas, has de saber que me llamo Amaury de Poissy, - dijo y acto seguido dio media vuelta, miró el camino que llevaba al sur y apretó el paso.

Ella permaneció allí mirando cómo se alejaba, alcanzaba la curva del camino y empezaba a desaparecer de su vista. Sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas. La figura de Amaury se fundió con los tonos grisáceos del paisaje de invierno. ¿Es que no se daba cuenta del peligro que corría, vestido con la túnica de un Bon Homme? Pero cuando los árboles desnudos casi se lo habían tragado, Amaury se detuvo de repente. Ella se secó los ojos y lo observó. Seguía parado y tenía la vista fija en la lejanía. Abordó a un transeúnte, le impidió que le saludara como si fuera un Buen Cristiano e intercambió algunas palabras con él. A continuación dio media vuelta y regresó, andando cada vez más rápido, hasta que finalmente llegó hasta ella corriendo.

- Regresa, no quiero que veas esto, - dijo jadeando.

Desde lo lejos llegó hasta ella un sonido que al principio no pudo identificar. A medida que se intensificaba empezaron a surgir los recuerdos del terrible día en Béziers. Era el sonido de personas que gemían de dolor. Poco a poco, las figuras fueron separándose una por una de los matorrales desnudos que los sustraían a la vista. Se movían de forma peculiar, como si buscaran el camino palpando con los pies. Algunos se agarraban entre si,

mientras otros avanzaban con una cuerda o una tira de tela entre ellos, que les servía de guía.

- Por el amor de Dios, Colomba, no te tortures así. Regresa con los tuyos y quédate allí hasta que hayan pasado de largo.

Empezó a empujarla suavemente en dirección al pueblo, alejándola del espectáculo que se acercaba.

- ¿De dónde vienen, qué ha sucedido?

- De Bram, un pueblo en el camino de Alzonne a Fanjeaux. - No le quiso decir más.

- ¿Hay heridos?

Él se limitó a asentir.

- ¿Y tú quieres que me vaya? Tengo que ayudarlos. - Se deslizó delante de él y apretó a correr en dirección a la extraña comitiva, que entre tanto había crecido hasta sumar casi cien personas - . Ocúpate tú de ponerte a salvo, - gritó volviendo la cabeza - . Vuelve a Salsigne, seguramente pondrán al corriente al señor Pedro Roger y querrá que ellos le cuenten lo que ha pasado. No quiero que se tope contigo.

- Yo me quedo aquí. - La seguía de cerca - . Necesitaréis mi ayuda. Colomba había visto muchas cosas en su corta vida. Sin embargo, el espectáculo de los habitantes de Bram supuso un golpe difícil de superar.

Entre tanto, otros habitantes de Cabaret habían salido de la ciudad. Se acercaban en masa a los infelices y todos querían saber qué había sucedido exactamente.

Bram había sido asediada por los cruzados. El asedio había durado tres días. Después, la población había sido atacada y tomada. Primero, los cruzados se habían ensañado con un escribano francés que en aquel momento se encontraba en Bram. El desgraciado, gracias a cuya traición la ciudad de Montreal había vuelto a caer en otoño en manos de su legítimo dueño, el señor Aimery de Montreal, había sido atado a un caballo, arrastrado por las calles y a continuación ahorcado. Después, los cruzados escogieron a cien ciudadanos, a quienes cortaron la nariz y el labio superior, y les arrancaron los ojos, salvo a uno, a quien se le perdonó un ojo para que pudiera guiar a los demás. Ese era su castigo por haber defendido su pueblo del ataque de los soldados de Dios. Todo aquel que se resistiera al ejército de cruzados correría la misma suerte. Con este siniestro mensaje, que habían de transmitir en nombre de Simón de Montfort, fueron enviados a Cabaret, hasta entonces el único reducto que los cruzados no habían conseguido conquistar gracias a la fuerte resistencia de sus señores.

- Así que esto es lo que tú llamas el noble arte de la guerra, - dijo Colomba - . Tienes razón, no hay dos en todo el mundo como Montfort.

Amaury la miró desconcertado. Sus duras palabras lo hirieron como una puñalada. Por supuesto, como cruzado y representante del mismo ejército era cómplice de aquella carnicería. Hubiera querido que se lo tragara la tierra, hubiera querido desaparecer por completo de la faz de la tierra. Bien es cierto que cuando aún vivía con sus hermanos había cuestionado algunas cosas, aunque al final siempre acababa admitiendo que Montfort había actuado correctamente, fuera o no por encargo del abad del Cister. A fin de cuentas, la matanza de Béziers había sido culpa de los mercenarios, esa chusma depravada que en aquel desastroso momento los cruzados no habían podido dominar. Pero desfigurar de semejante modo y de forma deliberada a ciudadanos indefensos, sólo para que sirviera de escarmiento, eso superaba toda crueldad. No le cabía en la cabeza que un hombre temeroso de Dios como Montfort fuera responsable de semejante barbarie. Lo único que podía hacer era compensar aquí lo que habían hecho Montfort y los suyos, entre quienes se hallaban su hermano y su primo. Se abrió paso entre la muchedumbre y guió a los desgraciados hacia la

Librodot

casa donde hacía unos meses le habían conducido a él, para curarles de sus heridas y atender sus necesidades junto a Colomba y las demás mujeres.

CABARET Abril de 1210

Amaury sabía una cosa con certeza: por muy impulsiva que hubiera sido, su decisión de quedarse en Cabaret era irreversible. Si volvía con los cruzados, lo considerarían un traidor, y no le aguardaba un destino muy distinto al del escribano francés al que habían arrastrado por las calles de Bram y luego ahorcado. A fin de cuentas, se paseaba por voluntad propia entre los herejes, mientras que a unas decenas de metros se hallaba Bouchard de Marly, quien llevaba ya cuatro meses prisionero en el castillo. Por tanto tenía que quedarse, pues no había solución intermedia. A decir verdad, había de admitir que ni siquiera le costaba demasiado. Se había acostumbrado al duro trabajo en las minas y además estaba cerca de Colomba.

Aunque no lo suficientemente cerca. Los terribles rostros mutilados de los ciudadanos de Bram lo perseguían en sus sueños. Una y otra vez se despertaba sudando en plena noche y en la oscuridad veía el rostro de Colomba, en el cual los ojos morenos, la graciosa nariz y los finos labios habían dejado sitio a heridas abiertas, como si lo mirara una calavera. En tales momentos, una única idea acaparaba sus pensamientos: ponerla a salvo, llevársela lejos de Cabaret.

Además, se había dado cuenta de otra cosa: estaba enamorado de ella.

Esto era lo que más le asombraba, sobre todo porque se trataba de un amor imposible. En sí no era tan extraño. Colomba era una chica guapa. Era muy distinta de Eva. Sin sentir la más mínima vergüenza era capaz de decir cosas que a él le sacaban de quicio, para luego hacerse la inocente y la ofendida si él se enfadaba. Además, en lo tocante a la posición social, Colomba era inferior a él, y por consiguiente sólo podían tener una aventura, algo que, aunque él quisiera, era impensable. Pero por encima de todo era una hereje y no sólo eso, sino que estaba a punto de convertirse en una perfecta. Al principio ya le había advertido de que no la podía tocar. Ni siquiera podían hacerlo sus correligionarios masculinos. Para saludarla se limitaban a tocarle la manga. Aquella vez que la había abrazado, en el camino de Salsigne a Cabaret, había sido suficiente para despertar su virilidad. Él mismo se había sobresaltado. Por una sola vez le había permitido cogerle de la mano, pues de todas formas ya había pecado y luego, durante todo el camino, él no había podido evitar fantasear cómo sería hacer el amor con ella, a pesar de haberse esforzado por encauzar sus pensamientos en otra dirección.

Si hubiese sido sensato, se habría marchado aquel mismo día. Pero a causa del drama de Bram seguía aquí, con su sentimiento de culpa, sus dudas, su temor y un amor con el que no sabía qué hacer, pues no osaba expresarlo.

Mientras tanto, Simón de Montfort conquistaba un lugar tras otro con sus leales y sus tropas de apoyo frescas, y en un breve espacio de tiempo consiguió apoderarse de todo el Minervois. Sólo se libraron la propia Minerve y el castillo de Ventajou, gracias a su emplazamiento inexpugnable. Después, las tropas enemigas se acercaron a Cabaret. El señor Pedro Roger se preparó para la lucha y mandó buscar hombres en Salsigne para que le ayudaran a reforzar las obras de defensa de Cabaret. Sin tener que pensarlo dos veces, Amaury se ofreció voluntario y se mudó al pueblo al pie de la fortaleza.

No llegaron a asediar la ciudad. Un buen día, Montfort se aventuró a entrar en el valle del Orbiel, pero seguramente recordó las pérdidas que había sufrido en septiembre del año anterior. Por ello se contentó con asolar las laderas que quedaban fuera del alcance de

las armas de la fortaleza. Maldiciendo y amenazando, sus soldados arrasaron y arrancaron los valiosos pámpanos de los viñedos. A continuación, sus jinetes se pasearon a caballo delante de la fortaleza desde una prudente distancia, y agitando las cepas, gritaban que a partir de ahora los señores de Cabaret tendrían que beber agua. Atrincherado detrás de las murallas que él mismo había ayudado a restaurar, Amaury intentaba divisar al temible comandante. Le enfurecía el triste espectáculo de los viñedos asolados, precisamente cuando los sarmientos acababan de brotar. Ardía en deseos de participar en la lucha, aunque sólo fuera porque por lo menos tendría la sensación de proteger a Colomba contra el enemigo y de demostrar que no era uno de esos que habían mutilado a aquellos inocentes ciudadanos.

El señor Pedro Roger de Cabaret no se quedó mirando de brazos cruzados. Ordenó a sus jinetes y arqueros que hicieran una salida a fin de ahuyentar a los invasores. Amaury se unió a ellos, aliviado de que por fin se emprendiera algo. Armado con su pico se abalanzó hacia la puerta de la ciudad y salió con los demás por propia iniciativa. El enemigo desapareció antes de que él hubiera podido acercarse suficientemente. Sólo los jinetes y los arqueros pudieron hacer algo. Estos consiguieron alcanzar a Montfort en el pecho, mas no se desplomó de su caballo. Siguió luchando y más tarde se retiró con los demás. Amaury oyó los gritos de alegría cuando el enemigo emprendió la huida y se dio cuenta de lo ridículamente inútil que era, a pie con una herramienta que no se parecía en nada a un arma. Casi llorando de impotencia contempló los destrozos que habían causado sus antiguos compañeros de combate y luego arrojó el pico lejos de sí.

- ¡Dadme una espada y un caballo y les daré una lección! - gritó.

- ¿Quieres montar a caballo? - preguntó alguien a su espalda.

El joven se volvió de golpe. Detrás de él había un jinete que le miraba divertido desde lo alto de su caballo. Era Pedro Mir, el guerrero de Fanjeaux.

- Puedo montar como nadie, casi nací sobre un caballo, - fanfarroneó Amaury belicoso, olvidando su condición y su aspecto actual.

El otro le contestó con una risa burlona.

- Tienes ganas, ¿no? Mi escudero cometió la insensatez de dejar que le tiraran del caballo. Fue pisoteado por una docena de jinetes y nunca podrá volver a montar. Si es cierto lo que dices, intenta atrapar su caballo. - Le señaló un punto en la lejanía, donde un caballo blanco sin jinete galopaba a bastante distancia detrás de las tropas enemigas.

- Se necesita un caballo para atrapar a un caballo. Así podría alcanzarlo antes de que vos llegarais a pie a Cabaret.

Para sorpresa suya, Pedro Mir echó pie a tierra y le tendió las riendas.

- ¿Qué apostamos? - dijo sonriendo mientras examinaba al joven de pies a cabeza.

- Si lo atrapo...

- ¡...antes de que yo llegue a pie a Cabaret! será mío.

- ¿Y qué me darás si no lo atrapas?

- Entonces seré vuestro escudero.

El caballero soltó una carcajada.

- Eso suponiendo que quiera tener un escudero como tú. Antes de elegirte a ti tengo a otros diez mejor preparados que tú que se mueren de ganas por servirme.

- Yo no me muero de ganas, - dijo Amaury.

No le atraía en absoluto la perspectiva de tener que pasar el resto de sus días limpiando las armas de otro. Había estado acostumbrado a que otro lo hiciera por él - . Sólo quiero un caballo y un arma. Si espero más, podré olvidarme del jamelgo.

Montó de un salto en la silla y echó a galopar, dejando tras sí a Pedro Mir envuelto en una nube de polvo.

Acaso el caballero de Fanjeaux confiaba en que el aspirante a jinete se cayera en un abrir y cerrar de ojos. Pero tal como había dicho, Amaury regresó con el caballo, antes de que el otro hubiera alcanzado las torres en la cima. Se apeó de un salto del corcel y le entregó las riendas al propietario. No había olvidado montar a caballo, pero sus músculos ya no estaban avezados. Satisfecho, dio las gracias al caballero y se alejó tambaleándose sobre sus piernas con la sensación de que entre ellas cabía un carro, y seguido por el caballo blanco humeante.

- ¡No tan rápido, jovencito! - Pedro Mir volvía a estar sentado en su montura y avanzaba a su lado. Frunció las oscuras cejas. Con su mano cubierta por un guante de hierro señaló la túnica negra de Amaury - . Explícame por qué un futuro Bon Homme arde en deseos de derramar sangre.

Sólo entonces se dio cuenta Amaury de que al otro lado lo flanqueaba uno de los jinetes de Mir, el mismo que le había seguido como una sombra desde el momento en que el caballero le entregara el corcel. Si hubiera caído en la tentación de largarse con el animal, no lo habría conseguido. La angustia le encogió el corazón. ¿Acaso Colomba no le había advertido contra los dos exiliados de Fanjeaux? Ahora, por culpa de su comportamiento impulsivo, había sido descubierto precisamente por Pedro Mir. Pero le había ido bien montar a caballo. Por un momento había vuelto a saborear la vida a la que estaba acostumbrado. Le sabía a poco y ello lo envalentonó. Además, ¿qué era más creíble que la verdad?

- Me administraron el consolamentum cuando estaba gravemente herido y pensaban que moriría. Antes era un caballero, avezado en la lucha. En lugar de ello, ahora tengo que vivir como un asceta. No es fácil, sobre todo cuando suceden cosas como la de hoy.

Con un gesto indolente, el guante señaló hacia una de las tres torres encima de ellos.

- Sígueme. - Mir desmontó y dio las riendas a su mozo de cuadras.

Sintiendo que el corazón le latía con fuerza, Amaury siguió al noble por la estrecha senda que se extendía bajo las tres fortalezas. No le quedaba más remedio, pues el otro jinete también había desmontado y le seguía tan de cerca que le pisaba los talones. Cuando la senda se bifurcó, Mir eligió el camino que conducía al castillo central y entró en el patio amurallado. Allí permaneció de pie mirando de hito en hito a Amaury.

- Así que eras un caballero, pero has recibido el consolamentum y ahora vives como un asceta. Sin embargo, afirmas que quieres un caballo y un arma. Incluso estás dispuesto a apostar y a ofrecer tus servicios como escudero si pierdes. Luego vas y atrapas al jamelgo y por lo visto tenías intención de quedártelo. ¿Qué piensas hacer con él? Los Bons Hommes siempre van a pie.

- Fue un arrebato, la fuerza de la costumbre.

- ¿De dónde vienes?

- De Salsigne.

- ¿Cómo te llamas?

- Aimery.

Eso sonaba mejor que Amaury, un nombre del norte de Francia. Además no había nombre más odiado que Arnaud Amaury, el abad del Cister que tenía el mando del ejército cruzado.

- Aimery de Salsigne, tu historia no cuadra.

Amaury se sonrojó.

- No miento, - dijo con voz ronca.

- Pues claro que no. - Su voz rezumaba sarcasmo.

- Ni siquiera me está permitido mentir. Me vigilan día y noche para evitar que dé un paso en falso. Si cometo un error, tengo que pagar por ello: tres días de ayuno o cien genuflexiones.

Se hizo un silencio. Una mosca zumbó alrededor de la cabeza de Mir y se posó en el pabellón de su oreja, para luego revolotear entre sus rizos negros hasta su cuello sudado. Mir alzó la mano. Amaury siguió sus movimientos, creyendo que iba a matar a la mosca de un golpe seco. En lugar de ello, el caballero se limitó a espantar al insecto.

- Les dije que se había cometido un error, que yo no era consciente cuando me administraron el consolamentum.

La mosca volvía a revolotear alrededor de ellos. Por lo visto le atraían las gotas de sudor en la frente de Amaury, pues realizó un vuelo rasante y aterrizó justo encima de sus cejas. Ya irritado por el interrogatorio, Amaury agitó impacientemente el brazo para matar al insecto, pero el guante de hierro de Mir le apartó la mano de un manotazo antes de que pudiera tocar la mosca, que se alejó volando.

- ¡Un Bon Homme no puede matar! ¿Acaso no has aprendido que un alma también puede reencarnarse en un animal?

- Yo... sí, - balbuceó - . Ya veis que no sirvo para esto. Quieren convertirme en un santón. Les he pedido que lo anularan, pero no quieren escucharme.

- Les resulta difícil volver a entregar al Mal un alma que ya han salvado. ¿Estás seguro de querer anular el bautismo?

- Admiro a los Bons Hommes. Pero sus aspiraciones son para mi demasiado altas.

- Eso podemos remediarlo.

Miró al otro jinete, que seguía inmóvil detrás de Amaury, hizo un ademán y sonrió. El hombre desapareció en el castillo y regresó al poco con un jamón. Mir desenfundó su daga y cortó un pedazo de jamón.

- Cómelo.

Amaury contempló asustado la carne rosada que no había probado desde que el perfecto le visitara en la enfermería. ¿Hablaba en serio Mir, él que era hijo de una Bonne Dame y que había mamado la fe de los Buenos Cristianos? Tragó saliva antes de unir las manos y empezar a rezar el padrenuestro, como había aprendido a hacer antes de probar alimento alguno.

- No reces, - dijo Mir bruscamente - . Si lo haces, hazlo bien.

Amaury mordió la carne. Primero le pareció sólo sajada, pero después nauseabunda. A punto estuvo de escupirla.

- Para los Buenos Cristianos, esto equivale a volver a la falsa fe católica, - dijo Mir.

Amaury volvió a tomar un buen bocado y masticó con fuerza. Ya le sabía mejor.

- Por supuesto que a partir de ahora puedes ser un creyente normal del Verdadero Cristianismo, como yo. Deja la salvación de nuestras almas a las mujeres y los sacerdotes. ¿Quién ha de proteger nuestras posesiones si nosotros no luchamos? Mi sargento te acompañará hasta Salsigne, donde darás a conocer tu decisión a tus maestros y donde podrás devolverles la túnica negra. Después te presentarás ante mí, pues de ahora en adelante estás a mi servicio. Tendrás la oportunidad de demostrar que es cierto todo lo que afirmas.

Colomba lloró cuando le contó lo sucedido. Se lo reprochaba a si misma. Después, cuando él le confesó que sentía alivio por haber tomado esta decisión, ella se enfadó. Le dijo que no quería volver a verlo nunca más. Esto último era inevitable. La veía con regularidad en el pueblo de Cabaret, que se hallaba en el valle, al pie de la montaña con los

tres castillos. Pronto se dio por vencida, aunque no cejó en sus intentos de convencerle de la falsedad de sus creencias.

Poco después le contó que Alaric había sido sitiada por los cruzados. Amaury se había preguntado alguna vez cómo era posible que siempre estuviera tan bien informada, mas ella nunca le explicaba quién le traía esas noticias, y ahora él no osó preguntarle, temeroso de delatar dónde se hallaban su hermano y su primo. Pues si Alaric caía, seguro que Roberto y Simón empezarían a indagar y acabarían descubriendo y enterrando el cuerpo de Guillermo. También buscarían el cadáver del benjamín de los Poissy y no lo encontrarían. ¿O acaso los restos mortales de los que habían perecido se habían podrido tanto que ya eran irreconocibles? Seguramente los cuervos y los buitres los habían limpiado hasta los huesos. Se estremeció al imaginarse a Roberto entre los restos humanos en el foso, llorando por sus dos hermanos. Por supuesto celebrarían una misa por la salvación de sus almas, ¡y pensar que mientras tanto aquí intentaban convertirlo a la fe herética!

Su aversión por las crueldades de Montfort en Bram había facilitado su adaptación a los Buenos Cristianos, pero tras recibir la noticia sobre Alaric volvió a aumentar su inseguridad. Además, era casi Pascua, y en Cabaret pocos parecían preocuparse por el sufrimiento y la crucifixión de Cristo, por no hablar de su resurrección. No se celebraban misas, ni había procesiones, nada de nada.

- Cristo no murió en la cruz, - le dijo Colomba - . Cristo es un ángel que Dios envió para enseñar a los hombres cómo liberarse del Mal. No vino para redimir con su sufrimiento los pecados de los hombres, sino para legar a sus apóstoles el bautismo liberador. Y dado que un ángel no puede morir, Cristo no murió en la cruz, ni tampoco resucitó. Lo que los hombres vieron en la cruz sólo era su aparición. Su cuerpo no era el manto satánico en que el demonio mantiene prisioneros a los espíritus celestiales, como en el caso de las personas corrientes como tú y yo. Su cuerpo era una ilusión, una alucinación. ¿Comprendes ahora por qué no adoramos la cruz, sino que abominamos de ella? No es más que un instrumento de tortura, un símbolo del Mal en el que sufrió el ángel que no podía morir.

Todo eso podía ser cierto para los herejes, pero Amaury echaba de menos la regularidad del año eclesiástico, y saltarse los días de fiesta eclesiásticos significaba para él una imperdonable omisión que equivalía a ofender al mismísimo Dios. Le provocaba un sentimiento de culpa que le corroía y que no le dejaba en paz ni un instante.

También detectó una inquietud en Colomba, inusual en ella. Razones había suficientes para ello, desde que el rey Pedro de Aragón había mantenido negociaciones de paz que no habían llevado a ninguna parte. El tratado de paz entre Montfort y el conde de Foix, que pretendía lograr el rey, se había malogrado debido a la abierta hostilidad entre los dos señores. Después de esta fracasada misión de paz, Pedro Roger de Cabaret había abordado al rey junto con los señores de Montreal y Termes, todos ellos antiguos vasallos de Trencavel que se habían negado a prestar juramento de vasallaje al sucesor de éste, Montfort. Con la esperanza de poder detener el avance del ejército de cruzados, ofrecieron al rey convertirse en sus vasallos directos sin la intervención de Montfort, a cambio de que Aragón les prestara ayuda militar. Acaso habían confiado en que el rey Pedro mordiera el anzuelo. Los castillos de los tres señores, Montreal, Termes y Cabaret, formaban un triángulo que, por así decirlo, encerraba Carcasona.

El rey exigió garantías. Pidió que le entregaran los castillos para poder instalar en ellos a sus guarniciones. El precio era excesivo. Los tres señores eran adeptos de la doctrina prohibida, o por lo menos simpatizaban con ella, y se preocupaban por sus súbditos y los innumerables refugiados a los que habían acogido, pero también querían velar por la seguridad de sus propias familias. ¿Acaso Pedro no había obtenido el título de "católico"

por su lucha contra los moros en España? Aunque no pretendiera abandonar a sus vasallos, difícilmente podía esperarse de un rey con semejante reputación que se volviera contra la Iglesia romana protegiendo abiertamente a los Buenos Cristianos. Sus dudas las disipó el monarca de un plumazo. El rey exigió la inmediata entrega de Cabaret, que ocupaba un lugar estratégico y era más poderosa gracias a la riqueza de sus minas. Los habitantes de Cabaret contuvieron la respiración. Pero Pedro Roger de Cabaret se negó en redondo y los señores de Montreal y Termes lo apoyaron, pues era muy probable que el rey expulsara entonces a todos los Buenos Cristianos y a sus seguidores.

El rey resultó ser más astuto que sus vasallos. La alianza fracasó, como había previsto el monarca, pero la amenaza que suponía había dado en el clavo: Montfort aceptó un armisticio con el conde de Foix. Pedro Roger de Cabaret regresó apesadumbrado a su fortaleza, que se alzaba sobre las orillas del Orbiel. Sabía que sus posibilidades eran escasas, pero prefería hacer frente a la superioridad numérica del vencedor antes que doblegarse ante su odiada Iglesia. Él mismo era un convencido seguidor del Verdadero Cristianismo y asistía abiertamente a las prédicas de los Buenos Cristianos que llegaban a su castillo. Cabaret volvió a armarse hasta los dientes y se preparó para defenderse.

A mediados de junio llegó la noticia de que los cruzados asediaban Minerve.

- Podrían haberse ahorrado la molestia, - dijo Colomba. Amaury hizo un gesto de desaprobación - . Tú no has estado nunca en Minerve, claro. El castillo está en un lugar donde se juntan dos barrancos y además está tan alto en las rocas que es inexpugnable.

- No hay nada inexpugnable para Montfort. No has visto nunca sus máquinas de asedio.

- Con ellas no logrará hacer nada en ese lugar.

- Es verano, Colomba. Aislarán la fortaleza. Si bloquean el camino hasta el agua, en Minerve morirán de sed y aparecerán enfermedades. Así cayó Carcasona. Aún huelo cómo apestaba la ciudad cuando entramos. Estaba infestada de moscas.

- No pueden llegar a los pozos de agua de Minerve, están en el borde de la ciudad sobre el barranco, y el barranco es demasiado ancho para destruir los pozos con balistas.

- Cuando las cosas se ponen feas, siempre hay alguien dispuesto a traicionar a los suyos.

- No en Minerve. La ciudad no se rendirá nunca, hay demasiados Buenos Cristianos en ella.

Amaury deseó que tuviera razón, aunque no confiaba en absoluto en ello.

CABARET Finales de julio de 1210

Colomba estaba sentada sobre una gran piedra a orillas del Orbiel. Junto a ella había una cesta medio llena de ropa enjuagada. Al otro lado, sobre una piedra, había dejado las prendas que aún le quedaban por lavar. Se había quitado la parte superior de la túnica negra, la había dejado colgar sobre su cinto y se había arremangado la falda que mantenía apretujada entre sus piernas. Sus pies descalzos se agarraban a la piedra mientras fregaba, frotaba, aclaraba o escurría la ropa. A veces plegaba la tela en un fardo que luego golpeaba con un canto rodado. A pesar de que se hallaba en un valle sombreado en la vertiente norte de la montaña donde se alzaban las torres de Cabaret, el calor apretaba mucho al final de la mañana. De vez en cuando se llenaba las manos de agua y se la echaba en el cuello y en la espalda. Su ropa interior de lino estaba empapada y la tela mojada la refrescaba.

Aparte de Colomba había otras mujeres en la orilla. Cotorreaban y reían sentadas con los pies en la corriente mientras sus manos hacían el trabajo. Sólo Colomba estaba callada.

Con creciente furia golpeaba la ropa con la piedra. Estaba enfurecida porque los hechos habían demostrado que estaba equivocada. Minerve había caído después de un asedio de cerca de cinco semanas. Le indignaba la mezquindad con que los cruzados habían tratado a los habitantes de Minerve. Primero habían aislado el castillo y su pueblo del exterior. Nadie había pensado que los cruzados fueran capaces de alcanzar la fortaleza con sus máquinas de guerra. Sin embargo, apedrearon el pozo y el camino que hasta allí conducía desde el otro lado del barranco con una enorme catapulta. Pronto causaron tales destrozos que fue imposible sacar agua. En poco tiempo, el calor del estío y la prolongada sequía hicieron insostenible la situación en la fortaleza asediada. El calor, el hambre y la sed atormentaban a los habitantes y brotaron enfermedades, por lo cual el señor de Minerve no tuvo más remedio que negociar con el enemigo. Cuando a punto estaba de alcanzar un acuerdo con Simón de Montfort, el abad cisterciense Arnaud Amaury lo frustró temiendo que los "enemigos de Cristo" se le escaparan de las manos. Encargó a ambos negociadores que redactaran por escrito y por separado las condiciones del acuerdo. Y sucedió lo que había previsto el abad. Cada cual consideró inaceptables las exigencias del otro. Montfort propuso al señor de Minerve que volviera a su fortaleza y se las apañara para salvarse a sí mismo y a sus habitantes. Este sabía muy bien que era inútil seguir resistiendo y que no podía seguir exponiendo a sus vasallos a tan dura prueba. Ofreció su rendición incondicional y a cambio se le aseguró que todo aquel que se reconciliara con la Iglesia católica se salvaría. Tanto Arnaud Amaury como los de Minerve sabían que los Buenos Cristianos jamás harían tal cosa. Aunque Montfort les imploró que volvieran a la verdadera fe para salvarse, ciento cuarenta subieron voluntariamente a la hoguera que los cruzados habían preparado en el barranco, al pie de la fortaleza. Sólo tres Bonnes Dames se dejaron convencer para abjurar del Verdadero Cristianismo, al que a partir de entonces llamarían fe herética. Un triunfo personal de la madre de Bouchard de Marly, el cruzado que llevaba ya ocho meses en poder del señor de Cabaret.

Ciento cuarenta Buenos Cristianos quemados vivos por las llamas... Cada vez que lo pensaba, los ojos de Colomba se llenaban de lágrimas. Había oído los terribles detalles de boca de los refugiados y heridos de Minerve, que eran atendidos en Cabaret. Los recuerdos de Béziers la acosaban con más fuerza que nunca y ella golpeaba con furia una y otra vez la piedra contra la ropa. Pero sobre todo estaba enfurecida con Amaury porque había tenido razón. Los cruzados, le había dicho él, eran capaces de todo y eran tan numerosos que ninguna fortaleza, por muy fuerte que fuera, podía ofrecerles resistencia durante mucho tiempo. Colomba no podía creerlo, no quería creerlo. El país era inmensamente grande, había tantos pueblos y castillos donde los Buenos Cristianos se ocultaban y tantos señores que los protegían. Había burgos construidos en lo alto de los peñascos, como nidos de águilas. ¿Cómo querían conquistarlos? Bien era cierto que después de la caída de Minerve, el ánimo de los señores occitanos estaba por los suelos. Se habían entregado al enemigo y habían entregado sus posesiones a cambio de tierras en la llanura abierta que no gozaban de la protección de las murallas. Uno de ellos era el señor de Montreal, por lo cual quedaban eliminados dos de los tres grandes negociadores que habían querido involucrar a Pedro de Aragón en la cuestión. ¡Cabaret no se daría tan fácilmente por vencida! La irritaba que los cruzados se sobrestimaran de tal forma. La sacaba de quicio que Amaury estuviera tan convencido de que los cruzados eran invencibles. Sin embargo, el día que le contaron lo de la hoguera de Minerve, Amaury no había osado mirarla a la cara, pues se avergonzaba de sus compatriotas. ¡Si lo único que le retenía aquí era su sentimiento de culpa, por ella ya podía largarse! Todo lo que él decía y hacía era contradictorio. Decía que los Buenos Cristianos eran hombres temerosos de Dios y que sentía un profundo respeto por ellos, que

vivían de una forma más pura que la mayoría de los clérigos católicos. Sin embargo, no quería convertirse en uno de ellos y profesaba a escondidas su fe católica. Decía que seguía sintiéndose un extraño en Cabaret. Sin embargo, no quería regresar con sus compatriotas. No toleraba que se hablara mal de Simón de Montfort. Sin embargo, se había unido nada menos que a Pedro Mir, que con su cuadrilla de navajeros sigilosos asaltaba al enemigo desde las montañas. ¿Qué quería él en realidad? La piedra golpeó contra la ropa. ¿Y qué quería ella en realidad?

- ¡Colomba! - gritó una de las mujeres en tono de reproche - , ¡si sigues así, agujerearás la ropa!

Alzó la vista, su mano se quedó congelada sobre el fardo de ropa. Al otro lado, donde se extendía el lecho seco del río Grésilhou, por debajo del pueblo de Cabaret, se acercaban el ruido de herraduras y el golpeteo de espuelas y arreos. Mir y sus hombres regresaban de una correría por los territorios conquistados. Colomba se levantó de un salto y cruzó el río saltando de piedra en piedra sobre sus pies descalzos para ver a los jinetes antes de que desaparecieran detrás de las fortificaciones del pueblo. Cuando hubo llegado al puente sobre la cascada, donde en verano el agua del Grésilhou se filtraba hasta el Orbiel, vio llegar a la comitiva. Se acercaban en fila india desde el otro lado del barranco. Los caballos estaban sudados y avanzaban a rienda suelta golpeando cansinamente con sus cascos contra las piedras. Los hombres estaban cubiertos de polvo y manchas de hollín con las que se habían camuflado el rostro hasta quedar casi irreconocibles. Colomba fijó la vista en la lejanía. Dado que no podía portar su propio escudo, Amaury llevaba, como la mayoría de los demás jinetes, los colores de Cabaret. No montaba el caballo blanco que le había dado Mir. En sus saqueos nocturnos, los hombres siempre utilizaban caballos oscuros. El corazón de Colomba latía con fuerza. Cada vez que Mir salía, ella temía que él no volviera. Los jinetes pasaron uno por uno delante de sus ojos, sin que ella lo reconociera. El último ya había pasado de largo cuando de detrás de la curva apareció un rezagado que llevaba un segundo caballo de las riendas. Un hombre yacía transversalmente sobre la silla de montar del último caballo. A Colomba se le cortó la respiración. En ese momento, el último jinete levantó la mano, se quitó la capucha de mallas y se soltó la de cuero que le protegía la cabeza. Después se inclinó hacia adelante y se sacudió el pelo que estaba empapado de sudor y que se le había pegado a la cabeza. Una amplia sonrisa apareció en el rostro de Colomba. Era Amaury. No podía nunca esperar hasta echar pie a tierra y siempre empezaba a desvestirse en la montura. No veía razón alguna para esperar hasta encontrarse en territorio seguro. Se había adaptado rápidamente a la falta de disciplina en la unidad de Mir. El noble le había dado un sobrenombre el mismo día en que se conocieron. Lo llamaba Cap Perdut. Cabeza perdida, ése era Amaury, el atolondrado. Pero era precisamente esa ingenuidad desconcertante lo que la atraía de él y además estaba convencida de que gracias a ella Amaury conseguía salir airoso de las situaciones más precarias.

- Creo que tenemos que hablar, Colomba, - dijo una voz a su costado.

Un estremecimiento recorrió su cuerpo como si la hubiesen pillado dando un paso en falso. Se hincó de rodillas y murmuró las palabras obligadas frente a la Bonne Dame, que la escuchó pacientemente y le contestó con las frases acostumbradas. Era una mujer de edad mediana que desde hacía años dirigía en Cabaret una casa para mujeres y muchachas que deseaban recibir el consolamentum. Hizo un gesto para que Colomba se sentara a su lado en el borde del puente de piedra.

- Tienes la mirada huidiza de alguien que se siente culpable.

La muchacha bajó los ojos.

- Creo que sé lo que te pasa. Tiene que ver con ese joven de Salsigne, ¿no es así?

No hubo respuesta.

- Ya nos preocupaba que te relacionaras con él cuando trabajaba en las minas. Pero a la sazón él había recibido el consolamentum y por eso hicimos la vista gorda. Ahora la situación ha cambiado por completo. No sabemos de qué lado está. ¿Acaso ha vuelto a caer en la fe católica?

- No estoy segura.

- ¿Te ha hablado alguna vez de otra fe que no sea la nuestra? ¿Ha intentado alguna vez sembrar dudas en ti, convencerte para que aceptes otras ideas?

- Nunca me ha hecho dudar.

- ¿Te has parado a pensar alguna vez lo que habrías hecho si fueras libre en tus acciones? ¿Acaso su regreso al Mal no te ha hecho lamentar el haber aceptado el consolamentum?

- Precisamente espero poder ganarle para la verdadera fe.

- ¿Estás segura de que eso es todo? ¿No hay otra razón de que siempre busques su compañía?

- Alguien ha de preocuparse por su suerte. No tiene a nadie más.

- Creo que estás enamorada de él.

- ¿Yo...? ¿Enamorada? - tartamudeó Colomba.

- En una ocasión te besó, me lo contaste.

- De eso hace ya tiempo. Lo hizo porque yo le había pegado.

- Recuerdo la historia que me contaste. Una reacción curiosa para alguien a quien acaban de pegar. ¡Y eso que él llevaba la túnica!

- No ha vuelto a suceder.

- ¿Está él enamorado de ti?

Colomba levantó los ojos y miró suplicante a la Bonne Dame.

- Nunca se lo he pedido. Ambos tenemos un recuerdo terrible de Béziers. A veces hablamos de eso... - Se interrumpió. No era cierto, estaba mintiendo. La mujer no dijo nada, esperó pacientemente a que prosiguiera - . Sucedieron cosas terribles. ¿Por qué no podemos vivir en paz los unos con los otros? ¿Por qué no nos soportan como los soportamos nosotros a ellos? Yo estaba tan segura de todo. Pero si aquí sucede lo mismo que en Minerve, no sé si tendré el valor de... - Sus ojos se llenaron nuevamente de lágrimas.

- De soportar las persecuciones y enfrentarte a la muerte, por el amor de Dios y por tu salvación, - completó la Bonne Dame.

- De morir en la hoguera, - dijo Colomba sollozando - . En Béziers era tan valiente, no tenía tiempo de pensar. Ahora tengo miedo.

- Has elegido esta vida de forma bien meditada. Una vez que te has distanciado del mundo maligno, de esta vida, de este cuerpo, entonces el paso ya no es tan difícil, entonces lo ansías, pero nunca es fácil. Aún eres muy joven. Te ayudará si, como yo, vives durante largo tiempo de forma pura y tienes la sensación de que casi has completado tu tarea. No es sensato que sigas viendo a ese joven. Ello trastorna tu serenidad. Sería preferible que te mantuvieras alejada de él. El enamoramiento es una trampa del dios de las tinieblas.

- ¡No estoy enamorada! - exclamó.

La Bonne Dame alzó un dedo a modo de advertencia.

- Creo que no estoy enamorada, - se corrigió Colomba.

- ¿Y pretendías salir a su encuentro de esta guisa?

- Colomba siguió la dirección de la expresiva mirada. Se sonrojó cuando vio que la blusa mojada se pegaba a sus pechos como una segunda piel. La mujer exhaló un suspiro.

- Soy tu guardiana, pero no soy un centinela. No te voy a prohibir nada ni tampoco voy a espiarte. Has elegido esta vida voluntariamente y has de actuar conforme a ello. No has de hacer nada porque así lo desee otro. Deberías ser la primera en saberlo.

- Con estas palabras, la Bonne Dame se levantó y caminó lentamente de vuelta al pueblo.

- Colomba se quedó atrás, mientras en su interior se libraba una batalla. Hubiese querido salir corriendo hacia Cabaret para ver si Amaury había regresado sano y salvo, para preguntarle dónde había estado, qué experiencias había tenido y qué botín habían capturado los hombres. Una voz más fuerte en su interior le decía que todo lo que él le contara tendría que ver con la violencia. ¿Acaso no había visto el muerto que transportaba sobre el último caballo? Y a ella, la violencia, en cualquiera de sus formas, la horrorizaba.

- Pero ¿acaso no podía ir hasta allí con el pretexto de que necesitaban su ayuda? Si había heridos, habría que cuidar de ellos y habría que limpiar y amortajar a los muertos. Se estremeció. Por fortuna nunca había tenido que hacer ese trabajo. Era una tarea reservada a las mujeres mayores. Sólo las había ayudado para entregarles lo que necesitaban y durante el año había tenido que hacerlo demasiadas veces, pues ya habían muerto muchos de los desgraciados de Bram. Dio media vuelta con decisión y regresó a la colada que había dejado sobre las piedras. ¡No estaba enamorada! ¿Cómo podía estarlo de alguien que creía que existía un solo Dios que había causado toda esta miseria al crear un mundo que no era perfecto, un paraíso en el cual el Mal crecía de un árbol?

- Amaury se despertó sobresaltado de un sueño intranquilo.

- ¡Inútil! ¡Gandul! ¡Chusma holgazana!

- Pedro Mir avanzaba maldiciendo entre los soldados de sus caballeros y los despertaba dando patadas a derecha e izquierda. El sol estaba aún alto en el cielo, apenas habían descansado un par de horas desde que habían regresado a Cabaret.

- El joven caballero se levantó gimiendo. Pensó que había poca diferencia entre un campamento militar francés y uno occitano. En ambos casos te llamaban holgazán y no te daban ni un segundo de tranquilidad.

- ¡Levanta ese culo holgazán de la paja! ¡Hacia la medianoche tendremos que haber llegado a Carcasona!

- ¿Carcasona? Los caballeros se miraron asombrados y se pusieron en movimiento. Mir ya había salido y los esperaba fuera. Su hermano, Pedro de Saint - Michel, también estaba con él. Nadie se había tomado la molestia de cambiarse. Muchos estaban demasiado cansados y sólo se habían desprendido de su armadura. En pocos instantes todos se congregaron delante de sus comandantes.

- Montfort piensa atacar Termes. Saldremos en cuanto caiga la noche. El señor Pedro Roger de Cabaret dirigirá personalmente esta expedición.

- La noticia provocó una reacción de incredulidad. ¡Termes! Si la conquista de Minerve rayaba en lo imposible, una toma de Termes podía calificarse de proeza sobrehumana. El castillo se alzaba a una altura vertiginosa sobre un peñasco inaccesible, a cuyo pie un arroyo se precipitaba en un abismo. Sólo una de las caras era accesible a través de una ladera de bancales, donde el enemigo tenía que acercarse al burgo sin ningún tipo de protección. Por consiguiente, podía defenderse tan bien que cabía calificarlo de inexpugnable.

- Después de eliminar al señor de Minerve y tras la rendición de Montreal, habría sido más lógico que Montfort atacara Cabaret, pero por lo visto eso todavía lo asustaba. En cambio, la familia aristocrática de Termes, que estaba unida por matrimonio a la casa de Minerve y que además profesaba abiertamente el Verdadero Cristianismo, se creía

prácticamente intocable. Los señores de Termes manifestaban desde hacía generaciones una clara hostilidad contra los clérigos católicos y saqueaban iglesias y conventos, mientras que sus mujeres dirigían casas para Bonnes Dames. Saint - Michel tomó la palabra.

- Los cruzados han sacado de la ciudad sus máquinas de asedio y las están desmontando y preparando para transportarlas a Termes. Seguramente saldrán mañana. Hemos de actuar con suma rapidez. Nuestra tarea es atacar el campamento de noche y destruir el material de guerra.

- ¿Cuántos seremos? - quiso saber un caballero.

- Trescientos, - respondió Mir.

- ¿Y ellos?

- Según nuestro hombre en Carcasona, no son más de cien. No hay caballeros, sólo infantería y soldados montados.

- Por lo demás sólo hay criados y carreteros desarmados, - explicó Saint - Michel.

- Se oyeron risas desdeñosas.

- Un juego de niños, - fue el comentario.

- Eso sólo lo sabremos esta noche, - dijo Mir secamente y alzando la voz para que se le oyera por encima de los caballeros que no paraban de gritar que ya se encargarían ellos de todo - . Así que, caballos frescos, señores, armadura completa y hachas.

- Amaury regresó a su cuartel y empezó a ordenar sus armas. Después de haber informado a los soldados que estaban a sus órdenes y de prepararlo todo, se dirigió a las cuadras. Montaría en el caballo blanco, que era más rápido y estaba más descansado que el alazán con el que había cabalgado la noche anterior. Una manta de lino oscuro, que cubría al animal hasta las rodillas delanteras sería suficiente para avanzar de noche sin ser visto. Una vez acabados los preparativos, los caballeros tomaron una cena ligera. Reinaba un ambiente animado entre los hombres, la perspectiva de golpear al enemigo con esta acción de sabotaje relativamente sencilla les hacía sentirse despreocupados. Amaury comió rápidamente algo de pan y alubias y salió afuera. El calor del día todavía es - ~ taba atrapado entre las laderas de las montañas. En el resplandor del sol de la tarde, las casas de Cabaret proyectaban largas sombras sobre la tierra seca y elevaban los tres castillos con sus torres hasta el cielo. Amaury llamó a la casa de las Bonnes Dames donde vivía Colomba. Abrieron la puerta. No, no estaba allí y no sabían dónde podía estar.

- Pero ¿adónde habrá ido? - preguntó Amaury señalando con un gesto amplio las casas y las torres como queriendo decir: ¡no habrá ido muy lejos!

- La Bonne Dame se encogió de hombros.

- Creo que esta mañana la vi en el puente.

- Podría ser.

- Un mal presentimiento se apoderó de él.

- No se habrá ido, ¿verdad?

- ¿Necesitas algo?

- No. Esta noche salimos. Confío en poder volver.

- ¿Otra vez? - La mujer lo miró asombrada, mas no le preguntó nada, y sacudió compasivamente la cabeza - . Si vienes para que te den la convenenza, tendrás que ir al más viejo de los Bons Hommes. ¿Sabes dónde está su casa?

- No, yo..., eh..., sí.

- No necesitaba para nada la convenenza, una especie de contrato que sellaban los creyentes a fin de, en caso de caer mortalmente heridos, poder recibir el consolamentum en el lecho de muerte aunque hubieran perdido el conocimiento y ya no pudieran recitar las 130 oraciones preceptivas. Estaba casi seguro de que Mir y Saint - Michel habían llegado a

un acuerdo de este tipo. En tal ocasión, seguro que habían hecho un generoso donativo a la Iglesia de los Buenos Cristianos.

- Sólo saludadla de mi parte, - dijo.
- Rezaremos para que volváis sanos y salvos. Ve con Dios.
- La puerta se cerró y Amaury regresó sin prisas para recoger a su caballo y ponerse la cota de malla.
- Salieron mucho antes de que se hiciera de noche. A la luz del sol poniente avanzaban tan rápido que pronto pudieron distinguir la silueta de la ciudad que se dibujaba contra el cielo estrellado. Al igual que la noche anterior, la luz de la luna iluminaba suficientemente el camino para poder avanzar. El señor Pedro Roger de Cabaret envió a un explorador que más tarde regresó diciendo que el campamento se hallaba a orillas del Aude, donde los guijarros del río formaban una base llana y firme para trabajar con material pesado.
- Bien - dijo el señor de Cabaret, quien no pedía para sus caballos mejor suelo que los bueyes y mulas de los cruzados.

Sus hombres se apretujaban para ser los primeros en cruzar el río y resultaba difícil contenerlos. El señor Pedro Roger llamó a Mir y Saint - Michel para consultarles. Decidieron cruzar el Aude a una prudente distancia del campamento y se dividieron para atacarlo por tres flancos.

- ¡A las armas! - fue el grito de alarma que lanzaron los desconcertados guardias.

Pero ya era demasiado tarde. Una oleada de jinetes inundaba en ese instante el campamento y sembraba confusión y pánico. Los carreteros desarmados se apresuraron a ponerse a salvo y salieron de estampida hacia la llanura abierta. Los soldados de a pie ofrecieron una dura resistencia, pero poco podían hacer contra los caballeros armados hasta los dientes. Una vez llegaron al campamento, los mozos montados de Cabaret echaron pie a tierra y empezaron a destrozar las máquinas de asedio, mientras los jinetes seguían luchando con los soldados de la guarnición. La violencia de decenas de hachazos rompió el silencio nocturno, como si estuvieran talando todo un bosque. Las astillas salían volando y las vigas crujían. Puesto que su pesada armadura le impedía apearse del caballo, Amaury dirigió a sus hombres hacia las máquinas de asedio y sin desmontar empezó a golpear las vigas, contento de haber reforzado su musculatura en las minas de Salsigne.

El señor Pedro Roger contemplaba impaciente los destrozos que estaban causando, sin perder de vista la ciudadela. El material era pesado y las vigas, demasiado gruesas para poder atravesarlas con un par de hachazos. Le parecía que todo iba demasiado lento. ¿Ya habrían dado la señal de alarma en Carcasona? Si en la ciudad se olían algo, no tardarían en enviar tropas de apoyo. ¿Cuántos destrozos podían causar sus hombres antes de que llegaran los refuerzos? Alguien había abierto el corral de los animales de carga y las bestias espantadas no hacían sino incrementar la confusión. Otro había tenido la idea de cortar las cuerdas que sujetaban una carga de vigas a un carro. La carga cayó rodando con enorme estruendo, aplastando todo lo que hallaba a su paso. El ruido provocó un grito de júbilo entre los hombres de Cabaret, que volvieron a abalanzarse con el sudor en las manos sobre las máquinas de guerra. Los bueyes y las mulas salieron de estampida..

- ¡Quemadlo todo! - gritó Mir.

Su orden fue acatada por veinte hombres a la vez. Encendieron manojos de paja en las hogueras del campamento de los cruzados y los colocaron debajo de las pesadas balistas. Por un momento las llamas prendieron con fuerza, pero en la noche de verano sin viento, el fuego no tardó en apagarse en cuanto se hubo consumido la paja. Los soldados pidieron más paja y más leña.

- ¡El fuego nos delatará, lo verán desde la ciudad! - advirtió Amaury.

- Cap Perdut ha vuelto a encontrar su cabeza, pero ahora ha perdido su corazón. ¡Se le ha caído a los pies! - se burló Mir - . A estas alturas ya se habrán enterado, chico.

Con un ominoso estruendo se derrumbó parte del armazón de una catapulta que a la luz de la luna parecía una enorme flor partida.

- jinetes enemigos! - gritó Saint - Michel, justo cuando empezaba a prender el fuego debajo de un par de balistas.

El pánico cundió entre los soldados de a pie.

- ¡Los cruzados!

- ¡Retirada!

- ¡Nadie saldrá huyendo! - gritó el señor de Cabaret por encima del estruendo. Acto seguido empezó a repartir órdenes - . ¡Hay que destruir esas máquinas de guerra aunque dejemos la vida en ello! ¡Nosotros estamos aquí para defenderos!

Él mismo dio el ejemplo saliendo al encuentro de los caballeros de Carcasona blandiendo la lanza. Amaury suponía que los caballeros de Cabaret formarían a la izquierda y la derecha del señor Pedro Roger para así impedir que el enemigo entrara en el campamento. Pero en lugar de ello se agolpaban para ponerse en primera fila y demostrar su valor siendo los primeros en salir al encuentro del enemigo que se acercaba blandiendo las lanzas. Eran más de cien. Ambos bandos disminuyeron la velocidad, los cruzados en una columna cerrada, los occitanos en una formación caótica. A ambos lados se lanzaron gritos de guerra. Después los caballos y los jinetes se abalanzaron unos sobre otros. Las lanzas chirriaban contra los escudos y las espadas golpeaban contra los yelmos.

En la oscuridad de la noche, con el resplandor de la luna como única iluminación, era difícil distinguir quién era quién. Los blasones de colores chillones en los escudos de los nobles y las libreas de los de Cabaret y Carcasona sólo se reconocían vagamente. Amaury se hallaba cerca de Pedro Mir en medio del tumulto, que poco a poco se iba desplazando hacia el río. La lucha era encarnizada y en ambos bandos caían heridos. El comandante francés se mantenía al margen de la contienda. Intentaba evaluar los daños que habían sufrido sus máquinas de asedio. Cuando hubo visto suficiente, volvió grupas y lanzando un feroz grito se abalanzó sobre los combatientes que entre tanto habían llegado al río. Se abrió camino entre la multitud hasta que se quedó atascado en el centro, donde la lucha era más intensa. Perseguía al señor de Cabaret, pero se encontró de frente con Mir y sus hombres, que protegían a su señor. Apuntó con su lanza al escudo más cercano y lo redujo a un montón de chatarra. El arma atravesó la cota de malla de su contrincante. El desgraciado caballero cayó en el agua poco profunda. Amaury se horrorizó al ver que el comandante francés hundía después su lanza en el cuerpo caído y desenfundaba su espada. Su siguiente víctima retrocedió, espoleó al caballo e intentó alejarse. El francés lo persiguió y le asestó un mandoble. Encogido por el dolor, el hombre dejó caer su escudo y se llevó las manos al costado. Sin embargo, antes de que el comandante pudiera darle el golpe de gracia, Amaury consiguió abrirse paso y llegar hasta ellos. Habían caído ya tantos heridos y se habían retirado o huido tantos, que el joven caballero tenía de repente suficiente espacio para maniobrar su corcel y su espada. Empuñó el arma con ambas manos e intentó golpear con ella a su enemigo. No consiguió herirlo, pero en cualquier caso pudo evitar que le diera a él. Su camarada herido se agarró a la montura y huyó.

- ¡Aimery! ¡A tu derecha! - era la voz de Pedro Mir.

El joven caballero volvió la cabeza de golpe, justo a tiempo para detener el ataque de un segundo contrincante que se inmiscuía en la lucha. Reconoció el blasón de Crépin de Rochefort, un vasallo de Simón de Montfort, cuyas tierras no estaban muy lejos de las de

Poissy. Al igual que los Poissy, había sido uno de los primeros en unirse a la Cruzada. El rostro de Rochefort se escondía detrás de la visera de su yelmo. Amaury se alegró de ser irreconocible. La repentina confrontación lo entretuvo justo lo suficiente como para dar una oportunidad al comandante francés de atacar. La espada alcanzó a Amaury de lleno en su escudo. El golpe hizo que todo su cuerpo se estremeciera y le entumeció el brazo y el hombro derecho. Inmediatamente vio cómo la espada de Rochefort caía sobre él. Pero justo antes de que el arma alcanzara su yelmo, oyó tras sí un alarido brusco y casi al mismo tiempo los hierros entrechocaron por encima de su cabeza.

- ¡Estás dormido, Cap Perdut! - Mir tiró de él hacia atrás y colocó su caballo junto al de Amaury. Juntos mantenían a los dos franceses a distancia - . ¡Nos largamos! ¡Hemos sufrido demasiadas pérdidas! - gritó Mir.

Reuniendo fuerzas repartieron aún unos cuantos golpes y espolearon a sus caballos tan pronto llegaron a aguas menos profundas.

- ¿Y los peones? - preguntó Amaury por encima del ruido de los cascos.

- ¡Hace tiempo que se largaron!

- ¿Y el señor Pedro Roger?

- ¡Sano y salvo! - dijo Mir, y acto seguido maldijo las endemoniadas máquinas, muchas de las cuales seguían casi intactas.

Después no volvieron a hablar. Bastante esfuerzo les costaba huir de los cruzados que los perseguían.

CABARET Octubre de 1210

- Señor, te rogamos que bendigas con Tu mano mayestática esta espada, para que pueda servirte, para que proteja tus iglesias, defienda a las viudas y a los huérfanos y te libre del azote del paganismo; para que sea temida por el Mal y para que sea justa, tanto en el ataque como en la defensa.

Amaury deslizó sus temblorosos dedos sobre el metal. Recordaba el día en que le habían armado caballero. Recordaba cómo había unido las manos y las había colocado entre las de su señor, jurándole lealtad. Con los ojos apretados y con cara de haber visto algo asqueroso, se secó el sudor de la frente. Iría al infierno, de eso estaba seguro.

Lo había perdido todo, sus posesiones, sus hermanos, sus amigos, su nombre y su honor. Pues una cosa era robar convoyes y saquear tierras de cultivo y otra muy distinta era atacar a sus propios camaradas. Aquella vez, en las afueras de Carcasona, no había sido la única. Durante todo el verano había seguido a los hermanos Mir y Saint - Michel y al señor de Cabaret para saltear los convoyes que llevaban víveres, material y tropas de reserva a los asediadores de Termes. No se había limitado a atacar en aquella primera ocasión a Crépin de Rochefort, sino que más tarde había vuelto a atacar a otros cruzados que conocía personalmente. Había herido a varios y tenía la certeza de haber matado a uno. El que hasta entonces no se hubiera cruzado con Roberto o Simón de Poissy era pura casualidad. Había roto su promesa de lealtad, había caído en la ignominia. Y por si esto no fuera ya bastante grave, no dejaban de atormentarle las imágenes de los prisioneros que habían hecho entre los cruzados y que por orden del señor de Cabaret habían sido terriblemente mutilados antes de ser devueltos al enemigo. Había permanecido en Cabaret por vergüenza ante lo que Simón de Montfort había hecho a los desgraciados de Bram. Pero acababa de descubrir que sus nuevos señores eran de la misma calaña. Estaba marcado, iría al infierno, no cabía la menor duda.

- ¿El infierno? - Colomba se echó a reír - . El infierno no existe.

Estaban sentados juntos en el puente sobre la cascada del río Grésilhou. A Colomba le gustaba sentarse en aquel lugar y él iba a buscarla allí a menudo. La observó con la mirada melancólica de quien está ensimismado.

- Cuando llegue el fin del mundo, todos seremos juzgados por el tribunal celestial. Será el juicio final. Unos irán al cielo y otros, al infierno, donde serán torturados eternamente, - dijo sombrío.

Se estremecía de sólo pensar en los monstruos esculpidos en piedra que adornaban las torres y los tejados de las iglesias de su patria. Así eran los monstruos y demonios deformes que poblaban el infierno, donde atormentarían perpetuamente a los condenados con sus escalofriantes instrumentos de tortura. Sus ojos volvieron a buscar el metal recién bruñido que descansaba en sus manos.

- Eso lo creéis porque vuestro Dios se venga y castiga, - dijo Colomba - . Un Dios que es la fuente de todo lo bueno no quiere estas cosas. Y aunque quisiera, no podría hacerlo. No existe el infierno, por lo menos no como lo veis vosotros. El verdadero infierno es este mundo.

Amaury suspiró y sacudió la cabeza.

- Lo digo en serio. ¿Qué hay de peor para el alma celestial que estar encerrada en un cuerpo y tener que resistir todas las tentaciones de la vida en la tierra? Tener que volver a nacer y a morir una y otra vez, de un cuerpo a otro, sin que nunca se acabe. No puedo imaginarme un infierno peor.

- Las almas no transmigran. Dios crea cada vez nuevas almas. - Su voz sonaba cansada, como si comprendiera que no tenía sentido argumentar contra lo que ella afirmaba.

- Sí, sí, y luego Dios dice de sopetón: basta ya de diversión, voy a juzgarlos a todos, ya sea un viejo con una vida pecadora a sus espaldas o un recién nacido que ni siquiera ha tenido oportunidad de distinguir entre el Bien y el Mal, pero que según vosotros arrastra el pecado original y sólo por ello puede ser enviado al infierno. ¡Qué injusto es vuestro Dios!

- Algunas cosas no pueden explicarse de manera racional, simplemente son así.

- Porque vuestros sacerdotes lo dicen, y vuestros obispos, y vuestros arzobispos, y los cardenales y el papa. Todos esos hombres tan respetados, que se conceden a sí mismos cargos importantes, que presiden la mesa en la corte de los señores, que visten mantos de brocado y que llevan anillos de oro con piedras preciosas. Ordenan que se les construyan palacios para vivir, e iglesias de mármol, adornadas con oro y plata para su Dios. ¿Por qué ha de habitar Dios en una casa de mármol?

- Deja ya de sermonear, - exclamó Amaury.

Sabía que ella tenía razón, pero su cabeza estaba tan llena de remordimiento y de sentimiento de culpa frente a sus hermanos que ya no soportaba su lógica.

- ¿Te has preguntado alguna vez si Cristo les ha dado ese ejemplo? - insistió ella.

Amaury no dijo nada. Los Buenos Cristianos vestían una sencilla túnica negra, se movían con humildad entre la gente del pueblo y se ganaban su frugal comida en los talleres o en el campo. No tenían iglesias ni conventos. Su iglesia estaba allí donde se reunían y predicaban.

- Esos falsos maestros enseñan mentiras. ¿Acaso pueden demostrar que Dios sigue creando nuevas almas? - prosiguió Colomba.

Él se encogió de hombros.

- Nosotros sí. Dios no crea continuamente almas nuevas, eso sólo lo hace el diablo. Todo hombre tiene dos almas. Una ha sido creada por Satanás e incita al hombre a cometer malas acciones. Esta alma es visible, al igual que todo lo que ha creado el maligno. Esta alma es la sangre. Por ello muere el cuerpo cuando ha perdido la sangre. La otra alma es

invisible y ha sido creada en el cielo. Está encerrada en el cuerpo de carne y hueso como un esclavo del demonio. Estas almas transmigran aquí en la tierra de un cuerpo a otro y se van haciendo cada vez más viejas, hasta que finalmente aprenden a conocer el Bien y dan la espalda al Mal. Sólo entonces pueden abandonar este infierno terrenal. Puedo demostrarlo.

- ¿Acaso fuiste una mosca o algo así en una vida anterior? - dijo Amaury malhumorado.

- ¿Una mosca?

Amaury le contó lo que Pedro Mir le había dicho la primera vez que se vieron cuando quiso matar una mosca. Ella rió.

- Sólo regresan a los cuerpos que tienen sangre, los de los hombres, los animales o los pájaros. Mir te tomó el pelo. No se fiaba de ti, intentaba averiguar cuánto sabías de nuestra fe y hasta dónde habías llegado como Bonn Homme.

- No muy lejos.

- No, nunca quieres escuchar las prédicas. Por ello no conoces la historia del Bon Homme que recordó algo que le había sucedido en una vida anterior.

Vio que él enarcaba las cejas, pero aparte de esto no reaccionó.

- El alma de aquel hombre había pasado después de una muerte anterior al cuerpo de un caballo. De su vida como caballo recordaba que había sido propiedad de un señor y que una noche cabalgaba con él persiguiendo a un enemigo. Avanzaban por un terreno rocoso y su casco quedó atascado en la grieta de una roca. Lo recordó porque le dolió mucho al intentar soltarse, y cuando por fin lo consiguió, perdió la herradura. Al morir el caballo, su alma regresó al cuerpo de un hombre y esta vez se convirtió en un Buen Cristiano. Trabajando y predicando fue recorriendo el país con su compañero, como hacen todos los Bons Hommes, y un día llegaron a la zona donde en su anterior vida había realizado aquel recorrido nocturno. Reconoció el lugar y le dijo a su compañero que en una vida anterior, cuando era caballo, había perdido allí una herradura. El otro lo creyó inmediatamente y se ofreció a ayudarle a buscar. Juntos exploraron el terreno y al poco encontraron la grieta. La herradura seguía atrapada allí.

Durante todo ese tiempo, Amaury había mantenido la mirada fija en su espada. Entonces levantó la vista. Colomba le sonreía.

- Sucedió de verdad. Yo misma he visto la herradura. ¿Nunca has tenido la sensación de que llegabas a algún lugar y pensabas "ya he estado antes aquí", aunque estabas seguro de no haber puesto nunca los pies en ese lugar?

Él asintió titubeante.

- Estamos aquí, en este mundo, para hacer penitencia por el pecado que hemos cometido en el cielo, cuando los ángeles sucumbieron a las tentaciones del diablo. Pero hay una diferencia, algunos han pecado más que otros, pues algunos ángeles deseaban más que otros abandonar el cielo. Por ello algunas personas necesitan más tiempo para acabar, en un cuerpo bueno, en manos de los Buenos Cristianos. Finalmente, todas las almas se reunirán con su espíritu celestial, también las de quienes ahora son católicos. Sólo que los que llevan una mala vida tardarán más en llegar. El infierno no existe. Sólo existe el fuego en que se consume el alma mientras no ha encontrado un nuevo cuerpo para regresar. Nadie va al infierno, Amaury. Tú tampoco.

- ¿Qué pasará entonces con el mundo y el diablo, cuando todas las almas regresen al cielo?

- En cuanto la última alma haya abandonado la tierra y haya regresado al paraíso celestial, el Mal desaparecerá del mundo y con ello el propio mundo, que es creación del maligno. Los cuatro elementos se unirán, como está escrito en los libros sagrados, y no

quedará nada. El dios de las tinieblas, que es incapaz de crear algo eterno, quedará encerrado por su propia impotencia en la nada que perdurará eternamente. La herida que ha infligido a la eternidad se habrá curado.

Amaury empezó a enfundar lentamente la espada.

- Sabes explicarlo muy bien, Colomba. Parece indiscutible. Pero ¿qué hago yo con la herida de la eternidad? Ya tengo bastantes cicatrices en mi alma. Antes envidiaba a mis hermanos y a mi primo, porque eran más fuertes y porque luchaban mejor que yo. Intentaba superarlos siendo más listo que ellos. Se lo hacía notar incordiándolos con preguntas para las que no tenían respuestas. Su única defensa era tratarme de estúpido. Sobre todo Guillermo. Fastidiarle a él me causaba el mayor placer porque siempre conseguía enfurecerlo. Ahora está muerto y yo soy como ellos. - Con un golpe seco hundió la espada en su funda - . Antes, luchar era un juego hermoso, un arte noble. Vosotros me habéis enseñado a matar a mi propio pueblo. Soy un traidor.

- ¿Qué esperabas cuando decidiste luchar bajo el estandarte de Pedro Mir? Querías protegernos, ¿no?

Él soltó una risa corta y desdeñosa.

- Protejo la vida de personas que por lo visto ansían morir.

- No tienes derecho a decir eso. No buscamos la muerte. Sólo que no podemos huir de ella. Has elegido bien, Amaury. Proteges a las personas que amas.

- Yo también amaba a mis hermanos y a mi primo. Amaba a Simón de Montfort.

- Eso es algo que no puedo comprender. ¡Ese hombre es el mismísimo demonio!

- No para aquellos a quienes ama. Arriesga su vida por sus amigos.

Colomba se levantó repentinamente.

- ¡Entonces, por qué no vuelves a su lado!

- No puedo hacerlo. Me mataría.

- ¿Eso quiere decir que estás aquí tan sólo por tu propia seguridad?

Estaba de pie delante de él, plantada en jarras y lo miraba indignada desde lo alto, cual pájaro negro con las alas alzadas dispuesto a emprender el vuelo, hacia el cielo, pensó él. ¡Cuánto había cambiado desde aquel día en que la vio en Béziers, hacía ya más de un año! La grácil muchacha se había convertido en una mujer. ¡Y pensar que entonces ya le había parecido tan adulta!

- Estoy aquí porque yo...

Se detuvo bruscamente. Por supuesto, no podía decirle que la amaba, eso era inconcebible. Haría el ridículo. Además no estaba seguro de qué sentimientos abrigaba ella por él. En diversas ocasiones, las mujeres de la casa en la que ella vivía le habían dicho que no estaba. Le decían la verdad, de eso estaba seguro, pues las Bonnes Dames no mentían nunca. Pero ¿dónde se metía? ¿Por qué se escondía de él? Intentó cambiar de conversación.

- Tengo miedo de que te suceda algo terrible. No te vistas más de negro, es demasiado peligroso. Ahora hay Buenos Cristianos que llevan ropas azules, para no ser reconocidos.

Ella negó con la cabeza, lenta y firmemente.

- Se acercan cada vez más, Colomba. Una vez hayan conquistado Termes, llegarán hasta aquí. ¿Crees que Montfort dejará que su amigo Bouchard de Marly se pudra para siempre en vuestras mazmorras? Si ha esperado es porque aún no ha llegado el momento. Volverá, te lo aseguro.

- No tengo intención de colgar mi túnica y menos por él. Y además, Termes es invencible.

- No lo es. El señor Raimundo ya negoció en una ocasión sobre las condiciones de la rendición.

- Porque se habían quedado sin agua. Pero ¿acaso no se desencadenó una tormenta aquella misma noche? - Volvió a sentarse a su lado en el borde del puente. A sus pies, el Grésilhou se precipitaba contra las rocas - . Gracias a esa lluvia torrencial vuelven a tener suficiente agua para meses. Tus sacerdotes católicos lo llamarían una señal del cielo, un milagro. Vosotros diríais que Dios está de vuestra parte. El agua es una materia terrenal y por tanto demoníaca. Satanás está jugando con vosotros. Termes no caerá.

- Eso sólo demuestra que el señor Raimundo está dispuesto a humillarse ante los cruzados. Si la necesidad le ha obligado a hacerlo una vez, puede volver a ocurrir.

- Pronto será invierno, Amaury. Termes está repleto hasta los topes de provisiones y ahora hay agua de sobra. Serán los cruzados quienes pasen penurias, tendrán que soportar el mal tiempo en las montañas. Ya han partido algunas de las tropas que habían servido la cuarentena. Si no llegan refuerzos, y en invierno no llegarán, a Montfort no le quedarán suficientes hombres para mantener el asedio. Ya verás que entonces se retirará con las orejas gachas.

- ¿Cómo es que estás tan enterada? ¿Quién te da tantas noticias? ¿Tiene esto que ver con las veces que has desaparecido de repente sin que nadie quisiera contarme dónde estabas?

Colomba apretó los labios.

- ¿Y si resulta que no tienes razón? Entonces Montfort llegará hasta Cabaret. ¿Qué harás entonces, Colomba? - No osó pronunciar la temida palabra. ¿La hoguera?

- Confío en que podré huir a tiempo.

- Pero no quieres renunciar a la túnica negra. Estás jugando con tu vida.

Ella se encogió de hombros.

- O sea, que yo tengo que arriesgar la mía para salvar la tuya. Es eso, ¿no?

- No tienes por qué salvar mi vida. La vida no es más que un calvario, trabajos forzados al servicio del demonio. Si quieres puedes librarte, como yo.

Su voz sonaba menos convencida que otras veces. Por un momento todo quedó en silencio, salvo el sonido de la cascada.

- Colomba, ¿dónde estás cuando no estás?

Lo miró de hito en hito sin decir nada. Después apartó la mirada.

- Tengo que irme. Me espera mi trabajo. Ya nos veremos.

Se levantó de un salto y se alejó. Demasiado apresurada, pensó Amaury, ¿o eran tan sólo imaginaciones suyas?

CABARET Finales de enero de 1211

La nueva reserva de agua, que durante un breve espacio de tiempo parecía que iba a ser la salvación de Termes, acabó siendo su perdición. El agua se contaminó por los cadáveres de ratas y alimañas que habían caído en los pozos durante la sequía. Los que de ella bebieron enfermaron y murieron. Fue a finales de noviembre cuando, en lo más oscuro de la noche, los desesperados supervivientes intentaron escapar de su destino pasando por delante del campamento de los cruzados. Pero fueron descubiertos. Los cruzados pasaron a cuchillo a todos los que se les pusieron delante, tras lo cual persiguieron a los que intentaban huir. También apresaron al señor de Termes, que desapareció para siempre en los calabozos de Carcasona

Librodot

Entre tanto, los legados del papa habían arrinconado con astucia al conde Raimundo de Tolosa. Para evitar que se defendiera ante un concilio, celebrado durante el verano de 1210 en Saint Gilles, los legados simplemente le habían tapado la boca. El conde había quebrantado su juramento en diversos aspectos secundarios y ello les daba razones para suponer que no vacilaría en volver a cometer perjurio en los dos juicios pendientes contra él: uno por la muerte del legado papal Pedro de Castelnau y otro por proteger a la herejía. Por esta razón, los legados le retiraron el derecho a hablar, privándole así de toda posibilidad de defenderse. Con lágrimas en los ojos tuvo que oír una vez más cómo lo excomulgaban.

Para colmo de males, Tolosa, su ciudad, se dividió en dos bandos: la hermandad blanca, que apoyaba a los cruzados, y la hermandad negra, favorable al conde y a los herejes.

En enero, sin saber ya a qué santo encomendarse, viajó a Narbona para mantener conversaciones con Simón de Montfort, el abad Arnaud Amaury y el rey Pedro de Aragón. Montfort, que entre tanto había reconquistado todos los territorios perdidos, a los que había añadido nuevas conquistas, se hincó de rodillas ante el rey y suplicó que le permitiera rendirle vasallaje. El soberano acabó aceptando ante la insistencia de los legados y reconoció a Montfort como su vasallo. Acto seguido, el rey Pedro respondió personalmente de la neutralidad del conde de Foix, sin contar por cierto con la aprobación del propio conde, quien consideraba a Simón de Montfort su enemigo declarado.

En Montpellier, donde se reanudaron las conversaciones, el abad Arnaud Amaury hizo una propuesta generosa e inesperada al conde de Tolosa: si se reconciliaba definitivamente con la Iglesia y expulsaba a todos los herejes de sus dominios, podría conservar sus propiedades. Incluso podría aumentar su territorio con una parte de las tierras confiscadas a los herejes. Pero al formular tales exigencias, que eran totalmente inaceptables, el abad se aseguraba de que el conde no aceptaría este "misericordioso favor", como lo llamó el eclesiástico. En efecto, Raimundo de Tolosa no tenía la menor intención de convertirse en el instrumento de quienes saqueaban sus tierras, mutilaban a sus súbditos, violaban a mujeres y muchachas, y enviaban a la hoguera a ciudadanos indefensos. Se negó en redondo a dejar marchar a sus mercenarios, a destituir a los judíos de sus cargos, a desmantelar los castillos que poseía, a expulsar a sus caballeros de las ciudades para que vivieran como labradores en el campo, a condenar a sus súbditos a un largo ayuno y a entonar el mea culpa y zarpar, él mismo, por tiempo indefinido a Tierra Santa.

Por fin, el conde Raimundo comprendió que lo que querían los representantes del papa era destruirle a él y a los caballeros occitanos. Por ello ni siquiera se dignó responder a las desmedidas exigencias y partió a la mañana siguiente, de madrugada, para advertir a sus súbditos de que, en lugar de una reconciliación, los legados le habían hecho una declaración de guerra.

El conde de Tolosa no era el único desanimado por el avance del ejército cruzado y el astuto juego de los legados papales. Incluso antes de que se dieran por concluidas las conversaciones en Montpellier, Pedro Mir congregó a sus hombres. Su hermano, cuyos soldados también se hallaban reunidos allí, estaba a su lado. Mir miraba al frente con el ceño fruncido. Saint - Michel daba la impresión de estar abatido.

- Las circunstancias nos han obligado a tomar una decisión que os incumbe a todos, - empezó diciendo Pedro de Saint - Michel - . El rey ha reconocido a Simón de Montfort como su vasallo.

- El rey nos ha dejado en la estacada. Nuestro juramento de lealtad a la casa Trencavel ha perdido todo valor, - gruñó Mir.

- Quien todavía se resista a Montfort, se resistirá a su rey, - prosiguió Saint - Michel.

Amaury escuchaba tenso. Tenía que acostumbrarse aún a que cuando los antiguos vasallos de Trencavel hablaban del rey, se referían a Pedro de Aragón. Para él, el rey seguía siendo el soberano que residía en París.

- El rey ha aceptado ese cambio de poder. Prefiere evitar que se extienda el conflicto y a través de esta reconciliación quiere lograr una paz duradera con los invasores.

- Nos ha traicionado. Su corazón no está aquí, sino en España. Quiere derrotar a los sarracenos, - le interrumpió Mir.

Su hermano volvió a tomar la palabra apresuradamente, antes de que Mir pudiera seguir escupiendo su amargura.

- No nos queda otra alternativa que jurar lealtad a nuestro nuevo señor. Hemos de abandonar cualquier esperanza de poder recuperar nuestras posesiones de otra manera. En estos momentos, nuestro mensajero se dirige hacia Carcasona para anunciar nuestro sometimiento. En cuanto recibamos la noticia de que Montfort está dispuesto a aceptar nuestro vasallaje, abandonaremos Cabaret. - Lo dijo resignado, como si no estuviera convencido de que fuera la decisión correcta.

- Dios está del lado de los cruzados. Su avance es imparable. Nos hemos equivocado, - dijo Mir sombrío.

- ¡Esto no significa que nos hayamos puesto en contra de la Iglesia de Dios! - protestó Saint - Michel - . Seguiremos protegiendo a los Buenos Cristianos hasta la muerte, sea como sea.

Nadie lo dudaba ni por un instante. A fin de cuentas, antes de la rendición de Fanjeaux, el caballero se había asegurado de que su esposa, quien, como él, era creyente de la Iglesia de Dios, estuviera a salvo en Montségur. También Mir había sido desde siempre un seguidor del Verdadero Cristianismo.

- Nuestros soldados de Fanjeaux tienen por supuesto el deber de regresar con nosotros, - dijo Saint - Michel - . Los caballeros que se nos han unido por voluntad propia quedan eximidos de cumplir su promesa de seguirnos. El señor Pedro Roger de Cabaret los recibirá con los brazos abiertos.

No quiso decir más, pero su triste figura era muy elocuente. Por lo visto, la decisión que habían tomado le gustaba menos que a su hermano, quien le palmeó el hombro para animarlo y le susurró al oído algo que le hizo sonreír débilmente.

Amaury se preguntó cómo serían recibidos los dos caballeros de Fanjeaux por Montfort. Si el comandante era sensato, no les pondría demasiadas trabas. A fin de cuentas, la salida de ambos de Cabaret significaba una sensible pérdida para las tropas de Pedro Roger. Pero ¿sería Montfort tan indulgente y dejaría que la ventaja estratégica primara sobre sus ansias de venganza? ¿Les creería cuando se arrodillaran ante él y le juraran lealtad? Sin duda sabía que no estaban en absoluto convencidos de su decisión. Era totalmente increíble que estos dos hombres dieran de súbito la espalda a los Buenos Cristianos y defendieran la causa de ese otro Dios, que no era el suyo. ¡Eran unos traidores! Peor aún, ¡traidores de su propia fe!

Invadido por un arrebato de náusea dio la espalda al espectáculo y dando codazos empezó a apartar coléricamente a sus camaradas, que se tragaban la rendición como si fuera lo más normal del mundo, ¡hijos de Judas!

Cuando se hubo alejado de ellos y hubo alcanzado la senda que conducía desde las tres torres hasta el valle, contuvo de repente sus furiosos pasos. Hijos de Judas, así había llamado él a los herejes cuando partió hacia el sur con los cruzados. No porque renegaran de la herejía, sino precisamente porque la apoyaban. ¿Quién había renegado aquí de su fe,

quién era en realidad el traidor? ¿Qué le había sucedido para que ahora viera las cosas al revés? Por lo visto esta guerra lo trastocaba todo y a todos, la gente cambiaba como si nada de bando y de Iglesia, nada era sagrado, ya no existía verdad alguna. Recordó el modo en que Mir le había ofrecido el jamón cuando quiso anular el consolamentum. ¡Como si bastara un simple pedazo de carne para cambiar de Dios!

Incluso Montfort echaba agua al vino. También él consideraba que el fin justificaba los medios. Más tarde, cuando Mir y Saint Michel comparecieran ante él, se cuidaría mucho de mencionar los vínculos de éstos con la herejía, de mentar a su madre que se escondía en algún lugar por ser perfecta o de preguntar por la esposa de Saint - Michel que permanecía con los herejes de Montségur.

Volverían a Fanjeaux, donde asentaba sus reales un fanático suprior español, llamado Domingo, que llevaba ya varios años intentando convertir a los herejes de Occitania. Las historias que le habían contado acerca de este misionero parecían indicar que estaba impulsado por el mismo fervor sagrado que los propios herejes, a quienes combatía con sus propias manos. Envuelto en un hábito sencillo, recorría el país predicando con suma humildad y pobreza, y aspiraba con la misma pasión que ellos a una buena muerte, que le llevara al reino eterno en el más allá. Lo que más ansiaba era entrar en el cielo ciñendo la corona de mártir. Los cruzados decían que el misionero tenía un carácter tan encantador que nadie era capaz de resistírsele. En cambio, los Buenos Cristianos contaban que no había conseguido ganar a muchos para su fe, seguramente porque era famoso por las duras penitencias que imponía a quienes se convertían. Acosaría a Mir y Saint - Michel con sus ansias de conversión y los paralizaría con sus castigos, o tendría que respetar a los guerreros heréticos, si ello le convenía más a Montfort en el marco del sometimiento del pueblo occitano?

¿Qué diría el hermano Domingo de un cruzado que había recibido el consolamentum y que protegía a los herejes? No, a Amaury no se le había perdido nada en Fanjeaux. En su caso no valían las reglas de excepción. Había traicionado a la Cruzada, había escupido a Dios en la cara. Su temor por el castigo que pendía sobre su cabeza era por lo pronto más grande que el sentimiento de culpa que arrastraba consigo. Un largo calvario en alguna mazmorra sofocante o la terrible muerte reservada a los traidores era una pesadilla tan aterradora que parecía peor que la amenaza mucho menos concreta del infierno. Hubiera preferido morir con las botas puestas, defendiendo a las personas a las que había acabado queriendo como si fueran su propio pueblo, por muy herejes que fuesen.

Aquella noche, Amaury tuvo un extraño sueño. Se encontraba en una sala que se parecía mucho a un scriptorium, donde los monjes solían inclinarse sobre los manuscritos para leer o copiarlos. Esta estancia tenía ventanas a ambos lados, por las cuales entraba una luz brillante. A la cabeza de la sala había una mesa y sobre ella un libro grueso. Junto al libro había un candelabro con una sola vela encendida. Sin que nadie se lo hubiera dicho, Amaury supo que se acercaba el fin del mundo. El sol se apagaría, mas su luz seguiría brillando mientras permaneciera encendida la vela junto al libro. Mientras pensaba en ello, empezó a notar cómo disminuía la fuerza de la luz que entraba por las ventanas. En esta estancia, que por lo visto era el último refugio de la humanidad, se habían congregado algunos para escapar de su destino. Ancianos y ancianas, madres con sus hijos, y personas de todas las edades y clases se agolpaban en la sala. Sin embargo, reinaba un solemne silencio que presagiaba un terrible desastre. Todos sabían que había una posibilidad de salvarse, mas les quedaba poco tiempo, tal vez demasiado poco. Había que leer por completo el libro antes de que se consumiera la vela.

Por esta razón, alguien estaba sentado a la mesa, leyendo el libro en voz alta. Narraba el volumen la historia de un hombre que erraba por el mundo, y quien se asomara a la ventana podía verlo caminar, en uno u otro país lejano. Aquel hombre era el único que podía salvarlos. Si era capaz de llegar a tiempo hasta la sala, algo que sólo sucedería en la última página del libro, volvería la luz y seguiría brillando eternamente. Si no lo lograba, el mundo quedaría envuelto en tinieblas, un frío gélido caería sobre la tierra y helaría todos los mares y ríos, y en ella no podría sobrevivir ningún hombre.

La tensión era insoportable. Le quedaban aún muchas páginas por leer y la vela se hacía cada vez más pequeña, mientras la cera goteaba continuamente sobre la mesa. Aunque ya no estaba permitido, Amaury miraba de reojo una de las ventanas. Abajo, en la profundidad, se extendía el campo bajo la creciente oscuridad y en la lejanía entre penumbras vio a este hombre que caminaba apresurado como si también él intentara llegar a tiempo. La lectura avanzaba a un ritmo desesperadamente lento, la cera goteaba, quedaba aún una página. Fuera, la oscuridad era casi completa. El demonio envolvía el mundo con un enorme manto negro, y su apestoso aliento llenaba la estancia. La vela apenas tenía oxígeno y a la luz de la llama parpadeante pasó la última página. Abajo, en la profundidad, alguien llamó a la puerta. Amaury sintió como si intentaran estrangularlo. La luz de la vela brilló por un instante y empezó a apagarse hasta que en la oscuridad sólo pudo verse la mecha incandescente. En aquel preciso momento se abrió la puerta. Entró el hombre y con él la luz del sol que penetró con toda su gloria por las ventanas.

Al día siguiente, Amaury fue a la casa de las Bonnes Dames en que vivía Colomba. No la encontró y de nuevo nadie quería o podía decirle adónde había ido. Después se dirigió al taller de los Bons Hommes de Cabaret y se arrodilló ante el más anciano de la casa. Con sus manos sobre el libro del evangelio de san Juan aceptó la convenenza, el contrato que le garantizaba que cuando llegara su última hora recibiría el consolamentum, aunque hubiera perdido el conocimiento o no fuera capaz de formular las palabras pertinentes.

CABARET Principios de marzo de 1211

Por supuesto, Colomba se había enterado. No lo decía, pero se le notaba. Estaba feliz. Sus conversaciones ya no estaban dominadas por el conflicto entre dos creencias contrarias, y eso era un alivio para Amaury. Sólo le explicaba algo si él se lo pedía. A partir de aquel momento Amaury empezó a asistir a las reuniones de los Buenos Cristianos. Tenía que hacerlo, pues el señor de Cabaret acudía con regularidad a las predicaciones y sólo quienes lo acompañaban en tales ocasiones gozaban de su plena confianza.

Aparte de esto, la vida en Cabaret seguía su curso. Ahora que Amaury tenía acceso al castillo de Pedro Roger, le asombraba que en su corte y la de su hermano Jordán se celebraran fiestas como si nada ocurriera. Todos los sucesos que habían tenido lugar desde el ataque del ejército de los cruzados no podían impedir que allí todo el mundo cantara y bebiera a su antojo. Dado que los trovadores famosos evitaban la zona de guerra, doña Brunisenda, la esposa de Pedro Roger, se dejaba admirar por poetas y trovadores de menos talento. Los escuchaba amablemente mientras ellos alababan sus virtudes, pero no se dignaba mirarlos cuando le pedían algo más que un gesto indulgente.

Mayor aún fue la sorpresa de Amaury cuando un día descubrió que Colomba asistía al banquete, armada con su propio cuenco y su propia copa para evitar que alguna migaja de comida prohibida se metiera en su frugal ración de pescado y verdura. La razón de su presencia era para él un completo misterio. No formaba parte de la corte y a él le parecía que desentonaba mucho con su túnica negra entre los suntuosos ropajes de brocado de los

caballeros y las damas de la nobleza. Su atención se desvió pronto hacia Orbrie, una beldad temperamental de cabellos negros que provocaba a todos y que sabía bailar como ninguna y por consiguiente era el centro de la fiesta. Provenía de una familia adepta al Verdadero Cristianismo y se murmuraba que el señor Jordán quería tomarla por esposa.

A principios de marzo, la alegría se acabó súbitamente. Desde hacía algún tiempo se especulaba que Simón de Montfort pretendía atacar de nuevo Cabaret. En sí, aquello no era ninguna sorpresa. Ahora que el rey de Aragón había vuelto la espalda a sus vasallos, que el conde de Foix había de mantener por fuerza la neutralidad, que Pedro Mir y Pedro de Saint - Michel se habían sometido al comandante y que no cabía confiar en la ayuda del conde Raimundo de Tolosa, Cabaret estaba sola. Con la llegada de nuevos cruzados y la cercanía de la primavera, Montfort podía estar seguro de cercar con más éxito que antes el bastión de los tres burgos.

Una noche, Colomba fue a contarle que se habían celebrado conversaciones en el castillo. El señor de Cabaret había congregado a los Bons Hommes que le asesoraban a la hora de tomar decisiones importantes. Por lo visto, el motivo había sido la llegada de un correo procedente de Carcasona. Colomba advirtió a Amaury de que se pusiera en guardia. A la mañana siguiente muy temprano se decretó una orden por la cual todos los Buenos Cristianos que se hallaran en territorio de Cabaret debían prepararse de inmediato para partir. Justo después, los caballeros fueron convocados en la sala del señor Pedro Roger, que los esperaba enfundado en sus mejores galas. Junto a él estaba su hermano Jordán, acompañado de Orbrie, y al otro lado lo flanqueaba Brunisenda, que también iba vestida como si se tratara de un acontecimiento festivo.

- Hombres, - dijo el señor del castillo con voz emocionada - , nuestro espía en Carcasona nos dice que el enemigo está a punto de atacar Cabaret. Es vuestro deber y también el nuestro proteger a todos los que se hallan en nuestro territorio, y a todos los súbditos de Cabaret. No disponemos de suficientes soldados para organizar un ataque y si nos expusiéramos al calvario de un asedio desesperado, no podríamos servir a todos aquellos que dependen de nuestra protección. Por estas razones hemos decidido entregarnos, mas no al nuevo vizconde de Carcasona. Intentaremos cambiar nuestra herencia por otro feudo. He explicado esta propuesta a nuestro prisionero, el caballero Bouchard de Marly, señor de Saissac, y le he ofrecido la libertad a cambio de determinadas garantías. Si estamos bien informados, debido a sus lazos de parentesco y amistad con Montfort, tiene suficiente peso para darnos garantías y suficiente influencia ~ para poder cumplir sus promesas. Ni que decir tiene que sólo dejaremos marchar al prisionero cuando hayamos puesto a salvo a los Buenos Cristianos. Por consiguiente, la rendición no tendrá lugar hasta la noche.

Su declaración provocó una profunda consternación. Sólo Amaury fue presa del pánico. Confiaba en poder acompañar a los Buenos Cristianos hacia su nuevo refugio, pues así podría proteger a Colomba y él estaría también a salvo. ¿Qué debía hacer si el señor Pedro Roger le ordenaba seguirle hacia el nuevo feudo en territorio ocupado? ¿Qué pasaría si se topaba con Bouchard y éste lo reconocía? Poco a poco empezó a percatarse de que el señor de Cabaret no esperaba su aprobación. No era como Montfort, quien siempre consultaba a sus caballeros y escuchaba sus consejos. Aquí todo estaba cocinado de antemano. A fin de cuentas, no había tiempo que perder, los cruzados podían emprender en cualquier momento el avance hacia Cabaret.

Inmediatamente después de que los señores de Cabaret hubieran tomado su decisión, doña Brunisenda había mandado abrir los baúles donde se hallaban las ropas de su esposo y había escogido una camisa de seda y un suntuoso sobretodo con un manto a juego. Habían

mandado llamar a un herrero para que quitara los grilletes al prisionero. Habían enviado a algunos criados armados de ropas, jofainas y cuchillas de afeitar al calabozo de Bouchard, para que pudiera comparecer con dignidad, no sólo como prisionero, sino como un huésped apreciado. Amaury comprendió que los caballeros sólo habían sido convocados en el castillo para dar un recibimiento impresionante al noble francés. Tenía que irse de allí, pero ya era demasiado tarde. El heraldo pidió silencio, indicó a los caballeros y a sus escuderos que se separaran en dos filas para formar un pasillo de honor, golpeó el suelo con su vara, y con aire de suficiencia abrió la puerta de la sala de armas.

- ¡El señor Bouchard, señor de Marly y Saissac!

El rostro moreno y curtido de Bouchard se había tornado tan blanco, tras casi año y medio de prisión, que su palidez recordaba a la de un enfermo. Por lo demás no había cambiado nada. Tenía buen aspecto, aparte de que su figura se había hinchado un poco y sus músculos se habían debilitado a causa de su existencia forzosamente inactiva. En otras circunstancias, Amaury se habría acercado al antiguo camarada de Montfort y quizá lo habría abrazado. Sin embargo, ahora quisiera ser invisible. El francés entró lentamente en la sala y parpadeó debido a la intensa luz que entraba por las ventanas. Los caballeros irguieron la espalda, mientras los señores de Cabaret miraban muy serios al frente. Brunisenda, con el rostro imperturbable, era la única que se había sentado y Orbrie echó los hombros hacia atrás haciendo resaltar sus pechos bajo la túnica de seda bordada en oro. El cruzado recorrió con la mirada los rostros a su derecha e izquierda, como si quisiera grabarlos en la memoria. Amaury sudaba, sentía el corazón palpitar en la garganta. Hubiera preferido esconderse detrás de las anchas espaldas de su vecino. ¿Qué posibilidad había de que Bouchard, después de su largo confinamiento en soledad, reconociera a un conocido en un lugar donde su cara no debería estar? Bouchard se acercaba, miró a su izquierda y después volvió otra vez la cabeza a la derecha hasta que pasó delante de Amaury. Entonces se detuvo. Cegado por un haz de luz que atravesaba la sala como una espada brillante entre la luz atenuada, entornó los ojos hasta casi cerrarlos y por las rendijas observó larga y detenidamente el rostro del otro. Después lo examinó de pies a cabeza. El joven caballero se esforzaba por adoptar una actitud neutral, evitando al máximo la mirada escrutadora del francés. ¿Tal vez dudara Bouchard al verlo tan cambiado? Ya no era el larguirucho, el barbilampiño que había salido de Poissy hacía casi dos años. Además, llevaba el pelo más corto de lo que se estilaba en el norte y no peinado hacia atrás, sino con la raya en medio, como la mayoría de los occitanos. La pelusa de su barbilla se había convertido en una espesa barba que tenía que verse claramente, pues hacía algunos días que no se afeitaba. Sus hombros y su pecho eran más anchos y sus miembros más musculosos que antes. ¿Acaso Bouchard, en el momento en que Pedro Mir y Pedro de Saint - Michel le tendieron la emboscada, sabía ya que el menor de los hijos de Poissy había caído en Alaric? La mirada de Bouchard pasó al siguiente caballero en la fila y Amaury se disponía a respirar tranquilo cuando, de súbito, el francés volvió a mirarlo. Parecía como si dudara y abrió los labios como queriendo decir algo. Amaury buscaba febrilmente un modo de dejarle claro que él era otro, sin que su voz lo delatara. Su garganta estaba seca. Le costó mucho reunir la suficiente saliva y moverla con la lengua hacia adelante. Mientras tanto se esforzaba por mirar a Bouchard con una vehemencia cargada de odio. Con una mirada de desprecio escupió en el suelo entre los dos. Todos los presentes contuvieron la respiración. De inmediato, los caballeros que se hallaban a su lado lo cogieron por los brazos para controlarlo, temiendo que atacara al francés. Casi podía sentir la mirada furiosa de Pedro Roger. Al mismo tiempo se sonrojó, no de ira, como creían los demás, sino de vergüenza. Las facciones de Bouchard se endurecieron, su mano saltó al lugar donde llevaba la daga

colgada del cinto, pero la dejó descansar sobre la empuñadura. Al parecer, comprendió a tiempo que era menester ser diplomático y que por ello aquel insulto habría de quedar impune. Dueño de sí mismo, volvió la mirada hacia la otra fila. Una vez hubo llegado al final del pasillo de honor, se dirigió al señor de Cabaret.

- Lamento no encontrar aquí a los dos caballeros a quienes debo mi cautiverio. Me hubiera gustado intercambiar algunas palabras con ellos, - dijo agriamente.

- Los caballeros de Fanjeaux han partido antes que nosotros, - le respondió el señor Pedro Roger. No añadió que sus filas estaban enormemente diezmadas a causa de la partida de Pedro Mir y Pedro de Saint - Michel. La pérdida de estos fervientes guerreros y sus soldados había sido una de las principales razones por las que decidió no resistir más al enemigo - . Se han rendido en Carcasona al señor Simon de Montfort. Yo prefiero poner mi persona y mi castillo en vuestras manos porque me he dado cuenta de que sois un hombre sabio y honrado al que tengo en alta estima. Os confío mi vida y la de mis allegados, así como la de mis súbditos, y os entrego todo lo que poseo. Renuncio a mi libertad y os devuelvo la vuestra, con la esperanza de que pagaréis mi favor y mi confianza con la misma generosidad.

Lo que quería decir era que se entregaba incondicionalmente y que, en contrapartida, no esperaba condiciones humillantes, sino otro feudo a cambio del suyo.

El señor Jordán pronunció palabras del mismo estilo y dijo que el ex prisionero era sincero y un hombre de carácter que no se rebajaría a hacer promesas falsas. Bouchard de Marly escuchó en silencio las adulaciones de sus anfitriones. Durante dieciséis meses había carecido de noticias y había tenido que creer lo que le contaban sus enemigos. Anhelaba la libertad y deseaba ver a sus amigos. Si rechazaba la propuesta, sin duda lo matarían. ¿Estaban en una situación tan desesperada que no les quedaba más remedio, o acaso por fin habían entrado en razón y optaban por una rendición sin resistencia, algo que ahorraría a todos, y por tanto también a Montfort, muchos disgustos y los costes de un largo asedio? Si aceptaba la propuesta, Cabaret, la fortificación que los cruzados tanto codiciaban, caería en su regazo como una manzana madura. Llevaba reflexionando sobre ello desde la noche anterior y su decisión era firme, pero los dejó aún unos momentos en la incertidumbre mientras miraba uno por uno a los miembros de la casa de Cabaret. Sus ojos empezaban a acostumbrarse a la luz de la sala. Ahora advirtió la sonrisa provocadora en la comisura de los labios de Orbrie, quien respondió a su atención con un guiño.

- Nunca he traicionado a nadie, ni he inducido a nadie a hacerlo, - respondió con el debido orgullo.

Sus palabras atravesaron el alma de Amaury como una espada abrasadora. Sabía que el noble decía la verdad. Lo conocía suficientemente bien como para saber que cumpliría todas sus promesas. Montfort se alegraría tanto por el regreso de su buen amigo que no le negaría nada. Pensar en ello le hacía sentirse miserable. Dieciséis meses en los calabozos de Cabaret no habían convertido a Bouchard en otro hombre. Seguía siendo fiel a su fe y a su señor. ¿Qué era él, Amaury, que había traicionado a todos y a todo, sino un miserable desertor? Había estado tan seguro del significado de su extraño sueño, pero ahora empezaba a tener serias dudas de si lo había interpretado correctamente.

- Acepto vuestra propuesta y os doy mi palabra de honor de que cumpliré mis promesas y nunca os traicionaré. Lo juro por la Virgen María, - dijo Bouchard, y para dar más énfasis a sus palabras, se santiguó.

Por un momento, en la sala pudo sentirse una gélida tensión. Sin duda los había horrorizado el gesto de Bouchard, pero sobre todo sus dolorosas palabras. Los Buenos

Cristianos condenaban cualquier juramento como si se tratara de un crimen. El señor Pedro Roger carraspeó.

- Señor Bouchard, os invito a ser mi huésped hoy para que podamos discutir en buen entendimiento los detalles de nuestro acuerdo. Más tarde, antes de vuestra partida, os ruego aceptéis tomar la comida conmigo y mis allegados.

Acompañó estas palabras con un gesto cortés, mientras calculaba cuánto tiempo necesitaría para poner a salvo a los Buenos Cristianos. El francés no podía salir hacia Carcasona antes de la noche. Esto les daría por lo menos una jornada de ventaja, sin contar con el tiempo que necesitarían los cruzados para celebrar la vuelta del noble antes de ponerse en camino.

- Señor Pedro Roger, os agradezco vuestra hospitalidad y acepto con sumo gusto vuestra invitación, - respondió Bouchard con una inclinación igualmente cortés.

- Permitidme, - dijo el señor del castillo afablemente - , que os deje un momento a solas con el señor Jordán y las damas. Estarán encantados de distraeros.

Orbrie fue la primera en acercarse a él. Su penetrante risa inundó la sala. Brunisenda se unió a ellos y dijo que le habían contado que el francés era poeta. Sentía curiosidad por sus versos.

Los caballeros apenas habían abandonado la sala cuando el señor Pedro Roger se abalanzó sobre Amaury. El joven volvió a quedarse sin sangre en las venas. ¿Qué debió de pensar el señor de Cabaret de su inexplicable interés por el prisionero? El noble se detuvo ante él resollando como un toro.

- ¡Idiota! ¡Tu estupidez podría haber echado a perder todo el plan! Puedes estar satisfecho de que ese hijo de puta francés haya hecho caso omiso de tu grosero agravio.

Aunque sus rodillas aún no se habían repuesto del susto pasado en la sala de armas, ahora Amaury temblaba de indignación por aquel insulto. Quería defender a Bouchard, pero se guardó mucho de expresar semejantes palabras. El otro aún no se había desahogado del todo.

- ¡Si hubiera exigido una satisfacción, habría corrido sangre! Por lo visto ha sido más sensato que tú y ha comprendido que éste no es momento para el rencor, sino para la sensatez.

El joven tartamudeó unas palabras de arrepentimiento.

- Te había elegido para que lo escoltaras con otros dos hombres hasta Carcasona porque según Mir hablas su idioma. Pero veo que era una mala idea. Me traen sin cuidado las cuentas que tengas pendientes con él, o él contigo, con tal de que te mantengas alejado de él.

Tal vez creía que Amaury había formado parte de la patrulla que había tendido la emboscada a Bouchard y que algo había sucedido entre ellos durante la escaramuza. Gruñó algo más y añadió:

- No me arriesgaré a una segunda confrontación entre vosotros. No quiero volver a verte hasta que él se haya largado a Carcasona.

Eso era justo lo que deseaba Amaury.

- Me marcharé con los Buenos Cristianos.

- No es necesario. Ya he sustraído suficientes hombres a mis tropas para que los acompañen. Te quedarás en Cabaret hasta nueva orden.

Amaury negó decidido con la cabeza. No le apetecía nada seguir al noble, que a cambio de su nido de águila seguramente recibiría uno u otro feudo en la llanura donde los cruzados podían entrar y salir a su antojo. En su nuevo dominio, el señor de Cabaret estaría

Librodot

tan indefenso como un puerco espín sin púas. Pero sobre todo, no quería abandonar a Colomba.

- Seguiré a los Buenos Cristianos.

- No puedes desobedecerme así como así. Cuando Mir se fue me juraste obediencia. Te debes a tu promesa.

Amaury no se doblegó ante esta muestra de poderío. Miró a su alrededor. Algunos caballeros habían seguido la discusión y asentían aprobatoriamente.

- Soy creyente de la Iglesia de Dios, - declaró levantando la voz para que todos lo oyeran - . Los Bons Hommes confirmarán que he contraído la convenenza. Me han dicho que por ello puedo romper el vínculo con mi señor. Para quien comprende el Bien, la autoridad de la Iglesia de Dios está por encima de la de su señor.

El noble lo miró en silencio. Más que nadie comprendía lo indefenso que estaba frente a esta reflexión. Amaury sonrió satisfecho sobre su propia perspicacia. Su reacción no fue del agrado del otro.

- ¡No quiero volver a verte nunca más!

Tras estas palabras, el señor de Cabaret regresó a la sala de armas. Amaury se apresuró a liar el petate. Poco después encontró a Colomba entre los que huían y se habían congregado en la senda que iba desde Cabaret hacia el corazón de la Montaña Negra.

- ¿Adónde vamos? - fue lo primero que preguntó ella.

- A Lavaur, - contestó él.

CAMINO DE LAVAUR Mediados de marzo de 1211

La comitiva avanzaba lentamente mientras las nubes de tormenta se agolpaban sobre las tierras montañosas. Habían dejado atrás los bosques y barrancos de la Montaña Negra, que habían atravesado manteniéndose a una distancia segura de la ciudad ocupada de Castres al norte y Saissac al sur. Ya no estaban en territorio del vizconde de Carcasona, que desde noviembre de 1209 se llamaba Simón de Montfort, sino dentro de las lindes del condado de Tolosa. Querían llegar aquel mismo día a Puylaurens y desde allí les quedaría apenas una jornada de viaje hasta Lavaur.

El ritmo que marcaban sobre todo los bueyes que tiraban de los carros era soporífero para un jinete y Amaury había tenido que hacer grandes esfuerzos para no quedarse dormido en la montura por el lento caminar de su caballo que, a rienda suelta, seguía al resto. Pero aquella mañana estaba totalmente despierto. Había perdido de vista a Colomba. Terriblemente preocupado, había recorrido ya varias veces a caballo toda la columna, con la esperanza de descubrirla entre los demás. Estaba seguro de haberla visto la noche anterior, antes de que oscureciera y, sin embargo, por la mañana..., ni rastro. Preguntó a las mujeres con las que ella había vivido en Cabaret. Pero ya sabía de antemano cuál sería la respuesta. Por supuesto, no sabían nada. Amaury maldijo entre dientes. Si ésta volvía a ser una de sus inexplicables desapariciones, ya podría haber elegido un mejor momento. Aunque se hallasen en territorio del conde de Tolosa, eso no significaba que estuvieran fuera de peligro. Él sólo se tranquilizaría una vez que se encontraran a salvo entre las murallas de Lavaur, muy lejos de las tropas de Montfort. Por enésima vez volvió a escudriñar el camino que se extendía a sus espaldas. No había ni un alma. Empezó a llover.

Aparte de con algunos pastores y campesinos, aquella tarde no se cruzaron con nadie. Sólo algunos caballeros hospitalarios envueltos en sus mantos negros con la cruz blanca, que apenas saludaban y no hacían preguntas, sino que volvían la cabeza y se alejaban apresuradamente como si no hubieran visto a nadie y no quisieran entrometerse.

Desde el inicio de la Cruzada, los caballeros habían conseguido mantenerse al margen, al igual que los templarios por cierto, que se habían limitado a testificar en algunas actas.

De repente, poco antes de llegar a Puylaurens, la vio caminar. Ella le sonrió como si nada hubiera pasado y él sintió un enorme alivio, como si le hubiesen quitado un gran peso de encima.

Cuando cruzaban la puerta de la ciudad, la abordó. Todas las tensiones y la preocupación de aquel día parecían descargarse del golpe.

- ¡Dónde estabas! - dijo sin preguntar, sino casi ladrando.

- De camino hacia aquí, como tú.

- No te he visto por ningún sitio. ¿Sabes el miedo que he pasado?

Ella lo miró con aquellos enormes ojos oscuros e inocentes. El pelo mojado y pegado en las sienes hacía que su rostro pareciera aún más fino.

- No hace falta que te preocupes por mi.

- Pues sí me preocupo. Estoy aquí para protegerte. Es mi tarea, maldita sea. Y tú no estabas. ¿Dónde te habías metido? ¿Dónde vas cuando no estás?

Ella se encogió de hombros.

- ¡No me mientas! ¡No te está permitido mentir!

Ella apretó los labios y lo miró con cara de enfado.

- Esta mañana ya habías desaparecido y de repente a media milla de Puylaurens vuelves a surgir de la nada como si fuera la cosa más normal del mundo. Exijo una explicación.

- Empiezas a comportarte cada vez más como un caballero, Amaury, y no lo digo como un cumplido. Ya puedes exigir lo que quieras que de nada te va a servir. Además, eres el único aquí que se preocupa por mí. ¿Acaso crees que no sé defenderme?

- ¡Me preocupo porque te quiero! - Se le había escapado sin que pudiera evitarlo y además en aquel momento tampoco le importaba. Era un momento ridículo para una declaración de amor, que él había imaginado bien diferente - . Te quiero. Sé que no puede ser, pero siempre estaré a tu lado. - Hablaba con voz ronca. Ya no estaba enfadado.

Colomba palideció. ¿Hacía ya un año que él le había cogido la mano por primera vez en el camino de Salsigne a Cabaret? Le había dado un beso en la frente. Después no la había vuelto a tocar nunca más. Ella había pensado, esperado, pero también temido que todo pasara sin más. Pero, no obstante, gozaba de su presencia y de la atención que él le prestaba. Siempre quería verlo. ¿Era eso amor? No lo sabía. Se quedó mirando de hito en hito el rostro crispado de Amaury buscando qué decir, y compadeciéndose de él. Sentía una extraña sensación en el vientre. Hubiera querido abrazarlo para consolarlo.

Una figura oscura se interpuso entre ellos.

- Colomba, hay personas que necesitan cuidados. Y tú... - La Bonne Dame se volvió a Amaury y lo miró con actitud expectante - . ¿Y bien?

Amaury dobló una rodilla, para no meterse en el barro, e inclinó la cabeza mientras recitaba las palabras del melloramentum que ya conocía de memoria.

- No debes molestarla, - dijo la Bonne Dame cuando se hubo erguido de nuevo. Mientras tanto, Colomba había desaparecido.

- Lo sé, pero la naturaleza sigue su curso.

- ¿La naturaleza? Querrás decir la carne maligna. Los ardides del diablo son inagotables. Ella ya se ha distanciado de todo esto. Si intentas seducirla para que peque, serás cómplice del demonio.

- La amo y no me importa que todo el mundo lo sepa. El amor no puede ser malo.

- Tienes razón, el amor procede del buen Dios. Pero el deseo, jovencito, eso es cosa del diablo.

- Hago lo que puedo por distinguir ambas cosas.

Nunca hubiese osado hablarle de esa forma a un sacerdote católico. Le costaba acostumbrarse a que aquí las mujeres podían ocupar el mismo cargo y que le podían leer la cartilla. Todo era aún demasiado nuevo para poder mostrar la humildad que le habían inculcado en casa, aunque veía que los Buenos Cristianos vivían de forma más pura que muchos de los canónigos o abades, que se atiborraban y se rodeaban de todos los placeres de la vida. Ellos ni siquiera tenían canónigos o abades. La Iglesia de Dios sólo tenía diáconos y un puñado de obispos, nada más. No tenían ningún ejército de prelados, ni jerarquías devoradoras de dinero, ni iglesias y palacios llenos de tesoros artísticos. Con su estilo de vida austero, los Buenos Cristianos infundían más respeto. Nada los separaba de los creyentes corrientes, porque se movían con toda sencillez entre la gente del pueblo y no se aislaban en edificios enormes e inaccesibles. Quizá fuera ésta la razón por la cual Amaury había adquirido más conciencia de su responsabilidad y la libertad de decidir por sí mismo sobre su vida, más que si le amenazaran con el infierno. Colomba también tenía esta libertad.

- Es ella quien ha de decidir lo que quiere y lo que no. Yo ya tengo bastante con mis propios sentimientos confusos, - dijo.

- Entonces te convendría refrenar un poco esos sentimientos; ¿Acaso no tenéis que montar el campamento? - Y con estas palabras dio por terminado el sermón.

Se sentía confuso, ésa era la palabra. Toda la situación era confusa. Si hubiera ocurrido en Poissy, todo habría sido más sencillo.

Habría pedido permiso a Roberto, quien después habría negociado con el padre de ella sobre el matrimonio y él la habría tomado por esposa. El santo sacramento los habría unido de por vida y la Iglesia le habría alentado a tener descendencia. Aquí todo era distinto. En lugar del sacramento, un hombre y una mujer se unían por medio de una promesa y procrear no se consideraba una virtud, sino la colaboración con el demonio, quien de este modo podía mantener su maligna creación. Por fortuna, eso no tenía por qué preocuparle, pues de todas formas no podía tomarla por esposa ni tener hijos con ella. Colomba había elegido otro camino. ¿Qué otra cosa podía hacer él sino dedicar su vida al servicio de quienes eran perseguidos como herejes?

Como un cancerbero vigiló aquella noche el campamento montado apresuradamente. No se le escaparía ni un solo movimiento de Colomba, tenía que averiguar adónde iba cada vez que desaparecía. Sin embargo, nada perturbó la tranquilidad del campamento y al alba, Colomba apareció junto a la fuente con las demás mujeres para buscar agua. Se echó a reír al ver la cara de sueño de Amaury y la torpeza con la que se incorporaba.

Amaury no tuvo oportunidad de hablarle. La Bonne Dame no perdía ni un solo momento de vista a su pupila y él no osaba quebrantar la prohibición.

Tampoco consiguió acercarse a Colomba durante la última parte del recorrido de tres días, pues estaba siempre rodeada de mujeres. Aun así se alegraba de saber dónde estaba y de que no hubiera intentado desaparecer nuevamente.

Antes de que cayera la noche llegaron a Lavaur, donde los Buenos Cristianos fueron acogidos en las casas de sus hermanos y hermanas. Amaury se unió a la guarnición bajo el mando de la castellana, la viuda Guiraude, que gobernaba la ciudad en nombre de sus hijos.

Saber que Colomba permanecía en la casa de las Bonnes Dames no tranquilizaba en absoluto a Amaury. Aquella noche tampoco consiguió pegar ojo, no porque temiera que ella se fuera, sino porque intentaba adivinar qué haría Simón de Montfort. Si los espías de

Cabaret sabían que los cruzados se disponían a asediar su fortaleza, seguro que, a su vez, los espías de los cruzados habrían informado a su comandante de que los herejes de Cabaret se habían salvado y habían huido hacia Lavaur. ¿Hacían bien los Buenos Cristianos sintiéndose seguros detrás de las murallas de esta ciudad que se hallaba dentro de las fronteras de Tolosa? ¿No era probable que a Montfort le trajera sin cuidado que Lavaur formara parte del señorío del conde de Tolosa y que ordenara perseguir a los herejes que se hallaban en la ciudad? Amaury conocía suficientemente bien a Montfort para adivinar cuál era la respuesta.

Al día siguiente por la tarde consiguió por fin separar a Colomba de su acompañante empujando a sus camaradas como una cuña entre las dos mujeres y arrastrándola rápidamente de una manga hacia una callejuela.

- ¡Tenemos que largarnos de aquí cuanto antes!

- ¿Por qué?

- Porque Montfort viene hacia aquí.

- No sé nada al respecto, - dijo ella sacudiendo con decisión la cabeza. Como si lo que ella no supiera no pudiera suceder de ningún modo.

Él hizo un gesto desesperado, se inclinó hacia adelante y empezó a hablar en voz más alta, como si con ello fuera a convencerla de que llevaba la razón. Hablaba deprisa y atropelladamente.

- Ha sido una estupidez traer aquí a todos los Buenos Cristianos. Tendríamos que habernos dividido para ir, no a un único lugar, sino a diferentes sitios. Tendríamos que habernos dispersado en la Montaña Negra. Intenté hacérselo comprender a los caballeros, pero nadie quiso escucharme. Por el amor de Dios, intenta tú convencer a los Buenos Cristianos de que tenemos que irnos de aquí. Hemos de seguir avanzando hacia el norte.

- No te preocupes. Montfort está con su ejército en Cabaret.

- ¿Cómo lo sabes?

Ella se encogió de hombros.

- Es pura lógica.

- Bueno, quizá esté en Cabaret. Pero ¿por cuánto tiempo? ¡Aquí no estamos a salvo, Colomba! Hay demasiados Buenos Cristianos.

- Estamos en territorio de Raimundo de Tolosa. Si Montfort osa cruzar la frontera, el conde nos ayudará.

- Tolosa está debilitada a causa de la discordia. Allí, los partidarios y los adversarios de la Cruzada andan a la greña. El conde arriesgará demasiado si se inmiscuyera ahora en la lucha, aunque esté en su derecho. Tengo miedo, Colomba. No puedo dormir por el miedo a verte morir en la hoguera. ¡Huyamos juntos!

- Sabes perfectamente que eso es imposible.

Su respuesta se perdió entre el bullicio a sus espaldas. Sonaban órdenes. Amaury caminó hasta el final del callejón para ver qué pasaba. Una larga columna de caballeros armados entraba en la ciudad.

- Es el señor de Montreal, el hermano de doña Guiraude.

- Creía que el verano pasado se había sometido a Montfort, - dijo Colomba asombrada.

- Entonces, es que ha roto su promesa para apoyar a su hermana. ¡Trae consigo más de ochenta caballeros! Por lo visto no soy el único que espera que los cruzados ataquen la ciudad. El señor de Cabaret no nos ha dejado escapar para que cayéramos aquí en una trampa. Ven conmigo ahora que todavía es posible.

- No quiero huir. No tengo miedo, - dijo ella valiente, pero le temblaba la voz.

Amaury no podía soportarlo más. Era como si alguien le estrujara el corazón como un paño.

- ¡Por lo menos, quítate ese maldito hábito! ¡Hace tiempo que saben que algunos de vosotros vais vestidos de azul oscuro! Por Dios, Colomba, te quiero demasiado. Me vuelvo loco sólo de pensar que puedes caer en sus manos.

- No has de hablar de amor, Amaury, - dijo ella suavemente.

- No te engañes, Colomba. Tú también me amas, ¿no? ¿Por qué si no te has esforzado tanto por convertirme al Verdadero Cristianismo? ¿Por qué no has saciado con otros tus ansias de conversión? ¿Por qué sigues buscándome para hablar conmigo, ahora que soy uno de los vuestros? ¿Y por qué te alegras tanto de verme? No puedes seguir ocultando la verdad. Va siendo hora de que reconozcamos que estamos enamorados.

- Yo no estoy...

- ¡Silo estás!

Ahora ella se enfadó.

- ¿Acaso eres tú quien decide si estoy enamorada?

- No, claro que no. Venga, Colomba, sólo quiero ayudarte. No sería la primera vez que una Bonne Dame rompiera su promesa para casarse. Siempre puedes volver a recibir otra vez el consolamentum. Más tarde, cuando tengas más años, cuando se haya acabado la guerra, cuando nosotros...

No le dio tiempo a acabar. La Bonne Dame que había acompañado a Colomba había conseguido por fin abrirse paso entre la muchedumbre después de que hubiera pasado la tropa de jinetes, y se acercaba a ellos indignada. Sin decir palabra se colocó delante de Amaury y lo miró imperiosamente. El se hincó de rodillas para mostrarle respeto. Ella le respondió gruñendo entre dientes los términos rituales para luego añadir:

- No quiero volver a verte junto a ella. ¿Eres capaz de obedecer o tendremos que obligar a Colomba a quedarse en casa para que no vuelva a encontrarse contigo? Ya no podrá hacer su trabajo. Te decides.

Amaury se mordió el labio inferior. Habría querido gritarle que se metiera en sus propios asuntos. En lugar de ello dijo en tono contenido:

- No hace falta que la encerréis, aunque lo que más deseo en el mundo es estar con ella. Durante más de un año he sabido reprimir mi deseo. Ya habría ocurrido mucho antes de no ser por el profundo respeto que siento por ella. - Y dirigiéndose a Colomba dijo - : Perdóname, es culpa mía que ahora estés en dificultades. No puedo evitar amarte, pero me equivoco al esperar de ti algo más que el amor al prójimo que sientes por todos los demás. Cuando te veo, tan bella y tan dulce, me olvido de que soy tan sólo un simple mortal mientras que tu alma está a medio camino del cielo. No soy digno de ti. - Se inclinó ante ella - . Benedicite, Bonne Dame. El

Nunca antes le había demostrado el respeto que debía a un Buen Cristiano. Cuando volvió a incorporarse vio cómo Colomba se secaba apresuradamente los ojos con la manga antes de dar media vuelta y seguir a la otra mujer.

LAVAUR Finales de abril de 1211

Amaury se apoyó contra las almenas y cerró los ojos por un instante, agotado por los dimes y diretes de los soldados, el bramido del gélido viento del norte y el estruendo de las piedras que el enemigo lanzaba incesantemente contra la muralla. Una nueva descarga, que se estrelló contra la fortificación, hizo estremecer todo su cuerpo. Miró hacia un lado y vio una nube de polvo que se alzaba en el lugar del impacto, no lejos de donde se hallaba él. La

muralla seguía aguantando, a pesar de las descargas que se sucedían día y noche. Sin embargo, los matacanes estaban en peor estado. La cubierta de madera estaba muy dañada y en algunos lugares había desaparecido por completo la ampliación, incluido el pasillo, por lo cual ya sólo podía utilizarse el adarve empedrado. También se abrían grandes orificios en las partes más altas de las almenas. Si se asomaba con cuidado podía ver las catapultas y balistas, las torres de asalto, el bosque de tiendas rodeado por una empalizada de madera y el puente que los cruzados habían tendido para conectar entre sí a las diferentes divisiones del ejército.

En un principio, Montfort no había tenido suficientes soldados para cercar por completo Lavaur. Por ello, unos cuantos nobles de Tolosa habían podido entrar en la ciudad. Mientras el conde Raimundo de Tolosa mantenía conversaciones con los comandantes franceses, en las que sólo había conseguido que le cantaran las cuarenta por no obedecer a la Iglesia, sus tropas de apoyo habían logrado entrar subrepticiamente en la ciudad atravesando un boquete en el cordón. Mientras tanto, el conde de Foix había roto el armisticio, había atacado un contingente de tropas de apoyo compuesto por guerreros frisones y alemanes, entre los cuales no hubo supervivientes, salvo uno, que consiguió informar a Montfort. Después, los cruzados habían recibido refuerzos del norte y habían aislado Lavaur del mundo exterior. De eso hacía ya casi cuatro semanas, y desde entonces no se habían producido cambios.

El joven caballero se puso en pie. No había podido hacer gran cosa, salvo participar en unos cuantos ataques que no habían servido de nada. Dirigir la defensa de una parte de la muralla y confiar en poder bajar de nuevo sano y salvo se había convertido en una rutina diaria. Debido a los destrozos causados en el adarve y en las almenas, esta tarea era cada día más peligrosa. Corrió agachado hacia el lugar donde había instalada una pequeña catapulta, llamada magonel. Esperó a que los peones hubieran lanzado un proyectil y miró para comprobar si había dado en el blanco. Uno de los enemigos fue alcanzado en una pierna y se tiró al suelo gimiendo, pero por desgracia, las máquinas de guerra de los asediadores seguían en pie. Volvió a posar los ojos en el magonel. El aprovisionamiento dejaba bastante que desear, sólo quedaba media docena de piedras junto a la máquina. Con unas palmaditas en el hombro, alentó a los tres hombres que manejaban el magonel:

- ¡Seguid así! - exclamó, y siguió avanzando con dificultad por la muralla.

Había un continuo ir y venir de ciudadanos que trajinaban con piedras y vasijas llenas de agua hirviendo y pez ardiente hacia el lugar donde los cruzados intentaban llegar a la muralla. Envió a algunos de ellos al magonel y les ordenó que agilizaran el transporte de piedras. Después abordó al sargento de los arqueros.

- ¡Dos heridos! - contestó este.

Amaury miró a los hombres que yacían desfallecidos contra las almenas. Habían sido alcanzados por piedras, uno en la cabeza y el otro en el hombro. Estaban más muertos que vivos. El caballero agarró por el hombro a dos de los que transportaban piedras y señaló a los heridos.

- ¡Lleváoslos! - gritó por encima del estruendo.

Inspeccionó las reservas de flechas y después indicó que quería saber si el enemigo había socavado mucho la muralla. Un arquero le hizo sitio y él se asomó con cuidado a través de una abertura del chirriante adarve. En la profundidad, al pie de la muralla, los zapadores protegidos por un techo de escudos intentaban socavar la muralla con ayuda de un ariete. El armatoste llevaba ruedas y lo movían lentamente sobre palos colocados transversalmente en el foso. Una lluvia de piedras y lanzas cayó cerca del techo de escudos, que hasta entonces parecía inmune a todos los ataques. Tampoco las antorchas servían de

Librodot

nada. El tejado estaba recubierto de pieles mojadas, por lo cual era imposible prenderle fuego. Día tras día, los cruzados volvían a intentar tenazmente abrir una brecha en la muralla, hasta entonces en vano. Los de abajo trabajaban con todas sus fuerzas para mantener en pie y empujar el armatoste, mientras que los de arriba intentaban con igual tesón anular los progresos que los otros habían conseguido con sumo esfuerzo. El señor de Montreal había tenido la idea de acribillar el tejado de escudos con estacas afiladas. Esta nueva arma, fabricada con los restos de los matacanes, acababa de llegar y Amaury tenía curiosidad por saber si funcionaría. Observó cómo aunando fuerzas conseguían poner en su sitio una estaca enorme para luego dejarla caer verticalmente por un orificio en el suelo del adarve. Acompañada por gritos de victoria, la punta de la estaca se clavó en el escudo como si se tratara de pan tierno. Abajo se oyeron los gemidos de los zapadores alcanzados. Una segunda estaca, que se ladeó durante la caída, abrió el techo de escudos.

- ¡Ahora agua y aceite! - gritó Amaury, gesticulando.

El líquido ardiente se coló por el agujero en el techo de escudos y de nuevo se oyeron gritos de dolor. El armatoste empezó a retroceder. Sobre la muralla se oían gritos de alegría, que luego se perdieron entre el clamor que surgió un poco más lejos. Amaury intentó ver qué pasaba. En una parte de la muralla más allá de la siguiente torre se agolpaban los hombres. Se asomaban peligrosamente y se reían e insultaban al enemigo. Justo enfrente del lugar donde estaban, había una torre de madera que los cruzados habían construido allí. Encima de la torre habían colocado una gran cruz, que era como una espina en el corazón de los de Lavaur. La cruz no tenía para ellos ningún valor, era únicamente un signo gratuito y despreciable, pues simbolizaba la victoria de Satanás sobre Cristo Después de intentar durante días y días alcanzar la cruz con sus catapultas, por fin habían conseguido darle con una piedra. No había dado en el blanco, pero en cualquier caso habían conseguido ladear el odiado símbolo del enemigo y romperle uno de los brazos. Por pequeña que fuera, era una victoria que necesitaban desesperadamente. Unos días antes, la moral de la guarnición había quedado maltrecha cuando se descubrió que las tropas que se acercaban con el estandarte de Tolosa no eran tropas de apoyo para liberar a los asediados, sino hombres de Tolosa bajo el mando del obispo, que acudían en ayuda de los sitiadores. Ahora los de la muralla festejaban y lanzaban una blasfemia tras otra a las cabezas de los cruzados.

- Si hubieran ahorcado a tu hermano, ¿también adorarías la horca? - oyó decir Amaury a alguien.

En un reflejo estuvo a punto de santiguarse. A pesar de su conversión al Verdadero Cristianismo, esta blasfemia aún le dolía.

Se apresuró hacia la escalera para anunciar la retirada del techo de escudos al señor de Montreal, que estaba al mando de la defensa de la ciudad. A medio camino tuvo que pegarse a la pared para no ser aplastado por un jinete a quien la victoria recién lograda había tornado temerario y que se había encaramado a la muralla con caballo y todo. El joven caballero miró perplejo al jinete que agitaba triunfante el blasón de Lavaur al enemigo. Con mucha bravura guiaba a su caballo a galope corto por el adarve, donde los matacanes casi habían desaparecido, permitiendo así que los cruzados le vieran todo emperifollado. Alentado por sus compañeros, que le contemplaban desde abajo, realizó unas cuantas cabriolas, para los cuales la muralla era apenas suficientemente ancha. Se oyó gritar la palabra proeza, un término que tenía que ver con la clase de valor que hacía palpitar el corazón de las mujeres. Todos los trovadores occitanos hablaban de ello. Para un nórdico frío como Amaury, esa acrobacia no era una proeza sino más bien una inaceptable demostración de temeridad que ponía en peligro a los demás. Montfort habría reprimido de inmediato semejante espectáculo, pensó. En efecto, los dos camilleros que se dirigían hacia

la escalera con uno de los arqueros heridos tuvieron justo el tiempo de ponerse a salvo. El Otto, que seguía apoyado contra las almenas, tuvo suerte de no ser aplastado por los cascos del caballo.

Amaury se disponía a seguir su camino cuando cerca de él sonó un crujido que no presagiaba nada bueno. Una piedra arrancó la parte superior del adarve y después golpeó contra la fortaleza. El proyectil le rozó el hombro y cayó junto a él. Amaury se agachó, al tiempo que se protegía la cabeza contra los pedazos de piedra y las astillas proyectadas. El caballo también se había asustado y el jinete tuvo que hacer uso de todas sus habilidades para dominarlo. Sin duda, los de afuera pudieron ver los movimientos del asustado animal y el miedo del caballero a caer al vacío, pues de entre las líneas enemigas se oyeron gritos de alegría. Para demostrar que no había sido alcanzado y que la muralla seguía en pie a pesar de todo, el jinete volvió a agitar la bandera y prosiguió su marcha triunfal. Amaury se incorporó.

- ¡Estáis locos! ¡Aún no les hemos vencido! - les gritó.

Volvió corriendo al lugar donde yacía el arquero herido, lo cargó sobre su espalda y descendió lentamente por la escalera. Al llegar abajo rechazó la ayuda de un peón y se dirigió personalmente hacia el lugar donde las Bonnes Dames de Lavaur cuidaban a los heridos. La puerta estaba abierta. Entró directamente, dejó que el arquero se deslizara de su espalda y se quedó unos instantes de pie para recuperar el aliento. En la penumbra debajo del techo bajo vislumbró unas cuantas camas y unas figuras que se movían entre ellas. No podía verles las caras. Por supuesto, había confiado en encontrar a Colomba, pero no tenía tiempo de preguntar dónde estaba. Alguien le pasó un tazón de agua que bebió de un trago. Después corrió a informar al señor de Montreal.

Aquella misma noche, los cruzados repararon el techo de escudos. Durante el asedio de Carcasona, una construcción semejante había sido decisiva y no cabía duda de que tarde o temprano conseguirían socavar la muralla bajo la protección del túnel móvil. Al amanecer lo intentarían de nuevo.

Había que destruir el techo de escudos, ordenó el señor de Montreal sin rodeos. Unos días antes, desde el interior habían excavado un túnel debajo de la muralla que desembocaba en el foso y cuyo objetivo era sabotear el techo de escudos. La primera vez actuaron de noche y consiguieron llevarse las estacas sobre las cuales se vía el armatoste e introducirlas en la ciudad. Después empezaron a utilizar el túnel a plena luz del día para evitar que los cruzados salvaran el foso con nuevas estacas.

En aquel momento, todos los caballeros de la ciudad habían sido reclutados a fin de cubrir con una maniobra de distracción a los temerarios que iban a salir de la fortaleza para hacer un intento de Sabotaje nocturno. El caballo de Amaury rascaba impaciente la tierra apisonada. Desde hacía semanas, el animal no había dado más que algunas vueltas de la mano del mozo de cuadras y Amaury conseguía controlarlo a duras penas. "Salid y volved a entrar a toda prisa", les había dicho el señor de Montreal. Eso tenía que bastar para distraer al enemigo. No podían correr el riesgo de que los cruzados, se colaran con ellos en la ciudad.

Amaury no pudo evitar recordar la masacre de Béziers y se preguntó si Colomba también temía una repetición de aquel baño de sangre. Esperó tenso la orden, sujetando fuertemente las riendas con la mano izquierda. Los caballos estaban tan frescos que ya no habría quien los parara una vez que vieran el campo libre. En la otra mano sostenía el hacha de guerra que descansaba sobre su rodilla.

El viento seguía aullando alrededor de las torres y ahogaba el ruido de los hombres que avanzaban arrastrándose bajo la muralla cargados de bolsas de paja y antorchas

incandescentes, que habían cubierto para protegerlas del viento. Cruzaron el foso sin ser vistos y llegaron al lugar donde se hallaba el techo de escudos. Allí colocaron la paja contra la pared de madera de la mole, volvieron a encender las antorchas y esperaron a que ardiera. Desde la entrada del túnel, el humo formaba volutas que se elevaban hacia el cielo, donde unas pesadas nubes pasaban con rapidez delante de la luna. El fuego apenas había tenido tiempo de prender cuando los vigilantes del techo de escudos dieron la alarma. El grito de alarma no sólo provocó conmoción en el campamento de los cruzados. Los de la muralla también seguían de cerca la operación. Las órdenes retumbaron en la noche, el rastrillo empezó a subir, mientras el puente bajaba y las puertas se abrían de par en par, cual presa que cediera por la presión del agua, para escupir a los caballeros. Amaury sintió cómo la multitud lo arrastraba hacia afuera. Su caballo tiraba de las riendas, las orejas echadas hacia atrás, la cabeza alta encima de la grupa del caballo que galopaba delante de él. Levantó el hacha de guerra, listo para golpear. Lo primero que vio aparecer fueron las catapultas que realizaban día y noche su destructor trabajo. Junto con los demás caballeros arremetió contra los hombres que manejaban la catapulta. Antes de que se diera cuenta, ya los había dejado atrás sin saber a cuántos había alcanzado. Pasó delante de una mole negra, una de las torres de asalto que se utilizaban para acosar con flechas desde lo alto a los defensores de la muralla. Entonces se encontró entre los carros y las tiendas de campaña. Se oyeron más gritos de alarma, en algún lugar sonó un trombón. Alrededor iban surgiendo más sombras. La noche se llenó de gritos y el sonido de las armas al entrechocar.

- ¡Regresad! - oyó que alguien decía detrás de él.

Sus camaradas desaparecieron de su vista, tragados por la oscuridad. Su caballo corcoveó y retrocedió como si algo lo hubiera alcanzado. Volvió grupas y hundió sus espuelas en los costados del animal, sin dejar de esgrimir el hacha. Algo le golpeó justo debajo de la rodilla derecha, una ráfaga de dolor atravesó su pierna, pero consiguió mantener las extremidades inferiores apretadas a la montura y se abalanzó en dirección a la puerta. Mercenarios, pensó, esos golpeaban con las porras todo lo que se les ponía delante, ya fueran hombres o caballos.

Amaury fue uno de los últimos en cruzar el puente levadizo justo antes de que una lluvia de flechas detuviera a los que le perseguían. Tuvo que pegarse al cuello del caballo para poder pasar por debajo del rastrillo. Volvían a zumbar piedras en el aire. Si aún quedaba alguien fuera, estaba perdido sin remedio. Se detuvo jadeando.

- ¿Lo hemos conseguido? - preguntó.

No obtuvo respuesta, pero por las maldiciones que oyó alrededor comprendió que habían fracasado. Se apeó del caballo y cayó al suelo lanzando un grito de dolor. Alguien lo levantó. Consiguió mantenerse en pie cojeando sobre una pierna, agarrado a la silla de montar, hasta que el dolor empezó a desaparecer. Mientras tanto, oyó decir que los hombres que habían encendido el techo de escudos habían regresado por el túnel y habían conseguido evitar por los pelos que el enemigo los siguiera. Ahora estaban tapiando el túnel.

Apoyándose en el brazo de un camarada, Amaury se dirigió a la casa de' las Bonnes Dames. La puerta se abrió. Poco después yacía sobre una mesa. Se incorporó a medias para ver qué tenía en la pierna. Los círculos de hierro de su cota de malla le habían perforado la piel. La zona estaba ensangrentada e inflamada. No se había roto nada, le dijeron. Seguramente era un esguince. No había nada que hacer, el dolor iría desapareciendo lentamente. Le vendaron la pierna. Él sólo las escuchaba a medias. Sus ojos buscaban detrás de ellas en la oscuridad.

- ¿Está Colomba? - preguntó.

- No creo que esté aquí, - fue la respuesta.

Apartó las manos que lo vendaban.

- Si está allí, - dijo sin apartar los ojos de la oscuridad - , decidle que estoy bien y que ha de cuidarse mucho.

LAVAUR 3 de mayo de 1211, por la mañana

Amaury avanzaba por el adarve arrastrando la pierna. Estaba preocupado. Por la mañana, al subir a la muralla había descubierto que el enemigo no había parado en toda la noche. A los pies de la muralla habían levantado dos montículos de ramas, leña y cáñamo. En sí no era extraño, pues utilizaban todo lo que tenían a mano para llenar el foso a fin de que las torres de asalto pudieran llegar hasta la muralla. Pero aquella mañana lo recubrían todo con trigo verde y hierba y eso no tenía sentido. Estos materiales tan blandos quedarían aplastados por el peso de las máquinas. Sin embargo, parecía ser importante, pues no escatimaban vidas humanas para colocar el material en su sitio. Si un peón era alcanzado por las flechas o las piedras, era desalojado de inmediato y otro ocupaba su lugar. A poca distancia, fuera del alcance de los proyectiles más pesados, habían preparado el techo de escudos. Amaury hizo una señal al sargento.

- Ve a avisar al señor de Montreal. Que todos se preparen para un ataque. Pide refuerzos para esta parte de la muralla.

Lo que él no podía ver era que también habían puesto grasa entre los dos montículos que abarcaban gran parte de la longitud de la muralla. Instó a los portadores a que se dieran prisa con el abastecimiento. Se transportaron piedras, agua, pez y aceite hirviendo hasta la parte amenazada de la muralla y Amaury puso a los hombres en posición de apedrear a los agresores.

Cuando el enemigo encendió el material con antorchas, un humo espeso y grasiento empezó a salir de la capa de hierbas verdes. Ahora Amaury habría deseado que acudiese en su ayuda el viento que durante días había azotado la muralla. Pero el viento había amainado el día anterior y la columna de humo subía derecha y se repartía entre los matacanes o lo que quedaba de ellos.

- ¡Agua! - gritaron los defensores de la muralla.

Pero en lugar de apagar el fuego, el agua no hizo sino avivar el humo. Amaury se dirigió cojeando hasta el lugar del desastre y gritó que no tenía sentido luchar contra aquel fuego, pero sí contra los soldados dispuestos detrás de él y listos para el ataque. El humo no tardó en penetrar por las aberturas del suelo de la galería. La asfixiante humareda se esparció y permaneció suspendida debajo del tejado. Los tiradores y porteadores fueron a buscar refugio maldiciendo y jadeando. No pasó mucho tiempo hasta que también los arqueros huyeron.

Amaury se quedó con unos cuantos hombres. Se tapaba la boca y la nariz con la punta de su sobretodo e intentaba distinguir entre las nubes de humo lo que sucedía abajo. Sólo se veía el techo de escudos que los cruzados habían colocado entre los dos montículos contra la muralla. Pero podía adivinar cuanto ocurría debajo de él. Sin duda, Montfort había traído minadores para que socavaran la muralla. Dado que gracias al humo ya no caían proyectiles, los hombres podían hacer su trabajo con relativa tranquilidad. Excavarían la tierra debajo de la muralla y colocarían puntales para sostener el agujero. Una vez que éste fuera lo suficientemente grande, encenderían un fuego, los puntales se quemarían y esa parte de la muralla se derrumbaría. Los cruzados no tardarían en entrar en la ciudad sin obstáculos.

No había nada que hacer, era imposible defender la fortaleza desde la muralla. Amaury tenía los ojos llenos de lágrimas a causa del humo, que era ya tan denso que casi lo asfixiaba y que le obligó a retirarse a la torre más cercana, desde cuyas troneras aún se podía atacar al enemigo lanzando flechas y lanzas. Tosiendo y jadeando hizo un gesto a su sargento para que se acercara. El hombre se abrió paso a duras penas en la abarrotada estancia.

- ¡Sigue vigilando la muralla! ¡En cuanto se haya disipado el humo, coloca a tus hombres aquí! - consiguió decir a pesar de que su garganta irritada le provocaba tos - . Los que no hagan falta aquí... - Volvió a toser y señaló hacia abajo - . Colócalos para detener al enemigo en cuanto se derrumbe la muralla.

Después se apresuró hacia el castillo donde el señor de Montreal había instalado su cuartel general. Con él se hallaba su hermana, doña Guiraude, que, pálida y tensa, escuchó en silencio el informe de Amaury.

- Propongo socavar la muralla desde el interior en ese mismo lugar para así detener a esos perros, - propuso uno de los caballeros - . Más vale atacar ahora que defendernos luego, - era su filosofía.

- Demasiado peligroso, - opinó el señor de Montreal - , lo más probable es que entren en nuestro túnel y no podamos detenerlos.

Otros querían excavar un túnel para llenar el agujero del enemigo con humo o taparlo antes de que el ataque fuera un hecho. Sin embargo, no era más que aplazar lo inevitable.

- Nos prepararemos para el asalto, - decidió el señor de Montreal.

Amaury volvió a subir una vez más al adarve para ver hasta dónde había avanzado el enemigo. No se podía ver gran cosa. El techo de escudos seguía en su sitio y el humo impedía aún toda actividad desde la muralla. Aunque en otros lugares se habían intensificado los lanzamientos de proyectiles, aquí se habían interrumpido. Reinaba una calma ominosa. De súbito, los que se hallaban detrás de la cortina de humo empezaron a cantar. El sonido irreal fue aumentando hasta alcanzar un volumen amenazador. Amaury, que reconocía el Veni Creator Spiritus y que sabía lo que sucedía cada vez que Montfort pedía a los jefes espirituales esa oración, sintió escalofríos.

- Hostem repellas longius, pacem que dones protinus: ductore sic te praevio vitemus omne noxium, - cantaban los frailes - , aleja al enemigo, danos pronto la paz: guíanos para que el mal no pueda dañarnos.

Después todo sucedió muy rápido. Una parte de la muralla se derrumbó con un enorme estruendo. Luego cayó lo que quedaba de la barrera y una multitud imparable de cruzados atravesó la brecha. Los desgraciados que caían heridos por las flechas quedaban atrapados bajo los pies de los que los seguían. En un abrir y cerrar de ojos, las tropas de Montfort se distribuyeron por las calles de la ciudad, consiguieron apoderarse de la puerta y dejaron entrar a la caballería. El desánimo entre los ciudadanos había llegado a tal extremo que se entregaron en masa al enemigo suplicando clemencia. Poco después, los peones y los arqueros cesaron de oponer resistencia.

Ahora, rodeado del hedor del humo que impregnaba sus ropas, Amaury defendía a caballo, con los demás caballeros, la entrada al castillo de doña Guiraude. Pero pensaba en otras cosas. Su única preocupación era no caer en manos de los cruzados. Además, quería ir cuanto antes en busca de Colomba para ponerla a salvo.

Era una lucha sin esperanza. Los cruzados estaban en franca mayoría, y al enterarse de que el resto de la guarnición se había rendido tan pronto, muchos de los caballeros perdieron todo ardor combativo. Aquellos que por la mañana habían afirmado que defenderían Lavaur hasta la última piedra se arrodillaban ahora ante el enemigo.

LAVAUR 3 de mayo de 1211, por la tarde

Descalzo en la capilla del castillo había dado las gracias a Dios por su victoria. Allí estaba ahora, Montfort el intrépido, Montfort el cruel, con la melena que ondeaba sobre sus hombros, su figura atlética orgullosamente erguida y su ceño fruncido en un gesto de afligida seriedad mientras dictaba sentencia:

- En dos ocasiones me habéis jurado lealtad y en dos ocasiones habéis faltado a vuestra palabra y os habéis vuelto contra mi. Merecéis correr la suerte de un traidor. Os condeno a morir en el patíbulo.

Frente a él se encontraba el señor de Montreal. Su enorme estatura habría eclipsado a Montfort si no le hubieran obligado a arrodillarse ante el comandante. Luego Montfort se dirigió a los más de ochenta caballeros que habían defendido Lavaur y sobrevivido al asedio.

- ¡Caballeros y vasallos de Montreal! Habéis seguido dos veces a vuestro señor en su traición contra su señor feudal. Merecéis la misma sentencia que él: la muerte en el patíbulo.

Una oleada de espanto atravesó las filas. Todos habían esperado ser entregados a cambio de un rescate, un derecho que podía reclamar cualquier noble. Amaury, que como los demás estaba arrodillado detrás de su señor y con las manos en la espalda atadas a los tobillos, miraba desconcertado a su antiguo comandante. Junto a él había un Bon Homme, que había intentado salvar su pellejo haciéndose pasar por caballero. Un terrible error de cálculo.

Tanta desgracia le había hecho olvidar el dolor de la pierna. Paralizado por el horror, seguía los movimientos de los carpinteros del ejército de cruzados que instalaban a toda velocidad una horca. Por lo visto, Montfort tenía prisa por ejecutar la sentencia.

"Colomba, Colomba", resonaba en su cabeza. ¿La habrían hecho prisionera con los demás Buenos Cristianos? ¿Se hallaría ante el obispo y perseveraría en su propia fe? ¿O habría seguido su consejo y se habría desprendido de su túnica oscura? ¿Cómo se podía reconocer a un Buen Cristiano si no era por la túnica negra o azul oscura? Simplemente, bastaba pedir a todo el mundo que jurara sobre la cruz que serviría a la santa Iglesia romana. ¿Tendría ella el valor de negarse? Aflojaron un poco los grilletes del señor de Montreal y lo guiaron ~ hasta el patíbulo. El verdugo tuvo que ponerse de puntillas para pasar la soga por la gran cabeza. Un clérigo intercambió unas cuantas palabras con él. Después la soga se tensó y el lazo se cerró en torno al cuello del noble, el travesaño de la horca cedía bajo el peso del caballero. Los frailes rezaban, los nobles del ejército cruzado seguían el espectáculo en actitud estoica manteniendo las manos sobre sus armas. La desesperación se arremolinaba en el cerebro de Amaury. EL dolor en la pierna que ahora soportaba todo su peso volvió a azotarlo en toda su intensidad. Un poco más, pensó, luego todo habrá pasado. ¿Le esperaba en el más allá el infierno con sufrimientos aun más duros? ¿O regresaría y tendría una nueva oportunidad para reunificar su alma con una creación mejor que la de este infierno terrenal?

El cuerpo del señor de Montreal empezó a dar sacudidas, su rostro cobró un color morado. De súbito se oyó un crujido apagado. La horca se partió en dos como una rama seca, y el noble se desplomó y quedó tumbado en el suelo tosiendo y agitándose. Incluso los caballeros que acompañaban a Montfort miraban horrorizados.

Montfort avanzó con aplomo y llamó al verdugo.

- Acaba pronto con esto, - le dijo - . Ahórcalo a él y a los demás miserables. Tal vez Amaury fuera el único de los condenados que había entendido al francés. Apretó los ojos y rezó mientras el verdugo y sus ayudantes realizaban su macabro trabajo. Pero su oído captaba todos los sonidos repugnantes que se iban acercando lentamente. Oyó unos pasos que se detuvieron ante él. A su espalda, alguien soltó la cuerda que unía sus muñecas. Delante de Amaury había un clérigo. Miraba con severidad al joven caballero, mas en sus ojos oscuros vio compasión.

- ¿Estás listo para reconciliarte con el Señor, hijo mío?

- ¡No quiero morir! - gritó Amaury con voz quebrada.

- Tranquilo, chico. Si eres culpable de traición, mereces morir. ¿Has profesado la fe herética?

Amaury asintió y negó al mismo tiempo con la cabeza, incapaz de pronunciar una sola palabra.

- Has apoyado a los herejes, protegiéndolos, y te has resistido a la santa Iglesia romana, esposa de Cristo, negando el acceso de los cruzados a la ciudad. Por tanto, eres culpable, pero la misericordia de Dios es infinita. A fin de cuentas, pecar es humano. Sólo se condena el que persevera en su pecado. El joven caballero agachó la cabeza. Era incapaz de emitir sonido alguno. Sentía una opresión en la garganta como si ya le hubieran apretado la soga alrededor del cuello.

- Dios pone a prueba a todos los hombres para reforzarlos en su fe, - dijo el clérigo - . Dios azota, corrige, golpea y hace que nos arrepintamos. Pues si un hombre se vuelve hacia Dios en la necesidad y reconoce Su omnipotencia, verá crecer su fe. Por consiguiente, si eres un cristiano sincero, acepta tu destino, para que puedas superar esta prueba con la gracia de Dios. Pues la gracia de Dios te hará receptivo al Bien. Yo aceptaría el martirio si me fuera ofrecido. - El clérigo parecía extasiarse de sólo pensar en ello. Sus ojos oscuros se alzaron al cielo y empezaron a brillar - . Pediría a mi verdugo que no me matara de golpe. Desearía morir lentamente, le suplicaría que primero me sacara los ojos y que luego me arrancara los miembros uno por uno hasta que mi tronco se revolcara en mi sangre para alcanzar ese momento de unidad de voluntad con mi creador. Entonces tendría derecho a llevar la corona de los mártires. El hombre, que portaba los distintivos de un suprior, pero por lo demás vestía sobriamente y calzaba sandalias, colocó sus manos sobre la cabeza inclinada y suspiró.

- Pero si los sermones no sirven de nada, no queda más remedio que usar el látigo, - dijo, y luego murmuró unas palabras en latín.

Amaury tenía la mirada fija en el suelo. Oyó el tintineo de las armas, unas botas se acercaron a las sandalias del clérigo.

- Levántate, - dijo una voz que no había oído desde hacía tiempo. Se puso en pie con dificultad, ayudado por la mano de un guerrero. Alzó los ojos y vio el rostro de Roberto, que lo miraba en silencio, lleno de sorpresa. El rostro de Amaury desencajado por el dolor se crispó. Sus ojos se llenaron de lágrimas. A duras penas pudo reprimir el sollozo que se apretujaba en su garganta.

- Aquí hay un error, reverendo Domingo, - oyó decir a Roberto - ... Este hombre ha luchado con nosotros. Está herido. Permitidme que lo lleve a mi tienda. Estaban saqueando las calles de Lavaur. No se trataba de una correría como la de los mercenarios en Béziers, sino de un saqueo organizado bajo la dirección de los nobles, que confiscaban todos los objetos de valor a fin de pagar el préstamo que Montfort había con - tratado con dos banqueros para financiar la guerra. Sacaban a los ciudadanos de sus viviendas y

tiendas, y mientras se los llevaban para interrogarlos y exigirles que juraran obediencia a la Iglesia, vaciaban sus casas.

Amaury acompañaba cojeando a un sargento. Seguía teniendo las manos atadas a la espalda. Apenas habían podido avanzar debido al apiñamiento, cuando de repente se produjo una conmoción. El sargento se detuvo para ver lo que sucedía. Parecía tratarse de una mujer, rodeada por un grupo de soldados que la zarandeaban al tiempo que le lanzaban obscenidades. Sus ropas habían quedado reducidas a unos harapos.

- ¡Sucia puta herética! - le gritaban - . ¿Es suyo ese hijo que llevas dentro? ¡Lo que podía hacer tu hermano bien podemos hacerlo nosotros!

Luego uno de ellos se quitaba los pantalones y ella desaparecía un rato hasta que otro la levantaba y volvía a empezar el juego.

- ¡Es doña Guiraude! - exclamó Amaury horrorizado.

No comprendía cómo los soldados habían conseguido atraparla. Forzosamente tenían que contar con la aprobación de Montfort, pues nada sucedía sin su visto bueno. Empezaba a odiar cada vez más al noble. Unos seis hombres levantaron a la mujer y la llevaron hasta un pozo. Entre gritos la arrojaron a la profundidad. El sargento dio unos pasos en dirección al espectáculo para ver mejor lo que sucedía. Amaury notó que aflojaba un poco los grilletes. Estaba tan concentrado en el espectáculo que por un momento olvidó la preciosa carga que le habían confiado. Los ciudadanos que habían sido testigos de aquella atrocidad protestaban y gemían, mas nadie osó intervenir, ni siquiera cuando los soldados empezaron a lapidar a la indefensa Guiraude hasta sepultarla. Entre tanto, Amaury había conseguido soltarse y había puesto tierra por medio. Cruzó la calle corriendo y siguió su camino atravesando patios y callejuelas. De pronto, el dolor en la pierna no parecía afectarle. Tenía un único objetivo: la casa de las Bonnes Dames.

La puerta estaba abierta, como siempre. Dentro había un increíble desbarajuste. Lo habían derribado, roto o abierto todo. Ahora ya no quedaba nadie. Amaury se dejó caer desesperado junto a los restos de una mesa. Le costaba reflexionar con calma sobre lo que debía hacer. En primer lugar, había de librarse de sus ataduras. Miró alrededor en busca de algo con que cortar la cuerda. Todo lo que podía utilizarse o lo que tenía valor, es decir, incluso los cacharros de cocina, había desaparecido. En el hogar aún ardía una lumbre. Con gran esfuerzo consiguió mantener la cuerda contra las brasas hasta chamuscarla lo suficiente para romperla. Con un suspiro de alivio miró sus muñecas. Más valía tener esas peladuras que le había causado la cuerda y las ampollas del fuego que una soga alrededor del cuello, pensó. Ahora tenía que procurar moverse libremente por la ciudad. Si no se encontraba con nadie conocido, lo conseguiría. Era un caballero, llevaba el escudo de Cabaret. Los que conocían ese escudo sabían que Cabaret se había rendido a los cruzados, aunque nadie comprendería qué hacía un caballero de Cabaret en Lavaur. Aparte de que le habían quitado el arma, sólo se distinguía de los demás en que no llevaba la cruz en su ropa. De nuevo, volvió a buscar hasta encontrar una sábana, de la cual separó dos tiras. Con un fragmento de un cacharro de cocina se hizo un corte en el brazo, dejó gotear su sangre sobre la tela y pegó las tiras rojas con cera al pecho. Después salió afuera. Por todas partes había soldados. Apiñaban a los habitantes de Lavaur y con ayuda de los jefes espirituales del ejército cruzado elegían entre ellos a los Buenos Cristianos y se los llevaban enseguida. Algunos de los que se habían quitado las túnicas eran delatados por los temerosos ciudadanos. Amaury los siguió hasta que llegó al lugar donde los congregaban, en un prado al exterior de las murallas. No lejos de allí, los peones empezaban a construir la hoguera.

Ni siquiera Amaury había sabido que existían tantos Buenos Cristianos en Lavaur. Allí ya había más de trescientos y seguían trayendo más desde la ciudad. Le asombró la serenidad con la que afrontaban su destino. Muchos rezaban o se abrazaban para despedirse. Otros buscaban apoyo agarrándose a sus hermanos o hermanas, pero ni siquiera entonces los hombres y mujeres se tocaban. Una Bonng Dame que amenazaba con desfallecer fue socorrida por otras mujeres que le dieron ánimos. Si Colomba se encontraba entre ellos, estaba perdida. Moriría en la hoguera y él no podría hacer nada para evitarlo. El joven caballero buscó febrilmente entre los rostros, pero por mucho que buscara no podía encontrarla. Por último emprendió el camino de vuelta a la ciudad. ¿Habría conseguido escapar Colomba, tal como lo había hecho en Béziers? ¿O se ocultaba en algún sitio, esperando una oportunidad para huir? No lo lograría, constató Amaury. Habían cerrado la ciudad herméticamente. Se podía entrar, pero nadie podía salir, si no era acompañado y eso significaba la hoguera. Vio salir a otros tres Buenos Cristianos, rodeados de una escolta de peones armados. Se estremeció al reconocer a la Bonne Dame que le había prohibido tener contacto con Colomba. La fuerza de la costumbre casi le hizo inclinar la cabeza ante ella. La Bonne Dame lo observó con una mirada escrutadora, que después se posó llena de espanto en la cruz de su pecho. Amaury detuvo a la escolta.

- ¿Dónde la habéis encontrado?

El soldado al que abordó se encogió de hombros.

- En una casa junto a un taller de tejedores, - respondió otro.

Les hizo una seña para que siguieran adelante con los prisioneros. Mientras se llevaban a la Bonne Dame hacia el prado donde los demás Buenos Cristianos esperaban la muerte, ella volvió la cabeza para mirarlo. Sin emitir sonido alguno sus labios formaron la palabra "traidor", con la que alcanzó a Amaury como una puñalada en el corazón, más aún que cuando Montfort pronunció la palabra en voz alta. No podía decirle nada, no podía explicarle lo que pretendía hacer, ni siquiera podía ayudarla.

LAVAUR 3 de mayo de 1211, al anochecer

También el taller estaba abandonado. Los telares con los que trabajaban los Bons Hommes cuando se establecían por un tiempo en una ciudad esperaban inmóviles a que alguien volviera a ponerlos en movimiento. Sin el familiar ruido de los pedales que subían y bajaban el lizo, el taller parecía un antro hasta el cual llegaban atenuados los ruidos de la calle. En los haces de luz que entraban ya sólo bailaba el polvo de los hilos que se habían detenido.

A Amaury no se le había perdido nada allí. Subió por la escala hasta el piso superior y encontró las camas y los enseres patas arriba. De nuevo abajo, inspeccionó la estancia que había en la parte trasera de la casa y después entró en la casa colindante. Si Colomba había estado como de costumbre en compañía de la Bonne Dame, tenía que hallarse escondida por aquí. Estaba casi seguro. A fin de cuentas, los soldados habían transportado a tres mujeres, un número impar. ¿Acaso no sabían que los Buenos Cristianos nunca estaban solos, que tanto los hombres como las mujeres que habían recibido el consolamentum iban siempre en parejas para apoyarse en la dura vida a la que estaban condenados y para impedir que uno de ellos diera un paso en falso? Colomba tenía que estar por aquí. Lo único que debía hacer él era encontrarla antes de que otros se le adelantaran.

Cuando volvió a salir a la calle sin haber logrado nada, oyó ruidos procedentes de un edificio situado un poco más lejos, en una bocacalle que estaba siendo rastreada sistemáticamente por los soldados. La batida tenía lugar bajo la mirada vigilante de un

cansado caballero, que daba órdenes encorvado en su montura. Sin dudarlo un solo momento, Amaury enfiló hacia el lugar de donde provenía el ruido. Sabía que los caballeros del ejército de cruzados no descansarían hasta haber capturado a todo el mundo y hasta haber vaciado la ciudad. Éstas debían de ser las órdenes de Montfort.

- ¿Qué está pasando aquí? - preguntó.

- ¡Ah! Sólo se están desfogando. Éste está siendo un día largo para todos.

- Para algunos el día ya ha acabado. - En lugar del pretendido sarcasmo, su tono delataba una triste resignación.

Entró en la casa. En la penumbra pudo distinguir vagamente algunas figuras. Primero vio a dos niños asustados acurrucados en un rincón. Tenían los ojos abiertos de par en par y la mirada fija en el suelo en el centro de la estancia donde unos soldados se divertían con una muchacha y su madre. La mujer les lanzaba las peores maldiciones, pero ellos no hacían más que reírse. De repente, la muchacha pegó un grito penetrante. Los niños se echaron a llorar.

- ¡Ya basta! - gritó Amaury - . ¡Dejadlas en paz y haced vuestro trabajo!

- Nos estamos asegurando de que aquí ya no quedan herejes, - dijo riendo uno de los soldados.

- Los herejes no follan, - rió el otro. Se levantó y compuso su ropa.

- No comen carne y no juran sobre la cruz. Dado que no disponemos de estas dos últimas cosas, lo hacemos así, - aclaró el primero a mayor abundamiento.

- ¡Largo! - gritó Amaury.

Cuando hubieron desaparecido, se acercó a la madre.

- ¿Ha estado aquí Colomba? - le preguntó. Ella negó con la cabeza.

- No la conozco.

- Una perfecta..., una Bonne Dame, - corrigió él, al ver que había utilizado la palabra francesa - . Así de alta, - señaló hasta su hombro - . Delgada, el cabello oscuro, joven. Colomba.

- No conozco a ninguna perfecta.

Era inútil. Claro que no se fiaba de él, a fin de cuentas llevaba la cruz en su ropa.

- Cuida de tu hija, - le dijo, y dio media vuelta.

Una búsqueda por la casa no dio ningún resultado. Una vez abajo, miró detenidamente a la madre y a la hija. Esta le sonreía agradecida, pero dio un paso atrás cuando él quiso ayudarla al salir. El caballero seguía montado en su caballo. Sus hombres, una docena de peones y un sargento, sacaban sacos de trigo y ropa de las casas y los cargaban en un carro confiscado. Cerca de allí había un pequeño grupo de ciudadanos apiñados, principalmente mujeres y niños, que habían sido capturados. Un monje lo registraba todo minuciosamente nombres, objetos, cantidades.

- ¡Tú, el de ahí! - dijo el jinete tan pronto Amaury se asomó por la puerta y con su guante de malla señaló al joven caballero - . No vuelvas a meterte con mis soldados.

- Entonces tendrás que controlarlos mejor. Montfort ha prohibido semejantes excesos.

- ¿Desde cuándo? - preguntó el jinete.

Amaury observó detenidamente al noble. El blasón de su escudo no le resultaba familiar. Sospechaba que el hombre había llegado hacía sólo unas semanas con los últimos refuerzos del norte. Esto significaba que tampoco él reconocería los colores de Cabaret.

- Desde Béziers, - respondió - . Yo estuve allí.

El jinete se encogió de hombros.

- De eso hace mucho.

En efecto, habían cambiado muchas cosas desde los primeros días de la invasión de las tierras occitanas, pensó Amaury. Montfort se había convertido en un señor ambicioso y rencoroso que castigaba sin piedad la menor oposición. Para él, una vida humana no valía nada. Salvo la de sus compañeros de guerra, por quienes arriesgaba su propia vida.

Siguió merodeando un poco y en un momento de descuido entró en la siguiente casa. La puerta estaba abierta; la cerradura, rota. En el pasillo olía a hierbas. Una puerta abierta daba acceso a una habitación que según parecía era la consulta de un cirujano. Sobre la mesa había unas tenazas y unas lancetas para sangrías. También aquí se le habían adelantado los soldados. Las puertas abiertas de un armario sólo mostraban baldas vacías y en el suelo había vasijas rotas. Un líquido pegajoso y de olor penetrante se había esparcido por las baldosas. Al lado había un libro abierto que los saqueadores por lo visto no habían considerado suficientemente importante. Detrás de la habitación se hallaba la cocina. Tampoco allí había nadie. Una escalera de piedra daba acceso a una despensa donde, para su asombro, todo seguía intacto en su sitio. Eso era extraño. Los cruzados necesitaban víveres y no desperdiciarían un botín como éste. ¿Acaso alguien había revuelto intencionadamente la consulta del médico para dar la impresión de que los soldados ya habían pasado por allí? Amaury registró la estancia mal iluminada, pero no pudo encontrar ni en la despensa ni en el sótano colindante un escondite que fuera lo suficientemente grande para Colomba. Ya estaba en el último escalón cuando oyó voces, tan claramente como si en una habitación junto a él hubiera gente hablando. Sin embargo, allí no había ninguna persona y no había oído a nadie entrar en la casa. Al volver a registrar descubrió que el ruido procedía de un conducto tapiado que desaparecía en el techo. En la parte inferior, el conducto desembocaba en un pozo del piso del sótano. En el aire flotaba un penetrante olor a orina y excrementos. En aquel mismo instante oyó pisadas encima de su cabeza, gritos de soldados y un "¡chsss!" apagado procedente del conducto. Amaury subió la escalera en dos zancadas.

- ¡Por aquí! - gritó - . ¡Ya han estado arriba!

Los pasos se desplazaron en su dirección, escalera abajo. Tres soldados entraron en la despensa.

- Cargadlo todo, - ordenó haciendo un amplio gesto hacia las provisiones - . Por lo demás, aquí no queda nada.

Mientras los soldados sacaban sacos de guisantes y unos cuantos cántaros de vino, Amaury se colocó en el pasillo, justo delante del hueco de la escalera que conducía al piso superior. Una vez que se lo hubieron llevado todo, a excepción de algunas vasijas rotas, abandonó su puesto y subió de puntillas por la escalera de piedra. Arriba se hallaban las habitaciones privadas del cirujano, donde dos grandes ventanas daban a la calle. Desde allí podía ver al caballero sobre su corcel y al fraile junto al carro repleto de víveres. Con cuidado recorrió la habitación, alejándose al máximo de la ventana, hasta que encontró una pequeña puerta que miraba hacia una habitación en penumbra. Vio una cama y, contra las paredes, cajas y baúles de vestidos y ropa de cama. Las paredes estaban recubiertas de tapices de lino que colgaban desde el techo hasta el suelo. En un rincón vio el retrete cuyo conducto había transportado las voces hasta la despensa. La cama estaba vacía.

-¡Colomba! - susurró - , Colomba, ¿estás ahí?

Por un momento le pareció que alguien contenía la respiración. Después sólo oyó el silencio. Amaury siguió recorriendo la habitación y se agachó para mirar debajo de la cama. ¿Sería tan tonta de esconderse en un lugar tan previsible? Pero no, no se veía nada. Había otra posibilidad, que tampoco era muy original. Se incorporó y deslizó su mano por el tapiz que cubría la pared, presionando en distintos lugares.

- Los soldados lo hacen con cuchillos o porras, - dijo - . Tienes suerte de que yo haya llegado antes.

Al otro lado de la habitación algo se movió. Una mujer se asomó tímidamente de detrás del tapiz y cayó de rodillas delante de él.

- ¡Perdonadme, señor! ¡Soy la mujer del cirujano, no soy una hereje!

- No, eso ya lo veo, pero escondes a una. ¿Dónde está?

Impacientemente, apartó el tapiz detrás de ella. Y allí estaba, erguida y orgullosa, como si quisiera demostrar que no tenía miedo. Él contempló desconcertado la túnica azul oscura que seguía llevando a pesar de todo. Ella miró con igual espanto la cruz en su pecho y soltó un grito de consternación.

- ¡Calla! ¡Por el amor de Dios, calla!

La atrajo hacia sí y le tapó la boca con la mano, mientras se inclinaba hacia la puerta y miraba hacia la ventana. ¿La habrían oído los de afuera? El carro había desaparecido, también el fraile, pero el caballero seguía en su sitio.

- No tienes ni idea de lo que ha pasado..., no me quedaba más remedio..., ¿por qué sigues llevando esa maldita túnica?

Amaury intentó arrancársela del cuerpo, mientras Colomba pataleaba y se retorcía para impedírselo.

- ¡Suéltame! - dijo desde detrás de su mano.

- Sólo si te estás quieta.

Ella asintió con vehemencia, y Amaury retiró la mano. La mujer del cirujano seguía de rodillas y no se atrevía a moverse. No entendía nada de lo que estaba pasando. Lo único que era evidente es que éste era un cruzado y que Colomba estaba en peligro.

- Tienes que salir de aquí. ¡Y no puedes hacerlo vestida así , - gruñó Amaury.

- No tengo intención de renegar de mi fe. Antes prefiero morir

- Entonces, ¿por qué te escondes? Porque tienes miedo de acabar en la hoguera, ¿no?

- No tengo miedo. Como de costumbre, no entiendes nada.

- Lo entiendo muy bien. Vosotros queréis morir como mártires como ese sacerdote que quiere revolcarse en su propia sangre. Por mí podéis hacerlo. ¡Anda, a qué esperas! ¡De lo contrario, quítate eso!

Ella lo miró profundamente ofendida.

- No ansiamos morir como mártires, nosotros...

Él no la escuchaba. Como siempre, la conversación acabaría en una disputa inútil que lo enfurecía. Sin mediar palabra, le arrancó la túnica azul y la escondió debajo del colchón.

- Quémala en cuanto tengas la ocasión, - le dijo a la mujer del cirujano - , y dale algo para ponerse.

Ahora, la mujer reaccionó. Se dirigió a uno de los baúles y lo abrió para elegir un vestido. Colomba estaba tan atónita que no podía decir nada. Roja de cólera y de vergüenza, permanecía de pie en su camisa con los brazos cruzados delante del pecho para ocultar su feminidad.

- ¡No me toques, no me toques, no me toques nunca más! - siseaba. Era más de lo que los nervios de Amaury podían soportar. Observó el gesto impotente con el que ella intentaba ocultar su embarazo y sintió que se le caía el alma a los pies. Unas lágrimas de arrepentimiento e impotencia rodaron por sus mejillas dejando un rastro en el polvo y el hollín que recubría su rostro. Unas horas antes, de eso hacía una eternidad, también había llorado al ver a su hermano. Pensó que se hallaba en una situación absurda, dividido entre

las dos personas a las que más quería y que se sentían traicionadas por él. No pudo evitarlo, la abrazó para consolarla y al mismo tiempo ocultar su emoción. Colomba retrocedió horrorizada hasta apoyar la espalda contra la pared. Él le había puesto las manos encima, su cuerpo contra el suyo y su rostro húmedo contra su frente. El notó el calor de su cuerpo a través de la tenue tela de su camisa, pero se sentía demasiado desgraciado para excitarse. Además, ella no dejaba de golpearlo intentando apartarlo. Detrás de él, la mano de la mujer del cirujano cogió una daga que estaba escondida entre la ropa. Se levantó, ocultando el arma entre los pliegues de su falda, y se acercó silenciosamente, haciendo acopio de valor para una acción que consideraba su obligación, fueran cuales fueran las consecuencias.

- ¿No decías que Montfort lo había prohibido? - dijo súbitamente una voz suave.

Amaury se volvió de golpe, protegiendo a Colomba con los brazos. El fraile se hallaba en la habitación con su cuaderno en la mano. Sonreía astutamente. La mujer del cirujano se quedó petrificada donde estaba, apretando la daga en la mano que seguía escondiendo entre su falda.

- Venga, - dijo el clérigo - , toma a la hija de Belial. Si se resiste, es que es una hereje. Mientras tanto, yo observaré.

Después de estas palabras se lamió los gruesos labios con la punta de la lengua. Colomba ya no estaba sonrojada. Palideció y todo su cuerpo, tenso de la resistencia, empezó a temblar. Amaury inclinó la cabeza hasta colocar su boca junto a su oreja.

- Tranquila, ni siquiera puedo hacerlo, - le susurró - . Por el amor de Dios, cede un poco.

Con los dedos le cogió la camisa y levantó lentamente la tela hasta sentir sus piernas desnudas. Colomba se había quedado yerta. La besó en el cuello. A pesar de todo, el olor de su cuerpo lo excitaba. Después levantó una pierna y empujó la rodilla entre sus muslos. Le pareció que el cuerpo de Colomba se relajaba lentamente.

- Si quieres verlo tendrás que acercarte más, - dijo sin mirar al fraile.

Con el rabillo del ojo vio que el hombre se aproximaba ansioso hasta colocarse a su lado. Inmediatamente soltó su mano derecha de la camisa de Colomba que cayó sobre su pierna alzada. Con un gesto como si se dispusiera a apartar su propia ropa cerró el puño y tensó los músculos listo para asestar un golpe. Su codo chocó con fuerza contra la papada del fraile. Mientras se volvía para darle un puñetazo en plena cara sintió que algo le rozaba la espalda. El clérigo cayó fulminado. Colomba lanzó un grito y se desplomó. La mujer del cirujano se inclinó sobre ella y empezó a gemir histéricamente. La daga cayó en el suelo junto a ella.

- ¿Qué has hecho, mujer? - exclamó Amaury.

Cayó de rodillas y extendió las manos hacia el rostro lívido, pero ahora no osaba tocarla. Todo lo que hacía por salvarla de las garras de los cruzados parecía condenado al fracaso. No conseguía más que ponerla en mayor peligro.

- Yo..., yo quería ayudarla, - dijo por fin la mujer.

- Querrás decir que querías apuñalarme.

La apartó bruscamente y separó con cuidado la camisa de Colomba de la herida. Por fortuna la puñalada no era muy profunda; Colomba sólo tenía una herida superficial en el hombro. Ya volvía en sí, y se había desmayado más por el susto que por la herida. Amaury intentaba aclarar las ideas.

- ¿Dónde está tu marido? - preguntó a la mujer del cirujano.

- Se lo llevaron para que atendiera a los cruzados heridos.

- Venda esto, seguro que sabes cómo hacerlo. - Se levantó y se dirigió a la ventana - . ¡Señor caballero! - gritó. El jinete en la calle levantó la vista. Sus ojos exploraron las casas hasta que descubrió de dónde venía la voz - . Envía a algunos hombres aquí para que se lleven al fraile.

- ¿Qué?

Poco después, el caballero entraba en la habitación y exigía una explicación.

- Primero pillo a tus hombres violando a una muchacha, una niña aún, - explicó Amaury - , y ahora un fraile perverso mutila a una mujer con un cuchillo. Me temo que lo he derribado.

- ¡Dios mío!

- Hemos de mantener alto nuestro honor y proteger a estas mujeres inocentes contra el populacho y demás chusma que no sabe controlarse. Frailes como éste dan una mala reputación al clero católico y son la causa de que la herejía tenga tantos adeptos en estos parajes. ¡Llevo aquí casi dos años, pero nunca he oído decir que un perfecto hiciera semejante cosa!

El caballero sacudió consternado la cabeza.

- Hemos jurado hacer la guerra para restaurar la fe católica y la paz en este país dejado de la mano de Dios. Pero hacemos lo contrario. ¡Quien abusa de esos desgraciados es un cobarde! - siguió sermoneando Amaury - . Estas mujeres han sufrido demasiado para que encima las hagamos prisioneras. Dame una escolta y las pondré a salvo.

- Tú aquí no harás nada. Yo soy el responsable.

- Hazlo tú entonces. Saca a estas mujeres de la ciudad. Ahora Lavaur es nuestra. Ese superior español, Domingo, alabará tu caballerosidad, tu valor y tu rectitud cuando se entere de que has defendido a capa y espada a estas indefensas inocentes. He oído decir que Montfort lo considera su amigo. Por mediación del superior te recompensará generosamente. - Dio una patada al fraile y se santiguó - . Yo me ocuparé del fraile. A fin de cuentas soy yo quien lo ha abatido. Es responsabilidad mía.

El caballero lo miró en silencio. Después bajó por la escalera con sus pesadas botas, bramó unas cuantas órdenes y volvió a montar.

Era muy arriesgado, pero era la única salida que veía en aquel momento. Quizá Colomba tuviera más posibilidades si apartaba de ella sus manos, que aquel día parecían estar en desgracia. Por su parte, él ya no podría cruzar con tanta facilidad la puerta de la ciudad. La orden de búsqueda de Roberto habría llegado sin duda a los centinelas.

Cuando hubieron dado la vuelta a la esquina con un grupo de mujeres y niños prisioneros que eran conducidos a la puerta de la ciudad bajo la vigilancia del caballero, Amaury levantó al fraile. El hombre gimió, escupió un poco de sangre y preguntó qué había pasado.

- Esto, - dijo Amaury, y le volvió a propinar un golpe dolorosamente preciso debajo de la barbilla.

Mientras el fraile se desplomaba, el joven caballero lo atrajo hacia sí y lo dejó caer sobre su hombro. Colocó el peso en una posición más cómoda, sacó la túnica de Colomba de debajo del colchón y bajó por la escalera. A cada paso sentía un dolor punzante en la rodilla herida. Apretó los dientes y se llevó al fraile hasta el final de la calle, sonriendo a los soldados que aún estaban ocupados allí. En cuanto tuvo ocasión, se escondió en una vivienda y desvistió al clérigo. El hábito cayó holgadamente sobre sus propias ropas. De camino hacia la puerta de la ciudad tiró la túnica azul de Colomba en un pozo negro y juró solemnemente que no dejaría que nunca más Volviera a ponérsela.

DE CAMINO 4 de mayo de 1211

Colomba estaba acurrucada sobre una roca, la mano apretada contra la herida palpitante en el hombro. Estaba tan cansada que ni siquiera sabía ya dónde le dolía. ¿Qué era el dolor comparado con los casi cuatrocientos Buenos Cristianos que habían perecido en las llamas? En el resplandor rojizo del sol naciente volvió a ver cómo los cuerpos retorcidos se desplomaban uno tras otro hasta que no hubo mas que cenizas y huesos calcinados. Se había quedado mirando petrificada hasta que Amaury la había separado inadvertidamente de la multitud, para iniciar su huida.

Junto a ella, Amaury miraba apático al frente. Aparte del terrible espectáculo de las personas consumidas por el fuego, Amaury no podía borrar de su retina la imagen de Roberto. Lo había visto junto al mar de fuego con Simón, que se había unido más tarde a él para ser testigo de la quema de herejes. Escondido debajo del capuchón del fraile, Amaury había observado desde una prudente distancia cómo los dos Poissy, que por lo visto no habían tenido oportunidad de hablarse en todo el día, intercambiaban algunas palabras y cómo después Simón miraba agitado a su alrededor. A continuación habían mantenido una acalorada discusión. Después, Roberto ocultó la cara entre las manos y permaneció así un rato sacudiendo de vez en cuando la cabeza mientras Simón seguía hablando y gesticulando como era su costumbre. Por último, se les había acercado Bouchard de Marly, quien sin duda había añadido su propio relato. El lenguaje corporal de Simón era claro como la luz del día: "¿Ves? Ya te lo había dicho, ha traicionado a Montfort y tú lo has absuelto; ¡nos ha traicionado y tú lo has dejado escapar!". El final de su discurso era inequívoco. Había hecho un ademán pasándose la mano por la garganta. Entonces, el pobre Roberto, que siempre se había esforzado por mantener unidos a sus parientes, se había alejado como un hombre apaleado.

- No queremos ser mártires, - dijo Colomba de repente. Tenía la voz ronca debido al cansancio. Al no obtener ninguna respuesta, prosiguió - : Precisamente queremos seguir viviendo para predicar el Verdadero Cristianismo. ¿Por qué crees si no que huimos de Cabaret? Si los cruzados matan a todos los Buenos Cristianos, no quedará nadie para indicarnos el camino de regreso hacia la patria celestial. Entonces las almas de los ángeles permanecerán aprisionadas eternamente y el dios de las tinieblas saldrá victorioso. El infierno terrenal perdurará eternamente, pues este mundo seguirá existiendo mientras las almas del cielo sigan atrapadas en él. En cuanto la última alma haya renegado del mundo maligno y se haya liberado para regresar al mundo celestial invisible, este mundo se deshará en la nada.

"Está escrito que todo ha sido creado por Él. Él ha hecho la luz, la vida y todo lo que es real. Sin Él no hay nada. El mundo no es nada. - Sonaba como si ella misma intentara convencerse de que la lógica de los Buenos Cristianos podía explicar el sacrificio que habían hecho por su fe en la hoguera. Al mismo tiempo intentaba disculparse por el hecho de seguir con vida - . El mundo no existe realmente, pues no hay amor. El mundo es una ilusión, la ilusión del mal. Allí sólo hay tinieblas y todo es efímero y caduco, porque el diablo no es capaz de crear nada perenne. - Cogió un puñado de tierra seca, la pulverizó y dejó que el viento se llevara el polvo contra la luz del sol - . Nada, - dijo. Se detuvo unos instantes para luego proseguir.

- Sin Él se hicieron las tinieblas y la muerte. Todas las cosas efímeras serán destruidas, así como su creador. La muerte tampoco es nada. - Dejó caer la mano y empezó a sollozar.

Junto a ella, Amaury se despertó de su paralizante sentimiento de culpa. La cogió entre sus brazos y apretó su cabeza contra el hombro.

- Llora, - dijo suavemente - , llora, pero por los dos. Mis lágrimas se han secado.

Aunque estaba demasiado agotado para levantar un dedo, empezó a acariciarla. Sintió su delicado cuerpo estremecerse contra el suyo. Consolarla era un poco como consolarse a si mismo, era como compensar lo que sus compatriotas habían hecho a los de Colomba. Sin embargo, con ello no conseguía calmar el dolor que le martirizaba desde el momento en que se había encontrado cara a cara con Roberto. La mirada de asombro, contenta y herida a la vez, le quemaba el alma como un hierro candente. Ojalá compartiera la firme convicción de Colomba de que existía un camino hacia otro mundo, una posibilidad de escapar del pozo de engaño y traición en el que él se había hundido. Pero, aunque había aceptado la conveniencia, que le garantizaba que después de su muerte regresaría en un cuerpo más adecuado para soportar los sufrimientos y las responsabilidades de un Buen Cristiano, no estaba en absoluto seguro de que ello fuera a suceder realmente. Para él, el infierno seguía siendo una realidad tangible, la venganza de un dios al que él había abandonado.

Dos años antes, él era otro hombre. Había tomado la cruz lleno de fervor, convencido de que regresaría cargado de gloria y honor, purificado de sus pecados, con la perspectiva de un nuevo futuro y, una senda brillante que conducía directamente al cielo.

Con la mano izquierda buscó la cruz que seguía pegada a su túnica y con las uñas empezó a arrancar la cera cuajada hasta que finalmente tuvo entre sus manos las dos tiras impregnadas de sangre. La sangre seca había adquirido un color marrón rojizo. Las soltó, primero una y luego la otra, y las tiras cayeron serpenteando hasta el suelo junto a sus pies. Con cuidado las juntó con la punta de la bota hasta formar de nuevo una cruz, que luego pisoteó. Emitiendo un grito ahogado, golpeó y hundió el talón en el suelo hasta que la cruz desapareció. Después, jadeando, se quedó mirando la tierra removida. Entre tanto, Colomba se había soltado de su abrazo y observaba en silencio sus movimientos. Ya no lloraba. Seguía sentada allí, encogida, y parecía tan poquita cosa en el hábito de fraile demasiado holgado que la noche anterior se había puesto sin rechistar siguiendo las órdenes de Amaury. El vestido aún desprendía el penetrante olor corporal del fraile. Al menos, era negro.

- ¿Dónde estamos? - preguntó.

- No lo sé.

- ¿Hemos de seguir adelante?

- No podemos seguir. Estamos demasiado cansados y ya amanece.

Aunque habían andado toda la noche, seguramente seguían estando en territorio ocupado. Amaury buscó con la mano la empuñadura tallada de su daga, la de la mujer del cirujano. Era la única arma que llevaba consigo y no le serviría de nada si se topaban con los cruzados. Quizá fuera más seguro permanecer en este escondite hasta haber descansado. Además, la herida de la pierna le dolía horrores. Era mejor que siguieran su camino en cuanto cayera la noche. Colomba suspiró profundamente y se dejó caer entre los matorrales. Ni siquiera se esforzó en buscar un lugar cómodo. Amaury miró atrás y dudó, luchando contra la tentación de tumbarse a su lado. Se inclinó hacia ella y le cubrió la cara con la capucha para protegerle los ojos de la luz del sol. Después dobló las rodillas, apoyó sobre ellas los brazos cruzados y por último la cabeza. Le podía más el miedo a un asalto que el cansancio.

Amaury se despertó de un sobresalto. Yacía acurrucado en el suelo, en la misma postura en que había estado sentado. Sentía un vacío debajo de las costillas que pedía a

gritos que lo llenaran. Se sentó, se estiró y miró la posición del sol, que irradiaba un calor agradable. Debía de ser el atardecer. Colomba seguía tumbada junto a él entre los matorrales. Tampoco ella se había movido apenas. Alargó la mano hacia Colomba. Cuando la tocó, ella murmuró algo y se tumbó sobre un costado. Él sonrió. Así tendría que ser siempre, pensó, tan tranquila y tan cercana. Poco después Colomba abrió los ojos y miró sorprendida a su alrededor hasta que encontró el rostro de Amaury. Una sombra se posó sobre sus rasgos relajados.

- Soñaba que todo había pasado, - gimió mientras se incorporaba.

- Casi ha pasado. Te llevo a Montségur.

Había trazado su plan con esmero. Darían un gran rodeo para evitar Tolosa y luego viajarían hacia el sur. Les llevaría mucho tiempo, mas de este modo eludirían por completo el territorio ocupado por los cruzados. Una vez en tierras del conde de Foix estarían a salvo, sobre todo en Montségur. Muchas Bonnes Dames habían huido hacia allí, sobre todo desde Fanjeaux. ¿Acaso Pedro de Saint - Michel, hijo de una Bonne Dame, no había llevado primero a su esposa al burgo de Montségur antes de unirse con su hermano al señor de Cabaret?

- No iré a Montségur, - dijo Colomba decidida.

Amaury sacudió la cabeza compasivamente. ¿Cómo podía haber pensado que los sucesos de Lavaur la habrían convertido definitivamente en la criatura enternecedora e indefensa de hacía unos momentos?

- Es el único lugar donde puedo dejarte sintiéndome tranquilo.~

Señaló al sur, hacia la lejanía brumosa, donde las colinas se mezclaban con el firmamento. Allí debía de encontrarse el macizo montañoso.

- Quiero ir a la Montaña Negra.

- No puedes ir allí. Está infestada de cruzados.

- Yo... tengo amigos que me ayudarán.

No sonaba muy convencida. Amaury se preguntó quiénes podrían ser esos amigos. A fin de cuentas, Cabaret estaba ocupado por la guarnición enemiga, y el señor Pedro Roger se había establecido en un señorío cercano a Béziers, que le habían dado a cambio de sus posesiones.

- Si es cierto que tienes amigos en alguna parte, ¿por qué no te han ayudado antes, antes de que Lavaur fuera asediada?

No obtuvo ninguna respuesta.

- Yo no te abandonaré. Te quiero demasiado. Es justo como cantan vuestros trovadores: mi destino está en tus manos, aunque seas inaccesible y sepa que mi amor no será correspondido nunca. No me quites el placer de ayudarte.

Colomba esbozó una tímida sonrisa.

- Ahora dices bobadas como si fueras uno de ellos.

Pensó en los apasionados trovadores que en el castillo de Cabaret habían entonado canciones insinuantes, para luego, a hurtadillas, meterse en la cama de la dama que acababa de rechazarlos con gran ostentación. Pensó en las damas nobles que no dudaban en engañar con otro a sus esposos, y si era preciso también a sus amantes.

- El juego amoroso es una farsa asquerosa, - dijo con inesperada vehemencia - , sólo falsedad y fingimiento. El deseo es el padre del demonio.

- ¿Te refieres a lo que sucedió en Lavaur? Lo hice para salvarte de las garras de los cruzados. Me horrorizó tener que utilizarte así. Te pido perdón.

- Me refiero a que si seguimos juntos somos un peligro el uno para el otro. Llévame a la Montaña Negra, ya has hecho suficiente. Mis... amigos me ayudarán.

- Te juro que no te volveré a tocar, no como ayer, ni tampoco... como esta mañana.

Colomba abrió la boca para decir algo, pero se lo pensó y apretó los labios con fuerza.

- Lo sé, no debería jurar, - dijo Amaury.

Pero ella negó con la cabeza y lo miró con cara de culpable.

- No es eso, - susurró.

- ¿Qué, entonces?

- No podemos seguir juntos. Si te encuentran conmigo, te tomarán por un hereje. Si me encuentran contigo, me tomarán por una puta.

- Sólo los malpensados juzgan de ese modo. Quizá los cruzados.

- Es verdad, Amaury. Toda mujer tiene algo de puta, aunque sólo sea en el último rinconcito de su pensamiento. - Agarró con los dedos algunos pliegues del hábito y arrugó la tela formando una bola, que luego separó de un tirón. Si el hábito del benedictino no hubiese sido de tan buena calidad, lo habría desgarrado - . "Odia el hábito que está manchado por la carne", - susurró mientras tiraba con violencia de la tela.

- Eres una santa.

- ¡No, no, no lo soy! - Empezó a sacudir la cabeza con fuerza.

- Un ángel, - corrigió él rápidamente.

- Como mucho un ángel. Un ángel con las alas rotas que tiene que aprender de nuevo a volar. Y ayer ese ángel te pegó..., no porque te quisiera detener, o... sí, también por eso, sino porque..., porque me asusté al darme cuenta de que me gustaba que me tocaras.

Antes de que Amaury pudiera pensar una respuesta, ella prosiguió:

- Por ello huí contigo de la ciudad. Tendría que haber estado con las otras mujeres en la hoguera, pero me escondí. No porque quisiera vivir para predicar nuestra fe, sino porque..., porque yo misma me doy miedo. - Sus ojos se llenaron de lágrimas - . ¿Por qué es todo tan difícil? ¡No puedo morir, Amaury, todavía no soy lo suficientemente pura! - Bajó los ojos.

Por un momento, se quedó tan perplejo que no supo qué decir, mas su corazón estaba alegre. "Dios mío - pensó - , me quiere, ¡siempre me ha querido!"

Le cogió la mano, que se apoyaba, blanca y fría, sobre el suelo.

- Colomba, te estás torturando. Eres demasiado joven para sacrificarlo todo. Apenas has vivido. Siempre puedes volver a ser una Buena Cristiana y hacerlo mejor, más tarde, - dijo.

Ella le dejó hacer y Amaury la acarició suavemente con unos temblorosos dedos, que pronto subieron por su brazo. La sangre latía en sus venas. De súbito Colomba retiró el brazo, pero él la agarró y la apretó contra sí. Ella apenas se resistió.

- Llévame a la Montaña Negra, - le suplicó en un último intento de ofrecerle resistencia.

- Te llevaré a donde quieras. Al sol, a las estrellas, ¡al cielo!

Sus labios buscaron los de ella, que en lugar de resistirse lo abrazó. Sus manos desaparecieron bajo el hábito, pero no hicieron más que explorar con cuidado. Quería consolarla, no abusar de ella. Dios, qué delicada era. Era tan frágil que él tenía miedo de sus propias fuerzas. Con su boca secó las lágrimas de sus mejillas y le besó los ojos.

- No llores, - susurró - , el amor no puede ser malo. A fin de cuentas, Dios es amor, ¿no?

DE CAMINO Mayo de 1211

Hacia la Montaña Negra... Sonaba más fácil de lo que era. Para empezar habían huido justo en dirección contraria, escapando de los cruzados. Bien es cierto que Amaury estaba dispuesto a dar media vuelta, pero se encontró con que el camino se hallaba cortado por todo tipo de movimientos de tropas. Una parte de los cruzados había cumplido su cuarentena y se disponía a emprender el camino de retorno a casa. La milicia católica de Tolosa regresaba a esta ciudad. En dirección contraria se acercaba una delegación de más de cien ciudadanos de Puylaurens, dispuestos a entregarse al enemigo, aunque apenas unas semanas antes habían ofrecido hospitalidad a los refugiados de Cabaret. Al ver que se aproximaba el ejército de los cruzados, su señor había dejado todo lo que poseía y había partido hacia Tolosa, en compañía de algunos leales, para sumarse a los demás señores desterrados que apoyaban al conde Raimundo. Montfort se había instalado provisionalmente en Lavaur para poner orden y preparar nuevos planes. Sus patrullas batían los alrededores y sus correos mantenían como siempre un estrecho contacto con los nuevos vasallos del territorio conquistado. Roberto y Simón de Poissy andarían buscando al benjamín de la familia, posiblemente ayudados por Bouchard de Marly. Amaury esperaba fervientemente que los tres no hubieran comunicado su repentina aparición y su también inesperada huida a Montfort. Le tranquilizaba pensar que seguramente el comandante no les prestaría muchos soldados para emprender su búsqueda.

Luego estaba el problema del aprovisionamiento. Los alrededores eran sistemáticamente saqueados por los cruzados, que al fin y al cabo habían de mantener a todo un ejército. Amaury consiguió robar un pedazo de tocino, pero Colomba se negó a comerlo, pese a que estaba muerta de hambre y que le costaba seguir a su acompañante, aunque éste no pudiera avanzar rápido debido al dolor en la pierna.

Llevaban tres días de camino cuando Amaury empezó a tener la desagradable sensación de que alguien los seguía. Cuando avanzaban de noche, le parecía oír algo a lo lejos cada vez que se paraban. Si avanzaban de día, le parecía ver detrás de ellos siempre la misma figura en el camino. No dijo nada a Colomba para no preocuparla, pero no la dejaba sola ni un momento y no la perdía de vista, ni siquiera cuando ella se agachaba entre los matorrales para seguir la llamada de la naturaleza. Apenas dormía, salvo algunas cabezadas que echaba de día mientras Colomba vigilaba. Al quinto día cambió varias veces de dirección para librarse del perseguidor. Aunque dejó de ver la figura, no pudo quitarse de encima la desagradable sensación.

- ¿Te has perdido? - le preguntó Colomba - . Tenemos que ir hacia el este.

- Allí hay una granja donde quizá nos puedan dar algo de comer.

Lo miró con desconfianza.

- ¿Qué pasa, Amaury?

- Sólo soy cauteloso, no quiero dejar rastros y por esto cambio de dirección.

- Ya va la tercera vez. Así no llegaremos nunca.

No la podía engañar, conocía el país y los caminos mejor que él. Se iba haciendo de noche y ellos avanzaron en silencio hacia la granja. Al llegar descubrieron que la granja y los edificios anexos estaban abandonados. Los habitantes habían huido de los cruzados y no les habían dejado ni una migaja. Hacía poco de ello pues la ceniza del hogar aún estaba caliente. Temblando de cansancio, Colomba hundió las dos manos en el cubo lleno de agua que Amaury le ofreció, y bebió.

- Nos quedaremos aquí, - decidió el caballero - , así podremos descansar. Más tarde, por la noche seguiremos adelante. Hemos de irnos antes de que amanezca. Sacó el resto del tocino y cortó una fina loncha.

- Ten, por favor, come algo, de lo contrario ni siquiera podremos seguir andando, - dijo casi suplicante.

Colomba miró con repulsa el trozo de carne y volvió la cabeza.

La paja limpia era un gozo y al igual que las noches anteriores se tumbaron muy juntos para darse calor. Para no dormirse, Amaury yacía con los ojos abiertos de par en par, sujetando a Colomba entre sus brazos. Nada perturbaba el silencio y sin embargo le parecía oír todo tipo de cosas. El grito de una lechuza, el crujir de una hoja, el soplo del viento, el más mínimo ruido bastaba para aguzar su vigilancia. Había yacido así durante un tiempo y casi se había quedado dormido en dos ocasiones cuando lo despertó un golpe sordo. Se levantó despacio para no interrumpir el sueño de Colomba y salió afuera de puntillas. El suelo crujió. Mejor, así no podría entrar nadie sin que él se diera cuenta. Colomba suspiró en sus sueños y se dio la vuelta. Por un instante, Amaury permaneció junto a la entrada. La débil luz de la luna permitía distinguir los contornos de los edificios anexos. Nada se movía.

El perseguidor debía de ser alguien enviado por Roberto para encontrarlo. Si ese hombre estaba allí, tenía que procurar mantenerlo alejado de Colomba. Mejor aún: se adelantaría al perseguidor y lo atacaría. Eso suponiendo que consiguiera encontrarlo, pues el hombre no se mostraba nunca. Además, había algo que no le gustaba de esta situación. ¿Por qué no había atacado todavía? Podría haberles alcanzado fácilmente, pues a lo largo del viaje habían tenido que pararse a menudo para descansar. ¿Acaso esperaba la ocasión para sorprenderlo mientras dormía y dejarlo fuera de combate antes de que pudiera defenderse, temiendo que un combate acabara mal? Además, él no había dormido, no le había dado la oportunidad de sorprenderlo, aunque no podría seguir aguantando por mucho tiempo.

Amaury salió afuera. Al llegar al pozo cogió agua fresca del cubo con la mano, bebió y luego se mojó la cara. Refrescado por el frío viento de la noche que acariciaba su piel mojada, fue a sentarse contra la pared del pozo y estiró las piernas. Por él, el enemigo invisible podía venir ya. Lo atraería fingiendo que dormía. Cerró los ojos, en duermevela, atento a cualquier ruido. Poco después se sumergió sin darse cuenta en un profundo sueño.

El golpe vino como si hubiera caído un relámpago justo encima de su cabeza. Casi al mismo tiempo oyó un chillido agudo. Amaury se levantó de un salto. ¡Colomba! Tuvo que agarrarse un momento al pozo para recuperar el equilibrio. Después avanzó a trompicones sobre sus piernas entumecidas hacia la entrada de la granja. Apenas había dado cinco pasos, cuando tropezó con algo y cayó cuan largo era. La daga se le escapó de la mano y golpeó contra el suelo. La buscó a tientas en la oscuridad y sus dedos se hundieron en algo caliente y húmedo. Olía a sangre. En aquel momento oyó que crujía el suelo.

- ¡Colomba! - gritó.

¡Qué estúpido había sido al dejarla sola, creyendo que sólo él corría peligro! Y ella no tenía nada para defenderse, suponiendo que quisiera hacerlo. Ah, allí estaba la daga. Se puso de pie lentamente y entró corriendo en la granja, por lo menos ésa era su intención, pues chocó contra algo demasiado robusto para ser Colomba y envuelto en cuero que crujía. Sin pensarlo dos veces atacó a ciegas con la daga, sin saber si acertaba ni dónde hería al otro. El extraño se dio la vuelta pegando un grito de dolor e intentó agarrarlo.

- Filh deputan! - gritó una voz.

A continuación se produjo un breve forcejeo, en el que Amaury arrastró a su contrincante afuera para rodar junto con él por el suelo hasta pararse contra el obstáculo con

Librodot

el que había tropezado antes. De una u otra manera consiguió herir de nuevo al otro. El hombre le quitó la daga de un golpe, se soltó y desapareció gimiendo en la noche.

Amaury volvió a entrar cojeando en la granja, donde encontró a Colomba sana y salva.

- ¡Qué has hecho! - exclamó. Sonaba como si hubiera llevado a cabo algo terrible. El no le respondió.

- Tenemos que irnos de aquí cuanto antes, - dijo.

Pero primero hizo un fuego en el hogar, fabricó una pequeña antorcha y se la llevó afuera. Se agachó junto al cuerpo sin vida que yacía cerca del pozo. Colomba lo siguió y miró asombrada al muerto. Parecía aliviada.

- ¿Quién es?

- Es el sargento de Roberto.

Registró las ropas del muerto, encontró algo de pan y un trozo de queso que guardó y luego se ciñó las armas a la cintura: una espada corta y un hacha de guerra. Buscó la daga, pero no dio con ella a la luz de la antorcha. Después empezó a desvestir al sargento y echó su cuerpo al pozo.

- ¿Lo has matado tú? - preguntó Colomba.

- No, lo hizo el otro. Ésa fue mi salvación. - Se levantó y la miró cara a cara - . ¿Por qué? ¿Quién era, Colomba?

- ¿Cómo quieres que yo lo sepa? No pude verle la cara, estaba oscuro.

- Vino a por ti, ¿no?

Ella se encogió de hombros y apretó los labios. Amaury recordó todas las veces en que ella había desaparecido de repente y en que él le había preguntado dónde había estado. Sabía que era inútil seguir interrogándola.

- Entonces lo seguiré. Está herido, eso me da más posibilidades de alcanzarlo. Quiero saber quién me ha salvado la vida y qué quiere de ti.

Mantuvo la antorcha cerca del suelo hasta encontrar algunas gotas de sangre. Sin preocuparse más por Colomba empezó a seguir el rastro que había dejado el herido.

- ¡No, no puedes hacerlo!

Amaury siguió avanzando. Estaba agotado, tenso e irritado, e hizo caso omiso a sus protestas.

- ¡Te matarán!

- De ser así ya lo habrían hecho antes.

- No te ha salvado la vida. Quizá haya matado por error al sargento, pensando que eras tú.

- En tal caso quiero saber quién quiere matarme y por que.

La oyó acercarse por detrás.

- Tengo tanta hambre. Dame primero algo de comer.

- Más tarde, cuando haya solucionado esto.

Ella se quedó parada mientras Amaury seguía avanzando decidido.

- Amaury, vayamos hacia el otro lado.

- El se ha ido por aquí.

- Quiero decir: no hacia la Montaña Negra.

- ¿Qué?

Se detuvo súbitamente y esperó a que ella lo hubiera alcanzado.

- Ya no quiero ir allí. Ahora dame algo de comer.

El sacó la comida y le tendió el pan, pero Colomba rechazó su mano, cogió el trozo de queso prohibido y lo mordió con decisión. La sorpresa de Amaury fue aún mayor

cuando a continuación cogió la loncha de tocino y se la metió en la boca temblando de asco.

- Te he dicho que ahora todo ha cambiado. Que me voy contigo, que soy tuya. - Se secó la boca, colocó su brazo sobre el hombro de él, lo atrajo hacia sí y lo besó en la boca.

Amaury ya no entendía nada en absoluto. Si Colomba quería realmente romper con sus creencias, y no lo hacía sólo para proteger al misterioso asesino o precisamente ajustar cuentas con él, que lo demostrara. Al fin y al cabo, ¿por qué no? Era un momento absurdo para hacerlo, pero toda la situación en la que se hallaban era absurda. Se sentó con ella en el suelo, clavó la antorcha a su lado y empezó a desvestirla. Ninguno de los dos dijo una palabra. Su enfado sólo desapareció por completo cuando la vio yacer desnuda a la luz de la llama. La idea de que el hombre herido debía de seguir cerca y quizá podía ver lo que estaban haciendo lo excitaba aún más. No cabía pensar prueba más convincente de que Colomba ya no quería tener nada que ver con él o con lo que él representaba. Amaury la acarició con suavidad.

- Eres tan divinamente bella que no puedo creer que el demonio haya creado esto, - susurró.

Colomba temblaba De miedo, pero quizá también de deseo, pensó él.

- No tengas miedo, - le dijo - , no te haré daño.

DE CASTELNAUDARY HACIA TOLOSA Junio de 1211

Aparte del hecho de que a los ojos de Amaury Colomba había dejado de ser una perfecta para convertirse en una mujer de carne y hueso, todo seguía igual. Ella se negaba a hablar con él sobre el hombre que había asesinado al sargento de Roberto y también continuaba callada como una tumba sobre sus antiguas desapariciones. Sólo se quejaba de que la comida que no había tocado desde hacía años no le había hecho ningún bien. Tenía el estómago y los intestinos revueltos y eso la debilitaba aún más. Quería regresar cuanto antes al mundo habitado, y preferiblemente a un lugar poblado por sus correligionarios, para que pudieran atenderla en casa de los Buenos Cristianos. Amaury aseguraba que lo que la hacía sentirse enferma era la herida infectada del hombro.

Dado que ya no tenían que ir a la Montaña Negra, Amaury decidió viajar hacia el sur. En la lejanía se distinguían las cimas nevadas de las montañas. A los pies de la cordillera se extendía el condado independiente de Foix, y al otro lado de las montañas el reino de Aragón, donde habían buscado refugio numerosos faidits. Después de un recorrido agotador llegaron a Castelnaudary, donde interrumpieron su viaje para reponer fuerzas. Habían permanecido allí apenas unos días cuando llegó la noticia de que Montfort, que había lanzado una nueva ofensiva desde Lavaur, les pisaba los talones. Acababa de conquistar la cercana Les Cassés y había quemado en la hoguera a más de sesenta Buenos Cristianos. Aquello acabó con la paciencia del conde Raimundo de Tolosa. Aunque Montfort había atacado Lavaur con el pretexto de que era defendida por faidits, vasallos que habían huido de los dominios de los que él se había apropiado, la nueva ofensiva demostraba que el comandante del ejército de los cruzados carecía de escrúpulos y amenazaba a los vasallos de Raimundo dentro de las fronteras de su propio condado. No cabía la menor duda, Montfort no vacilaría en atacar Tolosa. El conde, que había conseguido detener el avance del ejército de los cruzados por medio de interminables negociaciones diplomáticas, estaba obligado ahora a pasar a la acción. A fin de cuentas, él y su ciudad habían sido excomulgados por la Iglesia y por ello estaban a merced de cualquiera que consiguiera conquistar sus posesiones. Decidió bloquear la ruta de

aprovisionamiento de los cruzados entre Tolosa y su cuartel general en Carcasona. En esta ruta se hallaba Castelnaudary y por tanto prendió fuego a la ciudad, en cuanto hubo evacuado a todos sus habitantes.

De nuevo, Amaury y Colomba se encontraban en una caravana de refugiados. Dejaban atrás los humeantes restos de Castelnaudary, de la cual sólo quedaba en pie el fuerte.

- ¿Adónde vais? - preguntó Amaury a uno de los caballeros que los acompañaban.

- A Tolosa.

- ¿Tolosa? - Colomba tiró a Amaury de la manga y se quedó parada en medio del camino, provocando enseguida un atasco.

- Sigue andando, - le susurró Amaury.

- ¡No quiero ir allí!

- No tenemos elección. En estas circunstancias no podemos llegar a Foix. Además con tanta gente estaremos más seguros que si vamos solos.

- ¿Seguros? ¿Sabes cuántos Buenos Cristianos viajan con nosotros? No sobreviviremos una segunda Lavaur.

- No tienes por qué temer a la hoguera, a fin de cuentas ya no eres una Bonne Dame.

Colomba acarició con la mano el hermoso vestido de seda que había pertenecido a la mujer del cirujano. Empezaba a sentirse algo mejor y también se iba habituando a la suntuosidad de la tela sobre su piel. Dos días después de su salida de Lavaur se había desprendido del asqueroso hábito monacal. A lo que no podía acostumbrarse era a no estar tan bien informada como antes. Siempre había tenido la sensación de controlar la situación porque estaba al corriente de lo que sucedía. Pero ahora debía confiar en la información que le daba Amaury y en aquel momento éste sabía tan poco como ella. Tenía que dejarse llevar por la tormenta como una hoja separada del árbol arraigado en el suelo que la había visto nacer y que la había alimentado, acosada por las tropas de Montfort que sembraban la muerte en el condado de Tolosa. Acabaría posándose en algún lugar, quizá en Tolosa, hasta que la tormenta se la llevara más lejos, aún más lejos.

Sintió que Amaury la rodeaba por la cintura, la atraía hacia si y luego la volvía a soltar. Un simple gesto, tan entrañable como si hiciera años que lo conociera, como si nunca hubiera prometido no tocar a un hombre. Le sonrió. Qué curioso era que precisamente él personificara el ideal que cantaban los trovadores. La había esperado con infinita paciencia, había dominado sus impulsos a pesar del dolor que el deseo provocaba en su corazón, como dictaban las leyes de cortesía. ¡Y eso que de todos era sabido que los franceses eran unos bárbaros ignorantes en lo tocante al amor! Ella, por su parte, no quería saber nada del refinado juego amoroso que las mujeres nobles casadas practicaban con sus admiradores. Pero bueno, qué sabía ella de todo eso, ella que había pasado la mayor parte de su corta vida en la casa de una Bonne Dame. Ella no lo había mantenido a distancia con juegos de palabras sutiles que habían de enseñar al amante a tener paciencia y que debían indicarle qué esfuerzos tenía que hacer para recibir por fin la ansiada recompensa, como prescribía el amor cortés. En lugar de ello, le había reprendido con las duras lecciones de los Buenos Cristianos:

"El maligno creó el cuerpo de la mujer y luego mostró al hombre este fruto prohibido. Ideó el instinto sexual para mantener su creación y para que sus criaturas se multiplicaran. Por ello el acto sexual es el mayor de los pecados. El deseo es la trampa del dios de las tinieblas para atrapar a los ángeles del reino del dios bueno."

Colomba había caído en la trampa con los ojos abiertos, sabiendo que con ello se alejaba del objetivo que perseguía: liberar su alma del cuerpo en el que estaba encerrada,

reunirse con su espíritu celestial y regresar al mundo donde todo era bueno y donde no existían las tinieblas. Sin embargo, había sido una decisión meditada, porque había descubierto horrorizada que ya no estaba preparada para la liberación de su alma, por lo menos no como había acontecido en Lavaur. Cuando fuera más vieja, querría morir en las manos de los Buenos Cristianos. Igual que había visto morir a su madre y a sus tías, que habían sido Bonnes Dames. Así sí quería partir, cuando realmente pudiera distanciarse del mundo y de todo lo que había en él, como Amaury. Pero ¿cómo podía distanciarse de una vida que ni siquiera conocía? Sería infinitamente más difícil, y por ello mucho más valioso, si primero probaba la tentación. Más tarde renunciaría a esta vida, y no ahora, y menos aún porque así lo decidieran los demonios del norte que se habían plantado en su país como buitres. ¿Acaso no era más importante indicar a otros el camino hacia la liberación, que ser liberada? ¿No era mucho mejor subordinar las aspiraciones propias a las de una comunidad? ¿Acaso la mayoría de las Bonnes Dames no habían estado casadas antes de recibir el consolamentum? ¿No habían dado hijos a sus esposos, hijos para defender la Iglesia de Dios e hijas para vigilar los lazos de la familia con la Verdadera Fe?

Sonrió, satisfecha con sus propias reflexiones. Unos instantes más tarde encogió los hombros como si quisiera esconderse de vergüenza. ¿No estaría buscando una manera de huir del destino que ella misma había elegido, el difícil camino de un Buen Cristiano que exigía un precio tan alto? Quizá. En cualquier caso había encontrado una excusa para amar sin faltar del todo a su deber. Su mano buscó la de Amaury y se cobijó en su puño.

TOLOSA Junio de 1211

Tolosa parecía más un campamento militar que una ciudad próspera. Los vasallos del conde Raimundo y numerosos faidits se habían congregado allí y se armaban para enfrentarse juntos al enemigo. También los condes de Foix y de Comminges se habían unido a ellos con sus tropas. La vida de la ciudad estaba totalmente desquiciada. Las calles, ya de por sí abarrotadas, se hallaban totalmente obstruidas, pero todos aceptaban sin rechistar las molestias. La población respaldaba como un solo hombre al conde, incluso el partido católico, que durante mucho tiempo había apoyado al obispo. Las hermandades blanca y negra, católicos y seguidores de la Iglesia de Dios, los faidits y los mercenarios españoles, todos estaban dispuestos a arriesgar su vida, bien por la libertad de los ciudadanos, por los derechos de su señor, bien por su fe. Mientras los legados del papa volvían a lanzar un anatema contra la ciudad, Tolosa se puso en estado de defensa.

Amaury anunció que no podía mantenerse al margen y que se apuntaría para luchar. Colomba lo miró entristecida, pero no protestó.

- Así que esto es vivir, - dijo - : morir cada vez un poco y volver a nacer, aunque no haya muerte de por medio. La sola idea de que quizá no regreses me hunde en un profundo duelo.

- Volveré, - dijo confiado, a la vez que daba unos golpecitos contra el hacha de guerra y la espada corta del sargento. No había vuelto a encontrar la daga de la mujer del cirujano.

Pero no había calculado que ahora le iban a mirar con recelo y que ya no le reconocerían como caballero. No tenía el caballo ni las armas que correspondían a un caballero, llevaba los colores del señor de Cabaret, un noble que se había sometido a Montfort, y cuando mencionaba el nombre de Pedro Mir, lo miraban con desdén. Mir había elegido el bando de Montfort y ahora luchaba con los cruzados. Era una extraña sensación: no era nadie, era aún menos que un criado.

Librodot

- Nosotros, - dijo una voz a su espalda - , ningún problema.

Se volvió y vio el rostro sonriente de un hombre alto con una cabellera rubia como el heno.

- Tú. Caballo, armas, todo.

- ¿Quién eres?

- Yo, - contestó el extranjero en deficiente occitano a la vez que se golpeaba el pecho - , enemigo Iglesia, herejes también.

- ¿Qué quieres decir? ¿Eres amigo o enemigo de los Buenos Cristianos?

- Sí, si.

- Un mercenario, ¿no?

- Frisón, - fue su orgullosa respuesta - . Wigbold. Ven.

Amaury miró con desconfianza al gigante rubio.

- No, gracias. Conozco vuestros métodos de trabajo. Ni por diez caballos.

Dio media vuelta y se alejó.

- ¡Entonces, tú criado! - exclamó el frisón - . ¡Carne de lanza!

Ésa era la cruda verdad y no le gustaba. Cuando el conde Raimundo recibió la noticia de que los cruzados se acercaban a Tolosa, salió con sus tropas para atacarles antes de que pudieran organizar un asedio. Junto con los condes de Foix y Comminges comandaba a quinientos caballeros, entre ellos un contingente de mercenarios procedentes de Navarra. Amaury se encontraba entre los soldados de a pie que fueron enviados por delante de los jinetes hacia el puente de Montaudran, para impedir al enemigo cruzar el río Hers. A paso ligero se dirigieron hacia el puente que se hallaba a unas cinco millas de distancia, y lo destruyeron antes de que Montfort lo alcanzara. Asimismo consiguieron sabotear el puente siguiente, pero aún no habían acabado el trabajo cuando los cruzados aparecieron en la otra orilla y empezaron a cruzar el río sobre lo que quedaba del puente y luego vadeando el agua. Los soldados de a pie, que como de costumbre formaban la vanguardia, cogieron sus armas y arremetieron contra todo el que intentaba acercarse a la orilla. Amaury se encontraba entre ellos y vio cómo los cruzados se ahogaban en su propia sangre. No obstante, él y sus camaradas no pudieron impedir que la siguiente línea de ataque, cubierta por los arqueros, alcanzara la orilla. De inmediato, los peones del enemigo se colocaron disciplinadamente detrás de una hilera de escudos con las lanzas hundidas oblicuamente en el suelo. Amaury sabía lo que iba a acontecer. Los jinetes occitanos avanzaron, empujando a los peones que los precedían. Forzado de este modo a correr a trote ligero, Amaury vio cómo se le echaba encima la hilera de lanzas. No había escapatoria.

- ¡Por Tolosa y Colomba! - gritó, y con un fuerte movimiento de su hacha abatió la lanza que amenazaba con perforarle el vientre.

En un impulso de supervivencia fue golpeando todo lo que se le acercaba hasta que por fin hubo creado un poco de espacio a su alrededor. En aquel momento, los jinetes de Tolosa pasaron delante de él lanzando heroicos gritos de guerra para batirse con los caballeros de Montfort. Amaury permanecía de pie en la tierra removida temblando entre las patas de los caballos. Era mucho mejor estar encima de uno de los animales que a su lado, pensó. Por un momento ni siquiera pudo ver dónde se hallaba el enemigo. Por todos lados sonaban gritos, algunos en una lengua que ni siquiera comprendía, y de vez en cuando veía pasar como ráfagas los colores de cotas que no reconocía. Montfort debía de haber recibido refuerzos del norte, pensó. Eran tantos que los occitanos tuvieron pronto que abandonar el campo. El ejército de cruzados se abalanzó sobre ellos como una oleada. Ni siquiera fue necesario dar la orden de retirada, pues eran empujados en dirección a la ciudad dejando atrás innumerables muertos y heridos. Amaury se abrió camino hacia

Tolosa, contento de que por lo menos su pierna estuviera curada y que pudiera moverse con rapidez.

No sabía cuánto tiempo transcurrió hasta que por fin estuvieron al resguardo de las murallas de la ciudad. Dejó caer sus brazos agotado. Le pesaban demasiado para sujetar algo y el hacha de guerra cayó al suelo junto a sus pies. Más de cuatrocientos muertos se habían quedado en el campo de batalla, más o menos el mismo número en ambos bandos, oyó decir. El hijo bastardo del conde Raimundo había caído en manos del enemigo. Además, se enteró de que, durante su marcha hacia el puente de Montaudran, los cruzados habían perpetrado una matanza entre los campesinos. Habían destruido las cosechas y arrancado las vides del suelo. Amaury murmuró una serie de maldiciones y recogió su arma con las manos, que aún temblaban por el esfuerzo. Mientras se incorporaba vio delante de él un caballo humeante. Era un enorme semental negro azabache con grandes calzas que recubrían casi por completo sus cascos.~

- Vaya pelea, ¿no? - dijo sonriendo el frisón rubio - . ¿Todavía entero?

Amaury asintió. Aparte de algunos cardenales, chichones y rasguños, había salido bien parado.

- Has tenido suerte, - dijo el mercenario - . Mejor ser jinete, ahora hay caballos de sobra.

Señaló los dos caballos que llevaba de las riendas. De las sillas colgaban las armas capturadas, unos cuantos cascos y la cota de malla de un cruzado. Amaury titubeó antes de contestar:

- Prefiero ser un peón sin caballo que un mercenario saqueador que roba a los muertos y a los heridos.

- Nosotros luchamos por Tolosa, - le espetó el mercenario - , por vosotros también. El comandante Hugo d'Alfaro es senescal del Agenais, amigo del conde. Volvió grupas y se alejó, haciendo sonar las armas. Amaury miró deseoso los dos caballos apresados y la cota de malla. Por fortuna no tuvo tiempo de arrepentirse de su negativa. El enemigo ya estaba montando su campamento fuera de las murallas. Los adarves de la muralla y las cincuenta torres de la ciudad estaban abarrotados de soldados. Otros vigilaban las doce puertas y el resto tenía que estar listo para un posible ataque.

En cuanto los cruzados se hubieron instalado, intentaron tomar la ciudad al asalto. Apenas repuesto de la aventura en el puente de Montaudran, Amaury tuvo que salir de nuevo con los peones bajo el mando del conde de Foix, para mantener al enemigo a distancia. Mientras los jinetes se dedicaban al arte de guerra superior, los peones se concentraban en destruir las máquinas de asedio de los cruzados. Regresaron triunfadores con tres grandes techos de escudos. Pero también llevaban cientos de heridos, y en el campo de batalla quedaron innumerables muertos.

En los días siguientes, apenas tuvo ocasión de ver a Colomba. Ella había buscado refugio en casa de una Bonne Dame, donde como de costumbre ayudaba a las mujeres que cuidaban de los heridos. En una ocasión, Amaury cogió a un compañero herido sobre sus hombros y lo llevó a la casa de las mujeres para poder verla un momento. Ella le preguntó atemorizada si pensaba que el conde Raimundo conseguiría mantener la ciudad. Amaury le aseguró que nadie permitiría una segunda Lavaur, que Tolosa estaba llena de soldados combativos y que ni siquiera Simón de Montfort era capaz de derrotar a la alianza que formaban Tolosa, Foix, Comminges y los mercenarios de Navarra.

- Y por si eso no fuera suficiente, - añadió - , por aquí se pasea un frisón que recluta a todo el que aún no tenga armas. Es fuerte como un oso y su caballo es tan grande que

sobre él pueden cabalgar tres hombres. Le he visto atravesar de un mandoble a un cruzado, con cota de malla y todo, como si partiera en dos una calabaza.

- Haz lo que tengas que hacer, pero ahórrate los detalles, - le dijo Colomba en tono de reproche - . Cualquiera diría que encima disfrutas.

Amaury se puso serio y respondió:

- Sólo quiero decirte que no has de preocuparte. Los cruzados no tienen suficientes soldados para sitiar toda la ciudad. Podemos salir cuando queramos. Hace poco atacamos un convoy de víveres procedente de Carcasona. Y esos idiotas han destruido las cosechas de los alrededores. Nosotros no pasaremos hambre, ¡pero los cruzados sí!

Después no volvió a verla. Tenía que estar siempre dispuesto, pues los condes habían decidido mantener las puertas abiertas vigilándolas día y noche para poder lanzar ataques relámpago. A tal fin incluso se destrozaron cuatro puertas nuevas de las murallas.

La confianza de Amaury en el conde Raimundo iba creciendo día tras día. En los últimos dos años había visto a menudo cómo un lugar fortificado caía porque los asediados se recluían detrás de las murallas cerradas a piedra y lodo y esperaban pasivamente a que el enemigo se decidiera a partir con las manos vacías. No lo habían logrado nunca. Siempre habían sido los asediados los que habían tenido que abandonar la lucha, bien por la superioridad del enemigo, bien por falta de agua o alimentos. Por fortuna, Tolosa no parecía dispuesta a sucumbir de la misma forma.

TOLOSA Finales de junio de 1211

Transcurrió más de una semana. Llegó un nuevo domingo en el que las campanas de las iglesias callaron y no se celebraron misas en la ciudad vilipendiada por la cristiandad, que justo antes del asedio había sido abandonada por todos los sacerdotes, frailes y sacristanes. El calor del sol cubría las calles como una manta paralizante y quien podía se resguardaba en el relativo frescor de un lugar sombreado. Las altas temperaturas obligaban a concentrar la lucha temprano por la mañana o al final de la tarde.

Mientras hacía guardia cerca del castillo condal, Amaury vio cómo el comandante de los mercenarios, Hugo d'Alfaro, salía apresurado y de muy mal humor. El navarro gruñó algunas órdenes breves y desapareció en dirección a su cuartel, acompañado de algunos caballeros de su séquito. Después, no pasó nada durante bastante tiempo.

Tras el cambio de guardia, Amaury regresó al monasterio, donde acampaba con un contingente de peones en el refectorio de los frailes, y se dejó caer en la paja sin quitarse la armadura. Desde el inicio del asedio, nadie se había desvestido. En ambos bandos, temían que el enemigo los sorprendiera desarmados. Escuchaba las voces a su alrededor. Parecía ser que D'Alfaro había propuesto realizar un ataque a gran escala contra el campamento de los cruzados. Amaury se incorporó.

- ¿Cuándo será? - quiso saber.

- No lo harán. ¿Acaso te has hartado de vivir? - los hombres se rieron de buena gana.

Amaury volvió a tumbarse. Al parecer, al conde Raimundo no le agradaba el plan y quería limitarse a la defensa. Al final de la conversación, el conde había tildado al español de aventurero, asegurando que si le dejaba hacer, su temeridad le costaría sus tierras. A continuación, había prohibido a sus hombres emprender semejante ataque sin su consentimiento. Muchos de los peones respaldaban la postura del conde Raimundo. No tenían demasiadas ganas de acabar en un nuevo baño de sangre.

- Si D'Alfaro tiene tantas ganas de que lo atraviesen con la espada, no podremos detenerlo.

- ¡Ese navarro es un fanfarrón! ¡Venga, que dé el primer paso con sus mercenarios, si se atreve!

- En mi opinión, lo único que le interesa a ese putañero español es el poder.

- Eso es en cualquier caso lo único que le interesa a Montfort, - dijo Amaury desde su cama de paja - . Hace ya tiempo que no lucha para erradicar la herejía, ni siquiera para emprender una expedición de castigo porque alguno de Tolosa matara hace tres años al legado papal. Se ha apropiado de los títulos de Trencavel y no descansará hasta que también haya añadido los de Tolosa a su nombre.

Los hombres lo miraron asombrados.

- Es cierto, - prosiguió Amaury - , Montfort está ebrio de ambición. El objetivo por el que llegó aquí se ha convertido en un medio para saciar su sed de poder.

- ¿Cómo lo sabes?

- Cualquiera que reflexione un poco puede verlo.

Se hizo un silencio embarazoso.

- Hugo d'Alfaro tiene razón, - prosiguió Amaury - , el tiempo suele favorecer a los sitiadores. El conde tiene que frenar a los cruzados. Si ahora no se atreve a hacerse fuerte, luego lo aplastarán y entonces sí podría perder sus tierras. Lo miraron atónitos. Justo cuando Amaury empezaba a preguntarse si habían comprendido lo que les decía, se originó el alboroto. ¿Qué más les daba a ellos cuáles eran los motivos de Montfort? ¿Acaso no había contado los muertos que habían dejado en el campo de batalla en los diez días que duraba ya el asedio? ¿Quiénes tenían que soportar los primeros golpes en la vanguardia? No los caballeros protegidos con cotas de malla, que no cesaban de hablar de coratge. ¡Mucho ruido y pocas nueces! Al menos, el conde se preocupaba por sus súbditos y no enviaría nunca a sus hombres hacia una muerte segura. ¿Y qué había de malo en esperar al enemigo al abrigo de las murallas? Allí fuera, bajo el sol abrasador, Montfort se hartará pronto de sus planes. Hacía más calor que en el infierno.

Amaury se puso en pie y salió, alejándose de las risas burlonas de los demás. El aire nocturno era fresco. Aquí se estaba mejor que en la habitación abarrotada, donde los hombres se excitaban y no hacían más que soltar sandeces. Se sentó sobre el pequeño muro de piedra que rodeaba el patio del monasterio. Mantenía en sus manos el hacha de guerra, de la que nunca se separaba. Hizo oscilar suavemente el arma mientras miraba el cielo estrellado. Era como si desde el oscuro firmamento, la impotencia cayera como una maza sobre él. Cualquiera podía ver lo que iba a suceder. ¿Por qué no había nadie que parara los pies a Montfort? ¿Por qué no frenaba el papa su codicia? Montfort era un estratega brillante que conspiraba con el abad del Cister, un zorro astuto capaz de engatusar al papa. El bondadoso e indeciso Raimundo de Tolosa no era un adversario digno de ellos, aunque ahora estuviera al mando de varios miles de hombres. Seguía queriendo convencer a Roma de que sólo recurría a las armas para defenderse, seguía buscando una posibilidad de encontrar una solución pacífica.

Su hacha había dejado de balancearse y colgaba inmóvil entre sus rodillas. ¿Qué haría él, Amaury, en su lugar? Sin duda, no esperaría de brazos cruzados. La fuerza de Montfort era su rapidez. Gracias a ello siempre podía decidir dónde y cuándo abriría el ataque. Quien quisiera vencerlo debería adelantársele para tener de su lado la ventaja de la sorpresa. Hugo d'Alfaro tenía razón... El caballero degradado a la categoría de peón suspiró. Si hubiese podido dar su opinión en un consejo de guerra, habría apoyado el plan de D'Alfaro. Pero no tenía ni voz ni voto, ni siquiera disponía de los diez hombres que antes formaban su séquito personal. No era nadie, apenas era capaz de salvar su propio pellejo.

Amaury se mordió tan fuerte el labio inferior que notó el gusto de la sangre. Agarró el hacha con ambos puños y se levantó. Con paso decidido abandonó el patio del monasterio y avanzó en la oscuridad en dirección al castillo condal hasta llegar al cuartel general de los mercenarios navarros. Allí fue detenido por un centinela. Detrás de la puerta cerrada se oían ruidos, como si a esas horas de la noche reinara un ajetreo nervioso.

- ¿Qué buscas? - le preguntó secamente el soldado.

- Tengo que hablar con Hugo d'Alfaro.

- Imposible, - se limitó a responder el otro.

- Déjame pasar, Wigbold me ha llamado.

- ¿Wigbold? Espera aquí.

La puerta se cerró sin dejarle ver lo que sucedía al otro lado. El frisón apareció en la puerta antes de lo que pensaba y en cualquier caso antes de que pudiera cambiar de parecer. No dijo nada, asió a Amaury por el jubón de cuero y lo arrastró adentro. La puerta se cerró a sus espaldas.

- Tú, llegas a tiempo. Tú tienes cojones, - farfulló el mercenario dándole un manotazo en el hombro que casi lo derriba.

- Carne de demonio lo llamamos aquí, - respondió el joven caballero - . Quiero hablar con D'Alfaro. Su plan es bueno. Tiene que intentar convencer al conde de Foix, a éste quizá le gusten más sus ideas que las del conde Raimundo.

- No es necesario, Raimundo es cobarde. Nosotros atacamos. Mañana. - Dichas esas palabras, Wigbold hizo un ademán significativo llevándose el índice a los labios - . Tú, sabes secreto. Tú, tienes que luchar con nosotros ahora. - Sonrió triunfalmente.

Así pues, Hugo d'Alfaro se había propuesto llevar a cabo su plan sin la aprobación del conde de Tolosa. Amaury comprendió entonces que todo el mundo en el cuartel de los mercenarios se estaba preparando para un ataque. Y el hecho de que le hubieran hecho partícipe de este secreto significaba, en la lógica de Wigbold, que no podía hacer otra cosa que participar en la lucha. Pues bueno, ése era el motivo que le había traído hasta aquí, sólo que no había contado con que el comandante de los mercenarios lo fuera a hacer solo.

- En tal caso me presentaré ante D'Alfaro.

El frisón negó con la cabeza.

- ¿Es que no quiere saber con quién trata?

- La manzana podrida apesta sola.

- Entonces quiero una lanza, una espada, una cota de malla y un escudo, - dijo - , espuelas y un caballo.

Wigbold señaló el hacha de guerra.

- Esta es buena, también.

- Sólo si puedo acercarme lo suficiente.

Metió el hacha en su cinto y siguió al gigante rubio primero hasta la sala de armas, donde habían amontonado el botín de guerra, y después hasta las cuadras. Cuando empezaron a anunciarse los primeros rayos de sol, Amaury estaba completamente equipado y además había consumido una copiosa comida con los demás mercenarios.

- Ahora descansar, - dijo Wigbold.

- ¿Cómo que a descansar? ¿Cuándo atacaremos?

- Tú, espera. Luego hace calor y el conde Raimundo y el enemigo duermen. Tú, paciencia.

Sucedió exactamente como le había dicho. En ambos campamentos esperaron recelosos a que el otro bando tomara la iniciativa en el frescor de la mañana. Cuando todo parecía indicar que no sucedería nada, se dispusieron a tomar la comida, precedida, en el

campamento de los cruzados, de una misa. El sol avanzaba hacia el cenit y la temperatura aumentaba a igual ritmo. Apenas saciados por la frugal ración de alubias y fruta, los cruzados fueron a buscar refugio a la sombra asfixiante de sus tiendas de campaña y se tumbaron para descansar sin desprenderse de sus armas. Detrás de la puerta del cuartel de los mercenarios, los caballeros esperaban la señal para el ataque montados sobre sus inquietos caballos. El calor era casi insoportable, el sudor les chorreaba por el cuerpo. Delante de ellos, los peones mercenarios estaban preparados, armados con cuchillos y porras. Hugo d'Alfaro ya había hecho su ronda matutina. Había apostado a algunos de sus hombres en dos de las dieciséis puertas con que contaba ya la ciudad, ordenándoles en secreto que le dejaran vía libre en el momento convenido.

- ¡Ojo, no destruir las máquinas de asedio! ¡Demasiado pesadas! ¡Sólo el campamento! - advirtió Wigbold.

Amaury asintió. Parecía lógico. Él mismo había podido comprobar en dos ocasiones lo inútil que era intentar destruir el material de asedio.

Tan pronto el navarro regresó a su cuartel, montó sobre un caballo fresco y dio la orden de salir. Los hombres cruzaron la puerta como una horda enloquecida. Antes de que nadie se diera cuenta de lo que estaba sucediendo, habían cruzado ya las dos puertas de la ciudad y se abalanzaban como una nube de saltamontes sobre el campamento de los desprevenidos cruzados, que estaban sumidos en una profunda siesta. Las primeras víctimas cayeron ya antes de que los centinelas pudieran dar la alarma.

Amaury no tuvo empacho en atacar traicioneramente a sus antiguos compañeros de armas. Muchos de los estandartes coloridos que coronaban los pabellones le resultaban desconocidos. Pertenecían a las tropas frescas venidas de Luxemburgo y Alemania. Se limitó a seguir el ejemplo de los caballeros de D'Alfaro, se abalanzó sobre la tienda más próxima y hundió su lanza en la tela, que se desgarró como si fuera una camisa ajada. La tienda se desplomó sepultando a los hombres que acababan de despertarse sobresaltados y buscaban sus armas. Wigbold, que cabalgaba detrás de él, pisoteó con el caballo a los hombres que luchaban por liberarse de la lona y silenció sus gritos apagados hundiendo su lanza varias veces en la masa. Los soldados de a pie remataban el trabajo, aporreando a todo lo que seguía moviéndose. Después abrían la lona para quedarse con todo lo que hubiera de valor debajo de ella. Esta escena se repitió en innumerables ocasiones. Por falta de espacio para manejar su lanza, Amaury tuvo a veces que cortar con unas cuantas estocadas los vientos de las tiendas de campaña. En poco tiempo, gran parte del campamento militar de los cruzados había sido destruida. Los caballeros y peones de D'Alfaro abatían, pisoteaban, aporreaban o ensartaban con la espada todo lo que encontraban a su paso, ya fueran hombres o animales.

Amaury arrasó el campamento con los demás, cegado por un odio que nunca antes había sentido. Su mirada estática sólo captaba la imagen en su memoria de los Buenos Cristianos en la hoguera de Lavaur. Habían sido cuatrocientos. Cada golpe que daba era para vengar a uno de ellos. Al principio, los Bons Hommes y las Bonnes Dames habían cantado con las voces firmes que demostraban el valor con el que afrontaban la muerte. Sus voces habían sonado cada vez más fuertes, como si con ello quisieran negar el martirio del fuego que abrasaba su piel, hasta que finalmente sus palabras fueron ininteligibles y sus cantos se convirtieron en un grito continuo de dolor por la tortura.

- ¡Por Lavaur y por Colomba! - gritó agachándose para asestar un golpe de espada a un peón, que había intentado herir a su caballo con un hacha. El peón cayó mortalmente herido sobre una tienda de campaña desplomada, de la que sólo se mantenía en pie el estandarte.

Amaury dirigió automáticamente su mirada hacia el blasón. El sudor le picaba en los ojos y hacía que todos los colores se fundieran en una masa turbia. Sacudió una y otra vez la cabeza para eliminar las gotas de sudor de sus pestañas y cejas. Se pasó la lengua sobre el labio superior y lamió el líquido salado atrapado entre los cañones de su bigote de varios días. De súbito reconoció las tres merletas del escudo de Poissy. Miró a su alrededor. No había ni rastro de Roberto o Simón, pero no lejos de donde se hallaba él, vio surgir de repente el estandarte con el león de Montfort frente al cielo azul, y debajo, al comandante que cabalgaba rodeado de un creciente número de caballeros provistos de armaduras. Por lo visto había conseguido agrupar a sus hombres para iniciar el contraataque. Los dos Poissy lo acompañaban. Amaury sintió que un estremecimiento le recorría la espina dorsal hasta acabar en el coxis con un desagradable hormigueo. Cerró el puño alrededor de la empuñadura de su espada. Le había prometido a Colomba que volvería. ¿Qué sería de ella si no regresaba nunca más? Un jinete pasó justo a su lado, después otro y otro. Era D'Alfaro que se preparaba con sus hombres para detener el ataque de los cruzados. El comandante de los mercenarios gritó una orden y mirando en dirección a Amaury hizo una señal.

- ¡Los prisioneros!

¿Prisioneros? Era como si se paseara por un sueño en el cual él no interviniera. Todo se movía alrededor, salvo él mismo. Mantenía los ojos fijos en el yelmo de Roberto, que, bajando y subiendo al ritmo lento del trote de su caballo, se acercaba cada vez más. Una figura negra pasó delante de la visera de su yelmo.

- ¡Tú! - gruñó Wigbold - . ¡No duermes, D'Alfaro da órdenes!

Para dar más énfasis a sus palabras dio un mazazo contra el yelmo de Amaury. El golpe del metal lo espabiló del todo. Espoleó a su caballo y, dejando atrás los colores de Poissy, salió galopando en la dirección que le había indicado el frisón. Mientras Hugo d'Alfaro y sus caballeros se entretenían con los nobles de Montfort, Amaury y Wigbold se adentraron más en el campamento con los demás mercenarios montados. Allí, detrás de una cerca de empalizadas estaban encerrados los prisioneros que los cruzados habían capturado en los últimos días. Apenas habían tenido tiempo de liberarlos cuando sonó una nueva orden.

- ¡Retirada!

Los prisioneros liberados no necesitaban esa incitación. Estaban dispuestos a largarse de allí. Se apresuraron a tomar el camino de regreso a Tolosa, a través del caos, con la retaguardia cubierta por los hombres de D'Alfaro, quienes, cargados con un copioso botín, entraron en la ciudad como triunfadores. Wigbold apenas podía ver algo por encima de la pila que había amontonado en su montura. Su cara ancha y sonriente se ocultaba bajo un suntuoso vestido de seda que había enrollado alrededor de su yelmo a modo de turbante. Amaury mantenía apretado contra el pecho su único trofeo. Era el estandarte con el escudo de Poissy, que había cogido de la tienda derribada.

- ¡Ven a ver! ¡Se van! ¡Míralo!

Colomba se hallaba asomada por la ventana en el piso superior de la casa de las Bonnes Dames y señalaba con el dedo las murallas de la ciudad. Estaba radiante de alegría. Era realmente increíble lo que sucedía allí afuera: ¡Montfort y sus hombres abandonaban el asedio! Al despuntar el día, los cruzados recogieron sus cosas y se largaron. No, más bien parecía que se fueran de estampida, pues dejaban tiradas sus pertenencias. Abandonaron máquinas de guerra, carros, herramientas de asedio y gran parte del campamento asolado. Ni siquiera se preocuparon por transportar hacia Carcasona a los enfermos y heridos, y los abandonaron a la misericordia de los de Tolosa.

- ¡Somos libres!

Amaury ya estaba arriba y se asomaba junto a ella por la ventana. Era cierto, allí partía el temible ejército de Montfort. Como un perro apaleado, se alejaba con el rabo entre las piernas. No eran tambores, trombones y chirimías los que acompañaban el sonido de los cascos de los caballos y las botas sobre el camino polvoriento, sino un silencio desalentado. En un principio, nadie había osado creerlo pero ahora no cabía la menor duda. También en la muralla reinaba un ambiente de euforia. Los centinelas bailaban en el adarve e increpaban a los cruzados.

- Os hemos dado un susto de muerte. ¡Hemos ganado! ¡Viva Hugo d'Alfaro!

El noble español y sus mercenarios, que un día antes habían provocado la cólera del conde Raimundo, eran los héroes de la jornada.

- ¡Estoy orgullosa de ti! - Colomba abrazó a Amaury y cubrió su rostro de besos.

- Pero ahora soy un mercenario, - murmuró Amaury.

- Qué va, eres un caballero al servicio del senescal de Agenais.

Él sacudió la cabeza.

- Hay una diferencia entre los caballeros de Agenais y las tropas irregulares de Navarra y de Dios sabe dónde que siguen a D'Alfaro. Yo formo parte de estas últimas. Escoria.

- Me trae sin cuidado. ¡Eres la escoria más valiente de Tolosa!

Apretó los labios contra los de él para impedir que siguiera protestando. ¿Por qué tenía que dar siempre tanta importancia a su condición, a sus títulos? ¿Qué más daba en calidad de qué había logrado la victoria? ¡Allí partía Montfort, el odiado comandante, con sus malditos soldados de Cristo! No podía imaginarse escena mas hermosa. Podía irse al infierno que tanto temía. Cogió a Amaury de la mano y bailando lo condujo escaleras abajo. A pesar de que era muy temprano, todo el mundo había salido a la calle para celebrar la victoria. Cantaban. De repente, Amaury era amigo de los mismos peones que se habían burlado de él. Era el camarada de los mercenarios y volvía a estar en pie de igualdad con los demás caballeros. Todos le ofrecían vino y también Colomba participaba en su gloria.

- Bonita chica, - susurró Wigbold al oído de Amaury, al tiempo que le daba un codazo y hacía un gesto obsceno - . Esta noche, doble fiesta.

TOLOSA Finales de septiembre de 1211

- Estás embarazada, - la consoló Amaury - , por eso tienes náuseas, es normal. Es una enfermedad sana que se te pasará por sí sola.

Colomba se hallaba acurrucada junto al pozo, lívida y más frágil que nunca. Había devuelto lo poco que había comido aquella mañana y ahora, después de refrescarse, intentaba beber una pequeña dosis de agua.

- Ni siquiera quería quedarme embarazada.

- Es natural y yo estoy orgulloso de ello. ¿Te sientes mejor?

Asintió débilmente.

- Esto es típico de ti, que te sientas orgulloso.

- Todo hombre se enorgullece de haber engendrado a un hijo. Es la prueba de su virilidad, asegura la supervivencia de su estirpe, su nombre, su sangre.

- Tu sangre me pone enferma.

- Eso es porque no hemos recibido la bendición de Dios.

Le seguía molestando que no estuvieran casados. No porque no pudieran encontrar un solo sacerdote o clérigo en toda Tolosa, sino porque los Buenos Cristianos rechazaban todos los sacramentos, sobre todo el del matrimonio.

- ¡La bendición de Dios para el acto sexual! - Su apasionada protesta la reanimó un poco - . El hombre y la mujer se unen sólo por lujuria. Quien se entregue al acto sexual es instrumento del diablo. Al reproducirnos mantenemos viva su creación. Procrear es pecado, tanto dentro del matrimonio como fuera. Si pides la bendición de Dios y lo conviertes en una especie de unión sagrada, no harás más que empeorarlo. De ese modo conviertes la inclinación natural de la] carne en blasfemia.

- Me cuesta muchísimo aceptar algunas de vuestras ideas.

- No digas vuestras, sino nuestras. Nuestras reglas son ahora también las tuyas.

- Eso no impide que me cueste aceptarlas. ¿Cómo puedes afirmar que lo nuestro era malo, libertino? Los dos lo queríamos. Han sido los momentos más bellos de mi vida y tú disfrutaste tanto como yo.

- Era como una borrachera, - respondió ella - , era incapaz de pensar. Era como si estuviera atontada. - Bajó la mirada avergonzada - . El dios del Mal creó a la mujer. Luego la mostró a los ángeles y su deseo les hizo caer del cielo y llegar aquí a la tierra. Entonces los encerró en los cuerpos de los hombres y los animales. El placer del sexo es el fruto prohibido con el que se seduce al hombre a procrearse. El buen dios no permite que nada crezca o surja aquí abajo, esto es cosa del diablo.

Amaury consideró más prudente no contrariarla. Permaneció en silencio hasta que Colomba dijo de repente:

- Llevo un demonio en mi vientre.

- ¡¿Qué?!

- Un demonio.

- Mi hijo no es un demonio.

- Nuestro hijo.

- Por supuesto, nuestro hijo. - La abrazó para protegerla y la ayudó a ponerse en pie - . Sé que te sientes rara, pero eso no es motivo para llamarlo demonio.

- No tiene nada que ver con mi estado. Llevo a una criatura del mal en el vientre.

- ¿Cómo puedes decir eso? Si no quieres creer que en tu vientre crece una criatura de Dios, cree por lo menos que en tu vientre hay oculto un fragmento de esa luz celestial, que luego nacerá en nuestro hijo.

- Lo que hay en mi vientre aún no tiene alma. Es una cosa de carne y hueso, una pequeña cárcel en la que luego, cuando lo haya traído al mundo, será encerrado un espíritu. Cuando llore por primera vez, el espíritu habrá entrado y se habrá convertido en una persona.

Amaury la miró atónito y sacudió lentamente la cabeza.

- Tal como lo cuentas, diríase que es un monstruo.

Ella se echó a llorar.

- Mientras esté embarazada no puedo pedir la bendición ni un buen fin a ningún Buen Cristiano y si muero antes de que nazca el niño, no podrán darme el consolamentum.

- ¿Por qué no?

- Porque llevo el demonio en el vientre, que me ha manchado con el Mal.

- ¿Quién te ha hecho creer algo tan horrible?

- Los Bons Hommes. Sé que tienen razón, pero me hace sentir peor. Me siento rechazada, como si fuera impura. Cuando me estaba convirtiendo en una Bonne Dame,

gozaba de prestigio y respeto. Ahora me desprecian porque he cometido un pecado imperdonable.

- Bobadas. La capacidad de parir hijos es la mayor virtud de la mujer.

- Para vosotros sí. - Esta vez fue Colomba quien lo dijo, pues también ella seguía considerándolo como un representante de la otra fe - . Para ellos, - se corrigió apresurada.

- Te sientes mal y por eso lo ves todo negro, - le dijo intentando animarla.

- El propio Satanás preside la Iglesia romana. Es natural que os aliente a tener descendencia. Así mantiene viva su creación.

- No es cierto, Colomba. Si las mujeres dejaran de quedarse embarazadas y de tener hijos, nadie tendría la oportunidad de convertirse en una buena persona en una vida posterior, para así poder morir como un Buen Cristiano. Al traer al mundo a nuestro hijo, das la oportunidad a un espíritu de regresar al reino de los cielos. Como mujer tienes el poder de devolver los ángeles de Dios a su patria. ¿No es ésa una tarea noble?

Ella lo miró insegura.

- Nunca lo había contemplado de este modo. ¿Crees realmente que por ello es menos pecado?

- Los propios Bons Hommes dicen que es menester crear nuevos cuerpos para que las almas no liberadas puedan renacer.

- ¿Por qué sabes tú eso y yo no?

Amaury se encogió de hombros.

- Quizá porque aún tengo tantas dudas y por ello me planteo preguntas que vosotros habéis contestado desde hace tiempo. Ahora escucho atentamente sus prédicas.

- Suena contradictorio, - dijo insegura.

Él le secó las lágrimas de las mejillas y le besó la frente.

- Estoy orgulloso de ti e impaciente por que nazca.

Colomba colocó las manos sobre el vientre y sonrió.

- Si es niña, no la llevaré a las Bonnes Dames como hizo mi madre. Se quedará conmigo y la cuidaré hasta que sea suficientemente grande para tomar una decisión.

- ¿Y si es niño?

No respondió. Tuvieron que apartarse a fin de dejar paso a un grupo de jinetes con sus peones que necesitaban el pozo para refrescar a sus caballos. Tolosa se había convertido en un enorme campamento militar, peor aún que durante el asedio de Simón de Montfort. El conde congregaba a todos sus vasallos y sus tropas para atacar unidos al enemigo. Parecía decidido a expulsar para siempre a los cruzados de su tierra.

- Mañana marcharemos hacia el sur. Vamos a atacar Fanjeaux, o quizá Carcasona, - anunció Amaury.

- - Tienes que prometerme algo, - dijo Colomba con un hilo de voz entre todo el ruido. Amaury agachó la cabeza hasta colocarse junto a su rostro para poder entenderla - . Si ahora te sientes culpable por que vivimos juntos sin que un sacerdote haya bendecido nuestra unión, temo que también tengas dudas cuando nazca nuestro hijo. Temo que lo hagas bautizar mientras yo esté en el lecho de parto.

Él se irguió y sacudió indignado la cabeza, colocó la mano sobre el corazón y dijo:

- Mi hijo luchará por el Verdadero Cristianismo. ¡Protegeré a su madre y a los demás Buenos Cristianos contra la Iglesia que recompensa a los soldados por asesinar a mujeres y niños!

Después la cogió del brazo y la apartó del bullicio, de vuelta a la casa donde les habían dado cobijo y trabajo, ahora que, debido a su estado, ya no podía quedarse con las Bonnes Dames.

TOLOSA Octubre de 1211

- Simón de Montfort ha sido apresado. ¡Lo han desollado vivo y luego lo han ahorcado!

El correo del conde de Tolosa acabada de traer el mensaje y la noticia se propagó a toda velocidad por la ciudad. La gente bailaba ebria - de alegría por las calles de Tolosa. ¡El odiado comandante había muerto, el ejército de los cruzados estaba derrotado!

Colomba no bailaba. Ninguno de los soldados ni de los caballeros, ni siquiera el propio conde, habían regresado para relatar la batalla. Lo único que sabía era que no se trataba del asedio de Carcasona o Fanjeaux, sino que la terrible batalla se había librado en las afueras de Castelnaudary. El correo estaba tan agotado que no pudieron sacarle ni una palabra más. ¿Cuántos muertos y heridos había costado detener a los cruzados? ¿Había otro francés dispuesto a ocupar el lugar del temido comandante, de seguir el avance, o acaso el ejército de los cruzados estaba realmente diezmado y dispuesto a poner tierra por medio? Y la pregunta más importante: ¿había sobrevivido Amaury a la batalla?

Unos días más tarde oyó decir que el conde Raimundo marchaba con sus soldados hacia el norte. Luego llegó la noticia de que la victoria de Castelnaudary había reavivado la resistencia contra los cruzados. Las guarniciones francesas eran vencidas en numerosos sitios, que luego abrían sus puertas de par en par para dejar entrar a las tropas de Tolosa.

Después de unas semanas, la verdad empezó a filtrarse lentamente. Los cruzados no se habían marchado y Montfort seguía vivito y coleando. No fue su ejército el que había sido derrotado en Castelnaudary, sino el de los occitanos. Nadie conseguía explicar cómo era posible que éste hubiera perdido la batalla. El poderoso ejército se había dividido y había huido. Mientras que el conde de' Tolosa reconquistaba el territorio perdido en el norte con lo que quedaba de sus propias tropas, Montfort había emprendido una expedición militar hacia el sur para reprimir una rebelión. Decían que ya había llegado hasta Pamiers, donde también el conde de Foix se aprovechaba de la rebelión, que no era más que el fruto de las falsas noticias de victoria que él mismo había ordenado pregonar a sus correos.

Vencidos... El corazón de Colomba se estremeció. Cuatro semanas antes había visto marchar a Amaury con los mercenarios. Movió las manos sobre su vientre. Su embarazo aún no era visible, pero ella empezaba a notar que engordaba y seguía teniendo náuseas todas las mañanas. Quizá este niño fuera lo único en el mundo que le recordaba a él. Por primera vez sintió cariño por la criatura que crecía en sus entrañas. ¿Sería un niño? ¿Se parecería a él?

Bruscamente retiró las manos y se sacudió los cabellos de la cara. Este tipo de ideas sentimentales no iba con ella. Tenía que pensar sobre lo que había de hacer. Si Montfort emprendía un nuevo ataque y recibía refuerzos del norte - que sin duda había pedido - , volvería amenazar el peligro. Su ambición era ilimitada, había dicho Amaury, ambicionaba la corona del conde Raimundo de Tolosa. Tarde o temprano volvería a intentar conquistar la ciudad. Ella deseaba encontrar un lugar más seguro para traer al mundo a su hijo, pero ¿dónde había un lugar seguro? Lo que más deseaba era al hombre que podía protegerla, que la abrazara y, admitió avergonzada, apretara su cuerpo duro contra el suyo.

GAILLAC Octubre de 1211

Asediarían al hijo de puta, al traidor Montfort en Carcasona, lo desollarían vivo - si conseguían atraparlo - y después entrarían en Montpellier y en el camino de vuelta asaltarían Lavaur y así reconquistarían todo el territorio.

Las amenazas de los occitanos habían sido mayores que sus acciones. Todo había sucedido de forma bien distinta en la llanura a los pies de la colina de Castelnaudary. ¿Había sido la astucia de Montfort, la temeridad de Foix, la indecisión de Tolosa o la división entre los señores del sur lo que había decidido la lucha? Lo más seguro era que, como de costumbre, se echara la culpa a los mercenarios. Pues todo empezó a torcerse tan pronto como el conde de Foix abandonó el campamento militar occitano para atacar un convoy con el que Bouchard de Marly había llegado desde Lavaur a fin de llevar refuerzos y provisiones a Montfort. Amaury, que junto con los mercenarios había seguido al conde de Foix, recordaba sólo el estandarte de Bouchard con el águila y el estruendo de los gritos de guerra en ambos bandos. " ¡Tolosa! - se oía a un lado y al otro - : ¡Montfort!" Y la voz de Bouchard de Marly por encima de todos: "¡Marly y la santa Virgen María!". Habían luchado a muerte, casi seguros de la victoria, pues el tamaño de su ejército superaba con creces al del enemigo. Hasta que de súbito los mercenarios dejaron caer las armas, se abalanzaron sobre el convoy y se largaron con el botín. En aquel momento, Simón de Montfort, que se había atrincherado en el fuerte de Castelnaudary, descendió por la ladera y los atacó con sus jinetes por el flanco. Los occitanos, de repente en minoría, se defendieron heroicamente, pensando que recibirían la ayuda del conde de Tolosa. Sin embargo, los del campamento occitano no dieron señales de vida y el conde de Foix tuvo que huir después de sufrir graves pérdidas. Los mercenarios que aún quedaban, entre ellos los mercenarios montados de D'Alfaro, escaparon por los pelos de la matanza.

Cada vez que lo recordaba, Amaury notaba el impulso de encoger~ se de vergüenza. ¿Cómo era posible que hubieran perdido siendo tantos y los otros tan pocos? Sentía aún más vergüenza porque formaba parte de la horda de mercenarios que había provocado la derrota. ¡Idiotas! Y menos mal que Wigbold había luchado a su lado hasta el final.

Pensándolo bien, tenía que admitir que Montfort había sabido aprovechar el azar como un buen estratega, y que el conde Raimundo no había dado ninguna respuesta. Los únicos por los que sentía respeto eran algunos faidits y el conde de Foix con su hijo, que habían luchado hasta que sus armas se habían roto. El escudo del conde de Foix incluso se había partido en dos.

El conde Raimundo de Tolosa se había refugiado con sus ropas en los burgos reconquistados a orillas del Tarn, a la espera de que llegara el invierno. Su ejército tenía que arreglárselas sin los soldados del conde de Foix, que jugaban al escondite con Montfort en el suelo. Los mercenarios tenían poco que hacer por aquí. Wigbold se impacientaba cada vez más a medida que pasaban los días. Su enorme cuerpo exigía continuamente comida y bebida, y no parecía hartarse nunca de las mujeres. Se gastó el dinero que había reunido vendiendo su botín de guerra con igual rapidez con que lo había conseguido. Amaury sopesó su propia bolsa. Le quedaba suficiente. No había hecho más que arreglar sus armas. El resto era para Colomba y el niño. Siempre pensaba en ella. Durante los meses de invierno, las acciones bélicas quedarían reducidas a la mínima expresión, pensó, y todo el mundo se recluiría en su fortaleza. Con la llegada de la primavera y las temperaturas más suaves, cuando los caminos fueran más transitables, se reanudaría la lucha con renovada energía. Quizá pudiera regresar a Tolosa durante ese respiro obligatorio.

TOLOSA Enero de 1212

Librodot

Aquel invierno, Simón de Montfort no dio descanso a sus hombres. Después de que la última quinta de cruzados hubiera cumplido su cuarentena y regresara a casa, Montfort emprendió algunas expediciones militares desde su base de Fanjeaux con su pequeño séquito de leales, muchos de ellos caballeros de la primera hora, y conquistó algunas poblaciones. En diciembre regresó al norte, y en Castres recibió un regalo de Navidad. El día del santo nacimiento, un contingente de cruzados frescos se presentó ante la puerta bajo el mando de su hermano Guy de Montfort, que acababa de regresar de Tierra Santa. La alegría del reencuentro fue grande y de inmediato hicieron planes para emprender una nueva ofensiva. Apenas una semana más tarde conquistaron Les Touelles y asesinaron sin contemplaciones a toda la población. A continuación, y como si su ejército fuera inmune a los caprichos de los elementos, los Montfort se dirigieron hacia los burgos perdidos a orillas del Tarn, aguantando las tormentas, el granizo, la escarcha y el viento.

Para sorpresa de Amaury, el conde Raimundo no parecía dispuesto a defender el territorio. Dio la orden de desalojar los burgos, para que no se repitiera la matanza de Les Touelles, y ordenó que sus tropas se retiraran a tres fortalezas del norte. El propio conde regresó con sus soldados a Tolosa. Aunque Amaury tendría que haber permanecido en el norte bajo el mando de Hugo d'Alfaro, consiguió regresar a Tolosa con el conde. Wigbold lo siguió como un perro leal. Cansado y helado empezó a buscar a Colomba. No estaba en casa donde la había dejado. Llamó a la de las Bonnes Dames.

- No sé si está aún en la ciudad, - le contestaron evasivamente.

- ¿Que no está en la ciudad? ¿Dónde puede haber ido? ¡Está embarazada de siete meses!

Le respondieron encogiendo los hombros a modo de disculpa.

Un terrible presentimiento se apoderó de él. Fue a ver a la comadrona y le preguntó si Colomba había estado allí.

- ¿Eres el padre? - quiso saber ante todo.

- Sí, sí, - dijo apresurado - , ¿está bien?

- El embarazo va bien. - La mujer asomó la cabeza por la puerta y escudriñó la calle a derecha e izquierda e hizo entrar a Amaury - . Pero no sé lo que le pasa a ella. Afirma que la persiguen. No sale nunca de casa. Creo que está algo confusa. - Se llevó el dedo índice a la sien y lo hizo girar.

- ¿La persiguen? - Amaury estaba visiblemente alarmado.

- Es su primer parto. No es raro que sienta miedo e inseguridad. - Colocó la mano sobre el brazo de Amaury y lo pellizcó para tranquilizarlo - . No te preocupes, muchacho, por lo demás está sana. Será un niño robusto.

- ¿Dónde está? ¿Está aquí? - Miró por encima del hombro de la mujer hacia la estancia en penumbras.

- Me hizo prometer que no se lo diría a nadie. Por eso tomo tantas precauciones cuando alguien pregunta por ella. Vive con mi hermana, que está casada con el herbolario. Trabaja para ella.

Amaury pensó que no tomaba precisamente demasiadas precauciones. Dadas las circunstancias, le había costado poco enterarse del paradero de Colomba.

Pero Colomba tampoco estaba en casa del herbolario. Había trabajado allí durante unas semanas, mas cuando un día dijo que el herbolario vendía hierbas que no servían para lo que las recetaba, él le había dado a entender que debía irse a otro sitio. Típico de Colomba, pensó Amaury. Después había ido a vivir a casa de una sobrina de la mujer, cuyo marido vendía vino. También había abandonado esa casa después de un tiempo, según ella porque no se sentía segura.

Amaury empezó a buscar receloso por las agitadas calles de Tolosa, intentando descubrir al que la perseguía a ella y, ahora, quizá también a él. Pero ¿de quién debía desconfiar entre la muchedumbre? ¿Tenía que buscar a las personas de las que se ocultaba Colomba entre los mercaderes y vendedores ambulantes, los porteadores de agua, los pregoneros, los campesinos que vendían sus productos en la ciudad o los numerosos refugiados procedentes de las tierras azotadas por la guerra? ¿Era el mendigo que seguramente se había autolesionado para despertar la compasión, o acaso habían encargado al paralítico junto a la puerta de la ciudad, que realmente había nacido contrahecho, que mantuviera los ojos abiertos? Y ese retrasado mental que lo miraba absorto con la lengua fuera de la boca, ¿estaba realmente tan loco como parecía? No sabía qué temía Colomba, pero poco a poco empezaba a comprender algo de su miedo.

Dos días más tarde, y consumido por la preocupación, la encontró en la cocina detrás del taller de un guarnicionero, donde estaba limpiando un hervidor. Toda la casa olía a piel y grasa. Colomba se sobresaltó cuando lo oyó entrar con sus pesadas botas y suspiró aliviada al reconocerlo. Se secó el sudor de la frente, se irguió y apoyó las manos en los riñones para enderezar la espalda. El bulto en su vientre era claramente visible. Una sonrisa alegre se posó en su rostro. Amaury corrió a abrazarla.

- ¿Por qué estás aquí? ¿qué ha pasado?

Ella bajó los ojos y respondió vacilando, como si no quisiera hablar.

- Está en la ciudad. Lo he visto.

- ¿A quién?

- Ya sabes a quién me refiero.

- ¿Y por ello te escondes y no osas salir de casa? ¿Te ha visto?

- No lo sé. - Enmudeció y se protegió el vientre con las manos. De súbito pareció darse cuenta de que él la había encontrado a pesar de que ella no le había dejado ningún recado - . ¿Cómo has llegado hasta aquí? ¿Te han seguido? ¿te han visto entrar?

- ¿Cómo quieres que sepa si alguien me sigue?

No le respondió.

- ¿Qué quiere de ti?

- Que regrese, - le respondió titubeante.

- ¿Que regreses adónde?

- Es una especie de... cuestión familiar. - Apretó los labios y no dijo nada más.

- Colomba, ¿cómo puedo protegerte si no quieres contarme contra qué he de protegerte?

- No necesito protección. Me las he arreglado sola durante cuatro meses.

- Siempre dices lo mismo. Tienes tantas ganas de ser fuerte e independiente, pero ahora las cosas han cambiado. Eres más vulnerable que nunca y me necesitas. Quiero saber la verdad.

Ella alargó los brazos hacia él, puso las manos alrededor de su cuello y lo atrajo hacia si.

- Eres un amor y te quiero. Dame un beso.

- Esa no es una respuesta.

Tensó los músculos y se echó hacia atrás para que ella no pudiera besarlo. Colomba se puso de puntillas e intentó llegar hasta él, pero su barriga se lo impedía. El cálido cuerpo de ella contra sus ateridos huesos disipó su indignación; su propia impertinencia hizo que se excitara. Su virilidad empezó a erguirse. Colomba se rió. De repente la pregunta que tenía en la punta de la lengua parecía carecer de importancia. Era desesperante, lo había desarmado con su risa. ¡Dios, cuánto la había echado de menos! Su respiración se hizo más

Librodot

pesada, la rodeó con sus manos, la acarició encima y debajo de su túnica y la besó por todo el cuerpo. Sus pechos, que antes podía cubrir con una sola mano, eran ahora más grandes y firmes. Aparte del vientre, todo su cuerpo estaba más lleno. Hubiese querido ahogarse en ese delicioso cuerpo y le traía sin cuidado que esa carne femenina, de olor dulzón fuera una creación del diablo. Ahora que se hallaba embarazada, apenas se parecía ya a la perfecta que casi había llegado a ser.

Aquella noche durmió con ella, y también a la siguiente, en la vivienda que había encima de la guarnicionería. Hubiese preferido que Wigbold hiciera guardia abajo, pero no consiguió convencer al frisón. Estaba despilfarrando el poco dinero que le quedaba.

El tercer día, muy de mañana, lo despertó de un sobresalto un altercado en el taller del piso inferior. Empezaba a amanecer y la habitación estaba prácticamente a oscuras. El guarnicionero y su mujer discutían a voz en grito. Entre las voces muy levantadas oyó que alguien sacudía los postigos del taller. Amaury se vistió apresuradamente y descendió por la escalera. Colomba ya estaba trabajando en la cocina. No se entrometía en la pelea del matrimonio.

- ¡Tú mismo cerraste ayer! - protestó la mujer.

El guarnicionero le respondió gruñendo que llevaba haciéndolo veinte años, y que nunca había fallado nada. Volvió a sacudir los postigos con los que cerraba su tienda y tiró con fuerza de los pomos, pero éstos no se movieron.

- Voy a ver fuera, - dijo Amaury.

Abrió el cerrojo de la puerta que daba a un estrecho callejón en la parte lateral de la casa, y salió a la calle. La mujer del guarnicionero correteó detrás de él, contenta de tener una excusa para dejar solo a su destemplado esposo. A aquellas horas de la mañana, la calle aún estaba tranquila. La luz gris de la mañana tan sólo empezaba a asomarse por el estrecho corredor debajo de las fachadas inclinadas de las casas. Amaury deslizó su mano por uno de los costados de los postigos, en busca del fallo. La mujer se había colocado a la altura de la cuneta en medio de la calle para observarlo desde cierta distancia y señalaba hacia el lugar donde se unían los postigos cerrados. Allí, en la ranura entre los dos paneles, sobresalía la empuñadura de un cuchillo o una daga. El filo estaba embutido en la madera y al lado había grabada una cruz. Amaury, que había visto casi al mismo tiempo el objeto, lo cogió con ambas manos y consiguió soltarlo forcejeando. Después se quedó mirando el arma estupefacto. No, no podía equivocarse, era la daga de la mujer del cirujano de Lavaur. Habría sido capaz de reconocer la talla en la madera en cualquier lugar. No había dos iguales en el mundo. Sin inmutarse por el comentario indignado de la mujer, entró corriendo en la casa. A su espalda oyó cómo abrían el postigo, el murmullo satisfecho del guarnicionero y después nuevamente una acalorada discusión cuando éste descubrió la cruz y su mujer le comunicó el curioso hallazgo.

Amaury sostenía el arma en la mano abierta. Colomba miró en silencio la daga, luego levantó los ojos y lo interrogó con la mirada.

- La perdí en el terreno de la granja donde nos atacaron aquella noche. La busqué, pero por lo visto alguien la encontró. - Le lanzó una mirada significativa, pero ella no reaccionó - . ¿Qué puede significar esto, Colomba?

- Sigue en la ciudad.

- Y sabe que vives en esta casa. Tienes que irte de aquí.

Ella reflexionó durante unos instantes.

- Eso es quizá lo que pretende. Quiere que salga afuera. Sólo te ha visto a ti, no está seguro de que también yo me halle aquí. Es mejor que me quede. Tú estás aquí para protegerme, ¿no?

Librodot

Amaury estuvo a punto de darle la razón, aunque sabía que seguramente no podría quedarse por mucho tiempo. El conde de Tolosa partiría a luchar en cuanto Montfort atacara de nuevo. En aquel momento, el guarnicionero entró de manera precipitada en la cocina.

- Vosotros os largáis, los dos, hoy mismo, - dijo secamente.

- ¿Por qué? No puedes echarla así como así.

- ¡Ya has visto la cruz en mi postigo!

- Yo tampoco sé lo que significa.

- Esa señal de Satanás no tiene nada que ver conmigo. Va dirigida a ti. Los mercenarios no son de fiar. Aceptan dinero de cualquiera. No quiero en mi casa a tipos que colaboran con los cruzados.

- He luchado para el conde de Tolosa y para el senescal de Agenais, - protestó Amaury indignado.

- ¿Para quién más has luchado? A mi no me vengas con cuentos.

- Bueno, me voy, pero deja por lo menos que ella se quede.

- Fuera, los dos. Todos esos refugiados no hacen más que traer problemas. La ciudad está infestada de extranjeros que no tienen ni cinco céntimos. No son más que gorrones que se pasan el día mendigando.

- Colomba trabaja para ti. Sólo te pide un techo para cobijarse. Tiene toda mi soldada para gastar y luego para cuidar del niño. No molesta a nadie.

- Son tiempos difíciles. ¡A causa de esta maldita guerra el comercio se ha quedado estancado!

- Las monturas siempre se venden bien, precisamente ahora. No tienes nada de que quejarte.

- ¿Y quién me dice a mí que ella no espía por orden tuya?

- ¡¿Qué?!

La idea era sencillamente ridícula. ¡Como si hubiese algo que espiar en casa de un guarnicionero! Se habría abalanzado sobre el hombre si Colomba no lo hubiera detenido.

- No merezco una pelea. Venga, vámonos, - dijo tranquila.

- Ahora no, no pienso hacerlo. Primero tengo que saber adónde puedes ir y si es seguro llevarte allí. En cualquier caso, tú te quedas aquí hasta que yo haya encontrado a Wigbold.

No dejó que le contradijera. Y luego, dirigiéndose al guarnicionero, dijo:

- Cuando vuelva, ella seguirá aquí tal como la he dejado, sin que le hayáis tocado ni un pelo. De lo contrario, deberán cerrar tu negocio por defunción. Así ya no tendrás que preocuparte más por esa cruz en el postigo.

DE CAMINO Febrero de 1212

Abandonaron Tolosa al atardecer. Salieron de su escondite justo antes de que cerraran la última puerta de la ciudad, confiando en que así nadie pudiera seguirlos. A pesar de ello, Colomba no dejaba de mirar atrás. Cabalgaba a lomos de una mula entre los dos jinetes, mientras la silueta de la ciudad se alejaba lentamente sobre el resplandor del sol poniente. ¿Se había percatado el otro de su huida o habían conseguido despistarlo?

Wigbold finalmente había deshecho el nudo gordiano, poniendo así fin a la discusión de si debían permanecer en Tolosa o huir de la ciudad. Simplemente había constatado que en aquellos momentos, ninguno de los tres tenía trabajo y que, en vista de que no Podían vivir del aire y que su profesión era la guerra, no les quedaba más remedio que buscar un

foco de conflicto. Por el camino encontrarían alojamiento para Colomba, en algún pueblo que no estuviera amenazado y donde pudiera traer al mundo a su hijo con toda tranquilidad. A Amaury no le entusiasmaba la idea de que, si bien la alejaba de un peligro, la acercaba a otro. Estaba convencido de que en la ciudad se hallaban más seguros que fuera de ella y además temía que el viaje resultara demasiado agotador para Colomba y que provocara un parto prematuro. Sin embargo, dadas las circunstancias, no parecía existir una solución mejor y ella le aseguró que era capaz de aguantar el viaje. Se sentía bien y estaba contenta de estar al aire libre, después de permanecer durante tanto tiempo encerrada en casa en la ciudad superpoblada.

Puesto que no debían llamar la atención y por tanto no podían utilizar antorchas para iluminar el camino, cabalgaron mientras lo permitió el crepúsculo. Después frenaron a sus caballerías y siguieron avanzando a paso de buey guiados por la luz de la luna. La noche era muy fría. Las nubes desfilaban delante del astro plateado impelidas por el viento del noroeste. Más tarde otras más espesas ocultaron la luna, y ellos siguieron vagando como ciegos por un mundo sin luz. Por último empezó a llover. Amaury se detuvo y junto con Wigbold descargó las piezas de la tienda de campaña. Montaron el campamento a tientas, debajo de unos árboles y matas. Después durmieron bajo la lona que se agitaba al viento, turnándose para hacer guardia. No osaron encender una hoguera.

Debía de haber pasado ya la medianoche cuando Amaury se despertó alarmado por un ruido. Durante unos instantes permaneció tumbado escuchando si el ruido se repetía, mas no oyó nada aparte del bramido del viento. Había dejado de llover. Se incorporó y salió de la tienda. El viento le golpeó en la cara y él cerró apresuradamente la lona detrás de sí para no despertar a Colomba. La oscuridad era absoluta.

- Wigbold, - susurró. No hubo respuesta - . ¡Wigbold! ¿Dónde estás, demonios?

Las nubes se apartaron unos instantes y una luna opaca iluminó por un momento el campamento. El frisón no estaba en el lugar donde lo había visto por última vez, no había ni rastro de él. Eso era extraño. ¿Acaso había ocurrido en efecto algo raro y su compañero había ido a investigar? Buscó alrededor del campamento, mas no osó alejarse de la tienda de campaña. No quería perder de vista a Colomba ni un solo instante. El frisón seguía sin dar señales de vida, pero todo parecía seguro. La luna se ocultó y el mundo volvió a sumirse en la oscuridad. A tientas encontró el camino de vuelta a la tienda y entró. También a tientas buscó el lugar donde yacía Colomba y tocó la manta y el bulto de su barriga. Ella se movió y suspiró en sueños. Tranquilizado, fue a sentarse en la entrada de la tienda, agarrando la empuñadura de su espada.

Había estado sentado así durante bastante tiempo cuando lo despertó de un sobresalto un crujido que se acercaba rápidamente. Entonces oyó también unos pasos. Despacio, sin hacer ruido, desenfundó' la espada. Movió silenciosamente las piernas dobladas para poder levantarse de un salto en cualquier momento y esperó, tenso de pies a cabeza. El viento seguía agitando los árboles y rasgaba las nubes. Amaury se quedó aterido. En el contraluz de la luna surgió una figura maciza, demasiado ancha para ser Wigbold, que se alzaba justo ante sus pies. Esgrimió el arma con ambas manos y lanzó un mandoble. El hierro chocó contra algo de madera, seguramente un escudo. El golpe hizo temblar sus huesos.

- Maldita sea, - oyó decir a Wigbold - , tú, asustadizo.

- ¿Dónde estabas, hombre? - exclamó Amaury. Entonces vio que la deformidad de la figura la había provocado una manta que el frisón se había echado sobre los hombros.

- ¿Es que tengo que cagar junto a la tienda?

- No, mejor no, - dijo Amaury soltando una risita nerviosa.

Después del incidente, ninguno de los tres volvió a dormir, pues también Colomba se había desvelado. Comieron pan y desmontaron el campamento para poder partir tan pronto como amaneciera.

Había algo extraño en el suceso nocturno, aunque Amaury no conseguía definir qué era lo que le molestaba. Seguramente, se trataba del miedo que le había invadido cuando creyó que otro, que no era Wigbold, estaba en el campamento. Intentó ahuyentar estos pensamientos y concentrarse en el presente. Querían llegar a la fortaleza donde se habían retirado las tropas de los condes de Tolosa y de Foix después de renunciar a los castillos de Tarn para dispersar al ejército de los cruzados y desbaratar los planes de Montfort. El comandante se encontraba en aquellos momentos en Albi, pero era de suponer que intentaría reconquistar también los pueblos que los occitanos le habían arrebatado en otoño. Amaury debía procurar evitar los lugares donde acampaban las guarniciones de los cruzados, y al mismo tiempo elegir la ruta más corta hacia su destino.

En cuanto se hubo cerciorado de que en el camino no había nada sospechoso y que nadie los seguía, partieron en dirección noreste. Acababan de ponerse en camino cuando Amaury vio a lo lejos a un grupo de jinetes que se alejaban visiblemente apresurados de un conjunto de edificios. Interrogó a Wigbold con la mirada, pero éste se limitó a encogerse de hombros. Un campesino que pasaba por allí les dio la solución.

- Es Garidech, una encomienda de los caballeros hospitalarios.

En cuanto el campesino se hubo marchado, Colomba asió las riendas de Amaury frenando a su caballo detrás de unos pinos, que los ocultaban de los hombres en la lejanía.

- Hemos de salir del camino. Así pueden seguirnos el rastro fácilmente.

- ¿De qué tienes miedo?

De pronto parecía muy inquieta y él no lograba explicarse por qué, a no ser que fuera por los sanjuanistas.

- No te preocupes por ellos, - le dijo a Colomba - , los sanjuanistas no se han inmiscuido nunca en la lucha. No están a favor de los cruzados, ni tampoco a favor nuestro.

Hizo una señal a Wigbold. El frisón se apeó del caballo, avanzó hasta más allá del grupo de árboles, escudriñó en la lejanía, se encogió de hombros y volvió lentamente hacia los caballos.

- ¿Adónde van? - quiso saber Amaury.

- Tolosa.

Eso pareció tranquilizar a Colomba. A pesar de ello dijo:

- Me sentiría más segura si borrásemos nuestro rastro de una u otra forma.

- Eso prolongaría innecesariamente el viaje.

- ¿Qué es más importante?

Amaury, que estaba tenso y cansado, empezó a ponerse de mal humor.

- ¿Qué crees tú, Wigbold? - le preguntó.

- Tonterías, - dijo el frisón - . Colomba se imagina cosas. Cuidado, de lo contrario tú contagias.

Se santiguó. Amaury y Colomba intercambiaron una mirada.

- Vieja costumbre, - dijo Wigbold riendo y arrugando la nariz.

- De lo contrario, ella me contagiará, - lo corrigió Amaury malhumorado.

- Sí, tú, - dijo el frisón - . Uno basta.

Se pusieron en marcha.

- Cree que son figuraciones mías, - susurró Colomba.

- No se lo podemos tomar a mal, no le hemos contado nada. No es asunto suyo.

Amaury deslizó pensativo los dedos por las crines de su caballo. Sé inclinó hacia un

lado y contempló el escudo que colgaba junto al animal detrás de la montura. En la superficie que había hecho restaurar por completo después de la batalla de Castelnaudary podía apreciarse una abolladura provocada por un golpe de espada. Se volvió hacia Wigbold que cabalgaba detrás de ellos y le preguntó:

- ¿Te llevas siempre un escudo cuando te alejas para vaciar tus intestinos?

- ¿Qué?

- Cuando vas a cagar.

En el rostro del frisón apareció una expresión de absoluta inocencia.

- ¿Yo? ¿Anoche?

- Sí, tú. ¿Por qué te llevaste un escudo, y por qué el mío?

- Yo contaminado también, - dijo el gigante rubio sonriendo - . Todo tonterías. Error en la oscuridad.

Amaury suspiró. Volvió grupas, regresó sobre sus pasos, los guió hasta un arroyo poco profundo y después a través de un viñedo hasta que llegaron a una senda que dejaba Garidech a la derecha y que conducía a un bosque. Llevaban tres días de viaje cuando alcanzaron las colinas en la orilla norte del Tarn, una zona atravesada por innumerables riachuelos que habían excavado despeñaderos y barrancos, como trampas ocultas en los bosques. Si querían llegar hasta las tropas que acampaban en Saint - Antonin, evitando a la vez las fortalezas ocupadas por los cruzados y los caminos principales, no les quedaba más remedio que seguir esta ruta. Era un terreno ideal para esconderse, pero también para ser atacado.

Del cielo grisáceo empezaban a caer los primeros copos de nieve cuando Wigbold regresó a galope tendido de una expedición de reconocimiento.

- Cruzados, - fue todo lo que dijo y señaló justo delante de ellos.

Amaury apartó enseguida la mirada del camino y guió a los demás río arriba siguiendo un arroyo hasta que llegaron a un lugar donde no podían ser vistos desde el camino. La nieve caía ya en gruesos copos.

- Mejor desmontar, - dijo Wigbold mientras se dejaba deslizar de la montura.

Amaury ayudó a Colomba a apearse de la mula. Al estar parados podían oír mejor el ruido de los cascos que se acercaban. El sonido se detuvo súbitamente. Conteniendo la respiración escucharon el silencio sólo interrumpido por el crujir de los copos de nieve al derretirse sobre sus ropas. ¿Acaso los cruzados habían encontrado su rastro? ¿Se preguntaban tal vez si eran los de una patrulla enemiga que les tendía una emboscada? Oyeron que, no lejos de allí, un caballo resoplaba. Colomba se hizo un ovillo. Amaury se puso delante de ella para defenderla con su cuerpo si era preciso y desenfundó lenta y silenciosamente la espada. Se oyeron voces de hombres y después el golpeteo atenuado por la nieve de los cascos de los caballos. ¿Se alejaban los jinetes o querían precisamente ir a su encuentro a través de los matorrales? Captó algunas palabras y se extrañó de que no fueran en francés sino en lengua occitana. Miró a Wigbold. El frisón movía la muñeca describiendo pequeños círculos con su porra. Su otra mano descansaba sobre el cuchillo que llevaba en el cinto.

No sabía de dónde habían venido, pero tenía la sensación de que eran atacados por todos lados. ¡Oh, Dios, ojalá Colomba consiguiera ponerse a salvo a tiempo! Con su enorme vientre, se movía cautelosa sobre la senda escarpada entre las rocas, cada vez más arriba, en busca de un escondite. Amaury se dio la vuelta y esperó al enemigo blandiendo la espada, dispuesto a entablar un combate que ya daba por perdido de antemano. En aquel momento vio con el rabillo del ojo que Colomba había dejado de subir y avanzaba lentamente hacia el borde del precipicio. Por un momento se quedó de pie allí, con

expresión serena. No delataba miedo, ni tampoco prisa, como si no oyera el golpeteo de los cascos y el chocar de las armas que se acercaban. Como un pájaro que contempla la profundidad antes de lanzarse al vacío con las alas extendidas, abrió los brazos y saltó con un pequeño impulso desde las rocas. Acaso confiaba Amaury en que sólo caería su mitad material y que su alma se desprendería, y se elevaría al cielo como una tenue mariposa de alas finas como un velo de gasa. Pero su cuerpo se precipitó en el vacío como una piedra. Amaury siguió la caída lleno de espanto y con una extraña sensación en el estómago. Primero, un brazo golpeó contra una roca que sobresalía y crujió como una rama seca, después su cabeza chocó contra la pared de la montaña. No emitió sonido alguno. Sólo se oyó un golpe apagado cuando su cuerpo dio contra el suelo. Amaury miró por encima del borde y escudriñó el abismo. Exhaló un sollozo ahogado.

- Aún se mueve, - dijo con voz ronca y después gritando - : ¡Dios! ¡Aún se mueve!

Presa del pánico, buscó un lugar desde el cual descender hacia el barranco para liberarla de su sufrimiento. Era imposible. La pared de roca vertical desaparecía en la profundidad sin ofrecer asidero alguno. Impulsado por la desesperación, quiso saltar tras ella, pero unos brazos que eran más fuertes que los suyos lo retuvieron. Wigbold lanzó una mirada indiferente por encima del borde de las rocas.

- Convulsiones, - dijo encogiéndose de hombros.

- ¡Pero aún vive! - Se soltó, perdió el equilibrio y cayó.

- ¡Amaury... Amaury!

Su espíritu pugnaba por abrirse paso hacia la conciencia. La cabellera rubia de Wigbold ondeaba sobre él. Intentó incorporarse, pero sintió un estallido de dolor en la cabeza y se dejó caer gimiendo.

- Colomba no está, - oyó que decía Wigbold.

- ¿No está?

El mundo empezó a iluminarse. Vio al frisón de pie junto a él, lo miraba desde lo alto y parecía aún más gigantesco. Su figura estaba rodeada por una infinidad gris de la que caían copos blancos que sobre su cara se convertían en gotas húmedas.

- ¿Cómo que no está? ¿Y el niño?

- ¿Qué niño?

A pesar del dolor en su cabeza, consiguió incorporarse, apartó a Wigbold y miró alrededor aletargado. No había ni rastro del precipicio en el cual había visto desaparecer a Colomba. Sólo un arroyo de aguas vivas en un pequeño barranco, que se abría paso entre piedras y cantos rodados cubiertos por una capa cada vez más gruesa de nieve. Buscó aterrorizado en derredor.

- ¿Dónde está? - gritó.

- Se fue con aquéllos.

- ¿Se la han llevado? ¿Quiénes?

- Hombres negros, - dijo Wigbold.

- ¡¿Qué?! ¿Sarracenos?

- No, sólo las ropas negras.

Entonces vio que también Wigbold se llevaba la mano a la cabeza con gesto dolorido. De su frente y de su nariz salía un hilo de sangre que se limpió con la mano. Amaury empezó a recordar lentamente lo que había sucedido. Colomba no había saltado. Ni siquiera había visto acercarse al enemigo; ni él tampoco, por cierto. El único que había visto algo era Wigbold, y éste sólo recordaba los mantos negros. ¿Habían sido los Buenos Cristianos? Pero ellos no golpearían nunca a nadie. Cualquiera podía haberse disfrazado con un manto negro. El pavor se apoderó de él.

- Me dijiste que eran cruzados. Pero hablaban occitano. ¿Eran en efecto cruzados?

Wigbold se encogió de hombros.

- Tú los has visto, ¡sabrás lo que has visto!, ¿no? - gritó con voz quebrada. El frisón señaló su coronilla, hizo un gesto con el que quería indicar que le habían golpeado por sorpresa por detrás y volvió a encogerse de hombros. Amaury empezó a buscar. Había huellas por todos lados, las suyas, las de Colomba y las de los caballos y la mula, pero la mayoría era de Wigbold, y luego estaba el lugar oscuro en la nieve donde el mismo había yacido. No se podía ver mucho más. El frisón había pisoteado casi todo el suelo con sus grandes botas y por ello era imposible comprobar si también había huellas de extraños y hacia dónde se dirigían.

- Yo busco también, - le comunicó Wigbold - . Nada.

A pesar de ello, Amaury retrocedió siguiendo el rastro que habían dejado. En efecto, Wigbold también había llegado hasta allí. Por lo visto, al igual que él había regresado hacia el punto donde se habían desviado. Al llegar allí encontró huellas de herraduras en la nieve, demasiadas para ser las de sus caballos. Las siguió un trecho, pero pronto tuvo que abandonar debido al terrible dolor de cabeza y también por la nieve, que caía sin cesar y borraba todos los rastros. Cayó de rodillas emitiendo un grito de desesperación. Habían raptado a Colomba Se la habían llevado.

SAINT - MARCEL Marzo de 1212

Sin ella, el mundo estaba vacío y todo carecía de sentido. De golpe, le habían arrebatado lo que más quería y con ella al niño no nacido que él había engendrado. Le desesperaba no saber lo que le había pasado o dónde se encontraba y con quién. Era como si una rata le devorara lentamente las entrañas. Quizá habría sido más fácil si hubiera sabido que estaba muerta.

Por su cabeza desfilaron todos los posibles culpables. Si eran los Buenos Cristianos, por lo menos estaría a salvo durante un tiempo. Seguramente recibiría de nuevo el consolamentum después de nacer el niño y sería acogida en una de sus casas. Pero ¿qué sucedería con el niño? ¿Adónde se la habían llevado, dónde debía buscarla él en toda Occitania? Además, si volvía a llevar una túnica negra no estaría segura en ningún sitio, tarde o temprano los cruzados tomarían el pueblo donde se escondiera y la llevarían a la hoguera. Sin embargo, su sentido común le decía que no habían podido ser los Buenos Cristianos, muy a pesar de los mantos negros de Wigbold. A fin de cuentas, los Buenos Cristianos no recurrían nunca a la violencia. Se la habían llevado los cruzados o acaso habían sido los mercenarios, pues también el enemigo recurría a los servicios de estos asesinos profesionales. Sabía exactamente lo que les pasaba a las mujeres que caían en sus manos. Violaban incluso a las embarazadas para luego asesinarlas o abandonarlas como un trasto viejo. El hecho de que hubiera oído hablar en occitano no significaba nada. Muchos señores del sur luchaban en las filas de los cruzados, después de haberse sometido a Montfort y haberle rendido tributo. Desertores como Pedro Mir. Por otra parte, tampoco cabía esperar nada bueno de los faidits. A menudo saciaban sus deseos de venganza contra el invasor cometiendo monstruosas crueldades. Amaury se estremeció.

¿Y si los mantos negros que Wigbold parecía haber visto eran las sotanas de clérigos que se habían llevado a Colomba a un convento? Colomba, una monja...: la idea era tan ridícula que la desechó por inverosímil. Sin embargo, algunas Bonnes Dames de Fanjeaux se habían dejado convertir por el monje español Domingo y habían entrado en su convento de Prouille.

¿Quién era el desconocido que los había seguido a escondidas para atacarlos, golpearlos y raptar a Colomba? ¿Tenía algo que ver con aquella noche, cuando Wigbold fue a hacer sus necesidades y él oyó un ruido que le hizo recelar? Y luego estaba la historia de la daga entre los postigos del guarnicionero de Tolosa. Una cuestión familiar, le había dicho Colomba. ¿Se trataba de su padre, de un hermano o un tío que quería recuperarla por alguna razón? ¿Acaso habían escapado de este misterioso pariente para caer en manos de los cruzados o alguien los había seguido desde Tolosa, a pesar de todas sus precauciones?

No conseguía responder a todas sus preguntas. El mundo se había cubierto con un manto de nieve pura y virgen que borraba todas las huellas y que apagaba todos los ruidos.

En compañía de Wigbold recorrió durante días los alrededores en busca de Colomba o sus secuestradores, hasta que el frisón dijo:

- Tú, regresa. El dinero se acaba. Nosotros, luchamos por dinero nuevo.

No había otra alternativa. Ambos se habían quedado sin un céntimo y apenas tenían víveres para subsistir unos cuantos días más. Wigbold esperaba impaciente que los cruzados reanudaran la lucha y estaba de suerte. A finales de febrero, Simón de Montfort, siguiendo el consejo del cisterciense Arnaud Amaury, que continuaba siendo el comandante en jefe del ejército de los cruzados, decidió conquistar la fortaleza de Saint - Marcel. El conde de Tolosa reaccionó como si le hubiera picado una víbora. Montfort acababa de instalar sus tiendas delante de las murallas de Saint - Marcel cuando Raimundo marchó hacia el norte acompañado por el conde de Foix. Una vez llegados a la fortaleza sitiada, pudieron entrar sin problemas en el castillo, pues Montfort no tenía suficientes hombres para aislarla por completo del mundo exterior.

Wigbold parecía oler que habían vuelto a declararse las hostilidades. En su deficiente occitano dejó claro que se iba hacia Saint Marcel. El joven caballero apenas reaccionó, pero cabalgó apático detrás del frisón.

Igual que había sucedido durante el asedio de Tolosa, las tropas occitanas eran mucho más nutridas, lo cual les permitía atacar con regularidad el campamento enemigo para sembrar el caos y desanimar a los sitiadores. Además, a diario se enviaban patrullas para vigilar los alrededores e interceptar los convoyes procedentes de Albi, que suministraban alimentos y material a los cruzados. Pronto, los occitanos dominaron todos los caminos y los cruzados se vieron forzados a retirar soldados del asedio para que acompañaran a los convoyes a fin de que éstos pudieran alcanzar sin problemas el campamento militar.

Amaury participaba maquinalmente en las acciones bélicas, que para él consistían en una rutina diaria en la que apenas era necesario utilizar la razón. Cuando no salían a atacar, encabezaba una pequeña patrulla para saquear los alrededores. Por lo general, solían encontrarse tan sólo con campesinos y pastores, algunos peregrinos o másicos ambulantes que divertían unos cuantos días a los soldados, para luego seguir su camino y difundir las noticias de las acciones bélicas. Cuando se hallaba en Saint - Marcel, permanecía en el campamento que los occitanos habían levantado fuera de las murallas del castillo, justo delante del cuartel de los cruzados donde, junto al estandarte rojo con el león dorado de Simón y Guy de Montfort, ondeaban los colores de Poissy. Tenía que encargarse en persona de cuidar de su caballo y sus armas, una tarea que normalmente correspondía a un escudero o un palafrenero. A fin de cuentas ya no era más que un mercenario a caballo que sólo tenía autoridad sobre los diez peones, también mercenarios, que formaban su unidad. Él los guiaba hasta el enemigo, y en cuanto entraban en el campo de batalla, se abalanzaban como una jauría de perros salvajes sobre sus contrincantes, matando y robando hasta saciarse.

Así prosiguió el asedio de Saint - Marcel sin que sucediera nada importante. Lo único que se logró fue que los cruzados se sintieran cada vez más frustrados debido a que sus transportes de alimentos caían en las emboscadas de los occitanos. Sólo era cuestión de ganar tiempo y esperar a que la carestía de los sitiadores fuera tan acuciante que tuvieran que abandonar la lucha. Con este propósito salía Amaury una y otra vez, acompañado por Wigbold y seguido por un puñado de jinetes y peones. Su compañía parecía una horda de caballeros bandidos, aunque sus soldados no merecían en sentido alguno el título de caballeros. No creían ni en Dios ni en el diablo, y no se sentían vinculados a promesa ni deber alguno, a diferencia de las unidades disciplinadas de Montfort, que eran capaces de ir al mismísimo infierno por su comandante y que formaban una verdadera unidad. En la batalla de Castelnaudary había quedado demostrado que un ejército sin disciplina militar no podía actuar con energía, y que a pesar de su mayoría numérica perdería ante un ejército disciplinado. Sin embargo, de momento y a pesar de esta regla del arte de la guerra, el caos organizado de Occitania llevaba las de ganar.

Gradualmente, la apatía de Amaury se fue transformando en un odio intenso hacia los cruzados, y las escaramuzas se convirtieron en una grata distracción a la que se entregaba de todo corazón. Espoleado por la idea de que sus antiguos camaradas eran seguramente culpables de la desaparición de Colomba, consideraba cada golpe que podía asestarles como un acto de revancha personal. Cuando no tenía que combatir, permanecía sombrío, con la mirada perdida intentando no pensar en lo que le había ocurrido a Colomba, pues de lo contrario temía volverse loco de desesperación. En ese sentido,

Wigbold le servía de bien poco. Ni siquiera comprendía por qué se preocupaba tanto por una mujer. Según el frisón, aún quedaban muchas y él aprovechaba ávidamente esta circunstancia. De dónde sacaba el dinero para pagar los servicios de las prostitutas era un misterio en el que Amaury prefería no profundizar. En lugar de ello, le atormentaba el sentimiento de culpa. No tendría que haber hecho caso a Wigbold. Tendría que haberse quedado con Colomba en Tolosa, donde habría podido protegerla mejor. Ahora quizá estuviera muerta, y con ella el hijo que llevaba dentro, sin haber recibido el consolamentum y por ello la había condenado a otra vida en este mundo miserable lleno de guerras y de violencia. Esa idea era insoportable.

Llevaban unas tres semanas apostados delante de Saint - Marcel cuando una noche Wigbold entró borracho perdido en la tienda de campaña, tropezó con su catre y a punto estuvo de salir por el otro lado atravesando el toldo de la tienda. Amaury, quien como de costumbre estaba ensimismado en sus pensamientos y todavía no había dormido, tuvo justo el tiempo de agacharse, pues de lo contrario el frisón lo habría aplastado. El coloso fue a parar contra las armaduras y allí se quedó tumbado y durmiendo la mona. El joven caballero se levantó irritado, alejó a su camarada del valioso equipo arrastrándolo por los tobillos hasta sacarlo de la tienda y vació un cuenco de agua de lluvia encima de él. Wigbold sacudió la cabeza, batiendo la mandíbula y las mejillas como un perro empapado. Miró a Amaury con ojos vidriosos y empezó a maldecir. Se incorporó tambaleante y con los puños cerrados se acercó al otro, que lo volvió a derrumbar propinándole una patada contra el tobillo.

- Borracho estúpido, - le lanzó Amaury - , ya lucharemos mañana.

Wigbold se sentó de cuclillas, murmuró algo incomprensible y devolvió parte del vino que lo emborrachaba. Eso pareció despejarlo un poco, pero no calmó su combatividad. Con un ataque inesperado agarró las piernas de su compañero y lo derribó. Los dos hombres rodaron por el suelo sin dejar de luchar, Wigbold sacudiendo sus manazas con violencia y Amaury buscando lugares vulnerables donde poder alcanzar al gigante. Finalmente

consiguió agarrarlo por un brazo, que retorció hábilmente obligando a Wigbold a tumbarse boca abajo sin poder moverse so pena de dislocarse el hombro.

El caballero se sentó jadeando encima de él, mientras el frisón juraba como un carretero.

- Y ahora me vas a contar lo que realmente sucedió con Colomba, - ladró Amaury.

- ¿Qué?

- De dónde sacas de repente el dinero para pagar a las putas y beber hasta estar borracho como una cuba.

- Yo gano con dados, - declaró el frisón con lengua de trapo.

- Tonterías. Nadie quiere jugar contigo a los dados. Si ganas amenazas al que no quiera seguir jugando y si finalmente pierdes te lías a puñetazos. Tus partidas acaban siempre en jaleo.

Con su mano libre agarró la bolsa de Wigbold y la sacudió para vaciarla. Unas monedas de oro cayeron al suelo. Su sorpresa fue mayor que su cólera.

- ¿De dónde has sacado todo este dinero? - le preguntó.

- Los dados, - repitió Wigbold.

Amaury suspiró. Quizá fuera cierto lo que decía el frisón y tal vez había encontrado nuevas víctimas en el campamento para practicar su juego favorito. Quizá había tenido suerte unas cuantas veces. Todo era posible. La desaparición de Colomba lo había desesperado tanto que incluso empezaba a sospechar de su compañero de armas. Soltó el brazo de Wigbold. El mercenario se incorporó al tiempo que se restregaba el hombro poniendo cara de dolor.

- Cabrón, - gruñó.

- En eso me habéis convertido. Conozco todos vuestros trucos.

Procura estar despejado. Saldremos antes del amanecer.

El frisón empezó a recoger con mano temblorosa las piezas de oro y las deslizó una a una en la bolsa. La mitad volvió a caer al suelo, por lo cual tuvo que recogerlas de nuevo. Amaury no tenía ganas de ayudarle. Regresó a la tienda, se sentó en su catre, se cubrió con la manta y miró sombrío al frente. Fuera oyó a Wigbold murmurar y maldecir en su propio idioma incomprensible. Por lo visto se hallaba contando las monedas, pero estaba tan borracho que las cuentas no le cuadraban. Por un momento, Amaury consideró la posibilidad de levantarse e investigar con quién había estado jugando su compañero. Lo detuvo el hecho de que hubiera más de quinientos caballeros con sus soldados estacionados en el campamento occitano. Era imposible, y además quizá no quisieran admitir que habían jugado. ¿Acaso jugar a los dados no era considerado un juego demoníaco también en el sur? En cualquier caso, no entre los mercenarios.

Se tumbó en el catre. ¿Eran imaginaciones suyas o sus sospechas estaban fundadas y Wigbold había traicionado a Colomba por dinero, y la había entregado al hombre de Tolosa o a los cruzados? Intentó reconstruir mentalmente cómo podía haber sucedido todo, pero casi enseguida se dio por vencido. La respuesta a esa pregunta no lo acercaría más a ella. Una asfixiante sensación de impotencia se apoderó de Amaury. Lo único que le quedaba era la imagen de Colomba en su recuerdo, su fino rostro rodeado del pelo castaño como las avellanas, los rasgos delicados que ahora recordaba como si la tuviera delante. Su esbelta figura, el sonido de su voz. Lloró. Wigbold entró a rastras en la tienda y se desplomó sobre el catre. ¿Quién era el frisón: un amigo o un enemigo? Unos instantes más tarde ya roncaba. Amaury siguió mirando fijamente el vacío negro que tenía encima de su cabeza hasta que tocaron diana.

El convoy avanzaba lentamente por el camino que llevaba de Albi a Saint - Marcel. En la fría mañana de invierno, los lomos sudorosos de los bueyes humeaban, sus aparejos crujían y los ejes de las ruedas chirriaban. Una escolta de caballeros armados hasta los dientes acompañaba a los carreteros, que no cesaban de vigilar nerviosos las colinas circundantes. Amaury estaba tumbado boca abajo en un saliente, escondido detrás de unos matorrales, y desde allí oteaba la lejanía.

- Veinte hombres, - murmuró.

Wigbold, que había ocultado su cabellera rubia debajo de un gorro de cuero, se puso en cuclillas junto a él y asintió satisfecho.

Una sonrisa se deslizó por su tosco rostro. Hoy estaban de suerte. Tenían doce jinetes y diez soldados de a pie, y además podían atacarlos por sorpresa.

- Nosotros nos encargamos, - anunció Wigbold disponiéndose a levantarse, sin dejar de mirar una pendiente larga y suave por la cual, con la ventaja de la diferencia de altura, podían abalanzarse sobre el enemigo. Amaury lo retuvo.

- Ese lugar ha sido utilizado otras veces. Allí nos esperan.

Señaló a la izquierda donde el ancho valle se estrechaba y el camino serpenteaba siguiendo el curso de un arroyo. La senda era muy angosta y estaba llena de fango, y en algunos lugares había charcos profundos.

- Allí no tendrán más remedio que avanzar uno detrás de otro, - observó Amaury.

Señaló un árbol desarraigado que había caído de la ladera y que ahora se apoyaba contra otros árboles manteniendo un equilibrio inestable.

- Haremos caer este árbol sobre el camino y así dividiremos el convoy en dos. Nuestros arqueros están escondidos en la ladera, desde donde pueden apuntar bien. Si nos cubren con sus flechas, nosotros podremos atacar, yo a los jinetes de la vanguardia y tú los carros y la retaguardia.

- ¿Por qué muchas molestias? - objetó Wigbold.

- No quiero sufrir pérdidas innecesarias.

En efecto, tuvieron que trabajar duro para tenerlo todo listo a tiempo. Finalmente, el árbol se derrumbó en el momento preciso y fue a parar justo delante del primer carro de bueyes. Los animales se quedaron petrificados. Los caballos en la vanguardia querían huir despavoridos. Sus jinetes se afanaban por dominarlos y no hundirse en el barro cuando fueron sorprendidos por una lluvia de flechas.

Antes de que comprendieran lo que pasaba, Amaury y sus jinetes se habían abalanzado sobre ellos, mientras Wigbold y sus hombres se concentraban en la retaguardia y sobre todo en las provisiones. A continuación se desencadenó una breve e intensa lucha, que pronto se resolvió sin que entre los mercenarios hubiera muchos heridos.

Por el contrario, los cruzados habían sufrido fuertes pérdidas. Unos cuantos habían conseguido escapar de la lucha salvos y sanos, y habían puesto tierra por medio; tres habían muerto y cinco heridos buscaban refugio dando traspiés. Unos pocos fueron hechos prisioneros. No había ni rastro de los carreteros. Amaury se quitó el yelmo y dio la orden a los peones de conducir los carros y los bueyes hacia Saint - Marcel. Pero aún no podían irse. Los mercenarios registraban el cargamento y lanzaban todo lo que no fuera de su agrado.

La harina y las alubias, una parte importante de los víveres para los hombres de Montfort, pero para los mercenarios un lastre inútil, se iban mezclando con el barro. Acto seguido, todos quisieron probar el vino que encontraron. Sobre todo Wigbold dio buena cuenta del preciado líquido. Por último apartaron el árbol a rastras y el grupo se dispuso a

emprender el camino de vuelta. Los prisioneros avanzaban con las manos atadas a la espalda, detrás del carro al que los habían sujetado con una cuerda.

El viaje de vuelta a Saint - Marcel era lento y monótono. Normalmente era Wigbold quien se quedaba dormido durante el camino de vuelta, pero en aquella ocasión, Amaury, agotado por la falta crónica de sueño, apenas conseguía mantener los ojos abiertos. Su cansancio, el paso regular de su caballo y el brillo tímido del sol de invierno que finalmente había salido de detrás de las nubes eran más fuertes que su voluntad de resistirse. Las riendas se deslizaron entre sus manos, el caballo alargó el cuello y siguió dócilmente al corcel negro de Wigbold.

Se despertó de un sobresalto. Sacudió la cabeza y miró alrededor.

Wigbold seguía cabalgando a pocos pasos, delante de él, pero algo no cuadraba. No oía el crujir y chirriar de los carros de bueyes.

Como si le hubiera picado una avispa, se volvió en su montura. Le seguían dos mercenarios a caballo, pero no había ni rastro de los demás. Por lo visto habían abandonado el camino y avanzaban por una senda estrecha que no era adecuada para los carros.

- ¡Eh, frisón! ¿Dónde está el botín? - gritó.

Wigbold se volvió y sonrió sin dar respuesta. Amaury cogió las riendas indignado y espoleó a su caballo hasta ponerse a la altura del frisón.

- ¿Dónde están los carros? El convoy pertenece al conde de Tolosa y a nadie más. Él es quien paga nuestra soldada, ¿no es cierto?

Vosotros ya habéis robado y despilfarrado bastante. ¡Harina, alubias, alimentos muy valiosos, por lo que otros tendrán que padecer hambre! - A cada palabra se iba enfureciendo más.

- Eso lo decido yo, - dijo Wigbold, golpeándose el pecho con el índice.

El mensaje era claro.

- No eres más que un vulgar bandido, un ladronzuelo. ¡Puedes irte al infierno con tu chusma! - gritó Amaury. El otro ni siquiera reaccionó - . De acuerdo, ¿dónde está entonces mi parte? Dame lo que me corresponde.

Wigbold seguía sonriendo. Con la mano derecha hacía oscilar lentamente la porra. Por un momento, Amaury se sintió atraído por el ágil movimiento. De súbito algo le pasó por la cabeza. Esa porra había sido lo último que había visto y lo único que podía recordar del momento justo antes de la desaparición de Colomba. Después, su cabeza había estallado.

- ¡Rata asquerosa! - siseó.

Su mano asió la empuñadura de su espada, pero sabía que no tenía ninguna posibilidad contra el gigante y sus dos compinches. Tiró de las riendas y hundió las espuelas en los costados del caballo.

- Ya encontraré los carros, - dijo sin perder los estribos, y se dispuso a galopar pasando de largo de los dos mercenarios en la dirección por la que habían venido.

No llegó muy lejos. Los mercenarios bloquearon el camino con sus caballos impidiéndole pasar. Amaury desenfundó la espada.

- ¡Eh, Poissy! - oyó de repente a su espalda.

Volvió de golpe la cabeza, reaccionando automáticamente al oír el nombre por el que hacía tiempo que no lo llamaban. En aquel mismo momento, los dos mercenarios lo agarraron y lo obligaron a apearse del caballo. Intentó en vano quitárselos de encima, al tiempo que daba violentas patadas a su alrededor. Los mercenarios maldecían y uno de ellos lanzó un grito de dolor, pero no lo hirieron.

Librodot

Después de una breve escaramuza consiguieron atarle las manos a la espalda y llevarlo a rastras hasta Wigbold, que miraba divertido desde su caballo.

- Poissy, - repitió con una sonrisa satisfecha - , tú, sano y salvo vales más.

Sacó un trapo de la alforja, lo sujetó a la lanza que luego alzó. Era el estandarte que había visto ondear, delante de Tolosa, sobre la tienda de campaña de su hermano. Amaury miró horrorizado el escudo de su familia que flameaba al viento encima de sus cabezas.

Después le obligaron mal que bien a subir al caballo y a seguirlos hasta que alcanzaron una elevación desde donde podían divisar el campamento de los cruzados. Permanecieron allí mucho tiempo con el estandarte alzado hasta que un pequeño grupo de jinetes se separó del campamento enemigo.

- Esperar aquí, - ordenó Wigbold.

Amaury se quedó atrás con los dos mercenarios. Vio cómo el frisón, montado en su corcel negro, salía al encuentro de los jinetes. Negociaron durante unos instantes y luego Wigbold regresó acompañado de tres de ellos. Se detuvieron a cierta distancia del prisionero. Por lo visto, ninguno se fiaba de los demás. El primer cruzado, con yelmo y envuelto de pies a cabeza en una cota de malla, miró durante un buen rato hacia arriba y luego hizo una señal a Amaury. En ese mismo momento vio que Wigbold extendía la mano y recibía algo que abría y estudiaba atentamente, después hizo una seña a sus compinches. El mercenario que había sujetado todo el rato las riendas del prisionero golpeó las grupas de su caballo, tras lo cual el animal inició el descenso por la pendiente a trote ligero. En aquel mismo momento, Wigbold se separó de los cruzados, sabiendo que lo cubría el otro mercenario que mantenía un arco listo para disparar. La flecha apuntaba a la espalda de Amaury. También uno de los tres cruzados tenía tensado el arco y con la flecha apuntaba al frisón. Por un momento, Amaury consideró la posibilidad de apartar del camino al caballo, al que podía manejar con suma facilidad con los pies, y así huir. Pero sabía que era inútil. La rienda suelta se enredaría en los matorrales y le alcanzarían en un santiamén. Siguió cabalgando con la cabeza erguida, mirando fijamente al frente.

- ¿Quién ha sido más rentable, Colomba o yo? - preguntó amargamente cuando se cruzó con el frisón sin mirarlo.

- Tú, - contestó riendo el mercenario.

- Las recompensas de los traidores están malditas.

Vio con el rabillo del ojo que el otro se santiguaba. Después, el mercenario espoleó a su caballo y más tarde oyó que los tres se alejaban a galope. Mientras tanto había llegado hasta los cruzados y vio que Roberto y Simón se habían quitado el yelmo. No decían nada, sus miradas furiosas eran muy elocuentes. Amaury los acompañó al campamento de los cruzados, en silencio y sin pestañear.

Dos días más tarde, Simón de Montfort levantó el asedio de Saint - Marcel, acuciado por la falta de víveres. Lo último que hizo fue celebrar la misa en su tienda de campaña, soportando las burlas y el griterío de los soldados apostados en las murallas de la fortaleza. Después marchó con su ejército de vuelta a Albi. Los Poissy trasladaron a su prisionero a Lavaur, donde lo encerraron en un calabozo.

LAVAUR Enero de 1213

La celda en la que estaba encerrado era seca y estaba bastante limpia. Había una abertura en la pared exterior a través de la cual podía ver una franja de cielo. Tenía un colchón de paja y dos mantas aunque no hacía mucho frío, salvo cuando el viento golpeaba contra la fina hendidura. En un rincón contra la pared exterior había un hueco en el piso

Librodot

donde podía hacer sus necesidades. A horas fijas le pasaban comida y bebida a través de un postigo de la puerta y, aunque un grillete alrededor del tobillo y una cadena lo sujetaban al suelo, tenía suficiente libertad de movimientos. En si, su situación no era tan lastimosa.

No era el castigo físico ni la falta de libertad lo que más hacía sufrir a Amaury. A veces incluso deseaba hallarse en circunstancias más lamentables y estar tan debilitado y enfermo que su sufrimiento llegara pronto a su fin. Lo que convertía su vida en un infierno eran sus propios pensamientos, dominados casi por completo por Colomba.

¿Qué le había ofrecido él aparte del niño que había engendrado en su seno y que ella ni siquiera había deseado? Cuando recordaba los dos años que había pasado con Colomba, se daba cuenta de que siempre habían estado en desacuerdo por una u otra razón. Casi siempre por su fe. Incluso después de que él aceptara la convenenza, el Verdadero Cristianismo seguía interponiéndose entre ellos como una barrera insuperable. Él tenía la culpa. Él había entablado la lucha contra el ángel que le impedía llegar hasta el corazón de Colomba, el ángel que casi había estado dispuesto a retirarse a la patria celestial. Aparentemente había ganado la batalla; a fin de cuentas ella había regresado a este mundo y se había entregado a él. ¿Cómo podía Amaury, con todas sus falsas seguridades, haber sido tan egoísta y exigir que fuera sólo suya? Ella nunca le había pertenecido del todo, así como tampoco él había abrazado completamente el Verdadero Cristianismo. Se había quedado atascado en algún lugar, entre el sacrificio que deseaban los Buenos Cristianos para alcanzar la libertad final y el yugo del pecado original de la Iglesia romana, que mantenía la amenaza del infierno y la condenación eterna, como una espada encima de las cabezas de los hombres. Él había tenido la culpa de todo lo sucedido y la inseguridad sobre el destino de Colomba alimentaba el remordimiento que lo consumía.

De bien poco le servía empezar a comprender lentamente cómo había sucedido todo. Sólo ahora caía en la cuenta de que Wigbold tenía que haber sabido desde el principio quién era y quién lo buscaba. Su encuentro en Tolosa y el intento de Wigbold de reclutarlo para la horda de mercenarios de D'Alfaro había sido un plan premeditado. Seguramente lo habría podido entregar mucho antes a los cruzados, pero lo más probable es que no lo hubiera hecho porque había descubierto que también Colomba era una fugitiva a la que podía traicionar por mucho dinero. Comprendió que la daga había sido clavada en el postigo del guarnicionero a instigación de Wigbold para asustarlos y obligar a Colomba a abandonar la casa y emprender la huida. Ello la convertía en una presa más fácil de atrapar.

Pero ¿una presa de quién? Ésa era una pregunta a la que todavía no conseguía contestar.

Mientras estas especulaciones seguían dando vueltas en su cabeza, también tenía a Roberto y Simón para recordarle su traición.

Por lo visto, habían establecido su base en Lavaur, pues cuando no realizaban una expedición militar con Montfort, la cabeza de Simón se asomaba con regularidad por el postigo. Le echaba miradas llenas de odio y le soltaba todo tipo de maldiciones relacionadas principalmente con el hecho de que Montfort no hubiera concedido ningún feudo a los Poissy en el territorio conquistado debido a que un pariente suyo se había pasado al enemigo. Bouchard de Marly había sido testigo de ello y quién sabía si también Pedro Mir, que ahora militaba en sus filas, le había contado algo a Montfort.

Por su parte, Roberto se limitaba a entrar de tarde en tarde en la celda, mirarlo con el semblante triste, para luego volver a salir sin haber dicho una palabra. Eso lo afectaba más que la sarta de insultos de su primo, y él no tenía valor para abrir la boca. Por lo demás, el contacto que tenía con el mundo exterior se reducía al criado que todos los días le traía la comida.

Librodot

Pasado un tiempo, Simón empezó a fanfarronear sobre las conquistas de los cruzados y a explayarse sobre la violencia con la que asustaban y reprimían a los herejes y a sus protectores. Aunque era evidente que Simón pretendía herir al prisionero informándole extensamente sobre las desgracias de las personas con las que simpatizaba, ello le permitía seguir en cierta medida el avance de la guerra. Empezó a señalar los días en una especie de calendario en la pared de su celda y, dado que no dominaba el arte de la escritura, fue añadiendo signos que representaban las conquistas, las destrucciones, las matanzas y los saqueos de los cruzados. La triste lista abarcaba ya más de ocho meses cuando Simón, después de haber estado ausente durante un largo periodo de tiempo, volvió a entrar en la celda.

- Ya sólo es cuestión de tiempo, - le aseguró con evidente regodeo - . Tolosa está completamente aislada. Hemos conquistado a todos los vasallos de los alrededores.

Durante dos meses habían asolado los contornos hasta los límites de la ciudad donde todo el mundo había buscado cobijo, desde refugiados procedentes del territorio ocupado, campesinos con todo el ganado que pudieron salvar, hasta faidits con sus soldados y mercenarios. Tolosa estaba llena a rebosar de gente y por lo pronto también de víveres, pero no tenía ninguna salida. La ciudad estaba lista para la matanza, como un cerdo cebado.

- ¿Y el conde Raimundo? - preguntó Amaury cautelosamente.

- Ése ha tramado algo con el rey Pedro de Aragón. ¡Esos españoles no son de fiar! Los dos han hecho creer al papa que la Cruzada ya ha logrado su objetivo. Ese vil español nunca ha querido emprender nada contra los herejes. Ahora el santo padre nos ha ordenado firmar la paz, ¡como si esto no estuviera infestado de herejes y de sus secuaces! El reverendo abad Arnaud Amaury se encargará sin duda de impedirlo. ¡Ja!

El prisionero no hizo ningún comentario. Si Tolosa estaba realmente amenazada, era muy posible que el rey Pedro se viera impulsado a enviar a su enorme ejército, con el que acababa de aplastar a los sarracenos, al otro lado de los Pirineos. Lo podía hacer basándose en los vínculos familiares que lo unían a la casa de Tolosa y la alianza que había entablado con el conde de Foix. Eso cambiaría considerablemente la situación. Si además el papa conseguía detener la Cruzada...

- Es cuestión de tiempo, - repitió Simón, visiblemente destemplado - . Montfort ha dictado nuevas leyes para esa tierra dejada de la mano de Dios. ¡Leyes francesas! Ahora al menos podremos controlar a esa gentuza a la que aquí llaman nobleza. Ya no tendrán voz ni voto, ya no podrán hacer la guerra y ni siquiera podrán llevar armas, y sus mujeres sólo podrán casarse con nobles franceses. De este modo los someteremos. Esas bestias de Laban acabarán extinguiéndose. Por no hablar de los herejes y sus seguidores. Por fin podremos exterminarlos sistemáticamente. Bougres, - Escupió al suelo y miró con desdén a Amaury - . Tú eres uno de ellos, ¿no?

El joven caballero se encogió de hombros con indiferencia. Hacía tiempo que la violencia verbal de su primo había dejado de afectarlo. Sólo pensaba en los orgullosos señores de Occitania, que deberían ver impotentes cómo les arrebataban todo lo que tenían, incluso a sus hijas.

- Y tu querida también, por supuesto. Ya atraparemos a esa asquerosa puta herética. Eso te asusta, ¿no?

Su cara perdió el poco color que le quedaba después de haber estado tanto tiempo encerrado en su celda. Intentó desesperadamente controlar sus pensamientos que amenazaban con desbocarse. Los Poissy no sabían nada de Colomba. ¿Qué sabía Simón? ¿Quizá sólo había captado algo? ¿Acaso estaba viva? ¿Era padre o viudo o tal vez ambas cosas o ninguna de ellas?

- No tenéis nada que ver con ella, - dijo fríamente. Casi nunca se ponía en pie cuando Simón entraba en la celda. Pero ahora empezó a levantarse lentamente de la cama de paja en la cual había estado sentado - . No es ninguna puta, es mi mujer.

- ¿Mujer? - se burló Simón - . ¡Cómo puede ser tu mujer! A fin de cuentas esos asquerosos libertinos condenan el matrimonio para poder follar a su antojo. Desprecian los sacramentos, así que también el del matrimonio. Pues claro que es una puta. Al derramar tu semen entre sus piernas, has mancillado la sangre de los Poissy, ¡nuestra sangre!

- Es mi mujer. Ha llevado a mi hijo, - sostuvo Amaury obstinadamente.

- Un bastardo, encima eso! Desde el principio supe que habías cometido alguna estupidez, pero que nos traicionaras de la forma más vil, que mancharas nuestro nombre, eso ni siquiera yo lo creía posible. Guillermo, que en paz descanse, tenía razón. Tendríamos que haberte enviado de vuelta a casa. Justo después de Béziers. - Sacudió su puño delante de la nariz de Amaury y empezó a gritar - : Tú no puedes tener ninguna mujer, jovencito, tú no puedes casarte, no sin el consentimiento de Roberto. Dios santo, aún recuerdo cómo estuvo llorando en el foso junto a los huesos de Guillermo. SI, los encontramos. Tuvimos que remover todo el foso. Salieron los restos medio descompuestos de toda la guarnición, pero no los tuyos. Sólo un trozo de tela desgarrada con nuestro escudo. Tenía que ser tu túnica. Creíamos que tu cuerpo había sido devorado por los animales salvajes o por los buitres. Roberto estaba desconsolado. Más tarde lo comprendimos: habías desertado, eras un traidor, habías traicionado a tu patria, peor aún, ¡protegías a los herejes!

- Eso no fue lo que sucedió, - protestó Amaury, pero su voz quedó ahogada por la de Simón, que siguió con su perorata:

- Quien protege a los herejes es igual que un hereje, ha dicho el santo padre. Pero tú eres peor: un falso católico es mucho más peligroso que un hereje. Y encima te enorgulleces de haber engendrado a un niño con esa ramera. Y lo llamas hijo. Pues bien, una cosa es segura, nunca será un Poissy. ¡Me dan náuseas sólo de pensarlo!

Amaury tuvo que hacer un esfuerzo para controlarse. Habría querido abalanzarse sobre el otro, insultarlo. Lo retuvo el hecho de que Simón estuviera armado. Además, era fuerte como un toro y estaba bien entrenado, mientras que Amaury sentía cómo sus músculos se habían debilitado después de aquellos meses de obligada inactividad. No habría tenido ninguna posibilidad frente a Simón y tampoco servía de nada insultarlo.

- ¿Qué queréis de mi? - preguntó desanimado.

- Poca cosa, - dijo Simón soltando una risita despectiva - . Que reflexiones sobre tus pecados hasta morir en la más profunda miseria, espero. Preferiría verte colgado, la suerte que merece un traidor. Si de mi dependiera, hace tiempo que te habría entregado a Montfort. Ése sí sabría qué hacer contigo.

- ¿Qué hago aquí entonces?

- Pregúntaselo a Roberto cuando regrese. Está en Francia de permiso para administrar nuestras posesiones. Entre tanto quizá puedas contarme algunas cosas. ¿Cómo se llama esa zorra, de dónde viene?

- Lo siento, Simón, no lo conseguirás, - dijo Amaury sacudiendo la cabeza con decisión - . No sacarás nada de mí.

- ¿Crees que así no caerá en nuestras manos? Dentro de poco entraremos en Tolosa. Allí estuviste con ella antes de que te cogiéramos, ¿no es cierto? Ya la encontraremos y también al niño. Sólo nos costará más tiempo y más esfuerzo que si me lo cuentas tú.

Simón lo agarró con un movimiento inesperado. A pesar de que se resistió con todas sus fuerzas, no pudo impedir que el otro le pusiera ambas manos en la espalda, atara sus

muñecas con una correa y después lo lanzara al suelo, donde lo envolvió en las dos mantas de su cama hasta que quedó tumbado como una oruga en su capullo.

- Así me gusta, - gruñó Simón - , Roberto me ha implorado que no te toque ni un pelo. Así que no lo haré. Y ahora dime quién es esa puta.

- Vete al infierno.

- Tú serás el primero en irte. Y yo te ayudaré, asqueroso traidor.

Con estas palabras empezó a darle patadas donde podía, poniendo mucho cuidado en no darle en la cabeza. Cuando por fin se detuvo, Amaury permaneció tumbado, encogido y aturdido por el dolor. Intentó relajar los músculos. Jadeaba y gemía débilmente.

- ¿Vale la pena? - preguntó Simón con desprecio - . Venga, hombre, dímelo. ¿Qué sabes de ella?

- Nada, - susurró Amaury - , ni siquiera sé si todavía vive.

Quería añadir que tampoco sabía si el niño había llegado a nacer, pero la última patada le arrancó un grito de sus pulmones y después vomitó. Simón retiró las mantas y le desató las muñecas.

- Reflexiona sobre esto, - dijo - . Volveré. De momento Roberto se quedará en Francia.

LAVAUR De agosto a diciembre de 1213

- No hace falta que vayas a quejarte ante Roberto, no te creerá.

Simón resultó estar en lo cierto al hacer esta afirmación después de poner fin, repentinamente, al régimen de terror al que había sometido a Amaury durante meses. Cuando su hermano mayor regresó de sus propiedades en Francia, ya no quedaba rastro del ensañamiento de Simón. Los moratones habían desaparecido, mientras que las contusiones Internas que aún no se habían curado no podían verse.

Sin embargo, Amaury no lograba evitar crisparse y empezar a sudar cada vez que Simón aparecía delante del postigo de su celda. Con el paso del tiempo, también eso desapareció.

El primogénito de los Poissy había permanecido más tiempo del previsto en París, donde el delfín francés hacía los preparativos para emprender personalmente una nueva Cruzada, en un momento en que en la corte aún no se sabía que el papa había declarado que la guerra santa ya no era deseable. Sin embargo, después de que, en abril, el rey Felipe Augusto cancelara repentinamente el viaje del príncipe Luis porque ya veía a su hijo subido al trono del rey inglés, que había caído en desgracia ante la Iglesia, Roberto había partido con él hacia Flandes. Después de haber derrotado a los ingleses en dos batallas contundentes, a principios de julio en Saintonges y a finales de ese mes en Bouvines, Roberto había regresado al sur. Ahora, los Poissy volvían a salir regularmente con sus soldados para apoyar a Montfort, que emprendía sin descanso expediciones de saqueo en los alrededores de Tolosa. Con miras a un último asedio definitivo se destruyó toda la cosecha para agotar las reservas de víveres de la ciudad.

Entre tanto, el calendario de Amaury abarcaba ya dieciocho meses y lentamente iba perdiendo toda esperanza de abandonar con vida la celda. Entonces, Roberto rompió de forma inesperada su silencio. Un día compareció en la celda con expresión sombría. Una arruga de preocupación surcaba su entrecejo. Amaury se puso en pie y lo miró interrogante.

- Acabo de hacer mi testamento, - empezó a explicar Roberto - . No te extrañará que haya nombrado a Simón mi heredero. Beatriz administrará la herencia, mientras él siga luchando por Dios contra los herejes.

Se refería al hecho de que su mujer no le hubiera dado aún descendencia. En otras circunstancias, Amaury habría heredado el título de castellano del castillo de caza real en Poissy y las posesiones de la familia en los alrededores.

- No sabes cuánto lo lamento, - añadió Roberto - . Me habría gustado que todo fuera diferente.

Amaury tragó saliva.

- Si ambos perecemos, lo cual es probable, - prosiguió Roberto - , su hijo lo heredará todo.

- ¿Porqué...?

- Tú ya no existes. Sólo nosotros y Bouchard de Marly sabemos que estás aquí. Y Montfort, por supuesto. Para los demás pereciste en la caída de Alaric.

- Quiero decir: ¿por qué precisamente ahora? ¿Qué ha pasado?

- El rey de Aragón avanza hacia Tolosa con un ejército seis veces superior al nuestro. Un correo de Montfort nos convoca cuanto antes a Fanjeaux, donde se congrega el ejército de los cruzados. En el mejor de los casos, libraremos batalla en campo abierto y lucharemos a muerte. El sacerdote ya ha oído mi confesión y he encomendado mi alma a Dios. Saldremos tan pronto como hayamos hecho todos los preparativos.

- ¿Y yo?

Roberto suspiró.

- Yo no quería que sucediera esto. Soy un hombre temeroso de Dios, pero no veo otra alternativa.

- ¿Qué quieres decir?

- Desde el principio criticaste la actuación de los jefes del ejército, de Montfort y del abad Arnaud Amaury. En algunos casos tenías razón. El santo padre siempre ha dicho que hay que proteger a quienes deseen regresar al seno de la Iglesia de Roma. La Iglesia ha de acoger en todo momento a quien llama humilde y arrepentido a su puerta y en todas las ocasiones debe recibir llena de compasión a todos los penitentes. No siempre ha sido así. El abad del Cister ha demostrado ser más despiadado que el más cruel de los soldados. - Se santiguó y enderezó la espalda - . Las leyes de la guerra pueden anular otras reglas. Lo mismo sucede en el bando contrario. Hace apenas un mes, esos perros heréticos atacaron a los nuestros en Pujol y pasaron a cuchillo hasta el último hombre. Habían dado su palabra de honor de que perdonarían la vida a los nobles. En lugar de ello los arrastraron detrás de sus caballos por las calles de Tolosa y después los ahorcaron. No son mejores que nosotros. ¿Por qué te pusiste de su lado?

- Estaba confuso. Confuso y enamorado, - tartamudeó Amaury.

- ¡Ya puedes ahorrarte esas excusas cuando comparezcas ante el tribunal celestial!

- Quién sabe dónde y por quién seremos juzgados, - respondió Amaury inseguro. Roberto lo miró sin entender y el prisionero prosiguió - : Vosotros habéis creado vuestro propio tribunal. ¿Quiénes sois para juzgar a otros? Está escrito: "No juzgues y no serás juzgado". ¿Quién tiene derecho a quitarle la tierra a estas personas, a matar a sus mujeres e hijos, a perturbar toda su existencia y a mutilar a ciudadanos inocentes?

- Es el derecho del vencedor, - respondió Roberto secamente - , y Dios nos ha dado la victoria. Los dominios de los herejes serán para el primer católico que se adueñe de ellos. Es lo que ha prometido el papa, pues los herejes y los infieles carecen de derechos.

- El papa no os ha ordenado que os venguéis de vuestros contrincantes condenándolos a la horca, al estrangulamiento, a la hoguera, sin ningún tipo de proceso. La sagrada escritura nos prohíbe matar. El propio Cristo rechazó la ley del talión.

- No seas tan ingenuo. Ya te he contado lo que hicieron en Pujol.

- Tal vez las leyes de guerra también hayan anulado sus reglas.

Sea como fuere, en circunstancias normales no conocen la pena de muerte. Quien comete un crimen es condenado como mucho a vivir como un Bon Homme, una vida de monje, pero más dura. Son buena gente y su fe ni siquiera es tan descabellada. Nunca os habéis tomado la molestia de escucharlos antes de quemarlos en la hoguera. Tal vez habríamos podido aprender algo unos de otros. Todo lo que ellos dicen está escrito en el mismo evangelio que el que predican vuestros sacerdotes.

- ¿Vuestros sacerdotes? Nuestros, querrás decir.

- Vosotros, nosotros, ellos, ya no sé con quién estoy.

Roberto lo escuchaba sacudiendo la cabeza con el rostro desencajado. Volvió a hacer el signo de la cruz sobre su pecho.

- Mi hermano, un hereje, - gimió - . ¿Cómo puedes haber caído tan bajo? Y yo que pensaba que aún podrías hacer algo por la causa de Dios. Tú los conoces, hablas su lengua, conoces sus pueblos, su gente y sus nombres. Me he equivocado. Te he dado una oportunidad, pero no has demostrado ningún arrepentimiento. Ahora comprendo por qué no has pedido nunca ver a un sacerdote.

- Ya no sé qué es bueno y qué no, - reconoció Amaury tímidamente.

Roberto suspiró.

- El tiempo apremia, - dijo - . Si no regreso, estarás a merced de Simón. Quién sabe lo que hará una vez que tenga la mano libre. Está tramando una venganza. Guillermo era como un hermano para él.

- ¡No podéis culparme de la muerte de Guillermo!

- Sea como fuere, he dado instrucciones al criado que te trae la comida todos los días. Si caigo en la batalla, te matará, rápida y silenciosamente. Los traidores acaban en la horca. Lo único que puedo ofrecerte es un final compasivo. Aún te doy la oportunidad de reconciliarte con la Iglesia antes de que esto ocurra. Pediré a un sacerdote que te visite dentro de poco. - Se dirigió hacia la puerta.

- ¡Espera! - gritó Amaury. De repente quería abrazar a su hermano y extendió las manos, pero Roberto estaba ya en el umbral de la puerta y la cadena a la que él estaba atado no era suficientemente larga - . Por lo menos, despidámonos - suplicó.

El caballero permaneció inmóvil. Su mirada era dura.

- Que Dios se apiade de tu alma. Rezaré por ti, - se limitó a decir.

Después desapareció.

El sacerdote vino, presenció su representación de penitente arrepentido y marchó satisfecho. El criado le traía la comida como siempre, sin entrar nunca en la celda. Sólo abría el postigo, introducía el brazo para que Amaury pudiera recoger el cuenco y luego volvía a cerrar el postigo. Rápida y silenciosamente, había dicho Roberto.

¿Echaría veneno en la comida? Amaury empezó a recelar de todo lo que le daba. Dejó de probar los alimentos y también de beber, hasta que llegó a la conclusión de que así moriría igualmente, aunque de forma más lenta, mientras que los ratones que vivían en su celda engordaban a ojos vistas. A continuación se le ocurrió que primero podía dar de comer a los ratones y luego observarlos. Si todos parecían sanos, él también comía. No sucedió nada. ¿Acaso Roberto había encargado al criado que lo mandara al otro mundo de una rápida puñalada cuando llegara el momento? Se estremecía ante el menor ruido al otro lado de la puerta de la celda, mas nunca se abría.

A medida que transcurría el tiempo, su miedo e impaciencia aumentaron. ¿Se habían enfrentado los dos ejércitos? ¿Cómo había ido el combate? ¿Por qué no le decían nada?

¿Era posible que los aragoneses hubieran apresado a los Poissy y los retuvieran como rehenes?

¿Era posible que los occitanos, bajo el estandarte de Pedro de Aragón, hubieran reconquistado las tierras que les habían sido arrebatadas? No tenía sentido alguno interrogar al criado, pues el hombre nunca le había dicho nada. Si seguía vivo era porque Roberto también lo estaba. Le traía sin cuidado lo que le hubiera pasado a Simón.

Cada vez que se pillaba a sí mismo esperando que su primo hubiera muerto, oía la voz de Colomba que le decía: "No cuesta nada querer a las personas a las que amas. También has de querer a tu enemigo".

Él no podía hacerlo. Sacaba entonces la conclusión de que nunca Podría ser como ella, y empezaba a dudar de la posibilidad de mejorar en otra vida. Temía estar perdido y que le esperara el infierno. Volvía a oír su voz que le decía: "El infierno no existe, no habrá ningún juicio final. Dios no ha creado a los hombres para condenarlos".

Debía de ser ya noviembre cuando un día oyó de repente que alguien descorría el cerrojo. La puerta se abrió lentamente, chirriando en sus bisagras oxidadas. Amaury se incorporó, pálido y demacrado, de su colchón de paja. Seguía sin estar preparado para el verdugo que lo mandaría al otro mundo, fuera el que fuera. Empezó a temblar como un azogado y a respirar más rápido. Estaba muerto de miedo y mareado. Al poco sintió un hormigueo en la cabeza y se desplomó.

- ¡Oh, Dios mío, que no esté muerto!

Roberto se hincó de rodillas, con la mirada fija en el rostro lívido de su hermano. Simón se agachó, colocó los dedos sobre la yugular de Amaury y volvió a incorporarse.

- No, qué va, el blandengue sólo se ha desmayado.

Amaury recobró lentamente el conocimiento. Vio a Roberto, que se santiguaba y unía las manos, y detrás de él vio a Simón, que lo miraba con desprecio. Ambos parecían cansados, marcados por los sucesos de los últimos meses. Por primera vez desde que estaba encarcelado, Amaury se alegró de verlos. Sonrió.

- ¿Roberto? ¡Aún estás vivo! - exclamó.

- Es un milagro, - asintió su hermano - , una señal del cielo.

Había sido una batalla terrible. En Muret, a unas millas de distancia de Tolosa, le contó. El rey de Aragón cayó en combate nada más empezar la batalla. Su escudero llevaba la armadura del rey para que no reconocieran a éste y ello hizo posible el trágico malentendido. ¿Quién podía esperar que luchara en segunda línea? Alguien le había oído gritar que era el rey, justo antes de que lo atravesaran con un sable. Ni siquiera sabían quién lo había matado. Pero los aragoneses comprendieron enseguida que su caudillo había muerto. Cundió el pánico entre los nobles que luchaban con él. Sus soldados se disgregaron y pusieron tierra por medio. Al principio, los cruzados no comprendieron el porqué de un giro tan repentino en la batalla, pero por supuesto Montfort supo aprovechar hábilmente la situación.

- Un milagro, - repitió Roberto.

"Los milagros no existen, - sonó la voz de Colomba en la cabeza de Amaury - , las cosas no pueden ser distintas de lo que son. Sólo sucede algo en la mente, lo que cambia es el modo de ver las cosas. Dicen que Cristo cambió el agua en vino. ¡Como si fuera un mago que sacara palomas de un sombrero! "

- El rey de Aragón ha pagado por sus pecados, - dijo Simón.

- Habría sido preferible que lo hubiéramos cogido vivo, - objetó Roberto.

Librodot

- Ni siquiera sabían cómo presentar batalla, cómo formar un bloqueo. Era una pandilla de descontrolados. Cada cual luchaba por su cuenta, ¡como si fuera un torneo! - se burló Simón.

- No les faltaba valor. Fue la Providencia Divina lo que nos hizo ganar la batalla. El valor de nuestros soldados era alimentado por su fe en Cristo y su Iglesia, - opinó Roberto.

- Unidad y disciplina, - masculló Simón.

- También eso, - admitió Roberto - . ¿No te das cuenta, Amaury, de que has abandonado la senda de la verdad? Dios ha dado a Sus soldados la gloria de la victoria. El triunfo de Muret demuestra que la santa Iglesia romana es la única Iglesia verdadera. Si el dios de los herejes fuera el verdadero Dios, ¿por qué crees que sufrirían tantas pérdidas? Dios, el único y verdadero Dios, está de nuestra parte y nos guía hacia la victoria. Ha bendecido esta guerra santa.

- Acaba de una vez con ese miserable traidor, - gruñó su primo.

- ¡Calla, Simón! - Roberto volvió a dirigirse a Amaury - . Seguimos a Montfort durante dos meses hacia Provenza, donde habían estallado rebeliones. Durante este tiempo, los sucesos me han hecho reflexionar. Dios me ha perdonado la vida y simultáneamente ha perdonado la tuya. No ha querido que se ejecutara la sentencia. Ha abierto la puerta para admitir de nuevo en el seno de su Iglesia al arrepentido. No puedo devolverte tu libertad, sólo puedo darte la vida y la oportunidad de regresar a la verdadera fe.

- ¿De qué sirve mi vida si estoy encerrado en esta mazmorra? Aquí me muero, - dijo Amaury, que había vuelto a adquirir algo de color.

- Es el castigo que te mereces, - gruñó Simón - . Aunque la horca habría sido mejor.

- ¡Cállate, Simón! - volvió a gritar Roberto, y dirigiéndose a Amaury - . Alégrate de que te dé la oportunidad de salvar tu alma.

- Más vale que primero limpie su conciencia contándonos lo que sabe, - masculló Simón detrás de la barba.

- Ya tendrá oportunidad de hacerlo, - le aseguró Roberto.

- Se lo tendrás que sacar a patadas, - rió el otro desdeñosamente - , pero yo no voy a esperar. El conde Raimundo ha huido a Inglaterra. Dentro de poco ya podremos entrar en Tolosa. Entonces dispondré de todo el tiempo del mundo para investigar. ¡Si es cierto que te has acostado con una puta herética, si es cierto lo que dice Roberto, que crees en sus perniciosas mentiras, lo demostraré! Quitaré esta mancha de nuestro blasón. Si has dado la espalda a la Iglesia de Roma, ¡es que eres un maldito bougre! ¡En tal caso mereces la hoguera! ¿Sabías que los herejes apestan cuando los queman? Yo mismo los he olido, he estado presente. Huelen que apestan. Los buenos católicos no huelen mal.

Amaury se incorporó de un salto y se abalanzó bramando de cólera sobre su primo. Sin embargo, su cuerpo debilitado no podía competir contra el guerrero. Antes de que Roberto hubiera podido intervenir, volvía a yacer sobre la cama de paja con el rostro ensangrentado. Roberto lanzó un puñetazo contra el estómago de su primo, que fue a dar con la espalda contra la puerta de la celda, antes de encogerse de dolor. El primogénito de los Poissy se plantó en jarras al tiempo que se inclinaba sobre él, como un águila con las alas extendidas sobre su presa. Hacía un esfuerzo por controlarse.

- Amaury ha errado, - le gritó - , está a punto de convertirse, pero una vida apenas es suficiente para hacer penitencia. Pregúntaselo al reverendo Domingo. Por ello tendrá que pasar el resto de sus días en una celda. Un buen cristiano ha de mostrarse misericordioso. ¡Si tú sigues provocándolo, causarás más daño a nuestra familia del que nos ha hecho él! Lo considero un fratricidio. ¡Como oses ponerle un dedo encima, cambiaré mi testamento y si muero sin descendencia, dejaré todas mis posesiones a la orden de los templarios!

Los dos caballeros permanecieron unos instantes mirándose cara a cara en silencio, hasta que Roberto hubo recuperado la calma. Entonces dijo:

- Esto es exactamente lo que os advertí hace cuatro años. Se ha sembrado la cizaña entre los tres. Hemos venido a este país para restaurar la paz, pero hemos acabado enzarzados en una guerra personal. ¡No merecéis la palabra hermanos!

Cuando Roberto lo agarró del brazo y se lo llevó afuera, Simón volvió a lanzar una mirada asesina a Amaury.

TOLOSA Septiembre de 1216 hasta el 25 de junio de 1218

- He encontrado a esa zorra lujuriosa, la tal Colomba.

Había sido una observación casi casual. Nada más, pero suficientemente alarmante: Simón sabía cómo se llamaba. ¿Acaso había conseguido sonsacar algo a las personas con las que Colomba había vivido en Tolosa y había descubierto ahora dónde se hallaba? ¿La había encontrado realmente? ¿O sólo fanfarroneaba y éste era únicamente un nuevo método de intimidación? A fin de cuentas, tenía tanto miedo a Roberto que ya no se atrevía a usar la violencia física contra su primo menor. Simón no dijo nada más y partió hacia Francia, dejando a Amaury martirizado por las dudas.

Por lo demás, la situación de Amaury no había mejorado en absoluto. Acababa de completar tres años en su calendario de Lavaur cuando los cruzados entraron en Tolosa y los Poissy trasladaron su base. Ahora estaba encerrado en uno de los calabozos del castillo de Narbonnais, que antes había pertenecido al conde Raimundo. Habitaba un cuartucho desolador desde el cual no podía ver nada de lo que acontecía fuera y donde Simón prosiguió con su estrategia de violencia verbal. Empezó un nuevo calendario, que no se basaba en la luz del día, sino en la monotonía de su existencia diaria: una comida y un cuenco de agua diarios, y de vez en cuando una paca de paja fresca con la que había de limpiar su celda.

El monje, que desde el regreso de Roberto y Simón le visitaba una vez a la semana para descargar sobre él una sarta de oraciones y exorcismos, fue reemplazado por el confesor de los Poissy, que había venido desde el norte para volver a encarrilar a Amaury por el buen camino. El bondadoso clérigo supo convencerle de que su única posibilidad de sobrevivir era regresando plenamente al seno de la madre iglesia. Con sus acciones había anulado todas las ventajas que tendría que haberle aportado la Cruzada. Después de la muerte de su primera esposa, en lugar de ganarse al cielo y luchar contra los enemigos de Cristo, se había amancebado con una mujer herética.

Amaury se dio cuenta avergonzado de que en efecto no había pensado por un solo momento en la pobre Eva, quien, con tan sólo catorce primaveras, había fallecido durante el parto. Ni siquiera recordaba su rostro. Lo había borrado por completo de su mente la impresión que Colomba le había dejado. Entregó al clérigo el dinero que le quedaba, veinte monedas como aquella primera vez, y le pidió que las llevara a la abadía de Abbecourt para que los monjes rezaran por el descanso de su alma. Hubiera querido hacer algo parecido para Colomba, pero en su imaginación ya la oía reír.

"¿Rezar por los muertos? ¿De qué sirve eso? Los Bons Hommes rezan y velan cuatro días y cuatro noches al muerto al que han administrado el consolamentum. Así se aseguran de que el espíritu del muerto regresará sano y salvo al cielo sin que intervenga el demonio. Eso es suficiente."

Sin embargo, el confesor estaba satisfecho. Se marchó al norte con Roberto y Simón, quienes de vez en cuando regresaban brevemente a sus dominios para encauzar sus asuntos a fin de que siguieran entrando los ingresos que necesitaban urgentemente para la guerra.

Por un breve espacio de tiempo los cruzados creyeron haber alcanzado definitivamente su objetivo. Una vez que el papa hubo confiscado las posesiones del conde Raimundo de Tolosa, los Poissy volvieron a viajar al norte, ahora en compañía de Montfort. El comandante rindió tributo al rey francés por todos los territorios conquistados, que a partir de entonces quedaban oficialmente dentro de su dominio. Gracias a ello gobernaba un reino más grande que el del propio rey. Sólo en el viaje de vuelta descubrieron que el hijo del conde Raimundo se había negado a aceptar la decisión del papa y había movilizado a un ejército para recuperar lo que le correspondía por derecho. El noble de diecinueve años entró en Beaucaire, el cuartel general de los cruzados en Provenza, y cercó a la guarnición estacionada en el castillo. Mientras tanto, muchas ciudades se rebelaron y se unieron al estandarte del conde. Montfort se apresuró a ayudar a sus camaradas, mas después de un asedio de nueve días hubo de admitir que en aquella ocasión llevaba todas las de perder. Emprendió la retirada y regresó a Tolosa.

En su lóbrega mazmorra, Amaury se enteró de la entrada de Montfort. Los hombres de Tolosa se armaron y lo recibieron con barricadas en las calles. Allí donde conseguía penetrar con sus soldados, era atacado por mujeres y niños que desde los tejados lo bombardeaban con cacharros y basura. El comandante sofocó la revuelta con mano dura. Ordenó que incendiaran el barrio judío y que sus tropas saquearan la ciudad. Después, mientras emprendía una expedición de castigo en los alrededores de Foix, el joven Raimundo de Tolosa se abrió paso en Provenza. Montfort se vio obligado a marchar de nuevo hacia el este, para refrenar al joven tunante. Mientras tanto, el destituido conde de Tolosa hizo acopio de valor y partió con un ejército desde Aragón para atravesar los Pirineos. No tardó en llegar a las murallas de su propia capital, donde fue recibido entre vítores por la población.

- Dios nos ha dado la espalda, - dijo Roberto, quien se presentó de súbito en el calabozo de su hermano después de haber estado ausente durante meses - . La batalla de Beaucaire fue un mensaje divino. A partir de aquel momento todo fue de mal en peor.

Parecía exhausto. Los ocho años de guerra en la que él y sus hombres habían seguido al ejército sumamente ágil de Montfort, de un avance forzado a la siguiente expedición agoradora, habían dejado huella en su rostro curtido. Era como si los contratiempos de los últimos meses hicieran aflorar de súbito el cansancio de todos aquellos años.

- Hemos sido demasiado ambiciosos, - dijo suspirando - . El Altísimo ha rechazado el juicio del concilio. El papa, que nos dio la razón, ha muerto. Mientras avanzamos lentamente en un frente, nos arrollan a galope en el otro. Ya no controlamos los acontecimientos

Amaury no reaccionó. Había alcanzado un estado de absoluto desinterés. Lo único que lo mantenía vivo era su odio a Simón y su deseo de vengarse por el mezquino juego que practicaba con él.

- Colomba ha confesado dónde ha ocultado al niño, - le había dicho su primo un día - . Lo educan los herejes, en una de esas casas de mujeres.

-¡Donde?

- Aquí en Tolosa, por supuesto.

Y unos días más tarde:

- Hemos limpiado a fondo la casa y la hemos incendiado. Esa bastarda murió en el incendio.

- ¿Era una niña?

- Sí.

Se habían desvanecido todas sus esperanzas de que Colomba aún se hallase con vida. Estaba muerta, no podía ser de otro modo. Incluso su imagen empezaba a borrarse de su mente. Lo único que aún le acompañaba era la voz de ella en su cabeza: "Si es niña se quedará conmigo y la cuidaré hasta que sea suficientemente grande para tomar su propia decisión". Simón mentía. Si tenía una hija, seguro que no estaba con las Bonnes Dames.

- Ya no podemos entrar en la ciudad, - prosiguió Roberto - . Han hecho barricadas en todas las calles y han levantado un muro de empalizadas para aislar el castillo. Nos hemos retirado aquí a la espera de que lleguen las tropas de apoyo.

El pánico y la agitación habían penetrado incluso en el calabozo de Amaury, aunque él desconociese entonces la razón. Roberto se rió secamente.

- Es increíble. El año pasado hicimos derribar todas las fortificaciones para evitar que la ciudad se nos volviera a resistir. Ahora están organizando de nuevo la defensa a una velocidad increíble, muros, torres, puertas, toda la muralla, todo.

Amaury miraba la pared que tenía delante. Sabía exactamente con cuántas piedras habían construido su celda, conocía cada una de sus irregularidades y habría sido capaz de pintar con los ojos cerrados el dibujo de los intersticios de las piedras. Había hecho el calendario con más esmero que la vez anterior. Aún no habían acontecido muchas cosas. Una expedición militar hacia el extremo occidental, donde Montfort había obligado a la heredera de un pequeño condado en los Pirineos, una mujer de treinta y tres años, a contraer matrimonio con su hijo menor de quince años a fin de asegurarse la lealtad de los vasallos de aquélla. Después había limpiado algunos nidos de bandidos a orillas del Ródano, según palabras de su primo Simón. Por supuesto, Montfort regresaría de inmediato de los límites de su reino hacia la ciudad condal para ayudar a la guarnición.

Al poco, Roberto volvió a visitar a Amaury.

- Montfort ha establecido su cuartel general aquí, en el castillo, - le dijo - . Estás justo debajo de sus narices. Recemos para que no se huela nada.

Bien poco podía hacer Amaury en su situación. Por un momento tuvo la tentación de armar mucho ruido para que el comandante empezara a hacer preguntas y acabar de este modo con su vida vegetativa, pero pensó que no conseguiría armar suficiente jaleo para lograrlo. Además, con ello no sólo arrastraría a su primo, sino también a su hermano.

Roberto volvió a visitarlo mucho más tarde. Llevaba vendado el brazo izquierdo y tenía peor aspecto que veces anteriores.

- No podemos conquistar la ciudad cercándola y dejando morir de hambre a sus habitantes, - le dijo - , no tenemos suficientes hombres, y además, ellos siguen recibiendo víveres y refuerzos desde fuera.

Se echó a reír como burlándose de sí mismo y se dejó caer en la paja junto a su hermano menor.

- Casi empiezo a tenerte envidia. Ya me gustaría a mí quedarme aquí por un tiempo. Hemos lanzado varios ataques contra las murallas. Fue un baño de sangre. No tengo ni la menor idea de cuántos soldados perdimos allí. La población entera lucha hombro a hombro, hombres, mujeres y niños. No creo que podamos tomar Tolosa, a no ser que lleguen nuevos cruzados. - Su voz estaba cargada de resignación. Montfort ya no es el mismo de antes. Las riendas se le escapan de las manos. Cuando llegó aquí con sus tropas se jactaba de que no se desensillaría ningún caballo antes de que Tolosa fuera tomada. Fanfarronadas Entonces, el otoño aún no había empezado, y ahora ya es casi Navidad.

Permaneció en silencio durante un rato apoyando la cabeza contra la pared, con los ojos cerrados, mientras Amaury miraba apáticamente al frente. ¿Y qué le importaban a él las desgracias del ejército de los cruzados? Ni siquiera conseguía alegrarse. Por supuesto, Roberto no envidiaba realmente su posición. Por un momento se figuró cómo sería si pudiera ocupar por un tiempo el lugar de su hermano: Roberto conseguiría por fin algo de tranquilidad, aunque fuera en una mazmorra, y él estaría allí fuera delante de la ciudad sitiada, si al menos se podía llamar asedio al deficiente bloqueo de los cruzados. Una idea disparatada. En cuanto se le presentara una oportunidad, desertaría.

- La firmeza de Montfort está cimentada sobre arenas movedizas, - dijo Roberto de repente - . Ha oprimido a sus nuevos vasallos con leyes despiadadas y los ha explotado con impuestos demasiado elevados. Con ello no ha hecho más que provocar la resistencia. Sus crueldades han acrecentado los deseos de rebeldía del pueblo. Incluso nuestros guerreros más veteranos creen que ha ido demasiado lejos. - Después de reflexionar durante un rato, añadió - : Si perdemos este combate, será la prueba de que el dominio de Montfort sobre Tolosa es ilegal. Tendríamos que haber hecho caso a la primera maldición divina, nuestra derrota en Beaucaire. La ciudad y las tierras pertenecen al conde Raimundo por derecho de nacimiento. Nosotros no teníamos derecho a quitárselas, aunque hubiese renunciado a sus posesiones a causa de sus crímenes. Sus bienes corresponden a su hijo. A veces me pregunto si Montfort, el soldado de Dios, no está siendo utilizado como medio para ponernos a prueba.

Volvió a guardar silencio. Amaury estaba convencido de que Montfort era la mismísima encarnación de Satanás, del Anticristo.

Roberto se frotó el brazo herido con la mano.

- Nuestra santa guerra ya no es voluntad de Dios, sino del propio Montfort, - murmuró sacudiendo la cabeza - . Si fuésemos sensatos, intentaríamos entablar negociaciones de paz. Pero nadie se atreve a proponérselo. Me gustaría poder retirarme de esta funesta empresa. - Miró a Amaury - . Quien prosiga con esta lucha sufrirá el azote de la venganza divina.

"El buen Dios no es el dios de la venganza, la ira y la muerte. No es un juez despiadado, - protestó la voz de Colomba - , es todo bondad y amor." Pero el dios de Roma azotaba y pegaba para poner a prueba a los hombres y así reforzar su fe y obligarles a implorarle en la necesidad y superar las pruebas gracias a su misericordia.

- No es la venganza divina lo que has de temer, - dijo Amaury - , sino tu propia conciencia.

- Tengo que estar en paz con mi conciencia antes de que sea demasiado tarde, - admitió Roberto - , con Dios y con mi conciencia.

Apoyó el brazo herido sobre la otra mano. Tenía la frente cubierta de sudor. Debía de tener fuertes dolores. Miró de nuevo a su hermano. Quería decir algo, pero se calló. Después se puso en pie y abandonó la celda.

Durante los meses siguientes, Roberto no volvió a visitarlo.

Montfort no lo dejaba en paz y si se acercaba a los calabozos del castillo de Narbonnais delataría la presencia del renegado mancillado.

Tampoco Simón vino a verlo. Mientras tanto llegó la primavera, al menos eso indicaba su calendario. ¿Habrían llegado nuevos cruzados con la primavera? En cualquier caso, tenían problemas de aprovisionamiento, pues las raciones que le daban eran cada vez más frugales. Seguramente también se les estaba acabando el dinero.

Debía de ser verano cuando Roberto entró de súbito en el calabozo envuelto en su armadura. Presentaba un aspecto terrible. La cara, contraída y gris, y el manto que llevaba

sobre la cota de mallas, manchado de sangre. Tenía una herida abierta en la cabeza y estaba mugriento. Sin decir palabra, sacó el hacha de guerra del cinto y se acercó a Amaury. Agarró el arma con ambas manos y la alzó. El prisionero retrocedió y se agachó, al tiempo que se protegía la cabeza con las manos. Como si eso fuera a servir de algo. La hoja zumbó hacia abajo y partió de un solo golpe la cadena que lo mantenía atado a la pared.

- ¡Sal, rápido! - dijo el caballero, apremiándolo con un gesto breve.

Tambaleándose sobre sus piernas debilitadas, Amaury siguió a su hermano. Enfilaron un pasillo y luego subieron por una escalera de caracol. Allí, Roberto sacó un atajo de un nicho y se lo entregó.

Poco después, cuando llegaron afuera, Amaury llevaba puestas las ropas ensangrentadas de un arquero de Poissy. Algo le impulsaba a protegerse el pecho con la mano para ocultar la cruz que había cosida en él. Un poco más lejos oyó a unos monjes cantar. Cerró los ojos para protegerse de la intensa luz del sol, se llenó los pulmones de aire fresco y alzó la cabeza al cielo, gozando del agradable calor sobre su piel.

- ¡Agacha la cabeza y reza! ¡Montfort ha muerto, que descanse en paz! - siseó Roberto al tiempo que se santiguaba apresuradamente tres veces seguidas. Amaury lo imitó de un modo mecánico.

Alrededor reinaban un silencio angustioso y un profundo desconsuelo, sólo turbado por los cánticos procedentes de la capilla. En el patio delantero del castillo, unos cuantos caballeros se dirigían apresuradamente hacia el recinto sagrado, donde habían trasladado el cuerpo del comandante justo después del golpe mortal. También oyó el bullicio que venía de más lejos, de detrás de los muros de la ciudad al otro lado del castillo. Allí, los tolosanos celebraban la muerte de Montfort con alegría, redobles de tambor y toque de trompetas.

- ¿Cómo ha sucedido? - jadeó Amaury mientras avanzaba torpemente sobre sus piernas entumecidas que se negaban a cooperar, siguiendo los pasos de su hermano, hacia el puente levadizo en dirección al campamento militar.

- Una piedra, lanzada por un magonel. Fue a darle justo en la cabeza. Le destrozó la cara, su cerebro quedó al descubierto. Fue horrible. Uno de los nuestros lo cubrió cuanto antes con un manto. Y tuvo que suceder precisamente cuando se apresuraba a ayudar a su hermano que había sido alcanzado por una flecha.

- ¡Santa Madre de Dios! - exclamó Amaury, recurriendo a una expresión que encajaba con su actual posición - . Nunca le habría deseado semejante muerte.

- Seguramente no llegó siquiera a enterarse de lo que le pasaba. Murió en el acto.

Tuvieron que detenerse porque Amaury no podía mantener el ritmo de su hermano. Le parecía que sus pulmones iban a reventar y se tambaleaba sobre sus piernas. A su izquierda, entre los muertos y heridos en el campo de batalla, se elevaban los restos calcinados de las enormes catapultas, a las que los tolosanos habían prendido fuego tras la muerte de Montfort. A su derecha, en la otra orilla del Garona, reinaba un caos completo. Los cruzados que acampaban allí habían huido abandonando todas sus pertenencias. Entre tanto, los soldados y los habitantes de Tolosa habían apresado a los que quedaban, y saqueaban el campamento militar. Se lo llevaban todo de vuelta a la ciudad: caballos, bueyes, tiendas de campaña, baúles de ropa, armaduras, dinero y víveres, y todo lo que cayera en sus manos.

- Como de costumbre había oído misa justo antes de ir a la batalla, - dijo Roberto - . Aún lo oigo decir después de haber contemplado la hostia y de que el sacerdote hubiera hecho la consagración: "Venga, vámonos. Si es preciso, muramos por Él, que se dignó morir por nosotros". Hasta su último aliento luchó al servicio de la fe. Era un auténtico caballero de Cristo. Que descanse en paz.

"Una muerte heroica es una muerte inútil, - retumbaba la voz de Colomba en la cabeza de Amaury - , no puedes limpiarte de todo el mal que hay en ti haciendo correr la sangre de otros."

En silencio, prosiguieron su camino hacia la tienda de campaña de los Poissy, donde Roberto vendó la cabeza de Amaury para que no lo reconocieran. El lino le cubría también buena parte de los ojos. Era un alivio, pues la luz del día empezaba a causarle tanto dolor que le hacía saltar las lágrimas.

- Dios sabe qué habría sucedido si no llego a liberarte, - susurró Roberto mientras embadurnaba la inmaculada venda con su propia sangre - . Si abandonamos el asedio, tendremos que quemar el castillo, con prisioneros y todo.

Cerró un poco más el toldo y sacó por segunda vez el hacha de guerra del cinto. Dejó caer con fuerza la parte posterior de la hoja contra la espinilla de Amaury. El hueso se fracturó y Amaury lanzó un grito.

- Perdóname, hermanito, no puedo arriesgarme. Así no podrás huir ni desertar.

Poissi 1221

Beatriz de Marly era un modelo de modosidad femenina. Su existencia dependía de los demás, era un apéndice inútil, el complemento no indispensable de su esposo. Convencida como estaba de que su esterilidad se debía al exceso de soberbia y a la falta de piedad, deambulaba como una sombra por el castillo y pasaba gran parte del día en la capilla, arrodillada ante la imagen de la Virgen María, con la esperanza de que sus oraciones fueran oídas. A fin de cuentas, quien se encomendase a la Virgen María se curaría, por muy enfermo que estuviese. Roberto nunca había pretendido repudiarla por no haberle dado hijos. Y el hecho de que él la mantuviera aumentaba aún más la dependencia de Beatriz hacia Roberto. Había puesto toda su vida al servicio de su esposo. Por ello era lógico que se ocupara del retoño descarriado de los Poissy, al que Roberto había salvado de las garras del demonio con tanto esfuerzo y poniendo en peligro su propia vida. Pues no cabía duda de que la herejía que se había apoderado del sur era obra del demonio.

Fuera de las murallas de Poissy se levantaba una fortaleza que había sido construida dos siglos antes por Constanza, la tercera esposa del rey Roberto el Piadoso, quien había convertido Poissy en su residencia favorita. Amaury residía en una de las torres del viejo castillo. Aunque le era totalmente imposible abandonar la torre, tenía suficiente libertad de movimientos. A pesar de la relativa comodidad de que gozaba, llevaba una existencia solitaria, tan inútil como la de Beatriz. Ese desolador destino era lo único que los unía, pues para ambos el amor por otro significaba tanto, que entre ellos no podía surgir un cariño más profundo que no fuera la mutua compasión.

No había tenido nada que ver con la seducción. Había sido un plan fríamente calculado, la venenosa secreción de un apestoso tumor que había crecido en sus entrañas, el rencor que sentía hacia su hermano y su primo, y que dominaba toda su existencia. Ejecutó su diabólico plan a los dos años de estar en Poissy, un periodo de tiempo suficientemente largo para no levantar sospechas.

Siempre había sabido expresarse mejor que los demás Poissy.

Ahora utilizó todo su poder de persuasión para convencer a Beatriz de que ella no tenía por qué ser la culpable de que Roberto aún no tuviera descendencia.

- Te aseguro que nunca ha conseguido engendrar a un hijo con otra mujer.

Sus palabras causaron una fuerte impresión en Beatriz. Se quedó de piedra.

- No es que lo haya hecho a menudo, - se disculpó él - , pero un hombre que lleva años en la guerra ha de desfogarse de vez en cuando. No significaba nada. Lo importante es que no tiene bastardos.

Ella se encogió de hombros.

- ¿No ves lo mucho que le agobia a Roberto la idea de que, algún día, sus títulos pasarán a manos de Simón? Si todo sigue como ahora, será inevitable. Entonces Simón será el siguiente castellano de Poissy, y aparte de Aigremont también heredará Maisons y Fresnes - lo dijo como si sobre sus cabezas se cerniera una grave amenaza.

- ¿No es ése su propio deseo? - preguntó Beatriz con cautela - . ¿No es eso lo que dice el testamento que él ordenó redactar?

- Ese testamento fue un caso de fuerza mayor. Lo hizo redactar en vísperas de una batalla en la que estábamos en minoría. Nadie creía que fuésemos a ganar. Y Roberto temía no salir con vida. Sus propias palabras, que me confió susurrando, eran que hubiese deseado otra cosa. ¿Te das cuenta de lo que eso significa? En realidad no quería hacerlo, pero se vio obligado por las circunstancias.

- Pero desde entonces no lo ha cambiado, ¿no?

- Porque no puede dar una razón válida. Si viera alguna posibilidad, seguro que lo haría. Conoces a Simón. Conoces a su hijo. Es tan corto de miras como su padre. Las únicas armas que tienen son sus puños y su lengua viperina. No han oído hablar nunca de diplomacia. Y eso puede ser la ruina para quien esté tan cerca de la corte del rey. Echará a perder todo lo que lograron nuestros antepasados.

Estaban sentados frente a frente sobre los bancos de madera en el nicho de la única ventana que tenía la estancia. Amaury guardó silencio para que ella pudiera reflexionar. Beatriz asintió sin apartar la vista de sus zapatos.

- Supón que pudieras tener hijos, algo de lo que estoy plenamente convencido. ¿Puedes imaginarte cómo sería sentir ese fruto crecer dentro de ti?

Se inclinó hacia ella y deslizó suavemente su mano sobre el terciopelo que cubría su vientre. Beatriz se echó hacia atrás y miró alarmada hacia la ventana.

- ¿De qué tienes miedo? Nadie puede vernos. Allí fuera sólo están los bosques de Marly. Y te aseguro que no tengo intención de violarte.

Beatriz se relajó.

- Supón que pudieras tener hijos... - repitió.

Ella lo miró y, al hacerlo, sus ojos grises se iluminaron.

- Tu vientre anhela desde hace años una simiente fértil. Y todos te miran como si no fueras digna. - Movió la cabeza compasivamente - .

Roberto te quiere. De lo contrario ya habría buscado una excusa para disolver el matrimonio. Te ofrezco la oportunidad de darle un hijo. Tienes que preguntarte si puedes negarte. El futuro está en tus manos. Sólo tú puedes decidir.

Beatriz se retorció las manos en el regazo, luchando con su sentimiento de culpa, sus dudas y su miedo.

- Sólo quiero ayudaros. No lo hago por mí, - mintió Amaury - . Mí vida no tiene sentido. He cometido un grave error que ya no puedo anular. La vida es breve y no tenemos una segunda oportunidad. Tu vida aún puede significar algo, todavía eres joven.

Ella sonrió tímidamente.

- Si te niegas, luego no quedará nada vuestro en este mundo. Tu vida y la de Roberto habrán sido inútiles. Simón será el único que saldrá ganando y no se lo merece.

- Roberto se enterará, - susurró ella esbozando una mueca de dolor sólo de pensarlo.

~¿Por quién? - objetó Amaury.

Librodot

- Simplemente se dará cuenta.

- A veces, las cosas pueden cambiar de repente. ¿Qué sabemos nosotros de eso? ¿Quién dice que el hijo que lleves dentro será mío?

Ninguno de nosotros puede estar seguro. Hemos de procurar que en cualquier caso también pueda ser suyo. Eso es cosa tuya. Tú tienes que decidir cuándo ha llegado el momento oportuno.

- No puedo engañar a mi esposo.

- No lo engañarás. Le rendirás un gran servicio.

- El adulterio es un pecado mortal, - susurró ella casi inaudiblemente.

- Sí, y no debes hablar de ello, ni siquiera durante la confesión, - admitió Amaury - . Este es el sacrificio que tendrás que hacer. Sé sincera, Beatriz, ¿crees que puedes ser tan egoísta y anteponer la salvación de tu alma?

- El castigo divino será terrible, - dijo Beatriz sin atreverse a pronunciar la palabra "infierno".

- No lo creo. Y te diré por qué. En primer lugar, Dios, que lo sabe todo y lo ve todo, sabe que no lo haces por interés propio, sino por amor al prójimo. Eso no puede ser malo. En segundo lugar, no es adulterio, porque no me quieres a mí, sino a Roberto. Lo haces por amor a él.

- Si no puedo confesar mis pecados, tampoco me serán perdonados.

- No irás al infierno, Beatriz. Los maestros de Notre Dame declararon hace poco que no se va enseguida al infierno. Aún es posible salvarse, pues además del infierno y del paraíso hay un tercer lugar donde puede ir un alma. Es el purgatorio. Allí van a parar las almas que no son tan buenas para ir directamente al cielo ni tan malas para ser condenadas al infierno, y sufriendo en el purgatorio pueden pedir perdón por sus pecados.

Esa perspectiva tampoco la atraía. Amaury se reclinó y miró afuera donde las tierras y el techo de hojas de los bosques de Marly se extendían hasta el horizonte.

- Puedes confiar tu secreto a la Virgen María, - propuso - . Ella será quien interceda por ti. ¿Qué mejor confesor puede uno desear que la Virgen?

Por un momento pareció que esta posibilidad ofrecía una salida. Luego Beatriz dijo:

- Dios ha querido que sea estéril.

Él la miró de hito en hito.

- No lo sabes con seguridad. Eso es lo que intento demostrarte.

- Entonces es que ha querido que Roberto... No podemos cambiarlo, no debemos cambiarlo.

Amaury hizo un gesto desesperado. Le irritaba la actitud sumisa de Beatriz. Estaba acurrucada como un gorrión asustado, como si el más mínimo soplo de aire pudiera llevársela. Se la llevaría y nadie la echaría de menos.

- No te atreves a asumir tu propia responsabilidad y por ello le echas la culpa a Dios. - dijo Amaury duramente - Si alguien cayera al agua, ¿acaso no intentarías llevarlo a tierra antes de que se ahogara? Entonces no dirías: "Por lo visto Dios ha querido que se ahogue".

Beatriz buscó con los dedos el rosario que colgaba de su cinta. Amaury suspiró. En realidad tendría que haberse compadecido de ella, pero Beatriz no hacía más que irritarlo. Eso era porque la comparaba con Colomba. Prefería la cara descubierta y la actitud combativa con que Colomba se enfrentaba al mundo. Ella al menos sabía lo que quería. Otra cosa era que por culpa de esa actitud hubieran discutido casi siempre. Sólo ahora se daba cuenta de que se había sentido atraído por ella justamente por las riñas. Colomba controlaba su propio destino. Para un hombre resultaba difícil aceptarlo, pero precisamente por ello la respetaba.

Beatriz acabó cediendo. Vino a verlo un tormentoso día de otoño, confiando en que el aullido del viento ahogaría cualquier ruido inadmisible. Trajo consigo una bandeja con bocados exquisitos y un botijo de vino, por lo visto para que le infundiera valor.

- He tomado una decisión. Quiero un hijo tuyo, - se limitó a decir mientras colocaba la bandeja y el botijo en el nicho donde solían sentarse siempre.

Por un momento Amaury tuvo miedo de no ser capaz. Pero en cuanto vio su vientre blanco y tocó su desnudez, comprendió que ese temor era infundado. Ella regresó unas cuantas veces, para mayor seguridad. Tres meses más tarde le comunicó que estaba embarazada.

Roberto, que parecía no sospechar nada, no cabía en sí de felicidad cuando Beatriz dio a luz a un varón. Por fortuna, el niño se parecía un poco a él. A fin de cuentas, en sus venas corría la sangre de los Poissy.

Lo llamaron Gasce, como su abuelo y el primogénito de éste, que había muerto en Tierra Santa. Simón estaba desconcertado. Veía cómo se le escapaban de las manos el título y la herencia, razón suficiente para difundir el rumor de que el niño era ilegítimo. Sin embargo, la intachable reputación de Beatriz impidió que nadie se tomara en serio sus acusaciones.

Desde su confinamiento en la torre, Amaury seguía los acontecimientos con malvada satisfacción. No le dejaban ver al niño, pero su venganza era genial. De un solo golpe había echado por tierra las expectativas de futuro de Simón y había alcanzado a Roberto, quien a la vez le había destrozado y salvado la vida, en el lugar más sensible sin que éste se diera cuenta. Era la venganza perfecta. Incluso había gozado al hacerlo, aunque le dejó un regusto amargo que no pudo eliminar ni con la más dulce de las bebidas.

ALBI Octubre de 1226

Temiendo que, como tantos niños, el nuevo primogénito no llegara a la edad adulta, Beatriz le pidió que la volviera a dejar embarazada. En un principio, Amaury se negó, pero finalmente cedió a sus súplicas. Le dio otro hijo al que llamaron Roberto, como su padre. Poco después de haber dado a luz a su tercer hijo, Juan, Roberto imprimió su sello en una declaración en la cual, con otros veinticinco nobles ilustres, apoyaba al rey en una nueva Cruzada contra la herejía en tierras de Tolosa. Su mano estampó en el lacre el escudo con las merletas, mas en su corazón se había apagado el ardor por una nueva Cruzada.

Quince años antes, Roberto había tomado la cruz por convicción. Ahora lo impelía tan sólo la lealtad al rey, que antes de acceder al trono había residido en Poissy y cuyos hijos habían nacido y sido bautizados allí. Había cedido ante las presiones del rey piadoso, y sobre todo de la reina, una aún más ferviente partidaria de la que iba a convertirse en la tercera Cruzada de Luis. A su vez,

Amaury cedió ante la garantía de que sólo participando en la Cruzada podría demostrar que volvía a ser un buen católico. Recibiría la indulgencia plenaria y de nuevo sería un hombre libre. La promesa de que si tomaba la cruz le serían perdonados todos sus pecados fue para Beatriz una razón para alentar al padre natural de sus hijos a que aprovechara la oportunidad. Simón era el único que deseaba fervientemente una nueva expedición de conquista, que esta vez quizá le diera una propiedad y un título en el sur.

Así pues, en mayo y en compañía de su antiguo compañero de armas, vecino y pariente Bouchard de Marly, partieron los veteranos del ejército del rey Luis, quien inspirado por el fuego sagrado capitaneaba las tropas espoleadas por la Iglesia. El rey Luis, que poco después de la muerte de Montfort, siendo aún príncipe, había emprendido una

Librodot

expedición al sur en contra de la voluntad de su padre para salvar la primera Cruzada contra los herejes, había sido responsable de la masacre de Marmande, un baño de sangre que casi igualaba al de Béziers. Sin embargo, no había conseguido tomar Tolosa. Esta vez se había propuesto extirpar definitivamente la perversidad herética que volvía a florecer tras la reconquista de las tierras occitanas.

También los enemigos habían cedido el puesto a una nueva generación: Raimundo de Tolosa, hijo de Raimundo; Roger Bernardo de Foix, hijo de Ramón Roger; y Ramón II Trencavel, el hijo desterrado de Ramón Roger, vizconde de Carcasona, asesinado en 1209.

Todos ellos, jóvenes sedientos de venganza por el agravio que se había cometido contra sus difuntos padres. Les traía sin cuidado que Luis fuera un rey ungido y que por esa razón fuese considerado un semidiós.

El avance del ejército de los cruzados se estrelló pronto contra una sorpresa desagradable. Raimundo VII de Tolosa, quien como legítimo sucesor de su padre había sido excomulgado y privado de todos sus derechos, había encontrado un medio para fastidiar a Luis y su Cruzada. Consiguió convencer a la ciudad de Aviñón de que tomara partido por él. Totalmente en contra de los acuerdos y de las promesas realizadas, las autoridades negaron al rey el acceso a la ciudad y al único puente adecuado para dejar pasar al inmenso ejército sobre el Ródano. El rey, furioso, ordenó que se organizara el asedio.

Hubieron de transcurrir tres meses antes de que Aviñón se diera por vencida, una eternidad. Tres meses en las tierras yermas en torno a Aviñón, donde no había posibilidad de encontrar comida. Era preciso traer de Francia incluso el forraje para los caballos. Tres meses de ataques, escaramuzas, emboscadas, calor y hambre. Cuando por fin pudieron emprender la expedición militar propiamente dicha, ya era casi otoño. Y cuando llegaron al corazón de tierras heréticas, muchos guerreros habían muerto a causa de la diarrea. La temida enfermedad, que ya se había declarado durante el asedio de Aviñón en el ejército, arrasaba como la peste. El rey decidió dejar de lado la ansiada Tolosa y emprender el camino de vuelta.

En Albi, las fuerzas de Roberto habían disminuido tanto que se vio obligado a desmontar de su caballo. Amaury se quedó atrás con él. Al contemplar el rostro demacrado de su hermano, el rencor cedió ante el remordimiento.

- ¿La has encontrado? - susurró Roberto con voz debilitada.

- ¿A quién?

Roberto lo miró en silencio. Sus ojos brillaban debido a la fiebre.

Amaury se mordió el labio inferior.

- ¿Cuándo quieres que la haya visto?

- Tuviste ocasión de hacerlo. - Roberto intentó incorporarse y Amaury le colocó una almohada en la espalda - . ¿Acaso pensabas que te creí cuando dijiste que las patrullas enemigas te habían bloqueado el camino?

- Era cierto, tuve que desviarme.

- ¿Un desvío de cuatro días?

Durante el asedio de Aviñón, había un ir y venir continuo de clérigos, embajadores y correos que venían a ofrecer al rey la rendición de sus respectivas ciudades. Podían llegar al campamento de los sitiadores cruzando el puente de piedras de Saint - Bénézet y siguiendo la orilla del Ródano por una senda estrecha, al pie de las rocas, que era impracticable para el ejército con su material pesado.

Por miedo al ejército de los cruzados que se acercaba, toda la zona desde el Ródano hasta Carcasona y Albi se había dado por vencida de antemano y había jurado lealtad al rey, mientras éste seguía estancado con su ejército en Aviñón. Luis no disponía de suficientes

correos y Amaury le había ofrecido sus servicios. A fin de cuentas hablaba la lengua del país y conocía la mayoría de los caminos. Sin dudarlo ni un momento, había aprovechado la oportunidad para pasar por Cabaret en el camino de vuelta.

Era como si el tiempo se hubiese detenido, era como si se despertase de un mal sueño que había durado quince años. Las casas y los talleres de las Bonnes Dames y los Bons Hommes estaban abiertos de par en par y seguían funcionando con normalidad. El señor Pedro Roger residía en su castillo encima de las orillas del Orbiel. La única diferencia era que los hijos de Pedro Roger eran ahora hombres hechos y derechos y, al igual que su padre, gobernadores de Trencavel. Poco antes de que Amaury abandonara Cabaret, el señor Jordán se había casado con la bella Orbrie. Entre tanto había cambiado a esta seductora por otra esposa. La Iglesia de Dios se había encogido de hombros y no había puesto impedimento alguno, pero la Iglesia de Roma había puesto el grito en el cielo acusándolo de bigamia.

Los hermanos no tenían la más mínima intención de someterse al rey francés. Muy al contrario, dieron cobijo a más de treinta faidits refugiados que, como ellos, eran en su mayoría antiguos vasallos de Trencavel. Además, el obispo de los Buenos Cristianos del episcopado de Carcasona había establecido su sede en la fortaleza de la cima de la montaña. En Cabaret, el ambiente estaba más caldeado que otrora, cuando Montfort amenazaba la fortaleza.

- ¿Colomba?

Amaury describió qué aspecto tenía. Además, no era un nombre muy corriente.

- ¡Ah, Colomba de Limousis!

Amaury asintió esperanzado. No sabía que se llamara así.

- No, nunca regresó.

Sin duda, la decepción podía leerse en su rostro. Su informante se restregó pensativo la barba gris.

- Al que sí volví a ver fue a su padre, - dijo el viejo solícito - . Regresó para arreglar algunos asuntos. Eso fue cuando los señores de Cabaret tomaron de nuevo posesión del castillo, hará un lustro. Lo recuerdo porque hacía años que no se le veía por Cabaret. - Su tono delataba respeto - . Una persona así no pasa desapercibida.

- ¿Por qué?

El otro le lanzó una mirada escrutadora.

- Por aquí no vienen tan a menudo caballeros hospitalarios.

A Amaury le asaltaron todo tipo de imágenes del pasado. Tras unos instantes empezó a perfilarse una imagen clara del caos de sus recuerdos.

"¡¿Sanjuanistas?!", habría exclamado en otro tiempo, y quizá habría agarrado y sacudido al asustado anciano. Sin embargo, los años de soledad en un entorno hostil lo habían convertido en hombre prudente.

- Claro que no, - respondió con aplomo - . ¿Con quién habló?

- Sospecho que con Pedro Roger o con el señor Jordán. Los jóvenes señores no lo habrían reconocido. Seguramente se trataba de una formalidad. Qué quieres, con tantos cambios de poder.

- De eso viven los escribanos, - asintió Amaury sin darle importancia - . Hay sitios que han cambiado cuatro o cinco veces de manos. Ahora que el rey está de camino, pueden ponerse de nuevo a redactar escrituras. ¿Acaso la orden de San Juan adquirió por la Cruzada posesiones que pertenecían a Cabaret?

- Las iglesias y los conventos nunca sueltan lo que les ha sido entregado, - protestó el viejo - , y menos aún los monjes de órdenes militares. Los templarios no lo hacen, ni

tampoco los caballeros hospitalarios. Aunque hay que admitir que no malgastan el dinero en su propia gloria, sino que lo dedican a la reconquista de Tierra Santa. La Iglesia de Roma es avariciosa, una glotona que rebaña el dinero hasta que no queda nada. ¡No, seguro que no vino para devolver sus posesiones!

Pero ¿a qué había venido entonces?

- Durante diez años hemos soportado el yugo de los invasores, - prosiguió el anciano - , y lo peor de todo es que encima teníamos que pagar su "guerra santa". ¡Cada familia debía pagar al año tres deniers para que no olvidáramos "que el país había sido conquistado con ayuda del papa y de la santa Iglesia"! ¡Nos hicieron pagar por toda la miseria que nos causaron! Las casas de los Buenos Cristianos fueron ocupadas por sacerdotes que las convirtieron en rectorías. Echaban el guante a quien no acudiera a misa los domingos y las fiestas de guardar, y le obligaban a pagar una multa de seis deniers. ¡Seis deniers!

- Vergonzoso, - admitió Amaury.

Se sentía cada vez más miserable. Bien es cierto que había escondido en su alforja el manto con la cruz en el pecho, pero aun así se sentía incómodo.

- Ya soy demasiado viejo para excitarme, pero estoy dispuesto a defender Cabaret con las armas si vuelven a intentar someternos.

Amaury asintió compasivamente y le dio unas palmadas en el hombro para animarlo. Después se disculpó.

En Cabaret no consiguió averiguar nada más. No podía acudir a los castellanos para preguntarles qué tratos habían tenido con el padre de Colomba. En lugar de ello cabalgó hacia Homps, el principal albergue de caballeros hospitalarios de la región. Allí preguntó por el antiguo señor de Limousis. Le contestaron que había partido hacia Tierra Santa tres años antes.

Más de dos meses después de la visita clandestina de Amaury a Cabaret, el señor Jordán de Cabaret se presentó inesperadamente ante el rey cuando éste llegó por fin a Carcasona. Se hincó de rodillas para someterse al soberano y Luis le otorgó el perdón, aunque exigiéndole que regresara a Cabaret para convencer a su hermano y a sus primos de que firmaran la paz. Mientras se movía intranquilo como un león enjaulado a la espera de que se hubieran escrito las cartas de amnistía y reconciliación, varios obispos y abades lo sometieron a un interrogatorio sobre su bigamia. Los prelados le ordenaron que abandonara a su segunda esposa y volviera con Orbrie. Jordán prometió a regañadientes que se enmendaría. Amaury procuró formar parte de la escolta que debía proteger al noble durante el viaje de vuelta a Cabaret.

- ¿Colomba de Limousis? - repitió el señor Jordán al tiempo que negaba con la cabeza.

- Su padre estuvo en Cabaret, poco después de vuestro regreso, hace ya cinco años.

El noble lo examinó con una mirada recelosa que se detuvo sobre la cruz que llevaba en el pecho.

- Es un caballero hospitalario, - aclaró Amaury.

El otro se encogió de hombros.

- Si el señor Pedro Roger está dispuesto a someterse al rey y si Cabaret pasa a la corona, es aconsejable que nos informéis sobre los conflictos que tuvieron lugar en el pasado, - dijo Amaury con dureza - , para que no nos topemos con sorpresas desagradables.

No nos gustaría estorbar u ofender sin quererlo a los sanjuanistas.

El rey ha llegado a un acuerdo sobre vuestras tierras, no sobre vuestras disputas.

El señor Jordán suspiró. En Carcasona ya lo habían interrogado prolongadamente y estaba harto de preguntas. Conociendo la actitud belicosa de sus parientes, no tenía muchas

ganas de volver a Cabaret. Y lo desanimaba aún más que hubieran enviado a alguien para interrogarlo sobre semejantes minucias.

- Los derechos que ejercía el señor de Limousis en nuestro territorio pertenecen definitivamente a la orden de San Juan, - respondió con frialdad - . Nos opusimos a ello, pero su hija ya no es de este mundo y... - Se detuvo asombrado por el desconcierto en el rostro de su interlocutor.

- ¿Y? - preguntó Amaury intentando recomponerse.

- Su hijo no será reconocido como heredero legítimo. Con ello ha puesto fin a una prolongada disputa.

Amaury se estrujaba el cerebro, intentando ordenar sus ideas, arrasadas por una oleada de emociones. ¿Se refería tal vez al hijo del señor de Limousis? Pero Colomba nunca le había hablado de su hermano. En realidad nunca había hablado de su familia. ¿Era posible que...?

- ¿Qué hijo? - espetó.

En aquel momento fueron interrumpidos por un grito de alarma. Un grupo de jinetes había aparecido de repente al borde de un bosque y se acercaba a gran velocidad. El señor Jordán miró fijamente hacia la llanura.

- Faidits, - dijo - . Creo que es preferible que no sigáis adelante. Por lo visto ya nos encontramos en territorio hostil para los cruzados.

La escolta tenía la orden de acompañar al señor de Cabaret hasta los límites de sus tierras. Pero puesto que el enemigo había osado acercarse tanto, la protección ya no era necesaria. De cualquier forma, la unidad armada era demasiado pequeña para entablar un combate. Por ello, los soldados volvieron grupas y se alejaron en dirección a Carcasona. Amaury no hizo ningún ademán de marcharse. Permanecía inmóvil en su montura y miraba al señor Jordán de hito en hito.

- ¿El hijo? - preguntó, esta vez con más cuidado.

- Desde el punto de vista de la Iglesia católica, la unión era ilegal, por tanto también todos los hijos nacidos de ella. Todo depende de cómo se mire. Ya conocéis los criterios que mantiene la Iglesia de D..., la iglesia herética. Celebra matrimonios sin sacramento y además no bautiza a los recién nacidos. En cuanto el rey empuñe el cetro en Cabaret, este problema dejará de existir. Propiamente dicho, ese hijo no existe.

Mientras tanto, los jinetes se habían acercado mucho. Amaury saludó al noble que prosiguió con su escolta, y se apresuró a espolear a su caballo.

Había hecho bien en regresar en aquel momento a Carcasona.

Unos días más tarde se enteró de que el señor Jordán había sido atacado por los faidits, que lo habían llevado a Tolosa acusándolo de traidor y lo habían encerrado en la prisión. Al pensar de nuevo en aquella conversación sentía que la desesperación le oprimía la garganta como una mano estranguladora. Habría preferido regresar a Cabaret, pero Roberto ya estaba enfermo y no podía abandonarlo.

Los ojos febriles seguían mirándolo interrogantes.

- No la encontré, - dijo Amaury, y palmeó suavemente la mano de Roberto, que yacía sin fuerzas sobre la manta. Se puso en pie, abrió el toldo y respiró profundamente. El olor a enfermedad le daba náuseas.

- Creía que te me habías escapado. Sigo temiendo que te quedes aquí, - le oyó decir desde el catre - . Has de regresar, Amaury.

- Hay tiempo de sobra, - respondió desde fuera.

- Me han dicho que Simón ya ha marchado.

Librodot

- El rey tiene prisa, también él está enfermo. Los que no puedan seguir viajando tienen que quedarse.

- ¿El rey también está enfermo? ¿Y eso qué puede importarle a Simón? Sabe que moriré. Si tiene prisa es porque quiere aprovechar la oportunidad.

Amaury se dio la vuelta y regresó junto a la cama de su hermano.

- Me quedaré contigo hasta el final.

Roberto se hundió un poco más en la almohada. Esbozó una sonrisa.

- ¿Cómo está Bouchard? - quiso saber.

Amaury negó elocuentemente con la cabeza. Unos días antes, también Bouchard de Marly había fallecido a resultas de la perniciosa enfermedad, aunque ello no afligía en absoluto a Amaury.

Ahora, Roberto y Simón eran los únicos que lo sabían todo. Roberto hizo una mueca de dolor.

- Has de regresar, Amaury. Tienes que proteger a tus hijos contra Simón.

Amaury contuvo la respiración. Se hizo un silencio embarazoso.

- ¿Acaso creías que no lo sabía?

Amaury desvió la mirada hacia las costuras del toldo. No podía soportar por más tiempo el reproche silencioso en el rostro demacrado.

- Beatriz es más sensata de lo que crees. Me confió tu deshonrosa propuesta en cuanto comprendió lo que querías de ella. - Los calambres en su vientre le impidieron seguir hablando. Tuvo que recuperar el aliento antes de proseguir - : No lo hizo por amor a ti. Lo hizo porque me quería y porque sabía que actuaba en interés de la casa de Poissy. - Roberto negó lentamente con la cabeza - . Lo que tú no sabías es que con ello te castigabas a ti mismo. Tenía previsto darte más libertad, quizá incluso dejarte libre antes, pero me vi obligado a apartarte de tus hijos. No podía permitir que establecieras un vínculo con ellos. A fin de cuentas yo era el padre.

Amaury permaneció en silencio y volvió a morderse el labio. ~

- Querías vengarte de mí y sobre todo de Simón. - Intentó reírse burlonamente - . ¡Ay, hermanito! Encargué a Beatriz que llevara a cabo el plan porque no veía ninguna solución mejor para mi propio dilema: Simón, o un bastardo con la sangre de los Poissy en sus venas.

Una nueva punzada le impidió hablar. Respiraba con esfuerzo sin dejar de apretar los dientes. Sintió que el esputo y la sangre salían incontroladamente de su cuerpo. Su cuerpo, su cama, todo apestaba.

- Tienes que regresar, - dijo jadeando - . Debes ayudar a Beatriz, de lo contrario Simón podrá con ella, pues no sabe defenderse contra la intimidación y la violencia.

- Tengo un hijo que me necesita aún más, - dijo Amaury con dificultad.

- ¿Aquí...? ¿De ella?

Las palabras de Jordán de Cabaret no podían tener otra explicación.

- ¡Ay, hermanito! - dijo de nuevo Roberto - . Antes de salir de Poissy volví a hacer testamento. En él te he nombrado tutor de los niños, por si yo no regresaba. Ya no puedo ayudarlos. - Se detuvo, agotado por el esfuerzo que le suponía hablar. Tras unos instantes prosiguió - : Éste es mi último deseo, que mis hijos me sucedan, que la sangre de mi padre, que también era la tuya, se mantenga para Poissy. Tú mismo te has arrinconado, Amaury. Ya va siendo hora de que asumas las consecuencias de tus actos. Has de defender los derechos de tus hijos.

Regresar a Poissy para proteger a unos hijos que no podían saber que él era su padre. Mientras que en Occitania crecía un muchacho al que le habían arrebatado sus padres y su

herencia, y que sin duda sería educado para proseguir la desesperada lucha de los proscritos que defendían al Verdadero Cristianismo.

- Júramelo, sobre mi lecho de muerte, - le ordenó la voz casi inaudible de Roberto.

Amaury se cubrió el rostro con las manos y gimió. Lo había hecho todo mal, desde el momento en que se había unido a la maldita Cruzada de Montfort. Había destrozado a todos, sobre todo a sí mismo. Con el triunfo de su venganza, que había celebrado en el silencio de su soledad en la torre, había forjado sus propias cadenas.

Se santiguó.

- Juro que los protegeré hasta que tengan edad suficiente para distinguir el Bien del Mal, y hasta que sean lo bastante fuertes para defenderse por si solos. Lo juro sobre la tumba de mi padre y a la luz de todos los ángeles del cielo.

Posó los labios sobre la mano sudorosa de su hermano. Después se abalanzó afuera para vomitar.

PARÍS 12 de abril de 1229

- ¿Qué es un hereje?

La vocecita aguda del pequeño Gasce de Poissy, de siete años de edad, turbó el solemne silencio de la plaza de la iglesia. Por fortuna, sus palabras no alcanzaron al grupo que se hallaba sobre una elevación en el zaguán de Notre Dame. Sólo los nobles más cercanos se echaron a reír o esbozaron una sonrisa. Estaban sentados en largos bancos en las tribunas instaladas alrededor de la plaza.

- Un hereje es alguien que ha elegido un largo camino para llegar al cielo, - respondió Amaury en voz baja.

Advirtió que Beatriz lo miraba de reojo enarcando las cejas, aunque sin decir nada. Simón le lanzó una mirada despectiva.

- Los herejes son unos perros descreídos. Son ratas que roen los pilares de la Iglesia, - soltó.

- ¿Son animales? - preguntó el niño, pasando la mirada de uno a otro.

- Son personas normales, como tú y yo. Sólo que han elegido otro camino.

- No existe otro camino, - le espetó Simón a su primo - . Sólo hay una verdad, la de la Iglesia católica. Quien niegue esa verdad es un hereje.

- Yo no niego nada. Sólo digo que hay personas que mantienen opiniones diferentes a las nuestras.

- Tú sugieres que existe otra verdad. Eso es herejía.

Amaury percibió las miradas recelosas en derredor. Comprendía muy bien por qué Simón seguía deliberadamente con la discusión.

No dejaba escapar ninguna oportunidad con tal de que las sospechas recayeran sobre él, con la esperanza de poder quitarlo de en medio.

No obstante, Amaury se negaba a afirmar cosas contrarias a sus convicciones, sobre todo en presencia de su pupilo.

- Hay personas que creen en otra verdad, - mantuvo - , y a ésos los llamamos herejes. - Eso no tenía vuelta de hoja.

- Los herejes son enemigos de la Iglesia. Son secuaces del demonio, - le espetó Simón a su sobrino.

- ¡Oh! - no sonaba en absoluto convencido, pero Gasce no osó preguntar nada más.

El pequeño sentía un profundo respeto por las furiosas miradas de su tío. Su mano buscó la de su tutor, que la apretó con fuerza. Retrocedió un poco y se apoyó contra la

espalda de Amaury, escondiéndose detrás de sus anchos hombros, que lo protegían como un escudo frente al malvado mundo. Pero su curiosidad era mayor que su miedo y al poco alargó el cuello para ver el espectáculo que tenía lugar delante del zaguán de la iglesia.

Debajo de un baldaquín azul bordado con hilo dorado estaba sentada la reina regente junto a su hijo, el rey Luis IX, quien aún no había cumplido quince años. Los flanqueaban a la derecha los obispos, arzobispos y cardenales y a la izquierda los barones. Parecía que compitieran entre si con la riqueza de sus vestiduras. Las mitras se alzaban al cielo y los estandartes de los nobles descollaban por encima de ellas. Detrás brillaba el oro en los zaguanes recién acabados de la nueva iglesia, con las esculturas pintadas en vivos colores que representaban escenas de la Biblia. Tanto lujo y poderío impresionaba incluso al populacho de París, que estaba acostumbrado a todo.

Delante de la reina y de su hijo se hallaba el escribano real, que leía en voz alta el texto del tratado de paz acordado por el legado papal y el conde Raimundo VII de Tolosa, y que éste venía ahora a sellar y confirmar ante su señor feudal. Era una retahíla interminable de la cual el pequeño Gasce no entendía gran cosa. Empezó a moverse impaciente sobre el duro banco y después meneó un rato las piernas hasta que le llamó la atención un caballo que por lo visto empezaba a impacientarse tanto como él. Tal vez el animal se hubiese asustado, quizá no se sintiera a sus anchas porque lo habían acicalado tanto como a él para la ocasión. Después de dar unos tirones, Gasce consiguió abrir su sobretodo de rígido brocado. Era demasiado grueso para el tiempo primaveral de aquel día. El sol aparecía de vez en cuando de detrás de las nubes que surcaban el cielo. Gasce seguía expectante los movimientos del caballo, confiando en que los criados no pudieran dominarlo. Uno de ellos cayó y Gasce soltó una carcajada. Se imaginó al animal galopando sobre el podio, metiéndose en las tribunas. Sin embargo, llegó otro criado, un gigantón rubio, que consiguió dominar rápidamente al caballo. De súbito, la mano de su tutor se crispó y apretó en exceso la suya.

- ¡Au! - exclamó el joven noble disgustado.

Amaury relajó la mano. Gasce estiró y dobló los dedos y volvió a dirigir la mirada hacia el podio, donde el escribano por fin había terminado su discurso. Entonces se levantó un noble ricamente ataviado que había estado sentado a la izquierda del rey y de su madre

Enseguida se armó un gran alboroto. El público empezó a lanzar gritos que él no podía entender. El tío Simón parecía saber de qué se trataba, pues también él gritaba.

- ¡Traidor! - gritaba - . ¡Canalla desleal!

Sin embargo, su tutor miraba hacia otro lado, al hombre que justo antes había sabido contener al caballo. Un profundo surco atravesaba su frente.

- ¿Quién es? - preguntó el niño tirándole del brazo.

Amaury se sobresaltó.

- Es el conde Raimundo de Tolosa, - gritó por encima del estruendo, trasladando su mirada al podio.

- ¡Me refiero a ése! - gritó Gasce.

Se puso en pie sobre el banco, alargó el brazo y señaló en dirección al gigante rubio. Amaury lo hizo sentar de nuevo, lo miró con expresión de reproche y se llevó el índice a los labios. Por fortuna, Simón estaba tan absorto maldiciendo que no se había percatado de nada.

Mientras tanto, el conde se había acercado al atril sobre el cual descansaba un libro abierto. Mantenía la espalda erguida, el gesto grave y la cabeza muy alta. Volvió a reinar la calma mientras él hacía la señal de la cruz, colocaba la mano sobre el libro y juraba solemnemente por Dios y los santos que cumpliría todos los artículos del tratado de paz.

Aunque no le gustaran lo más mínimo. Su rostro no presagiaba nada bueno cuando procedió a firmar la escritura y a estampar su sello en ella. Eran muchas las concesiones que había tenido que hacer, a pesar de estar plenamente en su derecho. Las exigencias eran desmedidas. El texto del tratado final que ahora firmaba era todavía más difícil de digerir que el que había hecho redactar en enero junto con el legado papal. No sólo tenía que pagar un precio muy alto por la guerra que había declarado para exigir sus derechos de nacimiento, sino que además debía desmantelar de nuevo su ciudad y derrumbar las murallas de otras treinta y cinco ciudades y castillos. Había de ceder nueve castillos al rey, entre ellos su propio Chateau Narbonnais. Además se comprometía a emprender, en el plazo de un año, una Cruzada a Tierra Santa que debía durar por lo menos cinco años, algo que por otra parte no tenía intención de cumplir. Pero el artículo más insoportable de los treinta y dos del tratado de paz era que sólo podía conservar la mitad de sus tierras y que debía entregar su hija Juana al hermano menor del rey. Con ello, el derecho de sucesión de los dominios que conservaba el conde pasaba a la casa real francesa, pues sólo los hijos que nacieran de ese matrimonio podrían heredar sus posesiones. Si el matrimonio no tuviera descendencia, el rey se convertiría en heredero y Tolosa pasaría a la corona. Esto significaba que el conde sólo podía poseer sus dominios en usufructo, en nombre de su futuro yerno.

El joven retoño de los Poissy no se había enterado de nada de esto, y Amaury había escuchado sólo a medias los últimos artículos.

Wigbold estaba aquí, no cabía la menor duda. Poco importaba que fuera un guardia personal del conde de Tolosa o alguien de su séquito. No había en el mundo nadie a quien Amaury deseara tanto echarle el guante como al mercenario frisón. Sólo que en estas circunstancias nunca lo conseguiría.

- ¡Se va a desvestir! - dijo Gasce soltando una risita disimulada.

Observado por la despiadada mirada de la reina Blanca, el conde Raimundo se desprendió de las preciosas telas que lo cubrían. También tuvo que descalzarse sus botas de fino cordobán. Cuando se hubo quedado en camisa y pantalón de seda, descalzo sobre el podio, le colocaron una soga alrededor del cuello.

- ¿Lo van a ahorcar? - preguntó Gasce, dudando entre si había de estar impresionado o si podía deleitarse con el espectáculo.

- ¡Por desgracia, no! - dijo Simón.

- Lleva la soga sólo en señal de penitencia, - dijo Amaury haciendo un esfuerzo por ocultar su indignación - . Mira, le dan una vela.

Súbitamente le vino a la memoria el deplorable espectáculo en Saint - Gilles. También en aquella ocasión había contemplado la humillante ceremonia con un sentimiento de repulsa.

- ¡Es una vergüenza! - exclamó - . ¡El viejo conde Raimundo se revolcará en su tumba!

- A ese nunca lo enterraron, murió excomulgado, - dijo Simón burlándose - . Los caballeros hospitalarios fueron los únicos dispuestos a aceptar su cuerpo. Llevaba ya seis años pudriéndose encima del suelo. ¡Un festín para las ratas!

Amaury se levantó bruscamente. De joven se habría abalanzado sobre su primo. Ahora se limitó a darle la espalda como si no existiera.

- Tu río se rebaja a unas afirmaciones que son groseras, indebidas e indignas de un caballero, - le dijo a su pupilo - . Un buen cristiano no se ríe del enemigo vencido, sino que se muestra compasivo.

Beatriz siguió de inmediato su ejemplo. Gasce se dejó deslizar del banco hasta tocar la tribuna con los pies. Los que estaban en el podio se habían puesto en pie. Bajo la dirección del legado papal y de las demás dignidades eclesiásticas, el conde semidesnudo fue conducido hacia la catedral y una vez dentro hacia el altar. Allí se arrodilló hasta que el resto del grupo hubo entrado para presenciar la penitencia.

Cuando los Poissy se disponían a entrar en la iglesia, Simón se quedó súbitamente parado en el zaguán. Asió al pequeño Gasce del brazo, lo atrajo hacia sí y le señaló el témpano sobre sus cabezas, que representaba el día del juicio final. Allí estaba el demonio, que arrastraba a los condenados al infierno.

- Allí van a parar los herejes, - le dijo Simón secamente.

Con la mano indicó las arcadas donde los repulsivos ayudantes del demonio esperaban las almas de los condenados.

- Allí está la caldera del infierno. Allí también van a parar los desertores que protegen a los herejes. - Lanzó una mirada elocuente en dirección a Amaury.

- Venga, que estorbamos a los demás, - dijo Beatriz apresuradamente.

Su amonestación era casi superflua, pues la multitud ansiosa por entrar los empujaba ya.

Amaury siguió la ceremonia con creciente disgusto. El legado castigó al conde Raimundo con un azote antes de darle la absolución y levantar la excomunión.

- ¿De qué sirve esta humillación? Por todos los santos, ¿qué ha hecho de malo? - murmuró irritado - . Es un buen católico, eso nadie lo pone en duda. Ni siquiera se le acusa de complicidad en un asesinato, como se hizo con su padre. Lo único que ha hecho es exigir sus derechos. Si un hombre ya no puede luchar por lo que le pertenece, ¿qué le queda?

Beatriz asintió compasivamente.

- Es la reina, - susurró - . Todos le tienen miedo. Ahora el conde de Tolosa ya sabe con quién trata.

- Me da mucha pena, - dijo Gasce.

- Es un espectáculo triste, - admitió Amaury - . Han aprovechado esta oportunidad para exhibir el poder del rey y dejar bien claro que él es quien manda aquí. El conde Raimundo tiene que pagar para aumentar la gloria de nuestro soberano menor de edad, y la Iglesia apoya esta farsa.

Beatriz se inclinó hacia él y le susurró:

- O el de la reina Blanca. Su devoción es ejemplar. Los prelados dependen de ella. No me extrañaría que la reina les hubiera dictado este espectáculo humillante. - Se enderezó de nuevo y añadió en voz alta, para que Simón pudiera oírla - : ¡Que la Virgen María proteja a la reina Blanca! ¡¿Qué habría sido de nuestro país si ella no hubiera conseguido conservar el trono para su hijo, cuando los barones intentaron secuestrar al príncipe hace año y medio?! Si yo fuera tan valiente como ella, si yo tuviera su fuerza, no tendrías que proteger a mi hijo contra quienes ansían arrebatarle su herencia.

A pesar de su timidez, Beatriz estaba bien informada. Seguía manteniendo el estrecho vínculo que los Poissy tenían con la reina Blanca desde que ella diera a luz al joven Luis en Poissy. Beatriz deseaba que Gasce se educara en la corte del rey en cuanto tuviera edad para ello. Amaury prefería guiar personalmente al joven, aunque sabía que nadie podría proteger mejor los derechos de Gasce que la reina. Le repelía la idea de que su hijo se contaminara con el profundo odio que sentía la reina por la herejía del sur. Ya había transmitido su piedad rayana en el fanatismo al joven rey, sobre el cual ejercía una gran influencia. Además, su ambición no conocía límites. Luis le consultaba antes de tomar una

decisión, por lo cual ella reinaba con él. No era difícil adivinar qué consecuencias tendría esto para el país de Raimundo de Tolosa.

Montfort había sido un comandante temido, mas había tenido que luchar sin el apoyo del rey Felipe Augusto, que no sentía demasiado entusiasmo por la Cruzada en sus Estados vasallos. Sólo el valiente estratega Raimundo VII había sido capaz de derrotar al comandante que todos creían invencible y reconquistar las tierras que había perdido su padre. Por el contrario, el rey Luis VIII había luchado personalmente. Tras su muerte a causa de la diarrea en el viaje de retorno de su Cruzada, su primo Humberto de Beaujeu había asumido el mando supremo, y había continuado la lucha alentado y apoyado por la viuda del rey. Durante dos años había asolado las tierras alrededor de Tolosa, destruyendo las cosechas y causando daños irreparables a los viñedos, privando así a la ciudad de su principal fuente de ingresos. Una catastrófica afluencia de refugiados y la hambruna que inevitablemente le siguió obligaron al conde Raimundo a doblegarse. Cedió ante la propuesta de que podría mantener su título y que éste sería reconocido oficialmente a cambio de su rendición. Blanca triunfó. Este tratado de paz olía a sus ansias de dominación, que ciertamente contribuían a mantener la dinastía de los Capetos, pero que supusieron la caída de la de Tolosa. No existía en el mundo ni un guerrero, por muy intrépido que fuera, capaz de cambiar la situación. El país de las ciudades libres del que tan orgullosa se sentía Colomba, el país de los trovadores que cantaban al amor y de los Buenos Cristianos que viajaban trabajando y predicando para difundir sus creencias pacifistas, sería anexionado por un reino modesto que gracias a ello se convertiría de golpe y porrazo en un coloso. Incluso se había creado una organización especial, dirigida por clérigos que se hacían llamar jueces de la Inquisición o inquisidores, y que eran ayudados por laicos, para interrogar a la población a fin de descubrir a los herejes y llevarlos ante los tribunales. Montfort se había limitado a gobernar el país con el látigo en la mano, pero ahora también el báculo se había convertido en un arma para la opresión.

Amaury se despertó de un sobresalto de sus cavilaciones al notar que Gasce le tiraba del brazo.

- ¡Tienes que rezar! - le advirtió el niño.

Se apresuró a ponerse de rodillas, mas no podía dejar de pensar en los bosques de la Montaña Negra. ¿Habría luchado el hijo de Colomba en la guerra que según los rumores se había prolongado durante dos años en torno a Cabaret? ¿Cuántos años debía contar ahora? Diecisiete..., más o menos la misma edad que tenía él cuando partió hacia el sur con el ejército de los cruzados. Con repentina intensidad fueron surgiendo las imágenes de los últimos días que pasó con Colomba. Volvió a ver cómo su mano se deslizaba sobre el abultado vientre de ella. Había notado que el niño se movía y había apretado la oreja contra el vientre para oír el latido de su corazón.

Dios, ¿por qué volvía a recordarlo todo como si hubiese sido ayer? ¿por qué después de tantos años volvían a llenársele los ojos de lágrimas al recordar aquellos últimos momentos? ¿Qué aspecto tendría el joven? ¿Se parecía a ella? ¿Era creyente de la Iglesia de Dios? ¡Sin duda! ¿Qué sería de él si los inquisidores obligaban a los buenos ciudadanos a entregar a los herejes? ¿La cárcel, la hoguera? ¡Wigbold! De un sobresalto alzó la cabeza y miró alrededor. Tenía que encontrar al frisón. ¡¿Dónde se había metido ese traidor?!

Ya no cruzaba las manos, sino que las cerraba en un puño o buscaba nervioso el cinto donde solían colgar sus armas. Ahora las guardaba su escudero, fuera de la iglesia, pues estaba prohibido ir armado dentro del recinto sagrado. La inquietud se fue apoderando de él. Apenas aguantaba ya estar en el recinto repleto y fue presa del pánico. Habría querido abrirse camino con los codos para poder salir afuera, pero abandonar la misa antes de que

ésta acabara era un sacrilegio. En aquel momento sintió la mano de Beatriz sobre la suya. La acarició suavemente y le susurró palabras tranquilizadoras que lo calmaron un poco. La miró fugazmente, mas no se atrevió a sonreírle y retiró la mano, por temor a Simón, que seguía al acecho como un reptil sediento en busca de una prueba que confirmara sus sospechas. Después pasó su mirada a la cabeza inclinada del niño, al caballo rubio oscuro que ondulaba como el suyo. Quería acariciarlo, pero se contuvo, consciente de la presencia de Simón, a quien no se le escapaba nada. Pensó que debía pedirle a Beatriz que le cortara el cabello al niño. Y el otro, ¿tendría el mismo pelo o lacio como el de Colomba y de un castaño como las avellanas maduras? De su interior se escapó un sollozo. Llenó sus pulmones de aire, cerró los ojos y empujó el pulgar y el índice en la cuenca de éstos. ¡Tenía que controlarse!

- ¿Qué te pasa? - preguntó la voz infantil a su lado.

- ¡Reza, maldita sea! - dijo Simón.

PARÍS Mayo de 1229

Conforme al tratado de paz, el conde Raimundo VII y diez nobles de su séquito fueron encarcelados en el Louvre en garantía de que se cumplirían las principales estipulaciones del tratado: la transmisión de los castillos exigidos y la entrega de la hija del conde. Los soldados que los habían acompañado a París estaban obligados a quedarse hasta que aquéllos fueran liberados. De acuerdo con las averiguaciones que había hecho discretamente Amaury, Wigbold era uno de ellos. Estaba al servicio de Ramón d'Alfaro, hijo de una hija natural de Raimundo VI y Hugo d'Alfaro, el antiguo comandante de los mercenarios de Navarra y senescal de Agenais a cuyo mando Amaury y el mercenario frisón habían defendido Tolosa. Ramón d'Alfaro era, si cabía, un más ferviente defensor de la libertad que su padre y gracias a sus lazos familiares era incondicionalmente leal a la casa de Tolosa. Así, se había ofrecido inmediatamente a permanecer encerrado en el Louvre como rehén con el conde.

Por tanto, el temor de Amaury de que Wigbold se le escapara de las manos era infundado. La delegación tardaría por lo menos un mes en partir hacia Tolosa y regresar, y durante todo este tiempo el séquito de los rehenes debía permanecer en París. Para Wigbold eso no suponía problema alguno. La ciudad le ofrecía suficiente diversión y Amaury sabía dónde encontrarlo. El único problema era que París contaba con innumerables burdeles repartidos por todos sus barrios, a ambas orillas del Sena e incluso en la isla La Cité, donde estaba emplazado el palacio real. Su criado necesitó dos semanas para encontrar al frisón y descubrir que parecía sentir predilección por las prostitutas de la Rue Chapon, junto a la iglesia de Saint - Nicolas - des - Champs. Después, Amaury aguardó el momento oportuno.

En diecisiete años, Wigbold no había cambiado ni pizca. Sólo tenía algunas cicatrices más, su rostro curtido estaba un poco más surcado y su cabello rubio empezaba a llenarse de canas. Además de las mujeres, aún sentía pasión por los dados y seguía haciendo trampas. Pero en los últimos días, la suerte no estaba de su parte. De uno u otro modo, los trucos le salían mal, sus maniobras de distracción tampoco funcionaban y sus dados trucados se negaban a cooperar en los momentos cruciales. Sus adversarios debían de utilizar por fuerza los mismos trucos que él.

Aquella noche y en contra de su costumbre, no tocaba la jarra para poder concentrarse mejor. Sus compañeros de juego se habían convertido poco a poco en viejos conocidos. Frente a él estaba el Narizotas, que en efecto tenía una nariz en la que cabían dos, y a su lado el Diente, que debía su nombre al único ejemplar que quedaba entero entre

Librodot

los restos de su dentadura picada. Al otro lado del Narizotas estaba el Marica, un tipo delgaducho de rostro afeminado. A su derecha, el Novio, como llamaban al protector de unas seis putas, y a su izquierda, el Padre Abad, que no tenía nada de religioso, pero al que llamaban así debido a su corpulencia.

Wigbold decidió finalmente tomar un trago de vino y desde detrás de su jarra miró de reojo el borde de la mesa, donde las muescas nuevas indicaban la cuantía de sus deudas. El Diente había captado su mirada furtiva.

- ¿Cuándo vach a pagar, danéch?

- Frisón, y no danés, - rugió Wigbold disgustado.

- Erech del norte, ¿no? Todoch choich igualech: barbaroch que beben cerveza como cochacoch.

Wigbold plantó su jarra sobre la mesa y la señaló.

- Vino, - dijo, y después se llevó el pulgar al pecho y comunicó - :

Norte nada, sur. Allí os llaman a vosotros bárbaros.

- Eso me trae sin cuidado, con tal de que pagues, - dijo el Narizotas.

El frisón rió de oreja a oreja.

- Mañana, - dijo. Una gota de sudor brillaba sobre su frente.

- Echo michmo dijiichte ayer.

- La suerte siempre vuelve, - declaró Wigbold con firmeza.

Debía ser así, hacía unos días había empezado con tan buen pie. Hasta que súbitamente todo empezó a torcerse. Tenía una mala racha, eso era todo. Habría de hacerlo sin trucos, por las buenas. Sacudió los dados en los puños cerrados y los lanzó sobre la mugrienta mesa.

- ¡Me cago en Dios!

El Novio anotaba los resultados. Hundió el cuchillo en la madera y añadió con esmero una nueva raya. El Abad llamó al mesonero haciendo señas con el dedo curvado. Poco después había una fuente de muslos de pollo sobre la mesa.

- Él paga, - dijo con los labios grasientos y señalando al frisón con un hueso medio roído.

- ¿Cuándo? - quiso saber el mesonero.

Todos a la una se encogieron de hombros como si estuviera preparado. Wigbold volvió a sonreír. También el Marica sonreía. Frotó los dados entre sus manos esqueléticas, los movió entre las puntas de los dedos y escupió.

- In nomine Patris, et Fili, et Spiritus Sancti, - dijo el Abad, haciendo honor a su nombre, y se santiguó.

Los dados rodaron sobre la mesa y se detuvieron.

- ¡Un milagro! - gritó con alegría el Padre Abad.

- Maldita sea, - Wigbold no las tenía todas consigo. Los dados dieron la vuelta a la mesa hasta que de súbito el frisón se puso en pie - .

Vosotros tenéis dinero. Mañana.

- ¿Mañana? - repitió el Marica riéndose.

- Yo, recibo la soldada. Mañana.

- La bolcha o la vida, - ordenó el Diente.

- Seguramente crees que somos idiotas, - dijo el Narizotas golpeándose la nariz con el índice.

Wigbold se llevó la mano al cinto e hizo girar su porra lentamente. Silbó entre dientes, mas no sucedió nada. El frisón volvió la vista hacia sus dos compinches, que habían estado bebiendo sentados en otra mesa. Comprobó desconcertado que se hallaban tumbados

el uno sobre el otro debajo de un banco, ambos borrachos perdidos. Se había concentrado tanto en el juego que no se había percatado de nada.

Miró alrededor. No había nadie más en la taberna, salvo un desconocido sentado en la penumbra en el otro extremo de la estancia.

- ¿Tiene crédito? - le preguntó el Narizotas.

- No, ya ha acabado de jugar, - dijo de súbito el extraño.

Wigbold miraba desconcertado a uno y a otro. Su porra ya no se movía. Se agachó y empujó del hombro a uno de sus compinches. El hombre se desplomó y aterrizó de un porrazo en el suelo, donde siguió roncando.

- ¿Qué le has dado? - le preguntó al tabernero - . ¡Normalmente tiene más aguante que ninguno!

Ahora, el hombre del rincón se puso en pie y avanzó lentamente hacia la mesa de juego.

- Ya es hora de ajustar cuentas, Wigbold, - dijo con calma.

Los ojos del gigante rubio casi se salían de las órbitas.

- ¿Tú? ¿... Amaury?

- Creo que los señores quieren dinero.

- Eh..., dinero, - tartamudeó Wigbold - , no tengo.

- Mal asunto.

El frisón empezó a atar cabos. Contempló la mesa y se inclinó sobre los dados. Los cogió y los sopesó en la mano, les dio la vuelta y los volvió a pesar, como para comprobar algo que ya sabía de antemano.

- Trucados, - dijo - . Me han engañado. Yo, no pago.

De repente el frisón empuñaba la daga. Se volvió de golpe dispuesto a atacar. Amaury se agachó y pudo esquivar el arma justo a tiempo. Un instante después, el Abad había agarrado a Wigbold. El Diente se puso frente a él en actitud amenazadora.

- ¿Cómo que trucadoch? - dijo mostrándole su dentadura picada.

El Marica se metió los dados en el bolsillo del pantalón.

- ¿Qué hacemos con él? - preguntó el Narizotas a Amaury.

- Lo que queráis, - respondió éste indiferente - . Si no tiene dinero, no hay nada que hacer.

- ¿Qué hacemos con él? - repitió el Narizotas, mirando a sus compañeros.

- El Grand - Cul - deSac, - fue la respuesta.

Wigbold aprovechó la discusión para lanzarse hacia atrás dando con su cabeza contra la cara del Narizotas, que quedó aún peor parada de lo que ya estaba, y luego dar una patada contra la barriga de otro. Acto seguido, se produjo un forcejeo. Wigbold sacudía la porra violentamente. Amaury, que sentía un profundo respeto por el arma, procuraba mantenerse a una prudente distancia. Los otros cinco hombres apenas podían contener al frisón. Por fin lograron dominarlo. El Novio le puso el cuchillo en la garganta y el grupo se encaminó hacia la puerta con el frisón que pateaba. El Padre Abad se llevó consigo algunos muslos de pollo.

- Aún me debe dinero, - dijo el mesonero - . ¿Y qué hago con ésos? - añadió señalando a los compinches de Wigbold - . ¿Qué les has dado?

- Mandrágora, - respondió Amaury - . Los podrás despertar con vinagre.

Entregó algo de dinero al hombre. El Novio aguzó los oídos.

- ¿Mandrágora? Seguro que podré sacar algo de eso. Dicen que eso te pone muy cachondo. Me quedo aquí.

El Narizotas ocupó su puesto y cogió el cuchillo.

- ¡Espera! - gritó Wigbold. Intentaba inútilmente soltarse y miraba a Amaury con gesto de complicidad - . Nosotros, viejos amigos. Tú..., pagas por mí, ¿sí?

- Maldespitch de tu! - le espetó el caballero. Wigbold comprendió muy bien la maldición occitana - . ¡Que te zurzan! Yo ya he pagado, más que suficiente. Primero tenemos que ajustar cuentas.

El ~ era todo un símbolo en París. Era un antro de mala muerte en el que ni siquiera los sargentos que debían garantizar el orden y la seguridad de la ciudad se atrevían a entrar. Los ladrones, los navajeros y demás chusma eran los amos y señores del lugar. Una vez llegados al oscuro callejón, empezaron a discutir sobre lo que debían hacer con el frisón. Amaury señaló un tonel lleno de agua de lluvia y una viga debajo del tejado de una de las humildes casas. Lanzaron una cuerda alrededor de la viga y colgaron al frisón de ella por los pies. Después acercaron el tonel hasta colocarlo justo debajo de la cabeza rubia.

- Alégrate de que no hayamos encontrado un pozo negro, - dijo Amaury antes de que aflojaran la cuerda.

- Que te den por saco, - escupió Wigbold antes de sumergirse en el agua.

Amaury no había confiado en que el frisón se rindiera pronto, pero Wigbold era más duro de pelar de lo que pensaba. Después de tres inmersiones y un ataque de tos en el que a punto estuvo de ahogarse, el frisón parecía estar listo para un interrogatorio. Lo dejaron colgando con la cabeza empapada rozando el agua.

- ¿A quién vendiste a Colomba?

- Y yo qué sé.

El puño de Amaury fue a parar en el estómago del frisón, que vomitó parte del vino.

- Sabes perfectamente quién te pagó.

- ¡Hace demasiado tiempo! - protestó, tras lo cual lo sumergieron en su propio vómito.

- Hombre de negro, - escupió cuando lo volvieron a sacar del agua.

- ¿Y qué más?

- Yo, no sé nada. No he visto nada.

- Escucha, Wigbold, así no llegaremos a ninguna parte. Si quieres salir de ésta con vida, tendrás que pensar algo mejor. ¿Qué más te da a ti quiénes hayan sido? ¿O acaso les sigues haciendo trabajitos sucios?

- Yo no.

- Entonces es que sabes quiénes son. Hazme el favor de contarme lo que sepas. Si no pago tus deudas a estos señores, lamentarás no haber colaborado. Ellos sabrán qué hacer contigo.

Los jugadores respaldaron su afirmación, pero Wigbold se mantuvo inflexible.

- Bueno, soltadlo. Lo llevaremos a la leprosería fuera de las murallas. Allí podrá reflexionar hasta que se acuerde. Supongo que podéis desfigurarlo para que parezca un leproso.

- Cheguro. Bachta con arrancarle unoch dedoch y chu narich, - sonrió el Diente.

Los cuchillos brillaban a la débil luz de la luna.

- ¿Me permitís celebrar la misa separatio leprosorum? - preguntó el Abad, que interpretaba su papel a la perfección - . Lo puedo hacer aquí mismo.

En el rostro de Wigbold apareció una expresión de pánico.

- Espera, - gritó. Sanjuanistas, - murmuró con desgana.

- Si eso es todo, ¿por qué te complicas tanto la vida?

El frisón estaba en cuclillas en el suelo y tosía. Negó con la cabeza.

- Apuesto a que los seguiste para ver si podías ganar algo mas.

- Yo no.

- Bueno, lleváoslo a la leprosería. Aún me queda mandrágora para atontarlo. - Amaury sacó una esponja de una bolsa de cuero que llevaba colgada del cinto - . Basta con que lo huela un poco para que se quede dormido.

- ¡No! - gimió Wigbold.

- Se pondrá cachondo, - se rió el Narizotas.

- Chi hay una raja chufichientemente grande para él, - consideró el Diente.

El Marica midió a ojo la estatura del frisón, que hacía sospechar un miembro viril de dimensiones formidables.

- ¿O se lo cortamos también? - dijo riéndose.

- Me estáis quitando el apetito, - anunció el Abad lanzando el resto de los muslos de pollo en el tonel.

- ¡Lo recuerdo todo! - exclamó Wigbold.

- Asombroso, - se burló Amaury metiendo la esponja en la bolsa.

La parquedad con que se había expresado el frisón hasta entonces dio paso a un torrente de palabras en un occitano aún deficiente que los demás no comprendían.

- Yo, cruzado. Yo vengo de Frisia con cruzados. Nosotros, en Carcasona, quinientos hombres. Hacia Lavaur para reforzar el asedio. En Montgey nos atacan perros de Foix en una emboscada. Fue una matanza y...

- El conde de Foix os atacó cuando ibais camino de Lavaur. He oído hablar de ese incidente.

- Los perros rabiosos asesinaron a todos. Yo, herido. Yo, huyo. Sanjuanistas me curan. Yo, quiero ir a Lavaur. Lavaur ya ha caído. Él llega de noche, herido. Por ti. Él mata a sargento. Nosotros, hacemos un plan. Yo, busco a Colomba.

- Alto, espera un poco. Entonces el hombre que nos atacó de noche en la granja, el que mató al sargento de Roberto que nos pisaba los talones, y al que yo herí con una daga, te encontró en un albergue de los caballeros hospitalarios. ¿Dónde fue eso?

- Orfonds.

- Acordasteis que tú proseguirías la búsqueda a cambio de dinero. ¿Nos seguiste enseguida hacia Castelnaudary?

Wigbold asintió.

- Luego Tolosa. D'Alfaro tiene mercenarios. Yo, lucho para D'Alfaro. Sanjuanista quiere saber primero quién es el sargento. Tú, coges el estandarte de la tienda de campaña. Entonces yo sé.

- Cuando atacamos el campamento durante el asedio de Tolosa, - murmuró Amaury.

- Yo, busco qué es el estandarte. Durante mucho tiempo.

- ¿Y se lo contaste a los caballeros hospitalarios en cuanto supiste quién me buscaba?

- No. Es asunto mío. El dinero, para mí.

- ¿Y la daga entre los postigos del guarnicionero?

- Sanjuanista me da la daga. Lo hago. Vosotros, tenéis que iros de Tolosa.

En grandes líneas, la historia cuadraba. En cuanto Wigbold se enteró de que podía ganar dinero con Amaury, se guardó mucho de contarle al caballero hospitalario lo que había descubierto. Por lo visto le resultaba más lucrativo entregar a aquél a los Poissy.

- En tu relato falta algo, - dijo Amaury.

Wigbold negó vehementemente con la cabeza.

- Es todo, lo juro.

- En todo lo que me has contado no hay nada que justifique el que te arriesgaras a morir ahogado. Venga, habla, hasta ahora sólo me has contado cosas que ya sabía o que sospechaba. Éstos se mueren de ganas de ejecutar mi orden.

El frisón se encogió de hombros.

- Todo, - repitió.

- ¿Por qué te pagaron los caballeros hospitalarios un montón de dinero por una mujer embarazada? ¿Porque uno de ellos era su padre? ¿Y qué más da?

- ¿Padre?

Por el tono de la voz de Wigbold, Amaury comprendió que se equivocaba. Pero si no había sido el padre de Colomba, ¿quién, entonces?

- Ya he tenido bastante. Nos vamos, chicos, - dijo - . Lleváoslo.

Extrajo de su cinto la bolsa con la esponja.

- Prometido de Colomba, Sicard, - dijo Wigbold apresuradamente, y acto seguido soltó una sarta de maldiciones.

- ¡¿Qué?!

- Sicard, prometido, quiere herencia. Colomba quiere ser perfecta. Sicard, furioso, se hace sanjuanista por despecho. Es todo, ¡lo juro!

- Así que al no poder conseguir la herencia a través del matrimonio quiso mantenerla para los caballeros hospitalarios, o algo así. ¿Y el niño?

- ¿Qué niño?

- El hijo de Colomba, por supuesto, ¡el mío! - Amaury empezaba a impacientarse.

- ¡Fuera, fuera! ¡Es todo! Sicard me maldice si hablo. ¡Sanjuanistas por todas partes, Sicard me desollará vivo!

Wigbold parecía realmente asustado por aquel enemigo, por lo visto omnipresente y omnipotente. Amaury lo creyó.

- Merecerías que te dejara con ellos. - Hizo un ademán a los demás, que sacaron al frisón del callejón oscuro - . Voy a pagar para que te liberen, Wigbold, - dijo Amaury en la lengua del sur - . Mi criado espera con el dinero en un lugar acordado, pues no me fío de estos tipos.

El frisón asintió apáticamente.

- No porque te tenga tanta estima, - le aseguró en voz baja a Wigbold. Estabas en deuda conmigo, pero ahora tu deuda se ha duplicado. - De repente se acordó de algo - . Estás al servicio de Ramón d'Alfaro, ¿no?

- Sargento.

Amaury se llevó el índice a los labios, se santiguó y miró interrogante a Wigbold. Éste negó con un movimiento apenas perceptible de la cabeza. Cabía preguntarse si la adhesión del frisón a la Iglesia de Dios tenía algún significado, pero en cualquier caso había desertado definitivamente para unirse a los mismos "perros rabiosos" que habían pasado a cuchillo a sus compatriotas en Montgey. Más aún: estaba al servicio de un simpatizante de los Buenos Cristianos. Eso cambiaba mucho las cosas. Wigbold tenía algo que perder y él podía aprovecharse de esa circunstancia.

- Si no quieres perder tu puesto, - le susurró - , y si en ese cuerpo tuyo cabe una conciencia, hay algo que puedes hacer por mi: encuentra a mi hijo.

PARÍS Verano de 1234

Alguien debía de haberle delatado. Si no, no podía explicarse por qué lo había convocado la Inquisición. Su confesor, el monje que le asegurara, años atrás, que había

mostrado suficiente arrepentimiento y había hecho bastante penitencia, le explicó ahora que sería excomulgado irremediablemente si se negaba a comparecer ante el tribunal. Además, lo arrestarían en poco tiempo. Por supuesto, podía huir, pero en sí ello bastaría para etiquetarlo de hereje y condenarlo en rebeldía. Además, Simón aprovecharía la ocasión, pues Gasce contaba trece años y por consiguiente aún le faltaba uno para alcanzar la mayoría de edad. Lo cierto era que no tenía elección.

Beatriz le suplicó que hiciera caso al llamamiento. Ella consideraba que si comparecía ante el tribunal, por lo menos tenía la posibilidad de defenderse. Además, ¿qué podían tener contra él?

Amaury sabía que lo suficiente. Sin embargo, nadie en París podría aportar pruebas fehacientes de sus viejos vínculos con la herejía. Mas las escasas noticias que le llegaban del sur no presagiaban nada bueno. Sin tenerlas todas consigo sobre el resultado del proceso, se presentó ante la oficina de la Inquisición en París.

El tribunal estaba presidido por el inquisidor, prior de los dominicos a quienes el papa había encargado relevar a los obispos en la investigación de la herejía. El inquisidor ejercía a la vez de acusador instructor y juez. Le asistían un cisterciense y un franciscano, que sólo actuaban como testigos del proceso, y un notario que tomaba nota de lo que allí se decía. El inquisidor y los dos clérigos estaban sentados a una mesa, el notario a su derecha. Amaury, de pie delante de ellos, se mantenía a cierta distancia de la mesa. A su espalda dos guardias vigilaban la puerta cerrada.

- ¿Sabéis por qué habéis sido convocado ante este tribunal? - le preguntó el inquisidor.

- Señor, no se me ocurre ninguna razón, - respondió Amaury.

Dado que era imposible que supieran algo, se había propuesto no confesar nada - . Os agradecería que me dijerais de qué se me acusa.

- Se os acusa de herejía. Vuestras creencias se desvían de las enseñanzas de la santa Iglesia.

- No comprendo en qué fundamentáis tales acusaciones.

El inquisidor colocó la mano sobre los documentos que había en la mesa.

- Testimonios, - respondió.

- ¿De quién?

- Si es cierto que sois culpable de venerar a los herejes y profesáis su fe, tenéis que saber por fuerza quiénes han sido testigos de ello.

La acusación era suficiente para que lo encerraran en una celda por el resto de sus días, salvo que confesara y reconociera su error.

Pero a partir del momento en que había sido apresado por sus hermanos, hacía ya unos veinte años, no había vuelto a hablar con ningún Buen Cristiano, y por supuesto tampoco los había venerado. No había nada que confesar, ni nada por lo que tuviera que arrepentirse o hacer penitencia.

- Señor, os aseguro que mi fe no es otra que la del verdadero cristianismo, - dijo en voz alta y clara.

El inquisidor lo contempló con los párpados entornados bajo las pobladas cejas.

- Decís que vuestra fe es cristiana. Sin embargo, yo os pregunto sí en algún momento de vuestra vida habéis considerado otra fe que no fuera la de la Iglesia católica como la fe verdadera. ¿Acaso no es cierto que consideráis vuestra fe como la verdadera y la nuestra como falsa y herética?

- Creo en la verdadera fe que la Iglesia enseña a los creyentes y que vos nos predicáis abiertamente.

- Cuando habláis de la Iglesia, ¿a qué Iglesia os referís? Quizá al decir Iglesia os refiráis a las personas de vuestra secta. Es posible que esa Iglesia herética predique una fe en la que aparecen cuestiones comunes a ambas. Tal vez creáis algunas cosas que yo predico. No obstante, es bien posible que seáis un hereje porque no creéis otras cosas que hay que creer o porque creéis cosas diferentes de las que yo predico.

- Creo todo lo que ha de creer un cristiano. Mi confesor puede dar fe de ello.

- ¿Consideráis que lo que creen los miembros de vuestra secta es lo que ha de creer un cristiano? ¿Habéis oído hablar del dualismo, del hecho de que Dios no ha creado las cosas visibles, sino el demonio o el dios maligno?

Amaury se dio cuenta de que la menor duda lo convertiría en sospechoso, si es que no lo era ya debido a la acusación que se había hecho contra él. Pero ¿quién? Su primo Simón era en París el único que sabía lo que había sucedido durante la Cruzada de Simón de Montfort. Pero no lo sabía todo y además Amaury no le creía capaz de una jugada tan hábil. Levantar las sospechas sobre una persona de forma astuta y hacerlas llegar a la Inquisición no encajaba con el estilo de Simón, que tan sólo había intentado eliminarlo durante un torneo, pues era la única forma que tenía de atacarlo. Diez años antes, quizá lo hubiera conseguido, pero entonces Roberto estaba allí para evitarlo. Entre tanto, Amaury había recuperado sus fuerzas y su destreza y la edad de Simón empezaba a jugarle malas pasadas.

- Es posible que oyera algo al respecto cuando estuve en el sur con el ejército de cruzados de Simón de Montfort. Más después me purifiqué de cualquier influencia negativa.

- ¿Cómo lo hicisteis?

- Confesando mis pecados y aceptando las penitencias que me fueron impuestas. Perdí todos mis derechos y mis posesiones, pudiendo tan sólo mantener la categoría de caballero, y pasé más de diez años en prisión.

- ¿Diez años? ¿Murus strictus o murus largus? - quiso saber el inquisidor.

- Unos cuatro años para el primer castigo, encadenado y encerrado. Ya no recuerdo exactamente cuánto tiempo fue. Después más de seis años de libertad de movimientos limitada.

- Para el pecado de herejía, la confesión no es suficiente. Un confesor normal no puede dar la absolución en caso de herejía. Bien es cierto que habéis aceptado la penitencia que se os impuso, pero ello no me impedirá encerraros por el resto de vuestros días en un calabozo si no colaboráis con esta investigación. Si os seguís negando a decir la verdad o a confesar, demostraréis ser un hereje impenitente que ha recaído en su pecado, un perro que regresa a su vómito, un relapsus que merece ser condenado a la hoguera.

Las palabras del inquisidor estaban cargadas de amenaza. El tono de su voz carecía de emoción. Ejercía el cargo que se le había asignado y lo hacía a la perfección. Poco antes, Amaury había creído que podría salvarse si lo negaba todo fríamente. Ahora empezaba a comprender que no sería tan sencillo salir de allí bien parado.

- Durante la primera Cruzada contra los herejes caí herido, por lo cual perdí la memoria algún tiempo y fui a parar sin quererlo entre los herejes. No sabía lo que hacía, - objetó - . Participé voluntariamente en la Cruzada del rey Luis, el padre del rey, con lo que conseguí que me fueran perdonados todos los castigos temporales que ~ debía aún sufrir.

El inquisidor examinó los documentos y asintió.

- ¿No es cierto que durante la segunda Cruzada regresasteis con los herejes, que hablasteis con ellos y que tuvisteis trato con ellos?

Así que había sido Simón, pensó Amaury.

- ¿Quién afirma tal cosa? - preguntó.

- Os pregunto si es cierto.

- Una parte del país de Tolosa estaba en aquellos momentos en manos de quienes protegían a los herejes. Habían abierto de nuevo sus casas, y sus talleres volvían a funcionar. Era difícil pasearse sin verlos o tener trato con ellos, como lo llamáis vos.

- En aquella ocasión, ¿venerasteis a los herejes con tres genuflexiones y les pedisteis su bendición?

- No.

- ¿Lo visteis hacer a otros o lo habéis hecho vos en algún momento?

- Yo estaba allí como militar y como tal hablé con ellos para que me dieran información. Respondieron a mis preguntas y después volví a partir.

- Eso no es lo que os pregunto. Os pregunto si lo habéis hecho alguna vez, o si habéis visto a otros adorar a los herejes.

Amaury recordó el esmero con que solían expresarse los Buenos Cristianos, temerosos de mentir sin quererlo. Colomba había hablado de aquel modo. Se preguntó si el inquisidor tendría tanta experiencia para reconocer su manera de hablar. Seguramente, no. Le habían dado instrucciones y las seguiría, pero no podía preciarse de las experiencias de sus colegas en el sur que dirigían la investigación contra los herejes por orden del papa.

- No creo recordar nada semejante.

- ¿Comisteis del pan que habían bendecido?

- Me ofrecieron pan y lo comí, pero no había ido precedido de ningún ritual. Era comida sin más.

- Se dice que venerasteis a los herejes y que considerasteis su fe como vuestra. Se dice que compartisteis con ellos el pan que habían bendecido como bendicen los sacerdotes el pan y el vino durante la misa. ¿Os enseñaron también que la hostia es el cuerpo real de Cristo y el vino su sangre? ¿No es cierto que los herejes niegan que el pan y el vino se transforman por fuerza divina en el cuerpo y la sangre de Cristo? ¿Acaso no niegan que Cristo sacrificó su cuerpo y su sangre para salvar a la humanidad?

El inquisidor lo miró expectante.

"El pan que parten los Buenos Cristianos y que nosotros comemos es un pan sobrenatural que representa la bondad divina, - sonó la voz de Colomba en su cabeza, clara como el cristal - . Es tan grande que nos envió a uno de sus ángeles para salvarnos. Ese pan es el símbolo de las enseñanzas de Cristo." Amaury sintió cómo un escalofrío le recorría la espalda. Le asombraba que ella siguiera allí. Había estado callada durante tantos años.

- ¿Consideráis también que el pan que ha sido bendecido por un sacerdote es "comida sin más"? - oyó que decía la voz del clérigo - .

O creéis que el cuerpo de Cristo está en el altar?

- Eso creo.

- Cuando decís que lo creéis, ¿creéis lo primero o lo segundo? ¿No estáis intentando eludir una respuesta queriendo decir, en realidad, que no creéis que la hostia sea el cuerpo de Cristo, sino tan sólo pan?

- Intento contestar a vuestras preguntas lo mejor que puedo.

- Os pregunto si el cuerpo allí presente es el de nuestro Señor, que nació de la Virgen María, fue crucificado, resucitó y subió a los cielos.

- Lo que decís es cierto.

- Decís que lo que digo es cierto, mas eso no es lo que os pregunto. Yo pregunto si lo creéis.

El razonamiento del inquisidor era tan confuso que Amaury se sintió como un animal atrapado en un nudo que se iba apretando cada vez más a medida que intentaba liberarse de él.

- Si os doy una respuesta sencilla y vos le dais la vuelta, ya no sé qué contestar. Perdonadme, señor, si os digo que jugáis con mis palabras.

- Contrariamente a lo que afirmáis, sois vos quien recurre a subterfugios para eludir la verdad. En efecto, sería agradable que pudiésemos aclarar este asunto. Por ello deseo que me contestéis con una sola palabra. ¿Creéis en un Dios, el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo?

- Sí, creo.

- ¿Creéis en Cristo, nacido de la Virgen María, que sufrió, resucitó y subió a los cielos?

- Sí, creo.

- ¿Creéis en la transubstanciación del pan y del vino en el cuerpo y la sangre de Cristo durante la misa celebrada por los sacerdotes?

- Si, lo creo.

- ¿No habéis aprendido nunca nada que sea contrario a la fe que nosotros consideramos verdadera?

- Creo todo lo que debo creer. No he creído nunca otra cosa que no sea lo que nos enseña la verdadera fe.

- No os pregunto qué debéis creer, sino si lo creéis realmente.

Cuando habláis del verdadero cristianismo, ¿os referís a la doctrina que os enseñó vuestra secta? Me estáis haciendo perder el tiempo con respuestas evasivas.

- Decidme entonces lo que he de hacer para demostrar que no soy un hereje.

- ¿Tengo que jurar que creo en el verdadero cristianismo predicado por vos y la iglesia romana?

Si queréis jurar para libraros de la hoguera, no me bastarán ni cien juramentos. Puesto que tengo testigos contra vos, vuestros juramentos no os salvarán. Jurando en falso no haréis sino mancillar vuestra conciencia, mas no conseguiréis escapar de la muerte. Por el contrario, si reconocéis vuestro error, quizá encontréis misericordia.

El inquisidor guardó silencio durante unos instantes a fin de darle tiempo para reflexionar. Después prosiguió:

- Sin embargo, podéis convencerme de vuestra contrición sincera diciéndome dónde y cuándo habéis visto a los herejes, quiénes eran, en qué lugar y con qué frecuencia, y quiénes se arrodillaron ante ellos y partieron el pan con ellos. Deseo que me contéis si habéis sido testigo de una imposición de manos, el bautizo como tiene lugar entre los herejes. O una imposición de manos vinculada a la imposición de un libro en el que estaba escrito el evangelio de san Juan.

Amaury sintió que le invadía la desesperación. De una u otra forma tenía que conseguir una prórroga para poder reflexionar sobre las posibilidades que le quedaban y para avisar a Beatriz. Pues era cada vez más evidente que ya lo habían condenado antes de entrar en la sala. Si no hubieran supuesto ya que era culpable, no habrían iniciado ningún proceso contra él.

- Exijo un abogado, - dijo.

- Sin duda sabréis que todo aquel que ayuda o apoya a los herejes es castigado inmediatamente con la excomunión. Además, será sospechoso de herejía. Por estas razones no podemos permitir que os asista un abogado. Por otra parte, todos los abogados conocen este hecho y no encontraréis ninguno dispuesto a serviros de consejero.

- Si es así..., yo mismo puedo leer.

El inquisidor lo miró interrogante.

- Sois un caballero, un hombre de guerra, no de letras.

- ¿Creéis acaso que durante los diez años de prisión perdí el tiempo? Exijo poder examinar los documentos. Quiero saber quiénes son los enemigos que me han acusado en falso.

- Los datos reunidos por la Inquisición son secretos. No es posible examinar los documentos, no sólo porque deseamos mantener a buen recaudo nuestros datos a fin de aumentar nuestra eficacia, sino también porque queremos proteger a los testigos.

Ahora, Amaury sintió que el miedo le oprimía la garganta.

- No me regocijaré condenándoos a la hoguera, - le aseguró el inquisidor - . Preferiría prometeros el perdón. A fin de cuentas, habéis comparecido ante mi por propia iniciativa. Si también estáis dispuesto a confesar voluntariamente vuestra culpa, a abjurar de vuestro error y a darnos informaciones completas sobre los miembros de la secta que conocéis, puedo prometeros un castigo más leve que la reclusión perpetua o el destierro.

Amaury comprendió que no había escapatoria posible, salvo si confesaba.

- Tal vez errara durante el breve período en que los herejes cuidaron de mi, hace casi veinticinco años. Pero una vez curado, me distancié de ellos. Fui castigado por ese motivo y recibí la absolución. Sí ello no fue suficiente, espero que mi participación en la segunda Cruzada me haya purificado de mis pecados. Nunca volví a caer en el error.

Sus palabras le infundieron valor. Debía procurar mantenerse en sus trece. Era el clavo ardiendo al que podía agarrarse. No podían ~ saber mucho más que eso. Enderezó la espalda.

- ¿Conocisteis en aquella época a algunos herejes por sus nombres?

- Apenas recuerdo nada de aquella época. Como ya os he contado, perdí la memoria.

- ¿Dónde los visteis?

- En el pueblo que hay junto a los castillos de los señores de Cabaret.

- ¿Cuántas veces los visteis?

- Casi a diario. Trabajaban allí y había un continuo ir y venir de Bons Hommes, es decir, de herejes, que predicaban por el país, se alojaban durante algunos días en las casas de Cabaret y trabajaban en los talleres, en el campo o en los viñedos.

- ¿Los conocíais por sus nombres?

- No.

- ¿Conocíais a algunos por sus nombres?

- No.

- ¿Habéis visto herejes en algún otro lugar?

- También estuve en Lavaur, en Castelnaudary, en Tolosa. Por todas partes había herejes que huían del ejército de los cruzados. Vi a muchos de ellos, pero no los conocía por sus nombres.

- ¿Los venerasteis, es decir, os arrodillasteis ante ellos y les pedisteis que rogaran a Dios que os diera un buen fin?

- ¿Un buen fin?

- ¿Visteis a otros que lo hicieran, a los que conocierais por su nombre?

- No, no conocía a esas personas.

- ¿Recibisteis herejes en vuestra casa?

- No era mí casa. Allí no tuve nunca casa propia.

- ¿Fueron recibidos alguna vez herejes en la casa donde os alojabais?

- No puedo recordar haberlos visto jamás.

- Y los demás que estaban allí, ¿veneraban a los herejes?

- No lo recuerdo. Seguramente, sí.

- ¿Conocéis los nombres de quienes vivían allí?

- No puedo recordar sus nombres. Ha pasado mucho tiempo y yo estuve allí durante un breve período.

- Espero que recordéis al menos a la mujer con quien convivisteis allí y con quien huisteis.

El sobresalto fue inevitable. Su rostro, hasta entonces tan impasible, se crispó por un momento. Ese cambio no pasó desapercibido al inquisidor. El informante era Simón, no cabía duda.

- ¿Veneró ella a los herejes?

- No en la casa donde yo vivía.

- ¿Cómo se llamaba?

Dudó antes de contestar.

- Colomba. - Le sonó irreal.

- Colomba... ¿qué más?

- Nunca le pregunté de dónde venía o cómo se llamaba su familia. Eso parecía carecer de importancia en aquel momento.

- Bien, ¿veneraba ella a los herejes? ¿Había recibido el bautizo herético?

- Ella... Colomba veneró repetidas veces a los herejes. - Ya nada importaba. Si sabían lo de Colomba, también sabrían eso. Además estaba muerta. No obstante, él quería defenderla - . Anuló el bautizo herético, que recibió siendo aún niña. Después yací con ella. Si hubiera sido una verdadera hereje, se habría negado.

Consideró que esta declaración era suficiente. El inquisidor debía saber que los Buenos Cristianos tenían una forma de celibato más estricta que su Iglesia y que se atenían a ello de manera más escrupulosa que algunos clérigos católicos.

- ¿Comisteis en alguna ocasión pan bendecido con los herejes?

- No recuerdo haberlo hecho nunca.

- ¿Comió ella, Colomba, pan bendecido?

- Si.

El inquisidor esbozó una sonrisa de satisfacción.

- ¿Estuvisteis casado con ella?

- No.

Lo desconcertaba sobremanera hablar abiertamente de ella después de tantos años de silencio y oír pronunciar su nombre de labios de un clérigo. Súbitamente se sintió inseguro, como si su cabeza fuera una burbuja de jabón y el inquisidor pudiera examinar su cerebro y leer el secreto que guardaba allí. La sonrisa había desaparecido del rostro del clérigo.

- ¿Presenciasteis y oísteis las prédicas de los herejes?

- Los oí hablar. No sé si eran prédicas.

- ¿Presenciasteis alguna vez la consagración de un hereje?

Negó con la cabeza. Si admitía haber estado presente en una ceremonia en que un creyente del Verdadero Cristianismo recibía el consolamentum, sería condenado irremediablemente como hereje.

- No.

- Pero estuvisteis presente cuando los herejes administraron dicha consagración a un enfermo o herido en su lecho de muerte.

El inquisidor señaló con insistencia los documentos. Por lo visto alguien lo había denunciado como testigo de esa ceremonia. Pero no podía ser de ningún modo Simón.

- Tal vez.
- ¿Conocéis el nombre del enfermo?
- No. Sólo recuerdo a uno de mis arqueros. Estaba gravemente herido.
- ¿En qué casa se encontraba el herido?
- Me pidió que lo llevara a la casa que tenían los herejes. Era en Lavaur.
- ¿Cuándo fue eso?
- Durante el asedio de Simón de Montfort, hará unos veintitrés años.
- ¿Venerasteis en dicha ocasión al hereje que administró la consagración?
- No.
- ¿Podéis describir detalladamente la consagración, las palabras utilizadas y las acciones realizadas?
- No, no recuerdo nada. Partí precipitadamente porque me llamaba el deber. Mi tarea era defender la ciudad.

En realidad había presenciado todo el ritual del consolamentum, y se había marchado sólo después de que acabara. Luego, los Buenos Cristianos velarían durante cuatro días y cuatro noches el cuerpo del muerto para asegurarse de que nadie pudiera interponerse cuando el alma abandonara el cuerpo.

- ¿Falleció el consagrado a raíz de sus heridas?
- Sí, aquel mismo día.

Amaury aún recordaba cómo aquella misma noche había visitado de nuevo la casa de los Bons Hommes. El arquero ya había fallecido.

- ¿Sabéis dónde está enterrado?
- No.
- ¿Creéis que el que fue consagrado en la fe herética podía ser redimido?
- Ellos lo creen.
- ¿Y vos lo creíais en aquel momento?
- Sólo cumplía los deseos del herido.

El inquisidor echó la silla hacia atrás y se reclinó suspirando. Por lo visto el interrogatorio empezaba a cansarlo.

- Hasta ahora habéis negado todas las acusaciones. Sólo en algunos puntos sin importancia habéis admitido que en un momento dado estuvisteis en ese lugar, pero afirmáis que sólo estuvisteis implicado indirectamente en las prácticas de los herejes. Y que no conocisteis a ninguno de ellos o que no recordáis sus nombres. - De súbito se inclinó hacia adelante y miró penetrantemente a Amaury - . Sería una injusticia para Dios que vos, cuya ortodoxia se pone en duda, escaparais de la mano castigadora de la Inquisición. ¿Negáis, así pues, ser culpable de lo que se os acusa?
- Sí, lo niego. Todo aconteció tal como he declarado.
- Las declaraciones de los testigos lo contradicen, con lo cual de hecho queda demostrada vuestra culpabilidad. En sí eso sería suficiente para encarcelaros durante un tiempo ilimitado.

¿Contradecir? ¿Quién podía saber más? ¿Era posible que Simón hubiera inventado algo?

- Me impedís refutarlas al negaros a decirme qué testigos son ésos y qué han declarado. Sospecho que alguien me ha difamado para beneficiarse.

El inquisidor hizo caso omiso de su observación.

- He de indicaros que si, en un siguiente interrogatorio, seguís negándolo todo y seguís manteniendo vuestra inocencia, seréis entregado como hereje impenitente al juez secular que se encargará de ejecutar la sentencia: muerte en la hoguera. Sin embargo,

podréis evitar este castigo si confesáis vuestra culpa, abjuráis de la herejía y aceptáis el castigo impuesto. El castigo que se os aplique en tal caso dependerá del grado de contrición que demostréis. Si confesáis enseguida, os espera una condena de destierro a Tierra Santa con la obligación de luchar durante diez años contra los infieles. Si confesáis sólo después de un segundo o tercer interrogatorio, os aguardará la prisión perpetua.

Se hizo un silencio. Amaury buscaba febrilmente una forma para salir de ese laberinto que sólo parecía tener callejones sin salida. De hecho, el inquisidor no parecía saber mucho sobre la doctrina de los Buenos Cristianos, ni tampoco demostraba demasiado interés por ella. Lo único que quería saber era quiénes eran y quiénes estaban con ellos cuando realizaban sus rituales heréticos. Pero por fortuna no le había hecho ninguna pregunta acerca de la convenenza. Seguramente, el clérigo ni siquiera sabía que existiera tal práctica. Lo único que podía hacer Amaury era insistir en que no había silenciado nada deliberadamente.

- Justo después de recibir la citación vine hacia aquí sin saber lo que me esperaba, - dijo - . Os ruego comprendáis que no pueda recordarlo todo con claridad en tan poco tiempo. Han pasado muchos años y, como os he dicho antes, me hirieron en la cabeza, por lo cual durante un tiempo no supe lo que hacía o dónde estaba. Os ruego me concedáis una prórroga a fin de que pueda buscar las respuestas a vuestras preguntas en mi mente confusa. Después regresaré para una continuación de este interrogatorio.

- ¿Una continuación?

- No es por mala voluntad, sino por impotencia por lo que no puedo daros directamente las respuestas que esperáis. Asimismo quiero declarar de modo expreso que no soy de ninguna manera un hereje que ha vuelto a caer en su error. Participé en la Cruzada del rey Luis, padre del rey, para purificarme, no para cargar mi alma con los mismos errores.

El inquisidor hizo un gesto complaciente. Por lo visto los testimonios no eran tan contundentes en este sentido. Sin embargo, no dijo nada.

- La prórroga que os ruego me concedáis es en interés de la investigación, - prosiguió Amaury dejándose llevar por la esperanza que le daba su fervoroso alegato - . Sospecho que alguien a quien beneficiaría mi condena me ha difamado recurriendo a falsos testimonios.

- Decidme su nombre y os diré si aparece en la lista de testigos, - propuso el inquisidor.

Amaury no estaba dispuesto a caer en esa trampa. Si Simón era suficientemente listo para eliminar así la barrera que le impedía satisfacer sus ambiciones, también habría sido suficientemente astuto para enviar a otro a la Inquisición con datos incriminatorios. No accedió a la propuesta del clérigo.

- La prórroga que os solicito es también en interés de otros que no son en modo alguno responsables de mis actos en el pasado. Soy tutor de los herederos de Poissy. Si ya no puedo ocuparme de mis pupilos, otros podrían abusar de esa situación. Os suplico que me concedáis el tiempo necesario para cumplir esta tarea.

El clérigo lo miró pensativo.

- Sin duda recordaréis cómo el trono de nuestro ilustre rey Luis fue preservado gracias a la admirable actitud de su madre, la reina Blanca, a pesar de los intentos de los barones para arrebatarle sus derechos, - prosiguió

Amaury - . En el lecho de muerte de mi hermano, juré por Dios y todos los santos que protegería los derechos de sus hijos con igual determinación hasta que cumplieran la mayoría de edad. No hay nadie que pueda ocuparse de este asunto aparte de mí, salvo que la reina Blanca esté dispuesta a hacerse cargo de ellos.

Era la única salvación para Gasce y sus hermanos pequeños. Roberto lo habría querido así. Beatriz no dudaría ni un momento, incluso se alegraría de tal decisión.

El inquisidor permaneció en silencio y volvió a estudiar los documentos. Por fin dijo:

- Os ordeno solucionar vuestros asuntos con la mayor brevedad posible. Mientras tanto deberéis presentaros a diario ante mí para demostrar que estáis dispuesto a cooperar en la investigación de la Inquisición.

Amaury inclinó la cabeza como muestra de gratitud y procuró no evidenciar su alivio. Por lo visto, pensó, a pesar de las amenazas del inquisidor, las acusaciones contra él no eran suficientemente graves.

TOLOSA Primavera de 1235

¿El destierro? Permanecer durante diez años en Tierra Santa para luchar contra los infieles y después, a la vuelta, llevar la cruz amarilla cosida a sus ropas, por lo cual quedaría estigmatizado por el resto de su vida. ¿O la prisión perpetua? Consumirse en una miserable celda. ¿Durante cuánto tiempo? Ahora tenía cuarenta y tres años.

¿Cuánto tiempo podía vivir un hombre en esas circunstancias? Demasiado. Era asombroso lo mucho que podían aguantar algunas personas. ¿O la hoguera?

La sentencia que se cernía sobre su cabeza aún no había sido dictada. Después de tres meses había sido arrestado por la Inquisición. Al cabo de medio año lo habían enviado, por falta de pruebas, al tribunal de Tolosa, donde al parecer constaban más testimonios contra él.

Tenía un consuelo: Simón se había quedado con las ganas. Bien es cierto que se había instalado en una de las casas que poseía en la zona sur de París, para regodearse contemplando de cerca y con una sonrisa en los labios cómo Amaury comparecía cada día en la oficina de la Inquisición. Cual buitre que espera pacientemente hasta que el depredador suelte su presa. Había vuelto a impugnar los derechos de nacimiento de los hijos de Beatriz afirmando que los había tenido fuera del matrimonio. También había intentado utilizar la sospecha de herejía que pesaba sobre su tutor para mancillar a los niños y conseguir así que perdieran sus derechos. Pero Amaury no sólo había subestimado a su primo, sino también a la madre de sus hijos. Por una vez, Beatriz se había superado a si misma. Se había dirigido a la reina Blanca, quien hizo prevalecer su sentido de la justicia por encima de su aversión hacia los herejes, y se hizo cargo de los niños. Era un mal trago pensar que de este modo Gasce, Roberto y Juan se convertirían irremediablemente en acérrimos enemigos de la herejía, pero en cualquier caso ello garantizaba también su futuro. Finalmente, Simón se había resignado a su suerte y se había retirado en su finca cerca de Aigremont, pues Gasce había cumplido la mayoría de edad. Ya no había modo alguno de que Simón pudiera arrebatarle su herencia.

Era un misterio de dónde había sacado el inquisidor de Tolosa sus pruebas. Parecía saberlo todo, no sólo sobre la relación entre Amaury y Colomba, sino también sobre su papel en la resistencia contra el ejército de los cruzados, durante los asedios de Lavaur y Tolosa. Estaba al corriente de su complicidad en la huida de Béziers de Colomba y de los niños que ella tenía a su cargo, algo que sin duda era un testimonio de Simón. El que consideraran demostrado que Amaury había desertado antes de la caída de Alaric y se había unido a los faidits también debía proceder de Simón. Asimismo el inquisidor estaba enterado de su huida de Lavaur con Colomba, e incluso le acusaba del asesinato del sargento de Roberto. Eso era curioso. Nadie podía saber lo que había sucedido aquella

noche, salvo Colomba y el verdadero asesino, el hombre que los perseguía. O tenía que ser Wigbold. ¿Acaso lo había denunciado el maldito frisón?

Tendría que haberse desembarazado de él encerrándolo en la leprosería fuera de las puertas de París, tal como había amenazado. Tal vez la paz que predicaban los Buenos Cristianos le había contagiado más de lo que le convenía. No, no podía ser Wigbold, pues sólo había aparecido en escena después del asesinato.

Todo eso tenía poca importancia para el grado de la pena. Hacía tiempo que Amaury había perdido las esperanzas de librarse con un castigo leve, como por ejemplo algunas peregrinaciones, una multa y tener que llevar la cruz amarilla.

Compartía celda con un tejedor y un peletero de Tolosa y dos Bons Hommes que unos días antes habían sido trasladados desde Lavaur para ser juzgados en Tolosa. El tejedor era un simple trabajador, casado y padre de varios niños. Durante los interrogatorios había insistido siempre en su inocencia. A pesar de ello, o quizá precisamente por ello, el inquisidor lo había condenado como un hereje impenitente a morir en la hoguera. Todos los tejedores eran sospechosos pues su oficio era también el de los Bons Hommes. Mientras se lo llevaban a la hoguera no cesaba de clamar su inocencia, y los indignados habitantes de Tolosa, hartos del terror de tanta difamación, habían atacado su escolta. El tejedor había sido devuelto apresuradamente a la celda.

- ¿Queréis recibir el don de Dios y esta sagrada oración que Cristo trajo al mundo desde la corte celestial y enseñó a sus apóstoles, y que los apóstoles enseñaron a su vez a los Bons Hommes, que la transmitieron a los Bons Hommes hasta el día de hoy?

A falta del evangelio de san Juan, que siempre había llevado consigo en varias hojas de pergamino, el Bon Homme colocó sus manos sobre la cabeza inclinada. El tejedor, que estaba arrodillado frente a él, contestó afirmativamente. Juntó las manos y las colocó entre las del Bon Homme.

- ¿Prometéis a Dios y a la Iglesia que a partir de ahora no tomaréis carne, queso, huevos ni grasas animales, y que viviréis castamente?

Como si pudiéramos conseguir eso aquí, pensó Amaury. Los Buenos Cristianos llevaban días sin probar alimento alguno, a la espera de su inevitable ejecución y él daba buena cuenta de la comida que ellos no tocaban. La promesa de castidad tampoco sería demasiado dura de cumplir. Allí no había mujeres, a excepción de la esposa del carcelero que de vez en cuando les traía agua. Y un hombre tenía que estar muy desesperado para querer violarla.

- Esta es la oración que Cristo trajo a este mundo y que enseñó a los Bons Hommes. No comáis ni bebáis nada sin antes haber dicho esta oración. Si algún día la olvidáis, tendréis que hacer penitencia.

- La recibo de Dios, de vos y de la Iglesia, - murmuró el tejedor con voz ahogada, tras lo cual los Bons Hommes abrazaron y besaron al hombre emocionado hasta las lágrimas.

El peletero había dado la espalda a esta escena. Amaury juntó las manos y rezó con ellos los siete padrenuestros que cerraban el ritual.

Acababa de pronunciar las palabras panem nostrum cotidianum cuando el más anciano de los Bons Hommes lo miró de reojo enarcando una ceja.

- Adoremus Patrem et Fihum et Spiritum Sanctum, - repitió tres veces el más anciano después de haber completado la serie de padrenuestros. Luego se dirigió a Amaury - : Si un cordero da balidos es porque no puede hablar, - le dijo severamente.

- ¿A qué os referís?

Librodot

- Nadie puede pronunciar la oración del Señor a no ser que se encuentre en el camino de la verdad. Para quienes aún no han recibido el pater hay otras oraciones. Con ellas rezáis por el pan de cada ~ día, el alimento que llena vuestro vientre, el alimento con el que vuestros sacerdotes hacen sus trucos.

El peletero empezó a reír nerviosamente. El más anciano de los Bons Hommes le impuso silencio con una expresión grave.

- Tendríais que rezar por el pan sobrenatural, panem nostrum supersubstantialem, El pan al que nos referimos aquí, son las palabras de Aquel que vino del cielo. Pues está escrito: "Cuando hubo comido, cogió los restos y se los dio a ellos y Él dijo: éstas son las palabras que os dije cuando estaba entre vosotros. Y después los iluminó para que comprendieran lo que estaba escrito". Este pan es la doctrina que nos trajo Cristo y que es nuestra salvación. La Iglesia de Roma engaña al afirmar que, al bendecirlo, sus sacerdotes pueden convertir el pan en la carne de Cristo. Los doctores de la ley de la Iglesia católica han cambiado las palabras que nos transmitieron los apóstoles de primera mano. Roma se ha desviado del Verdadero Cristianismo y ha manipulado la doctrina de los apóstoles falsificando los viejos textos. Vuestra oración es una ofensa. No os halláis en el camino de la verdad pues juráis, mentís y pecáis, coméis carne y yacéis con mujeres. Cuando rezáis el padrenuestro cometéis un pecado mortal.

- Vuestra Iglesia ha hecho sus propias leyes, dogmas y decretos, y luego ha prohibido a todos comprobar la verdad o siquiera cuestionarla, - añadió el segundo Bon Homme - . Vuestro Papa quiere obligar a todos a abrazar la falsa fe y lo hace a punta de espada. Ha predicado una guerra santa cuyo único resultado sólo puede ser la muerte. Con ello va en contra de las santas escrituras a las que invoca.

- Vuestro papa quiere someter a todo el mundo a su autoridad por medio de la antorcha con la que encienden la hoguera, - prosiguió el primero - . Lo llaman jurisdicción eclesiástica.

- Sólo un siervo del demonio utiliza semejantes métodos, - añadió el otro - . ¿Cómo puede un tribunal eclesiástico juzgar si Cristo dijo:

"No juzgues y no serás juzgado. Y no condenes y no serás condenado. Suelta y te soltarán"? Pero no, los jueces eclesiásticos sentencian a la pena de muerte. Esos dominicos que se hacen llamar predicadores deberían declarar que no hay que matar. ¡Qué contradicción!

- No se trata de lo que uno ha de creer, sino de lo que quiere creer, - siguió diciendo el más anciano - . El dios del Mal se comporta como el gobernante terrenal que es: ordena, se venga y castiga. El Dios que ama no hace más que abrir los brazos. Mientras améis la vida y los placeres de este mundo, estaréis entre el Mal.

Amaury se sentía como si lo hubiera pisoteado un batallón entero. Sacudió la cabeza.

- El Bien y el Mal se han disfrazado. Se han metido en la piel del otro, - dijo malhumorado - . Ahora aborrecen las vestiduras del otro.

- Tiradlas, - dijo el más anciano de los Bons Hommes - . Dejad esas vestiduras de Satanás, esa piel de Satanás, quemadlas. Dejad que el Mal se consuma en el fuego hasta que el espíritu pueda elevarse.

- Ponte en manos de los Buenos Cristianos, como yo, - dijo el tejedor - . Aprovecha esta oportunidad para tener un buen fin. Luego, cuando nos haya consumido el fuego, estarás perdido.

- No tengo ningún interés en morir en la hoguera.

- Me pregunto qué es peor, - dijo el tejedor.

Amaury lo miró largo rato en silencio. Quizá tuviera razón.

Pudrirse el resto de su vida en una celda era un suplicio mucho más largo. Casi empezaba a desear esa sentencia, la hoguera, un tormento corto e intenso, y luego nada más. ¿Nada? El purgatorio y luego el infierno, un suplicio que duraría eternamente. ¿O acaso era posible regresar a una siguiente vida para repetirlo todo de nuevo y mejor?

- En realidad es una forma de huir, - dijo finalmente.

- Sí, huir, ¡eso es lo que hacéis vosotros! - exclamó el peletero, que hasta entonces se había mantenido al margen de la discusión.

Primero sembráis cizaña y luego huís. ¿Sabéis lo que está pasando en la ciudad? Durante Semana Santa, los dominicos han alentado a los ciudadanos a confesar o a delatar a quienes se hubieran comportado de forma sospechosa. Los que no se presentaban voluntariamente eran arrestados. El monasterio de los dominicos se llenó enseguida de gente. Yo mismo fui víctima de las difamaciones. Nunca he tenido nada que ver con la herejía, hasta hoy. Ahora me habéis convertido en contra de mi voluntad en testigo de vuestros sacramentos heréticos. Por ello quizá tenga que pudrirme durante el resto de mi vida en esta miserable mazmorra.

- Nosotros creemos que ésa es una liberación, - dijo el Bon Homme con precaución, ignorando las palabras del peletero - ; en cualquier caso, una liberación provisional. El consolamentum no es en sí un salvoconducto para ir al reino de los cielos, sino sólo después de que el converso se haya purificado durante mucho tiempo. Para él o ella, la muerte es una liberación definitiva. El bautismo le garantiza la redención. Eso es más de lo que puede prometer la Iglesia romana

Deberíais pensar en ello y mientras estemos aquí nosotros, podremos ayudaros. El bautismo con el fuego del Espíritu Santo os otorga en cualquier caso la certeza de que regresaréis en un cuerpo más apto para poder aspirar a un buen fin en una próxima vida.

- Aún debo empezar mi vida, esta vida, - dijo Amaury.

El Bon Homme lo miró sin entender, pero Amaury no tenía ganas de explicarlo todo. Durante veinte años había esperado el momento de poder regresar a este país, pero no para morir.

- Me alegro de que nos hayamos librado de estos tipos, - dijo el peletero - . ¡Te delatan enseguida, porque no pueden mentir!

Amaury se habría abalanzado sobre el hombre, de no haber sido porque tenía las manos atadas en la espalda. Concentró su atención en los Bons Hommes, a los que conducían hacia estacas instaladas delante del patíbulo. Comprendía por qué se habían apresurado de repente a ejecutar la sentencia. Los Buenos Cristianos estaban tan debilitados a causa de su ayuno riguroso, que apenas se mantenían sobre sus pies. El inquisidor temía que la muerte se los llevara antes de que el verdugo pudiera ponerles las manos encima. Avanzaban con notable calma hacia el lugar donde iban a ser ejecutados. Mientras los ataban a las estacas con las manos en la espalda, entonaron casi al unísono un cántico. El tejedor, que había pedido ser ejecutado con ellos, fue conducido poco después hacia la tercera estaca.

Una cuarta estaca estaba aún vacía.

A continuación otros tres acusados fueron condenados a penas que iban desde peregrinaciones de castigo, hasta cinco años de servicio en Tierra Santa. Les pusieron la cruz amarilla en las ropas. En el patíbulo sólo quedaban Amaury y el peletero. Aquél oyó que pronunciaban su nombre. Se volvió con la cabeza erguida hacia el dominico que leía la sentencia, demasiado orgulloso para manifestar su miedo, aunque el corazón le latía con fuerza en el pecho y sus manos estaban empapadas de sudor. La multitud que se había congregado estaba muy alborotada.

- A la luz de los testimonios, el tribunal considera demostrado que vos, Amaury de Poissy, habéis mantenido contactos con la herejía. Dado que os habéis negado a descubrir los nombres de estos herejes, se considera demostrado que sois un protector de los herejes. Además, os habéis opuesto repetidas veces a la paz y a la fe.

Esto último tenía que ver a todas luces con su participación en la lucha contra el ejército de los cruzados. Su rostro permanecía impasible. Involuntariamente dirigió la mirada hacia la cuarta estaca.

Contuvo la respiración y se mordió el labio inferior.

- Habéis reconocido vuestra culpa, habéis abjurado de la herejía y habéis pedido reconciliaros con la Iglesia romana. Por ello se os concede el perdón. Tan sólo seréis condenado a prisión perpetua.

Se oyeron abucheos. En medio del alboroto, Amaury repitió mecánicamente las palabras con las que abjuraba públicamente de la falsa fe, suplicaba el perdón de la Iglesia y pedía reconciliarse con ella, sin oír lo que decía. Se desvistió y se arrodilló ante el sacerdote que flageló su espalda con un azote. Todo le parecía carecer de importancia. Por fin le dejaron retirarse.

Entonces llamaron al peletero. Enumeraron sus crímenes contra la Iglesia. También en su caso la prueba decisiva habían sido los testimonios contra él. Pero el peletero había insistido tenazmente en su inocencia y por ello se le consideraba un hereje impenitente. Se hizo un profundo silencio. El rostro del hombre se tornó lívido.

Miraba perplejo y sin comprender al dominico que lo entregó al poder secular, representado por dos soldados que condujeron al aún estupefacto peletero hacia la cuarta estaca. Después, todo sucedió con suma rapidez. Amontonaron paja y leña alrededor de los pies de las víctimas. Una antorcha prendió la voraz leña, las llamas se elevaron al cielo.

Los Bons Hommes dieron ánimo al tejedor, se miraron entre si una vez más y luego alzaron los ojos al cielo. Sus labios murmuraban una oración. El tejedor los imitó.

- Soy inocente. Soy un simple trabajador. ¡Creo en la fe católica! - gritaba el peletero, retorciéndose de miedo y tirando de las cuerdas que no se aflojaban.

El soldado que llevaba la antorcha en la mano titubeó.

- ¡Es inocente! - gritó una mujer desde la muchedumbre.

Otros repitieron su grito y empezaron a pedir clemencia. El soldado miró al inquisidor y a su séquito, que presenciaba la ejecución junto al patíbulo. El rostro del clérigo permaneció inmutable. Asintió fugazmente con la cabeza. El soldado introdujo la antorcha en la paja.

El fuego ya había empezado a chamuscar la piel del tejedor. Tenía la boca abierta de par en par, como si bostezara. No emitía ningún sonido. Los Bons Hommes cantaban y mantenían los ojos alzados al cielo despejado. Gradualmente, sus voces se fueron debilitando.

El hedor de la carne quemada se propagó por la plaza. El tejedor tenía el rostro contraído de dolor. El peletero seguía tirando y torciendo las cuerdas como un loco. Había recuperado el color en su cara, incluso empezaba a ponerse morado, cuando de súbito se desvaneció.

- ¡Asesinos! - gritó alguien.

- Calla, que si no te quemarán también a ti. ¡Por cualquier minucia te condenan como hereje! - exclamó otro.

Sólo unas cuantas personas reían. Cuando las voces de los Bons Hommes se hubieron apagado, otra voz entre la muchedumbre empezó a entonar su cántico. Sólo que era una canción distinta.

Porque te apartaste del verdadero camino, oh, Roma,
cientos de miles murieron sin razón.
¡Sin duda no entrarás en el cielo!
Quien te siga por tu camino
puede considerarse perdido;
quien te siga a ti llegará al infierno
y por Satanás será elegido.

Algo voló por los aires. Un fruto maduro se estrelló a los pies del inquisidor. El clérigo miró alrededor, murmuró algo entre dientes a sus compañeros, a continuación se volvió con serenidad y abandonó el espectáculo. Amaury tuvo tiempo de ver al último condenado consumirse en las llamas cuando los soldados lo devolvían a los calabozos. Detrás de él sonaban, invisibles entre la muchedumbre, las voces que seguían entonando la canción prohibida:

Roma, por doquier se oye afirmar:
los cráneos con tonsuras encogen al afeitar.
Dejad pues que os amputen los sesos.
Tenéis sangre en las manos
de Béziers, que ardió y padeció los horrores;
Roma y Citeaux, con eso no conseguiréis honores
sino la vergüenza eterna.

TOLOSA Otoño de 1235

En la penumbra gris de la mazmorra, la muerte de sus cuatro compañeros de celda lo perseguía constantemente. Una y otra vez veía cómo los cuerpos medio carbonizados desaparecían en las llamas y luego se veía a sí mismo, de pie en el patíbulo, maltrecho, cubierto de ignominia, pero vivo. No sentía remordimientos. Se había desembarazado de todos los sentimientos de culpa. Lo que otros hicieran con su vida y las consecuencias que de ello se derivasen era asunto suyo. Por lo pronto, él tenía un único objetivo: escapar de aquella miserable mazmorra. El tiempo diría cómo.

No estaba nunca solo. De vez en cuando traían a otros prisioneros. Una vez tras otra se repetía la misma escena. Al principio se rebelaban, estaban furiosos con quienes los habían delatado, indignados por la injusticia que se cometía con ellos. Luego, después del primer interrogatorio, venía la impotencia. A partir de ese momento, Amaury notaba que empezaban a deteriorarse físicamente. Si tenía lugar un segundo interrogatorio, casi siempre meses más tarde, o un tercero, el efecto era aún más dramático. Sin poder hacer otra cosa, esperaban como aturdidos la sentencia. Al verlos, Amaury se daba cuenta de cómo debía de estar él. Por último venía la sentencia y luego no los volvía a ver. Alguno que otro se quedaba para siempre, como él. Entre ellos había un músico.

Llevaba cerca de seis meses encerrado cuando un nuevo prisionero le comunicó que en Narbona se había declarado una fuerte resistencia contra los métodos de la Inquisición. Los disturbios eran tan intensos que casi podía hablarse de guerra civil. Unos días más tarde, uno de los prisioneros, un mercader, se enteró, camino de su interrogatorio, de que el inquisidor de Tolosa había cometido la insensatez de citar ante el tribunal a doce notables.

- Eso no sólo ha despertado la ira de los ciudadanos, sino también del conde Raimundo, - declaró el mercader - . Los notables hicieron saber al inquisidor que más le valía abandonar la ciudad. Pero él no tenía intención de hacerlo. Luego, los cónsules le enviaron a la milicia para que quedara bien claro que hablaban en serio.

- ¿Y se irá? - quisieron saber los demás.

Nadie conocía la respuesta.

Algunos días más tarde llegaron hasta los calabozos unos ruidos que hacían sospechar que estaban arrasando el edificio que había encima de ellos. El mercader se levantó. Apretó la cabeza contra las rejas de la puerta.

- Seguro que se ha declarado una rebelión. Eso se veía venir, - dijo.

Los hombres, que como siempre estaban sentados en el suelo, apoyados contra las paredes de la celda, se animaron un poco. El músico empezó a cantar con voz contenida.

- ¡Por el amor de Dios! - siseó alguien - . ¿Acaso quieres sumirnos en la desgracia?

- Oí esta canción en Tolosa cuando me condenaron, - dijo Amaury - . Está prohibida. ¿De dónde la has sacado?

- El trovador Guilhem Figueira la compuso hace unos años, durante la rebelión del joven conde. Antes de que se doblegara ante Luis. La canción es muy popular entre los faidits, - dijo sonriendo el músico.

- ¿Habrán entrado en el edificio? - inquirió el mercader esperanzado.

El músico siguió cantando, cada vez más alto.

Que Dios otorgue al conde fuerzas y poderes
para esquilar, desollar y matar a los franceses.
Por mí puede molerlos a palos
y dejar que lloren amargados.
Que yo a Dios rogaré
que las ofensas de Roma no olvide
y proteja a nuestro señor conde.

El mercader sacudió las rejas de la puerta gritando que allí había prisioneros de la Inquisición que querían salir. No hubo respuesta.

Amaury lo apartó y empezó a tabletear con un cuenco contra las rejas. Pasó mucho tiempo antes de que se presentara alguien. Al parecer, era un miembro de la milicia urbana.

- ¡Dejadnos salir! - gritó el mercader, apartando esta vez a Amaury.

- ¿Sois víctimas del inquisidor?

- ¡He sido condenado injustamente! - gritaron a la vez algunos prisioneros.

El soldado miró receloso a través de las rejas. Su rostro se iluminó cuando vio a un conocido. El ruido de los cerrojos provocó gritos de alegría. El músico cantó a pleno pulmón:

Roma, que Aquel que es luz y es vida
y la salvación eterna, te abandone a tu suerte.
Eres vil y mezquina, y siembras la muerte.
Roma, traidora,
raíz del Mal e inquisidora,
morirás en el infierno
si no vas con tiento.

- ¿Qué pasa? - dijo jadeando Amaury mientras corría junto al guerrero.

Después de subir por una estrecha escalera habían enfilado un pasillo y ahora cruzaban un patio.

- Hemos echado de la ciudad a los aduladores católicos. Uno ya no podía fiarse ni de sus propios hermanos. ¡Todos delataban a todos con tal de salvar el pellejo!

Cuando llegaron a la calle oyeron los gritos de júbilo del pueblo que se había congregado allí. Amaury se quedó de piedra. Por doquier se veían milicianos que huían con objetos valiosos.

- ¡Los documentos de la Inquisición! - gritó al hombre que lo había liberado.

- ¿Qué?

- Los informes del inquisidor, ¿dónde están?

- ¡Y yo qué sé!

- ¿Dónde está tu comandante?

- Por ahí debe de andar, - dijo señalando hacia adentro.

Amaury volvió sobre sus pasos, cruzó de nuevo el patio y entró en el edificio. Dentro, el caos era completo. Alguien cruzaba el refectorio con un caballo robado. Otro se llevaba un enorme candelabro. Amaury no encontraba por ningún lado nada que se pareciera a los documentos de la Inquisición, hasta que vio a alguien con una caja.

- ¿Qué tienes ahí?

- ¡Vete al infierno! - gritó el saqueador, temeroso de que le quitaran el botín de las manos.

- ¡Ábrelo! - lo dijo con el tono autoritario de un caballero, aunque no tenía armas para dar fuerza a sus palabras. Por un momento había olvidado que su aspecto era tan miserable como el de los demás prisioneros.

- ¡Búscate algo tú mismo, hay suficiente! - gruñó el hombre al tiempo que lo apartaba.

- ¡Puedes quedártelo todo, sólo quiero saber si son documentos!

Antes de que el otro pudiera contestarle ya había abierto la tapa de una patada. Amaury vio que tan sólo contenía vestiduras sacerdotales. En ese instante se percató de que olía a quemado. Dejó solo al saqueador de la caja y registró el edificio hasta que en otra estancia encontró a unos hombres alrededor de una pila de pergaminos que ardían en medio del suelo de baldosas. Sin pensarlo ni un momento se abalanzó sobre el fuego y empezó a apagarlo con los pies.

- ¡Idiotas! - les gritó.

Se quedó parado un momento tambaleándose y sin aliento. Después se agachó para recoger una hoja medio quemada. Alguien se la quitó de las manos con igual rapidez.

- Serán documentos viejos. Se han llevado los casos pendientes. Lo que aquí dice no le interesa a nadie, amigo, - dijo el comandante de la milicia urbana.

- ¿Quién eres tú para juzgarlo? ¡Tú no has estado ante el tribunal, 'tú no has sido condenado como un perro! Tengo que saber quien me metió entre rejas con sus mentiras. Después puedes destruirlo todo.

Sus argumentos parecieron gustar a los presentes. O quizá fuera su miserable figura lo que les infundió respeto. Sea como fuera, los hombres retrocedieron y le dejaron hacer.

Eran en efecto documentos de la Inquisición. Agachado junto a' las hojas que por fortuna sólo se habían quemado en parte, Amaury buscó febrilmente su propio nombre. Se sentía espoleado por la manifiesta impaciencia de los hombres a su espalda. Le dolían los ojos del esfuerzo. Allí estaba su nombre en latín, Aman de Pisciaco, sólo parcialmente dañado por las llamas. Sacó la hoja del montón y leyó apresuradamente las líneas. Una lista

de prisioneros condenados, nada más. Dejó caer el documento, se incorporó e hizo una seña al comandante para que continuara con su trabajo. Con una mueca convulsiva devolvió el pergamino a las llamas.

LAURAGAIS 1236

Un pequeño grupo de jinetes cabalgaba a paso lento por el bosque. Los precedía un caballero que caminaba junto a su caballo. Iba armado hasta los dientes. Lo llamaban Ranquilbós, el Cojo, porque tenía una pierna un poco más corta que la otra. Al parecer se la había roto hacía años y luego había tenido que cabalgar de Tolosa a París, por lo cual la fractura nunca se había curado del todo. Nadie sabía cómo se llamaba realmente ni quería saberlo. Lo buscaba la Inquisición porque había sido condenado y luego había huido, eso bastaba.

Junto a él caminaban dos hombres envueltos en mantos oscuros. No llevaban armas, sólo un fajo de pergaminos enrollados que habían ocultado debajo de sus ropas. Era su biblia, aunque estas sagradas escrituras no contenían más que el evangelio de san Juan.

Uno de ellos tenía el título de diácono, si bien nada en su aspecto delataba que ocupara tal dignidad. El otro era su compañero inseparable.

- Pero está escrito que la palabra se hizo carne, que la Virgen María fue fecundada por el Espíritu Santo y que Cristo nació de ella, - dijo el caballero.

El diácono negó con la cabeza.

- Eso es lo que predica la Iglesia de Roma. Pero nosotros creemos que no fue así.

- ¿Cómo, entonces?

- Dejad que os lo explique, - empezó - . Existe un pájaro llamado pelícano que brilla como el sol y que sigue el movimiento de este astro. Dicho pájaro tenía crías que dejaba en el nido todos los días cuando se iba para seguir al sol. Un día, una bestia se acercó al nido y mutiló a las crías arrancándoles el pico.

El caballero escuchaba con atención. Los caballos avanzaban lentamente a sus espaldas, algunos jinetes estaban medio dormidos en la montura, otros miraban atentos alrededor. Llevaban todo el día viajando.

- Cuando el pelícano regresó y encontró a sus crías tan maltrechas y sin pico, las cuidó, - prosiguió el Bon Homme - . Pero cada vez que las dejaba solas, volvía a suceder lo mismo. Entonces, el pelícano pensó que debía esconder su luz y ocultarse cerca del nido para atrapar a la bestia en cuanto volviera a presentarse. Así no podría mutilar nunca más a sus crías ni robarles el pico. Y así fue como el pelícano consiguió engañar a la bestia y salvar a sus crías de las terribles mutilaciones que les causaba la bestia.

Hizo una pausa, miró alrededor y se adelantó a los demás adentrándose en una estrecha senda que serpenteaba entre los matorrales. El caballero abandonó el camino con su caballo y siguió a los dos Buenos Cristianos. Continuaron avanzando uno tras otro. Los demás caballos los siguieron sin que los jinetes tuvieran que indicarles el camino.

- Así es como el buen Dios ha creado a sus criaturas, - siguió explicando el diácono - , y el dios del Mal las mutilaba, hasta que Cristo dejó su luz y se escondió para que el dios del Mal no pudiera verlo. Bajó del cielo y cuando llegó a la tierra se ocultó como una sombra en la Virgen María, que lo llevó en su seno sin que él tomara nada de ella. Pues cuando llegó el momento, allí estaba el niño junto a ella y en aquel momento volvía a estar tan delgada como antes de su embarazo. De este modo vino al mundo y se encarnó. Consiguió engañar al maligno y echarlo a la oscuridad, y desde entonces el maligno no puede aniquilar a las criaturas del buen Dios.

Amaury asintió.

- ¿Entonces Cristo no era realmente de carne y hueso?

- Cristo era un ángel que se escondió en un cuerpo falso compuesto de elementos celestiales. ¿Cómo podía él, el hijo de Dios, ser material? Todo lo material ha sido creado por el dios de las tinieblas. Todo lo material que hizo Cristo en la tierra era sólo apariencia.

- Pero los milagros que realizó, ¿cómo...?

- No existen los milagros. Las cosas no pueden cambiar así como así, salvo en la imaginación de las personas.

- Y los enfermos a los que curó, el paralítico y el ciego...

- No curó sus cuerpos, sólo sus almas. Padecían las consecuencias de sus pecados que enferman al alma.

Amaury sonrió. El modo en que hablaban los Bons Hommes le recordaba a Colomba. Siempre tenían lista una respuesta que borraba lo que le había enseñado la Iglesia católica. La lógica de los Buenos Cristianos era irrefutable. Sus palabras provenían de un realismo que era diametralmente opuesto a la otra fe, llena de milagros y misterios.

- Pero ¿acaso la Virgen y los santos no han realizado muchos milagros? - inquirió.

- ¿Los habéis visto alguna vez? - preguntó agudamente el diácono.

- No, pero les ha sucedido a otros.

- ¿Y vos lo creéis? ¿Pensáis realmente que una imagen, que un pedazo de madera puede hacer milagros? Eso sólo puede ser obra de la sugestión, o como mucho obra del diablo.

- Si Cristo no tenía un cuerpo humano, si no tenía cuerpo de carne y hueso, eso significa que tampoco padeció en la cruz.

- Cristo padeció. Lo insultaron, se burlaron de él y le escupieron, lo golpearon y le pusieron con una corona de espinas. En aquel momento dijo que estaba seguro de ser el hijo de Dios, porque el padre celestial le había advertido, cuando lo envió a este mundo, de que sería objeto de rechazo por los rechazados entre los hombres. Pero los perdonó, también al leproso que le escupió en la cara. Más no murió en la cruz. El que fue crucificado era un demonio, un ladrón al que en el último momento hizo adoptar su figura. Este murió en su lugar y regresó al infierno. Cristo subió al cielo sin morir.

- Porque su cuerpo, que no existía, no podía morir, - asintió Amaury - . Pero con ello no habéis contestado a mi pregunta: ¿cómo es posible que los Buenos Cristianos suban a la hoguera sin miedo?

Incluso cantan. ¡Es como si el fuego no los lastimara!

- No tan deprisa, ya llegaré a eso, - le reprendió el Bon Homme - . La misión de Cristo consistía en recordar a los hombres la procedencia celestial de sus almas. Tenía que brindarles el modo de reunificar esta alma con su espíritu, que los ángeles habían abandonado en el cielo con su caída. Los apóstoles fueron los primeros en recibir al Espíritu Santo. Y con el Espíritu Santo recibieron además la fuerza para poder transmitirlo y perdonar los pecados de quienes quisieran recibir al Espíritu Santo. Fue la última muestra de amor de Cristo ~ que recibieron los apóstoles después de que les anunciara que había llegado el momento de regresar junto a su padre.

Se detuvo. Había perdido el camino que estaba cubierto por completo de matorrales. Amaury detuvo el paso y escuchó atentamente. Sólo se oía el murmullo de los árboles y el sonido de los ~ pájaros en sus copas. Cuando el diácono hubo encontrado de nuevo el camino prosiguió su relato mientras andaba:

- Pues poco antes de que Cristo se despidiera de ellos les dijo que le podían pedir algo. Fuera lo que fuera, les sería concedido: Los apóstoles deliberaron entre sí y le pidieron seguridad, para así no temer a nadie. Pero él les respondió que eso era imposible.

¿Cómo querían, les dijo, que un siervo recibiera más que su señor?

Los apóstoles tuvieron que admitir que era razonable que les negara lo que le habían pedido. Volvieron a deliberar y Juan tuvo la idea de pedirle que les concediera la fuerza especial que él tenía, y que le permitía reunificar el alma y el espíritu a través de la imposición de manos. Así pues, le pidieron poder transmitir esa fuerza a otros para pasarla a los Bons Hommes y las Bonnes Dames, generación tras generación hasta el fin de los tiempos. Cristo les concedió la fuerza en nombre de su padre. El que menos supiera tendría la misma fuerza que el que más supiera, siempre y cuando fuera un Buen Cristiano y hubiera recibido la consagración. Les dijo que debían anunciar en todo el mundo su palabra, que había sido escrita por el Padre. E indicó a cada uno de ellos en qué país había de predicar. No debían renegar de su fe por duro que fuera el castigo o difícil la prueba.

"Pero también les legó una terrible prueba. Les dijo que había nueve castigos, de los cuales él soportaría ocho, pero el noveno tendrían que sufrirlo ellos. Al mismo tiempo les prometió ayudarlos para que pudieran soportar esa prueba. La novena prueba es el fuego de la hoguera.

Se había acercado a una cabaña construida en medio del bosque.

La pequeña comitiva se detuvo a cierta distancia del refugio. Una vez hubieron desmontado los jinetes, Amaury envió a uno de ellos hacia la cabaña para anunciar la llegada de los dos Bons Hommes. El diácono miró cauteloso alrededor y luego se dirigió al caballero.

- No sentimos el fuego, pues el fuego no puede afectarnos, - dijo - . A fin de cuentas, ya nos hemos distanciado de nuestro cuerpo, la túnica del demonio que abandonamos aquí en la tierra. Por ello subimos sin miedo y cantando en la hoguera. Subimos al cielo. Por ello podemos soportar el fuego y lo atravesamos con una sonrisa alegre.

- Para mí, eso es un milagro, - dijo Amaury.

Entre tanto, de la cabaña habían salido dos mujeres. Se acercaron a los Bons Hommes y los saludaron con una genuflexión.

Amaury sentía un profundo respeto por el diácono, un hombre muy atareado. Además de predicar y administrar el consolamentum a quienes querían apartarse del Mal y por consiguiente del mundo, tenía que visitar a los Buenos Cristianos una vez al mes, escuchar sus confesiones y aplicarles una penitencia adecuada, un ritual que llamaban apparelhamentum Por ello, él y su compañero visitaban con regularidad las casas donde vivían y trabajaban los Buenos Cristianos. La gente también prefería llamar al diácono para que administrara el consolamentum a los enfermos y heridos que lo solicitaran en su lecho de muerte. En la época en que el papa católico aún no había declarado la guerra a la Iglesia de Dios ni organizado la persecución ni la Cruzada contra ella, eso ya significaba una continua marcha por la zona que había sido adjudicada al diácono. Ahora tenía que moverse con sigilo y presentarse a destiempo en las viviendas de los moribundos para realizar su trabajo en el mayor de los secretos. Los Bons Hommes y las Bonnes Dames que tenía a su cargo ya no vivían en casas comunes en los pueblos y ciudades, sino que se habían dispersado. Si tenían suerte, podían permanecer en el castillo de un noble amigo o en el granero de un campesino. Otros tenían que esconderse en cuevas o sótanos o, como en este caso, en un refugio construido a toda prisa en el bosque. Eso complicaba mucho su trabajo de vigilar que los Buenos Cristianos siguieran por el camino recto, el diácono también se encargaba de su seguridad.

Eso significaba que tenía que estar continuamente al corriente de las posibles acciones de guerra y de las actividades de la Inquisición, para poder avisarlos a tiempo y trasladarlos a otro escondite.

Si llegaba tarde, debía intentar rescatarlos Entre tanto; tenía que cumplir las promesas que habían hecho todos los Bons Hommes: ayunar tres días a la semana y observar los tres grandes períodos de ayuno al año.

Debido a todas estas actividades, un diácono corría más riesgos que los demás Buenos Cristianos de ser atrapado por la Inquisición.

Sabía que Amaury era un guardia avezado y de confianza que le ofrecía la protección que tanto necesitaba. Por lo visto, el caballero no tenía a nadie más en el mundo que necesitara sus servicios y sí suficientes razones para no caer en manos de la Inquisición. A cambio de una costosa armadura y un caballo, acompañaba al diácono y a su ayudante allí donde quisieran.

Ahora Amaury esperaba fuera con algunos de sus hombres mientras los demás, que eran creyentes de la Iglesia de Dios y que habían contraído la *convenenza*, asistían a la ceremonia en el interior de la cabaña. Sabía exactamente cómo era el ritual. El diácono estaría de pie frente a las Bonnes Dames arrodilladas. Sacaría el sagrado libro de entre sus vestiduras y lo mantendría delante de su pecho. A través de las finas paredes podían oírse las palabras que pronunciaba la Bonne Dame de más edad.

...pues son innumerables los pecados con que disgustamos día tras día a Dios, de día y de noche en palabras, actos y pensamientos, voluntaria o involuntariamente y sobre todo por la voluntad que nos han dado los malos espíritus con la carne que nos envuelve...

Eran las palabras usuales que pronunciaban siempre los Buenos Cristianos, hubieran o no pecado

...de nuestras lenguas salen palabras inútiles, conversaciones vanas, risas, burlas y maldades, calumnias contra hermanas y hermanos, por lo cual no merecemos juzgar ni condenar los pecados de nuestros hermanos y hermanas... Oh, señor, condena los pecados de la carne, no tengas piedad de la carne nacida de la perversidad, mas ten piedad del espíritu preso en ella...

Amaury conocía el texto casi de memoria. También sabía cuál sería la penitencia. El diácono les impondría un ayuno de tres días a base de pan y agua. Recordó la primera vez que había besado a Colomba, en el camino entre Salsigne y Cabaret. Le habían impuesto un castigo de nueve días de ayuno de pan y agua y ése había sido un castigo más leve del que se esperaba por haber tocado a un hombre sin quererlo ella. Mucho más tarde, Colomba le había contado que la habían vuelto a castigar una vez más, pero en aquella ocasión porque había admitido haber deseado un beso, y eso era más grave. Siete días sin comer ni beber fue la penitencia que le impusieron, aunque no fueran días consecutivos.

El ritual en el refugio de las Bonnes Dames había llegado a su fin. Se dieron un beso de paz, los hombres con los hombres, las mujeres con las mujeres, seguido de un beso sobre el libro sagrado. El diácono partió el pan y junto con los soldados creyentes tomaron la frugal comida, durante la cual los Buenos Cristianos bebían vino al que habían añadido tanta agua que apenas sabía al preciado licor.

Amaury comió con los demás soldados en el campamento que habían levantado. No hablaban. Se mantenían atentos a cualquier ruido y con los ojos registraban continuamente las inmediaciones.

No se atrevieron a encender una hoguera, pues podrían ser vistos a muchas millas en la oscuridad de la noche que caía rápidamente sobre ellos. El caballero estiró las piernas con

gesto de cansancio y se rascó la espalda contra el tronco de un árbol que había elegido para apoyarse.

Era curioso. Durante todos los años que había pasado en la cómoda seguridad del viejo castillo de Poissy, una larva llamada desasosiego le había roído las entrañas hasta casi destruirlo. Ahora que vivía como un fugitivo errando de un lugar a otro, se sentía como nuevo. Tenía la certeza de que ello no se debía a las sabias lecciones de los Buenos Cristianos. Todas sus prédicas no habían conseguido convencerlo de que aceptara de nuevo la *convenenza*. Era más bien la sensación de que, por primera vez, su vida no dependía de las decisiones de otros, sino de las suyas propias.

Además sabía exactamente lo que quería hacer, aunque había de tener paciencia para poder llevarlo a cabo. Lo había perdido todo, no poseía más que lo que llevaba puesto, el caballo y las armas que le habían dado. Cierto es que los Bons Hommes le pagaban religiosamente por sus servicios, mas habría de pasar mucho tiempo antes de que tuviera lo suficiente para llevar a cabo el plan que acariciaba. Pues si Colomba había sido en efecto secuestrada por Sicard, el despechado prometido, ahí estaba el motivo. Tenía que intentar recuperar la herencia de Colomba. Pero Limousis era un feudo de Cabaret, que desde la paz de París estaba en manos de los franceses, quienes tampoco tenían derecho a esa herencia. Si había alguien que pudiera reclamarla, ese alguien era el hijo que él había engendrado. Su primer objetivo era encontrarlo, al menos si aún vivía. A través de los contactos con los Buenos Cristianos y los que los apoyaban podía reunir la información necesaria. Después, tendería con esmero sus trampas. Necesitaría el apoyo de una banda armada, faidits, mercenarios, quien fuera. Lo que le resultaba imprescindible ante todo era la cooperación del señor feudal y ése seguía siendo Raimundo de Tolosa. Para lograrlo, necesitaba diplomacia y paciencia. Había esperado veinticuatro años. ¿Qué significaban unos cuantos años más o menos?

Amaury desenvainó la espada, la daga y el hacha de guerra. Deslizó los dedos por los filos y comprobó con las uñas que estuvieran afilados, buscando una desigualdad, una mancha de herrumbre, una rebaba. Limpió y afiló las armas hasta que quedaron como nuevas.

Algo se movió cerca de la cabaña. Enseguida levantó la vista y siguió los movimientos del Bon Homme que acompañaba al diácono en todos sus viajes. El hombre miró a su alrededor como buscando algo, hasta que su mirada se posó en el caballero. Se acercó a él.

- Creemos que es mejor trasladar a las mujeres a otro refugio, - anunció

Típico, pensó Amaury. Cualquiera diría: es mejor. Pero dado que nada era seguro en este mundo y que los Buenos Cristianos no podían mentir, ellos creían que era mejor. Miró fijamente el filo resplandeciente de su espada.

- ¿Por qué?

- El inquisidor ha asesinado a varias personas en Laurac. Tememos que las mujeres corran peligro. Sus familiares acudían con regularidad a este lugar para traerles víveres y para venerarlas. Si alguien los ha visto, vendrán a buscar aquí.

A Amaury no le cabía la más mínima duda de que ello podía ciertamente suceder.

- ¿Dónde? - preguntó.

- Pensamos que ha llegado el momento de llevarlas a Montségur.

- ¿Cuándo?

- Cuanto antes.

- Montségur está a varios días de viaje desde aquí, - constató Amaury.

- Es suficiente con que vayáis hasta Queille, eso está a medio camino, a una milla de Mirepoix. Allí las recogerán.

- Prefiero llevarlas personalmente

- Creemos que es más seguro que utilicemos nuestros confidentes en Queille. Conocen la ruta hacia el burgo, saben si es segura y conocen a los hombres que vigilan las vías de acceso.

Amaury permaneció en silencio sin dejar de abrillantar sus ya relucientes armas. Cada vez más Buenos Cristianos se refugiaban en Montségur, el castillo en el que, hacía algunos años, el obispo de la Iglesia de Dios había establecido su sede. No sólo era un refugio para los Buenos Cristianos que no se sentían seguros debido a las actividades de la Inquisición, sino que además se había convertido en una especie de lugar de peregrinación al que acudían los creyentes del Verdadero Cristianismo para oír las prédicas de sus guías espirituales y recibir su bendición, o para visitar a parientes que habían ingresado en la Iglesia y que permanecían por un tiempo en la montaña. Si podía llegar a saber algo sobre Colomba, sobre lo que les había sucedido a ella y a su hijo, era en Montségur. Pero parecía ser que los señores que daban cobijo a los Buenos Cristianos y garantizaban su seguridad vigilaban estrechamente los alrededores del castillo. Se decía que atrapaban y encarcelaban a cualquier sospechoso hasta aclarar qué buscaba allí. ¿Acaso había una excusa mejor que la de acompañar a dos Bonnes Dames?

- Si me confiáis a las Bonnes Dames ya me haré cargo de ellas hasta el final, - dijo.

- Aprecio vuestra preocupación, pero el diácono también os necesita. Dicen que hay más hermanos y hermanas en esta zona que están amenazados por la Inquisición.

Amaury acarició el filo de su daga, tan afilado que habría complacido a un carnicero.

- Llevaré a las mujeres sanas y salvas a Queille, - dijo por fin.

El Bon Homme no se movió. Amaury lo miró sin dejar de sostener las armas.

Primero hemos de dejar descansar a los caballos, Y a mis hombres. Todos necesitamos descansar, - aclaró.

- Por supuesto, - respondió el otro sin moverse aún.

- ¿Qué queréis?

- Deseáis vengaros, - dijo el eclesiástico - . La venganza pende sobre vuestra cabeza como una daga. Vuestra mirada es penetrante como un relámpago. ¿Acaso no sabéis que Cristo condenó la ley del talión? ¿Que por ello rechazó el Antiguo Testamento? Cristo predicaba el amor. Perdonad y seréis perdonados. La venganza es cosa de bárbaros. La venganza quizá cure las heridas, pero deja cicatrices que os desfigurarán para siempre.

Lentamente depositó Amaury sus armas en el suelo.

- Nadie lo sabe mejor que yo, - dijo - . El ángel de la venganza es un demonio.

CARCASONA Septiembre de 1237

- Yo, no soy un traidor. Yo, no denuncio a nadie a la Inquisición. ¡Lo juro!

Wigbold se golpeaba indignado contra la sien como si quisiera decir que había aprendido algo y que no traicionaría a sus amigos ante el odiado tribunal. Su lenguaje había mejorado algo, pero por lo demás era exactamente el mismo. Seguía al servicio de Ramón d'Alfaro, lo cual permitía a Amaury encontrarlo más fácilmente. Había respondido enseguida a la llamada que le hizo a través de un correo.

Eso decía mucho en su favor. Si hubiera sido realmente él quien lo había denunciado ante la Inquisición, no habría comparecido. Además, por lo visto se daba cuenta de que estaba en deuda con el caballero.

- Te creo, - dijo Amaury - . ¿Lo has traído?

- Sí, sí, - dijo apresurado.

El frisón, que lucía ya una calva, sacó de su alforja un rollo de pergamino que llevaba el sello de D'Alfaro. Amaury lo examinó y asintió aprobatoriamente

- Buen trabajo, Wigbold. Vamos.

Al poco entraban en un vestíbulo fresco y sombrío. El hermano de la encomienda de los sanjuanistas los precedía de camino al aposento del escribano. Wigbold avanzaba nervioso detrás de Amaury. No se sentía a gusto.

- ¿Sicard?

- Sí.

- ¿Sabéis cuántos Sicard hay?

Amaury hizo un gesto de disculpa.

- Entró en la orden más o menos en la época del ataque de los cruzados de Simón de Montfort. Seguramente antes de la destrucción de Béziers.

- ¡Pero de eso hace años!

- Vuestra orden tiene registros de todos sus miembros, de sus donaciones, sus...

- Por supuesto. Pero ¿por qué no habéis acudido a una de nuestras encomiendas más grandes, Hompso Tolosa? ¿Por qué Carcasona?

"Porque esta encomienda es la más cercana a Cabaret", pensó Amaury, pero se limitó a encogerse de hombros y dijo:

- Ramón d'Alfaro os pide esta información en nombre del conde. Lo podréis comprobar en la petición que os entrego. Nosotros no sabemos más.

- Eso llevará mucho tiempo. Si regresáis mañana quizá tenga...

- Bessan - ladró Wigbold impaciente Sicard de Bessan.

Amaury le lanzó una mirada escrutadora, pero no dejó translucir nada más.

- Preferimos esperar aquí, - dijo.

- Sicard de Bessan...

Por el tono parecía como si el escribano hubiera oído antes ese nombre. Se puso en movimiento, sacó un fajo de pergaminos que formaban un libro y empezó a hojearlo. Wigbold estaba intranquilo. No conseguía estarse quieto y no dejaba de juguetear con sus armas. Tal vez pensara que Sicard podía aparecer en cualquier momento. La búsqueda se prolongó durante un tiempo. El escribano iba deslizando el dedo por las líneas apretadas, hasta que murmuró algo Ininteligible, enarcó sus cejas y negó con la cabeza.

- Teníamos un Sicard de Bessan, pero se marchó, - dijo.

- ¿Adónde? ¿A Tierra Santa?

- No, simplemente se marchó, dejó la orden, - dijo como si él mismo no lo creyera.

- ¿Cuándo fue eso?

- Apenas dos años después de la muerte del vizconde.

- ¿Simón de Montfort?

- No, Ramón Roger Trencavel.

Amaury sacó cuentas. Eso tenía que ser durante el embarazo de Colomba, en cualquier caso antes de que la secuestraran.

- ¿Por qué? - quiso saber.

- ¿Cómo?

- ¿Por qué abandonó la orden?

- ¿Por qué queréis saberlo? No creo que sean datos que queramos hacer públicos.

- Ramón d'Alfaro tendrá sus razones, o bien el propio conde.

Los ojos de Amaury miraban fijamente el pergamino como si quisiera obligar al otro a examinarlo más atentamente. El escribano volvió a inclinarse sobre el texto, sin percatarse de que el caballero también leía.

...por perseguir las posesiones personales, que intentó arrebatar a la orden", decía el texto.

- No hay más información, - dijo el escribano - . Quizá en nuestra encomienda de Tolosa sepan algo más.

Cerró el libro en señal de que daba por finalizada la entrevista. En aquel mismo momento, Amaury vio cómo Wigbold se metía la mano en el manto. Hizo girar algo. Se echó a un lado. El golpe cayó justo cuando se cerraba el libro. El escribano se derrumbó y fue a parar debajo del escritorio. La mano de Wigbold, que era tan grande como la hoja de una pala, empujó el libro hacia el caballero.

- Tú, lee, - dijo.

- ¡Dios santo! - exclamó Amaury.

El caballero intentó mantener su sangre fría y le hizo una seña hacia la puerta. Wigbold lo comprendió y enseguida fue a su puesto.

Los caballeros hospitalarios habían llevado minuciosamente el registro. La fecha en que Sicard había entrado en la orden no aportaba nada nuevo. No se indicaba cuál había sido la razón de su decisión. Sólo la añadidura de que Sicard era un hijo de una familia numerosa y que no había aportado otras posesiones a la orden salvo una suma de dinero, indicaba que en efecto no se le había adjudicado herencia alguna. En el margen había una nota garabateada. Con un poco de esfuerzo consiguió descifrar las palabras:

- No apto para el servicio militar en Tierra Santa debido a una rara de nacimiento en el brazo derecho.

Amaury siguió hojeando en busca de la nota que el escribano había encontrado antes, mientras Wigbold se iba poniendo nervioso por momentos y no dejaba de mover los pies con impaciencia. Deslizó los ojos rápidamente por las líneas sin saber exactamente lo que buscaba, hasta que de repente dio un puñetazo contra el pergamino.

- ¡Casado! ¡Malditos sean sus huesos! Se casó con ella, antes de que tuviera al niño, aquí en Carcasona. La llevó al altar aún embarazada, la obligó a casarse ante un sacerdote. Un sacerdote, ¡el muy canalla! Con esa prueba en las manos vino derecho aquí para exigir la herencia de Colomba.

Amaury estaba lívido de cólera. Wigbold apenas lo escuchaba.

Se concentraba en los ruidos procedentes del pasillo.

- Y lo aceptaron, so reserva de que fuera aprobado por la encomienda de Homps, donde había entrado el padre de Colomba. Pero por supuesto éstos no pudieron negarse. En su testamento había estipulado que todas sus posesiones pasarían a la orden en el caso de que su hija siguiera siendo una Bonne Dame. Sin embargo, si llegaba a casarse, su esposo podría apropiarse de sus derechos.

- Sí, sí, vámonos.

Amaury no lo oyó. Ocultó el rostro entre las manos.

- ¡Oh, Dios! Seguramente hizo bautizar al niño para asegurarse de que recibiría la herencia. ¡Yo le prometí a Colomba que eso nunca sucedería!

- Nosotros, nos vamos, - insistió Wigbold.

Para su gusto ya había durado demasiado. Enderezaron al escribano y lo volvieron a colocar mal que bien en su silla. Después cerraron la puerta y se apresuraron a salir del edificio.

- Los mantos negros, - dijo Amaury cuando hubieron dejado atrás la encomienda - , ¿qué había de cierto en ello, Wigbold?

- ¿Mantos negros?

- Eso fue lo que me dijiste justo después de que Colomba hubiera desaparecido. ¿Eran reales o lo inventaste? ¿A qué le tienes tanto miedo, demonios?

- Yo vi mantos negros.

- Sicard ya había colgado los hábitos cuando secuestró a Colomba. Tú lo viste, él te dio dinero. ¿Quién iba con él?

- Sanjuanistas. Yo, sólo hablo con Sicard.

- Es decir que no los viste de cerca. ¿Eran caballeros hospitalarios o sólo se hacían pasar por tales?

El frisón se pasó la mano por la calva y guardó silencio.

- Por aquel entonces Sicard ya no era miembro de la orden, Wigbold. Sus secuaces no pueden haber sido sanjuanistas, a no ser que se sirviera de algunos frailes, lo cual es lo más probable. Tuvo que verse más o menos obligado a salir de la orden, o lo hizo a propósito porque vio la posibilidad de seguir una carrera más lucrativa.

- Ellos llevan mantos negros con cruz.

Amaury negó enérgicamente con la cabeza. Seguía repasando los hechos de principio a fin con la esperanza de descubrir algo nuevo.

- No lo creo. En aquellos momentos, la orden estaba demasiado ocupada en su lucha contra los moros. Además, Sicard ya había sido antes un rival de la orden en lo tocante a los intereses en Limousis. Creo que sus compinches se hicieron pasar por caballeros hospitalarios para despistarnos. Ya no tienes por qué temer que se nos eche encima toda la orden si perseguimos a Sicard.

- ¿No?

- Aunque después de haber golpeado al escribano, no sé, - se burló Amaury.

Wigbold apretó el paso. Quería abandonar cuanto antes Carcasona. Como si le persiguiera el diablo, se abrió paso por las calles concurridas en dirección a la puerta de la ciudad, donde habían dejado sus caballos. No llegó mucho más lejos de la esquina de la calle, donde casi lo atropella un jinete. El estruendo de las cornetas retumbaba entre las casas.

- ¡Apartaos, haced sitio a los jinetes del senescal!

Wigbold se apretó contra la fachada y Amaury se unió a él.

- Y algo más, Wigbold. ¿Cómo es que sabías el nombre de Sicard? Todo el tiempo me ocultas algo y eso empieza a irritarme.

Wigbold no le contestó.

El tono melancólico de la corneta fue apagándose. El jinete iba seguido de un pregonero que recitaba a voces una serie de nombres.

- ¡Quien así obre, así acabará! - oyeron decir al pregonero.

Lo seguían otros jinetes que arrastraban algo. Entraron en la calle a trote, y se detuvieron a medio camino. Los bultos que arrastraban quedaron en plena calle. Uno de los jinetes había dado la vuelta a la esquina a tal velocidad que su carga resbaló y fue a parar a los pies de Amaury. Éste bajó la vista y sintió arcadas. Delante de él, sobre un entramado de madera, yacían los restos medio descompuestos de cuerpos humanos. Por lo visto, los muertos habían sido sacados de la tumba, pues los cadáveres aún llevaban los restos de las mortajas.

- ¡Me cago en Dios! - exclamó Wigbold.

- Ni siquiera pueden dejar tranquilos a los muertos, - dijo una mujer.

- Ese traidor los delató a todos, - dijo un hombre que cargaba agua.

- ¿Qué traidor? - preguntó otro.

- Un Bon Homme. Se presentó en el monasterio de los dominicos, - respondió el porteador de agua, que al parecer estaba bien informado - . Dicen que se ha convertido y que entró en el monasterio como monje para evitar su castigo. ¡Delató a tantos que necesitó varios días para hacerlo!

- Todos estaban ya muertos, ¡por mí que se los queden a esos cagones! - dijo la mujer con desdén.

- No son capaces de atrapar a nadie más. Condenaron a varios a la hoguera, pero eran de alta cuna o familiares de los cónsules. Y por supuesto éstos se negaron a arrestarlos. Todos ellos han huido, - explicó el porteador de agua.

El heraldo volvió a recitar los nombres y anunció que los restos mortales de los herejes serían quemados en la hoguera del Pré du Comte. Conminó a toda la población a congregarse en el lugar.

- ¡Quien así obre, así acabará! - repitió a voz en grito, después ordenó a los jinetes que siguieran avanzando.

Los restos indefensos delante de Amaury se pusieron de nuevo en movimiento y desaparecieron de su vista siguiendo su recorrido por la ciudad. Incluso a Wigbold se le había encogido el ombligo.

Dio un rodeo para no pisar el lugar donde habían yacido los cadáveres y se dirigió apresurado hacia la puerta de la ciudad. Allí los detuvieron.

- Van a quemar a los herejes en el Pré du Comte. Todo el mundo está obligado a presenciar la quema.

A regañadientes se encaminaron hacia el prado donde los jinetes ya habían entregado su carga.

- Esto también pasa en Albi, hace tres años, - dijo Wigbold - . El inquisidor, casi colgado. Por ciudadanos. Salvado justo a tiempo.

Todo aquello era nuevo para Amaury. Miró sin dar crédito cómo amontonaban los esqueletos en la hoguera. Las calaveras parecían sonreír y mirarlo fijamente con sus cuencas vacías.

- Mejor que quemen muertos que no vivos, - opinó el frisón.

Los Buenos Cristianos quizá no lo consideraran tan grave, pensó Amaury. De ahí que el Bon Homme hubiera delatado sin escrúpulos a sus correligionarios muertos, para proteger a los vivos. Por lo menos, ésa era la única explicación que se le ocurría. ¿Qué significaban para ellos los restos mortales de un ser humano? No eran sino lo que ellos llamaban la túnica del demonio. ¿Acaso la firme convicción religiosa del delator le había hecho olvidar que aquel espectáculo representaba una amenaza para los simples ciudadanos y campesinos? El mensaje era claro: nadie estaba a salvo del largo brazo de la Inquisición, ni siquiera los muertos. El terror de los inquisidores fanáticos llegaba hasta el sepulcro. El rostro de Amaury adquirió el mismo color grisáceo que las cenizas que se acumulaban en la hoguera. Apartó la vista del espectáculo, se inclinó hacia Wigbold y dijo:

- Tengo que encontrar la tumba de Colomba antes de que la Inquisición le ponga las manos encima.

De súbito, todo lo demás parecía menos importante.

CARCASONA Principios de octubre de 1240

- Cada cual intenta a su manera salvar el pellejo, conservar sus posesiones y asegurar la supervivencia de su estirpe. - El rostro curtido de Pedro Mir mostraba una expresión dura e inflexible. El viejo veterano no sentía remordimientos - . Luché en las tropas de elire de Montfort durante el asedio de Beaucaire. Regresé cuando el conde Raimundo, me refiero al hijo del viejo conde, reconquistó las tierras de su padre y entonces luché contra Montfort. A veces uno se equivoca de bando, pero eso sólo se descubre a la postre. Ahora vuelvo a jugarme el todo por el todo. - Soltó una risa despectiva - . No es gran cosa. Y por ese poquito tenía que besar los pies de los franceses. Por si acaso he llevado a mi esposa a Montségur. Si Trencavel no consigue tomar Carcasona, si es derrotado y ha de vivir de nuevo en el exilio, no me quedará nada. Es arriesgado. Qué le vamos a hacer, soy así de temerario.

Se sorbió la nariz. Soplaba un viento fresco del oeste, el aire estaba cargado de lluvia y él estaba resfriado.

- ¿Y tú por qué has vuelto? - preguntó Mir - . ¿Puedes sacar tajada de aquí?

- Tengo que liquidar una deuda, - respondió Amaury. A fin de cuentas, pensó, si la Inquisición no lo hubiese traído hasta aquí, habría venido por sí mismo.

- Quién no, - dijo Mir - . Pero ¿qué sentido tiene? Una deuda se suma a otra. No hay escapatoria. No podemos cambiar las cosas.

- He vuelto para acabar lo que había empezado.

- No encontrarás ya nada de lo que había entonces. Nuestro país ya no es lo que era. Qué quieres, después de treinta años de guerra y opresión. Lo han saqueado. Eramos un pueblo orgulloso que se jactaba de su valor y de su estilo de vida garboso. Ahora, los trovadores han desaparecido, los señores se han convertido en mendigos, los caballeros ya no pueden llevar sus armas y las damas de la nobleza son obligadas a casarse con bárbaros del norte. No se han salvado ni los mercaderes, ni los campesinos: nos han descamisado a todos. Lo han echado todo a perder.

- No he venido hasta aquí para obtener un beneficio material.

Mir se inclinó hacia un lado, presionó una aleta de la nariz con el pulgar y se sonó.

El asedio de Carcasona duraba ya más de cuatro semanas. Las catapultas sometían la fortaleza a un bombardeo incesante. Se habían emprendido varios asaltos y los zapadores habían intentado socavar las murallas, hasta entonces en vano.

- Me pregunto si el conde Raimundo acudirá en nuestra ayuda, - dijo Amaury.

Mir lo observó vacilante.

- Si realmente lo quisiera, ya estaría aquí. Pero primero quería consultarlo con sus consejeros en Tolosa. Desde entonces no sabemos nada de él, salvo que el senescal de Carcasona, que también le ha pedido su ayuda, ha recibido la misma respuesta. Es decir: tenemos que arreglárnoslas solos.

- El conde abandona a Trencavel a su suerte, igual que hiciera su padre entonces - dijo Amaury sombrío.

También él se enfurecía al recordar la trágica suerte de Ramón Roger Trencavel, el valiente vizconde de Carcasona que se había ofrecido como rehén y que había sido envenenado por los cruzados en su celda. Ahora, Ramón Trencavel, el hijo que entonces había tenido que huir con su madre hacia Foix cuando tan sólo contaba dos años de edad, se hallaba ante las murallas de la ciudad para exigir su herencia.

Los nobles jóvenes, que habían cruzado con él los Pirineos, estaban ansiosos por asaltar nuevamente la ciudad, y preferiblemente enseguida.

- ¿Sabías que los Cabaret han regresado? - preguntó Mir.

- ¡Qué! ¿El señor Pedro Roger?

- No. Orbrie, la primera mujer de...

No acabó la frase.

- ¡Tranquilos! - gritó Mir, gesticulando para impedir que los jinetes empujaran a los soldados de a pie, que a punto estaban de ponerse al alcance de las catapultas enemigas - . Esos jóvenes desfogados son más apasionados que nosotros entonces, - masculló.

Desde su montura, donde podía dominar algo la situación, Mir dirigía a sus arqueros y daba indicaciones a los hombres que manejaban las catapultas.

- Vosotros luchabais para conservar vuestras posesiones, - respondió

Amaury - . Ellos no tienen nada que perder.

Comprendía a los jóvenes nobles. Eran proscritos que querían vengarse de la injusticia que se había cometido contra sus padres y tomar lo que era suyo.

Una parte de la muralla se derrumbó con un enorme estruendo, allí donde los zapadores habían socavado la fortificación. Amaury miró tenso a Trencavel, a la espera de la señal para el ataque.

- ¡Los peones, ahora! - gritó - . ¡Arqueros, cubridlos!

Su orden fue repetida por todos lados por los jinetes. Mir gritó palabras parecidas a sus soldados y espoleó a su caballo. La masa viviente detrás de la capa protectora de hierro, madera y cuero se puso en movimiento. Se oyeron gritos de ataque por encima del ruido de las botas y por encima de éstos el estruendo de las cornetas, el repiquetear de los tambores y el ensordecedor ruido de los címbalos. Por si ello no fuera suficiente, los hombres se provocaban mutuamente lanzando gritos de guerra e insultos a fin de aumentar la fuerza de su ataque y atemorizar al enemigo. De súbito, los peones se detuvieron. Una vez en la brecha, se quedaron parados y desde las partes aún en pie de la muralla empezaron a llover las flechas y las piedras. Los hombres caían como chinches. Detrás de ellos avanzaba la siguiente línea de ataque. Los jóvenes nobles montados en sus corceles intentaban reanimar el asalto desde la retaguardia.

- ¡Hay un bloqueo dentro de la muralla! - gritó Amaury a Mir - .

¡Esto será una matanza!

También Trencavel había comprendido que era inútil seguir con el ataque.

- ¡Retirada! Detrás de la brecha han levantado un muro de piedras, - informó Mir poco después - , y detrás esperaban sus arqueros.

Era imposible entrar.

Se apeó del caballo y lanzó su escudo al suelo. Era el quinto intento frustrado de asaltar la fortaleza, y de nuevo habían sufrido fuertes pérdidas.

- Sin el apoyo del conde Raimundo no conseguiremos nada, - dijo Mir de mal humor.

Unos días más tarde llegó la noticia de que el rey de Francia había enviado a un ejército para liberar Carcasona. Trencavel prefirió no arriesgarse y levantó el sitio. Más valía eso que caer en manos de los franceses. Los separaban ya varias millas de Carcasona. En el suburbio conquistado en la orilla derecha del Aude, donde habían acampado, reinaba la confusión. La abadía de Notre Dame y el monasterio de los dominicos, que previamente habían despojado de sus piezas de madera para equipar las máquinas de asedio de Trencavel, habían sido hábilmente saqueados y arrasados. Las casas habían sido incendiadas y ahora se elevaban grandes nubes de humo. Por miedo a las represalias, también los ciudadanos habían escapado. A fin de cuentas, habían recibido con los brazos abiertos a los rebeldes. Habían huido con los faidits y sus soldados, pero no podían seguir el ritmo de los jinetes y ya estaban muy rezagados. Trencavel hubiera preferido poner rumbo hacia el sur, para regresar a través de Corbiéres a Cataluña, donde se hallaba a salvo, pero el

ejército francés le había cortado el camino. Ahora intentaba llegar con sus hombres antes del anochecer a Montreal.

Llovía a cántaros y el resfriado de Mir no había mejorado precisamente. Tenía la voz áspera y una tos muy fea. Amaury galopaba en silencio junto al caballero de Fanjeaux.

La breve aventura de Trencavel, que no había durado más de dos meses, le había dejado un regusto amargo. Al principio, cuando Trencavel fue aclamado como liberador y los ciudadanos le abrieron una tras otra las puertas, se había sentido muy confiado. También los Bons Hommes tenían puestas sus esperanzas en la rebelión. Ahora podían moverse con mayor libertad en la parte liberada del país y gracias a ello Amaury podía participar en la lucha. Sin embargo, el asedio de Carcasona había empezado con el vil asesinato de unos treinta clérigos indefensos, a pesar de que Trencavel les había dado un salvoconducto para viajar a Narbona.

Mir tenía razón, lo que él buscaba parecía ya no existir. Ni siquiera ahora, que podía luchar abiertamente contra sus compatriotas, a los que él llamaba enemigos, sentía satisfacción alguna. Acercó su caballo al de su camarada y le tiró de la manga.

- ¡Me largo! - gritó por encima del estruendo del viento y los cascos de los caballos.

Levantó la mano para despedirse y se separó del grupo de jinetes.

- ¡Estás loco, Cap Perdut! ¡Es un suicidio! ¡No lo lograrás nunca estando solo! - gritó Mir, pero su voz se quebró y no consiguió soltar más que un pitido, inaudible para el caballero que se alejaba velozmente.

CABARET Mediados de octubre de 1240

- Tú, hombre de suerte. Tú, siempre logras escabullirte, - le había dicho Wigbold en una ocasión.

No siempre era cierto, pero en cualquier caso su buena estrella no lo abandonaba. Mientras Trencavel y sus faidits eran asediados en Montreal, Amaury conseguía llegar a la Montaña Negra. A pesar del mal tiempo, pasó la noche en campo abierto y después siguió directamente hacia Cabaret. También allí la suerte estuvo de su parte.

Orbrie de Cabaret seguía allí. Estaba decidida a mantener la herencia de Cabaret para los hijos que había dado a Jordán antes de que éste la repudiara para casarse con Mabilia. Tan pronto se declaró la rebelión a raíz del regreso de Trencavel, Orbrie retornó con sus hijos a los castillos en la cima de la montaña. Se instaló en el burgo principal, como si fuera la matriarca de la familia Cabaret. Su cabello azabache se había tornado gris, pero seguía siendo tan bella y provocativa como siempre.

- ¿Que Trencavel ha levantado el asedio? - Su voz estaba llena de incredulidad, incluso indignación, como si se hubiera cometido un agravio personal contra ella - . ¿Dónde está ahora la tropa de apoyo de los franceses?

- Delante de Montreal.

- ¿Hay movimientos de tropas en dirección a Cabaret?

- No, creo que ante todo quieren echarles mano a Trencavel y a sus faidits.

- Entonces aún tenemos tiempo. Gracias, caballero, por las malas noticias.

No cabía la menor duda de que el enemigo se vengaría de los demás rebeldes tan pronto como hubiera ajustado cuentas con Trencavel

Orbrie se dirigió a sus hijos para decidir cuál era la mejor estrategia en estas nuevas circunstancias.

- Quisiera pediros un favor, señora, - dijo Amaury.

Orbrie volvió la cabeza. Sus ojos brillaban como cuentas negras en la sombra de su ceño fruncido.

- ¿Qué deseáis? ¿Un premio por las malas noticias que me habéis traído?

- Busco a Sicard de Bessan.

Orbrie soltó una carcajada.

- ¿También él ha regresado? - preguntó Amaury.

- Una parte de él. - Debía de ser una observación graciosa, pues todos rieron - . Pero no es aquí donde tenéis que buscarlo. Está en Limousis.

Amaury sintió que se le ponía la carne de gallina.

- Sicard de Bessan es un impostor, - dijo.

Ahora las cejas de Orbrie se arquearon.

- ¡No es posible! - exclamó burlona - . Podéis encontrarlo en Limousis. Por mí, podéis hacer con él lo que gustéis. Recordad tan sólo que lo que hay en sus minas es nuestro.

Dicho esto, hizo un gesto altivo para darle a entender que se retirara.

Amaury se despidió con una pequeña inclinación de la cabeza y abandonó la sala. Descendió por la ladera hasta el pueblo que se hallaba a orillas del río. Los castillos en la cima entre los dos precipicios, la casa donde las mujeres lo habían cuidado y donde la había vuelto a ver por primera vez, la casa de las Bonnes Dames donde ella vivía, el puente sobre la cascada y el río donde las mujeres hacían la colada, todo le recordaba a Colomba. Era como si alguien hubiera introducido una mano en su pecho y le apretara el corazón. Siguió andando y reconoció los lugares por donde habían caminado juntos, el camino a Salsigne donde habían reñido y el lugar en el que la había besado por primera vez después de que ella le pegara. Allí estaba la curva donde había visto llegar a los ciegos de Bram y al otro lado la pequeña senda que llevaba a la Montaña Negra, por la cual habían huido. En poco tiempo, los Cabaret tendrían sin duda que regresar a su propiedad junto a Narbona y aquí volvería a patrullar una guarnición francesa que le negaría el acceso.

¡Dios, cuánto daría por poder dar marcha atrás en el tiempo, por verla y sentirla una vez más! Si fuera necesario, vendería su alma al diablo. Más aún: ya se la había vendido. Pues ¿acaso no había abandonado al dios por el cual había tomado las armas? ¿Por qué los dos años con ella habían dejado una impresión tan indeleble, más que todos los demás años de su vida? ¿Qué era ese sentimiento inexplicable llamado amor, un sentimiento que aún ahora lo aturdía, que le había hecho olvidar todo lo demás en el mundo, por el cual había cometido una estupidez tras otra y había destruido el resto de su vida? Colomba tenía razón. Ése no era el amor que había enseñado Cristo, eso era deseo, una trampa del demonio. Finalmente, también Colomba había caído en ella y esto había sido su perdición, y todo por culpa suya. Había querido compensarlo. ¿Cómo? Sirviendo a los Buenos Cristianos. En cualquier caso, con eso había conseguido aplacar un poco su conciencia.

Regresó al pueblo al pie de la fortaleza para reunir víveres. Nadie hacía preguntas, pero sentía que todos los ojos lo seguían. Mientras se dirigía a las cuadras con un pan debajo del brazo, para recoger a su caballo, vio de súbito que una mujer caminaba a su lado.

- No os ha advertido, ¿no?

- ¿Quién?

- Doña Orbrie.

- ¿Advertirme de qué?

- Es una arpía. Mirad lo que me ha hecho. - La mujer se apartó el pelo y le mostró una cicatriz donde antes había habido una oreja - .

Me dijo que lo hacía porque la había perjudicado.

- ¿De qué tendría que haberme advertido?

- Limousis. Ese lugar está maldito. Las fuerzas ocultas se han apoderado de las minas.

- ¿Las fuerzas ocultas? - repitió Amaury escéptico.

Por lo visto las noticias se difundían con rapidez en Cabaret. Todos parecían estar al corriente de lo que había preguntado a Orbrie.

Llevaba ya cuatro años buscando sin éxito a su hijo y la tumba de Colomba. Pero a pesar de la ayuda de los Buenos Cristianos, a los que protegía y con quienes recorría el país, no había conseguido ningún progreso. Tampoco los nobles que habían bajado de Montségur para luchar con Trencavel habían podido decirle nada. Su mujer y su hijo habían desaparecido de la faz de la Tierra sin dejar rastro y ni siquiera había conseguido encontrar al causante de todas las desgracias, Sicard de Bessan. Todo indicaba que tampoco estaba en Limousis. La finca fortificada parecía deshabitada. Salvo los criados y los campesinos que cultivaban las tierras, no había ni un alma. Las propiedades que tanto había deseado Sicard consistían tan sólo en unas cuantas casas, un pedazo de tierra y una vieja mina que según decían había caído en desuso. Además, añadían, era peligrosa, pues allí habían sucedido terribles accidentes. Bien es cierto que hacía años de eso, mas desde entonces nadie se atrevía a poner un pie en ella.

Amaury decidió inspeccionar la mina. Volvió a montar a caballo y cabalgó hacia la cantera. No se veía nada aparte de la terrible herida en la ladera de la montaña y la boca abierta de una mina. Se apeó del caballo que relinchaba y movía nervioso la cabeza. Amaury puso las riendas sobre el cuello del animal y tiró con fuerza del ronzal, pero el caballo no se movió y no hubo manera de que se acercara. El caballero sujetó al animal a un árbol y regresó a la boca de la mina. En la pared encima de la entrada había algunos signos grabados. Se acercó para ver de cerca las figuras. Ahora comprendía por qué nadie se atrevía a venir aquí. Eran símbolos demoníacos que advertían al intruso de las desgracias que le aguardaban. Entró en la mina. Después de haber dado unos diez pasos, la oscuridad era tal que no podía ver dónde ponía los pies. Siguió avanzando un poco más, palpando la pared. Por lo general, las galerías de las minas no solían ser muy profundas, por la sencilla razón de que de lo contrario no se podía trabajar apenas debido al humo de las antorchas, pero era imposible ver lo profunda que era ésta. Además no parecía haber nadie, pues reinaba un silencio sepulcral. No obstante, le pareció oler que alguien había encendido poco antes una lámpara de aceite u otra luz que quemaba con grasa, aunque sobre todo detectó un penetrante olor a animal.

Era peligroso seguir avanzando sin iluminación, pensó, y dio media vuelta con la intención de regresar sobre sus pasos.

En aquel momento se escuchó un ruido, como si alguien abriera una verja chirriante. Luego oyó un profundo gruñido procedente de la oscuridad y justo después sintió que algo se acercaba a gran velocidad. Se volvió de golpe y desenfundó su daga. Al siguiente instante, la bestia se abalanzó sobre él y le mordió en la espalda. Con ambos brazos intentó apartar de si al monstruo rabioso sin poder tocarlo realmente. Las mandíbulas le desgarraban la ropa; la cabeza del animal estaba tan cerca de él que tenía delante de sus narices los ojos amarillentos. Se protegió la cara con el brazo izquierdo y con la derecha intentó dar puñaladas con la daga. Los dientes le mordían con fuerza el brazo. Un dolor paralizante le penetró hasta los huesos.

La bestia sacudía la cabeza, sin dejar de morder la herida. Amaury le asestó una puñalada a ciegas, retiró la mano y volvió a apuñalarle, una y otra vez, hasta que el lobo lo soltó emitiendo un terrible aullido y dejándose caer al suelo.

Amaury se incorporó temblando, sujetándose el brazo herido. Se mantenía en pie agarrado a la pared.

- ¡Sicard! - gritó, dirigiendo su voz hacia la oscuridad de la mina - . ¡Sicard! ¡Tu perro diabólico está muerto! ¡Sal y lucha, como un hombre!

Sólo le respondieron el silencio y el eco de su voz.

- ¡Sicard! ¡Puedes quedarte con tu maldita mina y todo lo que hay dentro! ¡Devuélveme a Colomba y a mi hijo! - gritó.

No obtuvo respuesta. Fue retrocediendo lentamente por la galería, temeroso de sufrir otro ataque inesperado. En cuanto aumentó la claridad, pudo evaluar los daños. Su sobretodo había quedado hecho jirones, incluso su camisa estaba desgarrada y tenía la piel llena de rasguños. Su brazo había salido peor parado. Se chupó las heridas y se disponía a ir en busca de agua y vendas que debía de tener en su alforja cuando se detuvo sobresaltado. Debajo del árbol donde había dejado su caballo había un caballero, flanqueado por un arquero que mantenía el arco tensado.

- Soy Sicard - dijo el caballero - . ¿Qué buscas aquí?

Amaury lo miró y negó con la cabeza.

- Eres demasiado joven, - le dijo - . No eres Sicard.

- Me llamo Sicard, como mi padre. Sicard de Limousis.

Amaury sintió que le daba un vuelco el corazón.

- ¿Eres el hijo de Colomba? - preguntó incrédulo.

El otro asintió. Cautelosamente Amaury se acercó unos cuantos pasos, pero se detuvo cuando vio que el arquero le apuntaba. Ahora podía ver los rasgos del caballero. Calculó que debía de contar unos treinta años, tenía una nariz aguileña, ojos marrón claro y pelo negro y rizado.

- Tú no eres mi hijo, - dijo con desdén - . Eres un impostor, igual que tu padre.

El arquero miró de reojo al caballero, pero Sicard negó con la cabeza.

- ¿Dónde la habéis enterrado? - dijo Amaury.

- Eso tienes que preguntárselo a mi padre. Pero no está aquí. ¿Que se te ha perdido en la mina?

- Eso quería preguntarte yo a ti. ¿Qué hay tan importante para que sueltes a ese perro contra los visitantes indeseados?

- Eso no es asunto tuyo. La mina es propiedad mía, es la herencia de mi madre. A nadie se le ha perdido nada aquí.

Amaury no se encontraba en condiciones de insistir. Podía darse por satisfecho si conseguía salir de allí con vida. Mientras tanto, intentaba atar cabos. Si este joven era en efecto hijo de Colomba, Sicard de Bessan tenía que haber engendrado un hijo con ella después de que el suyo hubiera nacido. La idea era ya de por sí repulsiva. Se preguntó cuánto sabría este hijo de toda la historia. Estuvo a punto de decirle que la mina y todo lo que había heredado de Colomba eran bienes robados, que las bendiciones nupciales con Sicard en Carcasona eran ilegales porque en aquel momento ella llevaba el hijo de otro. Pero ¿quién decía que tenía un hijo? Seguramente cuando el señor Jordán le habló de la herencia de Limousis se refería al joven Sicard. ¿Por qué no había tenido en cuenta esa posibilidad? ¿Cómo había podido pensar que Sicard de Bessan aceptaría al hijo de otro? ¿Para después dejarle su tan anhelada herencia? Era más probable que se hubiera desembarazado de esa amenaza para sus propios descendientes. Tal vez, el hijo que le había dado a Colomba hubiera nacido muerto o demasiado pronto y sin posibilidades de sobrevivir. Eso no sería extraño después de todo lo que había vivido Colomba. ¿Acaso

durante todo aquel tiempo había perseguido una quimera, un hijo que no existía y una tumba imposible de encontrar?

- Entonces me he equivocado, - dijo con calma forzada.

Sin prestar atención a Sicard ni al arquero, se dirigió hacia su caballo. De repente su vida carecía de sentido. Mucho mejor si el arquero disparaba su flecha. Pero los dos hombres se apartaron y lo dejaron pasar. Con dificultad se subió a la montura y una vez más miró al caballero.

- Saluda a tu padre de parte de Amaury de Poissy, - dijo, y espoleó al caballo.

AVIGNONET 28 de mayo de 1242

- Tú, come bien. La comida de los Bons Hommes no es buena para un guerrero.

Wigbold le pasó más carne y le pellizcó jovialmente en el hombro.

- Flaco, - fue su único comentario, y se golpeó la barriga.

El frisón llevaba una buena vida, pues era la mano derecha de Ramón d'Alfaro, senescal del conde Raimundo en Avignonet. Su ya enorme cuerpo empezaba a aumentar considerablemente a lo ancho.

Amaury clavó sus dientes en la carne.

- ¿Por qué me has hecho venir? - preguntó con la boca llena.

- D'Alfaro tiene un trabajito para ti.

- ¿Qué trabajito?

- Gran botín. Es todo lo que sé.

Wigbold se llevó el índice a los labios y se reclinó satisfecho.

Amaury dejó de masticar y escudriñó al frisón.

- ¿Me has hecho venir para eso? Ya sabes que detesto los saqueos.

- No hables. Tú, come bien y luego a trabajar. D'Alfaro paga bien. Para este trabajito, sólo hombres de confianza. Después de esta noche, el país liberado, nunca más Inquisición.

Amaury decidió no seguir indagando. Por lo visto había una misión de la cual Wigbold tampoco sabía mucho. No era extraño. Él mismo ocultaba siempre a sus soldados hasta el último momento, dónde iban y qué debían hacer. Mantener el secreto y reclutar hombres de los que se podía estar seguro era una forma de supervivencia. Algo se estaba tramando desde hacía semanas. Se decía que el conde de Tolosa había cerrado una alianza con los enemigos del rey francés. Era posible que estuviera a punto de dar un golpe de Estado. El trabajito del que hablaba Wigbold sería un pequeño eslabón de un plan más grande. Siguió comiendo en silencio hasta saciarse.

Había caído ya la noche cuando Wigbold dio finalmente la señal de partir. Tampoco eso era extraño. El diácono, al que Amaury acompañaba desde hacía cinco años, se movía siempre de noche por las calles para visitar a quienes querían recibir el consolamentum. Los Buenos Cristianos no habían bajado en ningún momento la guardia, ni siquiera cuando se produjo una suspensión de casi todas las actividades de los inquisidores a raíz de las quejas que el conde Raimundo había presentado al papa sobre los métodos de la Inquisición. Entre tanto, los dominicos habían reanudado su trabajo y de nuevo habían perecido personas en la hoguera. Otros habían sido castigados con penas desmedidas. Unos días antes, dos inquisidores se habían instalado en Avignonet con su séquito, razón suficiente para que Amaury estuviera alerta.

El frisón le entregó un hacha de guerra. El caballero, que había tenido que cruzar la puerta de la ciudad desarmado ocultando su daga debajo de sus ropas, empuñó el hacha con

ambas manos. Sopesó el arma y controló lo afilada que estaba. Asintió aprobatoriamente. Wigbold sólo llevaba su consabida porra en el cinto.

El frisón conocía la ciudad como la palma de su mano. Avanzó en silencio por las callejuelas, con una agilidad excepcional para alguien de sus dimensiones, hasta que llegaron a una casa ante la cual se habían congregado algunos hombres. Nadie decía nada. Sólo cuando hubieron llegado todos, uno de ellos les dio instrucciones.

Había que ocupar las calles en diferentes lugares para asegurarse de que los demás pudieran hacer su trabajo tranquilamente. Salieron en diferentes direcciones. Los demás, unos quince hombres, se quedaron esperando junto a la casa hasta que llegó alguien con más información.

- Estaban cenando, pero ahora ya se han acostado. Los demás nos esperan fuera de las murallas.

Wigbold agarró a Amaury por el codo y le susurró que lo siguiera. Muy cerca de la muralla, más o menos a la altura del matadero, el frisón aminoró la marcha y esperó. Durante un tiempo no sucedió nada. La noche era fría. La ciudad se sumergió confiada en un profundo sueño.

Ramón d'Alfaro llegó tan silenciosamente que Amaury sólo advirtió su presencia cuando estuvo junto a él. Su escudero lo seguía a pie.

- Todo en orden, - dijo el senescal - , acaban de entrar. ¿Todo el mundo está en su puesto?

- Todo según el plan, - respondió Wigbold.

- Entonces vayamos. - D'Alfaro apretó el paso - . ¿Quién es ése?

- Lo Ranquilhós, - dijo Wigbold.

- Ya veo, - dijo D'Alfaro - . Bienvenido seas.

De la oscuridad salió de repente un grupo de hombres, apenas visibles a la luz de la luna. Eran treinta o más. El senescal los saludó.

- Estos, vienen de Montségur y Gaja, - susurró el frisón a Amaury al oído - . Por orden del conde Raimundo. Interés nacional.

La comitiva siguió a D'Alfaro hasta que llegaron a la casa donde se habían congregado antes los hombres de Avignonet. Alguien entró en la casa y regresó con dos antorchas encendidas. Amaury reconoció algunas caras que ya había visto en el asedio de Carcasona: faidits. Después prosiguieron su camino, capitaneados de nuevo por D'Alfaro. Sus armas brillaban en la luz temblorosa y sus grotescas sombras bailaban sobre las fachadas de las casas. En los cruces se fueron encontrando, tal como estaba previsto, a los hombres que montaban guardia. Después de un corto recorrido llegaron al castillo de Avignonet que pertenecía al conde de Tolosa. El senescal hizo una señal y acto seguido uno de los hombres se separó del grupo y entró en el edificio a través de una estrecha puerta lateral. Unos instantes más tarde, abrió la puerta principal desde dentro para que los demás pudieran penetrar en el castillo. D'Alfaro eligió a unos cuantos hombres para que montaran guardia en las esquinas de la calle y junto a la entrada del castillo. Los caballeros que comandaban a los hombres de Montségur y Gaja también apostaron a algunos hombres en la calle. Los demás desenfundaron sus armas y entraron en el castillo después del senescal.

Cuando Amaury cruzó la puerta detrás de Wigbold, los primeros ya habían llegado a la torre y a la escalera que conducía a la gran sala.

Oyó el ruido de sus botas subiendo por la escalera. De pronto, nadie parecía tener necesidad de ocultar por más tiempo su presencia. Se oyeron hachazos, como si alguien estuviera talando un árbol, el ruido de la madera astillada y poco después los primeros gritos.

Librodot

- ¡Aquí tenéis vuestro merecido, perros sanguinarios! - gritó alguien.

Después se armó el alboroto. Amaury subió los peldaños de la escalera de dos en dos. Un terrible presentimiento se apoderó de él y sintió que la sangre palpitaba en sus venas. Ya había adelantado a Wigbold, que subía con su pesado cuerpo.

- ¡Ellos, ya tienen el botín! - jadeaba, corriendo detrás del caballero.

De la puerta no quedaba gran cosa. Sólo algunas astillas que aún colgaban de las bisagras. Amaury se quedó inmóvil, horrorizado por la escena que contemplaban sus ojos. Sin embargo, al instante fue apartado de un empujón por Wigbold, quien, porra en mano, a punto estuvo de derribarlo.

- ¡Me cago en Dios! - gritó el frisón - . ¡Los sinvergüenzas católicos!

Irrumpió en la sala y empezó a agitar su letal herramienta.

Treinta hombres eran demasiados para liquidar a siete clérigos desarmados, un notario, un escribano y dos correos. Pero el odio contra los inquisidores y sus colaboradores era tal que todos querían repartir golpes. Amaury miraba paralizado a los clérigos y escribientes que desde sus camas intentaban protegerse de la jauría sanguinaria que se les echaba encima con hachas, porras o espadas. No era el único que no había sabido adónde lo enviaban, pero los demás se veían arrastrados por la furia de quienes los precedían. Dos víctimas, las que habían estado más alejadas de la puerta, intentaban escapar por una escalera hacia una estancia situada encima de la sala.

- ¡Cogedlos! ¡No dejéis que esos canallas se escapen! - gritó alguien.

Cinco hombres armados con hachas se abalanzaron sobre ellos y los obligaron a regresar a la sala, donde acabaron enseguida con ellos.

- ¡Muerte a los curas! - gritaban.

- ¡Lo he cogido, lo he matado con esto! - se jactó un sargento.

Estaba en pie con las piernas abiertas y los pies en un charco de sangre en el que flotaban algunos miembros; en la mano sostenía una sierra.

- ¡Bien hecho! - exclamó D'Alfaro.

La expresión de rabia que tenían poco antes los rostros de los guerreros se había transformado en una mueca grotesca. Como bestias salvajes gruñían a quien se acercara demasiado a su presa. En aquella orgía de violencia descargaban el odio reprimido contra la institución que, con sus difamaciones, instigaba a amigos y parientes, unos contra otros. Cuando ya no quedó nadie por matar y los once cuerpos mutilados ya no opusieron resistencia, contemplaron el campo de batalla. Algunos tenían que recuperar el aliento mientras otros levantaban los puños en señal de victoria, jactándose de la faena realizada.

Después de haber dado, a mayor abundamiento, patadas contra los cuerpos para asegurarse de que habían completado su trabajo llegó el momento de hacerse con el botín. Los hombres se repartieron por la estancia para poner patas arriba el equipaje de los inquisidores. Abrieron los baúles, o los rompieron a hachazos, y también registraron otras estancias en busca de las pertenencias de los clérigos. D'Alfaro se paseaba orgulloso en un jubón blanco que había pertenecido a uno de los inquisidores. Amaury avanzaba aturdido y dando traspiés entre los cadáveres. Su hacha de guerra seguía colgando del cinto sin que la hubiera utilizado.

- Dios santo, - era lo único que conseguía decir.

Mientras tanto, algunos rezagados, que durante la matanza habían permanecido fuera, también habían entrado en la sala para participar en el saqueo. Todos encontraban algo de su gusto. Sobrepellices, atriles, libros, candelabros, tapices, mantos, un sombrero, cinturones, medias y zapatos, incluso sábanas y mantas manchadas de sangre: se lo llevaban todo.

- ¡Eh! ¡Ranquilos!

Amaury volvió de golpe la cabeza. D'Alfaro le lanzó un legajo de pergaminos.

- ¿Es esto lo que buscabas?

En sus manos tenía los registros de la Inquisición. Interrogatorios, sentencias, condenas a muerte, listas de sospechosos, testigos, todo ordenado y fechado. Su primer impulso fue arrojar el legajo lejos de si. El sueldo de un asesino, pensó. Pues, quisiera o no, era cómplice de aquella matanza. Todo el que hubiera puesto los pies en aquella sala esa noche era culpable. Sin embargo, el pergamino lo atraía. Lo abrió. Hojeando el texto que había sido la ruina y la humillación de tanta gente, se preguntó qué sentido tenía todo aquello. Por qué ahora, ahora que finalmente había abandonado su búsqueda, ahora que se había resignado a no saber nada de la suerte de Colomba y de su hijo, y que había aceptado el hecho de que nunca más volvería a ver a Beatriz y a sus hijos en Poissy. ¿Quería realmente saber quién le había hecho aquello? ¿No era remover el cuchillo en la llaga?

"Tolosa, 1235... Interrogado: Amaury de Poissy... Testigos: Sicard de Bessan, Simón de Poissy." A la luz de las antorchas resultaba difícil seguir leyendo. Sacó su daga, cortó las hojas del legajo y quería metérselas en la camisa cuando se fijó en una nota escrita debajo de los testimonios. Remitía a otra parte de los registros. Escondió el pergamino entre sus ropas y siguió buscando entre los documentos.

"Carcasona, 1236... Interrogado: Sicard de Bessan... Testigo: Roger de Limousis: condenado a una estancia de cinco años en Tierra Santa. "

Así que ésta era la razón por la que no había podido encontrar a Sicard. El nombre del testigo le sorprendió. No por sus motivos. El padre de Colomba había sido claramente contrario a ese partido para su hija. Por esta razón había querido regalar sus posesiones a la orden de los sanjuanistas y había impugnado los derechos de su hijo, el hijo de Sicard. Sólo que creía que Roger de Limousis ya había muerto.

¿Qué edad tendría? ¿Habría partido Sicard aquel año a Tierra Santa, y ya estaría de vuelta? También cortó esa página del legajo.

- ¿Encontraste lo que buscabas? - D'Alfaro hizo un gesto de impaciencia. De súbito tenía prisa por marcharse.

Amaury levantó la vista.

- Los Bons Hommes necesitan esta información, - dijo el senescal.

Seguro que no será para saciar su sed de venganza, pensó Amaury.

Entregó el legajo a D'Alfaro y lo siguió hacia afuera, donde los esperaban algunos caballeros de Montségur que no habían entrado con ellos.

- ¿Todo ha ido bien? - quisieron saber.

- Si. - El senescal les entregó los registros - . ¡Destruid esas escrituras demoníacas tan pronto como les hayáis sacado provecho!

Mientras tanto, los demás también se habían congregado allí, junto con los que habían hecho guardia en las calles. Ramón d'Alfaro hizo una seña a uno de ellos. Le entregó las riendas de un precioso caballo negro que habían atrapado en las cuadras del castillo.

- Cuando te envié a Montségur para avisar a los demás, te prometí el mejor caballo de Avignonet, - le dijo - . Aquí lo tienes.

Uno de los caballeros de Montségur mostró al senescal algo que tenía en la mano.

- El inquisidor Guillermo Arnaud no volverá a condenar nunca más a nadie. Le corté la lengua a ese canalla. ¡Ahora tendrá que estarse calladito, incluso en el infierno!

D'Alfaro sonrió. Ensartó la lengua con su daga y la giró en el aire mientras gritaba:

- ¿Quién quiere oír el sermón de Guillermo Arnaud? ¡Decidles a Pedro Roger y Ramón de Péreille que pueden venir a escuchar su sermón!

Se refería a los señores de Montségur, que desde la distancia habían sido sus cómplices en el ataque nocturno.

Se intercambiaron más trofeos hasta que también se hubo distribuido el botín entre quienes habían estado de guardia fuera. Luego el senescal les instó a que se apresuraran a salir por la puerta por donde habían entrado en la ciudad. Una vez allí, D'Alfaro se despidió de ellos.

- ¡Idos! ¡Mucha suerte!

Los caballeros y sargentos de Gaja y Montségur pidieron sus caballos y desaparecieron en la noche. D'Alfaro exhortó a los que quedaban a que se apresuraran. Encargó a algunos de sus hombres que dieran la voz de alarma y que luego volviesen a casa con celeridad. También Wigbold regresó con Amaury a la casa donde vivía. Acababan de cerrar la puerta cuando a lo lejos oyeron los primeros gritos de alarma en la ciudad.

- ¡Traición! ¡Asesinos! ¡A las armas!

Wigbold escondió un puñado de monedas debajo de la cama y limpió su porra en la que había adheridos restos de sangre y cabellos. Sonrió a Amaury.

- Es mejor coger dinero que objetos, - dijo. Después se puso un jubón y se cubrió la calva con un casco - . Nosotros, volvemos al castillo. Nosotros, descubriremos asesinato para demostrar nuestra inocencia.

En plena noche, volvió a enfilar hacia el lugar del siniestro.

Amaury lo siguió a regañadientes.

FANJEAUX Enero de 1243

Amaury estaba convencido de que ninguno de los autores encontraría jamás descanso en parte alguna. Después de aquella noche en Avignonet no volvió a abrir las hojas del pergamino. Las había escondido en su alforja como si se tratara del arma homicida. No obstante, se dirigió al albergue de los caballeros hospitalarios en Homps.

- El hermano Roger de Limousis no regresó nunca de Tierra Santa. Allí enfermó y murió. De eso hace ya más de diez años.

- ¿Y sus propiedades? ¿Los derechos que tenían en Limousis y que debían pasar a la orden si su hija no se casaba?

- Su hija se casó. Durante años, el hermano Roger intentó que se declarara nulo aquel matrimonio. Tras su muerte, la orden intentó de nuevo recuperar las propiedades a las que teníamos derecho según su testamento. También la familia Cabaret hizo lo posible por hacerse con la herencia. Finalmente, tanto los Cabaret como nosotros dimos por perdida la causa. A fin de cuentas, ¿quién quiere una mina que es peligrosa y de la que no se saca nada?

Roger de Limousis..., no conseguía quitarse ese nombre de la cabeza. ¿Quién podía haber utilizado ese nombre, seis años antes, para delatar a Sicard de Bessan a la Inquisición? No pudo encontrar ninguna respuesta. Había agotado todas las posibilidades que existían para descubrir la verdad. ¿Todas? Hasta entonces había intentado seguir él mismo la pista. ¿Qué pasaría si intercambiaba los papeles?

Tenía que procurar sacar al lobo de su madriguera.

Reunió todo su dinero, viajó a Tolosa y compró una pepita de oro en bruto a un orfebre. Después se dirigió a Carcasona, donde se paseó enseñando la pepita a quien quisiera. El oro resultó tener el poder de atracción de un imán.

- Este oro procede de la mina de Sicard de Bessan en Limousis, - decía.

Después llevó la pepita a un orfebre de la ciudad y le pidió que labrara con ella una joya que debía entregar en su nombre a Orbrie de Cabaret, indicándole de dónde venía el oro.

Mientras tanto, el atentado de Avignonet había traído consecuencias, desencadenando una revuelta que hacía el juego al conde Raimundo de Tolosa. Éste partió enseguida a luchar, pero no tuvo necesidad de desenfundar sus armas, pues por doquier era aclamado como un liberador. Los nobles, que poco antes habían rendido tributo al rey Luis, volvían a arrodillarse ahora ante Tolosa y prometían lealtad al conde. En aquel mismo momento, sus aliados, el rey Enrique III de Inglaterra y el conde Hugo de Lusignan, abrieron una ofensiva en el frente occidental contra el rey francés. Por lo pronto, a nadie le preocupaba que el arzobispo de Narbona hubiera excomulgado al conde Raimundo y a todos aquellos que lo apoyaban.

Amaury había vuelto con el diácono, que seguía recorriendo su diócesis. Incluso estaba más ocupado que antes. Muchos Buenos Cristianos habían bajado de Montségur y se atrevían a adentrarse en la tierra liberada. El caballero realizaba su trabajo con dedicación, más callado y cerrado que nunca. En silencio especulaba que los Cabaret habrían regresado a su fortaleza junto al Orbiel, como hicieran durante la rebelión de Trencavel, y que Limousis también habría cambiado de propietario. El oro se encargaría de ello. Orbrie no permitiría ni un momento que el impostor le quitara de las manos la parte de los beneficios de la mina que correspondía a los Cabaret. Después, los deseos de venganza de Sicard de Bessan acabarían por atraerlo hacia él. No tenía más que esperar.

Se hizo un silencio aciago.

Dos meses más tarde, el ejército inglés fue derrotado y Lusignan se arrodilló ante el rey Luis rogando clemencia. Raimundo de Tolosa contaba ahora tan sólo con el apoyo de su fiel aliado, el conde de Foix. El comandante francés Humberto de Beaujeu, que se hacía llamar virrey, ya golpeaba a las puertas de Béziers. Los occitanos, que creían haberse librado del yugo de los franceses, se estremecieron.

En otoño, nadie creía ya que la revuelta tuviera éxito. Incluso el conde de Foix daba la espalda a Raimundo de Tolosa y, como vasallo del rey de Francia, le declaró la guerra. En noviembre, el conde Raimundo tuvo que reconocer su derrota e inició negociaciones de paz. En cuatro meses, la revuelta había pasado a la historia y los nobles estaban dispuestos a jurar lealtad al rey.

El diácono pidió a Amaury que llevara a todos los Buenos Cristianos que pudiera a Montségur. Esto significaba portarlos hasta Queille, desde donde unos creyentes de confianza se harían cargo de ellos. En diciembre, la situación en el lugar era extremadamente peligrosa, pues las tropas de Tolosa combatían contra las de Foix.

El diácono llamó a Amaury. Habían encontrado refugio en la casa de Pedro de Saint - Michel. La casa del antiguo faidit y su mujer era desde hacía años un refugio seguro para los Buenos Cristianos que se encontraban clandestinamente en Fanjeaux. Amaury entró en la estancia que se hallaba en el piso superior y que sólo tenía un profundo nicho con una ventana que daba a la calle. En el hogar ardían dos enormes troncos. El diácono estaba solo. Amaury cerró la puerta.

- El conde Raimundo ha hecho saber a nuestro obispo que ha firmado la paz, - dijo el clérigo - . Dentro de poco también tendrá que satisfacer el deseo de la reina Blanca, que le ha instado a depurar sus tierras de lo que Roma llama herejes.

El caballero asintió comprensivo. Era de esperar. Estaban acostumbrados a que el conde, con una falta de entusiasmo no demasiado llamativa, ordenara de vez en cuando un ataque, que encima anunciaba de antemano en secreto. En sí las noticias no eran

estremecedoras. Sólo que ahora tendría que dedicarse a su trabajo con más empeño que antes. Por ello era necesaria una mayor precaución.

- La paz tendrá para vos consecuencias, - prosiguió el diácono - . El conde ha prometido perseguir a los autores del atentado de Avignonet. Es una exigencia que estaba indisolublemente vinculada a las condiciones de paz. Dentro de poco ordenará que sean arrestados todos los cómplices.

Amaury, que le había confesado su participación en el asesinato justo después de regresar de Avignonet, se dirigió al nicho y miró con cuidado por la ventana. En la calle, la vida seguía su curso. Regresó junto al clérigo.

- Por tanto, el conde Raimundo está a punto de sacrificar a los hombres que ejecutaron sus órdenes, para salvar su posición ahora que las cosas no han salido como él esperaba, - fue su comentario - . La mayoría ni siquiera sabía lo que se esperaba de ellos. Sólo sabían que habían sido llamados para servir al país. Los que sí estaban al corriente suponían que el asesinato significaría el fin de la Inquisición. En sí es bastante ingenuo. Simplemente, nos utilizaron. Ese asesinato no era más que una provocación, cuyo objetivo era desencadenar una rebelión que debía allanar el camino para el golpe de Estado del conde.

El diácono no reaccionó a sus palabras. Se sentó en el taburete junto al hogar y pidió al caballero que se uniera a él.

- Sentaos, - dijo - . Habéis estado ocupado toda la noche, como yo.

Amaury permaneció en pie.

- El nuevo senescal de Avignonet ha aconsejado a quienes aún están en la ciudad que se escondan o huyan, - prosiguió el Bon Homme - . El resto de los inquisidores organiza una redada. Están preparando una investigación a fin de aclarar los hechos y así saber quiénes son los culpables. Por fortuna, la mayoría ya partió aquella misma noche hacia Montségur. Otros no se sentían seguros allí y huyeron del país. Algunos no han querido arriesgarse y han huido hacia Lombardía.

- Por supuesto, Ramón d'Alfaro ya ha dimitido de su cargo.

Amaury pensaba en Wigbold. También él pondría tierra por medio.

- No queremos obligaros a realizar vuestra tarea si por ello corréis peligro. Si consideráis preferible abandonar el país por un tiempo, no os lo impediremos. - El diácono hablaba también en nombre de su compañero.

- Queréis decir que es preferible que me vaya, - dijo Amaury - . Soy un peligro para vos.

Estaba de muy mal humor porque no había tenido éxito con el ardid que debería haber puesto Limousis en manos de Cabaret y a Sicard de Bessan en las suyas. Las noticias que le traía el diácono empeoraron su estado de ánimo.

- Si hubiésemos creído que vuestras actividades en Avignonet nos ponían en peligro, quizá ya os habríamos pedido antes que nos abandonarais, - dijo el Bon Homme, tan cauteloso como siempre - . Nunca hemos dejado de teneros en alta estima por vuestra dedicación y vuestro esfuerzo. Nos hemos beneficiado de vuestra experiencia y vuestro liderazgo.

Se levantó y buscó su bolsa para recompensar como siempre a Amaury por sus servicios. Este no mostró ninguna intención de aceptar el dinero.

- Tendríais que explicarme eso, - dijo el caballero en tono belicoso - . Vos llamáis hipócritas a los clérigos católicos porque dictan sentencias que tienen como resultado la muerte, aunque sean otros quienes las ejecutan. Y porque predican las cruzadas y

encomiendan a sus fieles a matar en nombre de Dios. ¿Acaso no es también hipócrita un clérigo que enarbola la bandera de la paz, pero que paga a otros por asesinar en su lugar?

El diácono lo miró de hito en hito, alzó el dedo índice a modo de advertencia, mas esperó a haber recuperado el dominio de sí mismo para hablar.

- No creo que yo os pague para que matéis, - dijo secamente - . Tampoco creo que os hayamos pedido nunca que matéis en nombre nuestro.

- Esta noche he matado al traidor que espiaba en nuestro seno. Estaba a punto de delatar los nombres y los domicilios de diversos Buenos Cristianos y de sus protectores a la Inquisición, incluido el de nuestro anfitrión Pedro de Saint-Michel.

- ¡Que Dios os perdone! - El diácono hizo un gesto de rechazo.

- Sabéis que estoy dispuesto a matar si surge una situación que pone en peligro vuestra vida y la de otros Buenos Cristianos. Ese es mi trabajo.

- Os he contratado precisamente para evitar que surjan semejantes situaciones. Siempre lo habéis logrado, mas si llegara el caso, creo que preferiríamos entregarnos al enemigo antes de que vos tuvierais que matar a alguien para garantizar nuestra seguridad.

- Ya ha sucedido, antes de que pudierais impedírmelo, - dijo Amaury con una risa burlona - . A fin de cuentas, vos no me encargaríais nada parecido. No os está permitido matar. Pero sí me dijisteis que debía extirpar las malas hierbas que amenazan las cosechas y que crecen incluso en el umbral de sus casas, con lo cual os referíais a los traidores que quieren destruir la Iglesia de Dios.

- Son vuestras ideas y no las mías, - dijo el diácono.

Volvió a sentarse y depositó algunas monedas en el taburete delante de él. Amaury no tocó el dinero.

- ¿Acaso pretendéis afirmar que los líderes espirituales de vuestra Iglesia no estuvieron implicados en el complot de Avignonet?

- Eso no es imposible.

- Es decir, que pensáis que el conde de Tolosa no consultó al obispo que tiene su sede en Montségur. ¡Pero vuestro obispo tampoco hizo nada a fin de detener a los caballeros que bajaron de Montségur para asesinar a los inquisidores!

- Nuestro obispo pidió a la sazón a los señores de Montségur si podía establecer la sede de nuestra Iglesia en el burgo. Les pidió protección y víveres, que han de pagar con sus propios medios todos los Buenos Cristianos que buscan refugio en la montaña. El obispo no obligó a los señores a pedirle su aprobación antes de actuar. La defensa es tarea de ellos. Tienen total libertad para realizarla. Lo que hagan es responsabilidad suya.

- Os laváis las manos, - dijo Amaury irritado - . Utilizáis la misma ambigüedad de que acusáis a los clérigos católicos.

- ¡Eh, eh! - El diácono hizo un gesto de rechazo y negó con la cabeza mirando al caballero con actitud intransigente - . Juzgáis dura y precipitadamente. Lo comprendo, sois un guerrero que ha de tomar con rapidez decisiones, sobre las que nosotros reflexionamos durante días. ¿Preferiríais que nos entregásemos masivamente a la Inquisición para evitar más derramamientos de sangre? Sólo en último extremo subimos de manera voluntaria a la hoguera. ¡De lo contrario renegaríamos de nuestros propios principios! Nuestra tarea es indicar a la humanidad engañada el camino hacia la verdad, como Cristo nos enseñó. ¿Quién ha de salvar a los espíritus extraviados si desaparecen los faros que les indican el camino?

Amaury se inclinó hacia adelante y miró al diácono a los ojos.

- Como caballero tengo un código de honor. He jurado proteger a los ciudadanos indefensos y utilizar mis armas sólo en una lucha justa. Sin embargo, estuve presente, en

Avignonet, cuando atacaron y mataron a los inquisidores y a sus acompañantes mientras éstos dormían. No toqué mis armas, tampoco para detener a los asesinos. Eso hace que sea tan culpable como los que cometieron el crimen. Si cerráis los ojos cuando otro comete un acto de violencia para proteger a vuestra Iglesia, si negáis que también sois responsable de ello, renegáis también de vuestros principios. El Mal nos rodea, nadie puede darle por completo la espalda. Eso es una ilusión. Ni siquiera puede hacerlo el que se recluye en un monasterio. Y menos aún quien, como vos, quiere estar con dos pies en el mundo del que se ha distanciado. Nadie puede hacerlo sin pecar de hipocresía en uno u otro momento. Hereticus perfectus, así llama la Inquisición al Buen Cristiano: un perfecto hereje. ¿Por qué perfecto? Perfecto en la herejía, ¿incorregible, como quiere decir la Inquisición? Eso es una contradicción inmanente. ¿Un perfecto cristiano? Nadie es perfecto. Es inhumano. Reglas, leyes, es tan fácil hacerlas. Pero acatarlas es cosa bien distinta. La línea divisoria entre el Bien y el Mal no se reconoce claramente. Está desdibujada y a veces es invisible.

En un primer momento, el diácono se había quedado algo desconcertado con el vehemente alegato del caballero, pero ahora sonreía.

- Si pensáis que eso no nos preocupa, os equivocáis. Casi constantemente nos enfrentamos a algún dilema. Todo era más fácil cuando aún no nos perseguían. Sea cual sea nuestra decisión, no es nunca lo que deseamos realmente. La pureza es una suprema aspiración. Pero vos desplazáis el problema. Tengo la sensación de que no estáis manteniendo una discusión conmigo sino con vos mismo. Estáis entablando una batalla con vuestra conciencia. Os odiáis a vos mismo.

Amaury asintió.

- Supervivencia, - dijo. Con un gesto despreocupado barrió el dinero del taburete y se sentó frente al diácono - . En una ocasión oí que un Buen Cristiano decía que si uno quiere librarse del mundo satánico ha de odiar su vida individual e incluso, en cierto sentido, su alma: quien ama la vida, la pierde.

- Creo que es cierto, - dijo el diácono - , aunque no lo expliquéis como yo. Pero para salvarse es preciso amar al prójimo. El amor que ha de unir a los hombres es el mismo que el que siente Dios por ellos.

- Amar, - murmuró Amaury, mirando fijamente el fuego - , de eso hace mucho. Yo ya no puedo.

El Bon Homme observó pensativo el perfil con la frente alta, el cabello ondulado jaspeado con mechones grises.

- El amor y el odio están muy cercanos, - dijo - . Y eso me lleva a otra cuestión. Estáis practicando un juego muy peligroso. Creo que debéis ponerle fin antes de que os domine. Es una de las razones por las que os aconsejamos partir hacia un lugar más seguro. Pienso que habéis desencadenado fuerzas que hubiese sido preferible dejar tranquilas. Os estáis convirtiendo en un peligro para vos mismo y para nosotros.

- Lo siento, - respondió Amaury secamente - . No era mi intención implicaros en mi vida privada.

- Queréis decir vuestra guerra privada.

- Llamadlo como queráis. ¿Qué sabéis vos de todo eso?

El diácono suspiró y volvió a negar con la cabeza.

- Lleváis años buscando a Colomba de Limousis, ¿no es así? Según me han contado, Colomba eligió precisamente vivir como una Bonne Dame para evitar una lucha por el poder como ésta.

Amaury volvió la cabeza de golpe.

- ¿Qué queréis decir?

- Quiero decir la lucha por Limousis que habéis desencadenado.

- ¿Entre los Cabaret y Sicard de Bessan? ¡Así que han mordido el anzuelo!

El otro se encogió de hombros.

- Era inevitable. Cuando pusisteis el cebo en Carcasona, seguramente no comprendíais que estabais más cerca de la verdad de lo que creíais. Hace años, Roger de Limousis encontró en efecto oro en su mina. No era mucho, pero suficiente para despertar la codicia de otros. Siguió la yeta hasta donde le pareció seguro, pero resultó ser una posesión poco envidiable. En cualquier caso, su riqueza no le dio suerte. Su hijo mayor murió en la mina a causa de un desprendimiento de las rocas. Otro murió asesinado a manos de unos bandidos durante el asalto de un transporte. Después lo abandonó todo. Entró en la orden de los caballeros hospitalarios y su única hija se recluyó en la casa para Bonnes Dames que había establecido su madre en Béziers. De una u otra forma, Sicard de Besan descubrió el secreto de Limousis. Durante dos años persiguió a Colomba intentando convencerla de que cambiara de decisión, profiriendo cada vez más amenazas, hasta que las Bonnes Dames decidieron esconderla cada vez que él estaba cerca.

- ¡Ahora comprendo! - exclamó Amaury - . ¿Por qué no me explicó ella nunca nada?

- Sentía una profunda repulsa por todo lo que tenía que ver con su fortuna. No quería hablar con nadie al respecto. Finalmente, Sicard encontró una forma de hacerse con las propiedades de Limousis. La herencia de Colomba hubiera estado mejor con los caballeros hospitalarios. Ni siquiera su hijo quiere saber nada de ello.

- ¿Su hijo? - se burló Amaury - . Faltó poco para que muriera en la maldita mina por culpa suya. ¡Estaba listo para que su arquero rematara el trabajo!

- ¡Eso es imposible!

- Retirad vuestras palabras, reverendo; de lo contrario habréis contado una mentira, - dijo Amaury. Se arremangó la manga y le mostró las cicatrices que habían dejado los dientes del lobo.

- Sois vos quien mentís, - dijo indignado el diácono - . Me contasteis que fuisteis herido en el brazo tras la caída de Carcasona durante el asedio de Montreal. A la sazón ya me extrañó que los Bons Hommes, que huyeron de Montreal durante el asedio, no os hubieran visto. Y ahora tampoco entiendo vuestra historia. Que yo sepa, Roger nunca ha puesto los pies en las cercanías de Limousis.

- ¿Roger?

Los dos hombres se miraron por un momento sin comprender.

- ¡Ah! Os referís al joven Sicard, que se hace llamar Sicard de Limousis, - exclamó el diácono - . Pero ése no es hijo de Colomba, aunque así lo afirme.

Amaury miró primero al otro inseguro y luego se levantó lentamente. Por un momento no supo qué hacer. Hubiera querido gritar de alegría, pero al mismo tiempo las palabras del clérigo lo llenaban de tristeza. Recorrió intranquilo la estancia. Se detuvo al llegar al nicho de la ventana. Apoyó un hombro contra la pared y miró durante un tiempo afuera sin ver nada. A su espalda, el diácono lo miraba en silencio.

- Mi hijo... Roger... es más juicioso que yo, - dijo Amaury de súbito sin mirar al diácono.

Ahora fue el Bon Homme el que reaccionó asombrado.

- ¿Roger es vuestro hijo? ¡Nunca comprendí por qué buscabais tan febrilmente a Colomba! ¡Pero entonces ella mintió cuando dijo que el padre de su hijo era un cruzado!

Amaury negó con la cabeza.

- Vos... ¿un cruzado? ¡Pero si estabais encarcelado en Tolosa porque habíais ayudado a los Buenos Cristianos! Sois mi acompañante desde hace años. Si erais un traidor, entonces...

Amaury se dio la vuelta. Su silueta se perfiló contra la fría luz del sol poniente. Sólo al entornar los ojos pudo ver el Bon Homme la expresión de dolor en el rostro del caballero.

- ¡Dios, qué he hecho! - dijo Amaury con voz ahogada. Intentaba encauzar las ideas que se precipitaban en su mente en la buena dirección - . ¿Desde cuándo lo sabéis?

- Desde hace poco.

- ¿Entonces el oro que dejé como anzuelo...?

- Orbrie de Cabaret se puso hecha una furia. Intentamos mediar entre ambas partes, mas sin éxito. Tan pronto tuvo oportunidad, envió a sus soldados a Limousis. Estos arrasaron todo lo que encontraron en la propiedad de Sicard. No dejaron nada en pie. Después de que se haya firmado la paz, una vez que los ánimos se hayan calmado un poco, Orbrie intentará por vía legal recuperar de los franceses la herencia de Cabaret para sus descendientes. Sin duda incluirá Limousis.

- ¿Y los Sicard?

- Sobrevivieron. Han jurado vengarse. Creo que habéis logrado lo que queríais: habéis despertado su sed de venganza para poder satisfacer la vuestra. ¿No es eso lo que deseabais?

Amaury no respondió a esa pregunta.

- La venganza es un monstruo ávido e insaciable. Quien se entrega a ella cae en una espiral de violencia sin fin, - declaró el diácono.

- Sicard de Bessan me arrebató a mi mujer y a mi hijo, y me delató ante la Inquisición. No hay nada que pueda compensar el daño que me ha hecho.

- En efecto, no tiene sentido, después de todo lo que ha sucedido. No puedo adivinar vuestros pensamientos. ¿Qué queréis? ¿Queréis un encuentro sangriento que sólo puede desembocar en la muerte? Un ajuste de cuentas, ¿es eso?

- Justicia, - dijo Amaury.

- Esa es tan sólo una bonita palabra que equivale a lo mismo. No deberíais pagar con la misma moneda a quienes os han causado daño. Castigar es lo mismo que vengarse. El dios maligno, el dios del viejo testamento, castiga. En cambio, el buen Dios responde con amor. Por ello no deberíamos castigar a alguien como Sicard. Tendríamos que encomendarle que se apartara del Mal poniéndose en manos de los Buenos Cristianos para seguir viviendo como un Bon Homme.

- ¡Sicard un Bon Homme! - se burló Amaury.

- Castigando a los hombres no se consigue mejorarlos, - sermoneó el diácono - . ¿Acaso no sabéis que Cristo dijo que no estamos autorizados a juzgar, que hay un único juez? ¿Queréis castigar a Sicard y a su hijo porque creéis que han destrozado vuestra vida?

- No. Yo mismo he destrozado mi vida. Pero ellos han destrozado la de otros. La de Colomba. Y la de Roger. ¿Dónde está Roger?

- No tenéis por qué preocuparos por él.

- Lo único que espero aún de esta vida es poder ver a mi hijo. Lo demás no me importa.

El diácono se restregó pensativo la barbilla.

- No estoy tan seguro de que él quiera veros a vos, - dijo cauteloso - . Quizá fuera más sensato pensar en vuestra propia seguridad.

- Roger corre tanto peligro como yo. Por su culpa, la Inquisición envió a Sicard de Bessan durante cinco años a Tierra Santa.

El diácono se levantó de un salto. Por lo visto no estaba al corriente de todo. Reflexionó durante unos instantes y luego dijo:

- Tenía previsto pediros que acompañarais a dos Bons Hommes en su ruta de huida hacia Lombardía. Pero pensándolo mejor creo que es preferible que me acompañéis a mí y a mi compañero hacia Montségur. Pedid a vuestros hombres que se preparen para el viaje.

Amaury dejó su puesto junto a la ventana.

Montségur, - murmuró aprobatoriamente al salir de la habitación.

MONTSÉGUR Febrero de 1243

Un viento helado azotaba la ladera de la montaña y sacudía los mantos de los hombres que trepaban fatigosamente por el escarpado sendero. Los caballos y las mulas los seguían con dificultad cargando con el peso de trigo, harina y alubias. Ahora tenían el gélido viento del norte en la espalda, mas después de la siguiente curva en el sendero serpenteante volverían a tenerlo de frente y les cortaría la respiración. Amaury avanzaba helado de frío delante de su caballo. Como de costumbre, él formaba parte de la retaguardia, pues estaban siempre al mando los caballeros que componían el núcleo Lijo de la guarnición. Los pies se le habían quedado entumecidos. Era como si trepara sobre unos bloques de hielo. Pero la escalada era larga y cuando llegara arriba, ya habría entrado en calor debido al esfuerzo.

Después de cada curva se veía un poco más de las cimas nevadas tras las colinas en el sur, mientras que los árboles y animales de los valles circundantes se hacían más pequeños. Al final del sendero, en la colina al pie de la montaña, se extendían los campos de cultivo pelados. En primavera sembrarían centeno.

Todo hombre que visitara Montségur y que fuera apto para llevar armas era reclutado para el ejército de los castellanos. Y así pues, justo después de su llegada a la fortaleza, le fue asignada a Amaury la tarea de acompañar a las patrullas. Se patrullaba mucho en los alrededores de la montaña, pues los Buenos Cristianos, que bajaban de ella para predicar o visitar a los creyentes, necesitaban protección. Asimismo había que guiar a los peregrinos que acudían al burgo, y con regularidad se necesitaban correos. Además, de vez en cuando se emprendían expediciones secretas para limitar las desastrosas consecuencias de la Inquisición, para evitar un arresto o desanimar a un débil que estuviera a punto de confesar, o si era preciso arrebatárselo a los inquisidores. Por ello, Amaury no había tenido oportunidad de ver gran cosa del castillo en la montaña y de sus habitantes. Había viajado casi constantemente.

Y además estaba el aprovisionamiento. Con la guarnición y el número variable de habitantes, la fortaleza tenía entre ciento cincuenta y doscientos moradores. Encima había un número más de dos veces mayor de Buenos Cristianos que se instalaban progresivamente en las chozas construidas en forma aterrazada en el lado norte del burgo. Para alimentar a tantas bocas era imprescindible contar con un suministro regular de víveres, aunque los Buenos Cristianos ayunaban mucho.

Diez años antes, el obispo de la Iglesia de Dios había decidido establecer su sede en Montségur, para dirigir desde allí su Iglesia. A fin de ofrecerles' a él y a sus Bons Hommes y Bonnes Dames la protección necesaria, el castellano, amón de Péreille, había hecho venir a la fortaleza a Pedro Roger de Mirepoix, un noble con una hoja de servicios impresionante. El castellano había ofrecido al guerrero, que era viudo, la mano de su hija y la mitad de sus derechos. A cambio, Pedro Roger de Mirepoix asumiría el mando militar de la fortaleza, pues Ramón de Péreille no era un guerrero. A partir de aquel momento, Mirepoix se

encargó de tomar todas las decisiones. A menudo salía personalmente para asegurarse de que los campesinos de los pueblos cercanos le entregaran suficiente comida y estuvieran dispuestos a vender lo necesario a los Buenos Cristianos, que siempre bajaban con él de la montaña para aprovisionarse.

También en aquella ocasión los acompañaban dos Bons Hommes para convencer a los pueblerinos de que les dieran sus productos.

Debido al continuo ruido de armas entre Tolosa y Foix, los campesinos se habían vuelto reservados. A fin de cuentas, en tiempo de guerra también ellos necesitaban reservas. Además, sentían cada vez más miedo de los franceses, que volvían a tomar las riendas. Algunos afirmaban no tener nada o se negaban directamente a seguir aprovisionando al burgo, en el que de todos era sabido pululaban los faidits y los herejes. Por ello, a menudo Amaury y los demás caballeros se veían obligados a recurrir a la violencia para conseguir los víveres que necesitaban. Afortunadamente, también había campesinos leales que seguían trayendo sus mercancías a Montségur.

Pedro Roger de Mirepoix se presentó como de costumbre para inspeccionar personalmente las provisiones. Había visto venir el convoy desde lejos y abandonó la torre tan pronto como los hombres hubieron cruzado la muralla de defensa, que protegía el acceso a la fortaleza en el lado sudoeste. Habló brevemente con el jefe de la escolta y con los dos Bons Hommes, asintió aprobatoriamente y regresó apresurado a la torre. Amaury se apeó del caballo y lo llevó a la artesa. Pese al frío sentía calor después de la escalada. Con una mano cogió agua y se mojó la cara y el cuello para refrescarse. Después de haber entregado su caballo a los mozos de cuadra, cuando se disponía a regresar al cuartel, vio aparecer una figura inconfundible.

Debajo de la puerta del revellín, el baluarte que protegía las chozas de los Buenos Cristianos construidas en el exterior de las murallas del burgo en el lado este, vio al frisón que jadeaba con la cabeza roja debido al esfuerzo de la escalada. De debajo de su gorro de cuero sobresalían los pocos mechones grises que le quedaban en su cabeza calva. Por lo visto había llegado arriba trepando por el sendero empinado del otro lado de la montaña. Amaury alzó la mano para atraer su atención.

- ¡Ranquilhós!

Una amplia sonrisa arrugó el rostro de Wigbold. Amaury salió a su encuentro y lo agarró con ambas manos para saludarlo efusivamente, contento de encontrarse con un conocido.

- ¿Tú, llevas aquí cuánto tiempo? - preguntó el frisón.

- Unos dos meses. ¿De dónde vienes?

- Yo qué sé. D'Alfaro y yo, en todos sitios. Los soldados del conde Raimundo atrapan a hombres en Avignonet. Los tres ahorcados. Luego también en Tolosa uno a la horca. Y uno en la prisión. Después de tres meses él está libre, él, le ponen estigma con hierro candente. ¡Aquí! - Wigbold se llevó el dedo a la frente - . D'Alfaro dice: yo, tengo que huir. A Lombardía. Pero ¿qué hago yo con los Bons Hommes en Plasencia, en Pavia, en Cremona? Yo, no conozco ese país. Yo, no hablo su lengua. - Alzó los brazos con gesto de impotencia.

En efecto, ¿qué se le había perdido a él en Lombardía? Tras treinta años en Occitania, ni siquiera hablaba bien la lengua del país, pensó Amaury.

- Cuando llegaste aquí tampoco hablabas nuestra lengua, - observó.

- Yo, vengo con amigos de Frisia, entonces, - declaró el otro - . Yo, estoy solo, ahora.

Esa era en efecto una gran diferencia.

- ¿Así que tienes previsto quedarte aquí?

Wigbold asintió.

- En tal caso te nombro mi sargento personal. Así evitaremos preguntas y así tendrás enseguida un lugar fijo.

Amaury se lo llevó al cuartel de los sargentos y mercenarios, una barraca de madera construida en el patio frente a la muralla del castillo. Indicó al frisón un lugar donde podía dejar su petate. Después se lo llevó para mostrarle el castillo y sus alrededores.

- ¿Por qué tomaste la cruz? - quiso saber Amaury.

Wigbold miró alrededor, como si aún fuera peligroso hablar de ello. Se inclinó hacia adelante y susurró:

- Yo, robo vino del monasterio. ¡Los frailes saben lo que es buen vino! - Sonrió y se relamió los labios - . Yo, no soy listo, los frailes me pillan. El padre abad amenaza ir al juez. El castigo por robo es cortar la mano.

Wigbold agitó ambas manos en el aire y prosiguió:

- La Cruzada me salva la mano. Pero el trabajito de Avignonet me cuesta la cabeza. - Con un gesto rápido se pasó el dedo por la garganta - . ¡Zzzzzt!

- Puede que estés en lo cierto.

- Los sacerdotes católicos amenazan con el infierno. Los Bons Hommes no castigan, - dijo Wigbold.

Evidentemente ése era el motivo por el que tanto apreciaba su nueva patria y la nueva fe que se profesaba en ella. Rodeó amistosamente los hombros de Amaury con el brazo y dijo en tono conspirador:

- Nosotros, vamos a Lombardía, juntos, ¿qué?

Ni siquiera fue necesario que Amaury se opusiera al último plan de Wigbold, pues a los pocos días se vio truncado por la noticia de que se habían detectado movimientos de tropas en los alrededores de Montségur. Poco después, la fortaleza fue atacada. Pedro Roger de Mirepoix estaba bien preparado. Justo después del atentado de Avignonet, hacía ya casi un año, había preparado la fortaleza para un posible asedio. Movilizó a todos los hombres presentes y reclutó más soldados de los pueblos cercanos. Como en los viejos tiempos, Amaury y el frisón lucharon juntos hasta que consiguieron detener el ataque.

MONTSÉGUR Octubre de 1243

Los clérigos reunidos en el concilio de Béziers habían decidido asediar Montségur en un esfuerzo común. Los monjes reclutaban en los alrededores a creyentes para emprender una Cruzada contra el bastión de los herejes. Incluso los había que llegaban procedentes de Gascuña para unirse al ejército que había juntado el senescal francés de Carcasona, Hugo des Arcis. También el obispo de Albi y el arzobispo de Narbona habían formado tropas que marchaban bajo los estandartes ondeantes de los jefes espirituales hacia las montañas de Olmes. A finales de mayo, el asedio era un hecho. Aunque debido a su situación natural era imposible aislar por completo Montségur del resto del mundo, casi cuatrocientos hombres y mujeres veían seriamente limitada su libertad de movimientos. Varios miles de soldados, apostados al pie de la montaña, bloqueaban el acceso principal, controlaban las vías de salida y observaban los movimientos dentro y alrededor de la fortaleza para poder emprender un ataque en el momento más propicio. Intentaban descubrir cuáles eran los puntos flacos de la defensa del burgo, mientras al otro lado los exploradores buscaban las mallas en la red en que estaba atrapado el burgo.

Librodot

"Los asuntos del conde marchan bien. Ha contraído matrimonio con Margarita de la Marca y confía en que ella le dé descendientes para que su estirpe pueda seguir gobernando Tolosa. El conde acudirá en vuestra ayuda en Navidad. Tened valor."

El mensaje que el hermano de Pedro Roger de Mirepoix envió en junio desde Queille hasta Montségur reforzó al comandante en su convencimiento de que había tomado la decisión correcta. Comprendía muy bien que con varios cientos de hombres tendría que acabar abandonando la lucha. Sin embargo, si conseguía aguantar hasta que llegara ayuda desde el exterior, podría salvar Montségur.

El matrimonio del conde Raimundo ofrecía buenas perspectivas, pues sin sucesión todo lo que emprendiera carecería de sentido. Ahora se dirigía hacia una misión diplomática: el papa tenía que levantar la excomunión que impedía la plena rehabilitación del conde Raimundo. A continuación, debía convencer al emperador Federico de que le devolviera el marquesado de Provenza, que éste le había usurpado. En cuanto hubiera superado este último escollo, regresaría y reclamaría el País de Olmes. Guy de Lévis, el noble francés que dominaba la región desde el ataque de Simón de Montfort, tan sólo podía impugnar los viejos derechos del conde con el argumento de que se había adueñado del territorio por el derecho de la victoria. Y por último Montségur sería liberada.

Pedro Roger de Mirepoix había preparado bien a sus hombres y su fortaleza para un asedio, y el aprovisionamiento no se interrumpió durante el asedio en los meses de verano, pues aún era posible transportar pequeñas cantidades de alimentos y armas ligeras por los tres senderos de montaña con que Montségur seguía en contacto con el mundo exterior.

De tarde en tarde se producían escaramuzas cuando el enemigo se acercaba demasiado al burgo o intentaba asaltar la fortaleza. Por la noche, los caballeros descendían de la montaña con sus hombres para causar el mayor número de destrozos en el bando enemigo y tender emboscadas en las que caerían las patrullas al día siguiente. Durante todo el verano hubo muertos y heridos en ambos bandos.

Llegó el otoño. El tiempo empeoró. De Roma llegó la noticia de que el conde Raimundo se había reunido con el emperador Federico y que en aquella ocasión había recuperado su marquesado de Provenza. Pero ello no suponía aún el fin de su viaje diplomático. La excomunión le seguía impidiendo regresar y recuperar el dominio de Tolosa. Era cuestión de ganarse al papa y, por consiguiente, el conde se propuso mediar entre el papa y el emperador, que estaban en guerra. Las negociaciones se hallaban en pleno apogeo. ¿Cumpliría el conde su palabra y enviaría un ejército de apoyo en Navidad, fuera o no comandado por él mismo? Los habitantes de Montségur se prepararon para el invierno.

Amaury descendía con sus hombres por la montaña a lo largo de una de las sendas. Acompañaban a un grupito de Bonnes Dames que querían pescar en un arroyo al sur de Montségur, contra las laderas del Pico de Saint - Barthélemy. Había mucha trucha, y el pescado podía salarse y secarse. Con eso aguantarían unas semanas más. En plena noche, las mujeres se pusieron en camino con sus arpones, redes y cestas. Los hombres iban fuertemente armados. En tales expediciones, Amaury se desprendía tan sólo de su cota de malla, que era demasiado pesada para el largo recorrido a pie. Silenciosamente avanzaron rodeando el campamento enemigo a una prudente distancia y antes de que saliera el sol desaparecieron en las montañas.

Wigbold los seguía de mala gana, diciendo con refunfuño que hubiera sido mejor ir de caza para conseguir carne.

Descendieron hacia un arroyo en el que podían ver saltar los peces. Sin embargo, antes de ponerse manos a la obra, las mujeres formaron un círculo en torno a la más anciana de ellas, que se arrodilló. Las demás también se hincaron de rodillas en la hierba mojada.

Rezaron sin parar una serie de padrenuestros que no parecía tener fin. Wigbold empezaba a impacientarse. La caminata nocturna había despertado su apetito.

- Ellas, rezan día y noche. Nosotros, vamos a comer, - dijo al oído de Amaury. Y añadió su sencilla máxima - : No comer: no luchar.

- Rezan quince veces, - dijo Amaury - , repartidas durante el día. Se levantan varias veces en plena noche. Muestra algo de respeto y espera a que hayan bendecido y partido el pan.

Las mujeres se pusieron en pie sólo después de que la más anciana hubiera rezado la oración por decimocuarta vez y las demás la hubieran repetido tres veces conjuntamente. La más anciana cogió un pan en una servilleta y lo cortó sin repartirlo aún. Después murmuró unas palabras, tras lo cual las mujeres volvieron a rezar el padrenuestro y se sentaron. A continuación, cortaron rebanadas de pan.

La más anciana las repartió en el mismo orden en que se habían sentado las mujeres mientras intercambiaban palabras en latín. Por último, ofreció a los soldados una rebanada de pan, que mantenía sobre la servilleta para no tocarla con las manos.

- Benedicite, - dijo Amaury inclinando la cabeza antes de aceptar el pan.

- Que Dios te bendiga, - contestó la Bonne Dame.

Cuando presentó la servilleta a Wigbold, éste negó con la cabeza, y sacó sus propios víveres.

- Nosotros, comida de verdad, - dijo con la boca llena de queso y tocino. La Bonne Dame se apartó asqueada.

Las mujeres no llevaban mucho tiempo pescando cuando uno de los centinelas dio la alarma. Amaury subió por la pendiente y se asomó cauteloso por encima del borde de la colina. A lo lejos se acercaban dos jinetes con un grupo de gente. Una patrulla enemiga, sin duda alguna. Wigbold se había colocado detrás de él. Se dejó caer boca abajo, se quitó el casco, cortó una rama de un arbusto con la que se tapó la coronilla y levantó un poco la cabeza por encima del borde de la colina. Su cara se iluminó.

- ¡Mujeres!

El pequeño grupo se componía en efecto de dos soldados a caballo, que no eran caballeros, unos cuantos soldados de a pie y unas cuatro mujeres que por lo visto se ocupaban del avituallamiento y que habían viajado con la patrulla porque el campamento enemigo necesitaba variar el menú. Amaury se llevó el índice a los labios e hizo una señal a sus hombres.

- Poned a las Bonnes Dames a salvo, - ordenó.

Mientras dos soldados se ocupaban de ellas, él dirigió a sus hombres para preparar una emboscada.

- Esperaremos hasta que hayan pasado todos de largo. Que no escape nadie. - Con un rápido movimiento, se pasó la mano por la garganta y desenfundó su daga - . Todos, y ni un ruido.

- ¡Las mujeres no! - protestó Wigbold.

- ¡Todos, sargento!

Escondidos detrás de los matorrales dejaron que la patrulla se acercara hasta quedar encerrada. A la señal de Amaury, los arqueros se levantaron silenciosamente y tensaron sus arcos. El ruido de las cuerdas al destensarse y el zumbido de las flechas fueron tapados por el viento que soplaba entre los árboles debajo de los cuales se habían escondido. Los jinetes alcanzados acababan apenas de caer de sus monturas cuando los soldados de Amaury atacaron a los demás.

- ¡Los caballos! - gritó el caballero mientras ensartaba con la espada a un peón.

En otras circunstancias habría salvado a los animales, pero ahora eran inútiles porque era imposible pasar silenciosamente con ellos por las líneas enemigas. Los arqueros hicieron su trabajo antes de que los caballos pudieran regresar sin jinetes al campamento. Las mujeres corrían de un lado a otro gritando y chillando e intentando salvar el pellejo, perseguidas por los hombres. Amaury agarró a una por un brazo. Estaba a punto de darle una puñalada cuando la más anciana de las Bonnes Dames se interpuso entre él y su víctima.

- Nadie tiene que morir porque nosotras queramos buscar comida, - exclamó.

- Demasiado tarde, - le gruñó Amaury.

Ya bastante tenía con contener a la mujer que lo atacaba furiosa con un arpón con el que a punto estuvo de aplastar el cráneo de la Bonne Dame. Apartó bruscamente a la mujer de negro y desenfundó la daga. La Bonne Dame lanzó un grito de horror y apartó la vista.

- Era o vos o ella, - le gruñó Amaury - . Me han encargado protegeros en este viaje porque vuestra comunidad necesita comida. A base de pan y legumbres secas no llegaréis a Navidad.

- Por lo menos podríais haber perdonado la vida a las mujeres y haberlas retenido hasta que estuviéramos a salvo.

Amaury negó con la cabeza.

- Mis hombres llevan meses sin acostarse con una mujer. Habrían tenido todo el día para violarlas una por una. ¿Hubieseis querido eso?

Echó un vistazo alrededor para ver cómo transcurría la lucha.

Los soldados enemigos habían muerto. Los caballos agonizaban en medio del camino. Dos de las mujeres aún intentaban huir.

- Entonces prohibidlo. Sois el que manda, ¿no? - dijo secamente la Bonne Dame.

- Mis hombres ante todo matan, y cuando llega el momento en que empiezan a pensar en otras necesidades que no sea la supervivencia, ya no los puedo controlar.

Las mujeres habrían tenido que morir de todas formas, pensó. No veía cómo habría podido salvarlas y al mismo tiempo devolver sanas y salvas a las Bonnes Dames a la fortaleza. Sus gritos de alarma habrían desatado el infierno. No podía correr ese riesgo. Además, aún podían tener problemas. El enemigo acabaría sospechando algo, al ver que el pescado que esperaban no llegaba. Dejó sola a la Bonne Dame y encargó a uno de sus hombres que diera el golpe de gracia a los heridos y liberara a los caballos de su sufrimiento.

¿Dónde estaba Wigbold? No veía al frisón por ninguna parte.

Los demás se hallaban presentes, ninguno de ellos estaba herido. Las Bonnes Dames fueron apareciendo tímidamente, dispuestas a reanudar sus actividades. La mayor las detuvo.

- Ya no pescaremos, - declaró - . No creo que queramos comer alimentos por los cuales han muerto estas personas.

- Pescarán hasta la tarde, - dijo Amaury - . Eso es lo que les ha pedido el obispo y lo que me ha ordenado el señor Pedro Roger. Lo que ha sucedido aquí no cambia nada en la necesidad de reunir alimentos. Abandonaremos este lugar antes de lo previsto. Tenemos que tomar más precauciones y seguiremos otra ruta.

La Bonne Dame le lanzó una mirada furiosa pero no obstante dio permiso a las demás mujeres para que pescaran. Amaury se dio la vuelta y ordenó a sus hombres que estuvieran al acecho. Él desenfundó la espada y fue en busca de su sargento.

Encontró a Wigbold detrás de una roca y unos matorrales. La mujer yacía en el suelo. Tenía una herida en la cabeza y estaba tan desconcertada que ni siquiera ofrecía

resistencia. La había desvestido a medias, e intentaba quitarse su propia ropa de combate cuando fue descubierto por Amaury.

- ¡Largo de aquí! Mi botín de guerra. ¡Tengo derecho! - gritó.

- ¿Derecho? - preguntó Amaury. Empujó la punta de la espada contra la piel blanca de Wigbold y punzó lo suficiente como para que la sintiera - . Aquí sólo hay una cosa derecha.

Wigbold bajó la vista hacia su miembro erguido que empezaba a menguar.

- Coihon! - exclamó el frisón.

- En efecto, - dijo el caballero - . ¡Largo!

Wigbold se puso rojo de rabia. Agarró su cuchillo dispuesto a atacar, pero la afilada espada lo mantuvo a distancia. Enfurecido, hundió el arma en el corazón de la criatura aturdida que yacía entre sus piernas.

En plena noche, después de haber avanzado por terreno abrupto y de haber trepado la senda más impracticable que conducía a la cima de la montaña, Amaury se dejó caer exhausto sobre su catre en la barraca de los caballeros. No obstante, podía estar satisfecho. Había actuado correctamente. Pedro Roger de Mirepoix incluso lo había alabado cuando fue a informarle y se había alegrado mucho de que le trajeran carne de caballo. A pesar de ello, Amaury se sentía miserable. Sentado con la cabeza entre las rodillas y el rostro escondido entre las manos, se preguntaba en qué se había convertido.

Cuánto habría dado por unas palmadas de ánimo de Roberto, la mano de Beatriz acariciándolo tiernamente, aunque ella amara a su esposo, o las risas alegres de los tres chicos que había dejado en Poissy y que ahora ya eran hombres. Menos mal que no sabían que su padre asesinaba a mujeres inocentes.

MONTSÉGUR Diciembre de 1243

La Navidad se acercaba a paso rápido. Del conde de Tolosa no había aún ni rastro. En noviembre, éste había hecho saber que las cosas iban bien. Había viajado a Roma para convencer al papa de que levantara la excomunión que le impedía gobernar su país. No decía nada de una tropa de apoyo. Alrededor de Montségur habían tenido lugar nuevas escaramuzas que habían causado heridos. Ambos bandos estaban alerta. Aparte de algunas provocaciones, la estrategia parecía ser esperar a ver quién tenía más aguante. Ahora todo estaba tranquilo. Cuando el invierno empuñaba el cetro sobre las tierras montañosas, los demás soberanos debían decir bien poco.

Los sitiadores se morían de frío en sus tiendas de campaña. Con aquel tiempo era imposible luchar.

Amaury hacía su ronda en el adarve del burgo. De una zancada saltó por encima de un arquero que dormía envuelto en su manto.

Las noches eran largas y frías. El viento aullaba alrededor de las torres y penetraba hasta los huesos. Abajo, a lo lejos, podía ver las hogueras con que los hombres de Hugo des Arcis intentaban calentarse. Brillaban en la oscuridad como brasas candentes. Arriba, el pálido brillo de la luna sobre las primeras nieves dejaba ver los contornos de la montaña. Todavía más cerca, en las casas de los Buenos Cristianos, que se hallaban apretujadas en la ladera al pie de la muralla, un débil resplandor delataba que alguno que otro aún abandonaba la montaña para ir a confesar, predicar o administrar el consolamentum a un moribundo, siempre en compañía de un hermano y escoltado por un par de hombres armados. Los demás se levantarían en plena noche para rezar como era preceptivo. En eso no se diferenciaban de los frailes y las monjas católicos que por la noche acudían a la

capilla para las jaculatorias y las laudes. Sólo que los Buenos Cristianos se arrodillaban junto a la cama, en la oscuridad, acompañados únicamente de su hermano o hermana.

Amaury siguió andando un poco más, sacudiendo los pies para hacer circular la sangre. Después continuó el descenso por la escalera para dirigirse al patio. Estaba a medio camino cuando lo detuvo un grito. Volvió a subir de dos zancadas. Un centinela, que hacía guardia al abrigo de la torre, señalaba en dirección este. Amaury se asomó todo lo que pudo y miró fijamente en la oscuridad. El ruido procedía del barranco, pero lo encubría en gran medida el rugido del viento. Distinguió unas figuras a la luz de una antorcha. Gritaban algo y señalaban al este.

- ¡Avisa al señor Pedro Roger! - gritó Amaury al centinela - . ¡Y que alguien detenga a los Bons Hommes que están a punto de dejar la montaña!

Se apresuró a bajar. Las órdenes retumbaban por el patio. Los caballeros, sargentos y peones se vestían y se ceñían las armas apresuradamente. Mientras tanto, Amaury ya había abandonado el patio.

Cruzó la palestra y subió a la galería del revellín.

- Han escalado la montaña. ¡Están luchando cerca del peñasco de la atalaya!

- ¡¿Qué?!

Parecía increíble. Las vías de acceso estaban vigiladas. Era imposible que los soldados franceses hubieran escalado por otro lado la escarpada ladera iluminada tan sólo por la luz de la luna. Tenían que haber recibido la ayuda de los habitantes de las montañas que conocían el terreno, sin duda sobornados por los jefes del ejército francés.

Amaury reunió a unos cuantos peones y descendió con ellos por el sendero que primero cruzaba un prado y luego penetraba en el bosque que se extendía por la cima de la montaña. En el extremo este, donde las rocas se alzaban verticalmente sobre el barranco, había una atalaya. Amaury hizo parar a los hombres a una distancia segura de la atalaya y entornando los ojos miró por entre los árboles. Al pie del robusto edificio se movían soldados enemigos. Debían de haber alcanzado la cima por ese lado, seguramente con pocas armas. Por el borde de las rocas seguían apareciendo nuevos soldados que habían enfilado el peligroso sendero en la oscuridad. No se vislumbraban signos de lucha. Sin duda, habían cogido por sorpresa a la guarnición de la atalaya, matándolos a todos. Algunos peones procedentes del burgo que habían asaltado a los intrusos con lanzas habían sido asesinados por el enemigo, muy superior en número.

Amaury retuvo a sus hombres y se agachó entre los matorrales.

No tenía sentido enfrentarse al enemigo con su pequeña unidad de combate. Tampoco los arqueros podían hacer nada en la oscuridad.

Regresó a la fortaleza para informar al comandante.

Pedro Roger de Mirepoix evaluó rápidamente la situación. Dejó que le informaran brevemente e impartió órdenes. Los arqueros se escondieron en el bosque que cubría gran parte de la cima. Los peones empezaron a hacer una barricada para impedir que el enemigo siguiera su camino hacia la cima. Otros partieron con la misión de transportar la única balista de que disponía la fortaleza hacia un lugar estratégico.

Hubieron de esperar una eternidad hasta que empezó a clarear.

Solo al amanecer, cuando tuvieron suficiente luz para disparar, colocaron la balista en posición y los arqueros hicieron zumbar sus flechas. Pedro Roger de Mirepoix dio la orden a sus soldados de que cargaran, pero el sendero a lo largo del flanco noreste de la montaña escupía cada vez más soldados, y pronto los hombres de Montségur se vieron obligados a retirarse detrás de la improvisada barricada.

La pálida luz del sol rozaba la cima de la montaña. Detrás de la barricada, al borde del bosque detrás del cual se escondían los hombres de Montségur, Pedro Roger de Mirepoix volvió a estudiar la situación y convocó a sus caballeros.

- El estado de las cosas es grave, señores, - dijo secamente - . Los franceses se han apoderado de la atalaya. Son ya tantos que no podemos expulsarlos. Que los arqueros ataquen sin descanso sus posiciones. Apedreadlos con la balista. Hemos de impedir que traigan artillería pesada.

Amaury siguió las órdenes. La estrategia de los franceses era clara. Habían hecho pie en la cresta y ya no la abandonarían. Su siguiente jugada sería sin duda traer material de guerra para poder atacar la fortaleza con catapultas. Después procederían al asalto. Los defensores de la fortaleza debían procurar aplazar al máximo el ataque, en cualquier caso hasta que las tropas de apoyo que había prometido el conde Raimundo llegaran a Montségur.

- Que refuercen la barricada, - ordenó Pedro Roger de Mirepoix.

Mientras tanto, él regresó al burgo para consultar con Ramón de Péreille, el segundo castellano, y Bertrán Marty, el obispo de los Buenos Cristianos.

Unos días más tarde apareció de pronto un rostro nuevo en la fortaleza. Era un especialista en la fabricación de catapultas. Muy pocos sabían de dónde venía, aún menos cómo había llegado hasta Montségur, y quién lo enviaba era un misterio todavía mayor. Se murmuraba que había sido el senescal del conde, que dirigía el país desde Tolosa durante su ausencia. Gracias a este refuerzo, ahora se construían balistas a un ritmo infernal para responder a las catapultas, que el enemigo había instalado. El obispo de Albi había mandado fabricar una gigantesca catapulta capaz de lanzar piedras a una distancia de seiscientos pies.

Pedro Roger de Mirepoix procuraba dar ánimos a sus hombres.

La llegada del especialista había levantado la moral de todos. Sin embargo, el rostro preocupado del guerrero hacía sospechar que las cosas no iban tan bien como pretendía. El conde Raimundo no llegaría en Navidad, eso era evidente. Pero nadie sabía cuándo vendría. ¿Acaso había encargado a su senescal ayudar a Montségur con apoyo y consejos? ¿Qué sucedería si no llegaba a tiempo? Las provisiones empezaban a menguar a ojos vistas.

Los Buenos Cristianos seguían con su ritmo de vida, como si nada hubiera cambiado, en las casitas de piedra del tamaño de una celda, construidas en la roca. Pasaban el día rezando y meditando.

La afluencia de creyentes que acudían a la montaña para rendirles pleitesía se había interrumpido al iniciarse el asedio. Hacía ya mucho tiempo que tampoco llegaban enfermos, que antes eran llevados hasta allí para ser instruidos en las reglas de su fe a fin de poder recibir en el último momento el consolamentum. Sin embargo, los habitantes del burgo seguían visitando a los Buenos Cristianos para venerarlos, para rezar con ellos y comer el pan bendecido. El Bon Homme encargado del molino molía el grano, la Bonne Dame que en otro tiempo había sido esposa del panadero cocía el pan, lavaban y remendaban la ropa de todos los habitantes de la montaña o confeccionaban nuevas prendas si era preciso. Incluso arreglaban las armaduras y las armas, pero se mantenían alejados de los hombres groseros que utilizaban dichos atributos.

Mientras que en el campamento del ejército al pie de la montaña los prelados católicos se preparaban para la misa nocturna de Nochebuena, el obispo Bertrán Marty celebraba como de costumbre el gran apparelhamentum anual en el patio, donde confesaba a los Buenos Cristianos y a los demás creyentes. Los castellanos, sus damas y su séquito estaban presentes y también la mayoría de los caballeros con sus escuderos y sargentos. El

sermón de Bertrán Marty tenía que levantar el corazón de los oyentes. También habló de las prometidas tropas de apoyo. El emperador Federico acudiría al mando de su ejército para liberar Montségur.

- No te dejes engañar, - dijo un arquero justo detrás de Amaury a su compañero de armas - . Ellos mismos no lo creen. La prueba es que ya han sacado todo el oro que tenían de la montaña.

- ¿Cómo lo sabes?

- Lo vi con mis propios ojos. Me tocaba hacer la última guardia. Se fueron con toda la pasta. A socapa.

El otro soltó una maldición.

- ¿Cuánto? ¿Qué llevaban consigo?

- No pude verlo, estaba demasiado oscuro. Eran dos Bons Hommes. Por su forma de andar pude adivinar que llevaban algo pesado. ¡Te digo que han puesto a buen recaudo el dinero de la Iglesia de Dios!

Amaury se dio la vuelta.

- ¡Calla! - le dijo al que hablaba. Lo atrajo hacia sí - . Lo que hagan o dejen de hacer los Buenos Cristianos no es cosa tuya. Si has sido testigo de algo, ¡te lo callas! ¡Lo único que consigues con semejantes rumores es quitar a los demás la chispa de esperanza que aún les queda de salir de aquí con vida!

No cabía la menor duda. Tanto los jefes de la fortaleza como los de la Iglesia de Dios sabían que la situación era crítica. La promesa de que llegarían tropas de apoyo, capitaneadas o enviadas por Raimundo de Tolosa o el emperador, tenía como único objetivo mantener alta la moral.

MONTSÉGUR Febrero de 1244

Los sitiadores y los sitiados llevaban ya semanas hostigándose sin cesar. En el bando francés llegaban continuamente nuevos soldados para reforzar y ampliar la cabeza de puente en la cima de la montaña. Lentamente se acercaban al revellín, que en el lado este protegía al burgo y al pueblo que lo rodeaba. La defensa de Montségur tenía que arreglárselas con varias docenas de caballeros, sus sargentos y peones, y los mercenarios. Los refuerzos no llegaban.

Los demás habitantes cargaban piedras y suministraban víveres a los guerreros.

Las catapultas del enemigo se hallaban ya a tiro del revellín. Las piedras talladas en redondo bombardeaban día y noche la muralla, haciéndola temblar hasta sus cimientos.

- Si destruimos la catapulta del obispo de AIbi, Montségur estará salvada.

El rumor, que no parecía proceder de ninguna parte y que pasaba de boca en boca como una profecía, tuvo un efecto mágico en los combatientes de Montségur. En sí era una idea lógica. La monstruosa catapulta causaba tales destrozos que su destrucción sería una verdadera suerte. Los asediados prepararon un ataque nocturno cuyo único resultado fue que la guarnición del burgo perdió a unos cuantos hombres y tuvo más heridos.

Poco después la fortaleza fue asaltada. Aunque consiguieron repeler el ataque porque se dio la alarma a tiempo, el enemigo dominaba ya toda la cima y había avanzado hasta el revellín. Se combatía casi todos los días, por un lado para mantener a distancia al ejército de Hugo des Arcis, por otro para romper la inflexible resistencia de los asediados.

Amaury se desplomó sobre el catre. Por prudencia no se había desprendido de la armadura. Estaba demasiado cansado para dormir y aunque también lo estaba para comer, primero se había obligado a sí mismo a comer un poco de pan y alubias. Por fin consiguió

sumergirse en el compasivo vacío de un sueño sin sueños, como si se dejara caer de espaldas por la pendiente vertical de la montaña hacia un valle sin fondo, donde se adormecían todos sus sentidos. No ver nada, no oír nada, no sentir nada.

- ¡Ranquilhós!

Luchó por salir de la profundidad insondable de su sueño.

- ¡Ranquilhós!

Se incorporó, cogió a ciegas el yelmo y las armas que yacían junto a él, y salió afuera sin decir ni preguntar nada.

El enésimo asalto había estallado con toda su violencia súbitamente justo antes de amanecer. Los soldados de Hugo des Arcis intentaban entrar a través de las brechas que habían abierto a golpes en el revellín. Se mantenían en pie en las escaleras de asalto, que podían aguantar el peso de seis o siete hombres a la vez. En los lugares donde la fortaleza aún estaba intacta, se habían dispuesto cestas con piedras en el adarve. Las mujeres se apresuraban a apedrear con ellas al enemigo. Mientras tanto, el burgo detrás de la primera muralla sufría el continuo bombardeo de las catapultas del obispo de AIbi.

Las casas de los Buenos Cristianos, situadas en el espacio entre las dos murallas, se hallaban en el campo de tiro. Imbert de Salles, un joven sargento con poca experiencia en la guerra y mucho valor, se dirigió a las viviendas medio derruidas para poner a salvo a las Bonnes Dames.

Amaury subió corriendo por la escalera que llevaba al revellín y se precipitó hacia el lugar donde un peón se desplomaba sosteniendo aún su lanza entre las manos. Dos soldados enemigos trepaban ya sobre el trozo de muralla que había defendido. Amaury se enfrentó a ellos blandiendo la espada. El golpe que le dio con el arma hizo caer al primero hacia atrás. El segundo dejó de resistirse tras tres estocadas y herido de muerte quedó colgado del muro destrozado.

Amaury agarró al hombre por las piernas y lo lanzó al vacío. En su caída, el cuerpo arrastró a otros cinco soldados. A su lado, un sargento se asomaba por encima de los restos de las almenas. Punzaba con su lanza todo lo que se movía al tiempo que insultaba al rey francés y al papa de Roma. Una flecha zumbó por el aire y lo hirió en el hombro, penetrando hasta el esternón. Una ola de sangre ahogó sus insultos y el sargento se desplomó de espaldas. Amaury lo apartó y lo dejó deslizar por la parte interior de la muralla. Abajo, lo recogieron dos Bons Hommes que se hicieron cargo de él enseguida. El sargento dio unas cuantas sacudidas y exhaló el último suspiro antes de que pudieran hacer nada por él.

Ya totalmente despierto, pensó Amaury que se hallaba en una pesadilla. Los heridos gemían a ambos lados de la muralla y los agresores seguían afluyendo, como si ésta fuera atacada por una horda de dragones cuyas cabezas sanguinarias se multiplicaban cada vez que eran cortadas. Pidió a gritos que enviaran más soldados hacia el lugar de la muralla donde más intensa era la lucha.

Por fortuna, la fuente de máquinas de guerra humanas no era inagotable. Tras una resistencia enconada, el asalto se detuvo, tan de repente como había empezado. El enemigo se retiró, y sólo prosiguió con los bombardeos. Pedro Roger de Mirepoix examinó los daños y dio la orden de desalojar las viviendas de los Buenos Cristianos, pues el terreno entre el burgo y el muy dañado revellín era ya demasiado peligroso. Se interesó por el estado de los heridos.

Junto a la puerta del revellín yacía el caballero Jorchin du Mas sobre la tierra empapada de sangre. Estaba tan malherido que ya no podían transportarlo hasta los Bons Hommes. Cuatro caballeros, unos siete guerreros y dos Buenos Cristianos lo acompañaban

en su lecho de muerte. A pesar de que había perdido el conocimiento, otros dos Bons Hommes le administraron el consolamentum, pues anteriormente había aceptado la convenenza. Se arrodillaron varias veces entre los restos de la lucha, colocaron sus manos y el libro sagrado sobre la frente del moribundo y lo besaron en la boca aunque ya apenas respiraba. Después llevaron su cuerpo exánime adentro, donde lo velaron hasta que su espíritu hubiera iniciado con calma su siguiente viaje. El Bon Homme que había dirigido el ritual cogió la armadura del caballero e hizo una señal a Imbert de Salles, el joven sargento que, arriesgando su propia vida, había rescatado a las Bonnes Dames de debajo de los escombros de sus viviendas. Por sus gestos, Amaury comprendió que el Bon Homme le regalaba el yelmo y las demás piezas de la costosa armadura de Jordán en señal de gratitud por su ayuda.

Unos días más tarde, uno de los Bons Hommes que habían sacado a escondidas el dinero de los Buenos Cristianos regresó a la fortaleza. Iba acompañado de dos hombres armados. Venían para comunicar a Pedro Roger de Mirepoix que las negociaciones de paz entre el papa y el emperador se habían retrasado porque Federico de Hohenstaufen había rechazado las cláusulas redactadas por Raimundo.

El castellano tenía que aguantar hasta Pascua. Entonces, el conde Raimundo acudiría en su ayuda con su ejército y el del emperador.

En cuestión de horas, la noticia había alcanzado a todos los habitantes de la fortaleza asediada. La mayoría le prestaba crédito y ello les daba nuevas esperanzas. Amaury esperaba de todo corazón que el conde pudiera cumplir su promesa.

Aquel mismo día, las catapultas callaron súbitamente. Hugo des Arcis apareció en el sendero que conducía a la puerta oeste del castillo. También en ese lugar sus tropas habían llegado hasta la primera muralla. Quería saber cuántos muertos habían de caer aún antes de que Pedro Roger de Mirepoix empezara a usar la cabeza.

¿Acaso no comprendía el castellano que luchaba por una causa perdida? ¿Acaso las fuertes pérdidas de los últimos días no habían dejado bien claro de qué lado estaba Dios?

Los centinelas en la muralla le respondieron con un silencio sepulcral. El comandante intentó provocarlos insinuando que su señor carecía de criterio. Podrían salvarse muchas vidas si no fuera demasiado orgulloso para reconocer su derrota.

- ¡Eh, Des Arcis! - se oyó de repente desde la muralla del castillo - . ¿No te está entrando frío allá afuera? Si el emperador llega con sus tropas de apoyo, ¡ya puedes marcharte con tu banda de traidores!

El sargento se quitó el yelmo, que llevaba los colores de Jordán du Mas, y saludó con él.

- ¡Nuestros caballeros caídos siguen luchando hasta después de su muerte! - gritó.

La risa desdeñosa del comandante retumbó contra la muralla. Se alejó. Los hombres que manejaban las catapultas se pusieron de nuevo manos a la obra.

Mientras tanto, en el patio había surgido cierta conmoción. Pedro Roger de Mirepoix cruzó el patio y lanzó una orden. Su escudero Ferrou, que había formado parte del escuadrón asesino de Avignonet, trepó por la galería. Habló con el sargento, que entre tanto se había vuelto a poner el yelmo. Imbert de Salles lo siguió escaleras abajo, alentado en el camino por los demás soldados, y se plantó delante del castellano, quien lo recibió echando chispas por los ojos.

- Salles, has desobedecido mis órdenes. ¡Nadie habla con Des Arcis salvo yo! - exclamó - . No mereces llevar la armadura de un caballero. ¡Ferrou, confíscalo todo!

Gruñó una orden y se alejó mientras su escudero recibía el yelmo y el resto de la armadura de Jordán du Mas. Más tarde, cuando Imbert de Salles apareció de nuevo en la

muralla, ciñendo su habitual jubón reforzado con cuero y placas de metal, fue recibido por sus camaradas con palmadas y risas disimuladas. Amaury se compadecía del joven sargento, aunque sabía que Pedro Roger de Mirepoix llevaba toda la razón.

MONTSÉGUR Finales de febrero de 1244

La piedra alcanzó a Wigbold en la parte inferior del cuerpo. El gigante frisón fue catapultado por la fuerza del proyectil y se quedó tumbado en el suelo, incapaz de incorporarse. Levantó la mano y se tocó la cadera y la pierna que sólo estaba unida al cuerpo por unos cuantos tendones y pedazos de piel. Después sintió una punzada de dolor y empezó a gritar. Amaury se arrodilló junto al gigante derribado y le bastó un simple vistazo para comprender la gravedad de su estado.

- ¡Tenemos que sacarlo de aquí! - dijo a unas mujeres que, al abrigo de la muralla, recogían trozos de piedras que pudieran volver a ser lanzadas al enemigo.

Hacía ya tiempo que las municiones del burgo se habían agotado.

Una piedra fue a estrellarse contra el resto de muralla que protegía a Amaury. Éste se acurrucó y acució a las mujeres.

- Todo saldrá bien, - le dijo a Wigbold pellizcándolo en el hombro para calmarlo. Sin embargo, el frisón seguía gritando como un poseso - . Te llevaré a...

El resto de sus palabras quedó encubierto por el estruendo de una estructura que se derrumbaba no lejos de allí.

- ¡Me cago en Dios, mi pierna! - gimió Wigbold - . ¡Canallas!

Mientras tanto, las mujeres, entre las cuales había una Bonne Dame, habían llegado hasta el adarve. Se inclinaron sobre el herido y luego miraron a Amaury.

- Por el amor de Dios, lleváoslo, - dijo el caballero.

- ¡No me pongáis las manos encima! - gritó el frisón al tiempo que agitaba los brazos para mantener alejadas a las mujeres.

La Bonne Dame lo miró horrorizada, mas no dijo nada. Amaury les indicó con gestos que debían intentar levantarlo. Las mujeres consiguieron cogerlo por las axilas, mientras el coloso seguía maldiciendo y vociferando, pero cuando intentaron levantarlo soltó un grito tan espeluznante que desistieron de su intento. Wigbold debía de sufrir horriblemente.

- Dejadme a mí, - dijo Amaury.

Se soltó la hebilla del manto y extendió la prenda sobre el suelo junto al cuerpo del frisón. Después empezó a deslizar la tela por debajo de Wigbold, ayudado por las mujeres, que habían comprendido cuál era su intención. Cuando el coloso ya estaba tumbado en gran medida sobre el manto, las mujeres lo levantaron por un lado mientras Amaury lo cogía por donde sus pies sobresalían de la tela.

- Te llevaremos a un lugar seguro, - dijo.

El recorrido por el adarve, la escalera y el patio hacia los edificios que se encontraban dentro de la fortaleza amurallada era una empresa muy arriesgada. Procuraron ponerse al máximo al resguardo de la muralla de la fortaleza y de los edificios. Las piedras volaban sobre sus cabezas y se estrellaban contra lo que quedaba de la mampostería. Las flechas zumbaban por el aire y rebotaban contra la piedra o se clavaban en la madera. La sangre de Wigbold goteaba a través del manto empapado.

- ¿Dónde está el maestro Arnaud? - gritó Amaury por encima del estrépito.

La pregunta fue repetida hasta que Arnaud Rouquier, el médico y cirujano de Pedro Roger de Mirepoix, salió de la torre del castillo. Parecía cansado.

Librodot

- ¿Más heridos? - preguntó desanimado. No tenía intención de poner los pies fuera de la torre protegida. Quien saliera al patio arriesgaba la vida. Desde lo lejos evaluó el estado del frisón y negó con la cabeza - . Ya no puedo hacer nada por él. Llevadlo a un lugar donde pueda morir.

En cualquier caso ese lugar no era la torre. Las mujeres y los hijos de los señores de Mirepoix y Péreille se habían recluido allí con sus parientes y criados y muchos otros que ya no tenían techo bajo el que cobijarse a causa de los destrozos causados por las catapultas enemigas. La torre estaba abarrotada, al igual que las estancias donde se alojaban los caballeros, sus sargentos y los mercenarios que se apretujaban contra la muralla interior. Allí también permanecían los Buenos Cristianos que después de la conquista de la cima habían tenido que abandonar sus viviendas alrededor del burgo. Entre tanto Wigbold se había calmado un poco. Sin duda, la pérdida de sangre amortiguaba el volumen de su voz.

- Yo, me muero, - gimió - . ¡Me cago en Dios, los cabrones! ¡Yo, me muero!

- Nadie dejará este maldito burgo con vida, Wigbold, o tiene que suceder un milagro, - le respondió Amaury sombrío - . Tarde o temprano moriremos todos. La cuestión es cómo.

- ¿Cómo? Yo, te cuento a ti cómo. ¡El demonio viene a buscar su carne! Él, ya ha cogido mi pierna.

- Lleváoslo, - repitió el cirujano.

- Coyhon! - gruñó Wigbold.

- Nosotros nos haremos cargo de él, - dijo la Bonne Dame.

Junto con la otra mujer volvió a coger el manto y Amaury las ayudó a mover al herido. Lo trasladaron a la barraca donde habían vivido los caballeros y lo depositaron en el suelo. El frisón ya sólo gemía. Estaba pálido y murmuró algunas palabras incomprensibles. Amaury miró alrededor. En la penumbra pudo distinguir algunos rostros. Los hombres estaban sentados en torno a una figura inmóvil que yacía en el centro sobre una cama de paja. Había más heridos. Uno de los Buenos Cristianos se puso en pie. Las dos mujeres se inclinaron ante él.

- Entre nosotros siempre hay sitio, - dijo el Bon Homme cuando vio la gravedad de las heridas de Wigbold.

- El maestro Arnaud dice que no hay nada que hacer, - le explicó Amaury.

- Ya veremos.

Se arrodilló junto a Wigbold, mientras las mujeres le quitaban con cuidado las ropas que podían y cortaban las demás. Después se retiraron. El rostro del Bon Homme reflejaba preocupación.

- No tengo nada para anestesiarlo. No nos queda nada.

En realidad faltaba de todo, pero principalmente alimentos. Los Buenos Cristianos, que ya comían poco, compartían ahora sus víveres con los guerreros. Debido al esfuerzo corporal que éstos hacían, comían por dos y la ración de alubias no era en absoluto suficiente.

Amaury estaba muerto de hambre.

El compañero del Bon Homme permanecía en pie a su lado y le entregaba todo lo que éste necesitaba. Humedeció los huesos y la carne, separó la pierna del tronco cortando los tendones que aún quedaban y colocó una venda para frenar la hemorragia. Wigbold chillaba tan fuerte que apenas podían oír el estruendo de las catapultas.

Amaury utilizó toda su fuerza para contener al gigante herido.

- Coyhon! - fulminó el frisón - . ¡Las Bonnes Dames te curan, los Bons Hommes te matan! - Intentó incorporarse, pero volvió a derrumbarse gimiendo - . ¡Ranquilhós! ¡Escucha, tú!

- ¿Qué?

- Cuidado. El enemigo, allí. - Sus ojos inyectados en sangre bailaban de un lado a otro.

- Por todas partes. Lo sé.

Soltó una sarta de maldiciones incomprensibles, y después dijo:

- ¡Sicard! El traidor se va con los franceses. Está allí fuera. ¡Yo, he visto su estandarte, ahora!

- ¿Estás seguro?

No hubo respuesta. La cabeza calva del frisón cayó hacia atrás y sus ojos azules se quedaron mirando fijamente el techo. En aquel mismo momento se oyó un golpe seguido de un crujido ensordecedor. Una piedra atravesó el techo y fue a parar sobre el otro hombre que yacía en medio de la estancia encima de un lecho de paja. Toda la techumbre con vigas, largueros y ramas se vino abajo sepultando

a los hombres. Amaury apartó la madera que había caído sobre él y se levantó con dificultad, cubierto de polvo. Sólo ahora vio que el hombre en el lecho de paja estaba muerto. Se hallaba tan mutilado que era totalmente irreconocible. Wigbold parecía ileso. Sólo estaba recubierto de escombros. En la fría luz de febrero, el rostro del frisón parecía aún más pálido de lo que era. Amaury podía hacer bien poco por él. Se dio la vuelta y liberó a los demás hombres de debajo de los escombros.

- Hemos de buscar refugio, - dijo el Bon Homme que había auxiliado al herido.

Entre todos levantaron al frisón y también trasladaron al muerto a un lugar más seguro, que aún estaba más lleno y donde el ambiente era todavía más sofocante. Colocaron a Wigbold encima de un banco. El frisón ya no se movía. Primero parpadeó unas cuantas veces y buscó entre los rostros que lo rodeaban. Amaury se inclinó sobre él.

- Aguanta, compañero. Estamos a salvo.

Wigbold quería decir algo y abrió los labios, pero empezó a toser. Unas manchas rojas salpicaron su camisa. El Bon Homme se levantó de un salto y palpó el pecho del frisón hasta dar con la causa de la hemorragia: una astilla de madera del techo que se había clavado firmemente como una flecha entre sus costillas. Agarró a Amaury del codo y lo alejó del herido.

- Me temo que le quede poco de vida, - dijo suavemente - . ¿Es creyente de la Iglesia de Dios?

- No estoy seguro, - contestó Amaury - , pero creo que simpatiza con vuestra fe.

- Vos lo conocéis. Preguntadle lo que quiere.

Amaury asintió y se inclinó sobre Wigbold, que respiraba cada vez con mayor dificultad y que de vez en cuando escupía sangre. El caballero puso la mano encima de la manaza del frisón, que se apoyaba crispada sobre su pecho. Wigbold volvió la cabeza hacia él y lo miró con una mueca de dolor.

- Yo, miro el estandarte de Sicard. Yo, veo piedra demasiado tarde, - consiguió decir con dificultad.

- No hagas esfuerzos, Wigbold.

- Yo, te aviso contra Sicard, - resopló.

- ¡Al diablo con Sicard de Bessan! No merece la pena.

- Yo, muero por ti. Me lo merezco, ¿qué?

- Tonterías.

- ¡Coge a ese hijo de puta! - dijo el frisón.

- Sí.

Librodot

Wigbold empezó a toser de nuevo. Su rostro cobró un tono azulado. Amaury se acercó a su cabeza y susurró:

- Si mueres, Wigbold..., aquí no hay sacerdotes y...

- ¿Te has vuelto loco?

- ¿Quieres morir en manos de los Buenos Cristianos?

El frisón respiró con dificultad. La sangre le goteaba de la comisura de los labios.

- Yo, quiero un buen fin, - respondió tosiendo.

- ¿Entonces deseas recibir el consolamentum? - preguntó Amaury en voz alta.

- Sí, sí.

Para el Bon Homme eso era más que suficiente. Sacó el legajo de pergamino en el que estaba escrito el evangelio, colocó la epístola sobre el pecho del moribundo, las manos del frisón sobre el libro, y sin más preámbulos inició el ritual, asistido por su compañero. No había tiempo que perder. Acababan de decir las palabras principales cuando Wigbold se incorporó de súbito. Se llevó la mano al pecho y jadeó. Con la otra asió el brazo de Amaury. El pergamino cayó al suelo. Con la boca abierta de par en par y los ojos fuera de las órbitas cayó de espaldas y expiró soltando una última maldición. Sus brazos cayeron flojos junto al cuerpo. Amaury se arrodilló y juntó las manos, pero dejó que fueran los Buenos Cristianos los que rezaran. Todos los que estaban presentes en la pequeña habitación se arrodillaron. ¿Habían llegado a tiempo? ¿Habían salvado el espíritu del frisón? ¿Regresaría en una próxima vida como un hombre mejor, capaz de dar la espalda al Mal para así reunir su alma con su espíritu celestial? ¿Quién debía darle a él el consolamentum? ¿Cuántos Buenos Cristianos quedarían cuando llegara el momento? ¿Dónde tendría que buscarlos? ¿En Lombardía? Allí aún estaban a salvo y podían profesar su fe en libertad.

Amaury abrió los ojos y miró el cuerpo de su camarada. Apenas podía moverse debido al cansancio de la lucha y los bombardeos que duraban ya casi dos meses. Le dolían todos los músculos. Sin embargo, el peso de su armadura no era nada comparado con el de sus párpados, que sólo conseguía mantener abiertos con gran esfuerzo.

También la cabeza le pesaba enormemente. El calor en la abarrotada habitación y el murmullo de los Buenos Cristianos lo amodorraban.

Con los ojos entornados contempló el cuerpo sin vida. La porra, que había colgado de su cinto, se había deslizado cuando le quitaban la ropa y se había quedado trabada entre sus piernas, con la cabeza señalando hacia arriba, como un gigantesco falo. Ya no podía hacerle daño a nadie. Mientras contemplaba el fenómeno con una sonrisa, Amaury descubrió una figura un poco más lejos. Levantó lentamente la cabe-za, dirigió su mirada a las sombras de detrás del féretro improvisado y miró de hito en hito a un par de ojos profundos en un rostro delgado, enmarcado por el cabello oscuro. Tenía que ser un sueño. Era el cansancio, se había quedado dormido, tenía que ser eso.

- ¿Colomba?

El rostro se endureció. Un delicado joven de unos treinta años de edad se incorporó cuan largo era. Amaury también se puso en pie.

Era más alto de lo que había sido ella, pero no más que Amaury.

- No deseo estar con vos en una misma estancia, donde además oís los rezos de los Buenos Cristianos. ¡Traidor!

Se dio la vuelta dispuesto a salir precipitadamente, pero había subestimado la fuerza y la rapidez de Amaury. Éste saltó por encima del cuerpo de Wigbold y asió al otro por el brazo.

- ¿Adónde querías ir, Roger? ¿Desde cuándo te ocultas de mí en este burgo? Ya no quedan muchos rincones donde esconderse de mí. - La voz se le quebró - . ¡Dios mío, si lo hubiera sabido antes!

- ¿Y qué? ¿Creéis que eso hubiese cambiado algo?

Los Bons Hommes y los demás hombres los miraban perplejos sin dejar de rezar.

- ¿Por qué crees que soy un traidor?

- Sois uno de ellos. ¡Un cruzado! - pronunció la palabra como escupiéndola.

Por un momento todos contuvieron la respiración. Amaury sintió las miradas recelosas posadas sobre él, esperando que se justificara.

- Antes de que tú nacieras, yo ya luchaba para Tolosa. Nunca he traicionado a los Buenos Cristianos, ni a ti, ni a Colomba. Y ahora ya llevo ocho años luchando con vosotros.

Roger se soltó y dio un paso atrás. No podía retroceder más.

- No soy vuestro hijo, - dijo entre dientes.

- ¿Habrías preferido ser hijo de Sicard? - le increpó Amaury.

- ¡Habría preferido no existir!

En aquel momento se interpuso entre ambos el Bon Homme que había dirigido el ritual. Hizo retroceder a Amaury, que aún estaba encima del cuerpo sin vida.

- Creo que tendré que rogaros que sigáis vuestra disputa fuera, - dijo ligeramente irritado.

- Eso es un suicidio, - le espetó Amaury.

- En tal caso tengo que pediros que dejéis vuestras diferencias para más tarde o, si no admiten demora, os ruego que atenuéis al máximo vuestras voces, para que podamos seguir rezando por la salvación de sus espíritus. Si deseáis mediación, estaré a vuestra disposición tan pronto como hayamos concluido nuestras oraciones. - Su tono era frío, pero correcto.

- No será necesario, - dijo Amaury - . Esto es algo entre él y yo. Lo solucionaremos entre nosotros.

- No hay nada en lo que mediar, - dijo Roger - . Ni tampoco nada de que hablar.

- Mi experiencia me ha enseñado que en la mayoría de las situaciones es preferible hablar a luchar o huir - observó el Bon Homme - , pero en vuestros círculos se aprecia poco esta idea.

Les lanzó de nuevo una mirada de reproche antes de reanudar su tarea religiosa.

- Me detestas, - dijo Amaury en voz baja después de haber pasado por encima del cadáver de Wigbold y de colocarse junto a Roger - . Te comprendo. Creo que yo en tu lugar habría hecho lo mismo. Pero me alegro de una cosa.

El otro lo miró expectante, pero no se dignó preguntar qué era.

- Prometí a Colomba que si teníamos un hijo, lucharía por la Iglesia de Dios, que defendería a los Buenos Cristianos.

Posó la mirada sobre el equipo de combate de Roger. Llevaba las armas de un caballero. No hubo respuesta. Amaury sonrió.

- Te pareces mucho a ella, - dijo - . No tienes ni idea del bien que eso me hace.

Ahora que lo veía de tan cerca se dio cuenta de que su cabello tenía el color de las avellanas maduras, pero que ondulaba como el suyo y que la forma de las manos era exactamente como la de las suyas. Tuvo que reprimir el impulso de coger al joven por los hombros y apretarlo contra su pecho. Roger lo mantenía a distancia con su mirada intensa, inaccesible como un gato acorralado. Todo su cuerpo estaba rígido debido a la resistencia.

- Si sigues la doctrina de los Buenos Cristianos, - dijo Amaury con calma - , sabrás que no hay lugar para el rencor. Si no somos capaces de perdonarnos los unos a los otros, ¿cómo podemos esperar ser perdonados algún día?

- ¡Esto último es una afirmación católica! - gruñó Roger - . Nosotros no pedimos perdón a Dios. No le pedimos que tenga compasión por la carne corrupta, sino que sea misericordioso con el espíritu que está prisionero en ella. No nos juzgará el último día con los infieles que han traicionado al Espíritu Santo. Somos nosotros los que hemos de separarnos del pecado. Nadie puede hacerlo en nuestro lugar. No hay juicio final. ¡Dios no ha creado a sus criaturas para volver a destruirlas! ¡Pero los que no creen, ésos serán condenados!

Los ojos oscuros miraban amenazantes a Amaury.

- También hablas como Colomba, - respondió el caballero - . Los sermones no nos unirán. Siempre se interpusieron entre tu madre y yo. Esta lucha por la fe lo está destrozando todo, cuando en realidad tendría que reconciliar a las personas. He ansiado tanto este momento que soy capaz de soportarlo todo, aunque me duela.

Sus palabras socavaron un poco la seguridad del joven.

- ¿Seguís siendo católico?

- No. Desde la Inquisición no he vuelto a ver a un sacerdote católico, salvo los que matamos en Avignonet.

- ¿Estuvisteis allí? - La voz de Roger delataba respeto.

- Sí, pero no me enorgullezco de ello.

- Entonces, ¿sois seguidor de la Iglesia de Dios?

- No. He ido a parar en algún lugar entre ambas.

- ¿Qué hacéis aquí entonces?

- Quiero saldar mi deuda.

- ¿Deuda?

- Por dos veces llevé la cruz en el pecho. Intento compensar mis errores.

- Nadie puede compensar lo que nos han hecho, a nosotros y a nuestra Iglesia.

- Tienes razón. La vida de un hombre es demasiado corta para ello.

- Me dais siempre la razón. Vuestra comprensión, vuestro arrepentimiento y vuestra disposición al sacrificio son conmovedores. Pero no podréis engatusarme.

Amaury suspiró.

- Si no quieres perdonarme, admite al menos que tenemos un enemigo común.

- Sicard de Bessan.

- Ambos cometimos un error al provocarle sin saber lo peligroso que era.

- Yo no lo provoqué, no lo denuncié por iniciativa propia. Me interrogaron porque buscaban a Colomba. Denuncié a Sicard ya que pensé que así podía protegerla, - dijo Roger - . Funcionó.

- ¿No lo hiciste por vengarte?

Roger se encogió de hombros.

- En cualquier caso, no por la herencia. Sus posesiones me traen sin cuidado.

- Pero ¡son tuyas! Por mi culpa te las han arrebatado. Y tú conseguiste poner a Sicard fuera de combate durante seis años. Eso es lo único que cuenta para él. Está aquí y su hijo lo acompaña sin ninguna duda. Han levantado sus tiendas de campaña delante de las murallas de Montségur. Nos asedia un enemigo con un rencor personal. Tendremos que apoyarnos el uno al otro.

Roger no respondió y durante un rato miró a Amaury en silencio mientras alrededor seguía incesante el estruendo de las piedras proyectadas y el murmullo de las oraciones de los Buenos Cristianos.

- Queréis que me reconcilie con vos porque pensáis que el odio por un tercero nos une. Es típico de un católico, - dijo finalmente.

- ¿Tu afirmas que no le guardas ningún rencor a pesar de que te ha arrebatado tu herencia?

- Las Escrituras dicen que si alguien exige tu camisa has de darle también tu manto. Los bienes terrenales sólo están expuestos a la decadencia, provocan la envidia y mueven al robo.

Parecía que recitara una lección en voz alta.

- Son palabras sabias para alguien tan joven. Estoy de acuerdo contigo, pero sólo ahora, después de todo lo que he vivido. Tú aún tienes toda una vida por delante.

- Gracias a los vuestros no tengo futuro. Gracias a vos tampoco tengo pasado.

Los reproches de Roger lo herían como cuchilladas. El derrotismo que envolvía al joven era como un abismo del que parecía imposible escapar.

- Tienes un pasado. Procedes de un linaje del que puedes sentirte orgulloso, castellanos del rey, aunque sean franceses. No creas que sois mucho mejor que ellos, al margen de la Iglesia. Ambos bandos se han comportado como bestias.

- Vosotros nos habéis arrebatado nuestra tierra. Nosotros la hemos defendido, estamos en nuestro derecho.

- Hace un momento querías regalar tu manto con la camisa. Ya ves que no es tan fácil actuar de acuerdo con las Escrituras. Entonces, ¿por qué soy peor que Sicard, porque soy francés y porque seduje a tu madre?

El rostro de Roger se contrajo en un rictus de dolor.

- Me he equivocado, - dijo Amaury - . No es el odio lo que nos une, sino el amor.

- ¡Ja! - exclamó Roger indignado.

- Nuestro amor por Colomba.

Roger lo miró con el ceño fruncido y cara de pocos amigos.

- Adoras a tu madre y yo soy quien ha mancillado su inmaculado blasón. Quizá pienses que la tomé con violencia, como las mujeres que fueron violadas por mis compatriotas. Te juro que en aquel momento, y también después, se entregó a mí por propia voluntad.

Alguien le dio un codazo y susurró:

- ¡No juréis en presencia de los Buenos Cristianos! Decid lo que tengáis que decir sin juramentos.

- No la tomé con violencia, - repitió Amaury.

Frente a él, Roger se - aferraba a su silencio.

- Nos amábamos. Cuando me la arrebataron... - Se le hizo un nudo en la garganta que le impidió seguir hablando. No podía soportar la mirada cargada de reproche de esos ojos que se parecían tanto a los de ella, y apartó la vista posándola en el cuerpo sin vida del frisón. Después respiró profundamente y añadió - : Ni la venganza, ni eso que llaman justicia podía compensar aquella pérdida.

Lo único que me ha mantenido en vida desde que desapareció era la esperanza de encontrarte.

Sin mirar a Roger se dio la vuelta y abandonó apresurado el refugio de los Buenos Cristianos. Cruzó el patio hacia el lugar donde poco antes había defendido la muralla, sin preocuparse por las piedras y flechas que zumbaban sobre su cabeza. Hubiera querido que uno de los proyectiles lo alcanzara como le había sucedido a Simón de Montfort, de un golpe, contra el cráneo, para exponer sus sesos que se devanaban en su cabeza y desparramarlos sobre la tierra.

Así, sin cerebro, caería en un agujero negro, un espacio infinito donde no existía el miedo ni la esperanza, donde no había recuerdos ni deseos. Simplemente, la nada.

De milagro llegó sano y salvo a la escalera de piedra que conducía al adarve. A ambos lados de la muralla resonaban incesantes las órdenes. Se oían maldiciones, gritos y oraciones. No había tiempo para descansar. Nadie sabía cuándo iniciaría el enemigo el siguiente asalto contra las murallas. Nadie sabía si conseguirían detener de nuevo el ataque.

MONTSÉGUR 3 de marzo de 1244

Pese a que habían acogido, protegido y defendido a los Buenos Cristianos, Pedro Roger de Mirepoix había obtenido todo lo que había podido de las negociaciones: la libre retirada de los sitiados; la revocación de las condenas en rebeldía por la Inquisición; la amnistía para quienes eran cómplices de la matanza de Avignonet.

Además había exigido una prórroga de dos semanas. ¿Acaso confiaba aún en que llegaran las tropas de apoyo del conde, para liberarlos? Antes de Pascua, había dicho el conde Raimundo. Pero todavía faltaba un mes para Pascua, en la primera semana de abril, un lapso de tiempo que la extenuada guarnición y los castigadoshabitantes ya no podían aguantar. El 16 de marzo, el castillo y todos los Bons Hommes y Bonnes Dames que se hallaran entre sus murallas debían ser entregados al enemigo y todos sabían lo que eso significaba.

De súbito, un silencio se posó sobre el castillo, un silencio que era irreal. Todo y todos callaban, nada se movía. Amaury se había despojado de su yelmo. Se acuclilló en el suelo del adarve, detrás de las almenas, y se apoyó contra el parapeto que desde hacía semanas era el lugar donde dormía. En su estómago, el roedor llamado hambre seguía excavando un laberinto de túneles. En su cabeza resonaban aún los últimos bombardeos.

En el patio nadie se movía. Todos intentaban acopiar las fuerzas que les quedaban para la última desgracia, abrumados por la lluvia de piedras que había durado semanas, debilitados por la escasez de alimentos y aturdidos por el miedo. La aplastante noticia de que al final de este respiro más de doscientos Buenos Cristianos serían entregados al enemigo gravitaba como una carga de plomo sobre los hombros de quienes iban a sobrevivir gracias a este sacrificio.

Una figura se desmarcó de la sombra en la puerta abierta de la torre y avanzó en dirección a Amaury. Cuando el hombre estuvo más cerca, reconoció a Ferrou, el escudero de Pedro Roger de Mirepoix.

- El señor Pedro Roger os convoca con urgencia en su cuartel general, - dijo Ferrou.

Amaury se puso en pie con dificultad y bajó a trompicones entre los escombros. Seguía apático las pisadas del escudero, sin preguntarse por qué lo mandaba llamar el comandante. Ni siquiera miraba a su alrededor, como había hecho continuamente los últimos días, para ver si podía descubrir a Roger entre los destrozos, entre los heridos o las figuras acurrucadas que apenas se daban cuenta de que ya no había peligro. Todos parecían iguales en sus ropas desgarradas, cubiertos por el polvo, paralizados por el miedo, muertos de hambre y de cansancio.

La sala del piso inferior de la torre, desde donde Pedro Roger de Mirepoix había dirigido la defensa del castillo y donde había comido y dormido con sus parientes y allegados, se hallaba envuelta en la penumbra y hacía casi tanto frío como fuera. La lumbre no estaba encendida, aunque sí había una nueva reserva de velas, un regalo de los Buenos Cristianos, que estaban repartiendo sus posesiones.

Ellos habían sido los primeros en enterarse de las condiciones de la rendición. Antes de negociar con los sitiadores, Pedro Roger de Mirepoix lo había consultado todo con el obispo Bertrán Marty y otros Bons Hommes influyentes.

- Adelante, - dijo el noble con su voz ronca. Puso la mano sobre el hombro del caballero, que no era mucho mayor que él, y lo hizo pasar a la sala. También su rostro estaba marcado por las duras pruebas de los últimos meses y la pesada responsabilidad que gravitaba sobre sus hombros - . Os he mandado llamar a ambos para pediros una explicación.

Amaury miró asombrado al caballero que al igual que el señor Pedro Roger estaba algo separado de los demás hombres. Saludó a Roger con una leve inclinación de la cabeza. No obtuvo respuesta.

- Seré breve, - prosiguió el comandante - . El sitiador exige algunos rehenes como garantía de que cumpliremos las condiciones de la tregua. El señor Ramón de Péreille entregará a su hermano y a su hijo. Sin embargo, Hugo des Arcis no se da por satisfecho. Como garantía adicional pide que le entreguemos a dos rehenes más: vos, Amaury de Poissy, y vos, Roger de Limousis. ¿Podéis explicarme por qué?

Amaury se adelantó a Roger.

- Estamos unidos por..., por parentesco en un asunto con Sicard de Bessan, un vasallo de Cabaret. Este intenta vengarse de nosotros. Hace poco que nos enteramos de que se encontraba en el campamento enemigo. Sólo Dios sabe qué servicio habrá prestado Besan al enemigo para que Hugo des Arcis se deje utilizar por él.

- Ambos bandos utilizan traidores y espías. ¿Qué asunto es ése?

Amaury se encogió de hombros.

- Una vieja enemistad, - dijo cauteloso - . A estas alturas todos se han vengado de todos, pero al parecer Bessan no piensa lo mismo. - No quería entrar en detalles, pero tampoco podía dejar de lado la cuestión - . Es mezquino y despreciable aprovecharse de una situación como ésta, en la que están en juego tantas vidas, para satisfacer los intereses propios.

El noble asintió aprobatoriamente.

- Estáis dando al señor Pedro Roger una imagen falsa de las cosas, - le espetó Roger. Se volvió hacia el noble - . Somos enemigos mortales de Sicard de Bessan. Lo hemos provocado conscientemente. El hecho de que se encuentre en el campamento enemigo es responsabilidad nuestra y no podemos eludirla. Sólo os pido que, antes de que nos entreguéis, me deis tiempo para hacer una última visita a los Buenos Cristianos a fin de poder recibir el consolamentum.

Amaury lo miró desconcertado.

- Comprendo que vuestra principal preocupación sea no morir sin antes recibir el consolamentum. Pero para eso aún hay tiempo. Partís como rehenes, - aclaró Pedro Roger de Mirepoix - . Si cumplimos las condiciones del tratado, regresaréis sanos y salvos. No dejaré que ningún Bon Homme se vaya antes de que todo esté listo. Ellos ya no volverán.

- Roger quiere decir que Sicard de Bessan no nos tratará como rehenes. Para él somos enemigos a los que hay que eliminar cuanto antes. Si nos ha mandado llamar es con este propósito, - aclaró Amaury - . Considero que su deseo de venganza será saciado sobradamente si me enviáis a mí solo como rehén. Si con ello puedo ayudaros estoy dispuesto a sacrificarme. Entonces Roger podrá aplazar un poco más su consolamentum.

- ¡No os he pedido que os sacrifiquéis por mi! - exclamó Roger.

- Sicard de Bessan ya ha hecho suficiente daño. Quizá todo acabe con esto, dado que ya no tendrá que vengarse más de mí.

El castellano frunció el ceño y se restregó pensativo la barbilla.

- No voy a permitir que me utilicen para satisfacer un rencor personal, - dijo - . Tampoco pienso entregar rehenes a un enemigo que tiene intenciones distintas de las que

pretende. Las negociaciones de este tipo han de ser formales y deben estar exentas de emociones. Es preciso poder confiar en la palabra de honor del otro, por difícil que sea en estas circunstancias. - Se dirigió a Amaury - . Mi escudero me dice que estuvisteis en Avignonet. - Sonrió - . Es una pena que no me hayan traído el cráneo del inquisidor. ¡Habría mandado forjar un borde dorado para poder beber mi vino en él! Podéis contar siempre con mi ayuda.

- Entonces, dejadnos escapar, - dijo Amaury.

El rostro del castellano se endureció.

- ¿Por qué?

- Si os negáis a entregarnos como rehenes, Sicard y sus verdugos nos estarán esperando. Ni siquiera nos darán la oportunidad de protegernos, a pesar de la palabra de honor de su comandante. Al fin y al cabo, Sicard cuenta con su aprobación. ¿Cuántas veces no ha sucedido ya en esta lucha que se asesinaba a la gente a pesar de habérseles prometido una retirada libre?

- Estaremos alerta hasta el último momento.

- Dejadnos escapar antes de que la rendición sea un hecho.

- Es imposible ya escapar de este burgo.

- No si descendemos de noche por el precipicio en la parte noroeste del burgo. La pendiente es tan escarpada que los franceses ni siquiera consideran necesario vigilarla.

En los ojos del noble apareció una mirada de alarma. Negó decididamente con la cabeza.

- Nadie tiene mi permiso para intentar escapar. Pondríais en grave peligro nuestra posición, - dijo secamente - . He dado la garantía al enemigo de que durante la tregua nadie escapará del burgo. Si rompo esta promesa, los rehenes morirán. Podéis contar con mi apoyo, tendréis que daros por satisfecho con eso.

Acto seguido hizo un ademán en señal de que la entrevista había finalizado.

Amaury no insistió y abandonó la estancia, seguido de Roger.

Una vez fuera, en medio de los edificios anexos derrumbados y los escombros de las defensas, Roger lo detuvo.

- ¿Descender por el lado noroeste? - preguntó ávidamente - . ¡Pero eso es un suicidio! ¿Cómo...?

- Con cuerdas, - dijo Amaury.

- Primero quiero verlo.

- El señor Pedro Roger no nos ha dado su permiso, - respondió irritado. Ahora estaba realmente agotado.

- ¿Y qué?

- ¿Acaso no has notado que tiene otros planes?

- ¿Con nosotros?

- No con nosotros. Con los Bons Hommes, si no me equivoco. Si intentamos huir, estorbaremos sus planes. Imagina que el nuestro fracasa, entonces habremos alarmado al enemigo y pondremos en peligro a los Bons Hommes y a los rehenes. Tenemos que esperar hasta que se hayan ido.

- Pero entonces quizá sea ya demasiado tarde.

En la voz de Roger no había reproche. Estaba claro que los Buenos Cristianos tenían prioridad. Quien después emprendiera un segundo intento había de tener mucha suerte.

- Necesitamos tiempo, - opinó Amaury - . Primero hemos de recuperar el aliento.

- Tenéis razón. Sois demasiado viejo para tal hazaña.

- ¿Viejo? Simón de Montfort tenía tan sólo unos cuantos años menos que yo cuando entró en Carcasona con el ejército de cruzados. Y aún no había agotado sus fuerzas al morir nueve años más tarde.

- ¡Montfort! ¿Era acaso vuestro compañero de armas? - soltó Roger con desdén.

Era demasiado joven para recordar algo del comandante, pero había oído las historias sobre las atrocidades perpetradas por el francés. Amaury se detuvo en seco y se volvió de golpe hacia su hijo.

- Si no quieres aceptarme porque soy quien soy, ¿por qué tendrías que querer huir conmigo? - gruñó.

- Por un momento me tentó esa posibilidad, - admitió el joven - .

En tal caso, sólo hay una solución, por lo menos si no quiero caer en manos de Sicard.

Amaury lo miró sin comprender. Entonces empezó a entender lo que Roger quería decir.

- Por el amor de Dios, - exclamó - , todavía hay tiempo. No hagas nada que luego ya no puedas remediar.

MONTSÉGUR 13 de marzo de 1244

Y cuando el dios de las tinieblas hubo seducido a los ángeles, los sacó del cielo y los llevó a la tierra que había creado de la nada. Allí encerró sus espíritus en cuerpos de carne y hueso. El buen Dios, que es el dios de la luz, al ver los asientos vacíos, comprendió cuánto había perdido por la caída de los ángeles seducidos y viendo que quedaban muy pocos ángeles, se sintió muy afligido. Reflexionó para encontrar alguna manera de vencer al demonio. Y empezó a escribir un libro, que acabó después de cuarenta años y en el que describía los muchos dolores, temores, desgracias, la envidia, el odio y la venganza, y todos los caprichos del destino que podían advenirle al hombre que viviera en el mundo malvado. Estaba escrito que quien estuviera dispuesto a afrontar estas pruebas sería el hijo del padre celestial.

"Después de que el buen Dios hubiera completado el libro, fue con él a los ángeles que lo rodeaban y les dijo: "Quien realice lo que aquí está escrito será mi hijo".

"Por supuesto, todos los ángeles deseaban ser el hijo del padre celestial. Cogieron el libro y lo abrieron, mas en cuanto leyeron las terribles vicisitudes que contenía, los ímprobos horrores que debería superar quien quisiera estar entre los hombres, se sintieron desfallecer y luego se retiraron. Ninguno de ellos quería renunciar a la gloria que disfrutaba y someterse a tales pruebas para ser el hijo de Dios.

"Al verlo, el buen Dios dijo: "¿No hay entre vosotros ninguno que quiera ser mi hijo para que yo sea su padre?". Puesto que nadie contestaba, uno de ellos se puso en pie y dijo: "Yo quiero ser tu hijo y realizar todo lo que está escrito en este libro. Iré a donde me envíes". El ángel que así había hablado tomó el libro en sus manos, lo abrió, leyó unas cuatro o cinco páginas y se desmayó junto al libro. Y allí permaneció durante tres días y tres noches. Cuando hubo recuperado el conocimiento, lloró mucho. Pero dado que había prometido llevar a cabo lo que estaba escrito en el libro y que por tanto habría mentido si no lo hacía, le dijo al buen Dios que quería ser su hijo. Y Dios lo envió a este mundo para que anunciara su nombre y ejecutara todo lo que estaba escrito en el libro.

"Y así fue como llegó a este mundo un hombre enviado por Dios y al que llamaron Jesús, y que era la luz verdadera. Bajó del cielo y apareció junto a María como un niño recién nacido, mas no nació de ella ni recibió de ella un cuerpo humano. Era un ángel

Librodot

escondido en un cuerpo simulado, que no comió, ni bebió, ni murió ni fue enterrado nunca, pero que sufrió sobremanera. Vino a liberar a las criaturas que habían caído en este mundo debido a su ignorancia y que eran presa de los vicios de la materia perecedera y cambiante, por lo que herían constantemente sus almas y regresaban a través de la reencarnación, un círculo infinito del que no podían escapar. Se habían tornado ciegas, sordas e insensibles. Ya no sabían distinguir el Bien del Mal, no sentían las heridas que causaban ellas mismas a sus almas, ni veían las tinieblas que las envolvían. El enseñó al alma del hombre su verdadero origen, el cual había olvidado, permitiéndole así conocerse a sí mismo otra vez y romper el ciclo de la reencarnación después de la muerte si conseguía purificarse por completo.

Bertrán Marty, obispo de la Iglesia de Dios de Tolosa, calló unos instantes. Era consciente de que sus fieles habían oído ya decenas de veces este sermón. También sabía que seguramente no habían escuchado la mitad de sus palabras, pues estaban ya con el pensamiento en lo que les esperaba al cabo de tres días. Por ello no había hablado de lo que Cristo había dicho a los hombres, de cómo debían vivir y cómo podían salvarse. Sus vidas llegaban a su fin.

Todo estaba ya dicho y no hacía falta convencer a nadie. Se habían despedido y todo estaba listo. Sus hermanos y hermanas habían repartido sus pertenencias y los víveres que les quedaban entre los que quedarían atrás. Habían pagado sus deudas. Habían puesto a buen recaudo el dinero recibido de los creyentes y habían entregado a Pedro Roger de Mirepoix el dinero que les había dejado en depósito. Habían dado cuatrocientas monedas de soldada al castellano para que pagara a la guarnición. Al mismo tiempo le habían pagado una gran suma por sus servicios. El obispo Bertrán Marty consideró que había llegado el momento de animar a sus fieles.

- Existe un animal que tiene forma de caballo, pero que lleva un cuerno en la frente, - prosiguió - . Por eso lo llaman unicornio. Es el símbolo de la castidad y de la pureza, del poder del espíritu y de la presencia de la palabra de Dios. Por eso también es el símbolo de Cristo.

"Había una vez un hombre que se hallaba en un bosque y que vio aproximarse a este animal. Dado que no conocía el nombre de Cristo, tuvo miedo y huyó. Era tan grande su temor que no miró por dónde andaba y cayó en un hoyo. Mientras caía consiguió agarrarse a un árbol y allí se quedó cogido del árbol. En la pared del hoyo había también un tocón sobre el cual pudo apoyar los pies.

Consideró su situación y descubrió que en la raíz del árbol había dos ratas, una blanca y otra negra. Las ratas comían de la raíz, que ya estaba tan roída que apenas ya aguantaba su peso.

"Luego miró en la profundidad del hoyo y vio que en el fondo había un terrible dragón que escupía llamas y que mantenía abierta su boca para devorarlo. Volvió a mirar si sus pies estaban bien apoyados sobre el tocón y notó que de éste salían las cabezas de cuatro serpientes. Por último alzó de nuevo la vista y vio que arriba salía un chorro de miel del árbol del cual se aguantaba. La codicia por la miel le hizo olvidar los peligros que lo rodeaban. Se le hacía la boca agua.

"Esta es la imagen de todos los que aman este mundo. Sólo ven las cosas apetecibles con que el demonio ha adornado su creación, están ciegos para el Mal que está al acecho. Quien dé la espalda al Mal y a la tentación, quien viva puramente y reniegue de la materia, se reunirá con el espíritu al que tuvo que abandonar en el cielo. Será liberado de la esclavitud del demonio y regresará a la luz.

"Vuestros enemigos os han tratado según les guiaba su ira, os han agraviado y robado, os han mancillado con calumnias y cubierto de heridas. Después os matarán. Se os exige esta última prueba porque os habéis alejado de Él y sin Él os habéis convertido en criaturas de la Nada.

"Vosotros, que habéis venido a mi, estáis a punto de entrar en un nuevo cielo y un nuevo mundo. Luego, dentro de unos días, cuando bajéis conmigo por esta montaña, estaréis regresando a vuestra patria.

Los que iban a dar este paso con el obispo estaban arrodillados delante de él. Más de veinte hombres y mujeres que habían decidido aprovechar la última oportunidad y recibir el consolamentum. Entre ellos estaban la mujer y la hija de Ramón de Péreille, un escudero, un sargento con su mujer, un arquero y algunos caballeros, faidits, autores del atentado de Avignonet, uno de los cuales había sido gravemente herido justo antes de la tregua.

Ramón Agulher, el obispo de Razés que ayudaba a Marty, le entregó el manuscrito que contenía el evangelio con que se celebraría el ritual.

Amaury volvió a recorrer con la mirada las cabezas de los creyentes arrodillados. No pudo descubrir a Roger entre ellos. Tampoco estaba entre los testigos de la ceremonia. A partir del día en que habían anunciado la tregua, venía siguiendo de lejos las actividades de su hijo, temeroso de que acudiera a los Bons Hommes para que le administraran el consolamentum, lo cual significaría irremediablemente la hoguera. Pero aunque Roger había comido varias veces con los Buenos Cristianos y había compartido con ellos el pan bendecido, y aunque también había visitado por última vez a algunas Bonnes Dames que conocía bien, seguía formando parte de la guarnición que hacía la guardia, pues también ahora era preciso mantenerse alerta y no dejar nada al azar.

Tranquilizado, Amaury ordenó a sus sargentos que siguieran vigilando. Salió afuera y se ciñó el manto. Las nubes grises colgaban del cielo como coladeras saturadas sobre la cima. Los copos de nieve caían lentamente, como si aún vacilaran en abandonar ese mundo nublado. Amaury recorrió el patio con la mirada. Habían arreglado algunos tejados, pero por lo demás sólo se había llevado a cabo lo imprescindible. A pesar de la tregua, los hombres seguían haciendo guardia sobre las murallas. Roger se hallaba junto al refugio destrozado de los caballeros y arqueros, y hablaba con sus soldados. Amaury suspiró aliviado. Seguía llevando armas.

MONTSÉGUR 16 de marzo de 1244

En el amanecer grisáceo, la puerta principal de Montségur se abrió para dejar paso al enemigo. El comandante Hugo des Arcis entró en el castillo, seguido del arzobispo de Narbona, el obispo de Albi y dos inquisidores con sus ayudantes, los rehenes y una escolta de soldados fuertemente armados. Pedro Roger de Mirepoix los saludó secamente. Detrás de él se habían agrupado los Buenos Cristianos, precedidos de los dos obispos. El comandante francés mantuvo una breve entrevista con el castellano. Seguramente quería saber si éstos eran todos los herejes. Había más de doscientos. A continuación, el arzobispo de Narbona dijo en voz alta que los que quisieran abjurar de la fe herética dieran un paso adelante. Nadie se movió, nadie habló. Hugo des Arcis gruñó algunas órdenes.

Los soldados formaron un cordón en torno a los Buenos Cristianos y la masa se puso en movimiento. Pedro Roger de Mirepoix se retiró.

Fue al encuentro de Ramón de Péreille, que se había situado delante de la entrada de la torre para presenciar la partida de su esposa y su hija. Los demás habitantes se escondían. Sólo la guarnición se había alineado con todo su equipamiento militar, en el adarve de las

murallas y en el patio del castillo. Todos los hombres se habían quitado el yelmo y lo mantenían debajo del brazo, aparentemente en señal de respeto por el vencedor, pero en realidad para rendir un último tributo a los que iban a morir. Estaban todos en posición de firmes, y ninguno se movía, como si fueran un elemento más del castillo, que para los condenados se había convertido en la puerta del cielo.

Amaury observaba a los soldados en la luz cada vez más clara del día. Se hallaba a mitad de la escalera que conducía al adarve, desde donde podía verlo todo. Dentro de su armadura de hierro empezaba a inquietarse cada vez más. Algo no marchaba bien. Siguió examinando los rostros impasibles de los arqueros, los sargentos, los caballeros. ¿Por qué no estaba Roger entre ellos? ¿Acaso había...? Angustiado pasó su mirada hacia los Buenos Cristianos, que ahora eran empujados por los soldados hacia la puerta. Buscó nervioso entre la muchedumbre que se movía lentamente, aunque ahora hubiera preferido no mirar todos esos rostros conocidos y menos conocidos, temiendo no poder contener sus emociones. Allí estaba el molinero, el Bon Homme que había molido el grano transportado por él cuando aún estaban en contacto con el mundo exterior. Entre las Bonnes

Dames figuraba la mujer que había cocido el pan que los Buenos Cristianos partían y bendecían. Allí estaba el fabricante de bolsas que le había hecho algunos arreglos, y un poco más lejos en la fila el diácono al que había protegido durante unos años y muchos otros que conoció durante su estancia en la montaña. Algunas mujeres se aferraban unas a otras, muertas de miedo a pesar de su firme convicción de que podrían soportar el fuego. ¿Dónde estaba Pedro Sabatier, el Bon Homme que unos días antes le había preguntado si quería cambiar de opinión?

- A fin de cuentas ya no sois tan joven. ¿No teméis morir sin haber recibido el consolamentum? - le había preguntado.

Él le había contestado que todavía no estaba listo, que por lo pronto no temía a la muerte. ¿Dónde estaba Sabatier? ¿Y Roger, dónde estaba Roger?

Los Buenos Cristianos fueron empujados a través de la puerta. Las órdenes se oían cada vez más fuertes. En cuanto hubo desaparecido el último, la guarnición en el patio se puso en movimiento. Amaury subió los peldaños de dos en dos hasta el adarve y se asomó, de nuevo en contra de sus propósitos, entre las almenas. Los soldados de Hugo des Arcis espoleaban a sus prisioneros para que se apresuraran. Empujaban a los pobres desgraciados obligándolos a bajar a trompicones por el sendero, aunque cargaran con enfermos y heridos, y los más ancianos no pudieran sino arrastrar los pies. La cadena humana descendía lentamente como una serpiente por la pendiente. Eran tantos que no los había podido reconocer a todos. ¿Acaso Roger había conseguido escabullirse para recibir el consolamentum en el último momento, sabiendo que su padre intentaría impedírselo?

¿Se encontraba tal vez entre los condenados a los que pegaban y daban patadas porque no se apresuraban lo suficiente? ¿Acaso tenía que permanecer allí impotente para luego ver cómo su hijo moría en la hoguera? Ojalá hubiera aceptado la propuesta de Sabatier: así se habría podido unir a ellos y habría podido morir con él, al menos unidos en la muerte.

En un descampado al pie de la montaña, los soldados de Hugo des Arcis habían levantado una empalizada. Dentro del cerco pudo distinguir algo que parecían ramas y paja. Los recuerdos de las quemas de herejes de las cuales había sido testigo volvieron a surgir como si acabara de presenciarlas: Castres, Lavaur, Carcasona, Tolosa.

Y también las historias que había oído sobre las de Minerve, Termes y Les Cassés. Imágenes terribles, indeleblemente grabadas en su alma. Se quedó paralizado, con los ojos

Librodot

fijos en lo que no quería ver, lo que nunca más hubiera querido volver a contemplar y que sin embargo tenía que ver.

La comitiva seguía bajando lentamente por el tortuoso sendero, a pesar de los gritos y la violencia de los soldados. El ruido parecía subir hacia el burgo, aunque las figuras eran ya tan pequeñas que no podía reconocer a nadie. Mientras tanto, habían encendido el fuego de la empalizada. El humo se elevó formando volutas y después las llamas se alzaron al cielo lamiendo las estacas. Sólo cuando los Buenos Cristianos hubieron llegado allí y fueron empujados contra la pared de madera, pudo ver Amaury que habían colocado escaleras, por las que debían subir los hombres y las mujeres para descender al otro lado en la hoguera. Uno por uno fueron trepando por los escalones, recibiendo a veces golpes o empujones. Algunos se lanzaban literalmente a las llamas después de tambalear sobre el último peldaño. El cántico in crescendo de los frailes que celebraban aquel momento de triunfo con odas ahogaba los toscos gritos de los soldados.

El arzobispo de Narbona y el obispo de Albi presenciaban el espectáculo emperifollados con toda su parafernalia. La sinagoga de Satanás, como ellos llamaban a Montségur, estaba purificada de la herejía. Su dios había vencido a los poderes satánicos con que los herejes habían intentado socavar a la Iglesia católica.

Amaury sintió náuseas. Cerró los ojos, pues a pesar de la gran distancia no podía seguir contemplando por más tiempo el terrible espectáculo. Sabía exactamente cómo era de cerca. ¿Era así como había llegado Colomba a su fin? ¿Era por esto por lo que no había podido encontrar su tumba? Y su hijo, ¿se encontraba allí abajo entre los que esperaban entregarse al fuego o era ya pasto de las llamas?

Pasó muchísimo tiempo hasta que el último hubo escalado la empalizada y hubo sido tragado por el humo. Amaury seguía allí petrificado, impotente. Eso tenía que ser lo peor, pensó, ser el último y contemplar la tortura que le esperaba. Se preguntó si el obispo Bertrán Marty habría dado el primer paso. Tal vez no había podido hacerlo, pues los habían trasladado como ganado al matadero. Desde este lugar, aquí arriba, no había podido verlo. A los de abajo eso les traería sin cuidado.

Entre tanto, los soldados de Hugo des Arcis se habían puesto en movimiento. Empezaban a subir por el sendero que conducía a la entrada del castillo. Por supuesto, Montségur sería entregada a los franceses. Para ellos, aquél debía de ser un momento triunfal: poder escalar la montaña que habían mirado durante casi un año. Los estandartes bailaban al ritmo de su paso, colores que él ya no reconocía, salvo los de los señores occicanos que se habían sumado a la Cruzada contra Montségur. Entre ellos distinguió el blasón de Limousis, agitándose con orgullo al viento que seguía azotando la montaña. El blasón que en realidad pertenecía a Colomba.

- ¡Allí llega Bessan con su hijo! - dijo una voz atenuada a su espalda.

Amaury regresó de golpe a la realidad. Volvió la cabeza. Detrás de él estaba Roger. Tenía el rostro crispado y los ojos enrojecidos.

Sin pensar más Amaury cogió al joven caballero por los hombros.

- ¡Dios mío, creía que estabas allá abajo...! - no acabó la frase.

- Teníais razón. Viene a ejecutarnos, - dijo Roger, sin responder al gesto cálido de su padre - . Los rehenes han oído ese rumor en el campamento enemigo. Seremos arrestados y ejecutados, en cuanto abandonemos el burgo. ¡Como traidores a la patria! - añadió indignado.

Era evidente que su padre se merecía tal calificativo, aunque personalmente creía que Amaury había traicionado a la causa occitana. Pero la idea de que lo consideraran a él, Roger, un francés que había traicionado a su patria era totalmente ridícula.

- Estamos atrapados como ratas en la trampa, - sentenció Amaury.

- Tenemos vía libre, - dijo Roger.

- ¿A qué te refieres?

- Los Bons Hommes ya han escapado.

- ¡¿Qué?! ¿Quién? ¿Cuántos?

- Pedro Sabatier y otros tres. Tienen que llevar el dinero de la Iglesia de Dios, que se puso a buen recaudo poco antes de Navidad, a los Buenos Cristianos en Lombardía. Se había previsto que se ocultaran y escaparan esta noche, pero el señor Pedro Roger no estaba tranquilo. Los dejó ir anoche. Con cuerdas, por el precipicio, - dijo señalando hacia el noroeste.

- ¿Ocultarse? ¿Dónde?

- En la grieta de una roca debajo de la pared norte de la torre.

- Allí no podemos llegar a plena luz del día. Tendríamos que habernos escondido allí anoche.

- El señor Pedro Roger me acaba de dar su permiso. Podemos intentarlo. Los Bons Hommes que huyeron prometieron avisar a los acompañantes que les ayudaron a cruzar las líneas enemigas de que esta noche habría un nuevo intento. Nos esperarán abajo.

Roger abrió su manto y le mostró una larga cuerda que había enrollado alrededor de su cintura.

Amaury escudriñó a su hijo.

- ¿Por qué? - preguntó.

- No le temo a la muerte, - dijo Roger orgulloso - . Sólo que no quiero morir a manos de Sicard. Aún me queda mucho por hacer. Nuestra tarea aquí ha acabado, pero quedan muchos Buenos Cristianos que se ocultan en el país. Necesitan ayuda.

Amaury asintió. Tenía que actuar con rapidez. En pocos momentos, el enemigo ocuparía el castillo. Agarró a Roger del brazo y bajó corriendo por la escalera hacia el patio.

- Que nos entierren, - susurró.

Hizo una señal a uno de sus sargentos, le dio instrucciones y entró en las barracas de los caballeros, donde los Buenos Cristianos habían cuidado de los heridos, amortajado a los muertos y pasado sus últimas horas. Allí se desprendió de su cota de malla, pues la armadura sería demasiado pesada para el descenso.

- Procura vaciar la vejiga, - dijo Amaury.

Roger siguió su ejemplo. Se repartieron las cuerdas que sujetaron alrededor de sus cuerpos. Después se restregaron ceniza, tierra y gravilla por la cabeza y las manos. Mientras tanto, el sargento había regresado con un arquero y dos peones. Amaury estrechó la mano de Roger y le deseó buena suerte. Los hombres los envolvieron en telas manchadas de sangre y humores de moribundos y después los envolvieron en la mortaja. Por último trasladaron a los caballeros a la capilla del castillo, donde el obispo Bertrán Marty había administrado el consolamentum a los últimos creyentes, los depositaron y se arrodillaron para rezar por los muertos.

Poco después, Amaury oyó los ruidos atenuados de botas sobre el suelo de baldosas. Contuvo la respiración. Alguien gruñó algunas preguntas. Sintió que algo le punzaba el costado. Empezó a sudar. La punta de una espada levantó un poco la mortaja, pero ver las asquerosas telas, el rostro gris ceniza y el cabello seco y gris y cubierto de porquería fue al parecer suficientemente convincente.

- Lleváoslos, - oyó decir en francés, y después la voz de su sargento, que imploraba:

- Señor, dejadnos enterrar a los muertos. No hemos tenido aún oportunidad de hacerlo.

- Aquí no, - dijo el francés - . Esta capilla volverá a consagrarse al verdadero Dios. ¡Fuera!

Sintió que lo alzaban y transportaban. Al poco oyó una nueva discusión.

- ¿Enterrarlos?

- Por orden de aquel noble.

- ¿Dónde?

- Allí.

Hubo una pausa. Después, un gruñido desde la lejanía. Lo volvieron a levantar y transportar. ¿Habían salido de las murallas del castillo? Empezaba a sentirse sofocado. Pasó una eternidad antes de que lo volvieran a dejar en el suelo.

- Ya hemos llegado, - dijo el sargento.

Oyó el ruido de las palas que se hundían en la tierra. Había más de un palmo de nieve en la cima y las laderas de la montaña; la tierra estaba dura, pero no helada. ¿Acaso el enemigo no sabía que aquí la tierra no era lo suficientemente profunda para enterrar a alguien?

Los golpes del pico contra las rocas le indicaron que sus hombres se tomaban en serio su trabajo. De repente, alguien tiró de la mortaja que cubría su cabeza. Un cuchillo rasgó la tela. El rostro del sargento apareció encima del suyo.

- ¡A medianoche! - dijo sonriendo.

- ¿Y Roger?

El sargento levantó el pulgar. Vio que le recubrían la cara con el yelmo y poco después sintió la tierra sobre su cuerpo y el peso de varias piedras. Sobre el yelmo habían amontonado varias piedrecillas.

A través de una pequeña ranura podía ver la luz del día. Debajo tenía suficiente espacio para respirar.

Había empezado a nevar otra vez. Lentamente, el agua derretida le goteaba en el yelmo y chorreaba por su cara y su cuello. Amaury estaba aterido hasta los huesos. Primero había temblado de frío, pero ahora ya no. En lugar de ello empezaba a apoderarse de él una especie de entumecimiento que lo amodorraba. Por la ranura ya no se veía luz. Sin embargo, no sabía si ello se debía a la nieve o a la llegada de la noche.

Tenía que hacer algo. Amenazaba con invadirlo un sentimiento de angustia. ¡Tranquilo! Mejor moverse ahora que esperar al sargento. Si seguía esperando, la temperatura bajaría tanto que Roger y él morirían de frío. Intentó mover la mano derecha con la que sujetaba la daga. No sabía si realmente hacía algo, pues sus dedos estaban totalmente agarrotados. Con cuidado empezó a hundir y mover la daga en la tierra. El esfuerzo le hizo entrar en calor y poco a poco fue creando más espacio. Rezando para que fuera de noche y nadie pudiera ver que la tierra y las piedras debajo de las cuales se hallaba comenzaban a moverse, intentó girar un poco a la izquierda y luego a la derecha. Gradualmente fue creando más espacio hasta que consiguió cortar la mortaja con la daga. Ahora podía liberar las manos de las vendas que lo envolvían. Después, todo fue mucho más sencillo. Apartó la tierra, quitó las piedras y el yelmo que tenía sobre la cabeza y respiró profundamente. Era de noche. Palpando a su alrededor avanzó a rastras sobre sus entumecidos miembros hasta dar con la tumba donde debía de estar Roger. Las piedras y el yelmo tapaban un rostro helado con los ojos cerrados. Empezó a cavar febrilmente, sacó el cuerpo del hoyo y le dio varias bofetadas en las mejillas. Roger se movió y gimió suavemente. Amaury cogió los mantos, se cubrió con ellos y luego a su hijo, lo apretó contra su cuerpo, que entre tanto ardía por el esfuerzo, y comenzó a frotarlo para que entrara en calor.

- Hijo, despierta. ¡Tenemos que descender! - susurró.

Roger tardó bastante tiempo en haberse recuperado lo suficiente para moverse.

- No esperaremos al sargento, - dijo Amaury - . Quizá no haya podido llegar hasta nosotros. No tengo ni idea de la hora que es. Nos iremos en cuanto podamos.

A lo largo del último año había bajado innumerables veces por la montaña, siguiendo diferentes senderos. Ahora avanzaban tres veces más despacio. Era una aventura arriesgada. Ayudados por la luz de la luna que de vez en cuando se asomaba detrás de las nubes e iluminaba su camino, fueron descendiendo cautelosamente, junto al peligroso abismo donde las rocas se alzaban verticalmente a más de seiscientos pies. En algunos lugares, donde no podían agarrarse a nada, tenían que bajar con ayuda de la cuerda. En otras partes avanzaban, pegados a la pared de piedra, sobre salientes que apenas bastaban para una cabra montés, agarrándose a las puntas de las rocas y las raíces o sólo a la mano del otro. Abajo se abría un oscuro vacío cuya profundidad era insondable. Amaury recordó el sermón de Bertrán Marty. El único consuelo era que allí abajo no había ningún dragón, sino sólo las hogueras del campamento francés, un poco más allá, frente a la cara sur de la montaña.

Los hombres de Camon, un pueblo cercano a Queille, se reunieron con ellos, tal como habían convenido. Hugo des Arcis los había reclutado a la fuerza para asediar la fortaleza, y no tenían ninguna aspiración de servir al comandante francés. Al igual que hicieran la noche anterior al guiar a los cuatro Bons Hommes a través de las líneas enemigas, ahora indicaron a los dos caballeros el camino hasta que al final dejaron atrás el campamento y siguieron la senda que, bordeando el río Lasset, subía hacia Col de la Peyre y luego volvía a bajar hasta Lordat.

Amaury deseaba que nevara otra vez. Pero desde que habían abandonado Montségur no había vuelto a nevar y detrás de las montañas empezaba a clarear. Miró atrás y vio el rastro que dejaban sobre el manto blanco. Aún había algo que le preocupaba. Una vez que hubiera amanecido, las dos tumbas serían descubiertas. A Sicard, que sin duda ya buscaba a sus víctimas, no le resultaría difícil reconstruir los hechos. Emprendería de inmediato la persecución. Roger había pensado lo mismo.

- Tenemos que abandonar el camino, - dijo - . Si cruzamos el Aridge, podremos escondernos en los bosques de la orilla sur.

- ¿Adónde quieres ir?

- Aquí hay muchas cuevas. Algunas están fortificadas y pertenecen al conde de Foix, por tanto no podemos escondernos en ellas. Pero otras son seguras. Conozco bien esta zona.

MÁS ALLÁ DE LORDAT 17 de marzo de 1244

- Lo más sensato sería que fueras a Lombardía.

Roger no reaccionó.

- Allí están los jefes de la Iglesia de Dios. También han huido muchos nobles desterrados y otros creyentes. En el territorio del emperador están por lo pronto a salvo, - argumentó Amaury - . El emperador Federico es suficientemente fuerte para ofrecer resistencia a Roma.

- ¡Los Buenos Cristianos de aquí también me necesitan!

Habían encontrado un escondite en una gruta no muy profunda, pero que ofrecía suficiente protección contra el gélido viento. Se habían turnado para dormir algo. Ahora esperaban al anochecer a fin de poder seguir su camino. Los dos estaban muertos de hambre, mas no tenían nada que comer. Había suficiente agua para beber, pues al pie de la pendiente que llevaba a la gruta corría un arroyo entre las rocas.

- Hemos hecho lo que podíamos, - consideró Amaury - . Hasta ahora hemos actuado bajo el mando de Montségur. Allí llegaba toda la información y de allí procedían las instrucciones. Al matar al obispo Bertrán Marty y desterrar a Pedro Roger de Mirepoix, han arrancado la cabeza y el corazón de la resistencia. Ahora, mientras la Inquisición siga actuando impunemente, cada uno irá a lo suyo. Es demasiado peligroso. Si no quieres pasar el resto de tu vida encadenado, tienes que huir. ¿Qué te ata aún a este país? Estás en el mejor momento de tu vida. No la eches a perder por una causa perdida.

- ¿Por qué tengo la sensación de que queréis libraros de mi?

- Porque sigues sin fiarte de mi.

No era un reproche, sólo constataba un hecho.

- ¿Acaso no he emprendido esta huida con vos?

- Porque ninguno de los dos lo habría logrado solo.

- Os he dado el beneficio de la duda.

- ¿Y a qué debo agradecer ese honor?

- Estuvisteis en Avignonet...

Amaury rió con desdén.

- ¿Y eso me convierte en un héroe como los demás? Ya te dije en una ocasión que no me enorgullezco de haber estado allí. No hice nada. Fue una matanza horrible, indigna de un caballero. Lo único que conseguí fue examinar los documentos de la Inquisición, en los que aparecía tu nombre como testigo en la denuncia contra Sicard de Bessan. A partir de aquel momento tuve la certeza de que existías.

Hubo un silencio. Entonces Roger dijo de repente:

- Si Lombardía es para vos la única salida, os indicaré una ruta segura. Yo me quedo aquí.

Amaury negó con la cabeza.

- Conozco todas las rutas seguras, Roger. Las he utilizado a menudo para acompañar a los Buenos Cristianos. Pero si no quieres creerme y no estás dispuesto a seguir mis consejos, no sé qué demonios hago aquí.

- Tenéis razón. Es mejor que nos separemos.

- No me refería a eso.

- Seguiré solo. Prefiero que no me acompañéis a donde voy, - dijo Roger - . Además, eso despistará a Sicard.

Se puso en pie y se ciñó las armas al cinto.

- Espera por lo menos a que haya anochecido, - le advirtió Amaury.

- Sé lo que me hago. Conozco esta zona mejor que él.

Se dirigió a la entrada de la cueva y escudriñó los alrededores.

No se veía un alma, sólo rocas y árboles desnudos.

- Suerte, - dijo la voz de su padre. No volvió la vista atrás.

También Amaury se preparó para salir. Esperó en la entrada de la gruta hasta que Roger hubo desaparecido. Lo vio descender hacia el arroyo que susurraba por el valle y luego escalar corriente arriba siguiendo el curso del cauce. Abajo ya no había nieve y si seguía avanzando sobre las rocas no dejaría rastro. Amaury se preguntó adónde iría. En esa dirección no había más que montañas agrestes donde en invierno no había nadie, ni siquiera pastores. ¿Hasta dónde podría llegar en esa zona inhóspita sin víveres y sin flecha y arco para conseguir algo de comida? A pesar de ello, avanzaba seguro de sí mismo. Roger sabía lo que hacía, a fin de cuentas conocía esta zona. Más le convenía preocuparse de sí mismo. Lombardía no le atraía especialmente. A dos días de camino en dirección este había, eso sí, algunos castillos en manos de los señores occitanos, Puilaurens y Fenouillet. Y un poco más

lejos, a lo largo de la frontera con Cataluña, el nido de águilas de Quéribus. Allí se refugiarían seguramente los faidits de Montségur, aunque quizá fueran asediados en poco tiempo por las tropas francesas.

Entre tanto, Roger había desaparecido detrás de los matorrales.

Amaury controló como de costumbre si sus armas colgaban en su lugar, y se disponía a emprender el descenso hacia el arroyo cuando de súbito vio que algo se movía. Se quedó quieto, fundiéndose con la sombra de la entrada de la gruta. Junto a la orilla, en la parte seca del lecho del río que Roger había cruzado poco antes, se movía cautelosamente un ballestero. Se había quitado el arco del hombro. Con una mano sujetaba una flecha, dispuesto a cargarla. Llevaba los colores de Limousis.

Roger estaba ya demasiado lejos. No podría avisarle con un grito y ello no haría sino delatar su presencia al ballestero. Sin duda el hombre no estaba solo, pero Amaury no podía ver a nadie más.

Abandonó la cueva y avanzó entre los árboles, en lo alto de la pendiente. No era fácil seguir el ritmo del arquero. Su camino estaba sembrado de matorrales y ramas caídas, mientras que el terreno allá abajo estaba más despejado. De súbito, el otro apretó el paso. Después de correr un poco se detuvo para tensar la ballesta. Amaury se olvidó de las precauciones de seguridad. Roger, al que no podía ver, no había notado que lo seguían. Mientras el ballestero se tomaba el tiempo de apuntar con precisión, Amaury atravesó los matorrales hasta que estuvo a la altura del enemigo y entonces bajó retumbando por la pendiente blandiendo la espada. Alarmado por los crujidos de las ramas secas, el ballestero se volvió y apuntó a Amaury, que ya no podía frenar y seguía descendiendo a gran velocidad. Su ojo avezado reconoció el momento en que el ballestero soltaba la cuerda del arco. Justo a tiempo se lanzó contra un árbol.

La flecha pasó zumbando junto a su oreja. No dio oportunidad al otro de volver a cargar y se abalanzó sobre él. Empuñando su espada con ambas manos atacó al ballestero, que había desenfundado la daga y que tuvo justo el tiempo de esquivar el arma del caballero.

El segundo mandoble le alcanzó en el cuello, y justo después le dio el golpe de gracia, que se hundió en su cintura. El hombre se desplomó sin hacer ruido. Amaury retiró la espada y alzó la vista. A apenas treinta pasos de donde estaba había un segundo ballestero, inclinado sobre el arma y con el pie aún en la ballesta. Antes de que Amaury pudiera ponerse a cubierto, el ballestero se levantó y apuntó. Detrás de él se acercaban dos jinetes. Amaury sólo podía intentar agacharse a sabiendas de que una flecha siempre era más rápida.

La punta de hierro penetró en su hombro, le atravesó el cuerpo y volvió a salir por el otro lado. La fuerza con que lo alcanzó el proyectil lo derribó. Con un grito de dolor fue a parar entre los guijarros y los cantos rodados del lecho del río. La flecha se partió contra las piedras.

Cuando intentaba incorporarse vio que el ballestero preparaba una nueva flecha y tensaba la cuerda. El hombre se había acercado y desde aquella distancia podía herirlo mortalmente. El hombro de Amaury estaba aún entumecido por el golpe. Luego, el dolor se extendería por todo el cuerpo y lo dejaría indefenso. Sabía por la experiencia de otros heridos que se sentiría mejor si conseguía sacar el trozo de madera de su carne. Apretó los dientes, asió la flecha, la sacó de un tirón de la herida y sostuvo en alto el trofeo ensangrentado.

- ¡Bessan! - gritó - - . ¡Cobarde! ¿Por qué dejas siempre que otros hagan el trabajo sucio? ¡Sé un hombre y lucha!

Se puso en pie con dificultad y avanzó hacia el ballestero. El hombre dudó y volvió la vista fugazmente hacia los dos jinetes.

Desde su caballo, Sicard de Bessan hizo un gesto impaciente hacia el barranco en el que debía de encontrarse Roger. El ballestero comprendió que su señor quería ajustar personalmente cuentas con Amaury. Se puso el arma al hombro y echó a andar dando un rodeo al pasar delante del caballero, el cual arrodillado y encogido de dolor, se apretaba la herida con la mano. Cuando el ballestero hubo pasado delante de Amaury, éste cogió dos grandes piedras, se levantó de un salto y las lanzó con puntería a la cabeza del ballestero, que cayó al suelo inconsciente. Sólo tenía que dar unos cuantos pasos para llegar hasta él, hundir la espada en su cuerpo y agarrar la ballesta a fin de mantener a distancia a sus dos contrincantes. Pero no tuvo oportunidad de hacerlo. Sicard de Limousis espoleó al caballo, se inclinó hacia un lado en su montura y lo atacó con la espada.

Amaury consiguió detener el golpe con su propia arma. Los hierros entrechocaron. El jinete hizo avanzar el caballo y volvió a acometerlo. Amaury tuvo que hacer acopio de fuerzas para afrontar el ataque.

Retrocedió metiéndose en el lecho del río donde el caballo resbalaba entre los guijarros movedizos, por lo cual su jinete no podía apuntar con precisión. Era una lucha desigual que finalmente perdería. Se sentía muy vulnerable en su jubón, que no era nada comparado con la armadura de Sicard. Por ello recurrió a una táctica que en otras circunstancias habría considerado deshonrosa. Desenfundó la daga y asestó una puñalada al caballo. Ni siquiera le dio de lleno porque no tenía suficiente fuerza con el brazo izquierdo, pero consiguió lo que pretendía. El animal corcoveó y se encabritó, lanzando a Sicard al suelo. Ahora Amaury se hallaba por lo menos en igualdad con su contrincante. Mejor incluso. Sicard cayó al suelo y necesitó tiempo para incorporarse debido a su pesada armadura; entonces Amaury clavó su espada en la masa recubierta por la malla de hierro. A juzgar por el bramido del joven noble, lo había alcanzado.

- ¡Bessan, ésta era para ti! - gritó - . ¡Por qué has enviado a tu hijo, Bessan! ¡Atrévete a dar la cara!

A su espalda, Sicard de Bessan debía de contemplar la escena desde su caballo. Amaury no podía volverse, pues el joven Sicard se había puesto en pie y había reanudado la lucha. Sin embargo, sintió que el jinete se acercaba. Y también temía que el ballestero se inmiscuyera en el combate tan pronto como volviera en sí. ¿Qué más daba? Iba a morir, eso era seguro, pues un caballero herido no podía enfrentarse a tres hombres sin una armadura decente. Si por lo menos pudiera llevarse consigo a la tumba a uno de sus contrincantes, -¡preferiblemente, Bessan!-, Roger tendría más posibilidades de huir de sus perseguidores. Haciendo gala de auténtico desprecio por la muerte, atacó a su contrincante apretando los dientes y empuñando la espada con ambas manos. Golpeó al otro con todas sus fuerzas, mas éste se defendía con la espada y estaba protegido por su cota de malla, aunque por los gemidos de su contrincante comprendió que por lo menos había sufrido contusiones. Al borde de la desesperación, lanzó un bramido al tiempo que ponía todo su peso en un mandoble que alcanzó el brazo con que Sicard sujetaba la espada. El joven profirió un grito, mientras que con su arma atravesaba el jubón de Amaury. Sicard dejó caer la espada y se agarró el brazo que colgaba desvalido, fracturado por encima del codo. También Amaury se desprendió de su espada. Cayó de rodillas y se llevó las manos al costado. Respiraba con dificultad y su jubón desgarrado se iba tiñendo de rojo. La sangre le goteaba entre los dedos. Junto a él, Sicard de Bessan echó pie a tierra y exigió con un gesto de impaciencia la espada de su hijo. Amaury alzó la vista. Bessan se había quitado el yelmo y desde lo alto lo miraba con desdén por encima de su nariz aguileña. Había cogido el arma con la mano

Librodot

izquierda, mientras mantenía apretado contra su cuerpo el otro brazo, que no tenía ni la mitad de la longitud normal. La mano deforme colgaba de él sin fuerzas. Amaury recordó de pronto los registros de los caballeros hospitalarios de Carcasona: "No apto para el servicio militar debido a una tara de nacimiento en el brazo derecho".

- Me gustaría matarte lentamente, colgándote de la misma cuerda con la que escapaste de Montségur, - dijo Bessan con menosprecio - . Pero aún tenemos que atrapar a tu hijo.

Punzó el pecho de Amaury con la punta de la espada.

- Vete al diablo, - gimió Amaury - . ¡Seguro que ya te estará esperando!

Amaury no era capaz de moverse y se preparó para la estocada mortal. Se preguntó si debía santiguarse y pedir perdón a Dios o si debía confiar en una próxima vida, en la que pudiera hacerlo todo mejor. Finalmente no hizo ninguna de las dos cosas. Respondió con entereza a la mirada de odio de Bessan, demasiado orgulloso para demostrar miedo, y haciendo acopio de valor para el momento en que la espada se hundiera entre sus costillas. Pero en lugar de atacar, el noble lo miró asombrado. Algo pasó zumbando justo por encima de la cabeza de Amaury. Oyó el sonido nauseabundo de una flecha que penetraba en un esqueleto, atravesando la armadura y el esternón. El brazo corto se elevó en un reflejo y Sicard de Bessan se desplomó con una expresión desconcertada en el rostro. El joven Sicard cogió la espada de las manos de su padre y se fue con ella dando traspiés. Su brazo roto se tambaleaba junto a su cuerpo. De súbito, Amaury empezó a sentir un hormigueo en la cabeza, como si alguien le clavara miles de alfileres en el cuero cabelludo. Poco antes de sumergirse en un pozo negro vio cómo Roger daba alcance a Sicard de Limousis y le rompía el cuello con un golpe de espada.

CAPOULET 18 de marzo de 1244

- ¿Adónde me llevas? - preguntó.

Empezaba a amanecer y no tenía ni idea de dónde se encontraban. Sólo recordaba vagamente el viaje de aquella noche. Ambos Sicard, padre e hijo, habían muerto, así como los dos ballesteros. No recordaba nada de lo que había pasado luego, sólo que Roger lo había ayudado a levantarse y a sostenerse en pie. Le había preguntado por qué demonios le había salvado la vida.

- Porque vos, demonios, estabais salvando la mía, - le había respondido su hijo.

Roger había curado y vendado provisionalmente sus heridas con lo que había encontrado en el equipaje de sus enemigos. Allí también había víveres. De alguna manera, después había conseguido sentarlo en la montura. Su hijo caminaba a su lado, sosteniendo las riendas del caballo herido. Así se habían adentrado en las montañas, siguiendo los senderos que sólo utilizaban los pastores. Debía de haber perdido el conocimiento, pues más tarde vio de repente que estaba sentado detrás de Roger, apoyado contra su espalda. Su brazo derecho colgaba sobre el hombro de su hijo y así conseguía mantenerse en la montura. Más tarde, aquel mismo día, notó que yacía sobre el suelo y que Roger intentaba con todas sus fuerzas hacerle beber algo.

- ¿Adónde vamos? - volvió a preguntar.

Sólo quería seguir tumbado allí, nada más. Pero Roger le aseguró que, si aguantaba, estarían a salvo antes de que amaneciera.

Volvió a montar al caballo. La venda estaba teñida de rojo. El dolor era insoportable.

Por fin se detuvieron. Envuelto en la neblina matutina se abría a sus pies un ancho valle. Allí abajo, donde el arroyo que seguían desembocaba en un río más ancho, había

algunos edificios rodeados de huertos y campos arados. Amaury gimió. Sintió que todo le volvía a dar vueltas y se dejó caer de la montura.

- No llegaré, - murmuró.

Le parecía que sus fuerzas abandonaban su cuerpo filtrándose por las heridas. Estaba sentado en el suelo, extenuado.

Roger se acuclilló a su lado.

- Un poco más, - le suplicó.

- Si muero... - Amaury dudó antes de proseguir - : En una ocasión recibí la convenenza. Pero después volví a ser católico. Durante mucho tiempo. Demasiado.

Cuando volvió en si, yacía en una estancia en penumbra en la que no podía distinguir nada. Pero bien podían ser imaginaciones suyas. O un sueño. De la oscuridad surgió una figura. Un manto negro se deslizó cerca de él. Sintió un dolor sordo y opresivo en el costado. No sentía el hombro, como si ya no estuviera allí. Intentó moverse, pero su mano era tan pesada que no podía levantarla. Movió los labios. Apenas emitieron sonido alguno. La figura se dio la vuelta y se inclinó sobre él. No vio ningún rostro, sólo una gran cruz blanca cosida sobre la túnica. Un miedo irracional se apoderó de él, como si quisiera huir de una pesadilla mas no pudiera. Sintió un estremecimiento que le recorría el cuerpo, seguido de un intenso dolor. Quiso gritar, pero sólo consiguió emitir un gemido impotente. Le pareció que la figura se paralizaba. Del manto salió una mano que se movió hacia la cruz como preguntándole por qué esa señal sagrada le causaba tanto temor. Después, la mano se acercó a su cara y se detuvo justo antes de llegar a su mejilla. La mano no lo tocó, sino que bajó y se quedó apoyada sobre su manga.

- Tranquilo, - dijo una voz - . ¿Te duele mucho?

La luz de una vela se fue acercando.

Esperanza, incredulidad y perplejidad luchaban por el primer lugar. Sus labios formaron un nombre.

- ¿Colomba?

Una sonrisa apareció en el rostro inclinado sobre él.

- Sí, soy yo. No temas. Esta cruz me ha protegido durante todos estos años.

Se quitó el capuchón. Llevaba el cabello gris oscuro recogido en una trenza. Seguía siendo igual de hermosa. Algo brilló en sus ojos. Lo secó con la manga.

Amaury quería incorporarse, quería sentirla, abrazarla, pero su cuerpo no respondía.

- Te he dado anestésicos, - le dijo Colomba - . Si te mueves, tus heridas volverán a abrirse y has perdido ya demasiada sangre. Confío en poder curarte.

- ¿Cómo...? - preguntó sin apenas hacer ruido - . ¿Dónde...?

- Los caballeros hospitalarios de Homps cuidaron de mí. Me refugié allí después de que naciera Roger, tan pronto como tuve oportunidad de escapar. Me trajeron a la encomienda de Capoulet. Me hago cargo de los enfermos y los heridos que acuden aquí en busca de ayuda.

Amaury comprendió más o menos cómo había sucedido todo, aunque quedaban mil preguntas por contestar.

- Si mueres..., ¿quieres recibir el consolamentum?

Él sacudió imperceptiblemente la cabeza.

- No lo sé, aún no, - susurraron sus labios.

Ella le acarició la manga.

- No importa, - dijo - . Cristo ha prometido su reino a todos los que son realmente misericordiosos, aunque ni siquiera conozcan el nombre de Dios.

¿Misericordioso? Qué sabía ella de eso. Quizá en otro tiempo.

Pensó lo bonito que sería volver a encontrarla en otra vida. Él lo haría todo de otra manera. Pero ella seguiría su propio camino, como siempre había hecho.

Les victimes présentes rejoignent celles du passé les ressuscitent. A chaque persecution ce sont les mámes bourreaux, les mbnes martyrs qui se réincarnent. En verité les vies éphimeres des hommes circulent dans l'Homme.

Las víctimas de hoy se reúnen con las de ayer; las resucitan. En cada persecución se reencarnan los mismos verdugos, los mismos mártires. A decir verdad, las vidas fugaces de los hombres circulan dentro del Hombre.

(René Nelli, La vie quotidienne des Cathares du Languedoc au Schoorl, 10 de mayo de 1999